DE LOS NEANDERTALES A LOS NEOLIBERALES

UNA HISTORIA MARXISTA DEL MUNDO

NEIL FAULKNER



Índice

PREFACIO PARA LA EDICIÓN EN CASTELLANO

España se halla en primera línea en la crisis global. Más de una cuarta parte de los españoles en edad de trabajar están desempleados, proporción que sube a más de la mitad entre los jóvenes. En Europa no se había visto nada parecido desde la Gran Depresión de la década de 1930.

Treinta años de neoliberalismo han redistribuido la riqueza desde los trabajadores hacia los ricos y la clase media. Cinco años de austeridad han acelerado el proceso y han creado una sociedad polarizada con obscenas desigualdades.

La misma realidad lacera la vida de cientos de millones de latinoamericanos. Brasil se ha convertido en uno de los motores de la era neoliberal. Su tasa de crecimiento anual estaba en 2010 en torno al 7,5 por 100 y 70 brasileños aparecían en la lista de los milmillonarios del mundo; pero de los 200 millones de brasileños una quinta parte vive con menos de dos dólares al día, y una décima parte con menos de un dólar al día.

Ese es el auténtico significado del neoliberalismo y la austeridad en España y en Latinoamérica. La economía mundial tiene una capacidad sin precedentes para satisfacer las necesidades humanas básicas, pero la riqueza que genera sigue estando controlada por una diminuta minoría ahíta y al mismo tiempo ansiosa de beneficios. El mundo es más rico que nunca, pero también está más empobrecido que nunca.

Si eso fuera todo, sería espantoso; pero hay otra historia que contar: la de la protesta y la resistencia. El pueblo español ya encabezó una vez la lucha de clases por un cambio radical en 1936,

cuando la insurrección armada de la clase obrera en Madrid, Barcelona y otras muchas ciudades españolas contribuyó a frenar el avance del fascismo en toda Europa.

También en Gran Bretaña conocemos la importancia global de la revolución española, que inspiró a toda una generación de socialistas británicos, algunos de los cuales fueron a combatir en España y otros muchos contribuyeron a elevar a un nuevo nivel la lucha en este país. Cuando los obreros del este de Londres se enfrentaron a una marcha de camisas negras y rompieron el espinazo de la Unión Británica de Fascistas en 1936, en las calles se oía a los cien mil manifestantes gritar lo mismo que en Madrid: «¡No pasarán!»

Madrid volvió a llamar la atención del mundo entero en mayo de 2011. Después de la plaza Syntagma en Atenas y la de Tahrir en El Cairo, la Puerta del Sol se convirtió en la línea del frente en la batalla global contra el neoliberalismo y la austeridad al movilizarse los indignados. Se estima que en aquella oleada de protestas participaron hasta 8 millones de personas en distintas manifestaciones, huelgas y ocupaciones. La indignación contra los bancos, los ricos y una elite política arrogante se intensificó ante la violencia policial contra las protestas democráticas.

Dos años después la antorcha ha pasado a Río de Janeiro, São Paulo y otras ciudades brasileñas. La movilización comenzó con protestas locales contra el aumento de precio del transporte, pero la violencia policial desencadenó una explosión de cólera que se extendió a todo el país, con millones de brasileños en las calles. La corrupción y la complacencia de las altas esferas se han visto sacudidas por la marea desde abajo contra el desempleo, el aumento de precios, el deterioro de los servicios públicos, los elevados impuestos y el escandaloso gasto de miles de millones de dólares en estadios deportivos.

Hay variaciones de un país a otro, pero en todo el planeta se evidencia una nueva pauta de la lucha de masas: el control de nuestras ciudades por el capital corporativo y los estados autoritarios se está viendo impugnado en las calles por una vanguardia radical de manifestantes, principalmente jóvenes. El

vaciamiento de la democracia parlamentaria y el debilitamiento de los sindicatos y otras organizaciones populares han destruido las válvulas de presión y las redes de seguridad del orden social, y en la base de la sociedad se palpa amargura, crece la alienación con respecto al «sistema», y cuando estalla cobra dimensiones explosivas.

La ciudad moderna, con su clase obrera heterogénea, precaria y en mudanza continua, se ha convertido en un terreno de batalla primordial. Los medios de comunicación han facilitado la creación de redes laxas y la rápida movilización de individuos antes atomizados; y cuando se unen, los diversos radicales de la contracultura descubren que son un movimiento de masas, que se han convertido en la voz del pueblo, y que pueden arrastrar a la acción a millones de personas empobrecidas por los recortes de la austeridad y privadas de derechos por el consenso neoliberal.

Ha comenzado una nueva era de protestas. El mundo nunca volverá a ser el mismo. Pero para avanzar, cada movilización de masas afronta tres tareas básicas, que se pueden resumir en tres palabras: unidad, democracia y claridad. La unidad se logra ensamblando en la lucha al mayor número posible de fuerzas sociales. La democracia requiere la creación de formas de organización popular que puedan expresar directamente la voluntad de las masas. Y se necesita claridad de propósito y dirección para orientar el movimiento, maximizar su apoyo y encaminarlo hacia un cambio radical.

El periodista y economista de izquierdas Paul Mason ha comparado los nuevos levantamientos urbanos a la Comuna de París de 1871. La Comuna fue derrotada al cabo de cincuenta días de lucha, pero una de las razones de aquella derrota fue la cortedad de sus ambiciones. No incorporó a las mujeres a la toma de decisiones y no realizó ningún intento serio de extender la revolución más allá de la capital. El gobierno de Versalles pudo así utilizar su ejército de soldados-campesinos para aplastar el París revolucionario.

Para vencer, un movimiento de masas popular no se puede permitir largas pausas ni vacilaciones. Debe extenderse, ampliar su

base, arrastrar nuevas fuerzas a la lucha, y para hacerlo debe unir la lucha por la democracia urbana con la lucha por reformas sociales para la gran masa de trabajadores, campesinos y pobres marginados.

El más claro ejemplo histórico al respecto sigue siendo el del partido bolchevique en Rusia en 1917. El lema «Paz, Pan y Tierra» condensó los objetivos del momento revolucionario y unió a millones de obreros, soldados y campesinos tras el liderazgo de la vanguardia revolucionaria, y el de «¡Todo el poder para los soviets!» convirtió lo que todavía no era más que una gran red de democracia directa en una alternativa al viejo aparato estatal. La Revolución de Octubre fue la materialización práctica de esas dos divisas.

Observando los acontecimientos desde Gran Bretaña —en Atenas, Madrid, Túnez, El Cairo, Estambul, Río y otros cientos de ciudades en todo el mundo— se puede sentir el poder de la rebelión que se manifiesta en todo el sistema global. En un país tras otro los desposeídos e indefensos se alzan de su letargo y vuelven a ocupar el primer plano de la historia. Ahí está una vez más «la mayoría del 99 por 100» combatiendo contra «la minoría del 1 por 100», y ahí se desvanecen de nuevo en flujo y movimiento las viejas certezas, ahí se está haciendo historia.

Me complace enormemente pues presentar ahora una edición en castellano de De los neandertales a los neoliberales. Historia marxista del mundo. Espero que su publicación pueda contribuir, por poco que sea, a persuadir a más gente de lengua castellana a ponerse en movimiento, porque ese es su propósito. Pretendo con ella mostrar que la historia es un proceso abierto, sin resultados predeterminados; que la configuran y reconfiguran nuestros actos; que es un proceso contingente y que la gran crisis del orden neoliberal que nos ha caído encima no tiene por qué acabar como otras crisis capitalistas anteriores, con el fascismo y la guerra, sino que puede por el contrario culminar en una gran transformación social.

La lección de la historia, en resumen, es que importa enormemente lo que hacemos. Si muchos de nosotros actuamos unidos durante los próximos años y décadas, podemos hacer la

revolución necesaria para poner fin al dominio del capital financiero y para liberar al mundo de la pobreza y la violencia, sustituir la prepotencia policial por la democracia y salvar al planeta de la catástrofe medioambiental que lo amenaza. El futuro es nuestro si así lo decidimos.

NEIL FAULKNER
Octubre de 2013

INTRODUCCIÓN: POR QUÉ TIENE TANTA IMPORTANCIA LA HISTORIA

La historia es un arma. Nuestra comprensión del pasado afecta a nuestras acciones en el presente. Debido a esto, la historia es política y objeto de disputa.

Todo conocimiento del presente —de sus crisis, guerras y revoluciones— es necesariamente histórico. No podemos entender nuestro propio mundo sin referencias al pasado, del mismo modo que no podemos confeccionar un ordenador sin tener en cuenta conocimientos acumulados durante décadas o siglos. Nuestros gobernantes y explotadores lo saben, y como están muy interesados en defender sus propiedades y su poder, utilizan su control de la enseñanza y de los medios de comunicación para presentar una visión mutilada y distorsionada de la historia. Insisten en la continuidad y la tradición, la obediencia y la conformidad, la nación y el imperio. Disimulan deliberadamente la explotación, la violencia de la clase dominante y las luchas de los oprimidos.

Su versión de la historia ha cobrado mayor relieve durante los últimos treinta años. Los imperios del pasado, como el romano y el británico, son presentados como modelos de civilización por los fanáticos partidarios «neoconservadores» de las actuales guerras imperialistas. La Europa medieval ha sido reinterpretada como ejemplo de la «nueva economía clásica» promovida por banqueros milmillonarios. Los intentos de construir grandes narraciones históricas —esto es, de *explicar* el pasado de forma que podamos *entender* el presente y actuar para *cambiar* el futuro— han sido denostados por teóricos postmodernos más o menos de moda que

argumentan que la historia no tiene estructura, pautas ni significado. El efecto de esas ideas es desarmarnos intelectualmente y desactivarnos políticamente. No hay por qué hacer nada, se nos dice, ya que la guerra promueve la democracia, no hay alternativa al mercado y la historia no puede ser configurada por la acción humana consciente.

Este libro se inscribe en otra tradición, acorde con lo que escribió el pensador y activista revolucionario Karl Marx en un análisis de la revolución francesa de 1848 publicado en 1852 (*El 18 Brumario de Luis Bonaparte*): «Los seres humanos hacen su propia historia, pero no a su libre arbitrio, en circunstancias elegidas por ellos mismos, sino en las que los rodean y les han sido legadas por el pasado». El curso de la historia, con otras palabras, no está predeterminado; las cosas pueden evolucionar en una dirección u otra según lo que hagamos. La historia tampoco la hacen únicamente los políticos y los generales; la conclusión es que si la gente corriente nos organizamos y actuamos colectivamente, también nosotros podemos configurar la historia.

Este libro proviene de una serie publicada inicialmente con periodicidad semanal en el sitio web www.counterfire.org. Ha sido cuidadosamente revisado para su publicación como libro, añadiéndole esta introducción y una conclusión bastante larga. He reagrupado los cortos capítulos semanales en secciones de capítulos más largos del libro, iniciando cada uno de ellos con una corta introducción. También he añadido una bibliografía para que los lectores puedan contrastar mis fuentes y buscar nuevas lecturas.

La reorganización y edición de la serie original debería hacer que este libro se pudiera leer de principio a fin de forma coherente, pero no hay por qué hacerlo así; también se puede entender como una colección de cortos ensayos analíticos sobre temas históricos clave a los que se puede recurrir cuando se necesite. En cualquier caso es, en primer lugar y ante todo, un libro para activistas, para gente que quiere entender el pasado como guía para la acción en el presente.

He introducido muchos cambios gracias a las siguientes personas, que se tomaron el tiempo y la paciencia para leer el texto,

completo o en parte, y me ofrecieron valiosos comentarios críticos: William Alderson, Dominic Alexander, David Castle, Lindsey German, Elaine Graham-Leigh, Jackie Mulhallen, John Rees, Alex Snowdon, Alastair Stephens, Fran Trafford y Vernon Trafford. No hay ni que decir que a veces venció mi tozudez y rechacé su consejo, por lo que la responsabilidad del resultado final es solo mía.

Una crítica muy repetida ha sido la de que he omitido muchos lugares y sucesos, cuando no periodos enteros, y de que el libro peca de eurocentrismo e incluso de anglocentrismo. Esa crítica está justificada y he hecho cuanto he podido por corregir los desequilibrios, pero solo lo he conseguido en parte, por una razón muy simple y obvia: soy un arqueólogo e historiador británico con una experiencia muy desigual; como todos los generalistas, nunca puedo escapar del todo a las restricciones de mi formación, mi experiencia y mis lecturas, y por eso debo pedir indulgencia y paciencia a los lectores no británicos ni europeos.

Incluso en el terreno que he cubierto, sospecho que habrá un montón de errores y malentendidos que serán denunciados por diversos especialistas, lo que constituye también el destino inevitable del autor generalista, y lo único que me cabe preguntar es: ¿invalidan esos errores y malentendidos mi argumento principal? En tal caso, mi proyecto es inválido; pero si no, esto es, si el planteamiento marxista ofrece una explicación convincente de los principales acontecimientos y desarrollos de la historia humana, *sean cuales sean* los detalles que haya podido presentar equivocadamente, entonces mi proyecto es válido.

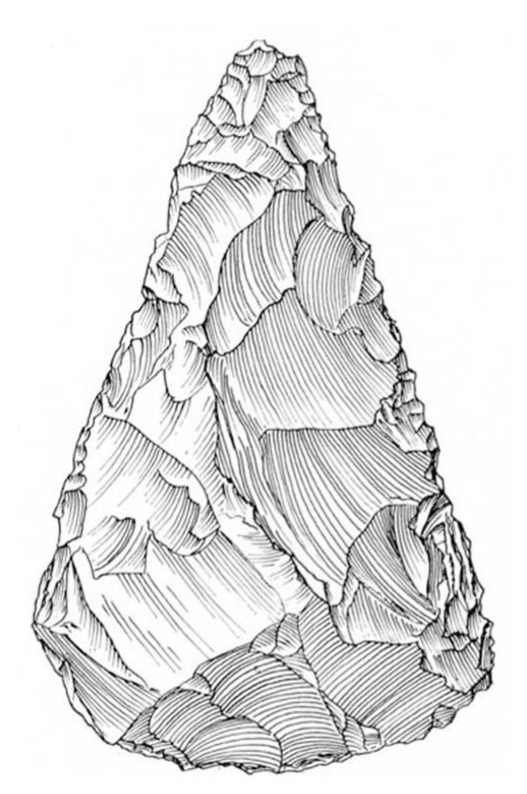
Espero pues, a pesar de todo, conseguir algo más: persuadir a algunos de que, ya que los seres humanos hacemos nuestra propia historia y el futuro está determinado por lo que hacemos cada uno de nosotros, tenemos que actuar más intensamente, ya que como dijo el propio Marx, «los filósofos se han limitado a interpretar el mundo, pero lo que importa es cambiarlo».

NEIL FAULKNER
Diciembre de 2012

1

CAZADORES-RECOLECTORES Y AGRICULTORES-PASTORES

Entre 2,5 millones y 5000 ap



La tecnología más avanzada durante dos millones de años: un hacha de mano bifaz del periodo achelense (Paleolítico inferior).

Comenzaremos con un rápido repaso de un largo periodo, desde hace dos millones y medio de años hasta hace 5.000 años, poco más o menos. Durante ese largo periodo tuvieron lugar cuatro grandes transformaciones como consecuencia de la evolución biológica, cultural y social. Primero, en África oriental, hace dos millones y medio de años, ciertos primates evolucionaron hasta convertirse en los primeros homínidos, animales que caminaban erectos y que tenían la capacidad de confeccionar instrumentos con sus manos. Segundo, hace unos 200.000 años y también en África, algunos homínidos evolucionaron hasta convertirse en los actuales humanos, criaturas con un cerebro más voluminoso y mayor capacidad para la confección de instrumentos, el trabajo colectivo, la organización social y la adaptación cultural a distintos entornos. Tercero, hace unos 12.000 años y bajo el impacto del cambio climático y la escasez de alimentos, algunas comunidades humanas pasaron de la caza y la recolección al cultivo y la cría de animales. Por último, hace unos 6.000 años las nuevas técnicas de drenaje e irrigación y la agricultura intensiva permitieron a determinadas comunidades aumentar sustancialmente su excedente, pasando del cultivo en pequeños huertos utilizando la azada a la agricultura basada en el arado.

Llamo revoluciones a esas transiciones para subrayar el hecho de que fueron relativamente rápidas: momentos de la historia en los que la lenta evolución cuantitativa dio paso bruscamente a un cambio cualitativo: de moverse a cuatro patas a caminar sobre dos piernas; de un homínido de limitado intelecto a otro con una

capacidad extraordinaria; de un modo de vida basado en la recolección de alimentos o la caza a otro basado en la producción; y del cultivo con azadas a la utilización del arado. Al final, y desde hace tan solo cinco o seis mil años, la agricultura y la ganadería proporcionaban a las sociedades humanas excedentes suficientes para mantener la religión, la guerra y grupos de especialistas. De estos últimos, que usurparon el control del excedente, iban a nacer las primeras clases explotadoras.

LA REVOLUCIÓN DEL GÉNERO «HOMO»

Hace 3,2 millones de años deambulaba por la depresión de Afar de Etiopía un nuevo tipo de simio: el *Australopithecus afarensis* («mono austral de Afar»). En 1974 unos antropólogos encontraron 47 huesos fósiles de uno de esos «australopitecos», alrededor del 40 por 100 de un esqueleto completo. Estudiando su apariencia y sus formas gráciles dedujeron que era hembra y la llamaron «Lucy», pero también puede que fuera un macho.

Lucy tenía 1,1 m de altura, pesaba alrededor de 29 kilos y tenía probablemente unos veinte años cuando murió. Con sus piernas cortas, brazos largos y una pequeña caja craneal, probablemente se parecería a un chimpancé actual, pero había una diferencia crucial: era bípeda y caminaba bastante erguida. El aspecto de su pelvis y de sus piernas y la rodilla de otro miembro de la especie hallada a poca distancia lo demostraban más allá de toda duda razonable.

Lucy formaba parte probablemente de un pequeño grupo que se desplazaba de un lado a otro recogiendo frutos, nueces, semillas, huevos y otros alimentos. La reducción de los bosques y la creación de las sabanas debidas al cambio climático habían favorecido a una especie capaz de recorrer grandes distancias en busca de alimento. Pero la bipedación de Lucy tuvo consecuencias revolucionarias. Liberó las manos y los brazos para confeccionar instrumentos y para otro tipo de trabajos, lo que a su vez impulsó la selección natural en favor de una mayor capacidad craneal. Se había puesto en marcha una poderosa dinámica evolutiva: mano y cerebro, trabajo e intelecto, habilidad y pensamiento iniciaron una interacción explosiva que culminó en los seres humanos actuales.

No sabemos si Lucy confeccionaba instrumentos, ya que no se ha encontrado ninguno cerca de sus restos o los de sus compañeros; pero hace dos millones y medio de años sus descendientes ciertamente lo hacían. Las hachuelas fabricadas con cantos de pedernal crudamente tallados representan la impronta arqueológica de un nuevo género (*Homo*) dentro de la familia de los homínidos, definido por la fabricación de instrumentos líticos, cuya utilización supone pensamiento conceptual, planificación y destreza

manual. Revela el uso del intelecto y la habilidad para modificar la naturaleza a fin de explotar más eficientemente sus recursos. Otros animales simplemente aprovechan lo que encuentran a su alcance.

Los homínidos del género *Homo*, al igual que los australopitecos ya mencionados, vivieron y evolucionaron en África durante un millón y medio de años. Aunque se han encontrado en Georgia, cerca del mar Negro, restos fósiles de homínidos con 1,8 millones de años de antigüedad, parecen representar únicamente una breve incursión en Asia occidental. Hasta hace alrededor de un millón de años no emigró desde África la primera especie humana, *Homo erectus*, para colonizar gran parte del sur y el este de Asia. Más tarde un homínido más desarrollado, *Homo heidelbergensis*, se asentó en gran parte de Asia occidental y Europa, pero aquellas poblaciones eran escasas e inestables.

Las distintas especies del género *Homo* evolucionaron durante la Edad del Hielo iniciada hace dos millones y medio de años (Pleistoceno), cuyo clima oscila entre periodos glaciales fríos e interglaciales relativamente cálidos. Actualmente nos hallamos en un periodo interglacial, pero hace 20.000 años gran parte de Europa y Norteamérica estaban cubiertas por capas de hielo de hasta 4 km de espesor, los inviernos duraban nueve meses y durante semanas la temperatura se situaba por debajo de -20º C. Las primeras especies del género *Homo* no estaban adaptadas al frío, por lo que migraban hacia el norte en periodos cálidos y de nuevo hacia el sur cuando avanzaban los glaciares. Llegaron por primera vez a Gran Bretaña, por ejemplo, hace más de 700.000 años, pero luego se retiraron y volvieron al menos ocho veces. Gran Bretaña estuvo probablemente ocupada tan solo durante un 20 por 100 de su Paleolítico (entre hace 700.000 y 10.000 años).

Homo heidelbergensis habitaba al parecer en regiones costeras o en estuarios donde los recursos animales eran ricos y variados. Los instrumentos más utilizados eran la hachuela de mano «achelense» y la lámina «clactoniense» en sus distintas variedades, utilizadas para cortar, despiezar, raspar y otros múltiples usos y que eran producidas en masa a medida que se necesitaban. Las excavaciones en Boxgrove (Inglaterra) han permitido recuperar 300

hachas de mano y muchos desechos de la talla de cantos de pedernal de hace alrededor de 500.000 años. Se utilizaban para trocear caballos, venados y rinocerontes en lo que era entonces una llanura costera con características de sabana.

Durante la última glaciación, en cambio, no se produjo una retirada general. La especie *Homo neanderthalensis* se había adaptado al frío evolucionando a partir del *Homo heidelbergensis* en Europa y Asia occidental hace unos 200.000 años. Esa adaptación de los neandertales se debía a la evolución biológica y a la nueva tecnología. Con su baja estatura y cuerpos robustos, grandes cabezas, narices aplastadas, cejas prominentes, frente huidiza y prácticamente carentes de mentón, podían sobrevivir abrigándose en cavernas durante el invierno aunque la temperatura media fuera inferior a los -10º C; pero lo más importante era su cultura, vinculada a su capacidad craneal.

El cerebro de los homínidos del género *Homo* se iba haciendo cada vez mayor. La selección de esa característica era una cuestión muy seria. El tejido cerebral es más caro que otros: el cerebro tan solo representa el 2 por 100 del peso de nuestro cuerpo pero consume más del 20 por 100 de la energía extraída de los alimentos, y también es un dispositivo de alto riesgo. Los humanos se adaptaron a la bipedación, que requiere una pelvis estrecha, pero tienen una gran caja craneal, lo que impone un gran esfuerzo a la pelvis de la mujer durante el parto; el resultado es que este resulta lento, doloroso y a veces peligroso, aunque las ventajas sean considerables. Su gran cerebro les permite a los humanos actuales crear y mantener relaciones sociales complejas con otros 150 como promedio. Los humanos no son solo animales sociales, sino que lo son en grado extremo, con cerebros especialmente sofisticados con ese propósito.

La sociabilidad confiere enormes beneficios evolutivos. Las bandas de humanos cazadores y recolectores eran probablemente muy pequeñas, quizá de 30 o 40 personas; pero seguramente tenían lazos con otra media docena de grupos de tamaño similar, con los que compartían apareamientos, recursos, trabajo, información e ideas. La sociabilidad, la cooperación y la cultura

están estrechamente relacionadas y alcanzarlas requiere altos niveles de inteligencia: en términos biológicos, tejido cerebral.

Los neandertales eran ciertamente inteligentes. La caja de herramientas «musteriense» (paleolítico medio) de los neandertales clásicos contenía varios punzones, raspadores, cuchillos y hachuelas especializadas; hasta 63 tipos diferentes según un famoso estudio de hallazgos arqueológicos en el suroeste de Francia. Los neandertales, inteligentes, vinculados en red y bien equipados, estaban soberbiamente adaptados a las temperaturas extremas del Pleistoceno, la construcción de cobijos, la confección de diversas vestimentas y la organización para la caza a gran escala en las llanuras heladas. Lynford, en Inglaterra, es un típico nicho de caza de hace unos 60.000 años donde los arqueólogos han encontrado instrumentos neandertales confeccionados a partir de huesos, colmillos y dientes de mamut.

Pero los organismos naturales son conservadores en relación con su perfección evolutiva. Los neandertales, al adaptarse tan bien al frío, entraron en un callejón sin salida biológico, mientras que en África, el crisol de las especies, había evolucionado un nuevo tipo de superhomínido a partir de la antigua línea del *Homo erectus*. Su creatividad, organización colectiva y adaptabilidad cultural era tan grande que, después de emigrar desde África hace unos 85.000 años, se extendió rápidamente por todo el mundo y acabó colonizando hasta los rincones más remotos. Aquella nueva especie era la de *Homo sapiens* —los humanos actuales— y estaba destinada a superar en la competencia a todas las demás y a empujarlas a la extinción.

La revolución del género *Homo*, que comenzó hace unos dos millones y medio de años, había culminado en una especie cuyos nuevos progresos estarían determinados, no por la evolución biológica, sino por la inteligencia, la cultura, la organización social y el trabajo colectivo planeado.

La revolución de la especie «Homo sapiens»

En algún lugar de África, hace 200.000 años, vivía una mujer que es la antepasada común de todos los seres humanos que viven hoy sobre la tierra. Es la progenitora primitiva de toda la especie *Homo sapiens*, los seres humanos actuales. La conocemos como «Eva africana», y es el análisis de su ADN el que lo ha revelado, confirmando y refinando las conclusiones alcanzadas por otros científicos basándose en las pruebas de los huesos fosilizados.

El ADN es el código genético inserto en las células que proporciona el modelo para la vida orgánica, y en él se pueden estudiar semejanzas y diferencias para analizar la relación entre las diversas formas de vida. Las mutaciones suceden y se acumulan con una tasa bastante continua, lo que permite a los genetistas no solo medir la diversidad biológica en y entre las especies, sino también estimar cuánto tiempo ha pasado desde que dos grupos se separaron y dejaron de emparejarse. Las mutaciones en nuestro ADN constituyen por tanto pruebas «fósiles» de nuestro pasado insertas en el tejido vivo.

La fecha del ADN para la Eva africana se corresponde con la de los primeros fósiles conocidos de *Homo sapiens*. Dos cráneos y parte de un esqueleto encontrados en Omo (suroeste de Etiopía) en 1967 datan de alrededor de 195.000 ap (antes del presente; expresión habitual cuando se discute la evolución de los homínidos).

La nueva especie tenía características propias. Los primeros humanos tenían cráneos largos y achatados, frentes huidizas, arcos superciliares salientes y grandes mandíbulas, mientras que los humanos actuales tienen grandes cráneos más elevados, rostros mucho más planos y mandíbulas más pequeñas. El cambio se debía principalmente al mayor tamaño del cerebro: *Homo sapiens* era muy inteligente. El mayor volumen del cerebro posibilita almacenar información, pensar imaginativamente y comunicarse de formas complejas. El lenguaje, mediante el que se clasifica, analiza y discute el mundo, era la clave para todo esto. La Eva africana hablaba sin cesar, y debido a esto era, en términos evolutivos, adaptable y dinámica.

Homo sapiens tenía esa característica única: a diferencia de todos los demás animales, incluidos los demás homínidos, no estaba restringido por la biología a una variedad limitada de entornos. Pensando, hablando y trabajando colectivamente, podía adaptar su vida a casi cualquier entorno. La evolución biológica estaba ahora condicionada por la evolución cultural, y la velocidad del cambio se aceleraba. *Homo erectus* había permanecido en África con sus hachas de mano durante un millón y medio de años, pero en una pequeña fracción de ese tiempo los descendientes de la Eva africana, o algunos de ellos, se estaban dispersando por todo el planeta. Las pruebas genéticas parecen demostrar que la totalidad de Asia, Europa, Australia y las Américas fueron pobladas por los descendientes de un único grupo de cazadores-recolectores que partieron desde África hace alrededor de tres mil generaciones, esto es, hacia 85.000 ap. El sur de Asia y Australia fueron colonizadas hacia 50.000 ap, el norte de Asia y Europa desde 40.000 ap y las Américas desde hace 15.000 años.

¿Por qué se desplazaba la gente? Casi con seguridad en busca de comida, respondiendo al agotamiento de los recursos, la presión de la población y el cambio climático. Estaban adaptados a eso, adaptados a la adaptación. Diseñados para aguantar las caminatas y las carreras, eran capaces de desplazamientos a larga distancia. Su destreza manual los hacía excelentes fabricantes de instrumentos, y sus grandes cerebros los capacitaban para el pensamiento abstracto, la planificación detallada, la comunicación lingüística y la organización social.

Constituían pequeños grupos cooperativos estrechamente enlazados, que a su vez estaban vinculados en redes mayores pero más laxas basadas en el parentesco, el intercambio y el apoyo mutuo. Estaban, en el sentido en el que utilizan los arqueólogos ese término, «culturizados»: sus formas de obtener alimentos, vivir juntos, compartir tareas, fabricar instrumentos, adornarse, enterrar a los muertos y muchas otras cosas eran acordadas dentro de los pequeños grupos y seguían reglas establecidas.

Esto implica algo más: tomaban decisiones colectivas conscientemente. Se hablaba de las cosas y a continuación se

decidía. Los efectos de la búsqueda incesante de alimentos planteaba a menudo alternativas. Algunos grupos podían decidirse por una opción más conservadora: permanecer donde estaban, seguir como antes, esperar que las cosas mejoraran... Pero otros podían ser más emprendedores, quizá adentrándose en territorios desconocidos, ensayando nuevas técnicas de caza o vinculándose con otros grupos para compartir conocimientos, recursos y tareas.

Así pues, una característica dominante de *Homo sapiens* era la capacidad sin rival para satisfacer las demandas de entornos diversos y cambiantes. Inicialmente pudieron migrar a lo largo de líneas costeras y fluviales ricas en recursos; pero pronto se extendieron al parecer hacia el interior, y allí donde llegaban se adaptaban si ello era posible. En el Ártico cazaban renos; en las llanuras heladas, mamuts; en las estepas, caballos y venados salvajes; en los trópicos, cerdos, monos y lagartos.

Los instrumentos utilizados variaban según el entorno. En lugar de hachas de mano y lascas simples, manufacturaban una gran variedad de «hojas»: instrumentos de piedra afilados, más largos que anchos, que obtenían a partir de núcleos prismáticos o cilíndricos especialmente preparados. También construían refugios y confeccionaban prendas de vestir en la medida en que lo exigían las condiciones ambientales. Utilizaban el fuego para calentarse, cocinar y protegerse, y producían arte: pinturas rupestres y esculturas de los animales que cazaban y figurillas de gruesas «Venus» que representaban al parecer deidades de la fertilidad. Por encima de todo, experimentaban e innovaban. Los éxitos eran compartidos y copiados. La cultura no era estática sino cambiante y acumulativa. *Homo sapiens* se encontraba con retos ambientales que afrontaba con nuevas formas de hacer las cosas, y las lecciones aprendidas se convertían en parte de un depósito creciente de conocimiento y sabiduría.

En lugar de evolucionar biológicamente o extinguirse cuando las condiciones ambientales cambiaban, encontraban soluciones en mejores refugios, vestimentas más cálidas o instrumentos más cortantes. La naturaleza y la cultura interactuaban, y mediante esa

interacción los seres humanos mejoraban progresivamente su modo de vida.

En algunos lugares *Homo sapiens* coexistió durante un tiempo con otras especies humanas, ahora extinguidas. Entre 40.000 y 30.000 ap Europa estuvo habitada tanto por ellos como por los neandertales. Hay pruebas de ADN de cierto mestizaje —y en consecuencia, de interacción social—, pero parece predominar la lenta sustitución de una especie por otra. Los neandertales acabaron desapareciendo porque no podían adaptarse ni competir cuando el clima cambiaba, la población de *Homo sapiens* aumentaba y los grandes rumiantes de los que dependían todas las especies de *Homo* se extinguían.

La evolución tecnológica de los instrumentos de piedra parece acompañar esa sustitución. Los fósiles neandertales aparecen asociados con lascas musterienses, mientras que los cromañones (como se conocen en la arqueología europea los restos de *Homo sapiens*) están asociados con una variedad de sofisticadas hojas auriñacenses (de *oreñac*, ciervos; paleolítico superior). Esos términos reflejan dos tradiciones en la confección de instrumentos reconocidas en el registro histórico; pero lo principal es que la nueva cultura era diversa y dinámica, y produjo con el paso del tiempo propulsores de venablos, arpones y arcos y flechas, y se domesticaron perros para usarlos en la caza. Los neandertales habían estado en la cúspide de la cadena alimenticia, pero los recién llegados los obligaron a una «carrera de armamentos cultural» en la que no podían vencer.

La caverna de Gough en Cheddar Gorge (Inglaterra) es un nicho clásico de *Homo sapiens*, en el que se han encontrado restos humanos, huesos de animales, miles de instrumentos de piedra y artefactos elaborados a partir de huesos y astas. Datan de alrededor de 14.000 ap y pertenecían a una comunidad de cazadores de caballos. La caverna ofrecía cobijo y servía de atalaya desde la que se podía vigilar una garganta por la que pasaban regularmente manadas de équidos y cérvidos. Ahí tenemos pues una comunidad de *Homo sapiens* adaptada a un nicho ecológico muy específico:

una vía natural de las rutas de migración de animales salvajes al final de la última gran glaciación.

El periodo desde hace dos millones y medio de años, cuando comenzó la confección de instrumentos, hasta hace diez o doce mil años, es conocido en geología como Pleistoceno y en antropología como Paleolítico. Su última fase, el Paleolítico Superior, es el periodo de *Homo sapiens* y representa una ruptura revolucionaria con fases anteriores. La revolución del Paleolítico Superior fue tanto biológica como cultural. Una nueva especie de superhomínidos emigró desde África y se extendió por todo el mundo. En esa primera globalización, la especie se adaptó a diversos entornos y oportunidades creando numerosas «culturas» propias: diversos repertorios de instrumentos, métodos de trabajo, hábitos sociales y prácticas rituales.

Pero hace unos 10.000 años surgió un problema. Los grandes animales que se solían cazar estaban desapareciendo porque los humanos tenían demasiado éxito: mamuts, rumiantes gigantes y caballos salvajes habían sido cazados hasta la extinción. Al mismo tiempo, la tierra se estaba calentando y las planicies esteparias abiertas estaban desapareciendo, al crecer en ellas nuevos bosques. El mundo del Paleolítico Superior había llegado a un callejón de difícil salida para los humanos, cuyo modo de vida acostumbrado ya no les aseguraba la supervivencia. *Homo sapiens* afrontaba una prueba suprema de adaptabilidad evolutiva.

La revolución neolítica: de cazadores y recolectores nómadas a agricultores y pastores sedentarios

Hace unos veinte mil años el hielo de la última glaciación comenzó a licuarse, y hace diez o doce mil (comienzos del Holoceno) la temperatura global se había estabilizado en niveles semejantes a los de hoy día. Hace unos siete mil años la superficie terrestre emergida había cobrado su aspecto actual. En Europa, por ejemplo, el nivel del mar superó los pasos terrestres existentes e inundó el Báltico, el mar del Norte y el mar Negro. El resultado fue una crisis ecológica de lenta evolución para los pueblos del mundo. En el norte, la tundra abierta dio paso a densos bosques, reduciendo en un 75 por 100 la biomasa de animales disponibles para los cazadores. En Asia central y occidental la crisis fue aún más grave: allí el cambio climático convirtió grandes áreas en desiertos y la vida se retiró hacia tierras altas más húmedas, los valles de algunos ríos y los oasis.

No era la primera vez. Durante los dos millones y medio de años de la Edad del Hielo, los glaciares habían avanzado y retrocedido muchas veces. La diferencia ahora era la identidad de los humanos enfrentados al desafío de un mundo que se calentaba. *Homo sapiens* estaba mucho mejor equipado que sus predecesores, tanto intelectual como culturalmente, para afrontar aquella crisis ecológica.

En las tierras boscosas del norte la mayoría de los humanos se asentaron cerca de ríos, lagos, deltas, estuarios y costas marinas, donde el alimento era abundante y variado. Hace unos 10.000 años había en Star Carr, en Yorkshire, un campo estacional utilizado a finales de la primavera y durante el verano de cada año. Los pueblos del mesolítico (Edad de Piedra intermedia) que lo utilizaban cazaban toros salvajes, alces, ciervos rojos, corzos y cerdos salvajes, y también animales más pequeños como martas, zorros y castores. Su método preferido era el acecho y la emboscada a corta distancia. Su caja de herramientas incluía, además de raederas, barrenas y otros instrumentos de piedra, puntas de lanza espinosas hechas de cuerno.

El pueblo de Star Carr llevaba una vida bastante cómoda. Refinadas técnicas de caza y recolección le permitían explotar los nuevos recursos alimenticios de un entorno húmedo y boscoso. Pero en las áridas regiones de Asia se necesitaba algo más: no nuevas variantes de recolección de alimentos, sino su *producción*.

Los cazadores vivían desde hacía mucho tiempo en relación simbiótica con sus presas. Desbrozaban terrenos, canalizaban su movimiento, les proporcionaban alimento, mantenían alejados a los depredadores y se abstenían de cazar a los más jóvenes, ya que les interesaba mantener cerca una caza abundante. La transición de la caza al pastoreo (cría de animales domesticados en los pastos) pudo ser gradual y continua.

Que las plantas crecen a partir de las semillas se deduce de la observación. Que la gente comenzara a plantar semillas para cosechar sus frutos no fue por tanto un salto de gigante. Pero suponía una opción, no necesariamente bienvenida. La agricultura es un trabajo duro: supone tareas largas, repetitivas y fatigosas: despejar el terreno, abrir el suelo, cavar, esparcir las semillas, combatir las plagas, regar o drenar los campos, recoger la cosecha...; y eso sin contar el peligro siempre presente de sequías, inundaciones o plagas. Y luego lo mismo año tras año y tras año. La agricultura no es precisamente una opción ideal; cazar y pescar, recolectar y escarbar son mucho más fáciles.

La revolución neolítica, como la llamó Vere Gordon Childe, es por tanto un ejemplo de cómo los seres humanos hacen su propia historia, pero no en circunstancias elegidas por ellos. Pueden verse impulsados a la sedentarización y al duro trabajo de la agricultura y la ganadería por la necesidad, en un entorno cada vez más seco desprovisto de recursos alimenticios naturales. El-Beidha, cerca de Petra, en la actual Jordania, por ejemplo, alojó una comunidad de cultivadores a principios del Neolítico (Edad de Piedra nueva) hace unos 8.500 años. Vivían en casas de «corredor» comunales hechas de piedra, madera y barro, cosechaban grano para hacer harina en molinos de silla (cuya piedra de moler parece una silla de montar), y fabricaban muchos y variados instrumentos de pedernal, como

puntas de flecha, cuchillos y raspadores, que ahora se pulimentaban en lugar de tallarse simplemente a golpes.

La geografía y el clima interactuaban con el ingenio humano para producir diferentes economías en distintos lugares. La agricultura se desarrolló en Asia occidental y central, en parte porque el terreno era más seco y la presión sobre los recursos alimenticios era mayor, y en parte porque se disponía de variedades salvajes de especies clave: cereales como la cebada y la escanda, así como vacas, ovejas, cabras y cerdos. Pero el cambio climático era global y la agricultura se inventó independientemente en distintos momentos y en lugares muy alejados. En las tierras altas de Papúa-Nueva Guinea, por ejemplo, se desarrolló hace unos 9.000 años una economía neolítica basada en la caña de azúcar, bananas, ñame, gramíneas, tubérculos y hortalizas, que permaneció prácticamente inalterada hasta el siglo XX.

Los primeros agricultores sedentarios europeos eran pioneros asiáticos que cruzaron el Egeo hacia el este de Grecia hace unos 9.000 años, llevando consigo el «equipaje neolítico»: semillas para cultivar y animales domésticos; asentamientos permanentes y casas cuadradas; hilado y tejido; azadas, hoces y hachas pulidas; vasijas de barro y piedras de molino... Todo ello aparece repentinamente en el registro arqueológico en los enterramientos de personas con un claro ADN «asiático».

La difusión de la agricultura y la ganadería llevó miles de años, y ni siquiera ahora es universal. Desde hace unos 9.500 años han coexistido la caza, la recolección, el pastoreo y el cultivo. Muchas comunidades de principios del neolítico disponían de una economía mixta con diversos elementos de unos y otros. Otras se resistieron a la agricultura y la ganadería permanente. Hasta hace 7.500 años no se difundieron desde los Balcanes, atravesando la llanura húngara, hacia Europa septentrional y occidental, donde se detuvieron de nuevo. Durante otros mil años los cazadores mesolíticos del Báltico, las costas del mar del Norte, la ribera atlántica y las Islas Británicas conservaron su modo de vida, y luego, hace unos 6.000 años, se incorporaron también al neolítico. Otros, como los aborígenes de

Australia o los bosquimanos del Kalahari, mantuvieron una economía de caza y recolección hasta tiempos muy recientes.

El trabajo en el campo puede haber sido siempre una opción tomada a disgusto, pero una vez iniciado no tenía vuelta atrás. Como la agricultura y la ganadería explotaban el suelo más intensivamente, podían mantener poblaciones mucho mayores que la caza y la recolección, pero eso también significaba que si los agricultores-ganaderos abandonaban su trabajo su comunidad perecería de hambre, porque ahora había demasiada gente para alimentarse simplemente de lo que estaba disponible. La humanidad había quedado atrapada por su propio éxito en ese tipo de tareas.

Hace unos siete mil años los agricultores-ganaderos del neolítico (conocidos por los arqueólogos como la *Cultura de la cerámica de bandas*) se habían asentado en gran parte de Europa. Vivían en aldeas de dos o tres docenas de casas de madera, de entre 30 y 40 m de longitud y 5 m de anchura, cuya construcción requería un esfuerzo colectivo. En cada una de ellas se acomodaba un grupo familiar extenso. Ni las viviendas ni los enterramientos ofrecen ninguna señal de desigualdad social; cabe suponer que todos contribuían y todos consumían de una forma igualitaria según su habilidad. Así pues, en la sociedad de principios del neolítico no había divisiones de clase ni familias nucleares, cosas en las que no hay nada de «natural». Como los cazadores-recolectores nómadas, los primeros agricultores-ganaderos sedentarios eran lo que Karl Marx y Friedrich Engels llamaban «comunistas primitivos».

Pero se trataba de un comunismo de la escasez. La agricultura conllevaba al principio mucho despilfarro: se desbrozaba y roturaba la tierra y luego se cultivaba hasta que se agotaba y había que abandonarla. El barbecho y el abono para mantener la tierra «productivamente saludable» no eran todavía prácticas comunes; y a medida que crecía la población, la tierra disponible comenzaba a escasear. Esas contradicciones de la economía del neolítico acabaron estallando en conflictos bélicos.

Los cuerpos de 34 personas, la mitad de ellos niños, habían sido arrojados a un pozo de 3 m de anchura. Dos de los adultos habían sido alcanzados en la cabeza con flechas. Otros 20, incluidos niños, habían sido muertos a garrotazos. Los arqueólogos no dudan de que fue una matanza. El Pozo de la Muerte de Talheim, en el suroeste de Alemania, revela una verdad cruel sobre el mundo del neolítico de hace 7.000 años: los humanos habían comenzado a guerrear entre si.

Antes no había habido guerras. Durante dos millones y medio de años, a lo largo del paleolítico, pequeñas bandas de humanos habían recorrido la tierra en busca de alimentos practicando la caza y la recolección. Los encuentros eran escasos y los enfrentamientos de cualquier tipo aún más escasos. Solo más tarde, cuando aumentó la cantidad de gente, comenzó a haber conflictos ocasionales sobre los recursos. El arte de las cavernas muestra cazadores con arcos disparando no solo contra animales sino a veces contra otros hombres, pero eso no era la guerra como tal. La guerra es una violencia a gran escala, prolongada y organizada, entre grupos opuestos. No hay pruebas de que eso sucediera antes de la revolución agrícola que comenzó hace unos 9.500 años.

La agricultura-ganadería era un modo mucho más eficiente de obtener alimentos que la caza-recolección, por lo que la población aumentó enormemente durante el neolítico. Mientras que los yacimientos de fósiles paleolíticos albergan cientos de esqueletos, los del neolítico son de decenas de miles. Pero ahí había un problema. La técnica era primitiva, la productividad baja y el excedente pequeño. La gente vivía al borde del peligro, expuesta a desastres naturales como las plagas en los cultivos, epidemias en los animales o calamidades climáticas. Las comunidades de principios del neolítico se sentían amenazadas por los espectros del hambre y la muerte.

El problema tenía sus raíces en el propio éxito de la economía del neolítico, ya que la población seguía creciendo pero el terreno disponible era limitado. A medida que se extraían nutrientes del

suelo sin reponerlos, había que roturar nuevas tierras en lo que antes era territorio virgen. Al crecer la población, los asentamientos existentes no podían alimentar a todos y grupos de exploradores se ponían en camino para encontrar nuevos lugares de asentamiento. A medida que se desbrozaban las últimas zonas salvajes cercanas a los anteriores asentamientos, la economía derrochadora del neolítico iba alcanzando sus límites. El anhelo de tierra y de alimentos podía hacer entrar en conflicto entonces a grupos vecinos.

La propiedad entre los primeros agricultores y ganaderos —de campos, animales, almacenes, hogares permanentes— era comunal, para arrostrar las dificultades. Aquella combinación de pobreza y propiedad, escasez y excedente, fue la causa primordial de las primeras guerras. Los hambrientos podían comer apoderándose del grano y las ovejas de sus vecinos. El Pozo de la Muerte en Talheim parece atestiguar aquellas luchas primitivas.

Pero para hacer la guerra se necesitan guerreros, aliados y obras de defensa. Los grupos que cuenten con ellas derrotarán a los que no las tengan; los que inviertan parte del excedente en la preparación para la guerra dominarán a los que no lo hagan. Los arqueólogos creen ahora, por ejemplo, que fue en torno a 5500 ap cuando se produjeron las primeras guerras en Gran Bretaña, pocos siglos después del comienzo de la revolución neolítica allí. En distintos lugares de la Europa noroccidental se construyeron grandes recintos «calzados», esto es, con unas calzadas elevadas entre fosos, en lo alto de colinas relativamente aisladas. Windmill Hill, en Wiltshire, cercado por tres anillos concéntricos de calzada y foso, tiene el tamaño de 15 campos de fútbol, esto es, unas 10 hectáreas. Se utilizaban probablemente para grandes asambleas políticas, rituales religiosos y como fortificaciones defensivas. Simbolizaban un nuevo orden que unía a gente de distintas aldeas en una única entidad tribal. Hacia la misma época comenzaron a practicarse los enterramientos comunales en tumbas cubiertas con grandes losas o montículos de tierra. El túmulo megalítico de West Kennet en Wiltshire, que estuvo en uso entre 5500 y 4500 ap, tiene 100 m de longitud y 20 m de anchura. Construido evidentemente con la intención de impresionar, era una aserción directa de control

territorial, pero su propia existencia demuestra que ese control era impugnado.

Los recintos «calzados» como el de Windmill Hill eran lugares de culto; los túmulos megalíticos eran mausoleos. Las grandes entidades sociopolíticas de principios del neolítico se cimentaban mediante las creencias y rituales colectivos. La magia y la religión estaban asumiendo nuevas funciones, convirtiéndose en mecanismos para crear grupos sociales más fuertes, más capaces de competir con otros grupos por el control del territorio y los escasos recursos.

La magia (un intento de obtener lo que se desea mediante la imitación) y la religión (un intento de hacerlo suplicando a grandes poderes invisibles) tienen una larga historia. Los cazadores del paleolítico superior pintaban grandes bestias sobre las paredes en las oscuras profundidades de sus cavernas. En la mente prehistórica el símbolo, la imagen pintada, pretendía servir como conjuro para la futura expedición de caza; pero la magia se practicaba no solo mediante el arte pictórico, sino también mediante la danza, la música y los ornamentos personales. La danza grupal, los sonidos rítmicos y la vestimenta encarnaban los deseos y esperanzas colectivas. Los cazadores, psíquicamente motivados por el ritual, reanudaban entonces la búsqueda de presas con confianza renovada.

El grupo humano —su cohesión, fertilidad y supervivencia— era también materia de culto. El totemismo es una amalgama primitiva de magia y religión: vincula al grupo humano con un animal, al que se venera para asegurar el bienestar del grupo. El culto de los antepasados es igualmente antiguo: concibe a los parientes muertos como espíritus benevolentes que se ciernen protectoramente sobre la progenie viva. Pero la religión plenamente desarrollada incorpora la adoración de deidades supraterrenales: el sol, la luna, la Gran Madre tierra. La alienación —falta de control sobre la naturaleza— adquiere entonces su expresión más elaborada. Los seres humanos tratan de protegerse frente a fuerzas que no pueden controlar mediante súplicas (plegarias) y sobornos (sacrificios y ofertas) a quienes imaginan que las dominan.

Esas formas primitivas de religión —totemismo, culto de los antepasados, del sol, de la luna, de la Gran Madre tierra— sobreviven «fosilizados» en cultos posteriores. Mucho de lo que conocemos proviene de ahí. Artemisa, diosa griega de la naturaleza salvaje, era adorada en la antigua Atenas por jovencitas que danzaban disfrazadas de osas. En la antigua Roma las *lupercalia* festejaban anualmente del 13 al 15 de febrero a Fauno Luperco, divinidad con atributos de lobo y de cabra que según la tradición había amamantado, en forma de loba (Luperca, en italiano *lupa capitolina*), a los gemelos Rómulo y Remo; los adolescentes elegidos anualmente entre las familias más ilustres de la ciudad, tras ser ungidos con sangre de cabras sacrificadas, salían desde una gruta cercana al monte Palatino cubiertos únicamente con unos jirones de piel de lobo y golpeaban con unas tiras de cuero a quienes encontraban a su paso. Para las mujeres, ser azotada por los *luperci* equivalía a una purificación llamada *februatio* que supuestamente aumentaba su fertilidad.

La religión cobró así mayor importancia en las aldeas del neolítico asociadas en entidades tribales. La rivalidad y la guerra por el territorio obligaba a los pequeños grupos a buscar seguridad en unidades mayores. La adoración común de tótems, antepasados y deidades creaba nuevas identidades sociales. Las creencias y rituales compartidos fomentaban la solidaridad; pero el resultado podían ser enfrentamientos mortíferos entre grupos rivales. El recinto «calzado» de Crickley Hill en Gloucestershire fue atacado e incendiado; en torno a su perímetro se encontraron más de 400 puntas de flecha de pedernal. Muchos de los restos mortales hallados en los túmulos megalíticos británicos mostraban huellas de violencia, habiendo caído víctimas de dardos, flechas, garrotes, hachas o piedras.

Una combinación de investigaciones con radiocarbono (basadas en la proporción de carbono 14 en los restos orgánicos) y estadística bayesiana ha proporcionado nuevas fechas para esos acontecimientos. La construcción de recintos «calzados» y los asesinatos en masa fueron bastante simultáneos. Entre hace 5.700 y 5.400 años se estableció en Gran Bretaña un nuevo orden basado

en el control territorial, los grupos tribales, rituales a gran escala y preparación para la guerra, que dio el poder a una nueva capa social de jefes guerreros y grandes sacerdotes que con el tiempo iba a consolidarse como una clase dominante.

EL ASCENSO DE LOS EXPERTOS Y LA DIFUSIÓN DE NUEVAS RELACIONES FAMILIARES Y SOCIALES

La economía de principios del neolítico, plagada de contradicciones insolubles, estaba condenada. La técnica era primitiva y dispendiosa. La sociedad carecía de reservas para afrontar los desastres naturales y los periodos rigurosos. La tierra virgen se agotaba mientras que los viejos campos quedaban exhaustos y la población crecía.

La guerra era una expresión de esas contradicciones. Ofrecía a ciertos grupos una salida de la pobreza aprovechándose de los bienes almacenados por otros. Pero no era una solución, ya que no aumentaba la productividad, sino que simplemente redistribuía las reservas existentes de riqueza en tierra, animales y grano almacenado.

Una característica definitoria de *Homo sapiens* es su inventiva. Los seres humanos actuales responden a los desafíos que se les presentan desarrollando nuevos instrumentos y técnicas. Están adaptados para adaptarse. Prosperaron mediante la innovación cultural. Del estancamiento económico de principios del neolítico se salió mediante avances revolucionarios en la agricultura, el transporte y la elaboración de instrumentos.

La «agricultura» basada en el arado de los campos sustituyó a la «horticultura» basada en el trabajo con la azada de pequeñas parcelas. Un arado arrastrado por bueyes permitía a los agricultores labrar grandes campos, abriendo el suelo para extraer de él reservas de nutrientes. Los animales de tiro también producen abono para fertilizar el suelo.

Los planes de irrigación llevaron agua a tierras áridas. Cuando las comunidades de agricultores se organizaron para cavar, mantener y poner en funcionamiento redes de diques, canales y esclusas, compensaron así el riesgo de lluvias irregulares y pudieron cultivar permanentemente tierras fértiles. Los planes de drenaje, por otro lado, convirtieron ciénagas en campos, permitiendo el cultivo de tierras ricas en nutrientes allí donde antes no existía

nada. También ahí era necesario el trabajo en común, tanto para excavar los canales como para mantenerlos limpios.

El transporte por tierra se transformó con la invención de la rueda y la cría de animales de tiro (bueyes, asnos, caballos y camellos). El cargamento ya no se limitaba a lo que un ser humano podía transportar sobre su espalda. El transporte fluvial y marítimo se transformó con la utilización de las velas, que permitían aprovechar la energía eólica para sustituir (o complementar) la potencia muscular de los remeros.

Los instrumentos hechos de piedra, huesos y madera tienen un límite: solo se pueden moldear tallándolos, y una vez que se rompen hay que prescindir de ellos. Los metales parecían mágicos en comparación con esos materiales. Se podían fundir, mezclar y moldear en formas muy diversas. Al enfriarse se hacían sólidos, duros y duraderos, y no había desperdicio: el metal sobrante se podía reciclar indefinidamente.

El primer metal con el que se trabajó fue el cobre, y más tarde se mezcló con otros para obtener aleaciones más duras. Hace 5.000 años se mezclaba con estaño para obtener bronce; durante los dos milenios siguientes, este fue el material preferido para fabricar armas, ornamentos y artículos de lujo.

La tecnología metalúrgica era totalmente nueva. La cerámica era ya antigua, pero ahora se desarrolló más rápidamente con la introducción del torno de alfarería, con el que se podía obtener una vasija útil —y, si se deseaba, de mayor calidad y belleza— en una fracción del tiempo que llevaba hacerla moldeando el barro a mano.

En resumen, entre hace seis y cinco mil años una serie de innovaciones transformaron el trabajo de los agricultores y ganaderos en Asia occidental. Se obtuvieron nuevas tierras mediante el riego y el drenaje, se labraba más fácilmente con el arado y la tierra mejoraba mediante el abono regular. Los artesanos metalúrgicos ampliaron la variedad de sus artefactos y los alfareros utilizaban tornos para fabricar más y mejores recipientes. Animales de tiro, vehículos con ruedas y veleros permitían transportar pesadas cargas y comerciar con distintos bienes.

Aunque muchas de las nuevas ideas se originaron en Asia occidental, algunas se importaron de otros lugares. Los nómadas de la estepa de Asia central pudieron ser los primeros en domesticar el caballo y en construir carros de dos ruedas. Los metalúrgicos europeos estuvieron a la cabeza de su artesanía. Las buenas ideas arraigan pronto. Los métodos agrícolas mejorados de finales del neolítico se difundieron rápidamente de Asia occidental a Europa. En regiones más alejadas se produjo un desarrollo independiente en fecha más tardía. Los chinos, por ejemplo, inventaron la carretilla, los cultivos en terraza y el trasplante de plántulas de arroz.

Las nuevas técnicas trajeron consigo cambios sociales. La economía poco tecnificada de principios del neolítico no requería apenas trabajo especializado: todo el mundo participaba en las tareas habituales. Pero el mundo más tecnificado de finales del neolítico, el calcolítico (Edad del Cobre) y la Edad del Bronce dependía de múltiples especialistas. Se necesitaban artesanos expertos para fabricar arados, carros y barcos. Los alfareros producían incesantemente vasijas con sus tornos a cambio de una participación en la producción agrícola. Los metalúrgicos tenían que pasar por un largo aprendizaje para conocer los misterios de la fusión, la forja y el moldeado.

La especialización separó el trabajo del hogar. Los comerciantes recorrían largas distancias con valiosos cargamentos de cobre, obsidiana, lava, conchas ornamentales y piedras semipreciosas. Muchos artesanos prehistóricos, al igual que sus descendientes históricos, eran itinerantes y vendían sus habilidades de aldea en aldea. Como consecuencia, los lazos de familia, clan y tribu se debilitaron. Además de las relaciones sociales basadas en el parentesco, había ahora nuevas relaciones basadas en el patrocinio y el comercio.

También cambiaron las relaciones entre los sexos. Para que los grupos sociales pudieran sobrevivir y prosperar requerían un suministro continuo de adolescentes y jóvenes para el trabajo económico, y debido a las altas tasas de mortalidad las jóvenes tenían que pasar gran parte de su vida embarazadas o amamantando. Y mientras que las tareas de recolección del

paleolítico o el cultivo con azadas de principios del neolítico podían combinarse con el cuidado de los niños, no sucedía así con la labranza con arado de finales del neolítico.

En las comunidades de cazadores-recolectores y en las primeras comunidades agrícolas y ganaderas, las mujeres habían realizado diferentes tareas pero su estatus era igual al de los hombres. Había una división por géneros del trabajo, pero no una opresión específica de las mujeres. Los hombres cazaban, las mujeres recolectaban y todos discutían cuando había que trasladarse. La familia nuclear no existía en su forma actual. Las viviendas comunales de principios del neolítico albergaban familias extensas. Es muy posible que el matrimonio grupal fuera la práctica habitual. La residencia uxorilocal (los hombres se trasladaban a vivir con la familia de su mujer) y la genealogía matrilineal (la pertenencia a la familia quedaba determinada por la madre siguiendo la línea femenina) lo eran casi con seguridad.

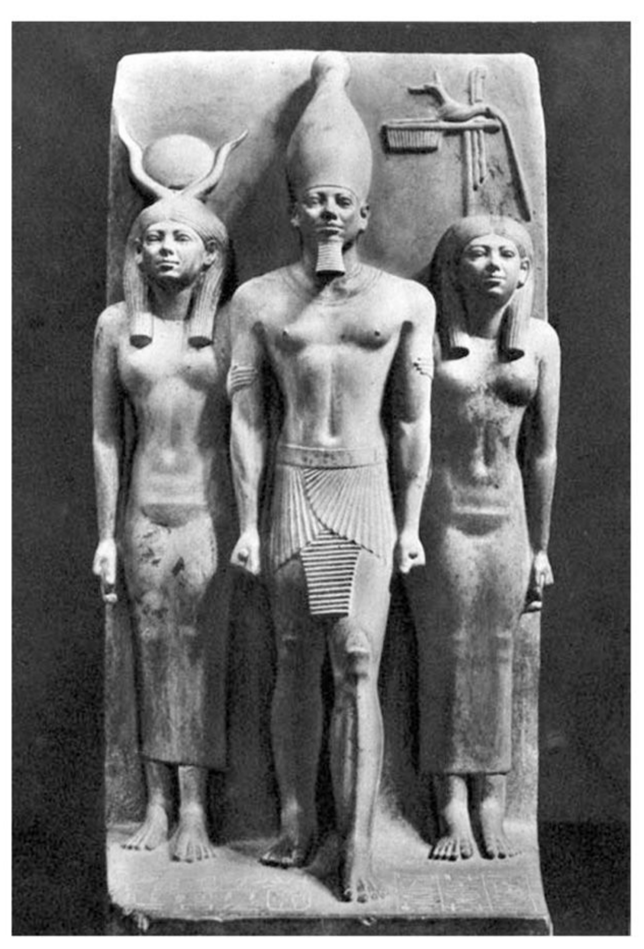
Pero el periodo neolítico tardío era un mundo de hombres. El pastoreo, el arado, el comercio a larga distancia y la artesanía itinerante no podían combinarse con el cuidado de los niños. El arado, el carro de bueyes y la forja crearon las condiciones sociales para el dominio de los varones.

Una segunda «revolución» agrícola —con mayor precisión, una lenta acumulación de innovaciones radicales— había transformado la economía del neolítico y había subvertido el orden social. La azada y el pequeño huerto temporal habían sido sustituidos por el arado y los campos irrigados y abonados. Debido a esto, las comunidades matriarcales e igualitarias fueron dando paso al patriarcado, adoptando nuevas nociones de autoridad y jerarquía.

2

LAS PRIMERAS SOCIEDADES DE CLASE

Entre 5000 y 3000 ap



El rostro del poder hace 4.500 años: el faraón egipcio Micerino acompañado por dos divinidades femeninas.

Hace unos 5.000 años se consolidaron en algunas partes del mundo, especialmente en los fértiles valles fluviales de Mesopotamia, Egipto, Pakistán y China, las primeras sociedades de clase claramente establecidas. Sacerdotes, jefes guerreros y funcionarios civiles aprovechaban su posición privilegiada para monopolizar el control sobre los excedentes, imponer su autoridad al resto de la sociedad y explotar el trabajo de los demás en su propio interés.

Durante aquel periodo, conocido por los arqueólogos como Edad del Bronce, se confeccionaban con metales algunas armas, ornamentos y otros aderezos, pero los principales utensilios de la vida cotidiana seguían estando hechos de piedra, madera y hueso; por esta razón, la productividad seguía siendo baja y los excedentes escasos, la extensión de la civilización era limitada, y aunque surgieron y cayeron imperios, la mayor parte de la humanidad seguía viviendo fuera de su alcance.

Debido al conservadurismo de las elites de la Edad del Bronce, las innovaciones técnicas solían desarrollarse en la periferia del sistema más que en su centro; hace unos 3.000 años una de esas innovaciones iba a contribuir a derribar los viejos imperios e iniciar una revolución económica: la fabricación de utensilios, en particular armas, de hierro.

En la región que luego se conocería como Sumeria, en la planicie aluvial entre el Tigris y el Éufrates (sur de Iraq), predominaban anteriormente pantanos y desiertos; pero hace unos 5.000 años los pobladores neolíticos habían creado allí una versión real del mítico Jardín del Edén.

Drenaron los pantanos y regaron los bancos de limo que quedaban en seco, con lo que crearon campos de una fertilidad extraordinaria. Hace unos 4.500 años, el rendimiento medio de un campo de cebada era de 86 veces lo sembrado, algo que sabemos por registros escritos y conservados en tabletas de arcilla cocida. Los sumerios inventaron la escritura porque la sociedad de clases urbana y compleja que habían creado les obligaba a mantener registros detallados, especialmente de los impuestos, transacciones comerciales y deudas.

La antigua Sumeria era del tamaño aproximado de la actual Dinamarca. Una vez que se puso en cultivo su rico suelo, podía producir grandes excedentes agrícolas, lo que permitió un cambio cualitativo y pasar de la vida en pequeñas aldeas a ciudades con miles de habitantes. En Sumeria se produjo así lo que el gran arqueólogo del periodo de entreguerras Gordon Childe llamó «la revolución urbana».

Los principales yacimientos arqueológicos que atestiguan esa revolución son los «teles», no solo en Sumeria sino en todo Oriente Medio; se trata de montículos artificiales, resultado de la acumulación y subsecuente erosión de materiales, fundamentalmente ladrillos de adobe y otros elementos constructivos, así como cierta cantidad de restos domésticos, depositados por la ocupación humana de un lugar durante muchos siglos. Muestran cómo fueron evolucionando y creciendo las aldeas del Calcolítico hasta convertirse en las ciudades de la Edad del Bronce entre hace seis y cinco mil años.

Las excavaciones han dejado al descubierto ciudades dominadas por grandes templos en forma de tronco de pirámide conocidos como zigurats. El de Uruk-Erech del Periodo

Protodinástico (entre 2900 y 2300 a. e. c.) tenía unos diez metros de altura y su interior estaba construido con adobes (ladrillos secados al sol), mientras que el exterior estaba recubierto de miles de copas de cerámica vitrificada mediante el fuego y la parte superior consistía en una plataforma de asfalto. En conjunto la ciudad, con sus distritos residencial e industrial, cubría unos 5 km².

Los templos y las fincas de los campos circundantes que les daban sustento pertenecían a los dioses. El territorio de Lagash estaba dividido entre una veintena de deidades. La diosa Baü poseía 44 km², parte de los cuales habían sido adjudicados a diversas familias, mientras que el trabajo en el resto, propiedad individual de Baü, quedaba a cargo de labradores asalariados, arrendatarios o determinados «clanes» obligados a realizar los servicios de mantenimiento.

Dado que la propia Baü no podía atenderlas, sus propiedades eran gestionadas en su nombre por los sacerdotes del templo; aunque muchos de ellos solo disponían de entre 0,32 y 1 hectárea de tierra, se sabe que un importante sacerdote disponía de 14,4 hectáreas. Así pues, los sacerdotes constituían una elite social, con riqueza privada y sus propias fincas, además del control colectivo de la riqueza que producían las propiedades del templo.

La riqueza los hacía poderosos, y utilizaban ese poder para acumular más riqueza. Se conserva un decreto destinado a restaurar en Lagash el antiguo orden «tal como había existido desde el principio»; reconoce que los sacerdotes estaban robando a los pobres, practicando diversos tipos de extorsión y tratando la tierra, el ganado y los aperos del templo como propiedad privada y a sus sirvientes como esclavos.

De las filas de los sacerdotes surgieron los gobernadores de las ciudades (más tarde llamados reyes). El gobernador de Lagash era a la vez sumo sacerdote del dios principal y comandante en jefe de la milicia de los ciudadanos; disfrutaba del uso de 246 hectáreas que teóricamente pertenecían a la diosa Baü. Ese gobernador era uno entre muchos, ya que Sumeria estaba dividida en distintas ciudades-estado, a menudo en guerra entre ellas. El Estandarte de Ur —una caja formada por paneles de madera taraceados formando

un mosaico con incrustaciones de conchas, cornalina y lapislázuli, hallada en 1920 en una tumba real de hace unos 4.600 años— exhibe carros de cuatro ruedas atacando al enemigo, lanceros con cascos y armaduras de metal y prisioneros desnudos frente al rey.

Cada ciudad-estado sentía temor frente a las demás. Cada una de ellas poseía tierras, rebaños, graneros, tesoros y una mano de obra que proteger. El poder militar era imprescindible para la defensa; pero una vez adquirido podía usarse proactivamente. La agresión preventiva podía constituir la mejor garantía de la seguridad futura y podía aumentar la riqueza y el poder de un gobernante.

El poder militar tenía también una función interna. El Estado —el gobernante, los sacerdotes, una burocracia de funcionarios y subalternos y los cuerpos armados bajo su mando— constituía un mecanismo para mantener el nuevo orden social establecido en la ciudad. La burocracia era de por sí un instrumento del poder de clase. La complejidad de la sociedad urbana exigía la escritura para mantener registros, pesos y medidas estandarizados para el comercio, y geometría y aritmética para la medición de tierras. En aquella sociedad de clases, cada vez más compleja, había que medir, registrar por escrito y hacer respetar las pertenencias de cada uno y sus privilegios.

Se crearon nuevos tipos de especialistas en esas artes, proporcionándoles una educación esotérica y exclusiva. La jerarquía estatal les concedía autoridad y estatus. Otras categorías más antiguas de especialistas —comerciantes y artesanos— estaban también insertas en la nueva estructura de clase. No había un mercado libre. La economía de aquellas antiguas ciudades formaba parte del orden político. Los gobernantes controlaban lo que se comerciaba, dónde se vendía y cuándo, y en particular mantenían un monopolio de los metales, especialmente del bronce y del oro.

La Sumeria Protodinástica era, en resumen, la primera sociedad de clases plenamente desarrollada del mundo. En el escalón más bajo estaban los esclavos, sobre ellos la gente corriente con un estatus subordinado, y por encima de estos los ciudadanos libres. Una tableta de arcilla cocida se refiere a 205 niños y niñas esclavos,

probablemente empleados en un establecimiento de tejeduría centralizado. Otra describe la jerarquía ocupacional en el templo de Baü en Lagash. En lo más alto estaban los funcionarios, escribas y sacerdotes y en lo más bajo los panaderos, cerveceros y obreros textiles, muchos de ellos mujeres y muchos de ellos esclavos.

Las viviendas excavadas en Eshnunna revelan claras diferencias de clase: las mayores, en las calles principales, ocupaban 200 m² o más, mientras que las más pequeñas, en estrechas callejuelas, solo llegaban a 50 m² y eran mucho más numerosas.

La desigualdad de clase era percibida e impugnada. Las tabletas sumerias aluden a esas tensiones. La sociedad no se basaba en el consenso sino que debía ser impuesta y mantenida por la fuerza.

¿Cómo había adquirido una minoría el poder para elevarse por encima de la mayoría? ¿Qué es lo que permitió a unos pocos acumular riqueza a expensas de los demás?

La clase es a la vez una relación social entre ricos y pobres y un proceso económico de explotación y acumulación de sobreproducto excedente, que tiene que ser continuamente reproducido; y como la gente se resiste a ello, conlleva la lucha de clases. El afán de riqueza y poder se alimenta de la combinación de pobreza y propiedad, una combinación que mantiene grapadas, como con cinchos, todas las sociedades de clase preindustriales.

La pobreza es una condición general. Las economías agrícolas tradicionales no producen lo suficiente para proporcionar abundancia a todos. A veces no producen ni siquiera lo suficiente para cubrir las necesidades. La propiedad veda a los demás recursos escasos y asigna la riqueza a ciertos individuos, familias, corporaciones, templos, tribus o ciudades-estado privilegiados. La propiedad puede ser privada o colectiva, pero nunca es universal.

Esa pareja contradictoria —pobreza y propiedad— dio lugar a la desigualdad de clase, el poder estatal y la guerra. Los especialistas religiosos y militares de la Sumeria prehistórica habían obtenido el control sobre el sobreproducto excedente ejerciendo sus funciones por cuenta de la totalidad de la sociedad. Al principio su posición había dependido de la aprobación pública, pero el control sobre el excedente los hizo poderosos, y a medida que iban consolidando su

autoridad constataron que podían utilizarla para enriquecerse aún más y mantener su situación privilegiada *sin* necesidad de una aprobación pública. De este modo los sumos sacerdotes, jefes guerreros, gobernadores y reyezuelos de la Sumeria urbana acabaron convirtiéndose en una clase dominante explotadora que acumulaba y consumía el excedente en su propio interés: un poder *sobre* la sociedad, no un poder *de* la sociedad.

Algo parecido ocurrió poco más o menos al mismo tiempo o un poco después en otros lugares. La civilización no se extendió desde un único centro: surgió independientemente allí donde las circunstancias lo hicieron posible.

En Sumeria los sacerdotes constituían el núcleo de la clase dominante, las propiedades del templo les proporcionaban su riqueza y los zigurats del templo sus monumentos más imponentes. Los gobernadores y jefes guerreros eran reclutados en la teocracia. En Egipto sucedía al revés. Menes, jefe del clan Halcón y primer faraón legendario, unió el delta del Nilo (bajo Egipto) y el valle del Nilo (alto Egipto) mediante la conquista militar. Tras crear un estado centralizado se proclamó rey-dios (faraón). Sacerdotes, funcionarios, mercaderes, artesanos y campesinos estaban todos ellos subordinados al faraón. Los sacerdotes y funcionarios que constituían la clase dominante debían sus propiedades y posición al patrocinio real. Las pirámides, monumentos representativos del antiguo Egipto —(2705-2250 a. e. c.)—, no eran templos, sino sepulcros reales.

Al igual que los sacerdotes y reyes sumerios, los faraones fomentaron los prerrequisitos culturales de la revolución urbana: obras de irrigación, comercio a larga distancia (especialmente en metales, madera y piedra para la construcción), escritura y mantenimiento de registros, notación numérica y geometría, estandarización de pesos y medidas, calendario y medida del tiempo y la ciencia astronómica.

Este paquete urbano reflejaba las necesidades del estado y de la elite. El control de las aguas del Nilo aseguraba cosechas abundantes, grandes excedentes y una mano de obra sana. Las misiones comerciales oficiales aseguraban las materias primas necesarias para la fabricación de armas, la arquitectura monumental y el consumo de lujo. Una burocracia instruida en el arte de la escritura y con conocimientos aritméticos gestionaba los tributos y los servicios de trabajo de los que dependía el poder estatal.

En muchos otros lugares se produjeron otras revoluciones urbanas, lo que muestra que todos los seres humanos son capaces de los mayores logros. No hay «razas» o «naciones» superiores con mayores méritos que el resto. Son la cultura y las circunstancias —no la biología— las que determinan las diferencias históricas.

Hace cerca de cinco mil años surgió también una civilización urbana en el valle del Indo, en el moderno Pakistán. Los grandes monumentos y suburbios residenciales de Mohenjo-daro cubren 2,6 km². El perímetro amurallado de Harappa tiene una longitud de 4 km. Los sellos estampados y los pesos y medidas estandarizados indican una compleja administración.

La antigua Anyang en la región del río Amarillo del norte de China era un complejo no amurallado que medía casi 10 km de longitud por 4 km de anchura. Fue probablemente la capital de la dinastía Shang hace 3.300 años. Las excavaciones han revelado ricas tumbas reales, grandes tesoros de bronce labrado y decenas de miles de «huesos oráculos» con inscripciones.

Avanzando en el tiempo, vemos la misma pauta en otros lugares. Teotihuacan en México, que alcanzó su apogeo entre el 450 y el 650 de la e. c., era una ciudad de 20 km² en la que vivían alrededor de 150.000 personas. En su centro había un complejo monumental dominado por grandes pirámides; la Pirámide del Sol tiene una base de 210 m² y 64 m de altura.

El Gran Zimbabue (1100-1500 de la e. c.), en el corazón de África, era una ciudad con 20.000 habitantes. Su riqueza se basaba en el ganado, el cultivo de cereales y el comercio en oro, cobre, marfil y esclavos. Su territorio se extendía sobre más de 100.000 km² entre los ríos Zambeze y Limpopo.

En otro tiempo se creía que la civilización se extendió desde un único centro. Los eruditos hablaban de la «luz del Antiguo Oriente», en consonancia con las ideas del siglo XIX sobre la «carga del hombre blanco», y la «misión civilizadora» de los imperialistas europeos. La arqueología ha demostrado algo muy diferente: la civilización se desarrolló independientemente en diversos lugares en distintos momentos, lo que implica que todos los seres humanos comparten rasgos comunes y un potencial creativo parecido.

Pero los principales centros de civilización ejercieron un gran impacto sobre las sociedades circundantes. Hubo una interacción entre el «centro» —áreas metropolitanas más avanzadas— y la «periferia», áreas económicamente menos desarrolladas dependientes de ellas.

Los faraones egipcios recibían madera del Líbano, cobre de Chipre y oro de Sudán. A veces se trataba de intercambios pacíficos: la ciudad de Biblos en Líbano se enriqueció con el comercio maderero. Los mercaderes locales empleaban escribas capaces de leer la escritura egipcia, dándose pues una interacción cultural. Pero también podía tratarse de conquistas: el norte de Sudán fue anexionado y obligado a pagar tributos en oro. La interacción entre centro y periferia era por tanto multifacética: tenía dimensiones económicas, políticas, militares y culturales.

Las demandas del comercio alentaron a los mercaderes, marineros y armadores. Grandes barcos propulsados a vela y a remo se utilizaron en el Egeo desde hace 5000 años. La ciudadela de Troya conocida como Troya II se construyó en 2700 a. e. c. para proteger un puerto de entrada al estrecho de los Dardanelos, en la actual Turquía noroccidental. La talasocracia de Minos dominó el este del Mediterráneo desde su base central en Creta entre 1950 y 1450 a. e. c. gracias al revolucionario diseño cretense de buques de carga de casco profundo y elevada capacidad movidos a vela. Los gobernantes de la Creta minoica vivían en grandes palacios de piedra decorados con frescos y tenían en sus almacenes gigantescos contenedores de cerámica.

El gran poeta griego Homero, describiendo los viajes de Ulises, dice que era como «un patrón de navío, uno de esos marinos traficantes que jamás sale de su pesada nave, vigilando atentamente su carga de mercancías y el lucro debido a la rapiña». Los marineros y mercaderes eran figuras familiares en muchas sociedades de la Edad del Bronce.

El comercio impulsó el cambio en la periferia de los grandes imperios, y también lo hizo la amenaza de la guerra. Sargón de Acad unió las ciudades de Mesopotamia a mediados del siglo XXIII a. e. c., forjando un imperio que acabó extendiéndose desde el golfo

Pérsico hasta el Mediterráneo. Los faraones del Imperio Antiguo conquistaron el Sinaí por su cobre. Los estados y tribus menores de la periferia, amenazados por el militarismo de la superpotencia egipcia, se organizaron en consecuencia para la guerra. Guerreros, armas y flotas de guerra dominaron el mundo de la Edad del Bronce, y la carrera de armamentos cobró velocidad a lo largo de los siglos. Los frescos de la época nos presentan barcos mercantes cargados de artículos, pero también buques de guerra llenos de hombres armados.

Mediante el comercio y la guerra y el consiguiente movimiento de mercancías, personas e ideas, las sociedades del centro y la periferia se influyeron mutuamente. La comunicación e intercambio cultural que los arqueólogos llaman difusión es uno de los mecanismos primordiales para el avance del conocimiento y la productividad. El progreso se ve obstaculizado por barreras y facilitado por puentes y vados.

Pero un mundo de elites en competencia y ejércitos rivales también contenía abundante potencial para la destrucción y la regresión. Como veremos, las contradicciones de la civilización durante la Edad del Bronce hundieron repetidamente a la humanidad en la crisis y la barbarie.

Crisis en la Edad del Bronce

Durante la Edad del Bronce surgieron unos imperios y cayeron otros. El imperio acadio, en el actual Iraq, se derrumbó repentinamente al cabo de solo 140 años, hacia el 2190 a. e. c.; igualmente repentino había sido el derrocamiento de los faraones del Imperio Antiguo en Egipto poco antes, en torno a 2250 a. e. c.

¿Por qué se derrumbaron esas civilizaciones de la Edad del Bronce? Aunque nos faltan detalles, las fuentes egipcias registran hambrunas, una fragmentación del estado e incursiones desde Libia al oeste y desde Nubia al sur. Lo que no está claro es por qué sucedieron esos acontecimientos. ¿Por qué no era capaz de alimentar a su pueblo, mantener su autoridad y defender sus fronteras el antes fuertemente centralizado estado de los constructores de pirámides?

La pauta de ascenso y decadencia se repitió en otros lugares. Del caos y las crisis de la Edad del Bronce surgieron nuevos imperios: entre 1600 y 1200 a. e. c., el Mediterráneo oriental estaba de nuevo dividido entre imperios rivales: el Imperio Nuevo en Egipto, los hititas en Anatolia (Turquía), Mittani al norte de Mesopotamia y Micenas en el Peloponeso. Pero ese sistema geopolítico de finales de la Edad del Bronce también se hundió entre tormentosas batallas durante el siglo XII a. e. c. Los faraones del Imperio Nuevo egipcio se vieron atacados por libios y «norteños que venían de todas partes», que eran los más peligrosos. Los Pueblos del Mar multiétnicos reunían grandes flotas piratas. Según declaraba el faraón Ramsés III, «de repente esos pueblos se ponían en movimiento [...] Ningún país podía hacerles frente».

Los griegos, preeminentes como marinos y guerreros, estaban entre esos pueblos del mar. La *Ilíada* y la *Odisea* de Homero se basan probablemente en tradiciones orales de acontecimientos reales que tuvieron lugar en torno a 1190 a. e. c. Su épica las transformó en cuentos sobre héroes legendarios. El núcleo de verdad de la guerra de Troya pudo ser una incursión marítima masiva de piratas griegos que acabaron saqueándola.

Así pues, los imperios de finales de la Edad del Bronce se vinieron abajo como lo habían hecho los de principios de la Edad del Bronce; y cuando miramos más allá del Mediterráneo, a otros lugares donde se desarrolló la civilización en distintos momentos, vemos la misma pauta de ascenso y decadencia.

La civilización del Indo de Mohenjo-daro y Harappa en el actual Pakistán se hundió alrededor de 1900 a. e. c. Los arqueólogos han encontrado en los niveles más altos de la gran ciudad de Mohenjo-daro numerosos restos de personas no enterradas, asesinadas violentamente.

La historia china, desde los Shang del segundo milenio a. e. c. hasta la dinastía Qing de 1644-1911, registra el auge y decadencia de una larga sucesión de dinastías imperiales y periodos ocasionales, que a veces duraron siglos, de división y guerra civil. Durante toda esa época, pese a los impresionantes avances técnicos y enormes aumentos de producción y población, la civilización china siguió siendo esencialmente conservadora. El orden socioeconómico simplemente se reproducía de generación en generación y de dinastía en dinastía. China ofrece un ejemplo extremo de trayectoria cíclica de la antigua civilización.

Así pues, nos encontramos con dos problemas históricos: ¿por qué prosperaron y decayeron los antiguos imperios? ¿Y por qué se reprodujo una y otra vez esa forma social contradictoria durante largos periodos de tiempo?

El mundo antiguo se caracterizaba por el estancamiento de la técnica. En varias ocasiones los seres humanos han escapado de las contradicciones del «modo de producción» (sistema económico-social) existente transformándolo. El cambio climático destruyó el hábitat de los grandes rumiantes de los que dependían los cazadores del paleolítico superior. La respuesta —la revolución agrícola o neolítica— logró enormes aumentos de la productividad, del volumen producido y de la población mediante la adopción del cultivo de cereales y la ganadería. El agotamiento del suelo y la presión de la población dio lugar posteriormente a una crisis de ese modo de producción de principios del neolítico. Con la revolución urbana se resolvieron las contradicciones mediante un segundo

salto adelante, basado en la roturación, el drenaje o la ganancia frente al mar de nuevas tierras, planes de irrigación y labrado, etc. Pero la revolución urbana también alzó un impedimento a nuevos progresos: la existencia de una clase dominante. Hemos descrito su surgimiento, señalando sus raíces en las funciones religiosas, militares y políticas especializadas y en la escasez e inseguridad inherentes a un sistema económico primitivo: los primeros gobernantes eran aquellos cuyos papeles sociales les concedían el control sobre recursos escasos.

¿Por qué podía ser la clase dominante una barrera frente a nuevas ideas? ¿No le interesaba mejorar las técnicas a fin de aumentar el excedente? Sí y no: como en todo lo que sucede en la vida social, había presiones contradictorias.

Las nuevas clases dominantes se asentaban incómodamente sobre sus pedestales. Estaban divididas entre sí, familia contra familia, ciudad contra ciudad, tribu contra tribu, imperio contra imperio. Para prevalecer sobre los rivales cercanos, las familias patricias disponían de bandas de guardaespaldas y esbirros leales; contra los enemigos extranjeros necesitaban ejércitos y fortalezas. Los gobernantes también vivían alejados de la mayoría del pueblo, que debido a su explotación era potencialmente rebelde y debía ser inducida a la sumisión mediante una juiciosa combinación de palo y zanahoria.

El primero significaba la amenaza planteada por las mesnadas al servicio de los aristócratas y las fuerzas estatales; la segunda, la pretensión ideológica de que los gobernantes desempeñaban un papel esencial como defensores del interés público. Ambos quedaban simbolizados en los grandes monumentos en los que se complace la arqueología. Considérense, por ejemplo, las pirámides del Imperio Antiguo en Egipto. Eran los sepulcros de reyes-dioses que se esperaba que vivieran eternamente; monumentos a una falsa ideología por la que el gobernante se convertía en una figura de terrible poder intimidatorio. Las pirámides estaban destinadas a mostrar al pueblo su lugar inferior. Eran armas ideológicas en una guerra de clases.

Así pues, las elites de la Edad del Bronce no invertían los excedentes que controlaban en mejorar las técnicas y elevar la productividad, sino que dilapidaban los recursos en la rivalidad militar, monumentos de prestigio y, por supuesto, artículos de lujo. Poder, propaganda y privilegio —no mejoras en la productividad— consumían los excedentes creados por el trabajo de los campesinos de la Edad del Bronce.

La innovación era de hecho percibida más como una amenaza que como una oportunidad. La propia clase dominante no se ensuciaba las manos; el trabajo productivo era realizado por la gente humilde. Por esa razón era probable que los inventos, en la medida en que se producían, provinieran de abajo, dando poder a la gente ordinaria, perturbando los dispositivos económicos establecidos y desestabilizando quizá el orden social, por lo que eran vistos en general con suspicacia.

Los gobernantes de la Edad del Bronce rara vez se interesaban por nuevas tecnologías a menos que tuvieran aplicaciones militares. Su afán consistía en acumular poder en un sistema geopolítico competitivo, por lo que nunca se saciaba la codicia de los ricos. La grandeza de los monumentos del pasado establecía un nivel que sus sucesores debían pretender superar. Los gobernantes competían en el lujo de sus palacios, el esplendor de sus tumbas, el arte y arquitectura de sus grandes ciudades; pero sobre todo competían militarmente a medida que las entidades políticas rivales se expandían amenazadoramente. Se puede detectar una carrera armamentística, si bien lenta, en el mundo de finales de la Edad del Bronce. Parece haber más soldados, mejor armados, defendiendo fortalezas más sólidas, en 1200 que en 1600 a. e. c. El mundo se estaba militarizando cada vez más.

La técnica estaba estancada, por tanto, pero el consumo de excedente crecía. La guerra, los monumentos y el lujo implicaban la necesidad de incrementar el nivel de explotación, y la sobreacumulación en lo más alto tenía como reflejo la degradación de la base agrícola de la sociedad. Los orgullosos señores-guerreros de finales de la Edad del Bronce constituían una elite social parásita cuyo coste económico era cada vez más

insostenible. Esta es la razón fundamental de la implosión de su mundo en el siglo XII a. e. c.

Pero se trataba de un problema sin solución interna. El estancamiento de la técnica significaba conservadurismo socioeconómico. No había un desarrollo de nuevas fuerzas en la vieja sociedad, por lo que solo cabía optar entre la barbarie de las hordas invasoras y una reencarnación de la antigua (y fracasada) civilización imperial. La humanidad se hallaba de nuevo en un callejón de difícil salida, solo que esta vez la existencia de clases y estados había elevado formidables barreras a la creatividad y al progreso humano.

El estancamiento de la Edad del Bronce nos ofrece una útil e interesante ocasión para detenernos y tomar aliento. Tenemos ahora en presencia todos los elementos de una sociedad compleja, por lo que es conveniente preguntarse: ¿cómo funciona la historia?

Existen tres motores que impulsan el proceso histórico. En primer lugar está el desarrollo técnico. El progreso se puede definir como la acumulación de conocimientos que posibilita un mayor control sobre la naturaleza, el aumento de la productividad del trabajo y una mejor regulación del almacenamiento de recursos económicos para satisfacer las necesidades humanas.

El progreso en ese sentido no es inevitable. Generaciones enteras de campesinos en, digamos, la China de la dinastía Shang, la Grecia micénica o la Inglaterra normanda podían no llegar a conocer en toda su vida ni una sola innovación significativa en el equipamiento agrícola o doméstico. Solo en la sociedad capitalista moderna es inherente al modo de producción el desarrollo de la técnica. Al plantear esta cuestión, Marx y Engels afirmaban explícitamente en el *Manifiesto Comunista*: «la conservación del antiguo modo de producción en forma inalterada era [...] la primera condición de existencia de todas las clases industriales precedentes».

El progreso en la sociedad precapitalista era azaroso, no inherente a la dinámica del sistema socioeconómico. En la sociedad preclasista, por ejemplo, una crisis ecológica que amenazara la supervivencia de grupos humanos era probablemente de importancia decisiva. La revolución neolítica fue al parecer una respuesta al cambio climático y a un brusco declive de la caza. En la temprana sociedad de clases, por otro lado, el desarrollo de la técnica estaba sometido a una amplia variedad de influencias, algunas de las cuales catalizaban innovaciones, mientras que otras representaban barreras al progreso. Para entender esto tenemos que revisar los otros dos motores del proceso histórico.

El segundo motor es la competencia entre los grupos y miembros de las clases dominantes por la riqueza y el poder. Se

puede tratar de un conflicto *en el interior* de las clases dominantes —entre facciones aristocráticas rivales, por ejemplo—, o de un conflicto *entre* clases dominantes enemigas, como en las guerras entre estados e imperios rivales.

En la sociedad capitalista moderna, esa competencia tiene dimensiones económicas y político-militares. Las dos guerras mundiales fueron esencialmente guerras entre bloques capitalistas-nacionales rivales.

En las sociedades precapitalistas, en cambio, la competencia entre gobernantes era esencialmente política y adoptaba la forma de acumulación militar competitiva. El mundo estaba dividido en facciones y entidades políticas rivales. La inseguridad política era una situación permanente. El resultado era la rivalidad militar, un afán incesante de acumular soldados, fortificaciones y armamento más rápidamente que los rivales.

El tercer motor del proceso histórico es la lucha entre clases. En el mundo antiguo, la acumulación militar competitiva requería que las clases dominantes incrementaran la tasa de explotación y extrajeran más excedente del campesinado; pero ese proceso tenía dos límites: en primer lugar, el campesinado y el sistema económico tenían que poder reproducirse; una explotación excesiva podría destruir —y a veces lo hizo— los cimientos materiales del orden social. El segundo era la resistencia de los campesinos a la explotación.

Conocemos muy poco de la lucha de clases en la Edad del Bronce. Una excepción es la proporcionada por documentos del segundo milenio a. e. c. procedentes de Tebas (la actual Luxor) en Egipto, referidos a la comunidad de canteros, albañiles y carpinteros que construían los templos y tumbas de la elite. Esos documentos registran la tensión entre las clases. Aunque los artesanos estaban relativamente bien pagados y no trabajaban demasiadas horas, los encargados de las obras trataban a veces de apretarles las tuercas. En una ocasión, los considerados «superfluos» para las necesidades inmediatas fueron obligados a asumir trabajos forzosos. Pero los explotados se resistían a veces. Uno de los documentos registra que, en 1170 a. e. c., los artesanos,

respaldados por sus mujeres, se pusieron en huelga —el primer ejemplo registrado de la historia— cuando se retrasaron sus raciones alimenticias sometiendo al hambre a sus familias.

Así vemos en funcionamiento los tres motores de la historia: el desarrollo técnico, la competencia entre potentados rivales y la lucha de clases. Esos motores son muy diferentes entre sí. Cada uno de ellos opera en un registro distinto, con velocidad propia y con un efecto intermitente. Debido a esto, el proceso histórico es inmensamente complejo. No solo es que cada motor sea de por sí un nudo de contradicciones, sino que los tres operan simultáneamente, empujando a veces en la misma dirección y otras veces en direcciones opuestas. Por esta razón, cada situación histórica es única. Cada una es una coyuntura peculiar de problemas económicos, tensiones sociales, antagonismos políticos, diferencias culturales e influencias personales. La coyuntura ofrece el contexto en el que tiene lugar la acción histórica; pero el contexto no determina el resultado. Es el choque de fuerzas sociales —de grupos humanos organizados— el que decide la dirección futura de la historia.

Volvamos a las crisis sucesivas de la civilización de la Edad del Bronce. El gasto improductivo malversaba recursos de la técnica productiva y obstruía de hecho la experimentación y la innovación. Más que eso: el avance del conocimiento quedaba bloqueado por la magia, la religión y otras formas de mistificación, y por la suspicacia innata de la clase dominante con respecto a cosas que no entendían y que temían que pudieran tener efectos subversivos.

El progreso depende de la «conciencia auténtica», esto es, de un conocimiento del mundo que, al estar en correspondencia con la realidad externa, es una guía efectiva para la acción humana. La «falsa conciencia» —la fe en reyes-dioses, la inspiración divina o la eficacia de los rituales, por ejemplo—, tiene el efecto opuesto: es una barrera al conocimiento, al trabajo práctico, y por tanto al progreso social. En lugar de una interacción entre teoría y práctica en el mundo real para mejorar la técnica y la productividad, en las civilizaciones imperiales ambos —mente y materia, conocimiento y trabajo— quedan separados. Los sacerdotes egipcios estudiaban

las estrellas, no el suelo, y escribían manuales de momificación, no de ciencias naturales. La riqueza producida por los campesinos egipcios se desperdiciaba en monumentos al misticismo. Las habilidades de los artesanos egipcios eran menospreciadas precisamente por ser manuales.

En las antiguas civilizaciones el progreso quedaba así bloqueado; no se fomentaban nuevas fuerzas capaces de superar el estancamiento. La energía de la historia se malgastaba dando vueltas a la rueda del ascenso y caída de los imperios.

Pero si bien hacia 1200 a. e. c. no parece verse en el núcleo del sistema mundial más que una espuma superficial de agitación geopolítica sobre profundidades insondables de conservadurismo socioeconómico, la periferia era más dinámica. Allí los nómadas, granjeros y artesanos del mundo más amplio de la Edad del Bronce, relativamente libres del control de reyes, sacerdotes y burócratas, estaban desbordando los límites impuestos al conocimiento y la habilidad.

Muchas fueron las innovaciones, pero hubo una de suma importancia. El bronce era caro, aristocrático y demasiado blando para fabricar fuertes instrumentos y armas. Un metal más barato, duro y al alcance de todos iba a conquistar el mundo.

En la tormenta y furia de finales de la Edad del Bronce llegaron desde el norte nuevos invasores: los hombres de hierro.

Muchas revoluciones tienen lugar en la periferia y no en el centro de los sistemas globales. La vida en la periferia es menos segura, menos afianzada y por lo tanto menos conservadora.

En las antiguas civilizaciones de la Edad del Bronce el trabajo manual era a la vez explotado y menospreciado. Se extraían grandes excedentes que se despilfarraban en la guerra, los monumentos y el lujo. Quedaba poco para la inversión en nuevas tecnologías y pocos incentivos para utilizarlos con esa finalidad. La innovación suponía pensamiento, cuestionamiento, intuición de nuevas posibilidades. Así, a la creatividad humana no solo se le negaban los recursos materiales sobre los que trabajar, sino que también quedaba hipnotizada por los encantamientos mistificadores de los sacerdotes.

La chispa ocasional de ingenio destaca frente a un trasfondo de estancamiento. Los egipcios inventaron el trabajo con el vidrio, los babilonios la contabilidad y los fenicios el alfabeto. Las excepciones a la regla son reveladoras: un artículo de lujo, una forma de medir la riqueza y una escritura para registrarla. Tales inventos son escasamente útiles para los granjeros o artesanos. Afectan al consumo y control de la riqueza, no a su producción. Reflejan una sociedad en la que el mundo del aprendizaje estaba divorciado del mundo del trabajo.

No sucedía así en la periferia. Allí, alrededor de 1300 a. e. c., había comenzado una revolución industrial que iba a transformar el mundo. No sabemos dónde tuvo lugar exactamente, pero lo que es seguro es que fue lejos del alcance de los gobernantes todopoderosos.

El registro arqueológico es inequívoco: a partir de aquel momento, la cantidad, variedad y sofisticación de los objetos metálicos se multiplicó. Mejoró la tecnología minera para suministrar una oferta cada vez mayor de cobre, estaño y oro. Mejoró también la técnica del fundido, y los artesanos metalúrgicos comenzaron a utilizar moldes múltiples y la técnica de fundición a la cera perdida para producir objetos de una complejidad sin precedentes.

Hay figuritas de bronce de guerreros de Cerdeña, trompetas de bronce de las marismas danesas, placas de bronce moldeadas para adaptarse a los músculos pectorales, escudos, espadas, cuchillos, lanzas, hachas, arneses para los caballos y muchas otras piezas de bronce. A veces se encuentran en cantidades masivas. Los arqueólogos conocen miles de yacimientos de finales de la Edad del Bronce; uno de ellos, en Isleham (Cambridgeshire), contenía 6.500 piezas de metal.

Pronto ocurrió algo mucho más trascendental: los metalúrgicos comenzaron a experimentar con formas de extraer hierro de sus gangas tozudamente intratables.

El hierro no era nuevo. Durante siglos se habían utilizado ocasionalmente herramientas groseras de hierro forjado; pero no se había desarrollado ninguna técnica para la producción en masa de artículos de hierro de calidad con un coste económicamente aceptable. La nueva tecnología pudo deberse a alguna tribu bárbara que habitaba en las montañas del Cáucaso en la antigüedad remota, extendiéndose desde allí hasta el imperio hitita de Anatolia. Su difusión posterior se vio demorada por la decisión de la clase dominante imperial hitita de monopolizar el armamento de hierro.

Los artefactos de hierro no se difundieron apenas hasta después de 1200 a. e. c., cuando despegaron las técnicas de fundición y forjado entre el colapso de los imperios de la Edad del Bronce. Los grandes avances realizados entonces en la técnica, la productividad y la producción se registraron en la periferia y en los intersticios entre las grandes potencias.

El trabajo con el hierro inició una cadena de cambios económicos, sociales y políticos. El bronce era caro y relativamente blando, por lo que la mayoría de los granjeros de la Edad del Bronce seguían trabajando con utensilios de hueso, madera y piedra. El hierro es abundante, barato y duro, pero la barrera para su uso hasta entonces había sido su elevada temperatura de fusión.

La fusión requería hornos con fuelles que introdujeran aire a través del carbón y el mineral de hierro hasta alcanzar temperaturas muy altas. Una vez inventada la nueva técnica, cualquier granjero podía construir su propio horno y fabricar sus propias herramientas.

Quienquiera que dude del aumento de productividad posibilitado por el hierro debería tratar de cavar con una azada de madera o de cortar madera con un hacha de piedra. Hace tres mil años el hierro revolucionó la agricultura, la industria y la guerra. Su impacto fue tan vigoroso como el de la máquina de vapor en el siglo XIX. También amenazó invertir de arriba abajo el mundo social. El bronce era prerrogativa de la aristocracia; el mundo de la Edad del Bronce estaba dominado por señores de la guerra montados en carros y equipados con armas y armaduras muy caras, respaldados por masas campesinas obligadas a un trabajo incesante con instrumentos primitivos.

El hierro era insuperable como utensilio cortante. Los hombres con hachas de hierro podían despejar espesos bosques y selvas para crear nuevas explotaciones agrícolas. A continuación podían labrar con arados de hierro pesados suelos arcillosos. La tecnología del hierro desencadenó una nueva oleada de pioneros agrícolas y campesinos libres.

El hierro era también democrático. Los artesanos del bronce trabajaban para los palacios, mientras que los herreros lo hacían para las aldeas. El hierro dio al hombre corriente una lanza e incluso una espada. Si se mantenía hombro con hombro con otros hombres —formando una falange— podía detener la carga de un carro de combate; y si podía hacer eso podía matar al terrateniente. Los herreros de hace tres mil años estaban, sin saberlo, fundiendo y forjando una revolución.

Los herreros de principios de la Edad del Hierro, trasladándose de unas poblaciones a otras en zonas gobernadas por pequeños gerifaltes, comerciando con sus productos y sus habilidades, eran agentes involuntarios de un nuevo orden mundial. Los caudillos rivales competían por sus servicios, lo que elevaba su valor económico, su estatus social, su autoestima y su propia valoración de sus habilidades y les otorgaba recompensas, independencia y confianza en sí mismos para seguir innovando.

Homero lo captó en parte. La *Ilíada* y la *Odisea* cubren en realidad cuatro siglos. Aunque pretendían describir acontecimientos sucedidos en el siglo XII a. e. c., fueron transmitiéndose oralmente y

solo alcanzaron su forma final hacia el siglo VIII a. e. c. Homero describe a veces el último periodo de la Edad del Bronce, y a veces su propia Era Arcaica. Cuando dice que «un adivino, un médico, un cantante y un artesano están seguros de ser bien recibidos en todas partes», nos cuenta cómo eran las cosas en una época post-imperial, en la «edad oscura» del siglo VIII a. e. c., un mundo de reyezuelos y herreros itinerantes. La nueva clase de artesanos libres surgida en el bárbaro norte se había establecido desde hacía tiempo en el Mediterráneo oriental en su época.

En el siglo XII a. e. c., los imperios de finales de la Edad del Bronce se habían venido abajo, agotados por los enfrentamientos militares de unos contra otros, quebrantados por la resistencia desde dentro y los ataques desde fuera. El sistema geopolítico que los sustituyó era un mosaico de entidades políticas menores: estados imperiales contraídos como Egipto, ciudades-estado mercantiles como Ugarit y asentamientos bárbaros como Palestina. El trabajo del hierro floreció en aquel mundo nuevo, más abierto y menos abismalmente estratificado. Chipre, centro del comercio marítimo, fue pionero en la revolución industrial basada en el hierro de los siglos XII y XI a. e. c. en el Mediterráneo oriental. El viejo ciclo de auge y decadencia, ritmo recurrente de la civilización de la Edad del Bronce, había quedado roto. Una nueva tecnología estaba dando lugar a una nueva economía, nuevas relaciones sociales y nuevas formas políticas. La historia estaba abriendo nuevos caminos.

3

ANTIGUOS IMPERIOS
c. 1000-30 a. e. c.



Un imperio antiguo triunfante: soldados victoriosos desfilan con trofeos de guerra por las calles de Roma.

El hierro fue la base del tercer gran salto tecnológico de la humanidad. Posibilitó un gran aumento de la productividad del trabajo, comparable al derivado de la transición de la caza y la recolección a la agricultura y la ganadería nueve o diez mil años antes, y luego al paso del cultivo basado en el uso de la azada a la agricultura intensiva basada en el arado unos seis mil años antes. Una consecuencia de cada uno de esos saltos tecnológicos fue la ampliación de escala de la organización social humana.

Los imperios de la Edad del Bronce habían sido pequeños y separados. Se asentaban en las grandes llanuras aluviales del Nilo en Egipto, el Tigris y el Éufrates en Mesopotamia-Iraq, el Indo en Pakistán y el río Amarillo en el norte de China. Vastas extensiones desérticas, estepas y montañas habían separado esos primeros centros de la civilización. Al disponer únicamente de utensilios hechos de madera, piedra y hueso, la productividad era baja y los excedentes pequeños. Con la tecnología de la Edad del Bronce, solo la extraordinaria fertilidad de los grandes valles fluviales había generado suficiente riqueza para construir ciudades, mantener ejércitos y crear imperios.

Todo esto cambió en unos pocos siglos hace tres milenios: la escala de la civilización y el imperio aumentó exponencialmente. Los cultivadores de la Edad del Hierro desbrozaban terrenos antes salvajes y roturaban los pesados suelos que dejaban al descubierto. La productividad y la población crecieron vertiginosamente y los excedentes disponibles para los constructores de imperios de la

Edad del Hierro dejaron pequeños a los de sus predecesores de la Edad del Bronce.

En este capítulo analizaremos las grandes civilizaciones e imperios de la Edad del Hierro durante el primer milenio a. e. c.: Persia, India, China, Grecia y Roma.

Persia: el imperio aqueménida

Durante la segunda mitad del siglo VI a. e. c. tres grandes conquistadores persas, Ciro, Cambises y Darío (la dinastía aqueménida), construyeron un imperio que se extendía desde Bulgaria en occidente hasta Pakistán en oriente y desde la cordillera del Cáucaso en el norte hasta el desierto de Nubia/Sudán en el sur.

Los persas eran agricultores y ganaderos asentados en los valles del suroeste de Irán; los medas eran nómadas a caballo de las grandes estepas del nordeste de Irán. En 550 a. e. c. el rey persa Ciro unió ambos pueblos y al cabo de dos generaciones habían añadido a su imperio Iraq, Egipto, Turquía, Pakistán y Afganistán. El imperio persa del siglo VI a. e. c. abarcaba pues tres de los cuatro centros originales de la civilización —los valles fluviales del Nilo, el Tigris-Éufrates y el Indo—, que junto con los territorios entre ellos se integraron en una única entidad imperial gobernada como una almazuela de provincias tributarias, sin intentar homogeneizarlas en una totalidad unificada culturalmente. El emperador persa, al que se llamaba «gran rey», gobernaba sobre distintos pueblos que mantenían su propia identidad étnica y religiosa, su propia organización económica y social y sus propias estructuras políticas.

Esculturas de piedra en relieve decoran la avenida ceremonial que lleva a la sala principal de audiencia del palacio imperial en Persépolis. Muestra delegaciones de veintitrés pueblos súbditos que traen regalos o tributos al Gran Rey, entre ellos ropajes, vasijas metálicas, oro, colmillos de elefantes, caballos, camellos, y animales más exóticos como antílopes, leones y okapis. Las inscripciones en los edificios de Persépolis enumeran los principales pueblos del imperio, mientras que miles de tabletas de arcilla registran las entregas de alimentos o plata a la realeza, los funcionarios y los obreros.

¿Cómo se podían recaudar eficazmente los tributos en un área tan vasta? El imperio estaba dividido en grandes provincias gobernadas por sátrapas (virreyes). Una red de caminos y un sistema postal oficial unía a las satrapías con la capital imperial. El

Camino Real, por ejemplo, iba desde la capital provincial de Sardis en la Turquía occidental hasta la capital administrativa imperial en Susa, en el oeste de Irán (unos 2.700 km). Los sátrapas controlaban grandes ejércitos y flotas, pero en caso de una importante rebelión o expedición al extranjero se podía formar un gran ejército unificado bajo la dirección del Gran Rey. Su composición reflejaba el carácter políglota del imperio: cada componente étnica combatía a su modo.

La riqueza del Gran Rey queda evidenciada por el tamaño de los palacios reales en Persépolis, Susa, Hamadan, Pasargada y Babilonia. Persépolis era un vasto complejo de salas de audiencia, salones de recepción, residencias reales, almacenes para guardar los tributos, cuarteles para los guardias imperiales, un parque de caza amurallado, un enorme lago ornamental y una ciudad bullente de artesanos, comerciantes y trabajadores. Cuando Alejandro Magno la conquistó en 331 a. e. c., contenía tesoros que equivalían a la producción total durante 300 años de Atenas, la más rica de las ciudades-estado griegas.

Pese a su riqueza, el imperio persa era relativamente inestable y duró poco. Ciro había creado un potente instrumento de conquista cuando unió a los persas y los medos: los primeros combatían como infantería con lanzas y arcos; los segundos constituían una caballería ligera de primera clase. La combinación de movilidad, cobertura de ataque y acción súbita les permitía acometidas arrolladoras. Pero la supremacía militar no equivale a la hegemonía política ni a la transformación social. Los persas incorporaban simplemente a las clases dominantes existentes y se apropiaban de parte de su excedente. El imperio no tenía otra cohesión que la impuesta por la fuerza.

El puro tamaño y heterogeneidad del imperio debilitaba su cohesión. Los reyes nativos y sátrapas provinciales ejercían un inmenso poder. La rebelión era endémica, especialmente en las fronteras más remotas. El imperio persa fue un intento de unir entidades geopolíticamente alejadas y culturalmente ajenas entre sí: Turquía, Egipto, Irak, Irán, Afganistán y Pakistán. Debido a esto, la tendencia predominante era a desintegrarse más que a cohesionarse.

Fue una fuerza externa, empero, la que sacudió su frágil caparazón. Tras alcanzar su mayor extensión a finales del siglo VI a. e. c., el imperio persa entró en colisión con otra civilización en su frontera noroccidental, en la que el mayor imperio que el mundo había conocido se enfrentó a pequeñas comunidades de campesinos y granjeros, poniendo a prueba hasta el límite dos órdenes sociales y políticos totalmente diferentes. Ambos eran productos de la Edad del Hierro, pero mientras que uno de ellos era simplemente una reproducción del antiguo imperialismo a escala global, el otro era un nuevo orden social creado en el vértigo de la revolución. Fue en las diminutas ciudades-estado de la antigua Grecia donde la transformación de la Edad del Hierro alcanzó su forma social más avanzada. Pero antes de dedicarnos a ella, debemos atender al desarrollo de la civilización en India y China.

INDIA: EL IMPERIO MAURYA

A finales del siglo IV a. e. c. el caudillo guerrero Chandragupta fundó el primer imperio indio, que alcanzó su apogeo un siglo después, abarcando gran parte del valle del Indo, la totalidad de la llanura septentrional, el valle del Ganges, Nepal y gran parte de la meseta del Decán. Este imperio de finales del primer milenio a. e. c. era alrededor de diez veces mayor que el tamaño de la civilización india de la Edad del Bronce dos milenios antes. Veamos qué había cambiado.

La agricultura comenzó en India hace unos 9.000 años en la llanura occidental del valle del Indo, donde se pudo domesticar a los antepasados salvajes de vacas, ovejas y cabras y cultivar trigo y cebada. Esos recursos naturales ofrecían una vía de escape de la crisis ecológica representada por el cambio climático y la caza excesiva.

Los pueblos del valle del Indo, no obstante, permanecieron en gran medida inmunes a la influencia de los agricultores durante tres milenios. Hasta hace seis mil años la prolongada abundancia natural de la llanura aluvial hacía innecesario el trabajo agrícola, pero a partir de entonces se fue extendiendo rápidamente. Durante el cuarto milenio a. e. c. el valle del Indo se llenó de aldeas agrícolas, y a mediados del tercero los enormes excedentes generados por el cultivo en el valle dieron lugar a una revolución urbana. El valle del Indo se convirtió en una de las cuatro cuencas donde existieron durante la Edad del Bronce civilizaciones independientes.

Alrededor de 1900 a. e. c., tras solo medio milenio de existencia, Mohenjo-daro, Harappa y las otras ciudades del Indo fueron abandonadas. La civilización de la Edad del Bronce en el subcontinente se derrumbó bajo su propio peso. La sobreacumulación de excedentes por las elites urbanas probablemente paralizó la capacidad reproductiva de una economía agrícola basada en azadas de madera y hoces de piedra.

Más al norte se desarrolló entre los pastores nómadas de las estepas de Asia central una cultura muy diferente. Aquel vasto territorio comprendía praderas de cientos y cientos de kilómetros

cuadrados, extendiéndose desde los Cárpatos al oeste hasta Manchuria al este: era ideal para la ganadería. Una combinación de escasas lluvias, inviernos muy fríos y veranos abrasadores impedía la difusión de los cultivos en la región.

Los nómadas de la estepa domesticaron el caballo, inventaron el carro, desarrollaron el arco compuesto (hecho de cuerno, madera y tendones, laminados juntos), y produjeron asombrosos artefactos de cobre, bronce, plata y oro. Eran formidables guerreros naturales, los mejores arqueros a caballo del mundo.

La vida en la estepa era precaria. La cantidad de gente, el tamaño de los rebaños y la disponibilidad de pasto estaban en un difícil equilibrio. Si un verano demasiado caluroso agostaba los prados, podía inducir a la guerra, el desplazamiento y migraciones en masa, con las que los pueblos de la estepa podían arrasar con fuerza devastadora a sus vecinos. Intermitente, pero impredeciblemente, se desparramaban desde el Asia central hacia el oeste, el sur y el este, desde sus pastizales agostados hacia tierras cultivadas, en busca de sustento, forraje, botín, riquezas y nuevos territorios donde asentarse. Así eran los mongoles del siglo XIII y los hunos del siglo V de la e. c., y los xiongnu contra los que los chinos edificaron la Gran Muralla en el siglo III a. e. c.

Mucho antes, hacia 1500 a. e. c., un pueblo al que conocemos como los arios dejaron la estepa, cruzaron los pasos montañosos del Hindu Kush y entraron en el valle del Indo. Llegaron primero como pastores nómadas invasores, en cantidad relativamente pequeña, y su estilo de vida y su cultura siguió siendo al parecer el de siempre. A lo largo de los siglos, sin embargo, se extendieron por toda la llanura septentrional hasta el valle del Ganges y más tarde hacia el sur hasta el Decán.

Para entonces tenían hierro, cuya utilización llegó a la India alrededor de 800 a. e. c., permitiendo a los indoarios (una población muy mezclada para entonces) roturar bosques y asentarse como cultivadores en el norte y centro del subcontinente.

Los arios introdujeron en él los caballos, los carros y su cultura guerrera de conquistadores. Se impusieron creando los rudimentos de una nueva estructura social —el sistema de castas o *varnas*— y

un nuevo marco ideológico, el hinduismo. Definiéndose a sí mismos como sacerdotes (*brahmanes*), guerreros (*kshatriyas*) o propietarios agrícolas (*vaishyas*), formalizaron la exclusión social y la dominación implícita en su conquista. Los campesinos mestizos que trabajaban como peones por comida y techo formaban un cuarto grupo —los *shudras*—, y los demás quedaron integrados en el orden social como miembros de un conjunto creciente de subcastas, o, en el caso de los considerados totalmente fuera del sistema tribal ario, como «descastados» *dalit*, parias o intocables.

Las creencias que acabaron coagulando como hinduismo —una religión notable por su conservadurismo, rituales muy elaborados y temibles deidades— legitimaron el sistema de castas. El orden social era natural, dictado por los dioses, y el progreso a través de la reencarnación era una cuestión individual. El conformismo se consideraba una virtud; los que soportaban sus desdichas se reencarnarían en una casta más elevada, mientras que los disidentes solo podían esperar un empeoramiento en su vida siguiente.

La tecnología del hierro llenó el valle del Ganges con granjas productivas, poderosas monarquías y grandes ejércitos. Durante tres siglos estados rivales combatieron por la supremacía. En 321 a. e. c., cuando Chandragupta Maurya usurpó el trono, Magadha era el más fuerte de esos estados. Un autor griego estimaba que su ejército constaba de 200.000 soldados de infantería, 20.000 de caballería, 3.000 elefantes y 2.000 carros de combate; una exageración, sin duda, pero que indicaba su magnitud impresionante. Entre 321 y 300 a. e. c. Chandragupta conquistó el valle del Ganges, la llanura septentrional y el valle del Indo. Sus sucesores inmediatos emprendieron nuevas guerras de conquista hacia el sur de la india y en 260 a. e. c. el imperio Maurya abarcaba casi la totalidad de lo que son hoy día India, Pakistán y Bangladesh.

La conquista maurya fue violenta. Kalinga (actual Odisha) fue el último reino en someterse, pero el emperador maurya Ashoka la aplastó totalmente: «150.000 personas fueron deportadas, 100.000 asesinadas, y muchos más perecieron...». La explotación del territorio conquistado era sistemática. Se empleaban esclavos —

habitualmente prisioneros de guerra— en la minería, la construcción, la industria y el servicio doméstico. Los campesinos cultivaban la tierra. El gobierno mantenía los diques, presas y canales. Los campesinos individuales pagaban rentas por sus parcelas e impuestos por sus productos. Los mercaderes y artesanos también pagaban tasas y aranceles.

El imperio maurya era una superestructura militar que descansaba sobre una base de campesinos y pequeños comerciantes que pagaban tributos. Esto queda claro en el *Arthashastra*, un tratado sobre el gobierno y la economía escrito durante el reinado de Chandragupta. Toda la tierra era propiedad del emperador y todos los campesinos le debían tributo, con funcionarios estatales como únicos intermediarios. El imperio estaba dividido en provincias y estas a su vez subdivididas en distritos, estos en grupos de aldeas y la unidad más pequeña era la aldea. Cada aldea tenía un jefe, cada grupo de aldeas un responsable contable y un recaudador de impuestos, y así sucesivamente en la jerarquía, en la que los subordinados eran responsables ante sus superiores y no hacia sus inferiores.

Una red de informadores denunciaba a los disidentes ante las autoridades. Ashoka (269-232 a. e. c.), el emperador que completó la conquista maurya y a continuación reformó la administración imperial, intentó lograr una hegemonía ideológica general promoviendo el concepto de *Dhamma*, una ética social que insistía en la tolerancia y la supresión de las diferencias en interés de la armonía y que era un intento de consolidar las contradicciones de la sociedad maurya.

Pero no funcionó. Cincuenta años después de su muerte, el imperio maurya se había desintegrado. Hubo tensiones entre sectores hinduistas y budistas de la clase dominante, los estados sometidos se rebelaron y enemigos externos se apoderaron de partes del territorio.

La superestructura militar había sido enorme: un autor romano menciona cifras de 600.000 soldados de infantería, 30.000 de caballería y 9.000 elefantes. Pero el estado maurya seguía siendo una amalgama apresuradamente unida de pequeñas entidades

políticas sobre las que se había impuesto un aparato imperial, faltándole el cemento esencial de una clase dominante unida por una cultura común, buenas comunicaciones y mecanismos eficaces de integración social y cohesión política.

El imperio aqueménida fue destruido por la conquista extranjera. El imperio maurya implosionó por su falta de coherencia interna. El imperio chino, que consideraremos ahora, estaba destinado en cambio a durar dos mil años.

China: el imperio Qin

A finales del siglo III a. e. c. China fue unida por el señor de la guerra Qin Shi Huangdi, quien dominó un territorio cinco veces mayor que el de la dinastía Shang de finales de la Edad del Bronce. ¿Cómo lo consiguió? La revolución agrícola había comenzado en China hace unos 8.000 años. Las primeras aldeas agrícolas estaban en el valle del río Amarillo en la China septentrional. Se domesticaron los cerdos y se cultivaba mijo (más tarde trigo) en terrazas irrigadas. La agricultura y la ganadería se extendieron hacia el sur por toda la llanura central durante los siguientes milenios. Mucho después, hace unos 4.000 años, la revolución urbana produjo en China una civilización de la Edad del Bronce centrada en antiguas ciudades como Anyang cuyo apogeo se alcanzó con la dinastía Shang, que gobernó el nordeste de China durante cinco siglos (1523-1027 a. e. c.).

El poder de los Shang se basaba en el control de los excedentes de grano para pagar caballos, carros y bronce; pero siguió la misma trayectoria que otras civilizaciones de la Edad del Bronce: la dinámica de rivalidad geopolítica hizo que la China de los Shang acabara supermilitarizada y superextendida. Su consiguiente debilidad permitió que fuera vencida por los invasores Zhou venidos del oeste en el siglo XI a. e. c.

La China Zhou (1027-221 a. e. c.) nunca estuvo realmente unificada, sino que permaneció dividida en entidades rivales. En cada estado el rey nombraba a sus propios parientes, sirvientes y funcionarios para los puestos de mando. Los señores regionales gobernaban desde ciudades amuralladas, extrayendo sobreproducto excedente de los campesinos del campo circundante.

La civilización avanzaba. Bajo los Zhou se cultivaba el arroz y se criaban rebaños de búfalos en el valle del río Yangtsé en el borde meridional de la llanura central. Se construyó una red de canales para el transporte a larga distancia de los excedentes y artículos de lujo. Las fronteras de la agricultura se extendieron hasta las montañas al norte, el oeste y el sur; pero al no disponer más que de instrumentos de madera y piedra el sobreproducto era pequeño, y

con una infraestructura de ciudades amuralladas y ejércitos regionales que mantener, la proporción de la que se beneficiaba la elite Zhou era demasiado elevada. Una canción campesina de la antigua China registra el esfuerzo sin fin y la alienación política de las «bestias de carga» humanas en aquella época:

> Trabajo, trabajo, desde que sale el sol
> Hasta que se pone y el día se acaba.
> Aro la tierra y recojo los leños
> Y la carne y la bebida vienen a mí.
> ¿Por qué habría de preocuparme quien mande?

Durante «la era de los reinos combatientes» (siglos IV y III a. e. c.), la violencia regional se multiplicó. Pero mientras que los reinos del este luchaban entre sí, una nueva potencia estaba surgiendo en el oeste.

Desde el año 500 a. e. c., poco más o menos, los chinos comenzaron a forjar el hierro a gran escala. En el registro arqueológico aparecen enormes cantidades de instrumentos de hierro forjado: hachas, arados, azadas, palas, hoces, cinceles y cuchillos. El hierro también facilitó una revolución militar generada por la intensificación de la guerra. Al aumentar la productividad, las herramientas garantizaban los excedentes necesarios para mantener grandes ejércitos y las armas de hierro incrementaban el poder mortífero de aquellos ejércitos.

El carro de guerra era el arma de choque de la antigua China. Ahora se podía aumentar enormemente su producción; pero el carro de guerra era también el arma de una elite guerrera reducida, mientras que el hierro ponía armas poderosas en manos de la infantería. Una flecha con punta de hierro disparada con un arco podía atravesar la armadura de un gran señor. La espada de hierro, con su filo duro y afilado, podía cortar los arneses de los caballos y derribar los carros, dejando inermes a sus conductores.

Además de acelerar la producción de carros y de armar mejor a la infantería, el hierro también permitió notables avances en la fortificación y en la fabricación de máquinas de guerra y de asedio. Finalmente, y con igual o mayor importancia, la introducción de la

caballería convirtió los ejércitos chinos en auténticas fuerzas combinadas.

Durante muchos siglos, a lo largo de la frontera septentrional de la China Zhou, los jinetes nómadas de las estepas, antepasados de los hunos y los mongoles, habían realizado campañas de incursión y saqueo. Los xiongnu enseñaron a los chinos el valor de los arqueros ligeros a caballo, que representaban una combinación sin precedentes de movilidad y cobertura de ataque. El que mejor aprendió la lección fue el semibárbaro reino noroccidental de Qin. Otros gobernantes chinos consideraban aquel alejado reino montañoso, gobernado por reyes guerreros, fuera del ámbito de la civilización. Pero Qin estaba en primera línea contra los xiongnu, por lo que su prioridad absoluta era la eficacia militar; no podía permitir que la tradición y el conservadurismo se interpusieran como obstáculos. Sus guerreros fueron innovadores por necesidad.

El señorío local era débil en el lejano noroeste. Los impuestos, servicios de trabajo y la conscripción militar eran ejercidos directamente sobre campesinos-granjeros independientes. El parasitismo tributario de las ciudades amuralladas era mucho menos abrumador que en otros lugares.

Por eso fue en el salvaje Qin, en la franja territorial más alejada de la China Zhou, donde la revolución agrícola y militar de la Edad del Hierro alcanzó una masa crítica. El arquitecto del nuevo orden fue el rey de Qin, cuyos carros y arqueros a caballo derrotaron uno tras otro a sus rivales Zhou en el sangriento clímax del periodo de los reinos combatientes.

El coste en vidas humanas fue colosal. Tras una victoria 100.000 prisioneros fueron decapitados, y tras la última y definitiva, 120.000 personas «ricas y poderosas» fueron deportadas. El rey de Qin adoptó entonces el título de Shi Huangdi (Primer Emperador).

Aquella victoria dio lugar a un imperio centralizado controlado por una elite militar-burocrática, cinco veces mayor que su predecesor Shang gracias a la ampliación del sobreproducto excedente posibilitada por la nueva tecnología agrícola basada en el hierro. El sistema viario era mayor que el del imperio romano, y el de canales no tenía equivalente en el mundo. Se estandarizaron los pesos y

medidas, la anchura de carreteras y carretas y hasta la forma de los utensilios agrícolas.

La Gran Muralla china, el mayor proyecto arquitectónico de la historia humana, se comenzó a construir por mandato del Primer Emperador como una barrera contra los xiongnu. La muralla original, de unos 3.600 km de longitud, tenía 7,3 m de altura y era lo bastante ancha para que ocho hombres marcharan a la par por su adarve. En intervalos variables a lo largo de ella había alrededor de 25.000 torres de vigilancia. Se emplearon tan solo doce años en construirla, recurriendo a la conscripción de cientos de miles de trabajadores forzados; la construcción consumió los excedentes en grano de millones de campesinos.

El efímero imperio de Qin, creado mediante la conquista y el terror, se caracterizaba por su extrema centralización, su explotación de estilo militar y su represión asesina. Shi Huangdi, el Primer Emperador, ha sido presentado como un señor de la guerra y tirano de excepcional brutalidad, paranoia y desequilibrio. Quizá lo era, y lo cierto es que sus enemigos lo juzgaban así. El régimen intentó destruir los soportes intelectuales de la disidencia, ordenando que se quemaran todos los libros. Los eruditos que habían ocultado libros fueron decapitados o condenados a trabajar hasta la muerte en la Gran Muralla. La inseguridad política se expresaba en un intento de borrar toda la historia anterior y comenzar de nuevo desde un «año cero».

El mausoleo del Primer Emperador, guardado por el ahora célebre Ejército de Terracota, representa el despilfarro a una escala que deja pequeñas incluso la Gran Pirámide de Jufu (Keops) y la Tumba de Tutanjamún (el propio mausoleo solo es conocido por descripciones antiguas; todavía no ha sido excavado).

La dinastía Qin se derrumbó tras la muerte de Shi Huangdi en 210 a. e. c. Una lucha por el poder en la corte coincidió con una serie de rebeliones aristocráticas y campesinas por toda China. El vencedor final fue un campesino revolucionario, Liu Bang, que se convirtió en el primer emperador de la nueva dinastía Han (206 a. e. c.-220 de la e. c.).

La sucesión Han representó la consolidación de la revolución Qin. Se mantuvo la superestructura imperial centralizada, pero su clase dominante de burócratas, funcionarios y mandarines eruditos ya no estaba amenazada por el capricho arbitrario de un dictador paranoico, y la explotación de las masas se redujo lo bastante como para atenuar el descontento popular. La cuestión era si aquel nuevo orden imperial, culminación de la transformación de China durante la Edad del Hierro, iba a facilitar o a obstaculizar el desarrollo social subsiguiente. ¿Era el imperio chino una plataforma de partida o una barrera?

La revolución democrática griega

La tecnología del hierro posibilitó enormes incrementos de la productividad del trabajo humano y del volumen del sobreproducto excedente. La apropiación de la nueva riqueza por clases dominantes centralizadas les permitió construir los imperios persa, indio y chino; pero la tecnología del hierro también posibilitaba una alternativa. Como la materia prima era abundante y el proceso de producción bastante simple, los instrumentos y armas de hierro estaban a disposición de todos. Mientras que el bronce solo daba poder a la aristocracia, el hierro podía dárselo a las masas.

Que esto sucediera o no dependía del resultado de la lucha de clases. En un pequeño rincón del mundo fueron las masas las que triunfaron. La aristocracia terrateniente fue derrotada por una revolución desde abajo, se inició un experimento radical en la democracia participativa y se crearon las condiciones para una de las mayores explosiones culturales de la historia humana. El epicentro de la revolución democrática fue la ciudad-estado griega de Atenas. Entre 510 y 506 a. e. c. la lucha de clases revolucionaria en la ciudad dio lugar a una transición de la dictadura a la democracia.

El movimiento pasó por tres fases distintas. En la primera una dictadura que duraba ya treinta años fue derribada y sustituida por un gobierno aristocrático provisional. A continuación, intentos de la oligarquía conservadora de bloquear la reforma provocaron un levantamiento popular y la instalación de un gobierno de demócratas. Por último, una intervención militar espartana en apoyo de la contrarrevolución aristocrática fue derrotada por un segundo levantamiento popular.

La democracia ateniense iba a durar casi dos siglos. Fue copiada por otras ciudades-estado del mundo griego, de forma que a mediados del siglo V a. e. c. prácticamente todas las ciudades-estado del Egeo eran democracias.

La democracia ateniense dio el poder a los pequeños propietarios que constituían la mayoría de los ciudadanos. Durante el siglo VI a. e. c., los grandes terratenientes habían intentado

ampliar sus propiedades mediante la servidumbre por deudas, un mecanismo tan decisivo en la lucha de clases en el mundo antiguo que requiere cierta explicación.

En una sociedad tradicional los pequeños granjeros carecen de protección frente a las malas cosechas en tiempos adversos. A veces, para sobrevivir, deben endeudarse con los ricos. La única garantía para un préstamo es su tierra y su trabajo. El principal incentivo de un gran propietario terrateniente para prestar es la perspectiva de adquirir más tierra. Si le pagan la deuda bien está, pero si no, mucho mejor. Se pueden apoderar de la granja ofrecida como garantía, y el pequeño granjero endeudado se convierte en un siervo por deudas, obligado a trabajar para el gran propietario terrateniente como siervo. Las masas atenienses rompieron esa cadena de deuda y servidumbre mediante la lucha. A finales del siglo VI a. e. c. habían conseguido asegurar la posesión de sus propiedades y de su libertad. Los bloques básicos de la sociedad ateniense no eran ya las grandes haciendas, sino los *oikoi* campesinos (en singular *oikos*): fincas patriarcales basadas en la propiedad de una pequeña granja o taller.

Los pequeños propietarios-ciudadanos formaban la milicia de la ciudad. Los campesinos ricos, quizá un tercio del total, luchaban como infantería pesada (hoplitas) y los más pobres como infantería ligera o como remeros en los barcos de guerra (trirremes, impulsadas por tres bancos de remeros).

La guerra entre las ciudades-estado era continua. Grecia estaba dividida en un millar o más de pequeñas entidades que competían por la tierra, los recursos y las ventajas mercantiles. La democracia unía a los ciudadanos *en* cada ciudad, pero para convertirlos en una fuerza militar *contra* otras ciudades. La democracia era la expresión política de un cuerpo ciudadano *específico*, no de una clase social universal. Atenas, por ejemplo, la primera ciudad-estado democrática, estuvo en guerra tres años de cada cuatro durante los siglos V y IV a. e. c.

El éxito en la guerra terrestre dependía del tamaño y resistencia de la falange hoplita de la ciudad (una formación apretada de lanceros). El éxito en el mar dependía del número, velocidad y

maniobrabilidad de la flota de trirremes. La propiedad de la tierra y el servicio en la milicia convertían a los pequeños granjeros-ciudadanos de Atenas en una fuerza revolucionaria. La revolución democrática de 510-506 fue, por un lado, una revolución de granjeros, artesanos y pequeños comerciantes, y por otro una revolución de ciudadanos-soldados y ciudadanos-remeros.

La antigua democracia ateniense era a la vez más limitada y más profunda que la nuestra. Mujeres, extranjeros y esclavos carecían de derechos políticos; solo los ciudadanos varones adultos podían votar. Pero una mayoría de estos últimos eran trabajadores y el poder que ejercían era muy real. Los diez principales funcionarios de la ciudad (*strategoi*) eran elegidos cada año. El Consejo de los Cuatrocientos (*Boulé*), la principal institución deliberativa, era seleccionada por sorteo. La Asamblea Popular (*ekklesia*), una reunión al aire libre de todos los ciudadanos, era la institución soberana con capacidad para tomar todas las decisiones del estado. La justicia era administrada por tribunales de jurados de hasta 2.500 ciudadanos ordinarios. El ostracismo era una elección a la inversa: cualquiera que obtuviera 6.000 votos negativos era expulsado de la ciudad por diez años.

La constitución democrática significaba que la pequeña propiedad quedaba asegurada: solo los ricos pagaban impuestos, y cualquier decisión de ir a la guerra era tomada por los que tenían que combatir. Quienquiera que tenga dudas sobre la realidad de la antigua democracia griega debería leer las vitriólicas opiniones de sus enemigos aristocráticos. El mundo griego estaba acerbamente dividido entre oligarcas y demócratas: los que defendían el gobierno de «unos pocos» (*oligoi*) frente a los que defendían el gobierno del «cuerpo ciudadano» (*demos*). El odio a la democracia inspiró gran parte de la filosofía, la historia y las artes griegas. Las obras de intelectuales como Sócrates, Platón y Aristóteles se pueden interpretar como una polémica en gran medida antidemocrática.

En las sociedades más antiguas, la educación y la cultura quedaban restringidas a una pequeña minoría preocupada por defender su riqueza y su poder. En la antigua Atenas 30.000 hombres compartían el poder político. Esto creó una enorme base

de masas para la educación y la cultura, cuyo resultado fue una explosión de creatividad. Aunque buena parte de su contenido fuera de derechas —una reacción *contra* la democracia más que su encomio—, eso no altera el hecho de que fue la democracia la que la hizo posible y necesaria. Hubo grandes monumentos arquitectónicos como el Partenón y magníficas representaciones naturalistas del cuerpo humano en la escultura y la pintura. Cabe mencionar la historia de Tucídides, la filosofía de Sócrates y las tragedias de Esquilo, Sófocles y Eurípides, además del adiestramiento teórico y práctico en la política democrática. Así es como Pericles, el mayor líder democrático de Atenas, describía el gobierno de la ciudad:

> Nuestra constitución se llama democracia porque el poder está en manos no de una minoría, sino de todo el pueblo [...] Todos son iguales ante la ley [...] Lo que cuenta no es la pertenencia a una clase particular, sino la capacidad real que posee el hombre [...] Nadie [...] es mantenido en la oscuridad política debido a su pobreza [...] Damos nuestra confianza a quienes elegimos para ejercer la autoridad [...]

Igualmente impresionantes fueron los logros militares de la democracia. El poderoso imperio persa intentó dos veces someter a Grecia, y en ambas ocasiones los atenienses encabezaron la resistencia griega, primero por tierra en Maratón en 490 a. e. c., y a continuación en el mar en Salamina en 480 a. e. c.. En ambas ocasiones los atenienses, aunque muy inferiores en número y aunque solo eran granjeros voluntarios que combatían contra militares profesionales, salieron victoriosos. En las llamadas guerras médicas un ejército de hombres libres, que representaban el orden político más avanzado que el mundo había visto hasta entonces, triunfaron sobre el rígido militarismo de un imperio tradicional. Sin embargo, como veremos, la democracia griega demostró ser históricamente un callejón sin salida.

El imperio macedónico

La ciudad-estado de Atenas, además de ser la democracia más avanzada de Grecia, era también la más próspera. Su riqueza provenía de las minas de plata en el sur de Ática, del comercio marítimo y de su liderazgo en una alianza antipersa de ciudades-estado del Egeo que se convirtió gradualmente en un imperio.

La forma democrática de la sociedad griega contradecía la división del mundo griego en ciudades-estado rivales. La primera promovía el poder y desarrollo cultural de la población trabajadora mientras que la última significaba rivalidad militar, guerra e imperialismo.

Para las ciudades-estado más conservadoras de Grecia, Atenas era una doble amenaza. La democracia ateniense hacía temer a los oligarcas de otras ciudades la revolución desde abajo; y la creciente riqueza del imperio ateniense amenazaba el delicado equilibrio de poder entre las ciudades-estado rivales.

A mediados del siglo V a. e. c. la Atenas democrático-imperialista parecía dispuesta a alcanzar la hegemonía sobre toda Grecia. La guerra del Peloponeso de 431-404 a. e. c. enfrentó a una alianza conservadora dirigida por Esparta contra una confederación democrática encabezada por Atenas. Cuando Atenas fue finalmente derrotada, su imperio se disolvió y la causa democrática quedó eclipsada por una nueva supremacía espartana. Aquella guerra fue de hecho la primera fase de una prolongada contrarrevolución mediante la cual los aristócratas griegos, los reyes macedonios y los virreyes romanos destruyeron el experimento democrático que había comenzado con la revolución ateniense de 510-506 a. e. c.

La segunda fase culminó en la batalla de Queronea en 338 a. e. c., cuando el ejército macedonio del rey Filipo II derrotó al ejército combinado de las ciudades-estado griegas, que a partir de entonces quedaron bajo un dominio extranjero. La democracia formal se mantuvo en Atenas y algunas otras ciudades durante un tiempo, pero el poder real estaba ya en otra parte. Cuando en 336 a. e. c. la ciudad-estado de Tebas desafió a Alejandro Magno, fue atacada, conquistada y arrasada hasta los cimientos.

El reino de Macedonia era un estado híbrido. La corte real era un centro de helenismo (cultura griega), y Filipo II (360-336 a. e. c.) había forjado un ejército modelado en parte sobre la falange de infantería pesada de las ciudades-estado griegas; pero Macedonia era también una confederación de terratenientes feudales y jefes tribales laxamente unidos por un monarca autocrático. Aquel estado improvisado estaba amenazado por la rebelión interna. La principal preocupación del rey macedonio era mantener su trono y evitar que el estado se derrumbara.

La inestabilidad fomentó el imperialismo. El poder del rey descansaba en su capacidad para premiar a sus barones por su lealtad y sus servicios. La forma más fácil de financiar el patrocinio real era mediante la guerra y el saqueo. Bajo Filipo II el reino se convirtió en un imperio que controlaba todo el sur de la península balcánica. La conquista proporcionaba botín y tributos con los que se podía pagar a los soldados. El ejército macedónico se amplió y se convirtió en una fuerza plenamente profesional. La contribución personal de Filipo II fue combinar tres elementos distintos para crear una fuerza armada prácticamente invencible.

Las tribus montaraces de las fronteras del reino proporcionaban la infantería ligera; los secuaces aristocráticos de los señores macedonios formaban una caballería pesada de tipo feudal; y los campesinos libres constituían una falange de tipo griego. El estado real combinaba las cualidades marciales tradicionales de su material humano con los métodos y principios bélicos griegos. El resultado era una máquina militar de poder sin precedentes.

En 338 a. e. c. el ejército macedonio acabó con la independencia de las ciudades-estado griegas en la batalla de Queronea, en el centro de Grecia. Siete años después, en la batalla de Gaugamela (en el norte del actual Iraq), destruyó el imperio persa. Los atenienses habían derrotado a los persas en 490 y de nuevo en 480 a. e. c., liberando las ciudades griegas de Jonia (Anatolia occidental); pero más tarde sucumbieron ante el reino relativamente atrasado de Macedonia y fueron entonces los macedonios, bajo el mando del sucesor de Filipo, Alejandro Magno, y no los atenienses,

los que conquistaron los territorios del imperio aqueménida en Asia occidental y Egipto. ¿Cómo y por qué sucedió así?

Solo el 15 por 100 del territorio griego es cultivable. Los abundantes valles feraces son pequeños y están dispersos, separados por cadenas de montañas, y en ello se basaba la independencia de las ciudades-estado, que eran alrededor de mil en el siglo V a. e. c. La democracia se confinó en esas diminutas entidades rivales. Atenas, la mayor y más rica de ellas, solo tenía unos 30.000 *ciudadanos* adultos varones. La población total —incluyendo mujeres, niños, extranjeros y esclavos— rondaba probablemente los 200.000 habitantes. La democracia griega descansaba sobre una base social estrecha y fragmentada.

La división geopolítica daba lugar a un sinfín de guerras locales y la rivalidad entre las principales ciudades se intensificó a veces hasta ocasionar guerras a gran escala. La sociedad griega, siempre muy militarizada, lo iba siendo cada vez más a medida que aumentaba su sobreproducto excedente y crecían las rivalidades geopolíticas. La guerra del Peloponeso fue la expresión suprema de aquella tendencia.

Ninguna ciudad-estado era lo bastante fuerte como para consolidar una hegemonía duradera. Atenas fue derrotada por Esparta en 404 a. e. c. y Esparta lo fue a su vez por Tebas en 371 a. e. c. Las ciudades-estado griegas seguían divididas y enfrentadas entre sí mientras Filipo II, «el León del Norte», construía el imperio que iba a subyugarlas finalmente a todas ellas.

Al mismo tiempo, la democracia de la ciudad-estado se veía erosionada internamente por el creciente militarismo. Largas campañas a gran distancia fomentaban el surgimiento de mandos profesionales, bandas mercenarias y expertos militares. El poder en Grecia se sostenía en las lanzas hoplitas. Cuando las empuñaban granjeros-ciudadanos, la democracia era fuerte, pero cuando eran mercenarios profesionales la democracia se veía socavada.

La civilización de la antigua Grecia era de una sofisticación y dinamismo sin precedentes, pero estaba en aguda contradicción con el marco geopolítico y sociológico en el que se había creado. La democracia no se generalizó ni dentro de cada ciudad-estado ni

entre ellas. La división del mundo griego en entidades políticas rivales significaba que, poco a poco, los militares profesionales iban ganando terreno a expensas de las asambleas democráticas. Macedonia, entretanto, se apropió de los avances de la civilización griega y los empleó para crear un sistema militar capaz de transformar un estado monárquico de tamaño medio en un imperio que abarcaba todos los Balcanes. La técnica importaba, pero también importaba el tamaño: solo el rey de Macedonia controlaba el territorio y el sobreproducto necesario para emprender guerras de conquista importantes y unir al mundo griego.

Como Grecia quedó unida por la fuerza desde arriba, más que por la revolución desde abajo, la democracia estaba condenada. Grecia se convirtió en la base logística para la conquista de Asia occidental. Más tarde, tras la desintegración del imperio de Alejandro, se convirtió en una mera provincia de un estado macedónico «sucesor» más amplio. La apropiación del territorio y los excedentes del imperio persa —que representaban una riqueza centenares de veces mayor que la de Grecia— permitieron la transformación de la civilización griega, de una red de ciudades-estado democráticas en un sistema imperial global.

Entretanto, más al oeste, estaba surgiendo una forma aún más dinámica de imperialismo militar. La antigua ciudad-estado de Roma se estaba transformando también en un imperio global. Con el tiempo conquistaría incluso los poderosos reinos macedónicos del nuevo orden mundial en Oriente.

Roma era una fusión de la ciudadanía de estilo griego con el militarismo de estilo macedónico. El resultado fue el estado imperialista más dinámico del mundo antiguo.

Evolucionó desde una aldea de la Edad del Hierro hace unos once mil años hasta convertirse en el principal castro fortificado del Lacio en el siglo VIII a. e. c. Fue luego refundada como pequeña ciudad por invasores etruscos entre mediados y finales del siglo VII a. e. c., y gobernada por una dinastía de reyes etruscos hasta poco más o menos 510 a. e. c. El último de esos reyes fue derrocado por una revolución aristocrática y los dos siglos siguientes se caracterizaron por la lucha de clases interna y la expansión imperial externa, dos procesos estrechamente ligados entre sí.

El conflicto interno —«la contienda de los órdenes»— enfrentó a los patricios con los plebeyos. Los primeros constituían una aristocracia terrateniente hereditaria que disfrutaba del control exclusivo del aparato del estado. Solo los patricios eran admitidos en el Senado, la asamblea aristocrática gobernante, y solo ellos podían ocupar las principales magistraturas, esto es, los puestos más altos del estado.

La mayoría de los plebeyos eran ciudadanos-granjeros corrientes. Al igual que en las ciudades-estado griegas, la carencia de reservas para los malos tiempos les obligaba a endeudarse con frecuencia. Los derechos de los acreedores eran protegidos por leyes promulgadas por los senadores patricios y puestas en vigor por magistrados patricios. La deuda era el principal mecanismo de ampliación de las grandes haciendas a expensas de las pequeñas granjas.

Había también una minoría de plebeyos en mejor situación, e incluso los había muy ricos; pero todos estaban excluidos del poder político. El movimiento plebeyo fue por tanto una alianza de clases entre nobles plebeyos y las masas plebeyas. Su arma principal era la *secesión*: una especie de huelga general en la que se abandonaba la ciudad, la primera de las cuales se produjo en 494 a. e. c. Al igual que en el caso de los ciudadanos-granjeros de las

ciudades-estado griegas, la plebe romana constituía la milicia de la ciudad —la legión (de *legio*: leva)— y su rechazo a combatir era utilizado como forma de presión en favor de reivindicaciones sociales y políticas.

Las masas griegas habían emprendido la acción revolucionaria y habían obtenido una democracia plena. Las masas romanas nunca consiguieron derrocar el Senado, pero obtuvieron enormes mejoras, cuyo efecto acumulativo fue una redistribución radical del poder en la sociedad romana. Los plebeyos ricos fueron admitidos al Senado y las principales magistraturas. El conjunto de la plebe obtuvo una capacidad de veto efectiva: las nuevas leyes tenían que ser aprobadas por el *Concilium Plebis* (institución civil) y cualquier decisión de ir a la guerra por los *Comitia Centuriata* (un cuerpo militar). Las propuestas impopulares podían ser bloqueadas por los *tribunos de la plebe*.

La contienda entre los órdenes acabó con un compromiso entre las clases y una constitución mixta. La clase dominante no fue derrocada, pero sus filas se abrieron a los recién llegados, su poder político quedó limitado y sus decisiones dependían ahora del consentimiento popular. Esto significaba que la propiedad de los pequeños granjeros quedaba protegida frente a los impuestos y la deuda. Se pusieron límites a la capacidad de los grandes terratenientes para enriquecerse a expensas de los ciudadanos más pobres, por lo que la ambición de los aristócratas romanos se reorientó hacia los enemigos extranjeros.

La aristocracia romana era muy competitiva. Las principales familias competían por los puestos más importantes del estado, y la recompensa era poder, prestigio y ricas cosechas; pero la riqueza era un medio más que un fin: los aristócratas la necesitaban para acumular poder político. Las facciones rivales reclutaban bandas de subordinados y clientes mediante el patrocinio. Aglutinaban seguidores y consolidaban bloques de votantes mediante el soborno. Las familias que no conseguían acumular poder declinaban. La pertenencia a las clases aristocráticas —senatorial y ecuestre— dependía cada vez más de la riqueza. Patronazgo,

puestos públicos y poder político eran esenciales para mantener el estatus de clase.

La resistencia plebeya a la explotación determinaba las formas de competencia entre los aristócratas. Por un lado, el apoyo plebeyo resultaba esencial en la lucha profesional por el poder; por otro, la propiedad de tierras de que gozaban los plebeyos limitaba las oportunidades de acumular riqueza ampliando las haciendas existentes.

La guerra y la conquista ofrecían una alternativa. La victoria sobre enemigos extranjeros significaba botín (especialmente oro), cautivos (que se convertían en esclavos), y tierra (para crear nuevas fincas). Una parte se repartía entre los ciudadanos-legionarios ordinarios, que así cobraban interés en votar por la guerra y combatir con eficacia; pero la parte del león correspondía siempre al estado y sus generales-senadores.

Roma se convirtió así en un sistema imperial depredador de saqueo con violencia. En lugar de acumular sobreproducto elevando la tasa de explotación en el propio país, la clase dominante romana se apoderaba por la fuerza del excedente, el trabajo y los medios de producción controlados por clases dominantes extranjeras.

Durante los siglos V y IV a. e. c. los romanos conquistaron toda la península italiana. En el siglo III a. e. c. emprendieron dos guerras importantes contra el imperio cartaginés por el control del Mediterráneo occidental. Durante el siglo II llevaron a cabo dos grandes guerras contra el reino de Macedonia por el control de Grecia. El proceso de acumulación militar se autoalimentaba. Las riquezas obtenidas en una guerra proporcionaban recursos para emprender la siguiente. Las clases dominantes derrotadas se «romanizaban»: una vez que adquirían la ciudadanía romana, se veían alentadas a adoptar la cultura de la elite romana y se les ofrecía una participación en futuras conquistas. Esto aseguraba el suministro continuo de nuevos reclutas para las legiones.

Una vez que se resolvió la contienda de los órdenes con la Ley Hortensia en 287 a. e. c., Roma obtuvo cierta estabilidad interna, pero durante los siglos III y II a. e. c. se hizo cada vez más agresiva en el exterior. Una cosa dependía de la otra: la paz social se

financiaba con los excedentes imperiales. Así Roma pasó de ser una pequeña ciudad-estado latina a finales del siglo VII a. e. c. a convertirse en el imperio más poderoso de la antigüedad en el siglo II a. e. c.

La tecnología de la Edad del Hierro había generado los enormes excedentes necesarios para sostener las entidades políticas imperiales del primer milenio a. e. c.: la Persia aqueménida, la India maurya, la China Qin, los reinos herederos de Macedonia y el Imperio Romano. Pero el imperialismo romano tenía un dinamismo y durabilidad extraordinarios. En la batalla de Gaugamela en 331 a. e. c., culminación de una brillante campaña de cuatro años, Alejandro Magno destruyó el imperio persa. En la batalla de Cannas, en 216 a. e. c., el caudillo cartaginés Aníbal infligió una derrota igualmente abrumadora a la República romana. Pero Roma se negó a rendirse y acabó triunfando. La diferencia decisiva era la base social del imperialismo romano. La Persia aqueménida extraía tributos de sus súbditos campesinos para pagar a los soldados profesionales; el ejército de la República romana era una milicia de ciudadanos libres. El campesinado romano no solo era numeroso sino que, a diferencia del persa, tenía interés en mantener el sistema. Los romanos perdieron 80.000 hombres en Cannas, pero se estima que sus reservas se situaban en torno a los 700.000 soldados de infantería y 70.000 de caballería; y tanto la aristocracia como el campesinado estaban interesados en reanudar la guerra.

La superioridad del estado imperial romano fue puesta a prueba de nuevo en la gran crisis de finales de la República (133-30 a. e. c.).

En 133 a. e. c. Tiberio Sempronio Graco fue elegido tribuno de la plebe con un programa radical de reforma agraria. Debido a la oposición de la aristocracia eludió al Senado e hizo aprobar su proyecto de ley llevándolo directamente a la asamblea de la plebe. Un año después fue asesinado por una banda de derechas, con lo que se abrió un nuevo periodo de crisis en la política romana que iba a durar todo un siglo, pasando por diversas fases de guerra civil y amenazando a veces la supervivencia del imperio. Finalmente dio lugar a una reestructuración radical de la clase dominante, una remodelación burocrática del estado y la dictadura militar de los emperadores.

La crisis derivó de la incapacidad de la forma ciudad-estado heredada del pasado para acomodarse a las nuevas fuerzas sociales creadas por el imperio mundial. La nobleza patricia-plebeya que controlaba el Senado se había esclerotizado convirtiéndose en una casta aristocrática hostil a los «nuevos hombres». El monopolio de los altos puestos del estado que mantenía la elite senatorial había despertado el resentimiento de otros sectores de la aristocracia: familias senatoriales menores, familias «ecuestres» de segunda fila y muchas familias provinciales italianas que ahora participaban en el gobierno y el comercio del imperio.

El privilegio heredado estaba en contradicción con la nueva realidad social. Desde mediados del siglo II a. e. c. la clase dominante no podía seguir gobernando al estilo antiguo. Una minoría era partidaria de la reforma, y otra minoría se oponía radicalmente. La mayoría vacilaba, pero preocupada por la defensa de la propiedad y el privilegio, solía ponerse de parte de los reaccionarios en los momentos de crisis; debido a esto, los reformadores buscaron ampliar sus fuerzas para derrotar a la oposición senatorial.

Las guerras de conquista en territorios distantes eran ruinosas para los pequeños agricultores en Italia. La tercera guerra Hispánica (154-133 a. e. c.) requirió decenas de miles de soldados. En promedio había cada año más de una octava parte de los

ciudadanos romanos sirviendo en el ejército. Muchos de los enviados a Hispania permanecían allí durante años.

Las tierras quedaban sin cultivar o a menudo eran compradas por grandes terratenientes. Los ciudadanos romanos eran sustituidos entonces por esclavos extranjeros. Los ricos, tal como explicaba un historiador de la época (Apiano de Alejandría, *Guerras Civiles*, Libro I, Cap. 7), «acaparando la mayor parte de la tierra no distribuida, aumentaron con el tiempo su confianza en que ya no se verían desposeídos de ella, y empleando la persuasión para comprar o la fuerza para apoderarse de tierras que añadían a las propias o de cualquier otra pequeña propiedad perteneciente a familias humildes, cultivaban grandes latifundios en vez de parcelas pequeñas y empleaban en ellos esclavos y pastores en previsión de que los trabajadores libres fueran transferidos de la agricultura a la milicia». El resultado fue una crisis social doble. El declive del campesinado italiano estaba agotando el depósito de personal del que dependía la vitalidad militar de la República, y el repoblamiento del campo con esclavos planteaba un importante problema de seguridad.

La nueva economía esclavista estaba centrada en Sicilia y el sur de Italia. Cientos de miles de cautivos prisioneros fueron vendidos como esclavos y enviados a trabajar en las fincas de los aristócratas. En aquellas regiones estallaron rebeliones de los esclavos en tres ocasiones: en Sicilia en 136-134 a. e. c. y de nuevo en 103-101 a. e. c., y finalmente en la Italia continental en 73-71 a. e. c. No es una casualidad que la crisis final de la República comenzara durante la primera guerra siciliana de los esclavos. Las preocupaciones inmediatas de Tiberio Graco y del ala reformista de la clase dominante eran el reclutamiento para el ejército y la seguridad interna. Aquellos debates tuvieron como trasfondo el resplandor de las villas sicilianas incendiadas.

Muchos soldados desmovilizados y pequeños agricultores arruinados acabaron en Roma. El rápido crecimiento de la capital imperial —alimentado por el botín de guerra, las obras públicas y el patrocinio y consumo aristocrático— atraía ciudadanos

empobrecidos «superfluos». Las algaradas se convirtieron en un factor político de primer orden.

El crecimiento del imperio había cambiado también las relaciones entre romanos y no romanos en Italia. Más de la mitad de los legionarios no eran ciudadanos romanos, sino «latinos» o «aliados». Quienes participaban con igual riesgo en el combate pedían cada vez más una participación igual en el botín. El derecho a la ciudadanía romana se convirtió en una cuestión explosiva. La guerra de los Aliados (*Bellum sociale*) de 91-88 a. e. c. fue una guerra civil a gran escala entre romanos e italianos por la cuestión de la igualdad de derechos políticos.

Italia rebosaba material combustible: senadores en decadencia, funcionarios ecuestres y ricos de provincias; pequeños agricultores arruinados por las deudas; conscriptos desmovilizados que vivían en la pobreza tras años de combatir en el frente; una masa creciente de pobres urbanos; y gran cantidad de italianos no romanos que servían al estado pero estaban excluidos de la vida política. La revolución romana —ya que se convirtió en una auténtica revolución — tenía como peculiaridad que ninguna de las clases descontentas era capaz de dominar el movimiento; ninguna era capaz de establecer su liderazgo sobre las otras ofreciendo una visión coherente de un mundo transformado y una estrategia para alcanzarlo; ninguna era capaz de ofrecer una alternativa revolucionaria. La oposición aristocrática temía a las masas populares y la amenaza a sus propiedades. Los pequeños agricultores temían a los pobres sin tierras. Los ciudadanos libres temían la competencia de los esclavos. Los romanos temían la dilución de los privilegios ciudadanos si se concedían los mismos derechos a todos los italianos.

El movimiento popular era por tanto una alianza multiclasista plagada de contradicciones. Fue esto lo que convirtió la revolución romana en un proceso complejo y distorsionado que duró todo un siglo.

La reforma había quedado bloqueada en el Senado. Los populistas (*populares*: partidarios del gobierno del «pueblo») seguían siendo una minoría de la clase dominante, incapaz de

impulsar una revolución desde arriba contra la oposición tenaz de los *optimates* (los «mejores», partidarios de la primacía del Senado). Pero sin una clase revolucionaria capaz de abrir una salida, solo la fuerza militar podía decidir la cuestión. La revolución romana se convirtió así en una lucha entre señores de la guerra.

Políticos ambiciosos buscaban puestos de mando prestigiosos y lucrativos. El botín y los veteranos se convirtieron en grandes bazas en el juego de la política romana. La revolución se transformó en guerra civil entre generales *populares* y *optimates*, primero Mario contra Sila, y luego César contra Pompeyo.

La figura decisiva fue Julio César. Aristócrata de una de las mejores familias, carrerista obstinado e imperialista asesino, era también un brillante general, político y reformador. César encarnaba las contradicciones de la revolución romana de la que llegó a ser el principal protagonista.

Resultó victorioso en la guerra civil de 49-45 a. e. c., pero siendo el líder de un movimiento popular, más que de una clase revolucionaria, se vio obligado a buscar acomodo con el antiguo régimen. A corto plazo, esto se demostró imposible. La clase dominante estaba demasiado dividida y encolerizada. César intentó atemperar las contradicciones mediante la dictadura personal, lo que llevó a su asesinato y a una reanudación de la guerra civil.

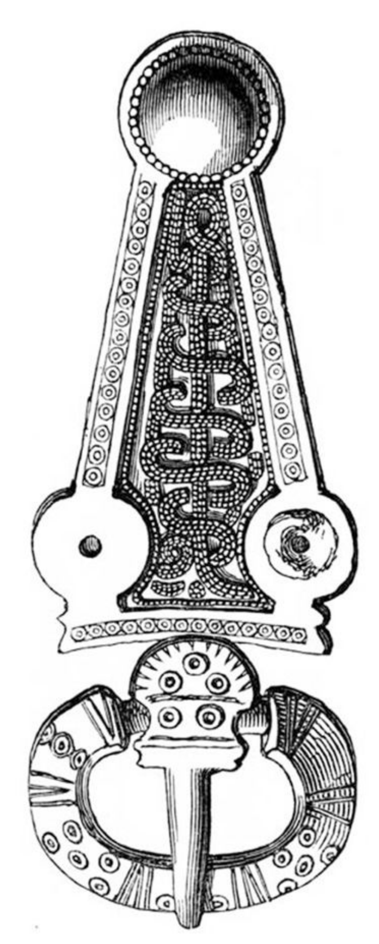
La oposición senatorial encabezada por Bruto y Casio fue rápidamente derrotada por los líderes de la facción de César, Antonio y Octavio, que acabaron dividiéndose el imperio y estableciendo bases de poder rivales. La lucha final de la revolución romana fue por tanto una guerra civil entre las facciones de Antonio y de Octavio.

Octavio se convirtió en César Augusto, el primer emperador romano. Fundó una dictadura militar basada en los «hombres nuevos», una reforma moderada y la guerra imperialista. Su régimen representaba la transformación final de una ciudad-estado italiana en un imperio global burocráticamente administrado, que aun siendo el más triunfal de los antiguos imperios, contenía también la semilla de su propia decadencia y desintegración final.

4

EL FIN DE LA ANTIGÜEDAD

c. 30 a. e. c.-650 de la e. c.



El enemigo a las puertas: hebilla del cinto de un señor de la guerra germano de la «Edad Oscura».

El declive y caída del imperio romano, que había encarnado los mayores logros de las civilizaciones de la Edad del Hierro del primer milenio a. e. c., tuvo consecuencias globales. De la desintegración de la superpotencia imperial surgieron las nuevas fuerzas sociales y el orden geopolítico que iba a constituir la base de la Europa medieval.

Los imperios de la Edad del Hierro, aunque mucho mayores que sus predecesores de la Edad del Bronce, compartían muchas de sus debilidades. La unidad política dependía del poderío militar, no de la homogeneidad económica, social o cultural. Los gobernantes imperiales se servían de la explotación para acumular sobreproducto excedente y gastarlo en la guerra. La sociedad estaba organizada en una rígida jerarquía de grupos de estatus. Se ponían obstáculos a la creatividad y la innovación y la gente corriente solo servía para «cortar leña y acarrear agua». La tecnología se estancó y se extendieron y agravaron la pobreza y la alienación. Los imperios de la Edad del Hierro se demostraron finalmente tan conservadores como lo habían sido sus predecesores de la Edad del Bronce.

Debido a esto, aunque el colapso del imperio romano representaba la muerte y desaparición de todo un orden social, ese proceso no dio lugar a nuevas fuerzas capaces de elevar la humanidad a un mayor nivel cultural. Simplemente resultó lo que Marx y Engels llamaban en el *Manifiesto Comunista* «la ruina común de las clases contendientes».

En este capítulo analizaremos las contradicciones internas que condenaron al imperio romano, la naturaleza de las clases dominantes (principalmente germánicas, góticas y árabes) que lo sustituyeron y la creación, en el contexto de la crisis de Roma, de las tres grandes religiones monoteístas: judaísmo, cristianismo e islam.

El imperio romano representaba una poderosa fusión de ciudadanía e imperialismo. La ciudadanía ofrecía una base social en expansión de propietarios y soldados. Las elites conquistadas eran lentamente asimiladas: se les permitía convertirse en «romanas» y compartir los beneficios del dominio imperial. El imperialismo proporcionaba al mismo tiempo un flujo continuo de botín, esclavos y tierra que reforzaba el estado, enriquecía a la clase dominante, aseguraba la lealtad de las elites sometidas y financiaba el patrocinio que ligaba a los grupos clientes al sistema.

Pero hubo que pagar un alto precio. El imperio y la civilización son caros. Aunque algunos se benefician, otros pierden. El dominio romano salvaguardaba la propiedad y el poder, pero la riqueza del ejército, las ciudades y los propietarios de villas dependía de un sistema de explotación que extraía de la población rural impuestos, rentas, pagos de intereses y servicios en trabajo.

La mayoría de los habitantes del imperio romano trabajaban la tierra como campesinos, labradores, siervos o esclavos. Eran las bestias de carga sobre cuyas espaldas se construían el imperio y la civilización. Al principio esa carga —la tasa de explotación— era relativamente moderada y sostenible. A las familias campesinas se les quitaba mucho, pero se les dejaba lo suficiente para alimentarse, sembrar sus campos, mantener sus pastizales y obtener en los mercados locales lo esencial para la vida rural durante la Edad del Hierro. Esto era posible porque otros pagaban un precio mucho mayor. El imperio estaba subvencionado por las guerras de conquista. Se robaba a los vencidos para enriquecer a los vencedores. Las víctimas pagaban la mayor parte del coste de mantener el estado, el ejército y a los ricos. En la medida en que el imperio seguía expandiéndose, el robo interno quedaba mitigado por el robo en el extranjero. El sistema era intrínsecamente expansionista. Lo alimentaba la apropiación militar de sobreproducto excedente en el extranjero. Su vitalidad dependía por tanto de la disponibilidad de tales excedentes. Después de cada salto imperial se hacía necesario otro para que el sistema no cayera en el

estancamiento y la crisis. Pero el excedente extranjero era un recurso finito. En el siglo I de la e. c. el imperialismo militar romano topaba con barreras a una nueva expansión.

Los límites de la civilización imperial grecorromana se correspondían con los de la agricultura durante la Edad del Hierro. Su tecnología había creado una agricultura extensiva basada en el arado que se extendía desde el sur de Gran Bretaña hasta Siria y desde el Rin y el Danubio en Europa hasta las montañas del Atlas en el norte de África. Era una tierra opulenta, llena de campos cultivados, pueblos y aldeas y campesinos que trabajaban duro. El sobreproducto excedente era considerable, y los que se beneficiaban de él podían construir ejércitos y ciudades; pero más allá de las tierras arables había otras baldías: las montañas en el norte de Gran Bretaña, los bosques de Alemania, los desiertos de Arabia y el norte de África. Cuando los ejércitos imperiales entraban en esos territorios quedaban atrapados en guerras de guerrilla imposibles de ganar contra enemigos dispersos y elusivos demasiado pobres para proporcionar una ganancia apreciable incluso en el caso de que se les pudiera someter.

En 53 a. e. c. un ejército romano de 30.000 soldados había sido destruido por arqueros a caballo partos en la batalla de Carras entre las cabeceras de los ríos Tigris y Éufrates. En el año 9 de la e. c. otro ejército romano de 30.000 soldados fue aniquilado por las tribus germanas en la batalla del bosque de Teutoburgo. En 208-11 de la e. c. el último intento romano de conquistar el norte de Gran Bretaña fue derrotado por la resistencia guerrillera. El emperador romano Septimio Severo había dicho fríamente a sus hombres: «Que no escape ninguno a la destrucción implacable. Que ningún niño en el vientre de su madre, si es varón, escape a su destino». Pero escaparon. Severo murió en York y Escocia no fue nunca conquistada. En los humedales y cañadas del norte de Gran Bretaña el Leviatán imperial, debatiéndose en la espesa niebla, fue vencido vergonzosamente por bandas de bárbaros pintados de azul.

Así pues, el imperio romano tenía límites. Su base fundacional era la agricultura de la Edad del Hierro. Dependía de la tierra cultivada y mano de obra abundante para proporcionar los grandes

excedentes necesarios para mantener el ejército, la clase dominante y la infraestructura esencial de caminos, fuertes y ciudades. La guerra era rentable allí donde se podía arar, pero era inútil allí donde no se podía, y el imperio ya no podía extenderse más cuando sus ejércitos entraron en tierras baldías.

La expansión llegó a su apogeo durante los siglos II y I a. e. c., se frenó bruscamente tras el siglo I de la e. c. y cesó casi totalmente tras el siglo II de la e. c. El flujo de botín de guerra se detuvo. La subvención externa cesó. El imperio romano quedó enteramente a merced de los recursos generados internamente.

Pero el coste del imperio y la civilización no disminuyó. Se requería un ejército fuerte y numerosas fortificaciones para defender miles de kilómetros de frontera abierta. La cohesión de la elite imperial y la lealtad de sus grupos clientes, sobre todo de los soldados rasos del ejército, dependía del consumo de lujo y la generosidad del estado.

Desde el siglo I de la e. c. y con creciente intensidad, especialmente desde el siglo II en adelante, el estado imperial tuvo que afrontar una crisis financiera crónica. Su respuesta —aumentar la extracción de excedente agrario para mantener su infraestructura político-militar— llevó inexorablemente a una lenta espiral de declive económico. Los aumentos de impuestos, trabajo forzado y requisas militares arruinaron a los campesinos marginales. Esto contrajo la base recaudatoria, de forma que en las siguientes rondas tenían que elevarse aún más los impuestos, poniendo al borde del abismo a otra franja de explotaciones agrícolas, y así sucesivamente. El estado imperial romano, cada vez más militarizado y totalitario, acabó consumiendo su propio capital socioeconómico en su esfuerzo por mantener los gastos esenciales. El predador militar se había vuelto caníbal.

Esas presiones tuvieron tres efectos políticos principales. Primero, la clase dominante se fragmentó repetidamente según líneas regionales, intentando cada grupo mantener el control de sus propios excedentes y soldados. Las guerras civiles, habitualmente entre facciones del ejército dirigidas por emperadores rivales en distintas partes del imperio, se hicieron endémicas.

Segundo, las invasiones extranjeras se hicieron más frecuentes y cada vez más amenazantes. En las fronteras europeas se formaron grandes confederaciones de tribus bárbaras y en el este el dinámico imperio sasánida, que comprendía Irán, Iraq, Siria y Armenia. El declive militar de Roma quedó simbolizado en dos batallas: en el año 378 de la e. c. todo el ejército del imperio romano oriental fue pulverizado en Adrianópolis (Tracia/Bulgaria) por los godos. Dieciséis años después, en la batalla del río Frigidus (Vipava) en los Alpes Julianos que separan Italia de la actual Eslovenia, el grueso del ejército reconstituido del Imperio Romano de Oriente estaba formado por mercenarios godos. Tal fue la crisis interna de finanzas y personal que el imperio romano dependía ahora de sus soldados «bárbaros».

La tercera consecuencia de la crisis financiera del imperio fue un resurgimiento de la lucha de clases. El campesinado local, exprimido por las exigencias del estado militar-burocrático, reducido a un estatus de servidumbre y sometido a una explotación cada vez más intensa, buscó formas de defenderse. Muchas fincas fueron abandonadas; bandidos sociales asolaban el campo. La resistencia a los recaudadores de impuestos, patrullas de reclutamiento y alguaciles ejecutivos se generalizó, y a veces el descontento se desbordaba hasta convertirse en una insurrección campesina y dar lugar a la creación de comunas rurales.

Los autores aristocráticos de la época nos hablan de misteriosos rebeldes rurales llamados *bagaudae*, bajo cuyo liderazgo la gente establecía sus propias leyes, se hacían asambleas y se dictaban sentencias de muerte bajo un roble que se registraban en piezas de hueso y «todo sigue como si nada». Al parecer, bajo los *bagaudae*, «los bretones eran esclavos de sus propios sirvientes domésticos». He ahí, turbiamente entendido y oscuramente descrito, un mundo al que se le ha dado la vuelta, sin terratenientes ni recaudadores de impuestos.

Fragmentación, invasión y rebelión interna: estos síntomas del declive imperial reflejaban la podredumbre del sistema. Así fue cómo se desintegró entre 410 y 476 el Imperio Romano de

Occidente, apropiándose bandas guerreras de bárbaros de sucesivas franjas de territorio hasta que finalmente no quedó nada.

A finales del siglo V Europa occidental había quedado dividida en un mosaico de protoestados independientes. En las tormentas de fuego de finales de la Antigüedad se había forjado un nuevo orden mundial. Los principales agentes de esa transformación fueron confederaciones tribales de Europa central y oriental y de Asia central.

La estepa euroasiática es una franja de territorio de varios cientos de kilómetros de anchura que se extiende desde la llanura húngara hasta el océano Pacífico. Grandes praderas con temperaturas extremas, desprovistas de bosques, que habían estado pobladas desde la prehistoria hasta los tiempos medievales por pastores nómadas.

La historia de Europa, Turquía, Persia, India y China está marcada por crisis militares provocadas por las incursiones de los nómadas de la estepa desde sus emplazamientos tradicionales; pero fueron los hunos los que, entre las décadas de 370 y 450, precipitaron el colapso del Imperio Romano de Occidente.

Los hunos combinaban la caza y la recolección con el pastoreo de caballos, vacas, ovejas y cabras. La aridez de la estepa y lo primitivo de su modo de vida significaba que eran pocos y dispersos, con una organización social laxa y no jerárquica. La especialización era extrema. Los hunos eran jinetes de primera clase. En sus guerras tribales empleaban sobre todo una caballería ligera armada con arcos compuestos, lazos y espadas. El arco y el lazo eran el equipo de la estepa; la espada era un artículo comercial muy apreciado.

Es imposible saber con seguridad por qué comenzaron a desplazarse hacia el oeste a mediados del siglo IV; pero su pobreza significaba que no tenían margen de seguridad: la sequía en la estepa significaba la muerte, así que lo que los impulsó probablemente fue una crisis ecológica. La violencia, conquista y expansión hacia el oeste eran una vía de escape de un territorio exhausto y superpoblado.

Al llegar a Ucrania derrotaron fácilmente a los ostrogodos (godos orientales) y siguieron presionando hacia el oeste obligando a los visigodos (godos occidentales) a buscar refugio en el Imperio Romano de Oriente. Las tensiones entre godos y romanos se incrementaron hasta dar lugar a una guerra, y el ejército del Imperio Romano de Oriente, basado en Constantinopla, fue aniquilado en la

batalla de Adrianópolis en 378. Los nómadas de la estepa estaban comenzando a remodelar indirectamente el viejo mundo.

A medida que lo hacían se iban transformando ellos mismos. Los godos, como las tribus germanas más al oeste en las fronteras del imperio formadas por el Rin y el alto Danubio, eran campesinos prósperos. Al ser derrotados por los hunos se vieron obligados a pagar tributos a sus nuevos amos. Los nómadas de la estepa, enriquecidos al apoderarse del sobreproducto agrícola, lo utilizaron para incrementar sus huestes y su capacidad para realizar nuevas conquistas.

Pero la mayor recompensa les esperaba dentro del propio imperio romano, que como los godos habían demostrado en Adrianópolis, estaba muy debilitado militarmente. El campesinado provincial romano se había visto sometido a la servidumbre. La explotación y la alienación habían agotado la tradicional base en la población del imperialismo militar romano. Los emperadores romanos tenían que recurrir cada vez más a sobornos y mercenarios bárbaros, en lugar de legionarios-ciudadanos, para defender sus fronteras. En ocasiones eran los propios hunos los contratados como aliados de Roma y otras veces había que pagar su no beligerancia. En cualquier caso, el tesoro romano se añadió al tributo godo para completar la transformación de los hunos, de nómadas tribales en militaristas más o menos asentados, una transformación marcada por el acceso de Atila a la jefatura de los hunos en 434.

En su momento culminante el imperio de Atila se extendía desde el Báltico hasta los Alpes y desde el Rin hasta el Caspio. A su capital —a medias asentamiento permanente y a medias campamento nómada— llegaban tributos desde el imperio y subvenciones y sobornos de otros lugares. Medio siglo antes los hunos habían combatido como fuerzas tribales de unos pocos centenares bajo jefes guerreros elegidos; ahora la guerra era un estado permanente, la militarización de su mundo social era total y el poder de su jefe supremo era absoluto.

El estado guerrero de los hunos aceleró la decadencia del imperio romano, devorando los excedentes posibilitados por la

revolución técnica de la Edad del Hierro. En el momento culminante del imperialismo militar romano el sobreproducto excedente había servido para organizar ejércitos de campesinos libres como ciudadanos-soldados; en su decadencia servía principalmente para alimentar un imperio nómada monstruoso centrado en la llanura húngara.

Como jefe guerrero, Atila controlaba los excedentes militares, y como la guerra era ahora permanente, también lo era su autoridad. El rey podía cortar la cadena de obligaciones tribales que lo anclaban y las restricciones sociales que en otro tiempo habían limitado el poder de cada individuo; pero la vasta red de patronazgo que lo ligaba a sus reyes-clientes, jefes sometidos y vasallos principales, dependía de un flujo ininterrumpido de tributos, obsequios, trofeos y artículos de prestigio y lujo. Así pues, Atila era un bandido belicista de altos vuelos, un conquistador incansable, condenado a seguir siempre adelante. El dinamismo era inherente al estado huno.

Atila fue el «azote de Dios» para las clases dominantes romanas de finales de la antigüedad; pero muchos pobres lo veían de otro modo. Los hunos y los *bagaudae* galos constituyeron a veces alianzas contra los terratenientes galorromanos en la década de 440; pero el reino huno era demasiado bárbaro, depredador e inestable como para convertirse en una fuerza favorable a un cambio social progresista. Cuando Atila atacó la Galia (Francia y Bélgica) en el año 451, su arremetida hacia occidente carecía de fineza diplomática. Los *bagaudae* se habían sentido agraviados y no se movieron, y los terratenientes galorromanos y los campesinos libres visigodos unieron sus fuerzas. Así Occidente, brevemente unido por un momento, infligió en la batalla de Châlons una derrota decisiva a Atila, quien se vio obligado a retirarse a su reducto en el centro de Europa. Dos años después había muerto y su imperio se había desintegrado, desgarrado por las luchas territoriales entre sus sucesores y las rebeliones desde abajo entre los pueblos sometidos.

La intervención de los nómadas de la estepa había sido repentina y catastrófica, pero no aportó ninguna contribución positiva a la historia. El Imperio Romano de Occidente se fragmentó

en una miríada de reinos bárbaros gobernados por germanos o godos. El Imperio Romano de Oriente se esclerotizó, haciéndose burocrático, conservador e inerte. Pero el imperio huno simplemente se desvaneció desapareciendo de la faz de la tierra.

¿Por qué se produjo ese colapso tan repentino y total? En el lapso de una generación, los hunos se habían transformado de pastores nómadas en depredadores militares. Dejaron de tener fuerzas productivas propias, dependiendo enteramente de su capacidad de saquear o extorsionar tributos y subvenciones, esenciales para mantener su aparato administrativo-militar.

Eran pocos en número, pero sus dominios eran vastos, de modo que disponían de un imperio muy amplio lastrado por una extrema escasez de mano de obra. El miedo y la fuerza les permitió mantener el sistema mientras parecía poderoso; pero el fin de su expansión habría interrumpido el flujo de sobreproducto extorsionado necesario para mantener la infraestructura estatal de jefes, secuaces y guerreros. Por eso la expansión ininterrumpida era inherente a un sistema dinámico de robo con violencia que carecía de una base productiva propia. No era más que un mecanismo de expolio que se precipitaba aceleradamente hacia su propia destrucción. Sin embargo, la violencia de aquel mecanismo había empujado a los germanos y godos hacia el Imperio Romano de Occidente, asegurando el colapso final del aparato de estado imperial y su sustitución por un mosaico de nuevos estados gobernados por reyes bárbaros.

El cambio, no obstante, era menor de lo que podía parecer. Los reyes bárbaros se apropiaron de gran parte de la antigua civilización, de forma que Roma contribuyó notablemente a la configuración del mundo medieval. El principal vehículo de transmisión cultural fue la iglesia cristiana. Para captar su importancia debemos ir hacia atrás y analizar el crecimiento de las religiones monoteístas en el seno de la antigua cultura pagana enraizada en el pasado prehistórico.

El mito, los rituales y la religión son multifacéticos. Su raíz más profunda se halla en las inseguridades de la existencia cotidiana del cazador-recolector primitivo. La ansiedad en la búsqueda de alimentos se pretendía aliviar con representaciones mágicas en el arte, la danza, la música y los ornamentos personales de las bestias que se cazaban.

Los primeros agricultores y ganaderos, igualmente sometidos a las vicisitudes de la naturaleza, concebían la tierra como una diosa madre, fuente de fertilidad y alimentos a la que se podía rogar y sobornar para que les facilitara la tarea. Las diosas de la fertilidad de los primeros agricultores y ganaderos eran siempre femeninas. La mujer —menstruando, pariendo, amamantando— era el símbolo obvio de la fecundidad natural; pero había otra razón para que fuera femenina: en las sociedades preclasistas las mujeres tenían mucho poder. La genealogía era a menudo matrilineal (siguiendo la línea femenina), la morada uxorilocal (el lugar de residencia de la mujer, no del marido), y la autoridad matriarcal (predominando las decisiones de las mujeres).

¿Por qué? Porque las mujeres eran los anclajes en sociedades simples basadas en la cooperación y la propiedad colectiva. Las funciones de cría y alimentación de los niños las hacía menos móviles, tanto geográfica como socialmente, y la ausencia de propiedad privada y de los privilegios a los que esta da lugar excluían fuentes alternativas de poder social. Las mujeres eran el centro de gravedad social en torno al cual orbitaban los hombres. La gran diosa madre-tierra (desde la *Ninhursag* sumeria hasta la *Pachamama* andina) de los primeros cultivadores era la imagen especular de su realidad social.

La propiedad privada, la división en clases y el poder estatal nacieron simultáneamente, en dependencia mutua. Compartir los bienes en igualdad de derechos era algo intrínseco a la propiedad común; pero la división de la tierra en parcelas privadas, o la del ganado en rebaños separados, permitió a unos hacerse ricos a costa de otros. Las tensiones resultantes exigían algún tipo de

control para que la sociedad no se fragmentara, y así nació el estado —bandas de hombres armados— para defender el nuevo *status quo* basado en la propiedad. Ahora era el hombre el que tenía el poder, porque eran hombres, y no mujeres, los que pastoreaban el ganado y labraban los campos. Cuando eran comunes todos se beneficiaban, pero ahora, en manos privadas, enriquecían y daban poder únicamente a quienes los poseían.

Lo que Friedrich Engels llamó «la derrota histórica mundial del sexo femenino» se reflejó en los mitos y los rituales. Las antiguas diosas-madres fueron destronadas y sustituidas por una nueva generación de poderosas deidades masculinas. La morada celestial de los dioses griegos estaba gobernada por Zeus, la de los romanos por Júpiter, la de los judíos por Yahvé, la de los arios protoindoeuropeos por Dyaus, etc. Y del mismo modo que las antiguas madres-tierra simbolizaban las fuerzas de la naturaleza, las nuevas deidades del poder simbolizaban la fuerza de las tribus, ciudades-estado e imperios. En las mentes humanas se implantó una superestructura mítica al mismo tiempo que se construía en la realidad la fuerza militar .

En el Olimpo, el lugar más sagrado de la antigua Grecia, los cultos más antiguos eran los de las diosas-madres Gaia, Rea, Hera y Deméter. Pero en la Era Clásica de los siglos V y IV a. e. c. habían sido desplazadas ya hacía tiempo, y era Zeus el honrado con los sacrificios más espléndidos, el mayor templo y los famosos juegos. En los relatos mitológicos conocidos como Titanomaquia, Zeus encabeza a los nuevos dioses olímpicos hasta la victoria sobre los Titanes (su padre Cronos y los demás dioses antiguos). Zeus representa el orden, el patriarcado y la civilización, mientras que Cronos es la encarnación de la barbarie: el suyo es un mundo matriarcal de caos. El matriarcado se convirtió en código mítico de un mundo en desorden. Cuando el héroe griego Agamenón vuelve al hogar desde la guerra de Troya, es asesinado por su propia esposa Clitemnestra, que ha tomado a otro hombre como amante y como rey. El mundo y su orden moral se vienen abajo hasta que Orestes, hijo de Agamenón, mata a Clitemnestra para vengar a su

padre. El asesinato reclama asesinato. El precio por el poder arrebatado a las mujeres es un ciclo de muerte.

El mito misógino santificó el orden patriarcal de la civilización griega. El *oikos* (propiedad del hogar) patriarcal dirigido por el varón era el bloque básico de la estructura social. La ciudad-estado estaba dirigida por asambleas de ciudadanos varones, los patriarcas o pequeños propietarios del *oikos*. Una de las principales contradicciones que lastraban la democracia griega era la exclusión política, la segregación social y la opresión doméstica de las mujeres.

Otras tensiones sociales encontraron también expresión en los mundos míticos de los pueblos antiguos. Los mitos constituyen un buen tema para la reflexión y proporcionan modos de describir, narrar y analizar las contradicciones sociales. Representan y proyectan las normas sociales, pero también las debaten cuando son impugnadas. ¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? ¿Quiénes son nuestros amigos y nuestros enemigos? En un mundo dividido, ¿qué es lo que nos define y nos une? Las identidades culturales se forjan en la lucha, y en el mundo antiguo eran los mitos, rituales y religiones los que les daban forma y expresión.

Roma era un estado imperial militarista plagado de contradicciones de clase, por lo que no es de extrañar que su deidad suprema fuera un dios guerrero, Júpiter *Optimus Maximus*, esto es, el mejor y el mayor. Como tal era llevado a la batalla, bajo la forma totémica de un águila, en el estandarte de cada legión romana, y como tal era adorado en altares especiales en cada campamento militar del imperio y recibía los sacrificios y honores en el clímax de cada triunfo romano, cuando las tropas victoriosas y los cautivos esclavizados desfilaban por la ciudad y los jefes enemigos derrotados eran ritualmente estrangulados en el Foro.

Pero si la violencia y la explotación del imperio tenían su expresión religiosa, también la tenía la resistencia de los oprimidos. El mito podría servir tanto para legitimar el orden social como para inspirar la rebeldía. A este respecto sobresale una fe antigua, que durante siglos de lucha sirvió de instrumento de resistencia contracultural, tenaz, perseverante, profundamente enraizada en los

corazones y en las mentes de la gente corriente de Palestina. Más tarde iba a generar dos vástagos que también servirían como armas en la contienda ideológica, y entre las tres religiones monoteístas, el judaísmo, el cristianismo y el islam, acabarían conquistando la mitad del mundo. Aunque se remodelaran una y otra vez como ideologías profundamente conservadoras, esas tres religiones derivadas de las contradicciones del mundo antiguo deben su extraordinario poder a su origen, que no es otro que los mitos y rituales de los oprimidos.

En 537 a. e. c. Ciro el grande, rey persa de Babilonia (actual Iraq), concedió permiso para «regresar» a su tierra a un grupo de aristócratas judíos exiliados. Ciro quería hombres leales al mando del territorio imperial recientemente conquistado; los exiliados judíos aspiraban a convertirse en nueva clase dominante.

El regreso desde la cautividad en Babilonia es uno de los acontecimientos centrales de la tradición histórica judeocristiana. Aunque en realidad aquella elite judía fue reimplantada en Palestina como administración cipaya de una superpotencia imperial, llevaba consigo un barril de pólvora ideológica: el culto judío de una deidad suprema, Yahvé, forjado en décadas de desunión, derrota y dispersión, transformado ahora en un intolerante monoteísmo que negaba la existencia de los demás dioses.

En el pasado los profetas judíos se habían alzado en vano contra «falsos» ídolos. Ahora el frustrado nacionalismo de los líderes exiliados encontró expresión en la aspiración de Yahvé a un dominio mundial. La impotencia política tenía como contrapartida religiosa la megalomanía divina. Si, en lugar de un panteón de deidades guerreras, solo había un único dios todopoderoso, cabía entender la historia como despliegue de un propósito divino único, y los elegidos por el favor especial de ese dios debían salir triunfantes al final, con tal de que hubieran permanecido leales y obedientes.

Los mitos de Abraham y Moisés y las leyendas de Saúl, David y Salomón se consolidaron en gran medida durante el siglo VI a. e. c. como reescritura de la historia judía y proclamación de un nuevo conjunto de «verdades» religiosas destinadas a legitimar la tenue retención del poder por una elite judía recién instalada que aseguraba descender de aquellos heroicos fundadores, sirviéndose de aquel mito seudohistórico para afianzar su lugar en el mundo.

Así pues, el único dios era Yahvé, los judíos eran su pueblo elegido y Palestina (antes Canaán) su tierra prometida. Pero quienes opinaban así solo eran en un principio una secta marginal, un pequeño grupo de exiliados cuya ambición restauracionista cobró la forma de fantasía religiosa. Por sí solos no podrían haber hecho

más que esperar y rezar, pero el imperialismo persa los rescató del olvido histórico y los situó en la escena global. Fue Ciro el Grande el que implantó el nuevo judaísmo en Palestina y le permitió florecer.

Resultó ser un híbrido complejo. Los judíos estaban rodeados por pueblos más poderosos: persas, griegos y romanos. Palestina era un pequeño país, ocasionalmente capaz de una independencia precaria y más habitualmente subordinado a un imperio extranjero. La aristocracia judía oscilaba por tanto entre la lucha por la independencia y la colaboración con el imperio de turno. Los riesgos de la primera eran elevados: la derrota podía significar perderlo todo, pero ese podía ser también el resultado de la victoria si la lucha por la independencia era encabezada por un movimiento revolucionario popular desde abajo. El campesinado judío también dudaba entre el temor a la autoridad, una sensación de impotencia y un odio muy enraizado hacia los explotadores. Por eso el judaísmo se dividió en sectas rivales, algunas aristocráticas y colaboracionistas y otras populares, radicales y que llamaban abiertamente a la resistencia.

La religión convirtió a las masas judías en una poderosa fuerza revolucionaria al menos en cuatro ocasiones. Cuando un rey seléucida griego intentó sustituir la adoración de Yahvé por la de Zeus provocó la resistencia a escala nacional, y la rebelión de los Macabeos en 167-142 a. e. c. dio lugar a un estado judío independiente.

Cuando el dominio romano se reforzó, los judíos se alzaron en rebelión otras tres veces, en 66-73 115-17 y 132-36 de la e. c. En cada ocasión el combate fue largo, duro y sangriento, con decenas de miles de muertos y centenares de miles de desplazados. La rebelión final fue aplastada con tal ferocidad genocida que la población judía quedó reducida a la insignificancia y los diez millones de judíos del mundo antiguo quedaron dispersos en diversas ciudades del Mediterráneo oriental, en lo que acabó conociéndose por su nombre griego de diáspora.

Entre los participantes en el movimiento antiimperialista judío había un predicador de Nazaret llamado Jesús; era un líder carismático radical que atraía un número creciente de seguidores

entre los pobres, por lo que fue detenido, juzgado y ejecutado. El grupo que había fundado sobrevivió como una pequeña secta, pero pronto se escindió en dos tendencias distintas. Una de ellas permaneció fiel al movimiento nacional-revolucionario judío y fue destruida en la derrota de la primera rebelión judía de 66-73. El otro, dirigido por Pablo de Tarso, un mercader judío con educación griega, adoptó una ideología conservadora de redención espiritual, no material, que según argumentaban los cristianos paulinos era un mensaje dirigido no solo a los judíos sino a toda la humanidad

El Nuevo Testamento, que registra la predicación y muerte de Jesús y la fundación de su iglesia, es una obra revisionista escrita por cristianos paulinos de la diáspora judía después de la derrota de la primera rebelión. Jesús, según se cuenta, era *a la vez* un hombre y un dios, su reino no era de este mundo sino de los cielos y su mensaje era universal y espiritual más que revolucionario. Los autores evangélicos crearon un Jesús despolitizado y desnacionalizado capaz de sobrevivir a la «guerra contra el terror» que barrió el imperio romano a raíz de la rebelión judía.

Sin embargo, en él quedaba algo del mensaje original. En una forma inalcanzable para las terribles deidades del panteón pagano, el todopoderoso y sumamente benevolente dios cristiano ofrecía lo que Marx llamaba «un corazón en un mundo sin corazón»: un mensaje muy atractivo para los oprimidos del imperio romano.

El cristianismo paulino era una poderosa síntesis. Representaba una fusión de las profecías judías y la prédica popular con una tradición esencialmente griega del culto de la salvación. El profeta judío Jesús se transformó en Dios-Salvador universal. A esto se añadieron dos elementos peculiarmente cristianos, ambos derivados de las raíces religiosas del movimiento revolucionario judío: a diferencia de las rígidas jerarquías de clase de la sociedad romana, la idealización de una comunidad igualitaria y democrática; y en lugar de la codicia y violencia legitimada por las principales religiones paganas, un énfasis en la compasión y la cooperación.

La explotación y opresión del imperio romano condenaba a la miseria a millones de personas y la violencia del estado solía impedir una resistencia física eficaz. Esta fue la contradicción que

fomentó el crecimiento de la iglesia cristiana, en particular entre los esclavos, mujeres y pobres, pese a la gran suspicacia que despertaba y a la repetida represión. Los hombres y mujeres quemados, comidos por bestias o clavados a cruces de madera proporcionaron a la iglesia primitiva una nómina de mártires tan impresionante como pocas en la historia.

A principios del siglo IV la iglesia se había convertido en el aparato ideológico más poderoso del mundo mediterráneo, con una red clandestina de sacerdotes, congregaciones y lugares de reunión que se extendía por todo el imperio. Muchos oficiales del ejército, funcionarios gubernamentales y ricos terratenientes se unieron a ella y en 312 el emperador Constantino el Grande decidió adoptar el cristianismo, legalizar la religión y convertir al estado en protector y patrón de la iglesia. Antes de que finalizara el siglo su sucesor Teodosio el Grande iba a ilegalizar el paganismo y a entregar las propiedades de sus templos a la iglesia cristiana.

El monoteísmo judeocristiano se reconfiguró como una ideología del poder estatal, el imperio y la guerra. El emperador romano se convirtió a la vez en defensor de la civilización contra la barbarie, cruzado de la iglesia contra el paganismo y paladín de la ortodoxia cristiana contra la herejía, cuando el cristianismo se fragmentó tanto como el judaísmo debido a las contradicciones sociales que albergaba. La competencia entre facciones y estados rivales y las tensiones entre clases antagónicas destruyeron el ideal de una única Iglesia universal.

La creciente tensión política entre el Imperio Romano de Oriente, con capital en Constantinopla, y el Imperio Romano de Occidente, con capital en Roma —una división que se hizo completa y permanente desde el año 395— tenía como reflejo la separación de las tradiciones ortodoxa oriental y católica occidental. La lucha de clases entre terratenientes y campesinos se manifestó asimismo en la escisión entre los católicos más conservadores y las iglesias donatistas más radicales del norte de África. Cada grupo, con propósitos diferentes y a veces contrapuestos, reclamaba al único y todopoderoso Dios como aliado. En su tensión más extrema el fermento ideológico podía producir retoños enteramente nuevos, del

mismo modo que el judaísmo había dado lugar al cristianismo. Así es cómo iba a nacer otra gran religión mundial.

Del crisol cultural de dos ciudades caravaneras árabes, donde las antiguas tradiciones paganas del desierto se entremezclaban con versiones peculiares de las religiones judía y cristiana, surgió una nueva síntesis monoteísta: el islam. Este iba a unir a los comerciantes y nómadas tribales del desierto arábigo y a convertirlos en una fuerza revolucionaria capaz de derribar los antiguos imperios de los romanos orientales y los persas en una campaña militar vertiginosa de pocos años. Aquellos conquistadores construirían una nueva civilización que fusionaba la lengua y la religión de Arabia con las ciudades, técnicas, ciencias y artes heredadas de la Antigüedad.

La agitación social es intelectualmente fértil: generó, por ejemplo, las tres grandes religiones monoteístas. El judaísmo se forjó en la lucha de una débil clase dominante por afianzarse como tal en la Palestina del siglo VI a. e. c. El cristianismo tuvo como origen la amargura de los oprimidos bajo el dominio imperial romano durante el siglo I de la e. c. El islam fue la tercera rama del mismo tronco. Su rápido crecimiento en la década de 620 tuvo lugar bajo la mirada de la historia en una cadena de querellas menores entre dos ciudades remotas del desierto en la región de Hiyaz de la Arabia centrooccidental, y su violenta irrupción iba a cambiar el mundo para siempre.

Los hunos habían sido nómadas sin ninguna relación con ciudades, mercaderes o cultura urbana. Salidos directamente de la estepa, eran ingrávidos. Debido a esto, su asalto militar atravesó como un tornado la antigüedad moribunda y se extinguió con la misma rapidez sin dejar huella. No sucedió así con los árabes: aquellos nómadas del desierto, pastores de ovejas y cabras, criadores de camellos y caballos, tenían cierto parecido con los hunos, pero los camellos, domesticados hace unos tres mil años, podían cruzar grandes territorios desérticos transportando cargas pesadas, y muchos de sus criadores se habían convertido en mercaderes. Los bienes de lujo que llegaban a los puertos costeros de Iraq, el sur de Arabia y el mar Rojo eran a continuación transportados por tierra hacia el norte y el oeste por comerciantes árabes. La Meca, Medina y otras ciudades árabes se hicieron ricas con ese comercio. Las ciudades, junto con los oasis en las rutas del desierto, albergaban también comunidades de artesanos y cultivadores.

En Arabia, en resumen, a diferencia de las estepas de Asia central, había asentamientos complejos, clases sociales y una cultura urbana. En particular, coexistiendo con las costumbres tribales, las tradiciones orales y las creencias politeístas de los nómadas del desierto, también se disponía de la escritura árabe y

de las religiones judía y cristiana de los comerciantes y habitantes de las ciudades.

También solía haber conflictos internos. El comercio a larga distancia segaba lazos de parentesco y lealtades tribales. La acometida contra una caravana en el desierto significaba botín para los salteadores, pero despojo para los mercaderes. El lazo de sangre tribal ofrecía protección a los parientes locales, pero no a un comerciante en una ciudad distante.

En lugares como La Meca y Medina, donde nómadas y campesinos intercambiaban productos, los hombres de las tribus y los comerciantes reñían y las tradiciones del desierto y la ciudad colisionaban, hombres y mujeres discutían sobre cómo funcionaba el mundo, o más bien sobre cómo creían que debía funcionar, y lo hacían en un marco religioso, ya que en aquel mundo y aquella época, reflexionar sobre tales cosas significaba pensar sobre los propósitos de Dios.

Viviendo ese fermento y experimentándolo como una angustia mental interna, había un joven de una familia comerciante de La Meca, que tuvo visiones y creyó que Dios —Alá en árabe— le hablaba directamente. Persuadió a un pequeño grupo de seguidores y algunos de ellos comenzaron a escribir lo que supuestamente le había dicho Alá. Su nombre era Abu al-Qasim Muhammad ibn ‘Abd Allah ibn ‘Abd al-Muttalib ibn Hashim —Mahoma— y aquellos relatos sobre las palabras de Alá se convirtieron en el Corán.

El islam retuvo muchos de los mitos y tradiciones judeocristianas. Abraham y Moisés eran profetas tanto para los musulmanes como para los judíos y los cristianos. También era común a las tres religiones su universalismo. El islam traspasaba los códigos tribales y las diferencias de clase. En lugar de los muchos dioses en competencia de las tribus rivales, había ahora una única deidad suprema, y allí donde había reinado la lealtad de clan y los lazos de sangre, había ahora reglas de conducta universales. En lugar del abuso sobre los oprimidos —mujeres, esclavos, pobres y marginados— o la indiferencia con respecto a ellos, se establecieron como imperativos morales la compasión, la caridad y la protección. Los musulmanes constituían una comunidad (*umma*) basada en la

igualdad formal, derechos universales y un único código de leyes. El islam era un intento de poner orden en un mundo fracturado.

No es pues de sorprender que Mahoma encontrara una feroz oposición. Su predicación comenzó alrededor del año 620, pero fue expulsado de La Meca en 622 y se vio obligado a encontrar refugio en Medina. Allí construyó el núcleo de lo que se iba a convertir en un movimiento de masas. A su creciente agrupación político-religiosa de afanosos jóvenes (también mujeres) se unieron mercaderes que buscaban ventajas comerciales, líderes tribales inclinados al saqueo y habitantes de las ciudades y campesinos ansiosos de paz y orden civil. Tras afianzarse en Medina regresó en 630 a La Meca con un ejército de más de 10.000 hombres y la conquistó sin encontrar resistencia, con lo que los musulmanes se hicieron con el control del Hiyaz y luego de toda Arabia.

Cuando murió Mahoma en 632 su movimiento se podría haber desintegrado, desgarrado por las tradicionales querellas entre las tribus del desierto; pero no fue así, ya que los dos primeros califas (sucesores), Abu Bakr y ’Umar, prefirieron dirigir la violenta energía de Arabia contra objetivos externos: los imperios persa y bizantino (Romano de Oriente).

Ante el ataque de los ejércitos árabo-islámicos, los viejos imperios se tambalearon. Las grandes ciudades de la antigüedad cayeron como fichas de dominó: Damasco, en Siria, en 636; Ctesifonte, en Iraq, en 637; El Cairo, en Egipto, en 639, y Alejandría en 642. A los 10 años de su muerte, los seguidores de Mahoma habían creado un enorme imperio en el próximo oriente.

Al igual que les había sucedido a los hunos y los godos en Europa dos siglos antes, los árabes habían encontrado que los viejos imperios, pese a toda su pompa y boato, estaban huecos. Persia y Bizancio habían mantenido cruentas guerras durante siglos, sin un claro vencedor. La más reciente, entre 613 y 628, había dejado exhaustos ambos imperios y sus tesoros, la mano de obra diezmada y las poblaciones resentidas por los impuestos, la conscripción y las requisas.

Los imperios tenían fortificaciones, guerreros con armaduras y un armamento sofisticado. Los árabes tenían el desierto y el

camello. El desierto arábigo se proyecta hacia el norte como una lengua de arena y grava, entre Siria al oeste e Iraq al este. En ese desierto el camello no tiene rival y los ejércitos montados en camellos podían moverse como buques en el mar. Desde el desierto, de repente, en cualquier lugar, podrían surgir los árabes. Cuando lo hacían, livianamente equipados y muy móviles, derrotaban con facilidad a los lentos ejércitos de infantes apretados y pesados caballos desplegados contra ellos, envolviéndolos en una arremolinada nube de polvo que hacía inútiles sus maniobras.

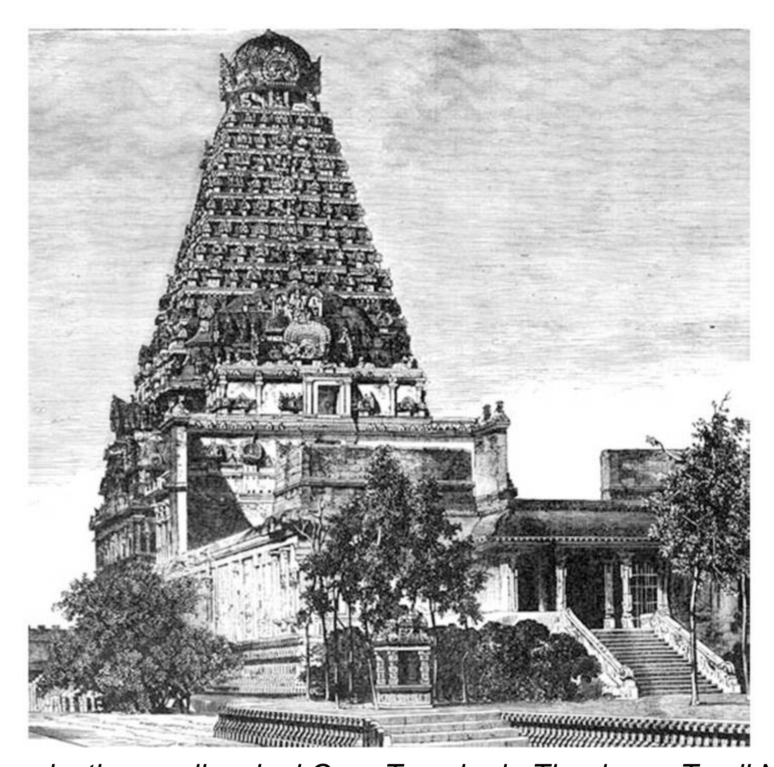
Los hoscos campesinos de Siria e Iraq no sentían ningún pesar por la derrota de sus amos. A menudo daban la bienvenida a los árabes como liberadores. Muchos de los antiguos terratenientes huyeron. Los impuestos eran más bajos. El judaísmo, el cristianismo y el zoroastrismo persa eran tolerados; y muchos se convirtieron pronto al islam. El dominio árabe solía significar una vida un poco mejor.

La conquista árabe continuó. Sus ejércitos barrieron la costa del norte de África, apoderándose de Libia, Túnez, Argelia y Marruecos, antes de cruzar finalmente el Mediterráneo e invadir España, totalmente conquistada entre 711 y 720. Otros ejércitos marchaban hacia el este: Kabul cayó en manos de los árabes ya en 664.

Había sido una de las campañas militares de conquista más extensas, repentinas y transformadoras de la historia. Pero al transformar el mundo, los conquistadores se habían transformado también a sí mismos; y ambos procesos eran muy contradictorios y disputados. Las gentes del desierto —nómadas, mercaderes y bandidos— se extendieron primero por todo Oriente Medio y el Norte de África y a continuación, tras haber heredado las riquezas de la Antigüedad, se precipitaron en las querellas internas, el asesinato y la guerra civil.

5

EL MUNDO MEDIEVAL
c. 650-1500



Gasto improductivo medieval: el Gran Templo de Thanjavur, Tamil Nadu, India.

El capitalismo moderno fue una creación europea. Aunque se manifestó vigorosamente en el siglo XV, sus orígenes eran muy anteriores. Entender todo ese proceso requerirá todo un capítulo, pero antes de entrar en ello debemos plantear otra cuestión: ¿por qué no se desarrolló el capitalismo en esa época en otras partes del mundo?

En este capítulo repasaremos los acontecimientos en Oriente Medio, India, China, el África subsahariana y las Américas durante el milenio transcurrido entre los años 500 y 1500 de la e. c. Pese a sus grandes logros culturales, todas las civilizaciones de esas regiones toparon con barreras insuperables para su desarrollo económico y social.

Al igual que los imperios de la Antigüedad durante la Edad del Bronce y la Edad del Hierro, los imperios no europeos de lo que en Europa fue la Edad Media permanecieron bajo el control de poderosas clases dominantes capaces de monopolizar el control del sobreproducto excedente y canalizarlo hacia gastos no productivos. La tecnología permaneció subordinada a la guerra, no al trabajo, y la creatividad humana embotada, si no suprimida. Debido a esto, cuando cayeron sobre ellas las fuerzas dinámicas del capitalismo mercantil en expansión desde alrededor de 1500, las sociedades de Asia, África y América iban a sucumbir ante los «cañones, gérmenes y acero» de los europeos.

La revolución abasí

Las conquistas árabes acabaron dando a sus gobernantes y guerreros el control de territorios que se extendían desde el Atlántico hasta Afganistán. Heredaron la riqueza de la Siria bizantina, el imperio sasánida en Asia occidental y la España visigótica. Tal acumulación de poder y riqueza hacía insostenible un orden social basado en las tribus del desierto y el comercio caravanero.

El imperio islámico permaneció unido inmediatamente después de la muerte de Mahoma bajo el liderazgo del primer califa, Abu Bakr, pero el segundo califa, 'Umar, fue asesinado en 644, el tercero, Uzmán, en 656, y el cuarto, Alí, en 661.

La crisis de 658-61 marcó un punto de inflexión crucial. Alí fue derrocado tras una guerra civil a gran escala (Primera Fitna), y no solo fue asesinado él sino que también lo fue 19 años después su hijo Husayn. El vencedor en la lucha dinástica fue Mu'awiya, quien fundó, tras la Primera Fitna, la dinastía omeya basada en Damasco y murió el mismo año en que fue asesinado Husayn, 680 de la e. c. y 61 de la hégira.

Esos acontecimientos aparentemente oscuros tienen su importancia. Alí era yerno del profeta y Mu'awiya era primo del califa asesinado Uzmán, en otro tiempo íntimo de Mahoma. La elite político-religiosa islámica se estaba descomponiendo y aquel cisma nunca se ha curado. Existe una línea directa desde Uzmán y Mu'awiya hasta los actuales musulmanes suníes y desde Alí y Husayn hasta los actuales chiíes. Los califas omeyas querían disfrutar de los frutos del imperio, mientras que los seguidores de Alí querían preservar la pureza del islam primitivo. Era en parte una ruptura de clase y la división entre suníes y chiíes tiene todavía hoy algo de ese carácter.

Los omeyas retuvieron el poder durante un siglo, mantuvieron el imperio unido y explotaron la riqueza y habilidades de las antiguas civilizaciones. El mundo árabe disfrutaba de una rica agricultura de regadío, una sofisticada artesanía urbana, un dinámico sistema

bancario y una sólida tradición de estudio, literatura y arte. El mundo occidental, en cambio, estaba viviendo su «Edad Oscura».

Dos contradicciones socavaron el imperio omeya y acabaron derribándolo. En primer lugar, la geografía del mundo árabe contenía varias unidades económicas naturales en las que se desarrollaron rápidamente clases dominantes distintas con intereses propios. La distancia limitaba la eficacia del dominio omeya. ¿Cómo podían esperar controlar Bagdad, El Cairo, Túnez y Fez los ejércitos de Damasco?

En segundo lugar, los omeyas representaban la aristocracia guerrera árabe que había llevado a cabo las conquistas islámicas originales y se había asentado en las antiguas ciudades de Siria. Esa elite construyó palacios y gastó profusamente en grandes templos y artículos de lujo. Eran apoyados por los árabes de base, asentados en guarniciones, exentos de impuestos y mantenidos mediante pensiones pagadas con el botín y los tributos. La clase dominante omeya era pequeña y parásita y descansaba sobre una estrecha base de militares desaprensivos.

La economía, en cambio, se desarrollaba vertiginosamente. La guerra entre los antiguos imperios había devastado las explotaciones agropecuarias, había trastornado el comercio y había mermado los impuestos y la mano de obra. La *Pax Islamica* permitió que volviera a florecer la agricultura y el comercio; antiguas ciudades vaciadas por la decadencia se transformaron en grandes centros comerciales y las clases mercantil y artesana crecieron en número, prosperidad y confianza en sí misma. Ahí estaban las raíces sociales de una nueva revolución.

Muchos se convirtieron al islam y esto creó un problema fiscal para el estado omeya, ya que los musulmanes estaban exentos de impuestos. Su solución consistió en crear una nueva categoría de musulmanes de segunda clase: los recién convertidos, designados *mauali*, estaban excluidos del privilegio árabe. Se estaba construyendo así una barrera al progreso social en la sociedad árabo-islámica.

A mediados del siglo VIII los árabes eran una pequeña aristocracia militar que vivía de los tributos pagados por una

creciente masa de mercaderes y artesanos musulmanes de base urbana, muy abiertos a recibir el mensaje de disidentes islámicos como los chiíes, los aún más radicales jariyíes («los que se salen») y diversos *mahdis* («guiados») mesiánicos, aunque ninguno de los movimientos disidentes fue lo bastante fuerte como para quebrar el poder del estado omeya, y lo decisivo fue una escisión oportunista en la propia clase dominante árabe.

Abu'l-'Abbas, descendiente de la familia de Mahoma, construyó una red clandestina de seguidores en Iraq, se situó a la cabeza de varios grupos disidentes y lanzó una insurrección para derrocar a la dinastía gobernante. Los omeyas fueron derrotados y en 750 se fundó una nueva dinastía, la abasí, con capital en Bagdad. El poder pasó así a una elite urbana de base más amplia y más inclusiva formada por funcionarios, mercaderes y estudiosos y clérigos islámicos. La etnicidad árabe y el estatus guerrero perdieron mucha de su importancia. La agricultura, el comercio y las ciudades siguieron desarrollándose.

Aun así, las dos contradicciones del imperio islámico originario se reprodujeron, ahora a un nivel más alto. Las ciudades, en gran medida autosuficientes e independientes, eran los centros de la vida islámica, y las elites urbanas se preocupaban por la agricultura, el comercio, la producción artesanal, la observancia religiosa y el mantenimiento del orden. Sus preocupaciones eran pues de tipo local.

Los califas abasíes, en cambio, estaban amenazados por la secesión en las fronteras de su imperio, los golpes de facciones desafectas de la elite y la revuelta desde abajo por sectarios religiosos o sectores de las masas rurales explotadas. El estado islámico primitivo estaba por tanto obligado a operar por encima de la sociedad, convirtiéndose en poco más que en un mecanismo para acumular los recursos militares necesarios para perpetuar la dinastía reinante. Una amplia brecha separaba a las grandes masas del estado islámico que las gobernaba.

Los omeyas ya se habían alejado de la sociedad civil construyendo grandes palacios en los que disfrutaban del consumo de lujo, pero los califas abasíes fueron mucho más lejos. Para

liberarse de la subordinación a la elite urbana de Bagdad construyeron en 836-42 una magnífica ciudad-palacio al borde del Tigris, unos 125 km al norte, en Samarra, mucho mayor que cualquiera de los palacios de la Europa medieval; así y todo, durante los cuarenta años siguientes se construyeron otros dos palacios igualmente magnificentes.

El estado abasí se desarraigó aún más cuando sustituyó la antigua guardia tribal árabe por un nuevo ejército de mercenarios, principalmente turcos de Asia central, que se acuartelaron en Samarra.

La corte y el ejército se mantenían mediante los impuestos, especialmente los aplicados a los no musulmanes. Las tribus y ciudades de la sociedad islámica desarrollaron entretanto fuertes identidades e ideologías locales. Aunque el islam creaba una única lealtad global en todo el mundo gobernado por los árabes, ya no había fuertes lazos de ningún tipo entre estado y sociedad. Esto explica la inestabilidad del estado abasí.

Durante los siglos IX y X la unidad del imperio islámico se desintegró: el califa abasí pronto tuvo que afrontar una dinastía fatimí rival en El Cairo, otra omeya en la Córdoba andalusí y numerosos gobernantes independientes y semiindependientes en otros lugares. Los conflictos entre y en esas entidades políticas incrementaron el coste del poder estatal, extenuaron los tesoros nacionales y debilitaron aún más a los gobernantes islámicos. El califato abasí de Bagdad acabó derrumbándose en el siglo XI. Los mercenarios selyúcidas (turcomanos), reforzados por nuevas hornadas de Asia central y legitimados por su conversión al islam, relegaron a los califas a un papel decorativo y gobernaron desde *c.* 1060 con el título de sultanes.

Aquella toma del poder silenciosa demostraba la carencia de raíces sociales del estado. Entre la población en general, maltratada por los impuestos a pagar para el gasto en palacios, soldados y guerras dinásticas, el entusiasmo por cualquiera de los regímenes gobernantes era fácilmente descriptible. La región seguía siendo además un mosaico de minorías étnicas y religiosas, de modo que la tensión política se convertía fácilmente en resistencia armada.

A finales del siglo XI Oriente Medio era una región fragmentada de regímenes débiles e impopulares, por lo que iba a pagar un terrible precio cuando en noviembre de 1095 el papa Urbano II lanzó en el Concilio de Clermont (actual Clermont-Ferrand) un llamamiento a la elite feudal occidental para que «se apresurara a ayudar a sus hermanos de Oriente». Las cruzadas estaban a punto de empezar.

Más de medio milenio separa la caída del imperio Maurya en India a finales del siglo III a. e. c. y el ascenso del imperio Gupta a principios del siglo IV de la e. c. Los cambios económicos y sociales producidos en el ínterin alteraron los fundamentos del imperialismo.

La agricultura había prosperado: había más variedades de cultivos, se había generalizado el uso de la irrigación y las comunidades aldeanas estaban muy organizadas y reguladas. La aldea, como unidad administrativa clave, incluía los hogares de los habitantes, sus parcelas, las obras de riego (principalmente pozos o tanques de almacenamiento de agua), vallados para el ganado, tierras improductivas y comunales, los bosques de los alrededores, las corrientes de agua que pasaban por sus tierras, el templo y sus predios, los solares para la cremación y por supuesto los propios campos cultivados, tanto «húmedos» (regados) como «secos». Los asuntos locales eran gestionados por un consejo de aldea, un tribunal y ocasionales asambleas de los habitantes.

El comercio también creció. Los mercaderes indios se integraron en un mercado global, vinculado con Arabia, Asia occidental y el Mediterráneo en una dirección, y con China y el sureste de Asia en la otra. Entre las mercancías intercambiadas destacaban los tejidos, metales, piedras preciosas, especias, sal y animales exóticos. Había trabajo para alfareros, tejedores, herreros, arquitectos, ingenieros, albañiles y comerciantes en cualquier mercancía imaginable, desde el grano hasta el marfil. Se acuñaban monedas en grandes cantidades. La banca y el crédito se convirtieron en práctica común. Florecieron puertos y ciudades. Al igual que las comunidades locales, también estaban muy organizados los mercaderes y artesanos en gremios, corporaciones y cooperativas que establecían las normas de trabajo, regulaban la calidad y los precios de los artículos producidos y se ocupaban del bienestar y seguridad de sus miembros.

El aumento del comercio facilitó la difusión del budismo y proporcionó una audiencia de masas a sus apóstoles. El hinduismo, la religión de la elite —los gobernantes, terratenientes, sacerdotes y

soldados asociados a las dinastías reinantes—, mantenía un orden tradicional esencialmente estático, basado en las castas y el estado. Era la religión de una sociedad militarista plagada de conflictos de clase y dividida en entidades políticas rivales. El comercio, en cambio, atravesaba las fronteras, disolvía las distinciones y creaba nuevas realidades sociales. Sus imperativos contradecían los de las castas y el estado. El espíritu comercial encontró su expresión ideológica en el budismo.

Buda («El Despierto») era un príncipe guerrero hindú llamado Siddhartha Gautama (*c.* 563-483 a. e. c.) que había roto con su casta tras experimentar una profunda experiencia religiosa y que pasó el resto de su vida predicando una nueva filosofía. La esencia de sus enseñanzas era que la verdadera felicidad estriba en aceptar los órdenes natural y social, reconocer que todo fluye y alcanzar la paz espiritual por encima de la banalidad de la vida cotidiana.

El radicalismo del budismo residía en su universalismo y su relativa marginación de características sociales como la propiedad, el rango y el estatus. Propugnaba un modo de vida reflexivo, moralmente honrado y no discriminatorio, pero su mensaje original, como el de todas las grandes religiones, quedó corrompido por el contacto con realidades sociales intratables. Sin embargo mantuvo su atractivo, no solo para los mercaderes, artesanos y gente humilde de las ciudades, sino sobre todo para las víctimas sometidas a la elite india antigua y medieval, principalmente hindú.

Los pueblos, gremios urbanos y templos hindúes y budistas daban a la sociedad india una forma y sustancia de la que había carecido bajo los Maurya. Aquel nuevo orden socioeconómico de lo que a veces se llama Periodo Clásico (*c.* 300-700 de la e. c.) configuró y delimitó el imperio Gupta erigido sobre él.

Los constructores del imperio fueron tres reyes guerreros sucesivos: Chandra Gupta I (*c.* 320-335), Samudra Gupta (*c.* 335-375), y Chandra Gupta II (*c.* 375-415). Al igual que el imperio Maurya, se constituyó originalmente en el rico valle del Ganges en torno a su capital Pataliputra (actual Patna), desde donde se extendió, primero por las llanuras del norte de la India, más tarde al Decán y finalmente a la India meridional.

El dominio de los Gupta era parasitario. La infraestructura del estado era una combinación de latifundios y pago de tributos. A muchos funcionarios se les pagaba con tierras: realizaban trabajos administrativos y militares a cambio de sus haciendas, que a menudo estaban libres de impuestos. Las aldeas campesinas, en cambio, pagaban un impuesto por la tierra de entre una décima y una sexta parte de su producción. Ese excedente mantenía el militarismo del estado Gupta. Desde el punto de vista de los campesinos se trataba por supuesto de gastos improductivos.

Por otro lado, la fuerza de la sociedad civil limitaba considerablemente la acumulación de sobreproducto excedente por el estado. Los príncipes y jefes locales disfrutaban de una autonomía considerable; los funcionarios del estado actuaban como terratenientes feudales, los campesinos tenían sus consejos y asambleas de aldea, y los mercaderes y artesanos sus gremios urbanos y templos. La centralización Gupta era por tanto incompleta. La infraestructura administrativa del imperio era superficial y las arterias de acumulación del estado se atascaban con facilidad. En consecuencia, el caparazón del militarismo Gupta se veía periódicamente sacudido por distintas presiones.

La dinastía Gupta mantuvo sus vastos dominios solo durante un siglo. A continuación, y de modo relativamente rápido durante el siglo VI, el imperio se disolvió. El segundo intento de unir todo el Indostán bajo una dinastía imperial se había demostrado tan frágil y efímero como el primero. El catalizador del colapso fue una incursión de nómadas de la estepa —los hunos— que penetraron en India por el noroeste siguiendo la ruta de invasión tradicional desde Asia central, a través del Hindu Kush hasta el valle del Indo. Pero el hecho de que el imperio se fragmentara tan fácilmente demuestra su falta de cohesión.

India volvió a dividirse en distintas entidades políticas. Durante un milenio siguió siendo un mosaico cambiante de potencias rivales, permanentemente enfrentadas y con frecuencia en guerra. Durante todo ese periodo había escasas relaciones entre los estados dinásticos rivales y el mundo de las aldeas, la producción y el comercio. Los estados flotaban por encima de la sociedad,

parasitándola y arrebatándole el sobreproducto excedente, pero apartados de ella. La rivalidad militar obligaba a los estados a acumular y los hacían opresivos; pero ninguno podía acumular lo bastante para alcanzar fuerza militar suficiente con la que derrotar a sus enemigos y establecer un nuevo imperio. La resistencia de los terratenientes, mercaderes y aldeanos era demasiado grande.

Por otra parte, el peso de las infraestructuras militares descansaba sobre la sociedad civil. El comercio declinó y el ritmo del progreso se atenuó. Hubo una «feudalización» de la sociedad. El sistema de castas se endureció. La cultura de la elite se hizo mística y escolástica. Las aldeas se cerraron sobre sí mismas haciéndose conservadoras. Las teorías del tiempo cíclico que compartían las principales religiones indias expresaban una realidad histórica. La separación entre estado y sociedad y sus demandas contradictorias atraparon al subcontinente indio en un callejón económico sin salida.

El establecimiento del imperio Qin, el primero de la historia china, había sido un acto revolucionario. La dinastía Shang (1523-1027 a. e. c.) de la Edad del Bronce había gobernado únicamente en la región del río Amarillo del noroeste de China. La elite Zhou de la Edad del Hierro (1027-221 a. e. c.) nunca había gobernado un imperio realmente centralizado. Durante el periodo de los Reinos Combatientes (403-221 a. e. c.) se había perdido cualquier tipo de unidad entre los nueve o diez estados distintos que competían por el poder. Fue por tanto el rey de Qin, Shi Huangdi, uno de los mayores y más brutales conquistadores de la historia, el que impuso por primera vez una unidad nacional real en China. La dinastía que fundó no sobrevivió apenas a su muerte en 210 a. e. c., pero el imperio, bajo una dinastía u otra, fue repetidamente reconstruido. En India el imperio fue excepcional y la división en estados rivales la norma. En China, desde 221 a. e. c., sucedió lo contrario. ¿Por qué?

Tanto en India como en China prevalecían sistemas feudal-tributarios mixtos en los que la elite se mantenía en parte por la tenencia de tierras y en parte gracias a los ingresos procedentes de los impuestos. Pero el equilibrio era distinto en cada caso. En India el estado imperial era relativamente débil frente a los gobernantes, terratenientes y mercaderes locales; en consecuencia, se derrumbaba fácilmente bajo su presión combinada. Los imperios Maurya (*c.* 321-180 a. e. c.), Gupta (*c.* 320-550) y del Gran Mogol (1526-1707) fueron interludios imperiales separados por largos periodos de «estados combatientes», mientras que en la historia china domina la sucesión de dinastías imperiales: Han (206 a. e. c-220 de la e. c.), Sui (581-618), Tang (618-907), Song (960-1126), Yuan o Mongol (1279-1368), Ming (1368-1644) y Qing o Manchú (1644-1912). Durante los dos milenios anteriores a 1800, India solo estuvo unida una cuarta parte del tiempo

En China el estado imperial central era mucho más despiadado, poderoso y explotador. Esto tenía tres consecuencias: primera, al estar más seguro, era menos militarista; segunda, al disponer de una gran proporción del sobreproducto excedente y dada la

modestia de sus necesidades militares, podía invertir en obras públicas para elevar la productividad y aumentar aún más la base de recaudación; tercera, al no ver disputado su poder por otras fuerzas sociales, tendía a ser superexplotador.

China ha sido agraciada por la naturaleza con muchos ríos navegables, que se enlazaron mediante enormes canales para crear una red de vías fluviales de 80.000 km de longitud. Esto abrió China al comercio interno y con el extranjero, dando a los mercaderes un fácil acceso a un vasto mercado, lo que a su vez estimuló la producción agrícola e industrial. Floreció la construcción de barcos, impulsada por un cúmulo de innovaciones técnicas. Los chinos producían navíos lo bastante grandes para llevar a bordo hasta mil personas. La producción de hierro en el siglo XI era mayor que la de Gran Bretaña en el siglo XVIII. En China se fabricaba pólvora 240 años antes que en Europa, se imprimían libros 500 años antes y se fabricaba porcelana 700 años antes.

En la China medieval proliferaron las megaciudades. Kaifeng, capital durante la dinastía Song, era doce veces mayor que el París de la época. En Hangzhou vivían más de un millón y medio de personas y quizá hasta cuatro millones en una época en que la población de Londres estaba muy por debajo de los cien mil habitantes.

Las ciudades podían ser enormes, pero no evolucionaron para convertirse en centros de poder independientes, y siguieron dominadas por los funcionarios del estado central. Chang'an, capital durante la dinastía Tang, era una gran ciudad comercial con un millón de habitantes, centro económico y cultural del imperio en aquella época, pero se veía eclipsada por su palacio imperial, las oficinas del gobierno y un centenar o más de barrios residenciales amurallados, dispuestos en una red de bloques rectangulares que se cerraban por la noche.

Los mercaderes no aspiraban al poder como clase, sino solo al enriquecimiento personal y a educar a sus hijos para que se incorporaran a la clase muy excluyente de los mandarines, funcionarios estatales letrados que constituían una elite burocrática privilegiada. Los mandarines aspiraban a su vez a la propiedad de

latifundios en el campo. El ideal social de la clase dominante china era el funcionario acomodado, no el mercader burgués, lo que indica el dominio del estado imperial central sobre la sociedad civil.

La supremacía ideológica del legalismo y el confucianismo también atestigua el poder del estado. El legalismo argumentaba que el buen funcionamiento del estado era la base del bienestar general y que los funcionarios del estado eran por tanto su encarnación, aunque muchos cuestionaran sus privilegios. ¿Cómo se podía garantizar que los administradores no fueran corruptos e incompetentes? Confucio (*c.* 551-479 a. e. c.), de familia noble y que se convirtió en importante funcionario y filósofo del estado de Lu durante el periodo de los Reinos Combatientes, ofreció como respuesta un modelo que insistía en el respeto a la tradición y al orden social, pero también en la importancia de la honradez, el trabajo concienzudo y el autocontrol.

Sin embargo, como en otros lugares, las contradicciones y la opresión de una sociedad imperial dieron lugar a filosofías más radicales: el taoísmo propugnaba la retirada de un mundo contaminado por los excesos de la codicia, la violencia y el lujo; la armonía y la felicidad dependían del equilibrio a mantener entre las fuerzas opuestas del yin y el yang. El budismo ganó también influencia y acabó teniendo más seguidores en China que en India; parecía ofrecer a las clases sociales subordinadas un auxilio espiritual más rico que las ideologías estériles de los funcionarios estatales satisfechos de sí mismos, ya que China estaba lejos de disfrutar de la armonía idealizada por los mandarines. La vida de los campesinos era muy dura, trabajando arduamente en los campos cerealistas del norte de China o en los arrozales de la llanura central. Los funcionarios estatales y los terratenientes locales se quedaban con la mitad de la producción. El margen de seguridad era prácticamente nulo. Una mala cosecha significaba millones de personas hambrientas.

La Gran Muralla, los miles de kilómetros de canales, los palacios imperiales, las enormes ciudades amuralladas, etcétera, dependían de la explotación del campesinado. Dado que los campesinos no estaban organizados, sus voces no eran oídas y el rencor se

acumulaba en las profundidades del campo chino. La historia de China está marcada por una sucesión de rebeliones campesinas masivas como las que derrocaron las dinastías Qin, Han, Tang, Yuan, Ming y Qing.

Las rebeliones eran frecuentes aunque la mayoría fueran infructuosas. Cuando una dinastía era derribada por un levantamiento, solía ser como consecuencia de una crisis más amplia, en la que a veces influían invasiones extranjeras y siempre la oposición activa de grupos de funcionarios, terratenientes o mercaderes; pero era la rebelión campesina la que solía proporcionarle la principal fuerza de choque.

Pero su fuerza no era constructiva. Los campesinos, llevados a la desesperación por la pobreza y el maltrato, podían formar una milicia para combatir a los recaudadores de impuestos, pero después volvían a dispersarse y regresaban a sus aldeas, su familia y su parcela. Ignorantes o aislados del mundo, no podían crear un estado alternativo a su propia imagen y sus ambiciones políticas no iban más allá de sustituir un «mal» emperador por otro «bueno». En ausencia de una clase urbana —ya fuera una burguesía, una intelectualidad o un proletariado— capaz de ofrecerles una dirección revolucionaria, la rebelión campesina no podía ir más allá.

La revolución política no llevaba a la transformación social, sino solo a la sustitución de una dinastía por otra. Durante dos milenios la historia china fue una puerta giratoria, y esto no cambió hasta que la relación con otro mundo la sometió a una serie de sacudidas suficientes para derribar todo el sistema imperial; pero eso no ocurrió hasta el siglo XX.

África: pastores de ganado, maestros herreros y estados comerciantes

Eurasia es un gigantesco continente que se extiende de este a oeste cerca de 10.000 km. Durante miles de años la gente y las ideas se han desplazado por ese continente y sus muchos vericuetos. Como se alarga de este a oeste, sus rutas están determinadas por zonas climáticas uniformes. En particular, las estepas euroasiáticas van casi ininterrumpidamente desde los Cárpatos en Europa central hasta el océano Pacífico. A lo largo de ese gran corredor llegaron a Europa los arios, los hunos, los turcos y los mongoles, y por sus caminos se desplazaron eslavos, griegos, godos y celtas.

Comerciantes, invasores y colonos transportaron ideas a lo largo de muchas rutas de Eurasia. Debido a la uniformidad de las zonas climáticas, lo que funcionaba en un lugar también lo hacía en otros. Todas las plantas y animales domésticos de la revolución agrícola —cebada, trigo y arroz, vacas, ovejas, cabras, cerdos y gallinas— eran transferibles.

África es diferente. Se extiende de norte a sur a lo largo de 6.500 km, atravesando grandes barreras y distintas zonas climáticas: llanura costera, desierto, sabana, selva tropical, sabana, desierto y de nuevo llanura costera.

El desierto y la selva son barreras al movimiento y no permiten el asentamiento de cultivadores. También hay enfermedades, especialmente la propagada por la mosca tsetsé, que se alimenta de la sangre de seres humanos y animales. Pero pese a toda su variedad y exotismo, la fauna africana no incluye animales de tiro resistentes a las enfermedades lo bastante fuertes para arrastrar un arado. La geografía determinó que África se desarrollara de un modo diferente a Eurasia. Las restricciones eran mayores y las oportunidades menores. Los africanos eran tan capaces de grandes obras de arte, arquitectura e ingeniería como los romanos, los árabes o los chinos, pero las barreras físicas les impedían establecer grandes civilizaciones imperiales.

El avance de la agricultura fue lento e irregular. En el África subsahariana no hay nada equivalente a los valles del Nilo, el Tigris y el Éufrates, el Indo, Ganges, el río Amarillo o el Yangtsé capaces de mantener un imperio. Por otro lado, los antiguos grabados en la roca en el Sáhara muestran hombres pastoreando ganado y conduciendo carros de dos ruedas introducidos desde el norte. Desde alrededor del año 1000 a. e. c. hasta el 600 de la e. c. las rutas comerciales transaharianas unían África occidental con el Mediterráneo y comenzaron su transformación. El África subsahariana comerciaba con oro, hierro, esclavos, sal y marfil, todos ellos con creciente demanda en el Mediterráneo. De vuelta llegó por las rutas comerciales el conocimiento de la herrería y el ganado vacuno.

En el desarrollo de África occidental el río Níger fue una línea vital de comunicación para el movimiento de mercancías e ideas. Describe de este a oeste una vasta curva a través de toda la región, atravesando sabanas y selvas hasta la costa, mientras que sus muchos afluentes difunden hacia el interior la influencia de la cultura nacida junto al río.

El hierro, el ganado y el comercio a lo largo del Níger fueron la base de la cultura de Nigeria (500 a. e. c.-200 de la e. c.). El trabajo del hierro comenzó allí hacia el 450 a. e. c. y los guerreros africanos inventaron pronto nuevas técnicas y formas. Al mismo tiempo, los alfareros africanos mostraban una excepcional habilidad en la confección de cabezas de terracota de tamaño natural.

La civilización mediterránea seguía actuando como catalizador indirecto del desarrollo en el occidente africano, y al ir creciendo la demanda de artículos de gran valor se podían acumular grandes excedentes que proporcionaron la base, primero para ciudades comerciales, y más tarde para estados comerciales.

Jenne-Jeno, importante ciudad comercial sobre una isla en el Níger entre los años 400 y 800 de la e. c., estaba rodeada por una muralla de 2 km de circunferencia formada por bloques cilíndricos. El interior estaba lleno de casas de adobe redondas y rectangulares. Formaba parte del reino de Ghana, un estado comercial que controlaba el delta del Níger y que en su momento culminante se

extendía a lo largo de 800 km en África occidental. Los árabes lo llamaban «la tierra del oro».

En otras regiones de África se crearon civilizaciones propias. Los cusitas (nubios) con capital en Meroe controlaban gran parte del alto Nilo (actual Sudán) entre 900 a. e. c. y 325 de la e. c., manteniendo su independencia contra las amenazas egipcias, helenísticas y romanas, aunque fueron finalmente vencidos por los etíopes. Al este, el pequeño estado comercial de Aksum al borde del mar Rojo se afianzó desde mediados del siglo I de la e. c. convirtiéndose en la principal potencia regional del cuerno de África. Más tarde, aunque contenido por los árabes, el estado etíope iba a sobrevivir como un enclave cristiano en una región predominantemente musulmana, notable por sus espectaculares iglesias excavadas en la roca.

Pero el centro energético cultural del continente era África occidental. Fue desde allí desde donde emigrantes de habla bantú difundieron el comercio con hierro y ganado, llegando hasta África oriental y los Grandes Lagos entre los siglos V y I a. e. c. y más tarde hasta el sur de África durante el siguiente medio milenio.

El África antigua y medieval era un ejemplo extremo de lo que se ha llamado «desarrollo desigual y combinado». Coexistían en ella cazadores-recolectores, pastores de ganado y cultivadores de tala y quema, porque la geografía de África impedía la prevalencia de un único modo de vida. Además, bajo la influencia del comercio exterior, África dio directamente el salto de la Edad de Piedra a la Edad del Hierro: no hubo una Edad del Bronce intermedia.

Entre los siglos VIII y XII de la e. c. se extendió la influencia árabe. Los árabes comerciaban con África occidental, tanto de norte a sur cruzando el Sahara como de este a oeste atravesando la sabana sudanesa. Ciudades como Tombuctú se enriquecieron con ese comercio. Los árabes también establecieron una cadena de asentamientos comerciales a lo largo de la costa de África oriental, entre los que cabe destacar el de Kilwa Kisiwani, en la actual Tanzania.

Toda África fue cambiando como consecuencia de la influencia extranjera, revelando la creatividad y dinamismo de sus pueblos. Entre 1200 y 1750 surgieron y desaparecieron en África occidental

toda una sucesión de estados comerciales —Mali, Hausa, Benín, Kanem-Borno, Songhai, Akan/Ashanti y otros—, mientras que en África central y oriental el estímulo proporcionado por el comercio costero dio lugar a la civilización del Gran Zimbabue.

La civilización de Benín, en el delta del Níger, producía obras de bronce de gran calidad; sus famosas cabezas de bronce, que recordaban las esculturas de terracota de Nok, son reconocidas como las mayores obras maestras del arte medieval. El Gran Zimbabue es famoso por sus complejos arquitectónicos, entre ellos el Gran Recinto, la mayor construcción del África subsahariana de la época (entre los siglos XI y XV), rodeado por una muralla de alrededor de 250 m de longitud, 5 m de espesor y 10 m de altura.

La riqueza de la elite del Gran Zimbabue se basaba en el ganado y el comercio en oro, hierro, cobre y estaño. La pauta era la misma que en Benín y otros estados del África occidental. Las restricciones geográficas limitaban los excedentes que se podían extraer de la agricultura. Todas las revoluciones urbanas de África dependían del comercio.

Desde el año 1000 a. e. c. hasta la llegada de los europeos en el siglo XV, las principales líneas de desarrollo social en el continente dependían de actividades inducidas desde el exterior. La geografía condenó a África a la dependencia.

Los homínidos del género *Homo* evolucionaron primero en África hace alrededor de 2,5 millones de años, y los humanos actuales desde hace unos 200.000 años; pero puede que no llegaran a las Américas hasta hace tan solo unos 15.000 años.

Los grupos humanos en África son los más antiguos y en América los más recientes, pero las civilizaciones del África subsahariana y de las Américas comparten características clave que las diferencian de las de Eurasia. Ambos continentes estaban condicionados de forma similar por las barreras geográficas.

Las Américas van de norte a sur atravesando a lo largo de 16.000 km todas las zonas climáticas. Debido a esto, lo que funciona en una zona de América no tiene por qué funcionar en otras. Diferentes ecosistemas requieren distintas estrategias de subsistencia, de modo que el valor del intercambio cultural entre distintas zonas climáticas es menor que en el interior de una misma zona climática.

Las Américas estaban bien provistas de productos vegetales —maíz, patatas, mandioca, calabazas, alubias— pero no de animales domésticos. En Eurasia nacieron los antepasados salvajes de vacas, bueyes, ovejas, cabras, cerdos, gallinas, caballos, mulas, burros y camellos, que proporcionaban carne, leche, lana, cuero, tracción y transporte. En América, en cambio, solo disponían de la llama, el pavo y la cobaya o conejillo de Indias.

África y las Américas eran diferentes en un aspecto clave. África no está alejada de Eurasia y la civilización africana se desarrolló bajo la influencia de los comerciantes egipcios, romanos y árabes. Fue crucial su recepción de ganado y hierro de Eurasia y su propia producción de metales y otros artículos fue esencialmente una respuesta a la demanda externa. Las Américas no recibieron tal aliento cultural. Estuvieron apartadas del intercambio global de conocimiento y técnicas responsable de la mayoría de los avances en la productividad del trabajo, por lo que los americanos no tenían ruedas ni hierro ni arados.

Esas restricciones limitaron el desarrollo de la civilización en Norteamérica. Cuando llegaron los europeos, la mayoría de los americanos eran cazadores-recolectores del paleolítico superior o cultivadores del neolítico temprano. Las civilizaciones protourbanas de los indios pueblo del suroeste (700-1350 de la e. c.) y de los constructores de templos a modo de montículos del Mississippi medio (700-1450 de la e. c.) habían ya desaparecido.

En América Central y Sudamérica, en cambio, los europeos encontraron civilizaciones plenamente organizadas y representativas de tradiciones mucho más antiguas: los olmecas, mayas, toltecas y aztecas de México (1200 a. e. c.-1521 de la e. c.) y los chavines, nazcas, mochicas, chimúes e incas en Perú (900 a. e. c.-1532 de la e. c.).

El hecho de que la civilización americana se desarrollara independientemente de las de Eurasia es la prueba definitiva de la identidad biológica común de la humanidad: todas las «razas» son igualmente capaces de creatividad cultural. Por otro lado, la civilización americana afrontaba limitaciones muy severas. Su tecnología era la de la Edad de Piedra. El oro, la plata y el cobre eran utilizados únicamente como ornamentos. Sus métodos agrícolas eran los de principios del neolítico, y como la productividad era baja y el excedente pequeño, la civilización americana solía ser brutal. La acumulación con éxito requería a menudo una explotación y violencia extremas.

La civilización maya del sur de México y Guatemala duró desde 300 a. e. c. hasta 900 de la e. c.. Estaba constituida por ciudades-estado rivales bajo dinastías hereditarias de reyes que se hacían adorar como divinidades. Los mayas construyeron centros ceremoniales monumentales consistentes en plazas rodeadas por pirámides construidas en piedra coronadas por palacios, templos y altares. Durante el Periodo Clásico (300-800 de la e. c.) tuvo lugar una auténtica revolución urbana en la que centros ceremoniales como Tikal se desarrollaron convirtiéndose en ciudades con más de 50.000 habitantes.

Prosperaron la agricultura, la escultura y la pintura. Se trabajaba la obsidiana y el jade produciendo objetos de gran calidad. La

escritura, la observación astronómica y el cálculo calendárico estaban muy avanzados; pero era la religión y la ideología de la clase dominante —no las necesidades de los agricultores— lo que subyacía bajo esos logros culturales. El arte y la ciencia estaban al servicio de reyes-dioses militaristas y de una teocracia. Los mayas iban a la guerra en parte para obtener cautivos que sacrificar a los dioses; las representaciones muestran víctimas torturadas en presencia de grandes señores. Pese a la agricultura intensiva en campos de maíz, alubias, calabazas, guindilla etc., la técnica maya era primitiva. Sin arados ni fertilizante animal, el agotamiento del suelo debió de ser un problema permanente.

Contra todo pronóstico, una economía de principios del neolítico había dado lugar a una revolución urbana y a una red de ciudades-estado monárquicas; pero los reyes y sacerdotes mayas eran parásitos que se apropiaban del precioso excedente y lo dilapidaban en guerras, construcción de pirámides y el misticismo religioso que legitimaba su existencia. Como otras civilizaciones antiguas y medievales, la maya acabó derrumbándose bajo su propio peso, ya que el coste de la elite y del estado gravitaba cada vez más pesadamente sobre la base económica del sistema.

Oleadas invasoras de bárbaros llegados del norte se apoderaron del espacio geopolítico abandonado por el declive maya. Los toltecas acabaron estableciendo su dominio en el centro de México desde 950 a 1170 de la e. c. Tras ellos vino otro periodo de fragmentación y guerras. La civilización azteca que emergió de aquel caos llevaba las marcas del periodo precedente, manifestándose como consecuencia excepcionalmente brutal de la contradicción entre técnica primitiva y ambición imperial (aunque debemos ser cautos, ya que los autores españoles de los que proviene gran parte de nuestra información eran profundamente hostiles a la civilización nativa).

Los aztecas fundaron su capital y centro ceremonial en Tenochtitlán en 1345. Entre 1428 y 1519 construyeron un extenso imperio, cuyo estado era una autocracia centralizada con una clase dominante de guerreros y grandes sacerdotes y un gran ejército profesional. Parece no haber habido ningún intento de asimilar a los

pueblos sometidos ni de desarrollar técnicas productivas. Los tributos —oro, algodón, turquesas, plumas, incienso y grandes cantidades de alimentos— eran enviados a Tenochtitlán. Hacían también muchos prisioneros de guerra para sacrificarlos luego en el gran templo, arrancándoles el corazón como oferta al dios-sol azteca y arrojando a continuación sus cuerpos por las escaleras de la pirámide.

El estado azteca ejercía un imperialismo militar desenfrenado. Su desaforada brutalidad expresaba de forma extrema las limitaciones de una revolución urbana basada en la técnica de principios del neolítico. La tasa de explotación y el terrorismo necesario para mantenerla era proporcional a la escasez de excedente disponible. La violencia del estado azteca y la pobreza del pueblo eran las dos caras de una misma contradicción.

El imperio inca de Perú comenzó a expandirse hacia 1197 de la e. c., dos siglos antes que el imperio azteca del centro de México, pero alcanzó su mayor amplitud al mismo tiempo —en 1493-1525— y compartía algunas de las características esenciales del imperio azteca. El estado inca era una autocracia militar centralizada, con un gran ejército profesional y una burocracia administrativa que intentaba controlar la vida cotidiana de cada súbdito. En el corazón del imperio había grandes complejos monumentales, como la capital en Cusco, la fortaleza de Sacsayhuamán que la guardaba unos dos kilómetros al norte y el centro ceremonial de Machu Picchu.

Los incas controlaban un área de unos 3.200 km de longitud y 515 km de anchura que comprendía una combinación de llanura costera, altas montañas y densos bosques. Construyeron una red de caminos que totalizaba cerca de 40.000 km y que incorporaba numerosos túneles, puentes y calzadas, con hosterías oficiales separadas por un día de viaje.

Tanto el imperio azteca como el inca eran anomalías. En el centro de México y en los Andes peruanos se construyeron sobre una base económica de la Edad de Piedra grandes imperios con sus elites dominantes, ejércitos profesionales y complejos monumentales. El prodigioso gasto improductivo de la clase dominante requería una extracción despiadada de sobreproducto

excedente. El dominio imperial dependía por tanto del terror. Los gobernantes aztecas e incas eran odiados por sus súbditos. La rebelión solo aguardaba un momento propicio.

En consecuencia, cuando llegaron los españoles a principios del siglo XVI, los estados imperiales azteca e inca se vinieron abajo, no solo como consecuencia de una técnica militar superior y un orden social más avanzado, sino también de que la gente humilde recibió con alegría la derrota de sus amos o incluso participó activamente en el combate para derribarlos.

6

EL FEUDALISMO EUROPEO
c. 650-1500



El gasto improductivo medieval: un caballero feudal inglés del siglo XIII.

Tras haber resumido los acontecimientos en el resto del mundo durante un milenio, este capítulo se dedica exclusivamente a Europa durante el mismo periodo. ¿Por qué? Porque el capitalismo y la sociedad industrial tienen su origen en la Europa medieval. Esta gran transformación —cuyo único parangón en escala e importancia es la revolución agrícola— tuvo su inicio en la franja noroccidental del continente euroasiático.

Esto se debió a complejas interacciones entre geografía, política y sociedad durante varios siglos. Sus principales condicionantes fueron: la relación económica entre los europeos y el mar; las relaciones sociales entre señores, vasallos y campesinos; el papel de mercaderes, ciudades y comercio; las guerras incesantes entre magnates feudales; la eterna fragmentación de Europa en un mosaico de estados en guerra; y las luchas de clase emprendidas por hombres y mujeres humildes para mejorar su suerte.

Entender esas interacciones y la serie de coyunturas que dieron lugar al capitalismo ha sido una de las preocupaciones centrales de la historiografía marxista durante casi dos siglos. Debemos dar a ese problema la atención que merece.

En el capítulo 2 hablamos de «cómo funciona la historia». Puede ser útil detenerse para revisar algunas lecciones generales de la narración expuesta hasta el momento.

La historia está constituida por ciclos y flechas. Los ciclos históricos reflejan los de la naturaleza, ciclos de nacimiento, crecimiento, muerte y nueva vida. Los ciclos productivos de los agricultores y los reproductivos de las familias son otros ejemplos. Las flechas de la historia, en cambio, son las progresiones lineales de innovación, evolución y a veces revolución que transforman periódicamente el mundo social.

La historia está constituida por unos y otras. La naturaleza, la sociedad y la humanidad deben reproducirse continuamente en todo momento; la única alternativa es la extinción. Gran parte de lo que hacemos es inevitablemente repetitivo y predecible; pero la historia nunca se repite exactamente: cada coyuntura histórica es única (por coyuntura —o situación transitoria— me refiero a un momento específico del tiempo histórico y el espacio geográfico en el que tienen lugar acontecimientos económicos, sociales y políticos relacionados entre sí). Lo que da unicidad a cada coyuntura es la combinación de continuidad —ciclo histórico— y cambio —flechas de la historia—, pero hay diferencias decisivas de grado de una coyuntura a otra. Mientras prevalece determinado ciclo histórico, el cambio es cuantitativo y limitado; cuando domina una flecha es cualitativo y transformador.

Recordemos los tres motores de la historia: la acumulación de conocimientos, técnica y productividad; la lucha entre clases dominantes rivales por el control del sobreproducto excedente; y la lucha entre clases en torno al volumen y distribución del sobreproducto excedente. Es la interacción entre esos tres motores lo que impulsa el proceso histórico.

Los utensilios de hierro transformaron la antigua agricultura, haciendo cultivables nuevas tierras, incrementando la productividad del trabajo y ampliando enormemente el sobreproducto social. La tecnología era el motor primordial. El trabajo humano, después de

todo, tiene su propia dinámica. Ningún trabajador prefiere una herramienta embotada cuando tiene a mano otra bien afilada.

El ascenso del Imperio Romano, por otra parte, aunque basado en la tecnología del hierro, fue impulsado por la pugna militar entre clases dominantes y facciones rivales de la elite romana. El motor primordial ahí fue la lucha en lo más alto por el control del sobreproducto excedente.

El florecimiento de la civilización griega clásica en el siglo V a. e. c. —otra cultura de la Edad del Hierro— es un ejemplo de la prevalencia de la lucha *entre* clases. Fue la revolución hoplita del siglo VI a. e. c. la que generó las democracias de las ciudades-estado y el contexto favorable para el arte naturalista, la arquitectura clásica, el drama y las disciplinas académicas de las ciencias naturales, la filosofía y la historia.

Los motores siempre funcionan en marcos naturales y sociales específicos. La geografía ofrece oportunidades e impone restricciones, y la tradición de instituciones, prácticas y costumbres sociales heredadas del pasado constituye el contexto para nuevos acontecimientos históricos.

Aquí tenemos un ejemplo: la geografía de Eurasia posibilitó el movimiento y desarrollo de pueblos, recursos, utensilios e ideas mucho más eficazmente que la de África; pero en el extremo oriental de ese continente, en China, la fuerza del estado centralizado impidió el desarrollo de una burguesía urbana independiente, mientras que la debilidad de los estados feudales en Europa permitió que esta se desarrollara en su extremo occidental. Ese es un aspecto clave de la explicación de por qué el capitalismo nació en Europa.

A veces la interacción de los tres motores de la historia solo produce un ciclo repetitivo; a veces produce un cambio gradual; y a veces crisis revolucionarias y una transformación social radical. Entre los árabes, indios, chinos, africanos y americanos, el ciclo histórico fue dominante durante largos siglos desde la antigüedad a la modernidad. Hubo cambios, pero fueron lentos. El cambio era cuantitativo más que cualitativo.

La vida de los campesinos que constituían el grueso abrumador de la población en los tiempos antiguos y medievales estaba dominada por el ciclo histórico. Aunque se rebelaron a veces cuando la explotación se intensificaba, se limitaron a instalar nuevos dirigentes para volver luego al trabajo en sus parcelas.

La vida de los mercaderes era más cambiante. Algunos tuvieron fortuna y se hicieron ricos; otros simplemente mantuvieron sus negocios; los hubo que fracasaron y fueron a la quiebra. Pero su destino individual no afectaba al funcionamiento global de la sociedad. Los mercaderes lubricaban las ruedas del proceso de producción, no las impulsaban. Ocupaban los intersticios de la sociedad, no sus puestos de mando.

La vida de los gobernantes era aún más cambiante, con el ascenso y caída de dinastías, imperios y civilizaciones; pero esto afectaba poco a la vida de los gobernados. La identidad de los gobernantes —personificación de la lógica competitiva del imperialismo militar— era una cuestión secundaria. Cualquier rey se parecía mucho a cualquier otro.

Solo hubo un rincón del mundo en el que surgió una combinación única de circunstancias y fuerzas suficientemente poderosas para generar una dinámica de cambio capaz de producir una transformación social radical. Ya había sucedido antes una vez: la primera gran transformación fue la revolución agrícola, que tuvo lugar en diferentes partes del mundo entre 7500 a. e. c. y el siglo XII de la e. c. Todas las civilizaciones antiguas y medievales fueron esencialmente resultado de esa revolución. La gran mayoría de la población trabajaba la tierra y el grueso del excedente social estaba formado por productos agrícolas. Pero durante los últimos siglos el mundo social se ha transformado de nuevo con el desarrollo del capitalismo industrial. Esta segunda transformación ha dado lugar al mundo social que habitamos hoy. Dado que se inició en Europa y desde allí se extendió al resto del mundo, debemos desde este momento concentrar una atención desproporcionada en los acontecimientos sucedidos en este pequeño rincón del globo.

El predominio de Europa en la historia mundial desde 1500 puede parecer sorprendente en un primer momento. Europa no es sino una excrecencia de Asia, y las grandes civilizaciones de la Edad del Bronce y de la Edad del Hierro surgieron en otros lugares: en Egipto, Iraq, Persia, India y China. Las civilizaciones griega y romana tenían como ámbito el Mediterráneo más que Europa como tal. En comparación, la Europa prehistórica y antigua parece periférica y atrasada.

Pero Europa tiene una geografía peculiar. Su relación con el mar es más íntima que la de cualquier otra región del mundo de un tamaño parecido. Es un pequeño continente formado por dedos y puños de tierra que se proyectan hacia los mares que la rodean por tres lados: el Báltico, el mar del Norte, el Atlántico, el Mediterráneo y el mar Negro, mientras que su interior continental es relativamente pequeño. Ningún europeo vive demasiado lejos del mar. Como dijo Sócrates, los europeos viven «como ranas en torno a un charco».

La línea costera europea, muy irregular, tiene 37.000 km de longitud —lo que equivale a la circunferencia de la tierra— y su interior está recorrido por numerosos ríos, largos y muy navegables. Volga, Dniéper, Vístula, Óder, Elba, Rin, Sena, Loira, Garona, Ebro, Po, Danubio y otros han sido las grandes vías de comunicación europeas durante miles de años.

Aunque también hay grandes cadenas de montañas, hay formas de rodearlas. El corredor centroeuropeo va desde las estepas del sur de Rusia, atravesando las Puertas de Hierro del Danubio entre Rumanía y Serbia y la llanura húngara hasta Europa central. La llanura septentrional europea es una gran extensión abierta desde Moscú hasta París. Ambas han sido rutas de movimientos de masas a través de Europa desde el neolítico hasta los nazis.

El movimiento de norte a sur es más difícil, pero los ríos lo hacen posible, como lo hacen los numerosos pasos de montaña. Ninguna de las cordilleras constituye una barrera infranqueable. En cualquier caso, el movimiento de norte a sur importa menos que el movimiento de este a oeste, tal como está alineada Eurasia, y esa

es generalmente la vía por la que se han desplazado pueblos, bienes e ideas.

La topografía europea alberga mayor variedad de ecosistemas que cualquier otra región de un tamaño comparable. La Corriente del Golfo que nace en el trópico y lame los bordes occidental, septentrional y oriental del Atlántico modera el clima europeo y configura toda una serie de zonas distintas.

Está la tundra helada del norte lejano; los fríos bosques del cinturón de taiga del norte de Rusia y Escandinavia; la amplia zona templada de bosques caducifolios en Europa occidental; las amplias estepas de Europa central y oriental y el cálido litoral mediterráneo entre los montes y el mar en el extremo sur. Esto ha tenido un efecto decisivo sobre el desarrollo de la economía, la sociedad y la cultura. Para captar su importancia debemos distinguir entre un acontecimiento único, una coyuntura (o situación transitoria), y lo que algunos historiadores llaman la *longue durée* (larga duración).

La batalla de Naseby en 1645 fue un acontecimiento singular. La revolución inglesa de 1640-60 fue una coyuntura; pero el ascenso de un «tipo intermedio» de gente acomodada, granjeros y prósperos artesanos y comerciantes urbanos —la gente que hizo la Revolución inglesa— fue una *longue durée* que se prolongó tres o cuatro siglos.

Y es particularmente en el contexto de la larga duración en el que más importa la geografía. No impulsa la historia —lo que la impulsa son las decisiones y acciones de la gente— pero ayuda a crear el contexto en el que tiene lugar la historia. La geografía impone restricciones y ofrece oportunidades, y como los seres humanos formamos parte de la naturaleza, la geografía determina lo que es posible.

Debido a su geografía, Europa es un continente de comunicación, conflicto e interacción. Gente, artículos e ideas pueden moverse por ella rápidamente. Los débiles, los perezosos y los conservadores son vulnerables. La transitabilidad de Europa ofrece una prima al dinamismo y la innovación.

En un mundo de carreteras, vías férreas y líneas aéreas, nos cuesta captar la importancia del transporte marítimo y fluvial antes de la revolución industrial. Un buey consume el equivalente a su

propio peso en un mes de acarreo. Durante el mismo periodo, la tripulación de una barcaza fluvial o un navío marítimo recorrerá mucha más distancia y consumirá solo una minúscula fracción de su cargamento. No es una casualidad que los lugares más avanzados de principios de la era moderna en Europa —y en el mundo— fueran también los de mayor proporción de costa. La primera revolución burguesa del mundo tuvo lugar en un país de islas, estuarios, tierra ganada al mar y diques de drenaje: los Países Bajos. La segunda tuvo lugar en un país rodeado por el mar: Inglaterra.

A lo largo de la historia solo una vez ha estado unida en una entidad política imperial estable la mitad de Europa: entre los siglos I y V de la e. c. el imperio romano incluía todo lo que queda al oeste del Rin y al sur del Danubio. Otros proyectos imperiales comparables —los de Carlomagno, Carlos V, Felipe II, Luis XIV, Napoleón y Hitler— fueron efímeros. Europa ha sido siempre un continente de reinos combatientes, en el que las potencias aspirantes a la hegemonía imperial se han visto siempre frustradas por la geografía. Las fáciles comunicaciones de este a oeste, las vías marítimas y fluviales y la diversidad de ecosistemas y etnias se han combinado para impedir la construcción de grandes entidades políticas.

Los imperios, en particular los de larga duración, son intrínsecamente conservadores. Los pequeños países de la Europa medieval y principios de la Edad Moderna, por otra parte, no se lo podían permitir. Europa era un continente en conflicto y por tanto cambiante. En los valles del Nilo, el Éufrates, el Ganges o el Yangtsé, el ciclo de la historia predominó durante la era medieval, pero en el Rin acabó prevaleciendo la flecha de la historia.

La primera gran transformación en la historia del *Homo sapiens* —la revolución agrícola o neolítica— se inició en Oriente Medio y Asia central en el octavo milenio a. e. c. La segunda —la revolución industrial— se forjó en Europa entre el siglo XIV y el siglo XVIII de la e. c. Debemos ahora explorar las raíces de esa transformación en el sistema feudal europeo que la precedió.

El final del imperio romano no fue uniforme ni repentino; fue un proceso complejo más que un acontecimiento único. Primero el imperio se dividió en dos; luego, entre 395 y 476, la mitad occidental se desintegró y fue sustituida por un mosaico de reinos germanos. La mitad oriental, el imperio bizantino, sobrevivió más o menos intacto casi 250 años, y luego, cada vez más reducido, otros 750 años.

Cuatro acontecimientos principales marcan el largo declive de Bizancio. En la batalla de Yarmuk, en 636, los árabes tomaron el control de Siria. En la batalla de Manzikert, en 1071, los turcos selyúcidas se apoderaron del este de Anatolia (ahora Turquía oriental). Con esas dos derrotas el imperio bizantino perdió la mitad de su territorio. En 1204 los cruzados saquearon la propia ciudad de Bizancio, que nunca se recobró del todo: la población, según se dice, se redujo de 500.000 habitantes en 1203 a 35.000 en 1261. Y en 1453, con la mayor parte del territorio restante ya perdido, la ciudad fue finalmente conquistada por los turcos otomanos.

El imperio bizantino fue un intento de mantener, aun esclerotizado, el orden social de la Antigüedad tardía, lo que dio lugar a una forma decadente de imperialismo militar, muy explotadora y profundamente conservadora, pese a lo cual duró más de un milenio desde el año 395, mientras que su homólogo occidental, con una estructura social similar, duró menos de un siglo. ¿A qué se debió esa diferencia?

Bizancio tenía menos fronteras que defender y un territorio más rico. En 395, cuando se produjo la última división, contaba con solo un tercio del ejército romano tardío, pero producía dos tercios de los ingresos por impuestos del imperio. Bizancio fue repetidamente capaz de repeler las invasiones desplegando grandes ejércitos profesionales, bien equipados, en frentes relativamente limitados. Europa occidental, en cambio, se convirtió en una región políticamente fragmentada de estados en guerra. Este fue el contexto geopolítico del ascenso del feudalismo.

A cuento de esto cabe una digresión. Los gobernantes de sociedades complejas de clase en los tiempos antiguos y medievales tenían esencialmente dos modos de organizar las fuerzas militares. Podían recaudar tributos de sus poblaciones y usar lo recaudado para contratar soldados, o podían ofrecer tierras a cambio del servicio militar. La primera de esas formas se encuentra habitualmente en estados fuertemente centralizados; era un ideal al que aspiraban reyes y emperadores, ya que significaba disponer de una soldadesca sin más derechos que los contratados y así no tenían que depender de hombres que tenían obligaciones, pero también derechos. La segunda requería una política en la que el poder fuera más difuso, que podía extenderse quizá a una milicia de ciudadanos con derechos electorales (el modelo griego y romano) o a una hueste de señores con presencia en la Cámara del Consejo (como en la Europa medieval). En realidad, a menudo coexistían elementos de los dos sistemas; muchos estados eran a la vez tributarios y feudales, y el ejército constituía por tanto una mezcla de soldados profesionales y mesnadas caballerescas; pero el equilibrio entre unos y otros podía ser crítico para la coherencia y estabilidad del ejército.

Entre los siglos V y IX de la e. c., la mayoría de los estados europeos tenían un carácter esencialmente tributario. El Estado recaudaba impuestos con los que pagaba a los soldados bajo el mando directo del rey. Pero esos mismos estados adquirieron ciertas características feudales cuando sus gobernantes trataron de controlar el territorio más eficazmente repartiéndolo entre sus parientes y vasallos a cambio del servicio militar, lo que fue cobrando cada vez más importancia con el tiempo. A esto se debía en parte que los estados fueran pequeños, inestables y relativamente débiles, y también que la caballería pesada con armadura dominara cada vez más los campos de batalla.

Los siglos IX y X fueron un periodo de gran agitación. Los reyes eran depuestos y estallaban guerras civiles. La vida urbana dejó prácticamente de existir. El comercio a larga distancia declinó. Vikingos, magiares y árabes emprendieron profundas y devastadoras incursiones. Como respuesta a esta crisis, sin el peso

muerto de sólidas elites e infraestructuras imperiales, la vía quedaba abierta para forjar un orden social, político y militar radicalmente nuevo.

Para aplastar a los rebeldes internos, defender las fronteras frente a las incursiones y repeler los ejércitos de reyes rivales, los gobernantes del medievo convirtieron la necesidad en virtud y el feudalismo embrionario en un sistema asentado. Así crearon cuerpos inmensamente fuertes de hombres armados cimentando el estado en los señoríos privados.

Al principio, cuando el control de las haciendas dependía todavía del favor real, la posición de los señores medievales se reforzó mucho. Con el tiempo, no obstante, al convertirse en hereditaria la propiedad, el equilibrio de poder se desplazó en favor de los grandes terratenientes vasallos del rey.

El ducado de Normandía, creado por los colonos vikingos del siglo X, era un ejemplo extremo. Al principio el poder estaba muy centralizado. El rey era el propietario legal de todas las tierras y sus favoritos disfrutaban de la posesión de todas las grandes haciendas, pero seguían siendo sus vasallos, a modo de grandes arrendatarios a los que podía privar de sus privilegios si caían en desgracia ante él.

La tierra se subdividió más tarde en feudos, cada uno bajo el señorío de un caballero y lo bastante extensos como para liberarlo de la necesidad de trabajar, permitiéndole dedicarse plenamente a la guerra y al entrenamiento para ella y proporcionándole los caballos, armadura y armamento de la caballería pesada. Ese era el núcleo del estado normando: varios miles de caballeros armados, organizados en huestes señoriales, ligados por lazos de lealtad y dependencia personal y asentados en el control de sus latifundios.

El caballero con armadura era el tanque de las batallas del siglo XI. Una carga frontal de varios cientos de caballeros en formación cerrada y de varias filas de profundidad era prácticamente imparable en terreno abierto. La caballería pesada era tan decisiva para la guerra de principios del medievo como lo había sido la infantería pesada para las guerras de griegos y romanos. El feudalismo era el mecanismo socioeconómico más eficaz para darle aliento.

Al vincular la propiedad de la tierra y el servicio militar, el feudalismo forjó un lazo muy estrecho entre el estado y la clase dominante. También aseguró que la base agraria del sistema fuera cuidadosamente atendida, ya que el mantenimiento del rango dependía en parte de la buena gestión de las haciendas. Pero había ciertos peligros, en particular la inestabilidad intrínseca del sistema, ya que el poder del estado estaba directamente relacionado con el número de feudos y caballeros controlados por el rey, lo que exacerbaba el enfrentamiento por el territorio entre estados rivales. Además, para evitar que los feudos siguieran subdividiéndose y pudieran llegar a ser incapaces de mantener el tren de vida de un caballero, prevalecía el derecho de mayorazgo o primogenitura, por el que el hijo mayor heredaba toda la hacienda y los hijos menores tenían que esforzarse por obtener un lugar en el mundo. Al negárseles la herencia y viéndose amenazados por la pérdida de rango, sobrevivían mediante servicios mercenarios o ganándose un nuevo feudo. Esto atañía a todos, caballeros, nobles y príncipes: los hijos menores de todos los rangos de la aristocracia feudal solo podían mantener su estatus mediante la fuerza militar.

Pero había muchas oportunidades. Las guerras civiles y con otros reinos eran frecuentes. La competencia por el territorio aseguraba que las clases dominantes feudales estuvieran internamente divididas y los estados feudales rivales siempre enfrentados. Los hijos menores, en busca de botín, paga y tierra, eran la punta de lanza afilada de esos conflictos.

El feudalismo era por eso inestable, dinámico y expansionista. A mediados del siglo XI, por ejemplo, los normandos conquistaron gran parte del norte de Francia, toda Inglaterra y prácticamente la totalidad del sur de Italia y Sicilia.

La violencia feudal era contradictoria. Era esencial para la supervivencia de los estados feudales: los guerreros defendían el país, conquistaban nuevos territorios y mantenían el orden interno. Pero la violencia tenía una dinámica propia y potencial suficiente para hacer estallar el orden feudal.

Se necesitaban válvulas de presión para aliviar la violencia excedente del sistema, y esa lógica sangrienta llevó a las cruzadas.

Su historia durante doscientos años representa la expresión más extrema de la fútil violencia inherente al feudalismo europeo.

El papa Urbano II declaró la primera cruzada en el concilio de Clermont el 27 de noviembre de 1095 con estas palabras:

> Que quienes [...] están acostumbrados a emprender guerras privadas contra los fieles marchen ahora contra los infieles [...] Que quienes han sido durante mucho tiempo ladrones sean ahora soldados de Cristo. Que quienes antes luchaban contra hermanos y parientes ahora luchen justificadamente contra los bárbaros. Que quienes han sido mercenarios por unas pocas monedas de plata alcancen ahora una recompensa eterna.

La iglesia, con propiedades en toda Europa occidental, era una vasta corporación feudal. Competía por el poder y la riqueza con los príncipes feudales seculares. Cualquier cosa que reforzara el prestigio de la iglesia, tal como la oleada de actividad y celo religioso desencadenada en 1095, era una ventaja; y como otros potentados feudales, los obispos estaban ansiosos de mantener la paz en su territorio exportando la violencia al otro lado del mar.

La respuesta superó todas las expectativas. Miles de caballeros respondieron al llamamiento. Un gran ejército feudal entró en Siria en 1097, conquistó Antioquía en 1098 y tomó Jerusalén en 1099. Allí donde llegaban, los cruzados cometían masacres y saqueos dedicándose a la destrucción. Hombres, mujeres y niños eran despedazados en las calles de las ciudades conquistadas. Los prisioneros eran rutinariamente decapitados. Las mezquitas, sinagogas e iglesias «heréticas» eran arrasadas. Los carros iban cargados de botín saqueado.

Se establecieron cuatro estados cruzados gracias al dominio táctico de la caballería pesada feudal en el campo de batalla. Pero los cruzados seguían siendo una minúscula elite militar: solo quinientos caballeros defendían el principado de Antioquía. Para sobrevivir necesitaban por tanto invertir en poder militar, lo que a su vez requería una intensa acumulación de excedente. El resultado fue la explotación despiadada del campesinado árabe, el saqueo rutinario de las caravanas de mercaderes y una relación hostil con los estados islámicos vecinos.

Los cruzados habían irrumpido en Oriente Medio con gran facilidad al estar dividido en estados rivales gobernados por autócratas impopulares desde sus palacios, sostenidos por mercenarios y en gran medida alejados de la sociedad civil. Muchos de aquellos gobernantes islámicos buscaron una acomodación con los cruzados; pero no era posible una paz duradera. Había dos contradicciones: en primer lugar, la debilidad e inseguridad de los estados coloniales feudales los hacía anexionistas —necesitaban más tierras para sostener a más caballeros— y esto era una amenaza directa para los gobernantes islámicos; en segundo lugar, dentro de los estados cruzados el imperativo de la acumulación militar requería una onerosa exacción de impuestos, rentas y servicios de trabajo. Por consiguiente, los cruzados eran odiados por sus súbditos musulmanes y había escasas perspectivas de reclutar fuerzas autóctonas fiables para combatir en su defensa.

La «conmoción y espanto» de la primera cruzada desmanteló la resistencia musulmana durante una generación; pero la amenaza cruzada a los estados islámicos desencadenó un vigoroso proceso de centralización política. El norte de Siria y el norte de Iraq se unieron en 1128. Luego el cercano condado de Edessa conquistado por los cruzados en 1099 fue reconquistado por los turcos selyúcidas en 1144. La segunda cruzada de 1146-48, organizada como respuesta al resurgimiento islámico, fue un fracaso desastroso, sacudiendo el mito de la invencibilidad de los cruzados. Damasco y el sur de Siria se añadieron al nuevo estado islámico y el principado cruzado de Antioquía quedó reducido a un pequeño enclave costero. Finalmente, en 1163, Egipto se fusionó con Siria bajo el liderazgo de Saladino, acontecimiento que dio masa crítica a la resistencia musulmana. Saladino respondió a la cruzada feudal con un llamamiento a la yihad popular, y las fuerzas musulmanas pasaron a la ofensiva.

El 4 de julio de 1187 Saladino, a la cabeza de 30.000 hombres, destruyó en la batalla de Hattin todo el ejército del reino cruzado de Jerusalén, a lo que siguió la conquista de la propia ciudad de Jerusalén poco después. Pese a nuevas expediciones, los cruzados nunca se recuperaron. Aunque llevó un siglo completar el proceso,

sus castillos fueron vencidos uno por uno y su territorio se vio gradualmente reducido a la nada.

Los estados cruzados no contribuyeron en modo alguno al desarrollo de Oriente Medio. Sus gobernantes eran simplemente brutales explotadores que gobernaban por la fuerza y el miedo. Solo duraron un tiempo debido a la fragmentación y decadencia de la clase dominante islámica. Su violenta incursión fue sin embargo el catalizador para un renacimiento musulmán, con nuevas entidades e identidades forjadas en la lucha.

Las cruzadas habían revelado también los límites del feudalismo europeo. Caballeros y castillos eran caros, por lo que se hacía necesaria una superexplotación para mantenerlos. Además de ese coste, la violencia de la casta guerrera constituía una amenaza permanente para la propiedad y la seguridad de la gente corriente. La amargura creada solo se podía contener mediante el temor a la violencia feudal, pero no se podía erradicar. El feudalismo era incapaz de dar lugar a un orden social estable basado en el consenso.

En el occidente europeo esas contradicciones contribuyeron al ascenso de nuevas fuerzas sociales en el interior del antiguo régimen. Los reyes volvían a elevarse por encima de la aristocracia feudal y el estado central imponía sus normas a súbditos superpoderosos. La baja nobleza y los granjeros acomodados (*gentry* y *yeomen*, como los llamaban en Inglaterrra) se unían a la causa del orden real contra la anarquía de los grandes barones.

Nuevas fuerzas sociales introdujeron nuevas formas de guerra. La gente humilde armada con picas, arcos y armas de fuego comenzaba a desafiar la supremacía de la caballería feudal en el campo de batalla.

El mundo medieval puede parecer conservador, estancado y poco ilustrado. Desde el final de la antigüedad, las elites europeas han tendido a evocar la «gloria de Grecia» y la «grandeza de Roma», presentando lo que vino después como una época de ignorancia, pobreza y violencia.

Pero no es del todo cierto: la clase dominante imperial romana era una barrera a la innovación, y el mundo medieval, al menos en Europa, mucho más dinámico que el antiguo. La razón es bastante simple: a medida que se acumulan conocimientos, habilidades y recursos, se incrementa la capacidad humana para nuevos avances sociales. Cuanto más avanzados son el saber práctico y la tecnología disponible, más fáciles resultan nuevas mejoras en la productividad del trabajo. El ritmo del progreso tiende por tanto a acelerarse.

La tecnología, no obstante, solo puede determinar lo que es posible; no puede garantizar que ese potencial se materialice, algo que depende de los otros dos motores de la historia: la lucha por el control del sobreproducto excedente entre las clases dominantes y la lucha por la distribución de ese sobreproducto excedente entre las clases.

El feudalismo era un sistema de acumulación militar competitiva. La guerra —la forma más extrema de competencia— nunca es conservadora. Quienes no adoptan las últimas tecnologías y tácticas son derrotados. La técnica militar era por tanto un sector especialmente dinámico del orden social medieval. Las armaduras de placas sustituyeron a las cotas de malla. Las armas de fuego reemplazaron a los arcos. Las fortificaciones de madera fueron reconstruidas en piedra. Las pequeñas huestes feudales dieron paso a grandes ejércitos profesionales. Adaptarse significaba sobrevivir.

Pero los nuevos métodos bélicos eran más caros y la demanda de mejores armas, armaduras y fortificaciones estimuló el crecimiento económico y el cambio social, e igualmente lo hizo la demanda de atavíos y ornamentos cada vez más elaborados por

parte del poder señorial: grandes mansiones, tapices, muebles, ropas de moda, joyas y aderezos, ropa y cubertería de mesa, vinos de calidad y muchas otras cosas. Esto también recibió un impulso de la incesante pugna competitiva entre los magnates por la riqueza y la posición.

La rivalidad feudal daba pues trabajo a los artesanos y mercados a los comerciantes. Estos se reagruparon en las ciudades, donde se organizaron en gremios, y protegieron su perímetro con murallas para mantener su independencia. Los reyes otorgaban fueros urbanos. Los habitantes de las ciudades preferían un estado fuerte capaz de mantener la ley y el orden. Monarcas y burgueses forjaron así una alianza contra la anarquía feudal.

En el campo estaban en marcha cambios aún más importantes. La creciente demanda de armamentos, artículos de lujo y boato solo se podía satisfacer mediante compras en el mercado: los señores necesitaban dinero. Los servicios de trabajo se sustituyeron pues por pagos en efectivo y la servidumbre se hizo más impersonal, convirtiéndose en un contrato comercial menos engorroso. Esto reforzó las aldeas y a los empresarios rurales. La servidumbre, en cualquier caso, nunca había sido universal. En la Inglaterra medieval —una sociedad de la que estamos especialmente bien informados gracias al *Domesday Book* y a la abundancia de documentos sobre el uso de la tierra y las propiedades señoriales— la mayoría de los campesinos habían permanecido siempre formalmente libres: no siervos, sino usufructuarios o feudatarios (*sokemen*) sometidos, eso sí, a la jurisdicción señorial, o «arrendatarios libres» (*free tenants*), que aunque estaban obligados a diversos tributos feudales, trabajaban como agricultores independientes en tierras arrendadas, heredadas o adquiridas.

Tras la conquista normanda la aldea anglosajona conservó en gran medida sus costumbres y prácticas seculares y su organización colectiva. Al nivel del señorío individual la Inglaterra normanda era un compromiso intermedio entre la autoridad feudal y las tradiciones aldeanas.

En otras partes de Europa donde las aldeas eran fuertes como en Inglaterra, los campesinos pudieron explotar los imperativos de la

competencia interfeudal para mejorar sus propias posiciones, y es en las microrrelaciones entre hacienda señorial y aldea donde encontramos el germen de la transición del feudalismo al capitalismo.

La agricultura europea había experimentado un gigantesco salto adelante entre los siglos VII y XII gracias al pesado arado con ruedas —arrastrado primero por bueyes uncidos y más tarde, cuando se desarrollaron arneses adecuados, por caballos—, que podía arar suelos más duros, levantar grandes terrones y obtener así nuevas fuentes de nutrientes. Se pudo así cultivar mucha tierra antes baldía. Los viejos campos, mantenidos en buen estado gracias a la rotación de cultivos, los años de barbecho y el abono de origen animal, podían ser indefinidamente revitalizados mediante el uso de rastrojos y estiércol revueltos con el arado. Los historiadores estiman que la producción de grano se duplicó.

Muchas otras innovaciones contribuyeron a aumentar la productividad del trabajo. Los molinos de agua, con complejas ruedas y engranajes, podían procesar grandes cantidades de grano y facilitaban el funcionamiento de las forjas de los herreros. Se canalizaron ríos para el transporte fluvial y el timón sustituyó al remo de dirección en los navíos. Las carretillas y carretas facilitaron el trabajo rural y las lentes prolongaron la vida laboral de burócratas, copistas y estudiosos.

El excedente social aumentaba sin cesar. En el siglo XIII Europa tenía una población creciente y cada vez más próspera. En el campo, por debajo del nivel de la elite feudal —y en gran medida fuera del alcance de la mirada histórica— campesinos enriquecidos impulsaban un proceso de cambio y avance económico.

Los señores feudales estaban muy interesados en los ingresos que recibían por sus derechos sobre la tierra, pero también en gastos improductivos a una escala colosal: construcción de catedrales y castillos, paga y equipamiento de los soldados y competición en muestras de ostentación, lujo y nivel de vida. La dinámica del feudalismo —acumulación político-militar competitiva— estaba en contradicción con la mejora económica, que requería la

inversión del excedente en roturación de tierras, drenaje, cercamientos, equipos agrícolas, etc.

Recientes investigaciones han revelado que los más volcados en la mejora solían pertenecer al sector intermedio de la sociedad medieval rural. Su objetivo era crear granjas más eficientes y productivas orientadas al mercado. Dedicaban mucha atención a la gestión de las granjas, recursos agropecuarios e inversiones juiciosas, tratando de incrementar el beneficio económico y su propio nivel social.

Dicho en pocas palabras, entre 1350 y 1500 muchos de los campesinos ricos se convirtieron, en los lugares económicamente más avanzados de Europa, en granjeros capitalistas, y este fue el «tipo medio» que impulsó las explosivas luchas sociales que estallaron en toda Europa a finales del siglo XIV y principios del siglo XV.

Resumamos lo que llevamos expuesto hasta el momento: el feudalismo europeo, aparentemente tan dominante en el siglo XI, estaba siendo socavado, sobre todo en la franja noroccidental, por cinco procesos dinámicos.

Primero, la productividad de la economía medieval significaba una tasa acelerada de incremento en la productividad del trabajo y en la producción global. Una consecuencia fue el rápido avance tecnológico en los medios de destrucción. Los gastos militares aumentaron notablemente.

Segundo, el fragmentado panorama político y la intensa competencia por la tierra, las rentas y la mano de obra entre magnates feudales rivales obligaban a las clases dominantes a buscar dinero en efectivo para contratar soldados, comprar equipos y construir fortificaciones. Las obligaciones feudales se transformaron así en pagos en efectivo.

Tercero, la pertinacia y resistencia de las aldeas campesinas imponía límites al señorío feudal en muchas partes de Europa. Los campesinos eran colectivamente lo bastante fuertes para defender sus derechos consuetudinarios y a veces para obtener mejoras sustanciales.

Cuarto, el desarrollo del mercado creó oportunidades para el progreso económico y social de los sectores intermedios de la sociedad. En lo alto estaban los magnates feudales que gastaban los recursos en la guerra, la ostentación y el lujo. En lo más bajo había campesinos pobres y medianos que se ganaban a duras penas la vida en la agricultura de subsistencia. Entre ellos estaban los que se dieron en llamar «tipo intermedio» (*the middling sort*). Esos campesinos ricos y prósperos artesanos y comerciantes urbanos constituían los sectores económicos más emprendedores de la sociedad medieval. A medida que los mercados se expandían y las relaciones sociales se comercializaban, el tipo intermedio se situó, como pequeños capitalistas, a la vanguardia del cambio social.

Quinto, otro factor que socavó el feudalismo fue el ascenso del estado monárquico centralizado. En algunos países de Europa los reyes no consiguieron afianzar su poder y los barones regionales guerreros seguían siendo políticamente dominantes, pero en otros el estado, pese a retrocesos ocasionales, se fue haciendo cada vez más fuerte.

Inglaterra ofrece un claro ejemplo de este último proceso. Con el tiempo, los reyes medievales ingleses dependían menos de sus vasallos feudales y más de la compra de los servicios de soldados profesionales o de una milicia entrenada. El estado monárquico inglés marginó a los barones regionales hostiles y minimizó el riesgo de anarquía feudal constituyendo una alianza política con magnates leales y el «tipo intermedio». Esta alianza explica la asombrosa supremacía de Inglaterra en el campo de batalla durante el siglo XIV. En Crécy, Poitiers y Agincourt ejércitos ingleses muy inferiores en número, formados principalmente por soldados y arqueros de infantería (reclutados estos últimos entre los campesinos ricos ingleses y galeses), vencieron a ejércitos franceses compuestos en su mayoría por caballeros feudales.

Las fuerzas del cambio cobraron impulso con la gran crisis del siglo XIV. El gasto improductivo feudal seguía aumentando pese a las exigencias del aumento de la población y las demandas de prosperidad general. La sociedad debía elegir entre la guerra y la grandeza por un lado y la inversión en haciendas, industrias y comercios por otro. A mediados del siglo XIV la economía medieval europea estaba seriamente amenazada. Muchos afrontaban la pobreza y el hambre. Cuando en 1348 el continente se vio azotado por la peste negra, hasta un tercio de la población pereció. La despoblación y el empobrecimiento amenazaban los ingresos de los señores y la propia supervivencia de los campesinos. La crisis desencadenó encarnizadas batallas.

En 1358 estallaron revueltas campesinas en el norte de Francia, mientras en París Étienne Marcel encabezaba a tres mil artesanos urbanos en una marcha hasta el palacio real que obligó al delfín (el heredero al trono) a transigir con la revuelta. En 1381 los campesinos ingleses, dirigidos por Wat Tyler, entraron en Londres, y

tras aliarse con sectores de la población urbana se enfrentaron al rey y al lord alcalde. «Cuando Adán cavaba y Eva hilaba —preguntaba retóricamente el ex sacerdote radical John Ball—, ¿quién era el noble?»

También en las ciudades y aldeas de Flandes y en las ciudades-estado del norte de Italia, la gente del pueblo se alzó contra la opresión de los terratenientes, mercaderes y obispos. En 1378 los *ciompi* florentinos —artesanos de las tejedurías de lana—, derrocaron a la elite mercantil, se hicieron con el poder y mantuvieron el gobierno de la ciudad durante dos meses.

En la distante Bohemia, cuando el predicador radical Jan Hus fue quemado en la hoguera por hereje en 1415, la población checa se alzó en rebelión. Los husitas, armados con arcos, pistolas y arcabuces y protegiéndose con carros en círculo (*vozová hradba*, en alemán *Wagenburg*) en una táctica inventada por Jan Žižka, resistieron los ataques de la caballería pesada imperial durante dieciocho años (1419-1436). Como declaró el ala democrático-igualitaria taborita del movimiento husita: «Todos viviremos juntos como hermanos y nadie estará sometido a otro». Combatiendo para obtener esa libertad frente a la despiadada violencia contrarrevolucionaria, los taboritas eran muy explícitos sobre sus fines: «Todos los señores, nobles y caballeros serán erradicados y exterminados en los bosques como proscritos».

Aquella oleada antifeudal revolucionaria generada por la crisis del siglo XIV fue finalmente derrotada en todas partes. Había sido una revolución del «tipo medio» que alcanzó su mayor impulso en algunas de las regiones de Europa más avanzadas económicamente: en el norte de Francia, Flandes, Inglaterra, norte de Italia y Bohemia. Fue una erupción prematura de fuerzas sociales todavía inmaduras. El feudalismo era aún lo bastante poderoso como para contener la revolución en sus primeros núcleos. El pequeño capitalismo y el «tipo medio» no eran todavía hegemónicos.

Incluso en los movimientos rebeldes, las visiones radicales del mundo transformado competían con prejuicios primitivos del pasado. Del horror biológico de la peste negra surgió el horror político del

pogromo. Obispos y reyes denunciaron a los judíos acusándoles de envenenar los pozos y turbas antisemitas devastaron los guetos.

Pero la restauración del viejo régimen resultaba ya imposible. La aguda escasez de mano de obra a raíz de la peste negra inclinó la balanza de las fuerzas de clase en favor del campesinado en gran parte de Europa. Las rebeliones fueron aplastadas, pero la comercialización de las relaciones sociales seguía erosionando el orden feudal desde dentro.

Las nuevas fuerzas sociales —pequeña nobleza y campesinos ricos que producían para el mercado, pequeños comerciantes y artesanos en las ciudades, empresarios de nuevas industrias, marinos y estibadores— no eran todavía lo bastante fuertes para vencer políticamente, pero el «feudalismo de mercado» —como se le ha llamado— conllevaba una creciente demanda de artesanía urbana, empresa industrial, comercio a larga distancia y dinero a crédito, lo que a su vez creaba demanda para el sobreproducto agrícola de los granjeros orientados hacia el mercado.

Cada vez se mercantilizaban más bienes y servicios. Las relaciones sociales se remodelaron en forma de contratos comerciales. La ambición de oro disolvió las mesnadas personales del orden feudal. El afán de progreso económico del «tipo medio» seguía en marcha. El fantasma de una revolución acechaba en las postrimerías de la Europa medieval.

La tormenta inminente fue anunciada por los relámpagos del Renacimiento. Las viejas ideas no podían explicar las nuevas realidades sociales. Los antiguos dogmas de la iglesia, encriptados en el latín de estudiosos y monjes, parecían cada vez más irrelevantes. Mediante la iniciativa y la invención, la habilidad y el duro esfuerzo de su propio trabajo, la gente estaba rehaciendo el mundo.

El movimiento humanista expresaba una confianza renovada en la capacidad de la humanidad para la mejora. En el caldo de cultivo de las prósperas ciudades de los siglos XV y XVI se produjo un renacimiento de los estudios y las artes. Al pedante escolasticismo de los teólogos medievales se contraponían las lecciones legadas desde la Antigüedad en los textos griegos y latinos. A la previsibilidad de las imágenes religiosas tradicionales se contraponía un arte naturalista innovador cargado de figuras enérgicas que estallaban de vitalidad y creatividad.

El Renacimiento tuvo como figuras emblemáticas tres grandes maestros italianos: el artista e inventor Leonardo da Vinci (1452-1519), el pintor y escultor Michelangelo Buonarroti (1475-1564) y el pintor Raffaello Sanzio (1483-1520). Pero afectó a la totalidad de Europa: el humanista más reconocido fue el holandés Erasmo de Rotterdam (1466-1536), la mayor novela del periodo fue escrita por el francés François Rabelais (1494-1553), y el científico que expuso, contra la doctrina de la iglesia, que los planetas giran en torno al sol, fue el polaco Nicolás Copérnico (1473-1543).

El Renacimiento se extendió a todos los terrenos y proporcionó el lenguaje cultural de toda una época. Tanto la Reforma protestante como la Contrarreforma católica se vistieron de ropajes renacentistas durante el torbellino ideológico del siglo XVI; pero sobre todo el Renacimiento fue el estilo de las nuevas monarquías forjadas en aquel periodo.

En 1491 Carlos VIII, rey de Francia, se casó con Ana, heredera del ducado de Bretaña, completando así la unificación del país. Sus sucesores, en particular Francisco I (1515-47), prosiguieron la

construcción de una monarquía absoluta fuerte y centralizada. A los nobles se les prohibió poseer cañones o reclutar tropas. El *Parlement* de París dejó de ser una asamblea deliberativa y se convirtió en un simple tribunal. El concordato de 1516 subordinó la iglesia a la corona. El estado empleaba a 12.000 funcionarios para ejecutar sus órdenes. Tanto los aristócratas seglares como los clericales se convirtieron en cortesanos que dependían del favor real.

En 1469 el matrimonio de la reina Isabel de Castilla con el rey Fernando de Aragón puso los cimientos para la unificación de España, donde también se construyó un absolutismo real. Nobles y ciudades perdieron poder frente a los agentes reales, y las Cortes quedaron restringidas a un mero órgano de denuncia de agravios. La Santa Inquisición se convirtió en un instrumento despiadado de terror estatal. Herejes y conversos judaizantes eran multados, encarcelados, azotados, torturados, estrangulados y quemados en la hoguera. Con la unificación de Alemania y España bajo Carlos V (1519-56) elegido emperador sacro romano-germánico y frente al desafío de la reforma protestante, la Inquisición se iba a convertir en un sistema de represión casi paneuropeo.

En Inglaterra las guerras de las Dos Rosas (1455-85) fueron las últimas guerras civiles del periodo feudal. Los monarcas Tudor que gobernaron desde 1485 convirtieron a los barones en cortesanos, nacionalizaron las propiedades eclesiásticas, gobernaron en alianza con el Parlamento y establecieron los fundamentos del poderío naval inglés. Bajo aquella dinastía se desarrolló la conciencia nacional de masas. La gente se consideraba a sí misma cada vez más como inglesa más que como oriunda de determinado condado o súbdita de un señor feudal. Las obras teatrales de Shakespeare reflejan a menudo ese nuevo ambiente. Enrique V y sus soldados eran una «banda de hermanos» igualados por el sacrificio patriótico.

La rivalidad militar entre los nuevos monarcas alentó el naciente nacionalismo de sus respectivos estados. Entre 1494 y 1559 Europa se vio convulsionada por conflictos entre los Valois, que gobernaban Francia, y los Habsburgo, que gobernaban el Sacro Imperio Romano (esencialmente Alemania y Europa central) y España. El

norte de Italia se convirtió en el principal campo de batalla. Fueron guerras entre ejércitos masivos de cañones, caballería, mosqueteros y piqueros que solo los grandes estados se podían permitir.

Los magnates regionales y los pequeños estados sucumbieron. Los estados atrasados tuvieron que adaptarse para sobrevivir bajo el imperativo de la rivalidad militar. Cuanto más atrasada estaba la economía, más brutal era el absolutismo. El zar moscovita Iván el Terrible (1533-1584) empleó mercenarios extranjeros para construir su imperio y aplastar la oposición interna de la aristocracia boyarda tradicional. El atraso de la economía rusa significaba que el estado absolutista no tenía una base real de apoyo social. La sociedad civil era simplemente amedrentada desde arriba por el terror sádico de los *opríchniki*.

Las nuevas monarquías abrieron un periodo de transición. El feudalismo estaba decayendo rápidamente, pero la burguesía emergente de granjeros orientados hacia el mercado, comerciantes e industriales no era todavía lo bastante fuerte para tomar el poder y remodelar la sociedad a su imagen. La sociedad del siglo XVI, que no era ni una cosa ni otra, era fluida e inestable, ni carne ni pescado. El resultado fue el absolutismo estatal. Con un fuerte apoyo del «tipo intermedio», al menos habitualmente, el estado era lo bastante poderoso para reprimir la anarquía feudal. Pero tras haber transformado a sus vasallos todopoderosos en cortesanos complacientes, se opuso a las demandas más radicales de las asambleas parlamentarias y los rebeldes populares.

Las nuevas monarquías se balanceaban entre el feudalismo debilitado y cada vez más dependiente y el capitalismo embrionario. Por eso es por lo que las guerras italianas fueron multifacéticas, con dimensiones feudales, dinásticas, nacionales y finalmente político-religiosas. Eran las guerras de un periodo de transición.

Mediante la dinámica de la competencia, el nuevo modelo —estados unificados, gobierno centralizado, ejércitos reales, aplastamiento de la disidencia interna, guerras nacional-dinásticas— se impuso de una forma u otra en la totalidad de Europa. Pero la influencia de las nuevas monarquías se extendía más allá. Las

fuerzas económicas nacidas y desarrolladas en el continente iban a sumergir simultáneamente al mundo en una oleada de violencia colonial.

El nuevo colonialismo

Europa estaba cambiando rápidamente desde finales del siglo XV, a diferencia del resto del mundo. En Asia, África y las Américas los imperios ascendían y caían, pero el orden socioeconómico seguía siendo esencialmente el mismo.

Tras la derrota de los mongoles en 1368, China permanecía relativamente estable. La seguridad de la dinastía Ming (1368-1644) descansaba sobre el conservadurismo extremo de los burócratas confucianos que la gobernaban. La situación en India era más turbulenta. Entre 1526 y 1529 Zahir-ud-din Mohammad «Babur» («Tigre»), descendiente de Tamerlán y de Chinguis Jan, la invadió desde el noroeste equipado con cañones, conquistó la mayor parte del subcontinente y estableció el Imperio Mogol. Pero esto no alteró el carácter básico de la sociedad india. La vida y el trabajo siguieron tal como eran en cientos de miles de aldeas indias. Lo mismo se puede decir de la Persia safávida y de la Turquía otomana, donde hubo conquistas, cambios de dinastía y nuevas lealtades políticas y religiosas en lo alto de la sociedad, pero el tejido de la vida cotidiana no se vio apenas afectado. Los estados dinásticos, algunos de ellos relativamente estables y otros menos, que flotaban por encima de cada una de las unidades geopolíticas de Asia —Turquía, Persia, Asia central, India, China, Japón— siguieron siendo esencialmente desarraigados y parásitos.

La situación en África o en las Américas no era muy diferente. Los imperios de los songhai en África occidental, los aztecas en México o los incas en Perú eran sistemas predadores de robo con violencia. No había ninguna relación orgánica entre la superestructura estatal y la base socioeconómica: la primera simplemente succionaba excedente de la última y lo consumía en guerras, monumentos y lujo. Tales estados eran como placas de vidrio susceptibles de romperse en pedazos bajo el impacto de la menor pedrada.

Las nuevas monarquías europeas del siglo XVI, en cambio, estaban firmemente enraizadas en sus respectivas sociedades y su

ambición de oro y el uso de la pólvora estaban abocadas a transformar el mundo.

Los portugueses fueron los pioneros del colonialismo europeo. Portugal es un país montañoso en el extremo occidental de Europa con una larga costa atlántica y buenos puertos naturales, por lo que los portugueses destacaban como marineros entre los europeos. Para los viajes y «descubrimientos» europeos fue decisivo el desarrollo de grandes y sofisticados navíos de vela. Una innovación temprana fue el timón de codaste «a la navarresa». Un proceso más gradual y complejo fue la mejora del aparejo y cordaje. A finales del siglo XV la coca (del flamenco *kok*, «concha») medieval —con un solo mástil y vela cuadrada— había evolucionado convirtiéndose en un buque mayor (nao o carraca) con tres mástiles y velas combinadas, lo que le permitía navegar adaptándose al viento y utilizarlo más económicamente. Relativamente rápidos y seguros, posibilitaron por primera vez cruzar los océanos.

Entre 1492 y 1504 Cristóbal Colón dirigió cuatro expediciones a lo que se llamó el Nuevo Mundo. Aunque sigue discutiéndose si era de origen genovés, portugués o catalán, fue financiado por los Reyes Católicos, por lo que las colonias que estableció en Cuba y Quisqueya (Hispaniola) fueron posesiones españolas.

Entre 1497 y 1499 Vasco da Gama circunnavegó África desde Lisboa hasta Calicut. Al cabo de veinte años los portugueses habían construido un imperio comercial que se extendía a lo largo de 20.000 km de costa desde el cabo Bojador en la costa atlántica norafricana hasta las islas Molucas en el Pacífico, con puestos avanzados en África occidental, Persia e India.

Entre 1519 y 1522 Fernando de Magallanes y Juan Sebastián Elcano circunnavegaron el globo y revelaron el aspecto básico de los principales continentes. Esos navegantes dibujaron así el mapa para los conquistadores españoles que subyugaron gran parte de América Central y Sudamérica a principios del siglo XVI.

Colón había encontrado muy poco oro en las Indias occidentales. Había tratado de hacer rentables las nuevas colonias convirtiendo los nativos en esclavos y siervos, pero la combinación de la barbarie colonial y las enfermedades llevadas por los blancos redujeron la

población de Quisqueya (Hispaniola) de más de un millón de habitantes a solo doscientos en el plazo de 50 años.

La avidez por el oro no disminuyó, y en 1519 una fuerza de 660 hombres con 18 caballos y 10 cañones partió de la colonia española de Cuba hacia el continente bajo el mando de Hernán Cortés. Al cabo de dos años había conquistado el imperio azteca de México. En 1532-35, con solo 106 soldados de infantería y 62 de caballería, Francisco Pizarro reprodujo la hazaña de Cortés destruyendo el imperio inca de Perú.

Fueron victorias del acero, la pólvora y los caballos sobre la tecnología de la Edad de Piedra. Igualmente importantes, empero, fueron las divisiones entre los gobernantes aztecas e incas y el rencor de sus pueblos. Debido a la brutalidad asesina de la elite imperial azteca, fueron más los americanos nativos que se pusieron de parte de los españoles que con los gobernantes aztecas en la decisiva batalla de Tenochtitlán.

España era uno de los países menos desarrollados de Europa. Los monarcas españoles estaban inmersos en guerras dinásticas contra rivales geopolíticos y en guerras religiosas contra la reforma protestante. Necesitaban oro para pagar a los soldados, por lo que la explotación de la «Nueva España» fue despiadada. Los nativos no asesinados por cañones, enfermedades o hambre eran a menudo obligados a trabajar hasta la muerte en las minas y en las haciendas de sus nuevos amos coloniales. Las Leyes de Burgos de 1512-13 decretaban que los indios debían trabajar para los encomenderos españoles nueve meses al año y pagar diezmos a la Iglesia Católica, y que sus mujeres e hijos serían esclavizados y sus propiedades confiscadas si se resistían.

La población del área de Lima en Perú cayó de 25.000 habitantes a solo 2.000, y la de México de 10 a 3 millones de habitantes. La ciudad minera de Potosí, en la actual Bolivia, aumentó en cambio su población hasta 150.000 habitantes gracias al trabajo forzoso (mita). Un noble español escribía así al rey en 1535: «He viajado por buena parte del país y he visto una destrucción terrible».

Había comenzado la transformación del mundo por el colonialismo europeo. Los imperios portugués y español en ultramar, fundados a principios del siglo XVI, fueron pronto seguidos por los imperios neerlandés, inglés y francés. Desde el nacimiento mismo del capitalismo europeo, el sistema extendía ya sus zarpas ensangrentadas por tres continentes.

¿Pero por qué encabezó ese proceso la España de la Santa Inquisición, relativamente atrasada, feudal y absolutista? Los Habsburgo españoles necesitaban el oro y la plata del Nuevo Mundo para financiar sus ambiciones geopolíticas en Europa, y la geografía les había dado un acceso privilegiado a la tradición marítima de Portugal. Europa iba pagar un elevado precio por ello.

En 1521 comenzó una nueva oleada revolucionaria en Europa. Las rebeliones de los habitantes de las ciudades, campesinos y pequeña nobleza incendiaron Alemania durante la década de 1520 y principios de la de 1530. La guerra civil religiosa pronto se extendió a todo el país y una generación después a Francia, pero fue sobre todo en los Países Bajos donde estalló en 1566 una revolución a gran escala contra sus amos españoles. La guerra se prolongó entre los neerlandeses protestantes y los españoles católicos hasta 1609.

Fueron la plata y el oro de las Américas los que sostuvieron durante dos generaciones el poder de la España imperial y sus ejércitos en su intento de ahogar en sangre la primera revolución burguesa.

7

LA PRIMERA OLEADA DE REVOLUCIONES BURGUESAS

1517-1775



La revolución armada: un mosquetero del siglo XVII en su puesto de centinela.

A principios del siglo XVI las nuevas fuerzas que crecían en la sociedad medieval europea habían alcanzado un nivel crítico; pero eso no garantizaba el triunfo del capitalismo mercantil. Poderosos intereses creados, enraizados en estructuras sociales y políticas de larga tradición, podrían haber provocado su aborto. Fue necesaria la acción revolucionaria para despejar los obstáculos interpuestos por clases sociales en decadencia e ideologías anticuadas. Solo de esa forma se podía derribar el antiguo régimen abriendo la vía para la explosión de comercio y acumulación que la capacidad productiva de la humanidad había hecho posible.

Este fue, durante los siglos XVI y XVII, en la primera fase del capitalismo mundial, el significado interno de la Reforma, de la Revolución neerlandesa y más aún de la Revolución inglesa de 1637-60. Esos acontecimientos convirtieron al capitalismo mercantil en la forma económica dominante en grandes zonas de la Europa noroccidental. Las consecuencias durante el siglo XVIII serían la esclavitud, el colonialismo y guerras globales.

La Reforma protestante

Hasta el siglo XVIII la fe religiosa en Europa era casi universal y la teología proporcionaba el lenguaje en el que hombres y mujeres expresaban sus relaciones no solo con Dios, sino también las mutuas. Cuando se conformaban, lo hacían porque era «la voluntad de Dios»; cuando se rebelaban, también era «por voluntad de Dios»; pero cuando pasaban del conformismo a la rebelión no era porque Dios hubiera cambiado de opinión; era porque el mundo había cambiado. La teología proporcionaba en cualquier caso el vocabulario del discurso político.

La Iglesia Católica había dominado Europa occidental durante un milenio. Los desafíos a la autoridad de sus prelados y sus dogmas habían sido aplastados siempre. Miles y miles de los llamados herejes o infieles habían sido descoyuntados en el potro y quemados en la hoguera. Solo quedaban corrientes subterráneas de resistencia organizadas en redes clandestinas de radicales religiosos como los valdenses en el suroeste de Europa, los husitas en Bohemia y los lolardos en Inglaterra. Todos ellos habían sido en otro tiempo movimientos populares de masas, pero ninguno se había acercado a lo que iba a conseguir la Reforma desde 1521: fracturar la iglesia y el estado. Lo que la hizo posible fue la madurez de las nuevas fuerzas sociales que habían ido creciendo en la Europa medieval tardía.

La crisis comenzó al nivel ideológico. La iglesia estaba podrida y descompuesta por la corrupción. El papado se había convertido en un codiciado premio por el que combatían las familias aristocráticas italianas. Cardenales y obispos se enriquecían con múltiples nombramientos. Las «indulgencias» (el perdón de los pecados) eran vendidas a buen precio. Muchos monjes vivían en el lujo. Los sacerdotes eran a menudo ignorantes y perezosos.

La iglesia poseía vastas propiedades rústicas y los abades y obispos eran inmensamente ricos. Pero esto también era cierto en el caso de los reyes y nobles seculares; lo que hacía especialmente vulnerable al sector eclesiástico de la clase dominante feudal era la

hipocresía implícita en la corrupción de la iglesia, la contradicción entre riqueza y mensaje.

Cuando en 1517 un clérigo instruido alemán llamado Martín Lutero (1483-1546) clavó sus *Noventa y cinco tesis* en la puerta de la catedral de Wittenberg, su ataque a la venta de indulgencias y otros abusos obtuvo un apoyo generalizado. Esto le dio confianza para proseguir. Cuando el Papa lo amenazó con la excomunión en 1520, quemó la «Bula del Anticristo» en la plaza mayor de Wittenberg, y cuando Carlos V lo convocó ante la dieta de Worms (el parlamento del estado local) en 1521 y lo amenazó con quemarlo como hereje, se negó a retractarse.

Lo que hacía revolucionario el mensaje de Lutero era su rechazo de la autoridad eclesiástica. Los protestantes —como se acabó llamándolos— pretendían leer e interpretar la Biblia según su propio juicio. Según Lutero, la salvación dependía, no de asistir a la iglesia, obedecer al sacerdote o donar limosnas caritativamente, sino de una relación personal con Dios. Esto explica por qué la imprenta se vio en el centro de cada tormenta religiosa. Durante la Edad Media los libros eran escritos en latín, copiados a mano en los monasterios, y a continuación almacenados en bibliotecas eclesiásticas para ser leídos solo por unos pocos monjes. Los libros contenían ideas, y las ideas podían ser subversivas; no eran algo de lo que todos pudieran disponer libremente.

Los *Cuentos de Canterbury* de Geoffrey Chaucer (*c.* 1343-1400) constituyeron un caso modélico. Escritos en inglés a finales del siglo XIV, su retrato poco favorecedor de frailes, sacerdotes y cargos de la iglesia había atraído un ávido público lector entre los radicales religiosos. Fue más tarde publicado por William Caxton (*c.* 1420-1492), el pionero de la imprenta inglesa, haciendo llegar copias a las manos de un público lector (o auditor) mucho más amplio.

Esto ya era bastante malo, pero más subversiva todavía era la Biblia en inglés popularizada por John Wycliffe (*c.* 1320-1384), el líder de los lolardos, cuyas doctrinas anticiparon la Reforma. La posesión de un ejemplar llevaba consigo la pena de muerte: la palabra de Dios no se podía oír en un lenguaje que la gente corriente pudiera entender. La primera edición tuvo que imprimirse

en Alemania y luego introducirse de contrabando en Inglaterra en 1526. Su autor, el protestante inglés William Tyndale (*c.* 1492-1536), fue más tarde ejecutado por herejía. La Reforma era una batalla de ideas en la que las traducciones vernáculas y las copias impresas de la Biblia eran armas primordiales.

La segunda fase de la Reforma fue encabezada por Juan Calvino (1509-64), un francés establecido en Ginebra (Suiza), quien impuso una dictadura democrática en la ciudad. Llevó la ruptura con la Iglesia Católica hasta su conclusión lógica, rechazando toda la jerarquía de obispos y proponiendo en su lugar congregaciones gobernadas por un consejo de ancianos; de hecho, una iglesia dirigida por la clase media local.

La esencia de la Reforma era por tanto una ruptura con el principal sostén ideológico del feudalismo —la Iglesia Católica— y una explosión (controlada) de libre indagación y debate.

El protestantismo era, sobre todo, la religión del «tipo medio», los pioneros, en las regiones más desarrolladas de Europa, en la agricultura capitalista y el crecimiento del comercio y la manufactura. Las ciudades alemanas cayeron inmediatamente presa de la agitación al conocer el mensaje de Lutero. Los gremios urbanos —resentidos por las obligaciones feudales, los diezmos de la iglesia y el dominio social de las elites mercantiles— se unieron a la nueva religión. Muchas ciudades abrazaron el luteranismo en una oleada inicial de entusiasmo (1521-22). Al final se les iban a unir dos tercios de las ciudades alemanas.

Los nobles empobrecidos del sur de Alemania también emprendieron una revuelta (1522-23), pero fueron pronto derrotados por los príncipes gobernantes. La Reforma estaba encontrando ya resistencia desde arriba.

La rebelión mucho más seria de los campesinos alemanes en 1524-25 fue también derrotada. Emprendida por el estrato más bajo de la sociedad, representaba un desafío a todo el orden feudal. Los «Doce Artículos» de la Carta de Memmingen —el auténtico manifiesto de aquella rebelión— pedían el fin de las obligaciones feudales, los cercamientos de las tierras comunes, la justicia arbitraria y la servidumbre. Como dijo el líder protestante radical

Thomas Müntzer, «nuestros soberanos y gobernantes están en el fondo de toda la usura, latrocinio y robo [...] Oprimen a los campesinos y artesanos pobres».

Pero Lutero y otros importantes líderes protestantes denunciaron la rebelión y exigieron obediencia a las elites sociales. «Mejor la muerte de todos los campesinos —declaró Lutero— que la de príncipes y magistrados.» Escribió un panfleto titulado *Contra las hordas asesinas y ladronas de los campesinos* en el que alentaba a los señores feudales a matar a los rebeldes campesinos «tal como hay que matar a un perro rabioso».

Muchos príncipes alemanes se unieron a la Reforma. El propio Lutero había sido puesto a salvo en 1521 por el elector de Sajonia, quien le dio refugio. La reforma popular desde abajo tuvo como contrapeso una reforma aristocrática desde arriba. Los príncipes tenían varias razones para apoyar la Reforma: debido a su ímpetu, muchos creían mejor tratar de «cabalgar al tigre» que hacerle frente; el liderazgo aristocrático podría detener la marea de acontecimientos radicales. Pero la Reforma también fue útil para fomentar la ambición de los nobles. El protestantismo se convirtió en un mecanismo para rechazar la autoridad de los grandes señores seculares y eclesiásticos, movilizando el apoyo contra los rivales aristocráticos y apoderándose de las propiedades eclesiásticas.

Los príncipes alemanes se hicieron luteranos por su hostilidad hacia el Papa y al Sacro Emperador Romano, pero emplearon una feroz violencia reaccionaria contra los protestantes más radicales que parecían amenazar su riqueza y poder; y cuando sucedió esto, los líderes luteranos les apoyaron.

Algo semejante sucedió en Francia. Muchos nobles se hicieron protestantes como parte de una encarnizada lucha entre familias rivales. Los líderes calvinistas respaldaban esa reforma desde arriba. El resultado, tanto en Francia como en Alemania, fue que la contienda entre católicos y protestantes se convirtió en una guerra de religión entre alianzas opuestas de magnates.

Pero el protestantismo perdió impulso en cuanto dejó de ser una expresión de la revuelta popular antifeudal y se convirtió en poco más que el emblema de una facción aristocrática. El sur de

Alemania fue recuperado por el emperador y la iglesia. Los protestantes franceses siguieron siendo una pequeña minoría en un país mayoritariamente católico gobernado por un monarca absoluto.

La derrota de los anabaptistas alemanes simbolizó esa decisiva brecha entre las reformas popular y aristocrática. Durante cerca de dos años (1534-35) Münster estuvo controlada por anabaptistas radicales dirigidos por un joven aprendiz de sastre neerlandés, Jan van Leiden. La elite católica y luterana fue expulsada, se estableció una comuna igualitaria y los anabaptistas se prepararon para el Día del Juicio, aunque lo que sucedió fue que el obispo-príncipe local puso sitio a la ciudad hasta rendirla por hambre y luego torturó hasta la muerte a los líderes anabaptistas capturados.

La divergencia entre reformadores conservadores y radicales destruyó el potencial revolucionario de la Reforma en Alemania y Francia y ofreció una salida a las fuerzas unidas de la reacción feudal-absolutista.

LA CONTRARREFORMA

«Quien hace una revolución a medias no hace más que cavar su propia tumba», dijo el revolucionario francés Louis de Saint-Just. El historiador socialista R. H. Tawney afirmó algo muy parecido cuando escribió que no se puede despellejar a un tigre zarpa a zarpa. Este era el peligro inherente a la derrota de la Reforma popular.

Del mismo modo que la revolución burguesa había comenzado como un movimiento ideológico de reforma religiosa, la respuesta contrarrevolucionaria se planteó como reafirmación dogmática de la ortodoxia católica: la Contrarreforma.

El Concilio de Trento, que se reunió entre 1545 y 1563, promulgó una serie de decretos con dos propósitos principales: erradicar la corrupción en la iglesia y reafirmar el dogma católico.

El absentismo, el desempeño de múltiples puestos y la compraventa de cargos eclesiásticos fueron proscritos. Se crearon nuevos seminarios para la formación de sacerdotes, pretendiendo mejorar en particular la calidad de los obispos que constituían la vanguardia ideológica del catolicismo. Al mismo tiempo, el concilio fue muy claro en su reafirmación de las doctrinas medievales que distinguían al catolicismo del protestantismo: la veneración de los santos; la salvación mediante las buenas obras; la observación de los siete sacramentos; la presencia real de Cristo en la eucaristía (en el pan); y la infalibilidad (dictadura eclesiástica) del papado.

El Concilio de Trento recompuso las defensas de la iglesia. Otras dos características de la Contrarreforma suponían pasar a la ofensiva.

En 1540 el papa Pablo III dio su aprobación a la Sociedad de Jesús, una orden religiosa mundial fundada por Ignacio de Loyola, un soldado español reconvertido en asceta, místico y teólogo. Los jesuitas, cuidadosamente seleccionados, bien adiestrados y disciplinados, se convirtieron en las «fuerzas especiales» operativas de la Contrarreforma. Además de sus tareas en el núcleo católico y como misioneros en las Américas y las Antillas, crearon una red clandestina para la subversión de los estados gobernados por protestantes en el noroeste de Europa.

El segundo brazo ofensivo fue la Inquisición. Aquella siniestra organización, creada originalmente a finales del siglo XII en el Languedoc (sur de Francia) para combatir la herejía de los cátaros o albigenses, se había mantenido en España como Tribunal del Santo Oficio, primero como arma en la guerra feudal contra los moros (musulmanes andalusíes), y luego como instrumento de la nueva monarquía absolutista. Tras la unificación de España, Austria y Alemania bajo Carlos V (1519-56), y la decisión del papa Paulo III en 1542 de restablecer la institución en Italia, la Inquisición se transformó en una agencia de represión paneuropea.

El Santo Oficio de la Inquisición, dirigido por seis cardenales desde Roma, se convirtió en un tribunal contrarrevolucionario permanente ante el que no había apelación. Los inquisidores podían desplazarse por cualquier país católico con el poder de detener y torturar a los herejes, confiscar sus propiedades y entregar a los condenados al verdugo para su ejecución. La Inquisición también puso en vigor (en 1564) el Índice de Libros Prohibidos, una lista regularmente puesta al día de textos que debían ser quemados, que no fue derogada hasta 1966. Allí donde alcanzaba la Inquisición, el arte, la ciencia y la libertad de pensamiento e investigación quedaban amenazados. La cultura humanista del Renacimiento fue sustituida por la alabanza de la autoridad tradicional. El arte y la arquitectura se fosilizaron en la glorificación barroca del poder, la riqueza y el misticismo, mientras que los investigadores científicos podían ser quemados en la hoguera junto con sus libros. En la Europa de la Contrarreforma podía ser muy peligroso pensar en voz alta.

El contraste entre el potencial cultural y la reacción política —entre el Renacimiento y la Contrarreforma— fue más evidente en Italia que en ningún otro sitio. Las ciudades-estado se habían convertido allí desde el siglo XII en importantes centros independientes de comercio y poder en el mundo feudal. Durante los siglos XV y XVI albergaron muchos de los mayores logros artísticos, arquitectónicos y científicos del Renacimiento. Pero el capitalismo mercantil embrionario fue sofocado poco después de nacer en todas ellas. Las nuevas fuerzas socioeconómicas no

consiguieron abrirse camino a través de las estructuras político-militares tradicionales. La riqueza comercial permaneció bajo el control de las viejas elites y el Renacimiento artístico quedó al servicio de la Contrarreforma.

Dos factores fueron decisivos. En primer lugar, la economía de las ciudades-estado estaba trabada por un marco de gremios feudales y mercados regulados. Ese marco estaba dominado por poderosas oligarquías mercantiles, en muchos casos por una sola familia. Mercaderes y banqueros se convirtieron así en potentados de base urbana que aprovechaban su control del gobierno de la ciudad y de los gremios para apuntalar su propia posición y ofrecer plataformas de lanzamiento para ambiciones políticas más amplias. Los Medici de Florencia, por ejemplo, acabaron situándose en los niveles más altos de la sociedad feudal: tres de ellos llegaron a papa y dos fueron reinas de Francia.

En segundo lugar, Italia seguía dividida en una multitud de miniestados rivales, la guerra entre facciones feudales era endémica y el territorio estaba expuesto a la intervención extranjera, convirtiéndose en campo de batalla para las grandes potencias. La guerra secular entre los güelfos, que apoyaban al papado, y los gibelinos, partidarios del Sacro Imperio Romano-Germánico, se mantuvo hasta mediados del siglo XIV, y después, entre 1494 y 1559, el norte de Italia se convirtió en la principal arena de la larga confrontación militar entre Francia y el imperio Habsburgo.

Por eso Italia siguió presa de príncipes-comerciantes, soldados de ventura (*condottieri*) y ejércitos extranjeros. El protestantismo tuvo escasos seguidores, y esos pocos fueron pronto aplastados por la Contrarreforma organizada desde Roma.

España, en cambio, era un estado unificado, aunque compuesto, en el que la Contrarreforma fue aplicada como instrumento del despotismo real. Felipe II (1556-98) era el gobernante católico arquetípico: sombrío, burocrático, reaccionario, intolerante, rey por derecho divino. Todo el mundo debía dirigirse a él genuflexo. Las Cortes fueron privadas de poder y la nobleza reducida a una casta de cortesanas aduladores. Los poderes locales fueron recortados y la autoridad centralizada. El propio rey presidió algunos de los

horripilantes Autos de Fe —las ejecuciones públicas ordenadas por la Inquisición— con los que el protestantismo español fue erradicado en menos de diez años. Los moriscos se vieron sometidos a una extrema opresión: se les prohibió hablar árabe, vestir sus ropas tradicionales o seguir sus costumbres funerarias y matrimoniales. Cuando se rebelaron en las Alpujarras en 1568, el orden se restauró mediante un exterminio despiadado.

Francia era diferente. El feudalismo español había conseguido mayor centralización durante la Edad Media debido a la «reconquista» contra los moros, pero la monarquía francesa siempre había sido más débil, aunque muchas de sus regiones estuvieran más desarrolladas económicamente que España. La reforma protestante pudo reclutar allí más seguidores, estableciendo unas 2.500 iglesias con sus propios sínodos (consejos) en casi un tercio de Francia. Como en otros lugares, la Reforma francesa había sido impulsada desde abajo por el «tipo medio»; pero también se habían convertido sectores de la nobleza situándose a la cabeza de la comunidad protestante (hugonote) para defender sus intereses dinásticos.

En 1562 soldados a las órdenes del duque Francisco de Guisa llevaron a cabo una masacre de hugonotes. El príncipe Luis de Condé, uno de los principales nobles protestantes, llamó inmediatamente a las armas a sus seguidores y correligionarios. Durante casi cuarenta años Francia se vio desgarrada por guerras de religión entre facciones aristocráticas rivales, que en agosto de 1572 cobraron la forma extrema de pogromos. La matanza de miles de hugonotes durante la Noche de San Bartolomé en París fue seguida por una serie de masacres similares en otras importantes ciudades francesas y celebrada con un *Te Deum* de acción de gracias en la basílica de San Pedro por el papa Gregorio XIII, quien ordenó acuñar una medalla conmemorativa. Si en España fue la Inquisición la que destruyó la débil Reforma popular, en Francia esa misma tarea fue llevada a cabo por escuadrones de la muerte católicos.

Pero la guerra continuó. Las matanzas la hicieron más encarnizada, pero también reforzaron el control aristocrático en la

medida en que el pueblo buscaba la protección de los nobles locales. El potencial radical de la Reforma se vio además distorsionado por la lógica de las facciones aristocráticas y la guerra religiosa.

La guerra acabó finalmente en un compromiso. El líder protestante Enrique de Navarra accedió al trono francés convirtiéndose en el rey Enrique IV (1589-1610), pero a fin de reunificar el estado fracturado renunció a su fe y se convirtió al catolicismo (1593), pronunciando al parecer la famosa frase: «París bien vale una misa». Una vez que los últimos centros de resistencia habían quedado reducidos, promulgó el Edicto de Nantes (1598), que concedía libertad de conciencia y de culto a los hugonotes.

Las guerras habían causado un enorme daño económico y la degeneración de la Reforma en faccionalismo aristocrático había detenido su avance. Esas consecuencias de las guerras de religión iban a determinar el curso de la historia francesa durante los doscientos años siguientes. Durante el siglo XVII se consolidó una poderosa monarquía absoluta. Los castillos aristocráticos, bases de poder regional de los grandes terratenientes feudales, fueron destruidos por los cañones reales y los nobles reducidos a meros cortesanos. Un régimen estatal-feudal congeló las relaciones sociales, retrasó el desarrollo económico e impuso una gigantesca carga militar a la sociedad francesa. El triunfo del estado absolutista sobre la sociedad civil sería simbolizado por la revocación del Edicto de Nantes en 1685, con lo que los hugonotes se convirtieron en una minoría perseguida. El resultado final de la derrota de la Reforma popular fue la acumulación de contradicciones que iba a dar lugar a la gran Revolución francesa de 1789.

La Contrarreforma había triunfado en España e Italia y logrado grandes avances en Alemania y Francia, pero la Reforma sobrevivió en el norte de Europa, la región que se convirtió ahora en centro energético de la historia mundial.

La Revolución neerlandesa

En el siglo XVI vivían en los Países Bajos unos 3 millones de personas, lo mismo que en la totalidad de Inglaterra y Gales. De ellos, casi la mitad vivía en ciudades. Brujas, Gante, Bruselas, Amberes, Utrecht, Leiden, Harlem, Amsterdam y otras ciudades flamencas y neerlandesas estaban entre los más destacados centros comerciales de la Europa del Renacimiento. Más de veinticinco de esas ciudades contaban con una población de más de 10.000 habitantes. La región contaba con abundantes vías fluviales: ríos, estuarios, canales y diques. Varios grandes ríos europeos —el Rin, el Mosa y el Escalda— finalizaban su recorrido en la costa del mar del Norte en un dédalo de estuarios, islas y tierras pantanosas.

A medida que el orden feudal iba siendo transformado por el dinero y el mercado, la geografía de los Países Bajos los convirtió en una de las regiones económicas más dinámicas de Europa. Comerciantes y artesanos dominaban la sociedad flamenca-neerlandesa, donde florecía la cultura y la organización civil. Poderosos gremios dominaban la vida urbana. La defensa de los privilegios y libertades tradicionales era vigorosa.

La Reforma prendió en los Países Bajos como una chispa en la yesca. Allí se aborrecía más que en ningún otro lugar de Europa el poder de los grandes señores feudales y la corrupción de la iglesia. Pero los Países Bajos constituían un feudo de la España imperial, y sobre la riqueza mercantil flamenco-neerlandesa cayeron impuestos incrementados para financiar un ejército español de 150.000 soldados y defender las ambiciones dinásticas de un distante rey Habsburgo católico.

La nobleza flamenco-neerlandesa que gobernaba los Países Bajos se encontró atrapada entre las exigencias del estado imperial y la resistencia de las poblaciones urbanas calvinistas y anabaptistas. En 1564 forzaron la destitución del cardenal Granvela como virrey español, pero ni siquiera esto logró apaciguar el creciente descontento.

Un intento de reprimir la herejía por parte de las autoridades católicas dos años después chocó con una resistencia sin

precedentes. En todas las ciudades de los Países Bajos se celebraban asambleas al aire libre de protestantes armados. Un cronista patricio de Gante se maravillaba de que cuatro o cinco sermones hubieran bastado para cambiar las creencias que la gente había mantenido durante treinta o cuarenta años.

En agosto y septiembre de aquel año multitudes revolucionarias derribaron el antiguo régimen en una ciudad tras otra. Las iglesias católicas fueron atacadas con «furia iconoclasta». Las oligarquías municipales conservadoras se derrumbaron. Los príncipes gobernantes se vieron obligados a conceder la libertad de culto a los luteranos y calvinistas, mientras que los anabaptistas se la tomaron simplemente sin esperar ningún permiso. Un sector de la nobleza neerlandesa dirigido por Guillermo de Orange se situó a la cabeza del movimiento revolucionario, mientras la mayoría optaba por la pasividad o apoyaba la violencia contrarrevolucionaria ahora desencadenada por el rey de España.

Felipe II, decidido a mantener unido su extenso imperio aplastando las fuerzas de la Reforma y la revolución que lo amenazaban, convirtió los Países Bajos en el principal campo de batalla de Europa. Durante más de cuarenta años, con fortuna muy fluctuante, la revolución neerlandesa cobró la forma de una prolongada guerra popular de liberación nacional. Decenas de miles de soldados españoles fueron desplegados, gastándose enormes cantidades de dinero en su mantenimiento. Los soldados extranjeros y la Inquisición desencadenaron el terror a gran escala. Tras el saqueo de Amberes en noviembre de 1576 fueron destruidas, durante varios días de «furia española», un millar de casas y asesinadas 8.000 personas. El terror militar derrotó al movimiento flamenco y restauró el dominio español en Flandes, pero la revolución neerlandesa resultó más difícil de vencer.

Los avances hacia el norte tenían que transitar por un corredor relativamente estrecho cortado por varios ríos caudalosos. La tierra es allí generalmente baja, pantanosa y surcada por incontables diques de drenaje. Los ríos y presas ofrecían líneas de defensa naturales. Ese efecto se combinó con la elevada densidad de población; había muchas ciudades amuralladas, e incluso pueblos

más pequeños podían convertirse en fortalezas improvisando rampas, barricadas y casamatas. El resultado fue lo que los teóricos militares llaman «terreno complejo», un territorio disputado donde el movimiento y el abastecimiento resultan difíciles y los ejércitos invasores se ven empantanados entre obstáculos naturales, posiciones ocultas y reductos bien defendidos. A las dificultades de los invasores se añadió el creciente profesionalismo de la milicia urbana que constituía el núcleo de las fuerzas neerlandesas, las operaciones de una abundante flota de «mendigos del mar» (una confederación de nobles calvinistas neerlandeses), y el creciente número de voluntarios extranjeros que llegaban en ayuda de sus correligionarios.

Los miembros de las congregaciones calvinista y anabaptista funcionaban como los activistas de un partido revolucionario. La guerra radicalizó la revolución. La República de las Siete Provincias Unidas (nombre oficial del estado creado en 1579 con la Unión de Utrecht) tuvo pronto la mayor proporción de anabaptistas de Europa, que llegaba hasta la mitad de la población en algunos distritos. Los anabaptistas defendían la democracia política y la igualdad social.

Al mismo tiempo, las iglesias calvinistas en Alemania, Francia, Inglaterra y Escocia —azuzadas por los exiliados neerlandeses— funcionaban como una especie de «Internacional» revolucionaria, recabando apoyo para la resistencia. Los contingentes extranjeros que combatían en los Países Bajos fueron el resultado más tangible, de hecho una especie de «brigada internacional» protestante, porque la revolución neerlandesa se había convertido en la línea del frente en la lucha contra la Contrarreforma.

Cuando la tercera ofensiva española puso a los neerlandeses al borde de la derrota en 1584, Isabel I de Inglaterra declaró la guerra. La seguridad del estado protestante inglés habría quedado en peligro en caso de una victoria del imperio español que le habría dado el control de la costa del Canal, por lo que le interesaba mantener viva una guerra en los Países Bajos que además era muy popular para el «tipo medio» protestante que constituía la base de masas de la dinastía Tudor.

La intervención inglesa impulsó a Felipe II a su mayor esfuerzo: la Grande y Felicísima Armada (conocida también como «Invencible») de 1588, cuya derrota frente a una combinación de fuertes tormentas y el hostigamiento de una flota inglesa equivalente cambió la suerte de la guerra. El imperio español había ido más allá de sus posibilidades. Estaba apoyando a los Habsburgo católicos en Alemania, salvaguardando sus intereses en Italia, combatiendo contra los otomanos en el Mediterráneo, interviniendo en las guerras de religión francesas, defendiendo sus vastos territorios en las Américas y protegiendo frente a los corsarios ingleses y holandeses la Flota de Indias que transportaba desde los virreinatos de Nueva España y del Perú los metales preciosos y otros bienes extraídos por los encomenderos mediante el trabajo forzado. Las tropas españolas se amotinaron una y otra vez en el frente neerlandés por los retrasos en su paga, y pese a los esfuerzos del poder imperial los neerlandeses resistían, los Tercios españoles (bajo el mando del infame duque de Alba (1567-73) y del duque de Parma (1577-87)) se extenuaban y la revolución se renovaba. Los españoles acabaron cediendo en el Tratado de Amberes de 1609, con lo que las Provincias Unidas de los Países Bajos se convirtieron en la primera república burguesa del mundo.

Los propios historiadores marxistas minusvaloran a veces la importancia de la revolución neerlandesa de 1566-1609. Fue larga, compleja y dominada por la guerra, con tres fases de ofensiva político-militar —1565-68, 1569-76 y 1576-81—, cada una de los cuales fue seguida por una contraofensiva española. Después de la última, rechazada gracias al apoyo inglés, la revolución prosiguió como un enfrentamiento militar convencional.

El liderazgo aristocrático de la casa de Orange, cada vez más dominante en las últimas fases, distorsionó pero no alteró el carácter revolucionario de la guerra. La gran burguesía mercantil se alzó con la victoria gracias al apoyo de la pequeña burguesía urbana de comerciantes, artesanos y trabajadores. Las iglesias calvinista y anabaptista proporcionaron el liderazgo revolucionario esencial.

A diferencia de las regiones donde triunfó la Contrarreforma, para los Países Bajos el siglo XVII fue una Edad de Oro. Su

comercio, marina e imperio de ultramar cobraron preeminencia. Sus ciudades se poblaron de grandes edificios y su arte era el más apreciado de Europa.

Pero su territorio era muy pequeño, lo que a largo plazo se demostraría como una barrera insuperable para su crecimiento económico y el poder político del nuevo estado. Para que hubiera un avance decisivo del nuevo orden económico mundial, la revolución burguesa tenia que obtener mayores victorias, algo que iba a suceder a lo largo del siglo XVII.

La guerra de los Treinta Años

En 1609 la España imperial había sido derrotada en su esfuerzo por aplastar la revolución neerlandesa y los Países Bajos pudieron florecer como una república burguesa protestante; pero el final de aquella guerra liberó a los gobernantes Habsburgo católicos de España para la iniciativa en otros lugares.

El Sacro Imperio Romano-Germánico estaba gobernado por otra rama de los Habsburgo. La base del poder del emperador estaba en Austria, donde se concentraban los principales latifundios de la familia, pero su autoridad se extendía por toda Alemania, Silesia, Bohemia, Moravia, Hungría y parte de la Italia septentrional. El imperio era un superestado dinástico que englobaba la mayor parte de Europa central; pero estaba profundamente dividido. En Alemania y Bohemia, sobre todo, dominaba la iglesia reformada. La autoridad del emperador había sido asumida por los príncipes locales y las propiedades de la iglesia habían pasado a manos de nuevos propietarios seculares.

A principios del siglo XVII los Habsburgo de España y Austria emprendieron una contrarrevolución feudal-absolutista contra la Reforma alemana. Los resultados no pretendidos de aquel conflicto —la guerra de los Treinta Años (1618-48)— transformaron la Europa continental más radicalmente que cualquier acontecimiento posterior hasta la Revolución francesa (1789-1815).

La crisis se inició en Bohemia (actualmente en la República Checa). La independencia y riqueza de la nobleza checa estaba amenazada por la política centralizadora y catolizadora de Viena. Los nobles respondieron arrojando a tres enviados imperiales por una ventana del castillo (la «defenestración de Praga»), que cayeron sobre un montón de estiércol. Al año siguiente, en 1619, los nobles se negaron a reconocer al nuevo emperador Habsburgo católico Fernando II, otorgando la corona del reino de Bohemia a uno de los principales príncipes protestantes de Alemania, el elector palatino del Rin Federico V; en términos dinásticos feudales, aquello era toda una declaración de independencia frente al imperio y la iglesia.

Bohemia era uno de los países económicamente más avanzados de Europa. Aunque todavía dominada por magnates feudales, la sociedad se iba transformando a medida que los mercados y el dinero reconfiguraban las relaciones entre señores, comerciantes y campesinos. Era en Bohemia donde había florecido a principios del siglo XV la «herejía» protoprotestante husita. El protestantismo y la tradicional tolerancia religiosa reflejaban el cambio de carácter de la sociedad bohemia.

Pero en la batalla de la Montaña Blanca (Bílá Hora) cerca de Praga en 1620, la liga católica derrotó a Federico V, con lo que se restauró el gobierno imperial. Las libertades checas fueron abolidas, la corona bohemia fue declarada posesión hereditaria de la familia Habsburgo y se desencadenó la Contrarreforma con toda su furia. La nobleza bohemia podría haber intentado resistirse convirtiendo el conflicto en una guerra popular como la rebelión husita de dos siglos antes, pero su interés de clase se lo impidió, ya que no tenía ningún deseo de resucitar el espectro de la revolución social, y en lugar de ello apeló sin ningún éxito al apoyo de otros príncipes protestantes.

La Unión Protestante del norte de Alemania no contaba con fuerzas suficientes. El emperador y la Liga Católica estaban a la ofensiva y la guerra se extendió rápidamente, alcanzando los Países Bajos, Dinamarca, Suecia y finalmente Francia, que intervinieron para evitar una victoria católica y el dominio de toda Europa por los Habsburgo. Una guerra de religión se convirtió así en un conflicto geopolítico. El potencial revolucionario de la Reforma se vio desviado por el liderazgo de los príncipes y transformado en una guerra convencional entre estados rivales.

Cada vez que la Liga Católica parecía al borde de obtener la victoria en Alemania, aparecía un nuevo defensor: el elector palatino, la República neerlandesa, el rey Cristián de Dinamarca, el rey Gustavo Adolfo de Suecia, y finalmente el cardenal Richelieu, primer ministro del rey Luis XIII de Francia, por lo que la guerra se prolongó y devastó Alemania. La que había sido una de las economías más avanzadas de Europa fue demolida por la inseguridad, la despoblación, la interrupción del comercio, la

destrucción de las propiedades y el saqueo de los ejércitos. La población se redujo quizá a la mitad entre 1618 y 1648.

La ofensiva de los Habsburgo fue detenida y su intento de crear un absolutismo paneuropeo resultó derrotado. Alemania quedó como un mosaico de pequeños estados, a menudo en guerra unos contra otros, separados por barreras aduaneras y divididos por la religión.

Allí donde la Liga Católica había triunfado de forma aplastante, hubo una reacción desenfrenada. Las tuercas de la explotación feudal se apretaron sobre los campesinos bohemios, muchos de los cuales acabaron teniendo que entregar la mitad de su producción a los señores, vaciando el campo de los excedentes necesarios para mejorar las granjas y elevar la productividad. Las ciudades quedaron despobladas y la lengua checa entró en declive.

Las naciones de Europa central se vieron fragmentadas o anexionadas sin atender a los límites lingüísticos, étnicos y culturales; Alemania no se reunificó finalmente hasta 1871, y los pueblos sometidos al imperio Habsburgo no lograron la independencia hasta 1918. Este fue el precio a pagar por la reforma «desviada», esto es, su transformación de una revolución popular en faccionalismo aristocrático.

No menos abrumador fue el efecto de la guerra sobre España y Francia. La España de los Habsburgo, financiada por sus imperios en Europa y el Nuevo Mundo, había sido la potencia militar más formidable del siglo XVI, pero la preeminencia geopolítica había velado su estancamiento socioeconómico. La clase terrateniente feudal todavía dominaba la península ibérica. El comercio y las ciudades seguían subdesarrolladas. La ciencia y la cultura se malograron bajo la doble presión del absolutismo Habsburgo y la Santa Inquisición.

Los siglos XVI y XVII fueron una época de transición. El capitalismo mercantil y la revolución burguesa elevaron algunas sociedades a expensas de otras. En este contexto, la ambición político-militar de la España imperial estaba en contradicción con su atraso socioeconómico. Durante la guerra de los Treinta Años, la ley de la gravedad política se vio reafirmada. Tras una guerra de

ochenta años para aplastar la Reforma en la Europa noroccidental, el agotamiento de sus recursos entre 1618 y 1648 provocó el hundimiento final del poderío militar español, con lo que la hegemonía geopolítica en el continente pasó a Francia.

Durante las décadas de 1620 y 1630, con sus propias guerras de religión de finales del siglo XVI aplacadas por un compromiso, la monarquía francesa se convirtió en un poderoso absolutismo bajo la dirección política del cardenal Richelieu. Los hugonotes perdieron sus reductos y dejaron de ser un estado dentro del estado. Los nobles fueron sometidos, sus castillos demolidos, el duelo proscrito y las conspiraciones aplastadas. Los nobles se convirtieron en cortesanos, los *parlements* locales perdieron poder efectivo y en su lugar gobernaban los *intendants* (administradores) reales y los comisionados itinerantes.

Los leales fueron recompensados con puestos y privilegios y la aristocracia francesa evolucionó convirtiéndose en una casta de funcionarios estatales consentidos. Una combinación de las exacciones feudales de los nobles locales y los impuestos estatales para mantener la maquinaria bélica de la monarquía condenaron al campesinado a una pobreza extrema, de forma que la desesperación general de la vida aldeana solo se veía marcada ocasionalmente por levantamientos condenados al fracaso.

Entre 1635 y 1648 la Francia absolutista intervino en la guerra de los Treinta Años para evitar una victoria de los Habsburgo. El resultado fue la supremacía francesa en Europa.

Durante los siete años siguientes la monarquía se vio desafiada internamente por la Fronda, una rebelión popular contra los impuestos de guerra, seguida por una revuelta aristocrática contra el absolutismo. Las sucesivas Frondas fueron, en cierto sentido, una revolución abortada de fuerzas dispersas, mal definidas y mal coordinadas. La nueva monarquía resistió la tormenta.

La Francia absolutista iba a dominar la Europa continental durante más de un siglo, gracias a los recursos nacionales a disposición de la monarquía; pero durante aquel periodo Gran Bretaña se iba a mostrar como el rival más eficaz y pertinaz de

Francia, y a largo plazo iba a triunfar, tanto en la lucha por el imperio como en el esfuerzo por construir una economía moderna.

Para entender el porqué, debemos ahora atender a los acontecimientos sucedidos en Gran Bretaña durante el siglo XVII, ya que allí el resultado de la contienda entre Reforma y Contrarreforma, entre revolución burguesa y absolutismo, fue muy diferente que en Francia, España y Alemania. Allí, en una isla de mediano tamaño en el extremo noroccidental de Europa, fue donde se alcanzó más plenamente la promesa revolucionaria de la Reforma.

En Europa central, en la primera mitad del siglo XVII, la contrarrevolución acabó en lo que Marx y Engels calificaron en el *Manifiesto Comunista* como «la ruina común de las clases contendientes». La apisonadora puesta en marcha por los Habsburgo solo se detuvo tras treinta años de guerra destructiva. Aquel esfuerzo descompuso el poder militar de la España feudal-absolutista, pero también la avanzada economía de Alemania.

En Inglaterra, en cambio, el intento de contrarrevolución condujo a la caída del absolutismo feudal, la ejecución del rey y el establecimiento de una república burguesa. Este resultado tan diferente fue consecuencia de la resuelta acción de decenas de miles de revolucionarios en una sucesión de acontecimientos clave durante la década de 1640; pero el movimiento de masas en el que estaban insertos tenía sus raíces en la Reforma inglesa de un siglo antes.

Durante la década de 1530 la Reforma desde arriba había dado lugar a una ruptura con el papado, al control del rey sobre la iglesia inglesa y a la nacionalización de las propiedades monásticas. Para explicar esos acontecimientos, la mayoría de los historiadores se concentran en las necesidades dinásticas del régimen Tudor. Es cierto que Enrique VIII (1509-47) quería divorciarse de Catalina de Aragón para volver a casarse y engendrar un heredero varón legítimo, pero había otros dos factores de la misma importancia.

En primer lugar, el régimen Tudor se basaba en parte en el apoyo de la «clase media» de pequeños granjeros, comerciantes y artesanos. Ellos fueron los pioneros de la economía relativamente avanzada de Inglaterra, y muchos se convirtieron desde el principio y con entusiasmo a la nueva religión. Para el dinamismo de la economía inglesa de la época —y por tanto para la prosperidad de los granjeros, comerciantes y armadores— era decisivo el comercio lanero.

Thomas Cromwell (1485-1540), primer ministro de Enrique VIII entre 1532 y 1540, provenía de esa clase y era un protestante acérrimo. Ana Bolena, cuyo matrimonio con el rey fue apañado por

Cromwell, también era protestante. El propio Enrique era muy conservador en asuntos de religión, pero durante el reinado de su hijo Eduardo VI (1547-53) la iglesia de Inglaterra se reformó radicalmente.

En segundo lugar, la tierra nacionalizada de los monasterios se vendió o repartió rápidamente. Fue la mayor transferencia de propiedad agraria desde la conquista normanda. Amplió y enriqueció a la baja nobleza inglesa y creó así una fuerte base de apoyo entre los terratenientes, tanto para la dinastía Tudor como para la religión protestante.

La Reforma inglesa desde arriba fue por tanto un proceso muy arraigado de cambio religioso, político y social, y por eso el intento de restauración católica durante el reinado de María I (1553-58), hija de Enrique VII casada con Felipe II de España, estaba condenado al fracaso, y también por eso era tan popular y firme el régimen Tudor durante el reinado de Isabel I (1558-1603). El fracaso de la Armada «Invencible» española en 1588 solo fue la prueba más notable de la fuerza del régimen.

Pero el viejo régimen no había sufrido una derrota decisiva. Los magnates regionales, especialmente en el norte y el oeste del país, mantenían un considerable poder. Los principales aristócratas aprovechaban su posición en la corte para conseguir títulos honoríficos, nombramientos para importantes puestos en la administración, propiedades rústicas, contratos de negocios y derechos de monopolio. La competencia feudal, que en otro tiempo era cuestión de fuerza militar, dependía ahora de las intrigas en la corte.

La reforma de la década de 1530 había dejado sin resolver la principal contradicción de la sociedad inglesa. De hecho, al reforzar la nueva economía, favoreció que se exacerbara durante las siguientes décadas. La antigua aristocracia dependía ahora cada vez más del patrocinio de la corte y pretendía apuntalar sus privilegios mientras la baja nobleza, los campesinos ricos, los industriales y los burgueses (habitantes de las ciudades) desarrollaban sus actividades y negocios.

La población de Inglaterra se duplicó, como poco, entre 1500 y 1650, momento en el que una de cada doce personas vivía en un entorno urbano y cientos de miles trabajaban en las manufacturas rurales. La baja nobleza rural y los burgueses representados en el Parlamento se sentían cada vez más irritados por las barreras a sus iniciativas. Los impuestos reales, los aranceles aduaneros y los monopolios comerciales parecían destinados a enriquecer a cortesanos ociosos.

Los dos primeros reyes Estuardo que sucedieron a los Tudor, Jacobo I (1603-25) y Carlos I (1625-49), chocaron repetidamente con sus parlamentos. En 1629 se llegó a un punto crítico en las relaciones entre «Corte y País» cuando Carlos I disolvió el Parlamento y pretendió gobernar sin él. La «Tiranía de los Once Años» (1629-40) fue un intento de establecer en Inglaterra el absolutismo de estilo continental. Aquella experiencia disparó todas las ansiedades de clase de la pequeña nobleza y los burgueses. Los impuestos arbitrarios, las requisas y los acantonamientos amenazaban sus propiedades. La centralización política socavaba la autoridad tradicional de las elites locales. El alineamiento con las potencias católicas en el extranjero entraba en conflicto con los intereses comerciales de las ciudades. La influencia católica en la corte arrojaba una ominosa sombra sobre la seguridad de los títulos de propiedad de las tierras confiscadas a la iglesia. Un ejército católico irlandés reclutado por el virrey Thomas Wentworth tenía todo el aspecto de una fuerza coactiva a punto de emplearse para imponer el absolutismo monárquico.

La crisis estalló en 1637, a propósito de un problema religioso: el anglicanismo del arzobispo de Canterbury William Laud era una rama conservadora del protestantismo apenas distinguible a ojos de muchos del catolicismo. El conformismo religioso se había convertido en sinónimo de la obediencia política. La principal línea de división era la que existía entre los calvinistas por un lado —conocidos en Inglaterra como «puritanos» y como «presbiterianos» en Escocia— y los anglicanos de la High Church y los católicos por otro.

En las Tierras Bajas de Escocia nobles, burgueses y pastores calvinistas se habían unido desde hacía tiempo para poner en marcha su propia reforma. Carlos, rey de Escocia e Inglaterra, intentaba afianzar su autoridad a ambos lados de la frontera. Su intento de imponer en Escocia la nueva liturgia codificada por Laud en el Libro del Rezo Común anglicano provocó una revuelta. Cuando el deán de la iglesia de San Gil en Edimburgo comenzó a leer las oraciones de ese libro el 23 de julio de 1637, una tendera del mercado, Jenny Geddes, le arrojó su silla gritando: «¿Se atreve a decir la misa [anglicana] ante mis oídos?» El servicio religioso acabó en el caos, y poco después una enorme multitud de escoceses calvinistas se reunieron a la entrada del castillo de Edimburgo para firmar un juramento solemne de defender su religión. Jenny Geddes encendió así la chispa de la Revolución inglesa (Escocia tuvo en ella una importante participación, y quizá sería más adecuado llamarla «Revolución británica», pero la expresión «Revolución inglesa» está demasiado firmemente anclada en la literatura).

El rey intentó reprimir por la fuerza a los juramentados escoceses, pero la milicia amotinada de los condados septentrionales ingleses no estaba en condiciones de hacer frente a los escoceses y la «primera guerra de los obispos» acabó sin un claro vencedor en 1639. Al año siguiente se reclutó un ejército inglés mucho mayor, pero los juramentados cruzaron la frontera y rechazaron a sus enemigos con fuego de artillería. Los escoceses —con el apoyo declarado de los puritanos ingleses con los que estaban en contacto— ocuparon los tres condados ingleses más septentrionales pidiendo una indemnización de 400.000 libras que se les debían según los términos del Tratado de Ripon firmado al final de la «segunda guerra de los obispos».

Para pagar la deuda y apaciguar a los escoceses, Carlos Estuardo no tenía otra opción que convocar al Parlamento. Las medidas extraordinarias de recaudación durante su «Tiranía de Once Años» eran legalmente dudosas, cada vez más impugnadas y desesperadamente insuficientes para pagar la deuda. El estado protoabsolutista Estuardo se había venido abajo. Su ruptura con las

clases propietarias de Escocia e Inglaterra lo había dejado insolvente frente a la rebelión; pero el Parlamento «Largo» que se reunió en noviembre de 1640 no estaba en absoluto dispuesto a ofrecerle los fondos necesarios para crear un ejército real o para saldar la deuda con los escoceses. Su propósito no era otro que desmantelar todo el aparato del absolutismo embrionario, y resultó que eso no se podía conseguir sin una guerra civil.

El absolutismo real amenazaba los poderes, privilegios y propiedades de las elites locales. Una victoria de la corte habría sido un triunfo de la autoridad arbitraria, los monopolios estatales e innumerables restricciones a la libertad de comercio. El anglicanismo episcopaliano era la punta de lanza ideológica de aquel proyecto político y su blanco a batir era el protestantismo radical del partido de oposición «del País». Fue por eso por lo que el intento de Laud de imponer su misa en Escocia provocó la revolución.

Las mismas cuestiones daban pábulo ahora a la resistencia del Parlamento en Londres frente a la petición del rey de nuevos impuestos para pagar a los escoceses. El Parlamento exigió la «resolución de los agravios» antes de otorgar los fondos. Entre ellos estaba la abolición de los impuestos arbitrarios, el desmantelamiento de los tribunales de justicia reales y la abolición del poder del rey para disolver el Parlamento sin su consentimiento, la remoción de los obispos de la Cámara de los Lores y el juicio por traición de Thomas Wentworth.

Los miembros del Parlamento Largo eran grandes propietarios conservadores; si actuaron de forma revolucionaria fue por dos razones: en primer lugar, consideraban el absolutismo una amenaza directa a su derecho de propiedad; en segundo lugar se veían diversamente alentados, exhortados o presionados por las movilizaciones de masas extraparlamentarias de la clase media de Londres, los pobres urbanos y las mujeres trabajadoras.

Durante las Jornadas de Diciembre (27-30 de diciembre de 1641) grandes multitudes convergieron sobre Whitehall y Westminster después de que el rey nombrara a un leal de la corte como alcaide de la Torre de Londres. De aquel nuevo nombramiento para el puesto militar más importante de la capital podía deducirse que Carlos I estaba preparando un golpe para disolver el Parlamento e intimidar a Londres.

Debido a las manifestaciones de masas el nombramiento fue revocado, pero no fue suficiente. Se extendió la exigencia: «¡No a

los obispos! ¡No a los obispos!». Los obispos eran los miembros más reaccionarios del Parlamento. A muchos de ellos se les impidió físicamente ocupar sus escaños y uno de ellos fue arrojado al río.

Los realistas atacaron a la multitud con sus espadas. La multitud respondió con ladrillos, piedras y adoquines. Cuando se extendió la noticia de la reyerta todo Londres se movilizó y diez mil aprendices armados pusieron sitio al Parlamento. Las Bandas Entrenadas de Londres —la milicia de la ciudad— se negaron a dispersarlos.

El 30 de diciembre la Cámara de los Comunes aprobó la destitución de doce de los obispos más importantes y la Cámara de los Lores los envió a prisión. Las campanas de las iglesias repicaron por toda la ciudad y se encendieron hogueras en las calles. La revolución se había puesto en marcha impulsada por la acción de masas desde abajo.

Menos de una semana después el rey intentó poner en práctica su golpe. El 4 de enero de 1642 entró en la Cámara de los Comunes con una guardia armada de cien soldados intentando arrestar a cinco de los principales opositores, pero estos, advertidos por alguien, habían huido a la City. Se cerraron las puertas, se bajaron las verjas levadizas y se echaron cadenas cortando las calles. Durante varios días hubo miles de personas alerta, armadas con alabardas, espadas, estacas, cualquier cosa que tuvieran a mano. Las mujeres llevaban taburetes y tinas de sus casas para construir barricadas y agua hirviendo «para arrojársela a los caballeros».

Pero los caballeros no aparecieron. Estaba claro que Londres se había puesto de parte de la revolución y que no se podía recuperar con las fuerzas disponibles. El 10 de enero el rey huyó y al día siguiente los cinco miembros de la Cámara regresaron a Westminster entre los gritos de aclamación de la multitud.

El rey estableció entonces una capital rival en Oxford y reclutó un ejército. La revolución se había transformado en guerra civil. La insurrección urbana en la capital fue seguida por cientos de enfrentamientos locales entre los realistas y los parlamentarios por el control de los arsenales, los principales puntos estratégicos y las unidades de la milicia en todo el país.

Como el Parlamento representaba a los sectores sociales económicamente más avanzados, controlaba no solo Londres sino también los condados que lo rodean, el Sureste, Anglia oriental y la mayoría de los puertos y ciudades amuralladas en otros lugares. Contaba por tanto con los recursos financieros, de personal y estratégicos suficientes para llevar adelante la guerra con eficacia; pero aquello no bastaba, y uno de los principales problemas era su amateurismo y provincialismo. Tuvieron lugar varias batallas en distintos puntos del país, pero solo una parte de quienes participaron en ellas estaban dispuestos a unirse en grandes ejércitos con alcance estratégico nacional. Muchos se negaban a abandonar sus propios condados.

Un segundo problema era el conservadurismo de los líderes parlamentarios. En 1642 una tercera parte de los lores y dos terceras partes de los comunes permanecieron leales al Parlamento, pero la mayoría eran grandes propietarios presbiterianos (calvinistas) que temían que la guerra pudiera desencadenar «la hidra multicéfala» de la revolución social. Solo una minoría favorecía una guerra abierta con todos los medios necesarios; la mayoría de ellos pertenecían a la pequeña nobleza y como querían más descentralización y democracia en el gobierno de la iglesia que los presbiterianos, se les conocía como «Independientes».

Los Independientes, como tendencia político-religiosa, se fusionaron a su izquierda con los «Disidentes», grupos protestantes radicales que expresaban las aspiraciones democráticas y «niveladoras» de muchos seguidores de los parlamentarios. Los Independientes alcanzaron una influencia preponderante entre los oficiales del ejército, que era la expresión concentrada de la fuerza revolucionaria. Ahí la contradicción entre conservadurismo y necesidad militar era una cuestión de vida o muerte inmediata y se sentía más agudamente la presión desde abajo de los soldados rasos.

Oliver Cromwell, un hacendado de mediana edad que era miembro del Parlamento por Cambridge y comandante de la caballería parlamentaria, cobró pronto relieve como dirigente Independiente entre los oficiales, protector de los Disidentes entre

los soldados rasos y el partidario más vehemente de una guerra revolucionaria. Para su propio regimiento de «flancos de hierro» (*Ironsides*) reclutaba «hombres de espíritu», ya que en su opinión «quien reza mejor es quien combate mejor»:

> Unos pocos hombres honrados son mejores que muchos [...] Si se eligen hombres honrados y religiosos como capitanes de la caballería, otros hombres honrados les seguirán [...] Prefiero un capitán vestido de pobre estameña pero que sabe por lo que lucha y ama lo que conoce, que aquel a quien se podría llamar gentilhombre y no es nada más que eso.

El objetivo era claro. Los lores y generales presbiterianos pretendían un compromiso de paz entre las clases propietarias de ambos bandos. Cromwell, en cambio, declaró: «Si el rey resulta estar en el cuerpo del enemigo contra el que voy a cargar, descargaría mi pistola contra él antes que contra cualquier otra persona privada».

El 15 de febrero de 1645 la oposición conservadora en el Parlamento fue derrotada y se aprobó como ley la Ordenanza de Abnegación. De golpe todos los miembros de ambas cámaras del Parlamento fueron privados de mando militar. La estructura militar existente —de arraigado conservadurismo, provincialismo e intereses creados— fue desmantelada, y en su lugar surgió el Nuevo Ejército Modelo.

Se trataba de un ejército revolucionario de las clases medias. Aunque muchos de sus soldados eran hombres recientemente reclutados, se agruparon en torno a un núcleo revolucionario de veteranos y radicales, cuyo tono venía marcado por los sermones de predicadores como Hugh Peters, por las octavillas y panfletos que circulaban entre los soldados y por el papel de entusiastas políticos y religiosos volcados en el debate.

El 14 de junio de 1645 el Nuevo Ejército Modelo derrotó en Naseby al principal ejército realista. El rey no pudo volver a reclutar otro, porque no se le dio la posibilidad. Al cabo de un año toda resistencia militar realista había sido desmantelada.

La revolución había triunfado. ¿Pero qué tipo de revolución era aquella? ¿Qué perspectiva de nueva sociedad iba a guiar su acción

futura?

La baja nobleza presbiteriana que constituía la mayoría del Parlamento había considerado siempre el Nuevo Ejército Modelo como una desgraciada necesidad. Su prioridad inmediata en 1646 era desmantelarlo, alcanzar un acuerdo con el rey, aplastar a los disidentes políticos-religiosos y poner fin así al proceso revolucionario. Como grandes propietarios terratenientes, temían a los radicales más que a los realistas.

Los soldados temían, bien un traslado para combatir en una nefasta guerra colonial en Irlanda o la inmediata desmovilización sin una pensión u otras compensaciones. Su paga, además, llevaba meses de retraso. Sus quejas y reclamaciones económicas se mezclaban con la esperanza de una mayor democracia. En cada regimiento se eligieron dos «agitadores» para transmitir sus reivindicaciones y coordinar la acción política con otros regimientos. Los activistas del ejército establecieron también estrechos lazos con los «Niveladores», un partido democrático radical con una amplia base en Londres y otras ciudades, cuyo líder más conocido era un antiguo soldado llamado John Lilburne.

Los dirigentes del ejército como Cromwell estaban inquietos. Como grandes propietarios, sus instintos sociales eran conservadores y preferían un acomodo con el rey, si es que esto era posible. Pero también eran revolucionarios victoriosos decididos a defender las ventajas que habían obtenido en el campo de batalla, y como oficiales del ejército estaban mucho más sometidos a la presión directa de los soldados rasos radicales que los miembros del Parlamento.

Cabe distinguir por tanto cuatro fuerzas distintas en los conflictos políticos de 1646-49: los realistas querían invertir el resultado de la guerra civil; los presbiterianos querían un acuerdo con el rey para crear un régimen conservador de grandes propietarios terratenientes; los Independientes —oficiales del ejército y una pequeña minoría de parlamentarios— vacilaban entre el compromiso y la acción revolucionaria; los Niveladores —respaldados por la población de Londres y gran parte de los

soldados rasos del ejército— presionaban en favor del cambio democrático.

En octubre de 1647 los Niveladores disponían de suficiente fuerza para forzar un debate público (conocido como los Debates de Putney) con los jefes del ejército. El coronel radical Thomas Rainsborough explicaba: «Creo que los más pobres en Inglaterra tienen tanta vida que vivir como los más grandes. El hombre más pobre en Inglaterra no está obligado en un sentido estricto a este gobierno en la medida en que no tiene una voz que le represente».

Henry Ireton, hablando en nombre de los generales, replicaba: «Nadie tiene derecho a [...] una participación [...] en la determinación de los asuntos del reino [...] a no ser que tenga un interés fijo permanente en el reino [...] esto es, las personas a las que pertenece toda la tierra y aquellas que disponen de todo el comercio».

¿En qué se iba a convertir Inglaterra? ¿En una democracia radical de pequeños propietarios, o en una monarquía constitucional conservadora dominada por los grandes terratenientes y comerciantes?

La cuestión estaba sin resolver cuando el rey escapó de la cautividad y emprendió una segunda guerra civil. A los realistas se les unieron ahora los presbiterianos de Escocia, Gales y buena parte de Inglaterra, reaccionando contra el radicalismo desencadenado por la revolución; pero el Nuevo Ejército Modelo derrotó a todos sus enemigos en una rápida campaña en el verano de 1648.

Frente al intento de contrarrevolución y bajo la presión continua desde abajo, Cromwell y los Independientes optaron ahora por la acción revolucionaria. En diciembre de 1648 el ejército llevó a cabo una segunda revolución. El coronel Thomas Pride desplegó su unidad de caballería para excluir a los principales conservadores de la Cámara de los Comunes. El Parlamento Largo dominado por los presbiterianos se transformó en un «Parlamento Remanente» dominado por los Independientes. El rey fue juzgado, condenado y ejecutado en público en Whitehall como traidor al pueblo inglés el 30 de enero de 1649.

Tras aplastar a la derecha con el apoyo de la izquierda, los jefes del ejército —en precario equilibrio entre ambas— se lanzaron ahora contra los Niveladores. En una reunión del Consejo de Estado, Cromwell proclamó: «Le digo, señor, que no tiene otra forma de tratar con esos hombres que aplastarlos, o si no ellos le aplastarán».

Los dirigentes de los Niveladores en Londres fueron detenidos y encarcelados en la Torre, un amotinamiento de los soldados rasos fue aplastado y cuatro de sus dirigentes fueron fusilados en el patio de la iglesia de Burford en Oxfordshire.

La represión de la primavera de 1649 rompió la espina dorsal del movimiento de masas que había impulsado la revolución inglesa desde que Jenny Geddes arrojó su silla al deán de San Gil en julio de 1637. La acción de la clase media había sido decisiva en varias crisis nacionales de la revolución y en cientos de batallas locales entre realistas y parlamentarios en toda Gran Bretaña. Una y otra vez, bien como multitud urbana o como soldados del Nuevo Ejército Modelo, el pueblo había actuado colectivamente para impulsar hacia adelante la lucha. La derrota del movimiento popular fue por tanto el momento en el que el avance de la revolución quedó congelado por la dictadura militar desde arriba, que le hizo dar media vuelta.

El gobierno de los jefes militares a partir de 1649 descansaba sobre una estrecha base social de pequeños terratenientes, comerciantes y funcionarios. La mayoría de los grandes propietarios le eran hostiles y la mayoría de los pequeños cayeron en la pasividad y el silencio tras la derrota de su partido. El ejército incluso se resquebrajó con la purga del Parlamento Remanente, pero las nuevas elecciones no dieron lugar a una asamblea dócil, por lo que acabó formalizándose la dictadura militar: en 1653 Cromwell se convirtió en Lord Protector de la Commonwealth y en 1654 Inglaterra se dividió en distritos militares gobernados por comandantes-generales.

El nuevo sistema se hizo cada vez más impopular e inestable, especialmente tras la muerte de Cromwell en 1658. El ejército fue incapaz de ampliar su base social porque las clases propietarias estaban resentidas contra el gobierno militar y sospechaban de los radicales que albergaba.

Cuando el general George Monck, un comandante del ejército relativamente conservador acantonado en Escocia, organizó un golpe a principios de 1660, la resistencia se desmoronó. Desde Londres invitó al hijo mayor de Carlos I a asumir el trono como Carlos II. La Restauración fue de hecho un golpe del Nuevo Ejército Modelo contra sí mismo. Lo que la hizo posible fue el vaciamiento del movimiento revolucionario del que el ejército había llegado a ser la expresión suprema.

La revolución burguesa es un proceso muy contradictorio. La burguesía es una minoría propietaria, que solo puede derrocar el estado mediante la acción revolucionaria si consigue movilizar fuerzas sociales más amplias; pero esas fuerzas tienen intereses propios y la revolución es un proceso que da poder, por lo que las expectativas y demandas exceden rápidamente lo que la dirección burguesa revolucionaria está dispuesta a conceder. El problema es entonces que las aspiraciones democráticas y «niveladoras» inherentes a las movilizaciones de masas populares desencadenan temores profundamente arraigados entre los grandes propietarios, y esto suele causar que las revoluciones burguesas aborten. Así había sucedido en Alemania en la década de 1520 y de nuevo en la de 1620: en ambas ocasiones, los aristócratas protestantes conservadores se habían echado atrás al encontrarse con movimientos protestantes radicales del pueblo llano.

La envergadura y carácter del movimiento de masas son decisivos. Las revoluciones se ven marcadas por crisis sucesivas. En cada crisis las fuerzas revolucionarias y contrarrevolucionarias se enfrentan en un choque directo. Que la revolución siga adelante o se eche atrás depende del resultado. En algún momento, no obstante, hasta los burgueses más radicales, si desean preservar sus propiedades, deben interrumpir el impulso del movimiento de masas desde abajo que los ha llevado al poder. Cuando lo hacen se exponen al resurgimiento de la contrarrevolución. Por eso la Restauración de 1660 no fue el último y definitivo arreglo que esperaban los propietarios ingleses.

Las revoluciones burguesas en los Países Bajos y en Gran Bretaña desencadenaron un tremendo poder socioeconómico. La economía medieval había estado subordinada a la autoridad política. El feudalismo tradicional —como el de Europa occidental en la época de las cruzadas— había absorbido el excedente convirtiéndolo en gasto improductivo en caballeros, castillos y diversiones señoriales. El feudalismo de estado —el de Felipe II en España o el de Luis XIV en Francia— lo dilapidó en ejércitos reales, fortificaciones de frontera y ostentación de la corte.

La victoria neerlandesa sobre España en 1566-1609 y la victoria del Parlamento frente al rey inglés en 1637-60 hicieron posible un nuevo mundo dominado por el mercado, el beneficio y una clase de terratenientes y comerciantes ávidos de acumular capital mediante la inversión productiva.

La segunda mitad del siglo XVII fue la Edad Dorada de los Países Bajos. Se ganaron tierras al mar y se introdujeron nuevos métodos de cultivo. El distrito de Zaanstreek, al norte de Amsterdam, se enorgullecía de sus 128 molinos de viento industriales. Una serie de puestos comerciales neerlandeses ligaban al país con Sudáfrica, India y el Lejano Oriente.

El ritmo de desarrollo era tan rápido que la rivalidad comercial llevó a tres guerras navales entre los Países Bajos e Inglaterra entre 1652 y 1674, hasta que el interés común en hacer frente a la Francia de Luis XIV indujo a los dos estados burgueses a una alianza. De haberse mantenido el conflicto anglo-neerlandés, los Países Bajos habrían sido derrotados, ya que su base territorial era demasiado pequeña para mantener un conflicto muy largo con Gran Bretaña.

La historia británica está determinada por el hecho de ser una gran isla, rica en recursos y al borde de un continente dinámico. Los mares en torno a Gran Bretaña son a la vez un foso defensivo y una autopista comercial. La revolución del siglo XVII desató el potencial económico inherente a la geografía británica, haciendo posible un desarrollo del comercio marítimo, el poderío naval y un imperio en

ultramar suficientes para convertir a Gran Bretaña en una superpotencia global.

La producción de carbón aumentó de 500.000 toneladas en 1650 a 15 millones de toneladas en 1800. La tasa de crecimiento industrial pasó del 0,7 por 100 anual en 1710-60 al 2 por 100 anual en 1780-1800. La proporción de la población urbana aumentó del 9 por 100 en 1650 al 20 por 100 en 1800.

El despliegue industrial no tuvo lugar hasta el final de ese periodo. A finales del siglo XVII y durante todo el siglo XVIII, prácticamente toda la producción industrial era realizada por artesanos en pequeños talleres. La mecanización y la producción fabril eran todavía muy embrionarias en 1800. La acumulación de capital se logró mediante el control de la distribución y el intercambio más que de la producción. El capitalismo del siglo XVIII era un capitalismo mercantil, y no todavía industrial. Su expresión suprema era el llamado «comercio triangular».

Durante el siglo XVI los metales preciosos de los aztecas e incas habían sido el más rico de los botines imperiales. En el siglo XVIII eran las plantaciones de caña de azúcar en las Indias occidentales. En ambos casos había un problema: la escasez de mano de obra. La población nativa de las Américas había quedado prácticamente exterminada por las armas y las enfermedades de los primeros colonos europeos; pero estos —incluidos los siervos con contrato importados a miles como trabajadores— se veían a su vez diezmados por las enfermedades tropicales. Lo que se necesitaba era una nueva mano de obra resistente a la malaria, la fiebre amarilla y otras enfermedades tropicales. La solución fue importar esclavos de África occidental

Para suministrar azúcar a Londres, Bristol, Liverpool y Glasgow y para hacer ricos a quienes la suministraban, se esclavizaron, transportaron y explotaron hasta la muerte millones de africanos. Alrededor de 12 millones atravesaron el Atlántico entre finales del siglo XVII y principios del siglo XIX. De ellos, alrededor de un millón y medio murieron en el viaje; pero era más ventajoso embarcarlos en los barcos negreros y aceptar esas pérdidas que acomodarlos en condiciones que permitieran sobrevivir a una proporción mayor. La

vida en las Indias occidentales no era mejor para los supervivientes subalimentados, superexplotados y disciplinados por el látigo; la tasa de mortalidad en las plantaciones era extremadamente alta.

Frente a esos 12 millones de esclavos africanos, solo alrededor de 2 millones de europeos se trasladaron al Nuevo Mundo durante aquel periodo; aun así, en 1820 la población blanca duplicaba aproximadamente a la negra. Los europeos habían sobrevivido y se habían reproducido, mientras que los africanos simplemente habían muerto.

La aniquilación de los pueblos nativos del Nuevo Mundo fue uno de los mayores crímenes contra la humanidad de la historia. La trata de esclavos fue otro. Ambos crímenes se combinaban en el racismo desplegado para justificarlos.

En todas las sociedades de clase existe un racismo de un tipo u otro, por tres razones:

En primer lugar, las clases dominantes compiten por el control sobre el excedente y necesitan movilizar al pueblo llano en esa brega. Durante las cruzadas, por ejemplo, los musulmanes eran demonizados como infieles para justificar las guerras de genocidio, saqueo y conquista en Oriente Medio.

En segundo lugar, la sociedad de clases enfrenta a la gente entre sí en una lucha por la supervivencia. La clase dominante lo aprovecha para fomentar divisiones que hacen menos probable que la gente se una contra sus explotadores. La aristocracia romana, por ejemplo, concedía ciertos privilegios a los ciudadanos pobres y los incluía en sus redes de patrocinio; al mismo tiempo se les animaba a despreciar a los extranjeros y esclavos como «bárbaros».

En tercer lugar, el imperialismo —el uso de la fuerza militar para apoderarse del territorio, los recursos y la mano de obra de otros pueblos— es más fácil de justificar si las víctimas son presentadas como cultural o racialmente inferiores. El imperialismo puede justificarse así como portador de una misión «civilizadora».

La rápida expansión colonial europea y el igualmente rápido crecimiento de la trata de esclavos durante el siglo XVIII se combinaron para reconfigurar la ideología racista y ampliar su importancia histórica. El nuevo racismo se desarrolló en el contexto

del comercio triangular. Los buques transportaban mercancías a África occidental, donde las intercambiaban por esclavos negros. Los jefes locales emprendían guerras de esclavización para abastecer el mercado y obtener acceso a artículos de prestigio importados. Los esclavos eran transportados en buques negreros al otro lado del Atlántico y vendidos a los propietarios de las plantaciones en los mercados de esclavos. Los mismos navíos regresaban a Europa cargados de azúcar, tabaco, y más tarde algodón.

El racismo justificaba las colonias y la esclavitud argumentando que los pueblos nativos eran inferiores y solo servían para el trabajo pesado. Como mucho se les consideraba ignorantes y atrasados, necesitados de ayuda para civilizarse y hacerse cristianos.

El capitalismo siempre ha sido muy contradictorio. Por un lado, su dinamismo económico ha aumentado espectacularmente la capacidad de proporcionar los bienes y servicios que la gente necesita; por otro, el control sobre la riqueza del mundo por una minoría ha condenado a la inmensa mayoría de la humanidad a continuas privaciones.

Esta contradicción se expresó en el siglo XVIII en el contraste entre la riqueza de la clase capitalista-mercantil de las ciudades portuarias británicas y la miseria de la trata de esclavos y de las plantaciones en las Indias occidentales. Pero ese tampoco fue el único coste humano del ascenso de la burguesía al dominio global. Los gobernantes británicos se mostraron despiadados en su ávida búsqueda de riquezas a obtener en las colonias. Otros gobernantes, sintiendo que el equilibrio de poder se inclinaba en su contra, se sintieron obligados a responder a la dominación británica del mundo, y de ahí que Europa se viera sumergida repetidamente en guerras que cada vez se hacían más globales.

La Revolución inglesa fue uno de los acontecimientos más decisivos de la historia mundial porque convirtió a Gran Bretaña en punta de lanza de una nueva economía capitalista de alcance global. Una vez iniciada, era imparable.

La potencia europea dominante a finales del siglo XVII era Francia. Su población era tres veces mayor que la de Gran Bretaña y algo parecido sucedía con la producción de la economía francesa con respecto a la británica. Sin embargo, debido al dinamismo de la economía capitalista británica, su población y producción aumentaron más rápidamente que las de Francia durante el siglo XVIII. Francia, además, como potencia continental, tenía que mantener un gran ejército para defender sus fronteras terrestres.

Gran Bretaña, en cambio, era una potencia marítima y una fortaleza insular, por lo que sus gobernantes podían mantener un pequeño ejército, fortaleciendo como contrapartida su armada.

El estado británico era también financieramente robusto. Aunque los comerciantes y terratenientes que dominaban el Parlamento preferían un gobierno de bajo coste y evitar las guerras continentales, el crecimiento de la economía capitalista británica significaba que había recursos disponibles para mantener un ejército allí donde y cuando entraban en juego intereses vitales. El Banco de Inglaterra, por ejemplo, que rápidamente atrajo fondos desde su creación en 1694, podía proporcionar créditos para financiar la expansión de la armada real. La expansión del comercio y la banca moderna conferían importantes ventajas a Gran Bretaña.

El conflicto entre Gran Bretaña y Francia fue la principal línea de fractura global entre 1688 y 1815. Al principio se solapó con la lucha contra la Revolución inglesa y al final con la que se desarrolló contra la Revolución francesa.

Conviene señalar a este respecto que la geografía de Europa la ha convertido en un continente de estados en guerra casi permanente. Sus fáciles comunicaciones de este a oeste y sus rutas marítimas y fluviales facilitan el movimiento. Al mismo tiempo, sus muchas penínsulas y la diversidad de ecosistemas han propiciado

una multiplicidad de etnias y «naciones». Desde la caída del Imperio Romano de Occidente ningún proyecto imperial continental ha triunfado en Europa. Los potenciales imperios se han enfrentado indefectiblemente a una coalición de fuerzas hostiles demasiado poderosa.

Desde el siglo XVI la política británica tradicional ha consistido en evitar que ninguna potencia dominara toda Europa y en particular que obtuviera el control sobre los puertos del Canal y amenazara la seguridad de la fortaleza insular, para lo que ha puesto en práctica una combinación de alianzas, gratificaciones y fuerzas expedicionarias. Durante el siglo XVIII los británicos tomaron la delantera en un gran esfuerzo por construir una sucesión de alianzas contra Francia, subvencionando a los gobernantes de los pequeños estados alemanes para pagar su contingente militar y enviando regularmente pequeños ejércitos de «chaquetas rojas» para combatir junto a sus aliados europeos.

Al principio los británicos parecían más débiles. La destrucción del movimiento revolucionario popular entre 1649 y 1660 había permitido el resurgimiento de la monarquía tras la Restauración, algo que fue aprovechado por la monarquía francesa. Carlos II fue sucedido por su hermano Jacobo II y VII (de Escocia) en 1685. Jacobo era católico, profrancés y decidido partidario de la monarquía absoluta. Apoyado por las subvenciones francesas pudo organizar un ejército irlandés católico como potencial instrumento de la contrarrevolución realista, contando en un primer momento con el respaldo de los grandes terratenientes ingleses. Cuando el duque de Monmouth James Scott, hijo ilegítimo de Carlos II y convencido protestante, desembarcó en el oeste del país para reclamar el trono en 1685, el Parlamento y el ejército respaldaron a Jacobo II. Temían una resurrección del movimiento revolucionario popular de 1641-49 y la «buena y vieja causa» fue derrotada en la batalla de Sedgemoor.

Pero la monarquía absoluta era una seria amenaza para la propiedad, el poder y la religión de los terratenientes y comerciantes protestantes. Una vez que las intenciones del rey quedaron claras, y con el peligro de la revolución popular reducido después de la

batalla de Sedgemoor, los principales dirigentes parlamentarios y del ejército planearon un golpe. La Revolución Gloriosa de 1688 fue una reafirmación de la victoria de 1645 y del compromiso de 1660. Guillermo de Orange, estatúder de los Países Bajos, y su mujer María Estuardo, hija mayor de Jacobo II, fueron invitados a aceptar los tronos de Inglaterra, Irlanda y Escocia. El ejército se amotinó en favor de Guillermo y Jacobo huyó a Francia.

Los jacobitas, como se les conocía entonces, siguieron siendo una amenaza hasta 1746. Con el respaldo francés intentaron varias veces impedir la sucesión protestante al trono en los «tres reinos» de Inglaterra, Irlanda y Escocia, en particular en 1689-91, 1715 y 1745-46. Las revueltas jacobitas formaban parte de un conflicto global más amplio entre Gran Bretaña y Francia. Entre esos dos estados hubo seis importantes guerras entre 1688 y 1815. Estuvieron formalmente en guerra durante la mitad al menos de todo ese periodo.

La lucha por la supremacía entre Gran Bretaña y Francia fue la principal contradicción de los siguientes conflictos: la guerra de los Nueve Años (1688-97), la guerra de Sucesión española (1701-14), la guerra de Sucesión austriaca (1740-48), la guerra de los Siete Años (1756-63), la guerra de Independencia americana (en la que los franceses participaron contra los británicos entre 1778 y 1783), y las guerras revolucionarias y napoleónicas francesas (durante las que británicos y franceses estuvieron casi continuamente en guerra desde 1793 hasta 1815). El conflicto era global. Se centraba en Europa, pero hubo importantes batallas terrestres y navales en India, las Antillas, Norteamérica y otros lugares.

Gran Bretaña contaba desde el principio con tres importantes ventajas. Primera, un ejército nuevo y una nueva estrategia, forjados durante la Revolución inglesa. Bajo la monarquía absoluta, el ejército francés combatía lentamente, con mucha cautela, en «guerras de posición» principalmente defensivas, mientras que la doctrina militar británica, siguiendo la tradición del Nuevo Ejército Modelo de 1645-60, insistía en la movilidad, la potencia de fuego y la ofensiva.

Segunda, la riqueza económica de Gran Bretaña y su robusta infraestructura financiera le permitían subvencionar las contribuciones militares de sus aliados continentales.

Tercera, los británicos podían dedicar recursos mucho mayores que los franceses a las operaciones navales y las campañas en las colonias. Los británicos estaban protegidos por el canal de la Mancha, mientras que los franceses tenían que priorizar la defensa de sus largas fronteras terrestres.

Esas ventajas, combinadas con el hecho de que la población y la producción británicas crecían mucho más rápidamente que las francesas, significaban que el poderío francés se veía contenido en Europa y que iba a perder su imperio en ultramar.

El siglo de triunfo geopolítico de Gran Bretaña está enmarcado entre dos batallas decisivas. La victoria del duque de Marlborough en la batalla de Blenheim en 1704 acabó con la hegemonía continental de la Francia de Luis XIV. La victoria del duque de Wellington en la batalla de Waterloo en 1815 acabó con la de la Francia napoleónica. Gran Bretaña siguió siendo a partir de entonces la superpotencia global dominante durante casi todo el siglo XIX. Entre 1815 y 1914 no tuvo que participar en ninguna guerra importante en Europa. Ese dominio fue posible gracias a su victoria geopolítica sobre Francia y su ventaja en la revolución industrial. Ambos logros estaban insertos en la transformación revolucionaria de la sociedad británica desde mediados del siglo XVII.

La hegemonía británica contribuyó sustancialmente a una segunda oleada de revoluciones burguesas. Las monarquías absolutistas y estato-feudales de Europa fueron incapaces de contrarrestar los logros de la dinámica economía capitalista de Gran Bretaña. Francia iba quedando cada vez más rezagada y la creciente presión de la rivalidad geopolítica fue un importante factor de la explosión de 1789.

Pero antes de eso los colonos británicos en América habían llevado a cabo un espectacular ensayo general. En 1775 se inició una nueva época revolucionaria con una descarga de mosquetes en Lexington y Bunker Hill, en el lejano Massachusetts.

8

LA SEGUNDA OLEADA DE REVOLUCIONES BURGUESAS
1775-1815



Agente de la revolución: Maximilien Robespierre, uno de los principales miembros del Club de los Jacobinos y del Comité de Salvación Pública en el «Año II» de la Primera República Francesa (1793-1794).

La Reforma inglesa dio lugar a un estado fuertemente centralizado y a una nueva aristocracia de cortesanos y terratenientes. A continuación, la Revolución inglesa alumbró una monarquía constitucional que depositó la autoridad gubernamental en las clases propietarias. Esos dos acontecimientos reconfiguraron la clase dominante británica convirtiéndola en una elite coronada por banqueros, comerciantes y granjeros volcados hacia el mercado, con lo que se desencadenó todo el potencial del capitalismo mercantil británico.

La transformación del mundo iniciada en torno a 1450 pudo entonces acelerarse rápidamente. Mientras los ejércitos y flotas británicos creaban un vasto imperio colonial en India, Norteamérica y las Indias occidentales, la riqueza fluía hacia Gran Bretaña y la convertía en centro motriz económico y en una superpotencia geopolítica.

Una de las consecuencias fue que la rivalidad militar con Gran Bretaña desquició las finanzas y la reputación de la monarquía absoluta francesa, mientras que, por otra parte, el desarrollo del capitalismo y una próspera burguesía comercial y profesional en Francia generaba fuerzas sociales capaces de derrocar a la monarquía y de remodelar la sociedad. El resultado —la Revolución francesa— sacudió el mundo. A partir de entonces nada iba a ser igual.

Este capítulo expone un análisis detallado de aquel acontecimiento clave de la historia moderna. Comenzaremos, no obstante, con la Ilustración, la revolución en las ideas que condujo a

1789, y con la Revolución americana, la gran rebelión colonial que ofreció a los franceses un modelo de ideas en acción.

La Europa del siglo XVIII estaba dividida en tres partes. Una de ellas —casi todo el sur y el este de Europa— estaba atrapada en un pasado feudal-absolutista, donde los autócratas reales gobernaban sociedades tradicionales de campesinos agobiados por la nobleza terrateniente y la iglesia, y que apenas había cambiado desde la Edad Media.

La segunda —la parte noroccidental de Europa— estaba siendo transformada por una dinámica economía capitalista de rápido crecimiento basada en la agricultura y ganadería comercial, el comercio marítimo, nuevas industrias y la banca moderna. El crecimiento de Londres atestigua ese cambio: su población, que se mantenía ligeramente por encima de los 100.000 habitantes en 1560, aumentó hasta 350.000 en 1640, 630.000 en 1715 y 1,4 millones en 1815.

La tercera parte estaba constituida por un grupo intermedio, en el que se entremezclaban los residuos feudal-absolutistas con un capitalismo comercial pujante. Francia era el principal ejemplo. Tenía una creciente marina mercante, un imperio colonial en expansión en India y las Américas, y una burguesía urbana cada vez más rica y confiada en sí misma, pero también una autocracia real, una iglesia católica muy poderosa, una clase parásita de cortesanos subvencionados por el estado, una clase igualmente parásita de antiguos terratenientes nobles, un campesinado abrumado por las obligaciones y exacciones feudales, y un sistema comercial interno obstruido por las aduanas, aranceles y regulaciones mezquinas.

El crecimiento del capitalismo francés hacía imposible contener indefinidamente sus contradicciones. Lo que las llevó más rápidamente al punto de crisis fue la pugna del estado por la supremacía global con Gran Bretaña. La población de París se triplicó entre mediados del siglo XVI y principios del XIX, lo que mostraba la expansión de la economía francesa; pero durante el mismo periodo la población de Londres se multiplicó por 12. Mientras que el tamaño de París había duplicado el de Londres a

mediados del siglo XVI, a principios del siglo XIX era solo la mitad: esto evidenciaba el mayor dinamismo de la economía británica.

El aspecto más crítico del problema era la rivalidad militar entre los dos estados-nación. Durante la guerra de los Siete Años (1756-63) Francia perdió su imperio en India y en las Américas a manos de los británicos. La derrota militar fue la expresión externa de una creciente crisis de la sociedad francesa. Su expresión interna fue una revolución en las ideas. Mucho antes de su derrocamiento en la revolución de 1789-94, el *ancien régime* feudal-absolutista francés había sido ya intelectualmente desmantelado.

La incapacidad del *ancien régime* para mantener sus defensas ideológicas ponía a la luz su carácter reaccionario. Una nueva oleada de pensamiento ilustrado barrió tan completamente la basura ideológica acumulada del pasado que hasta los déspotas y duques abrazaron con entusiasmo de conversos la visión del mundo «racional» y «científica».

El precio de la contrarrevolución del siglo XVII —que correspondió más o menos a la Contrarreforma en Austria, Italia, España y (en cierta medida) Francia— fue la conversión de los Países Bajos, Inglaterra y Escocia en los focos del avance intelectual, científico y artístico a finales del siglo. La sabiduría heredada de los textos sagrados fue arrumbada en favor de la observación, el experimento y el razonamiento. Isaac Newton, por ejemplo, tenía ahora libertad para resolver los problemas físicos que habían desconcertado a Copérnico, Kepler y Galileo en intentos anteriores de explicar el funcionamiento del universo.

Pero el nuevo terreno reclamado por la «razón» se extendía mucho más allá de las ciencias naturales. Las revoluciones neerlandesa e inglesa habían rechazado el derecho divino de los reyes en favor de los derechos y privilegios de los representantes electos. Pero si el orden político no había sido dispuesto por Dios, si los seres humanos podían crear su propio orden político, ¿qué forma debía adoptar?

Los Debates de Putney en 1647 habían revelado algunos peligros: en ausencia de autoridad divina, la gente podía mostrarse en desacuerdo sobre la forma en que se ejercía el poder. En Putney

los de «alta posición» habían sido de la opinión de que nadie podía tener nada que decir en la gestión de los asuntos públicos a menos que tuviera «intereses físicos permanentes». Otros, hablando en nombre de «las capas bajas», habían argumentado que nadie tenía obligación de obedecer «a un gobierno en el que no tuviera una voz que le representara». No es de extrañar que la Inglaterra revolucionaria hubiera generado filósofos políticos como Thomas Hobbes y John Locke preocupados por esas cuestiones.

Al final, los debates cedieron con los acuerdos de 1660 y 1688. La fracturada elite inglesa cerró filas contra las clases bajas. Durante el siglo XVIII pudieron seguir disputándose las ventajas del oficio como *whigs* y *tories*, los dos principales partidos del Parlamento —convirtiéndose para los satíricos de la época en la «vieja corrupción»—, pero ante el resto de la sociedad presentaban un frente unido. A finales del siglo las leyes penales inglesas castigaban con la pena de muerte unos doscientos delitos contra la propiedad.

La sociedad francesa no reformada, en cambio, no encontró tal resolución de las cuestiones políticas urgentes. Fue allí, por tanto, donde floreció la Ilustración. Su mayor logro fue la *Encyclopédie* (1751-72), un compendio en 35 volúmenes del conocimiento y el pensamiento humanos al que contribuyeron cientos de importantes intelectuales y del que se vendieron unas 25.000 colecciones.

Lo que dio a la Ilustración su carácter subversivo y políticamente corrosivo —dejando a un lado las intenciones relativamente conservadoras de muchos de sus autores— fue su crítica de instituciones y prácticas que parecían irracionales a la luz del pensamiento de la época; y lo que parecía irracional era normalmente lo que iba contra los intereses de la burguesía mercantil y profesional.

El comercio y las relaciones basadas en el mercado estaban resquebrajando las redes de patrocinio, privilegio e influencia. El intercambio monetario estaba sustituyendo los derechos basados en el rango y estatus. Lo que parecía irracional a los nuevos pensadores eran por tanto la iglesia y su ideología, el derecho divino

invocado por los reyes y la supremacía política de una clase en decadencia de privilegiados con título de nobleza.

¿Y qué pasaba con la propiedad privada? ¿Era racional? Algunos pensaban que no. Esto es lo que decía Jean-Jacques Rousseau:

> El primer hombre que, tras cercar un terreno, dijo: «esto es mío», y encontró gente lo bastante cándida como para creerle, fue el auténtico fundador de la sociedad civil. De cuántos crímenes, guerras y asesinatos, de cuántos horrores y desgracias se podría haber salvado la humanidad arrancando los postes de aquellas vallas o rellenando las zanjas, y gritando a sus semejantes: «No escuchéis a ese impostor; estáis perdidos si olvidáis que los frutos de la tierra nos pertenecen a todos y que la propia tierra no pertenece a nadie».

La Ilustración fue un movimiento intelectual multidimensional, pero su esencia era la crítica radical y cualquier asunto humano que no pudiera dar una justificación de sí mismo ante el tribunal de la libre investigación estaba expuesto al desafío. Y esto, en el contexto de finales del siglo XVIII en Europa, cuajada de contradicciones, llena de instituciones vacías que parecían otros tantos monumentos a la superstición, era un detonante ideológico, especialmente cuando el espíritu de la razón llegó a las capas sociales más bajas. Entonces los tronos se pusieron a temblar.

Uno de los panfletos ilustrados más radicales decía, refiriéndose a Guillermo el Conquistador: «Un bastardo francés, que desembarca con *banditti* armados y se proclama rey de Inglaterra contra el consentimiento de la nación, no es, por decirlo simplemente, más que un bribón irrisorio». Y proseguía: «La monarquía y la sucesión han cubierto [...] al mundo de sangre y de cenizas [...] La libertad se ve perseguida en todo el mundo. Asia y África la han expulsado desde hace tiempo, Europa la contempla como algo exótico, e Inglaterra le ha advertido de que debe largarse».

Era enero de 1776 y la voz era la de Tom Paine. Su folleto *Common Sense* (Sentido común), había traducido el pomposo lenguaje de los intelectuales de salón al habla cotidiana de los «mecánicos» (artesanos) de las tabernas. Se vendieron 150.000 copias inmediatamente, y medio millón antes de que acabara el año.

No es de extrañar. Cientos de miles de hombres y mujeres ordinarios estaban asumiendo las ideas radicales y comprometiéndose en una lucha para cambiar el mundo.

Nueve meses antes de la publicación de *Common Sense* en la ciudad de Filadelfia, en Nueva Inglaterra, los milicianos de la vecina Massachusetts habían abierto fuego contra los chaquetas rojas británicos en Lexington, con lo que habían iniciado la Revolución americana.

La Revolución americana

En 1764 los británicos que vivían en las Trece Colonias a lo largo de la costa oriental de Norteamérica se consideraban súbditos leales del rey Jorge III. En 1788, por sus propias decisiones y acciones, se habían convertido en ciudadanos libres de una nueva república forjada en la revolución y la guerra.

También cambiaron muchas otras cosas. Las Trece Colonias se convirtieron en un estado federal independiente. El rey y el Parlamento habían sido barridos y en su lugar había un presidente, un Senado y una Cámara de Representantes.

Algunos ricos —leales que habían respaldado al rey— perdieron su fortuna. Otros, que en otro tiempo habían dirigido sus negocios al modo de barones feudales, se encontraron con que sus arrendatarios ya no les trataban con deferencia. Las mujeres —al menos algunas— habían ganado desenvoltura. Leían periódicos, creaban escuelas para educar a sus hijas, se comportaban con «respeto hacia sí mismas», y preguntaban a sus maridos «patriotas»: «¿por qué no puedo yo tener libertad?».

También para algunos negros las cosas comenzaron a ser diferentes. Los estados de Massachusetts y Vernon habían abolido la esclavitud, y pronto otros siguieron su ejemplo. Los pocos miles de negros libres a lo largo del río Chesapeake en 1776 se habían convertido en 60.000 en 1810.

El cambio no fue tan grande como podría haber sido; mucho menor, de hecho, de lo que muchos esperaban, ya que la Revolución americana (1775-83) no fue solo una lucha por la independencia nacional entre las colonias y el imperio británico; fue también una lucha entre diferentes tipos y condiciones de americanos, una lucha para determinar el tipo de república por la que estaban combatiendo.

Los problemas comenzaron al final de la guerra de los Siete Años (1756-63). Los británicos habían derrotado a los franceses y se apoderaron de su imperio en India y Canadá. Los colonos británicos en América habían desempeñado un papel, formando milicias que habían combatido junto con los chaquetas rojas

regulares para asegurar la frontera occidental de las colonias. La victoria eliminó la amenaza francesa, y con ella la dependencia americana del apoyo militar británico. También dejó al gobierno británico cargado de deudas de guerra y con la necesidad de elevar los impuestos para pagarlas.

Los impuestos británicos sobre el comercio americano tenían tres propósitos: pretendían evitar impuestos más elevados a los terratenientes británicos; proteger el comercio británico contra la competencia extranjera; y contribuir a pagar las deudas británicas. En resumidas cuentas, la ley del azúcar (1764), la ley de sellos (1765), las leyes de impuestos de Townshend (1767) y la ley sobre el té (1773) estaban destinadas a absorber la riqueza americana en interés de la clase dominante británica. Si los colonos americanos hubieran seguido pagando, la consecuencia habría sido el estancamiento económico y el subdesarrollo, y a ese peligro se contrapuso el famoso eslogan «ningún impuesto sin representación». Los americanos, amenazados por los impuestos contra sus intereses, reivindicaron el derecho a decidir por sí mismos.

Entre 1764 y 1775 los esfuerzos británicos se vieron frustrados por la acción directa. Aunque solo había tres millones de colonos dispersos en las Trece Colonias, y solo uno de cada veinte vivía en una ciudad, se unieron en un movimiento masivo de resistencia que hizo imposible recaudar los impuestos británicos.

El movimiento se construyó mediante asambleas, manifestaciones, la quema de efigies y la erección de postes de la libertad. Grupos multitudinarios hacían frente a los agentes de aduanas y a los soldados. Los posibles colaboradores eran intimidados; los acontecimientos oficiales eran boicoteados; en algunos casos se destruyeron propiedades.

Los boicots fueron llevados a cabo por una multitud urbana militante de artesanos («mecánicos»), pequeños comerciantes, granjeros e intelectuales disidentes. Los principales activistas se organizaron como «Hijos de la Libertad». Había ramas en más de 15 ciudades, vinculadas por una organización de «corresponsales» entre las colonias.

Esa pauta vertebró la resistencia, llevando a veces a choques sangrientos ante los que los británicos tenían que retroceder. Pero en 1773, después de que todo un cargamento de té de la Compañía de las Indias Orientales fuera arrojado al mar por cien activistas disfrazados como americanos nativos —el «Boston Tea Party»— los británicos decidieron que había que ejercer la represión. Se envió al general Cage como gobernador de Massachusetts junto con tropas para poner en vigor su autoridad y se aprobaron nuevas leyes (las «leyes intolerables») que ordenaban que los activistas americanos fueran trasladados a Gran Bretaña para ser juzgados allí.

Un Congreso Continental al que acudieron representantes de las Trece Colonias decidió mantener el boicot al té. Se autorizó a los comités locales el empleo de los medios necesarios para poner en práctica esta decisión y se movilizaron milicias de colonos para respaldar el poder civil. El Congreso Continental estaba dominado por grandes terratenientes y comerciantes, como lo estaban, al principio, la mayoría de los comités locales. Pero la «revolución de la elite» pronto dio paso a «la revolución de las clases medias».

La revolución requiere una acción de masas que apoye las reivindicaciones radicales. Los propietarios tienen mucho que temer. Muchos de ellos están vinculados al sistema económico existente y se aprovechan de él para sacar beneficios. Todos temen que el pueblo llano, una vez alzado contra la autoridad política, se plantee cuestiones más profundas sobre la totalidad del orden social. La estrategia de muchos propietarios consistía en mantenerse junto al movimiento a fin de canalizar sus energías. Para el terrateniente y abogado de Nueva York Robert Livingston, era cuestión de «nadar junto a una corriente que es imposible frenar» y ceder «al torrente» a fin de «dirigir su curso».

El Congreso, empujado a la revolución por la acción de masas desde abajo, había de hecho aprobado la construcción de un nuevo aparato estatal. Cada ciudad debía ahora optar entre reconocer la autoridad de los consejeros, jueces, aduaneros y oficiales de la milicia del rey, o los de los comités de boicot respaldados por el Congreso. La revolución gira en torno a tales opciones. La «dualidad de poder» —dos autoridades rivales que reclaman cada una de ellas

lealtad política— obliga a todo el mundo a tomar una decisión, ya que no se puede ser leal simultáneamente a ambas.

Los primeros disparos se oyeron en Lexington el 19 de abril de 1775. Los chaquetas rojas británicos mataron a ocho milicianos americanos e hirieron a otros diez tratando de apoderarse de las armas rebeldes almacenadas en Concord, aunque al llegar allí descubrieron que ya se habían llevado las armas; a su regreso a Boston se vieron acosados por docenas de milicianos y asediados en la propia ciudad. La guerra había comenzado.

Las milicias de colonos tuvieron pronto como complemento un Ejército Continental, financiado por el Congreso y bajo el mando de George Washington, que se convirtió en la expresión militar de los embrionarios Estados Unidos. Los milicianos defendían sus localidades, pero el Ejército Continental combatía en una guerra nacional.

Los británicos ganaron la mayoría de las batallas —las principales excepciones fueron la de Saratoga en 1777 y la de Yorktown en 1781—, pero perdieron la guerra, en particular por tres razones: en primer lugar, la geografía favorecía a los revolucionarios, ya que en las colonias americanas había grandes zonas deshabitadas, lo que imponía una pesada carga logística a los británicos y ofrecía un terreno ideal a la resistencia guerrillera.

En segundo lugar, los colonos disfrutaban del fuerte y creciente apoyo francés —que al principio solo consistía en abastecimiento de armas, pero que más tarde supuso una intervención militar a gran escala, tanto terrestre como marítima. Los británicos tenían que hacer un gran esfuerzo para mantener sus operaciones al extremo de una línea de abastecimiento marítima muy larga y vulnerable.

En tercer lugar, los revolucionarios se organizaron política y militarmente para una guerra total. El núcleo de la resistencia lo constituían los «mecánicos», pequeños comerciantes y granjeros del interior, que llegaron a dominar los comités y milicias locales. Los británicos solo controlaban el territorio ocupado por sus soldados. Los rebeldes, aunque a menudo eran derrotados, siempre se podían retirar, recuperarse y volver a combatir.

La gente humilde cobró fuerza por su papel en la lucha. Combatían por lo que consideraban «derechos» y «libertades» antiguas y heredadas, y por una «economía moral» en la que cada uno tenía un papel que merecía respeto y trabajaba más para la comunidad que para su beneficio personal. Y también combatían por tener una representación en los asuntos públicos, por una democracia radical donde pudieran votar tanto los pobres como los ricos.

Al final los nobles ideales de 1776 se diluyeron en los acuerdos de paz de 1788. La Declaración de Independencia de 1776 proclamaba que todos los hombres son creados iguales, con derechos inalienables entre los que destacan la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad; pero la Constitución de 1788 consagró, no la democracia radical y la economía moral, sino el derecho de propiedad, los mercados libres y una elite dorada de terratenientes, comerciantes y banqueros. La revolución burguesa americana quedó pues inacabada, en este sentido y en otros. Por encima de todo, la esclavitud seguía en pie y durante las décadas siguientes se expandió convirtiéndose en un sistema económico inmensamente rentable. Menos de un siglo después de la revolución, más de 620.000 americanos morirían en un conflicto aún mayor, la guerra civil, para hacer realidad la proposición proclamada en 1776 de que «todos los hombres son creados iguales».

La revolución había establecido así el marco de referencia con respecto al que las futuras generaciones de estadounidenses —hombres y mujeres, blancos y negros, ricos y pobres— contrastarían su estatus. Y no solo eso: en su propio tiempo alzó el telón de una nueva época de la revolución mundial, ya que solo un año después de la ratificación de la Constitución estadounidense el pueblo de París asaltó la Bastilla, derrotó un golpe militar e inició la Revolución francesa.

La toma de la Bastilla

La Bastilla era una antigua fortaleza y prisión estatal en la zona este de París. Símbolo de la monarquía absoluta, se cernía amenazante sobre las calles habitadas por la población trabajadora de artesanos, pequeños comerciantes y trabajadores en general de la ciudad. Al igual que la monarquía, parecía inamovible.

El 14 de julio de 1789 el pueblo de París, que había ido haciéndose con armas doquiera que podían encontrarlas durante dos días, se reunió masivamente en el exterior de la Bastilla y exigió su rendición. Los centinelas abrieron fuego. Durante tres horas de refriega murieron 83 personas, pero la determinación del asalto hundió la moral de los defensores, que al final abrieron las puertas de la fortaleza.

El asalto a la Bastilla pretendía impedir un golpe militar del rey francés contra su propio pueblo. La insurrección rompió la espina dorsal de la monarquía absoluta y transformó la autodeclarada Asamblea Nacional en el gobierno real de Francia. La Asamblea Nacional abolió inmediatamente el «feudalismo», aprobó una «Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano» y creó una nueva «Guardia Nacional». Las ciudades de toda Francia siguieron el ejemplo de la capital y establecieron nuevas autoridades revolucionarias.

Por su parte, el campesinado se levantó masivamente en lo que se llamó el Gran Miedo (*la Grande Peur*). Cientos de miles de personas se dirigieron a los castillos de sus señores y quemaron los títulos de las obligaciones feudales. En docenas de pequeñas ciudades los pobres se manifestaron contra la escasez de alimentos, el aumento de los precios y el desempleo.

El mundo parecía cabeza abajo. Una monarquía absoluta que no se había visto desafiada durante ciento cuarenta años había sido derrocada en tres días de insurrección urbana. Había comenzado la Revolución francesa.

Durante los veinticinco años siguientes las fuerzas contrarrevolucionarias dentro del país y en el extranjero intentaron destruir los logros de 1789. La revolución iba a tener que movilizar

una y otra vez fuerzas populares masivas en su propia defensa. Ya en octubre de 1789 hubo una conspiración realista desde la corte de Luis XVI y María Antonieta en Versalles, cerca de París, por lo que veinte mil mujeres marcharon hacia Versalles arrastrando tras de sí a sus maridos, irrumpieron en el palacio y obligaron al rey a regresar a París, donde quedó, junto a sus seguidores, bajo vigilancia popular. La victoria de las mujeres plebeyas consolidó una monarquía constitucional y puso fin a la primera fase de la Revolución francesa. Hagamos una pausa para tomar aliento y hacer balance.

Entre 1688 y 1783 Gran Bretaña y Francia habían combatido en cinco largas guerras, con una duración total de 42 años. Su ubicación había ido desde los bosques de Norteamérica hasta las llanuras de la India, aunque su centro inspirador estuviera situado en Europa. Como la economía británica estaba creciendo más rápidamente que la francesa, y como los franceses tenían que combatir habitualmente con los británicos en el mar y contra sus aliados europeos en tierra, Francia había perdido su imperio y su economía estaba arruinada. Incluso el coste de victorias ocasionales había sido demasiado elevado: el estado francés había entrado en bancarrota a raíz de su participación en la guerra revolucionaria americana, por lo que la monarquía absoluta se vio obligada a intentar reformar el sistema tributario.

Esos hechos básicos deben situarse en un contexto más amplio. El capitalismo es un sistema económico dinámico cuyo filo competitivo amenaza los estados y sociedades tradicionales. Gran Bretaña creció mucho más rápidamente que Francia durante el siglo XVIII debido a las fuerzas desencadenadas por la Revolución inglesa. Cierto es que la economía francesa también creció, con una tasa media del 1,9 por 100 anual durante todo el siglo XVIII. La producción textil aumentó un 250 por 100, la siderúrgica 350 por 100 y la de carbón 750 por 100. En 1789 una quinta parte de la población francesa trabajaba en la industria o la artesanía; pero esto no bastaba para mantenerse a la par con Gran Bretaña, por lo que la monarquía absoluta fracasó ante el test de la guerra, y en la década de 1780 la crisis imperial francesa se había hecho también

financiera. Luis XVI se vio obligado a intentar modernizar el estado bajo la presión de la rivalidad militar de una economía más poderosa.

Los impuestos de guerra constituían ya una carga gigantesca sobre la población trabajadora, pero la nobleza y el clero no pagaban impuestos. La clave para la reforma consistía en hacerles pagar su parte; pero cuando el rey nombró un gobierno «reformista» para racionalizar el sistema tributario, los *parlements* —tribunales supremos controlados por la aristocracia en París y en las provincias — rechazaron sus propuestas. Muchos aristócratas importantes llamaron incluso a manifestarse masivamente contra el gobierno. La reivindicación central era la convocatoria de los *États généraux* para resolver la crisis.

La convocatoria de los Estados generales de 1789 era la primera desde 1614. La asamblea la constituían los representantes de los tres «órdenes» o «estados»: nobleza, clero y Tercer Estado. La campaña electoral de los aspirantes a representar al Tercer Estado llegó hasta los pueblos más pequeños, impulsando las masas a la acción política y desencadenando un torrente de quejas por agravios y demandas (*Cahiers de dolléances*). El Tercer Estado constituía la mayoría abrumadora del pueblo, pero estaba dominado por las clases medias profesionales, especialmente abogados que contaban con la habilidad política necesaria para hacerse elegir.

Los Estados generales se reunieron de abril a junio de 1789 en Versalles. El resultado político fue un callejón sin salida. Los ministros del rey propusieron la reforma de los impuestos, mientras que los delegados pedían la reparación de los agravios. El Tercer Estado se negó a reconocer la superioridad de la nobleza y el clero.

Cuando sus representantes se proclamaron como Asamblea Nacional e invitaron a la nobleza y al clero a unírseles, el rey los desalojó de la sala de reuniones y los delegados se reunieron entonces en un frontón cercano (*la salle du Jeu de Paume*) y juraron solemnemente no disolverse hasta obtener una Constitución. Como respuesta el rey despidió a su principal ministro reformista y llamó a 20.000 soldados a París.

En la capital proliferaban las asambleas y clubes políticos, mientras que por las calles circulaban octavillas y panfletos y en las esquinas lanzaban discursos oradores improvisados. Alrededor de 400 de los «electores» de clase media que habían participado en la selección de delegados a los Estados generales se reunieron en el ayuntamiento y se constituyeron en consejo de la ciudad (*Commune*); pero fue la intervención masiva de la población de París, sobre todo de jóvenes artesanos, pequeños comerciantes y trabajadores en general, la que derrocó la monarquía absoluta. La multitud fraternizaba con los soldados y se ganó su apoyo. El rey no se atrevió a enviar más tropas a la capital.

La Bastilla fue asaltada con éxito y a continuación, siguiendo el ejemplo de París y otras grandes ciudades, se produjo una revolución campesina que fue decisiva. Francia era entonces un país predominantemente agrícola y la mayoría de los soldados eran de origen campesino. Cuando los aldeanos atacaron los *chateaux* era muy improbable que los soldados combatieran en defensa de los aristócratas terratenientes.

A los representantes del Tercer Estado se habían unido una minoría de aristócratas y clérigos para constituir la Asamblea Nacional, en la que la mayoría relativamente conservadora dirigida por el marqués de Lafayette, un general que había combatido en la guerra revolucionaria americana, prefería una monarquía constitucional que detuviera la revolución y salvaguardara la propiedad y los privilegios.

Al principio, durante la luna de miel de la revolución, los revolucionarios más radicales habían quedado al margen; pero su fuerza iba creciendo debido al continuo fermento de propaganda y agitación. Tan solo en los últimos seis meses de 1789 aparecieron 250 periódicos, entre los que iba a destacar pronto como el más popular el del científico y médico Jean-Paul Marat *L'Ami du Peuple*.

Numerosos clubes radicales ofrecían oportunidades para debatir el camino a seguir. Los más famosos eran el de los jacobinos, entre los que sobresalía el abogado Maximilien de Robespierre, y el de los cordeleros, donde destacaba otro abogado, Georges Jacques Danton.

En junio de 1791 el rey intentó huir para unirse a los ejércitos contrarrevolucionarios que se aglomeraban en la frontera. Fue capturado y devuelto a París; pero cuando al mes siguiente los parisinos hacían cola para firmar una petición republicana en el campo de Marte, la Guardia Nacional de Lafayette abrió fuego y mató a cincuenta de ellos.

En aquel mismo lugar, exactamente un año antes, el pueblo se había reunido en el aniversario de la toma de la Bastilla en una alegre Fiesta de la Federación. Ahora un río de sangre fluía entre los monárquicos constitucionalistas conservadores como Lafayette y republicanos radicales como Marat, Robespierre y Danton. La revolución estaba entrando en una nueva fase.

En el verano de 1792 la monarquía constitucional creada por la insurrección urbana tres años antes se derrumbó. El 10 de agosto decenas de miles de *sans-culottes* y *fédérés* rodearon y atacaron el palacio de las Tullerías, la residencia del rey en París.

Los *sans-culottes* («sin calzones») eran los trabajadores de París, que utilizaban otro tipo de pantalones más sueltos. Se organizaron en 48 *sections*, asambleas locales que funcionaban como distritos electorales para la *Commune* o consejo de la ciudad. Las *sections* se convirtieron en órganos de democracia participativa para los artesanos, pequeños comerciantes y trabajadores de París. Los *fédérés* eran soldados voluntarios de las provincias en camino al frente, ya que a principios de aquel mismo año se había declarado la guerra. Representaban la crema de los activistas revolucionarios del resto de Francia.

La Guardia Nacional, en lugar de defender al rey, se unió a la insurrección; pero la guardia suiza (mercenarios extranjeros) seguía siéndole leal y en la refriega de las Tullerías murieron alrededor de 600 realistas y 370 revolucionarios. El palacio fue asaltado y el rey detenido.

La insurrección del 10 de agosto de 1792 fue tan decisiva como lo había sido la del 14 de julio de 1789. La constitución acordada en 1791, con el derecho de voto ligado a la propiedad de cierta cantidad de bienes, fue derogada. La Asamblea Legislativa elegida sobre la base de ese derecho restringido de voto, sucesora de la Asamblea Nacional de 1789, fue disuelta y se eligió una Convención Nacional sobre la base del sufragio de todos los varones adultos para redactar una nueva constitución. La Convención, que cuando se reunió estaba dominada por los republicanos, abolió la monarquía y declaró la República. El rey fue juzgado y ejecutado en enero de 1793.

Tres contradicciones insolubles destruyeron la monarquía constitucional de 1789-92. Primera, la mayoría de la nobleza y el clero seguían siendo profundamente hostiles a la revolución y estaban empeñados en derrotarla. La corte real se convirtió en un

centro de intrigas, mientras en el extranjero se iban formando ejércitos de *emigrés*. La contrarrevolución era un peligro real e inminente.

En segundo lugar, las expectativas populares, alentadas por los acontecimientos de 1789, se habían visto desilusionadas. Las esperanzas de poder político y reforma social se habían difuminado, y en su lugar había escasez de alimentos, inflación y desempleo. El resultado fueron disturbios en París y en otros lugares.

En tercer lugar, en un intento desesperado de cerrar las crecientes brechas abiertas en el nuevo régimen, se había constituido una alianza de fuerzas políticas para declarar la guerra contra los enemigos extranjeros de la revolución. El rey y sus seguidores esperaban que prevaleciera la contrarrevolución. Lafayette y los monárquicos constitucionalistas esperaban dirigir una cruzada que uniera a la nación. Los girondinos —republicanos moderados— esperaban alcanzar el poder subiéndose a la ola del entusiasmo nacional.

Todos se vieron desilusionados y sus esperanzas frustradas. La guerra tuvo efectos contrarios a los deseados. Los generales conservadores se pasaron al enemigo. Los ejércitos franceses sufrieron graves derrotas. El comandante enemigo, duque de Brunswick, declaró que impondría una «venganza ejemplar» y «entregaría la ciudad de París a los soldados y castigaría a los rebeldes como se merecían».

Esas tensiones culminaron en la insurrección del 10 de agosto. La oleada de entusiasmo popular que la hizo posible se canalizó hacia el nuevo ejército de voluntarios que se estaba formando. «Audacia, audacia y siempre audacia», proclamó Danton, recién elegido miembro de la Convención Nacional y ahora uno de los principales miembros del gobierno revolucionario.

El 20 de septiembre de 1792, en Valmy (nordeste de Francia), el ejército revolucionario francés detuvo el avance de los invasores. Al día siguiente la Convención abolió la monarquía.

Pero el nuevo gobierno de los girondinos parecía ahora tan dispuesto a detener la revolución como su predecesor. La contradicción principal de la revolución burguesa se reafirmaba. Una

vez en el poder, los republicanos moderados priorizaban la defensa de la propiedad contra el movimiento popular. Uno de los dirigentes girondinos declaró: «Vuestra propiedad está amenazada», mientras que otro decía que se había desencadenado la «hidra de la anarquía». A menos que se pusiera freno a las «frecuentes insurrecciones», advertía un tercero, «París podría ser destruida».

Pero la amenaza contrarrevolucionaria no se había erradicado. Por el contrario, en la primavera de 1793 Gran Bretaña se había unido a la guerra contra Francia, había levantamientos realistas en la región occidental de la Vendée, y ejércitos extranjeros avanzaban de nuevo sobre París desde el nordeste; el general girondino Dumouriez desertó y se pasó al enemigo.

El 26 de mayo de 1793 Robespierre llamó al pueblo a rebelarse de nuevo. El 29 de mayo se reunieron las *sections* de París y eligieron una nueva *Commune*. El 31 de mayo y el 2 de junio manifestaciones de masas rodearon la Convención y la obligaron a detener a 29 dirigentes girondinos. A partir de aquel momento la Asamblea purgada estaba dominada por los jacobinos.

El Comité de Salvación Pública —doce hombres elegidos por la Convención— se convirtió ahora en el gobierno de hecho de la República. El Comité informaba a la Convención una vez a la semana y estaba sometido a la reelección una vez al mes. Tres destacados jacobinos —Robespierre, Louis de Saint-Just y Georges Couthon— se convirtieron en sus figuras principales. El Comité estableció una economía de guerra total, con reclutamientos en masa, nacionalización de las industrias de guerra e impuestos progresivos. Se impusieron préstamos forzados a los ricos. Las haciendas de los *émigrés* y de la iglesia fueron confiscadas, divididas en pequeñas parcelas y distribuidas entre los campesinos. Se impusieron controles de precios y la especulación se convirtió en un crimen penado con la muerte.

Para combatir la contrarrevolución se empleó una política de «terror». La guillotina, erigida en la plaza de la Concordia en el centro de París, se convirtió en símbolo de la justicia revolucionaria. Las autoridades jacobinas, en la capital y en otros lugares,

decidieron entre septiembre de 1793 y julio de 1794 la ejecución de miles de contrarrevolucionarios.

¿Era esto realmente necesario? *La Terreur* fue el resultado de dos factores: primero, la amenaza de la contrarrevolución era extrema e inminente. En las ciudades y pueblos que conquistaban, los contrarrevolucionarios llevaban a cabo enormes masacres de republicanos, y no solo mataban a los jacobinos. De haber resultado victoriosos, habrían ahogado en sangre la revolución. La pena de muerte era necesaria para desalentar el activismo contrarrevolucionario.

El segundo factor es propio del carácter contradictorio del régimen jacobino. El régimen se tambaleaba sobre una base estrecha e inestable, porque no representaba a una clase específica en un momento histórico específico en que las fuerzas de clase estuvieran claramente delimitadas. La mayor parte de la burguesía —antiguos realistas, monárquicos constitucionalistas y republicanos moderados— se habían pasado a la contrarrevolución. Solo la minoría más radical, cuyos dirigentes eran principalmente profesionales modestos, apoyaba la dictadura jacobina. Su poder dependía en gran medida del apoyo del movimiento popular de los *sans-culottes*.

La situación de emergencia revolucionaria exigía medidas radicales que la mayoría de las clases propietarias temían y rechazaban, lo que reforzaba la contrarrevolución. Por otra parte, el Comité de Salvación Pública era un cuerpo elegido por la Convención y los dirigentes jacobinos seguían siendo defensores convencidos de la propiedad privada como base de la sociedad, lo que tensaba las relaciones del gobierno con sus seguidores más radicales.

En aquella situación de emergencia político-militar de la República durante el año II (1793-94), cuando estaba en juego la supervivencia del régimen revolucionario, la guillotina se convirtió en árbitro de todas las contradicciones. El terror no se dirigió únicamente contra los contrarrevolucionarios, sino que «devoró a sus propios hijos» al ser empleado también dentro de las filas de los revolucionarios. En marzo de 1794 fueron ejecutados los

«hébertistas» del ala izquierda, y al mes siguiente le tocó el turno a los «indulgentes» del ala derecha. El centro representado en el Comité de Salvación Pública pretendía mantener así un equilibrio político cada vez más precario.

El resultado fue paralizar a la oposición durante unos meses, a costa de estrechar la base de masas del régimen. Al verse desmentida la promesa «socialdemócrata» del régimen, el movimiento popular perdió impulso. Tal como declaró Saint-Just, la revolución se había «congelado».

Entre tanto, en la frontera, los ejércitos revolucionarios franceses remodelados habían hecho retroceder a los invasores. La situación de emergencia que había dado lugar a la dictadura jacobina estaba llegando a su fin. Los sectores de la burguesía que le habían prestado apoyo por necesidad se lo retiraron ahora. La Convención se volvió contra el Comité de Salvación Pública. La revolución estaba a punto de invertirse. La crisis estalló en julio de 1794.

La gratitud no es una virtud política. Una vez que la agitación interna había quedado suprimida y que el ejército francés ocupó Bruselas, la burguesía revolucionaria se volvió contra sus salvadores jacobinos. Sintiendo que el poder se le estaba escapando de las manos, Robespierre llamó a otra purga de masas, pero el 27 de julio de 1794 sus enemigos en la Convención lo destituyeron y emitieron una orden de detención contra él y sus aliados políticos.

Los jacobinos se retiraron al Ayuntamiento y llamaron a una jornada revolucionaria (insurrección), pero su apoyo se había debilitado. El régimen había atacado a sus propios seguidores, ejecutando activistas de izquierda, levantando la prohibición de la especulación con alimentos e imponiendo recortes salariales. Solo 16 de las 48 *sections* de París enviaron hombres armados al Ayuntamiento, que se dispersaron tras varias horas de desconcierto sin liderazgo. Los dirigentes jacobinos fueron detenidos, juzgados y ejecutados. Robespierre, Saint-Just, Couthon y otros 18 fueron guillotinados el 27 de julio, y otros 71 jacobinos al día siguiente.

Algunos izquierdistas se unieron al golpe de Termidor (el nombre del mes en que ocurrió según el calendario revolucionario), sin percibir que al descomponerse su base de masas, la destrucción de la dictadura centrista de Robespierre no podía sino entregar el poder a la derecha, nunca a la izquierda. Termidor fue un golpe reaccionario.

Las calles se llenaron de bandas de la *jeunesse dorée* deseosas de vengar el temor que habían pasado y una turba arrasó el Club de los Jacobinos. Se introdujo la condición de disponer de ciertas propiedades para poder votar y se desencadenó un «terror blanco». En abril y mayo de 1795 (Germinal y Pradial del año III) se produjeron levantamientos desesperados de los *sans-culottes* que fueron aplastados implacablemente. La balanza se inclinó más a la derecha y los realistas intentaron un golpe en octubre de 1795 (13 de Vendimiario del año III), aplastado por un joven oficial de artillería llamado Napoleón Bonaparte con descargas de metralla; pero el

solo hecho de que se produjera mostraba la inestabilidad régimen termidoriano.

Termidor no había sido una contrarrevolución, sino una reacción burguesa contra la democracia radical dentro de la revolución. Pero al desmoralizar y desmovilizar al movimiento de masas, la burguesía había aumentado la probabilidad de la contrarrevolución realista. Los termidorianos concentraron por eso el poder en manos de un Directorio de cinco personas, un fuerte ejecutivo capaz de reprimirla con la misma firmeza que los levantamientos populares.

Pero el Directorio fue incapaz de asegurarse una victoria electoral, por lo que en 1797 se transformó en una dictadura dependiente del apoyo del ejército. Esta anomalía se resolvió en noviembre de 1799 con el golpe del 18 Brumario, cuando Napoleón, el general más famoso de la República, se hizo con el poder. El nuevo Primer Cónsul se hizo coronar emperador en 1804.

El golpe de Napoleón en Brumario puso fin a la Revolución francesa, pero no la revirtió; por el contrario, consolidó y defendió sus principales avances. Napoleón, como Cromwell, fue un soldado de la revolución, no su némesis. Las obligaciones feudales habían desaparecido y los campesinos mantuvieron sus tierras. La economía permaneció libre de aduanas internas. Se había establecido un sistema nacional de administración, había igualdad bajo la ley y se había separado a la iglesia del estado. Ni siquiera en 1815, cuando las bayonetas extranjeras restauraron la monarquía, se pudo restaurar el *ancien régime*.

Los ejércitos del Directorio, el Consulado y el Imperio, además, llevaron al extranjero la tradición revolucionaria, aboliendo la servidumbre, nacionalizando las tierras de la iglesia y eliminando las aduanas internas, y algunos de esos cambios —en parte de Alemania, Austria, Italia y otros países— resultaron irreversibles. Y no solo eso: el ejemplo de la revolución era contagioso. Intelectuales y activistas de toda Europa se inspiraron en sus ideales y victorias. Algunos dieron la bienvenida a los ejércitos de Napoleón, mientras que otros montaron a su imagen sus propias revoluciones.

Uno de estos últimos era un joven abogado protestante llamado Wolfe Tone, quien fundó una organización radical, la Sociedad de

los Irlandeses Unidos, para luchar por la independencia del dominio británico. Aquel movimiento se inició en Belfast entre la clase media protestante y luego se extendió a muchos de los campesinos católicos del resto del país. Pero un levantamiento prematuro en 1798, antes de la llegada de tropas francesas, fue aplastado y alrededor de 30.000 irlandeses murieron en las represalias que le siguieron, número similar al de los ejecutados durante el Terror revolucionario francés de 1793-94.

En febrero de 1794 los jacobinos habían aprobado un decreto aboliendo la esclavitud; en 1801 Napoleón envió a Haití un ejército para restaurarla. Ese contraste muestra el carácter contradictorio de la revolución burguesa: el poder de las masas necesario para impulsar hacia adelante la revolución es una amenaza para un orden social basado en la propiedad privada. La contradicción se exacerbó en el imperio de Napoleón y finalmente acabó con él.

La Revolución francesa generó un nuevo sistema militar basado en la movilización de masas, el entusiasmo popular y el ascenso desde los grados más bajos. La movilidad, la ofensiva y las masas fueron utilizadas para vencer a poderosos ejércitos del *ancien régime* en Europa. En la batalla de Austerlitz, en 1805, los ejércitos combinados de Austria y Rusia fueron derrotados y aquella victoria convirtió a Napoleón en el amo de Europa central.

Pero los enormes ejércitos de Napoleón estaban obligados a subsistir de los productos de la tierra que atravesaban, y esquilmaron esos territorios. Los franceses pretendían aparecer como liberadores, pero eran sentidos como opresores. Robespierre había predicho que muy pocos darían la bienvenida a «misioneros armados»; las amargas experiencias de los ejércitos napoleónicos demostraron que llevaba razón.

Al destruir el equilibrio de poder en Europa, Napoleón se ganó como implacables enemigos a las clases dominantes del continente; pero con los impuestos, el servicio militar obligatorio y las requisas también se ganó enemigos entre el pueblo llano.

La invasión francesa de España en 1808 se convirtió en una guerra de desgaste contra los soldados regulares británicos y los guerrilleros españoles que extenuaron la fuerza militar francesa

durante los seis años siguientes. La invasión de Rusia en 1812 se convirtió en un desastre cuando la conquista de Moscú por Napoleón no significó el final de la guerra y se vio obligado a una larga retirada en invierno en la que pereció la mayor parte de su ejército.

La batalla de Leipzig en 1813, contra un ejército combinado ruso, austriaco y prusiano, invirtió el resultado de Austerlitz. Al año siguiente Francia fue invadida y Napoleón se vio obligado a abdicar. Su regreso de los «Cien Días» en 1815 acabó en una derrota en Waterloo y un nuevo exilio, esta vez definitivo.

Pero Waterloo no pudo devolver el mundo a 1789. Los regímenes restaurados eran reaccionarios y represivos, representantes de «el trono y el altar»; pero su forma conservadora oscurecía su contenido dinámico. La Revolución francesa había despejado el camino y había desencadenado la energía de un nuevo orden económico, el capitalista. No había forma de volver a meter al genio en la botella.

«La Convención Nacional declara abolida la esclavitud de los negros en todas las colonias, y en consecuencia decreta que todos los hombres, sin distinción de color, domiciliados en las colonias, son ciudadanos franceses y gozarán de todos los derechos asegurados por la Constitución.»

Este decreto fue aprobado por aclamación el 4 de febrero de 1794. No había sido propuesto por el Comité de Salvación Pública jacobino, sino que había sido una respuesta espontánea a la aparición ante la Convención Nacional de tres emisarios de la colonia francesa de Saint-Domingue en la isla caribeña conocida entonces como La Española. Los tres —un colono blanco, un mulato y un liberto negro— habían llegado a París para demandar la abolición de la esclavitud.

Aquella petición fue recibida con un gran aplauso y aprobada sin debate. Georges Danton declaró: «Como representantes del pueblo francés, hasta ahora hemos decretado egoístamente la libertad para nosotros mismos, pero hoy proclamamos la libertad universal...»

La Revolución francesa había alcanzado su clímax radical. Lo que la llevó hasta allí fue una insurrección armada de 500.000 esclavos negros al otro lado del Atlántico, que había abierto una brecha en el edificio global del capitalismo mercantil.

Entre 1760 y 1790 la producción anual de azúcar de las colonias británicas y francesas en el Caribe se duplicó, llegando casi a las 300.000 toneladas. La demanda de las cafeterías de moda en Londres y en París a finales del siglo XVIII parecía insaciable. La economía atlántica —un estrecho vínculo entre imperio, esclavitud y beneficio— crecía exponencialmente. Los propietarios de plantaciones en Jamaica y Saint-Domingue y los capitalistas mercantiles de Bristol, Liverpool, Burdeos y Nantes eran los nuevos super-ricos de aquella época.

Las enfermedades europeas habían diezmado la población nativa de las Américas; pero los europeos, a su vez, eran vulnerables a las enfermedades tropicales en el Caribe y Centroamérica. La solución a la consiguiente escasez de mano de

obra había sido enviar alrededor de 12 millones de esclavos africanos cruzando el Atlántico, dos tercios de los cuales habían acabado en las plantaciones de caña de azúcar.

Una plantación típica empleaba cientos de esclavos, que trabajaban allí 16 y hasta 18 horas diarias, fueran cuales fueran las condiciones meteorológicas, durante casi todo el año. Las raciones alimenticias eran mínimas; se esperaba que los esclavos las complementaran con los productos de pequeños huertos. No existían cuidados médicos, y brutales capataces armados con látigos, perros y armas de fuego mantenían la disciplina. Lo normal era la muerte prematura debida al exceso de trabajo o la desatención y falta de higiene. La férrea lógica de la acumulación competitiva de capital aseguraba que fuera así: era más barato comprar nuevos esclavos que gastar recursos en su mantenimiento.

La mayor y más rentable colonia francesa en el Caribe era la de Saint-Domingue, el tercio occidental de la isla La Española (la parte oriental seguía controlada por España). La población libre, de alrededor de 60.000 personas, consistía principalmente en la fuerza armada para mantener la esclavitud, pero estaba internamente dividida: la mayoría estaba interesada en mantener la explotación de los esclavos, pero su grado de interés era variado. Saint-Domingue suponía, en palabras del historiador Robin Blackburn, «un sistema colonial y mercantil, un orden político aristocrático, una jerarquía de castas racial y una distribución muy desigual de la propiedad privada, tanto entre los blancos como entre la población libre de color».

Las noticias de la revolución en París abrieron grietas en el bloque dominante en la colonia, y aquella fractura del aparato de poder colonial ofreció una oportunidad para la rebelión desde abajo.

Comenzó la noche del 21 de agosto de 1791. Los conspiradores esclavos gritaban: «Escuchad la voz de la libertad que habla a todos los corazones». La rebelión se extendió rápidamente por toda la llanura septentrional de la isla, llegando a cientos de plantaciones. Se formaron numerosas bandas armadas de rebeldes, que pronto se convirtieron en rasgo característico, profundamente enraizado, de un conflicto multilateral, cada vez más complejo, en toda la isla.

Al principio, no obstante, los rebeldes negros no pretendían la emancipación de todos los esclavos. La mayoría de los líderes negros no eran abolicionistas; solo pedían mayor libertad para ellos mismos y sus seguidores, y mejores condiciones para la totalidad de los esclavos.

Dos factores transformaron el conflicto: uno fue la guerra de las potencias europeas contra la Francia revolucionaria y la desesperada necesidad de aliados de los dirigentes jacobinos; el otro fue el liderazgo radical del general negro Toussaint Louverture (Tousen Louvèti en lengua criolla).

Bajo el ataque de los monárquicos, los españoles y los británicos, el nuevo gobernador jacobino de Saint-Domingue emitió un decreto aboliendo la esclavitud el 29 de agosto de 1793. Fue publicado en criollo, la lengua de los esclavos, para asegurar que se entendiera en sus cabañas. El resultado fue «una traca de rebeliones de los esclavos» (Blackburn).

La mayoría de los generales negros habían combatido junto a los enemigos de Francia; pero los realistas, los españoles y los británicos eran todos ellos partidarios de la esclavitud. Por eso en mayo de 1794 Louvèti rompió con sus aliados y se unió a los republicanos franceses, actitud que fue confirmada cuando llegó a la colonia la noticia del decreto de emancipación de la Convención Nacional. Louvèti se había convertido, como dice el historiador de las Antillas C. L. R. James, en un «jacobino negro», que ahora emprendió una guerra sin cuartel por la abolición de la esclavitud.

En los momentos más críticos de la historia, el liderazgo revolucionario puede ser decisivo. No puede ser puramente utópico ni puramente pragmático, sino que debe entrelazar dialécticamente ambos factores. Requiere una visión de un futuro alternativo que trascienda las circunstancias inmediatas pero refleje las posibilidades que se incuban en ellas. Significa mirar hacia un nuevo mundo desde otro que sigue anclado en el pasado. Ese fue el papel asumido por Louvèti y su ejército en 1794.

En 1798 Louvèti derrotó un intento de conquista a gran escala emprendido por el ejército británico, que perdió en aquella guerra 20.000 hombres (sus bajas totales en el Caribe —combatiendo

contra rebeliones de esclavos y contra las fuerzas expedicionarias francesas— llegaron a 60.000). En 1801 conquistó en un mes la parte española de la isla, en la que se proclamó una constitución autonomista como parte de la República francesa.

Pero Napoleón Bonaparte, Primer Cónsul de Francia desde el 18 Brumario del año VIII (9 de noviembre de 1799), estaba decidido a restaurar el imperio francés en las Américas y la pujanza de la industria azucarera y en 1802 envió un nuevo ejército de 50.000 hombres al mando de su cuñado, el general Leclerc, con órdenes de aplastar a los jacobinos negros. Louvèti fue detenido y enviado a Francia. Al embarcar, predijo: «Solo habéis abatido el tronco del árbol de la libertad, pero este volverá a brotar de sus raíces, porque son demasiado profundas y numerosas». Fue encarcelado en el Fort de Joux en el Jura, la región más fría de Francia, donde murió el 7 de abril de 1803 debido a la falta de asistencia médica.

Los franceses no consiguieron restablecer la esclavitud en la isla. Los generales negros y mulatos, encabezados por el lugarteniente de Louvèti Janjak Desalin (Jean-Jacques Dessalines), emprendieron una nueva guerra de liberación acicateando la cólera de los oprimidos y derrotaron a los franceses en la batalla de Vertières e1 18 de noviembre de 1803. De los 35.000 soldados enviados por Napoleón a la isla, más de 25.000 murieron en el campo de batalla o de distintas enfermedades. El 1 de enero de 1804 se proclamó la independencia del país, un estado independiente creado por la revolución de los esclavos negros, y quedó constituida la nueva República de Haití, devolviéndole el nombre taíno (Ayití: montaña sobre el mar); iba a permanecer como un faro que alumbraba el camino hacia la emancipación final de las Américas.

Haití no fue el único país de América transformado por el impacto de la revolución francesa. Entre 1808 y 1826 casi la totalidad del imperio español en el Nuevo Mundo cayó frente a una oleada de revoluciones encabezadas por los colonos criollos de habla española.

El desencadenante fue la invasión de España por las tropas de Napoleón, quien derrocó a los reyes Borbones e instaló en el trono a su propio hermano José. La península Ibérica se sumió así durante seis años en una guerra que paralizó a las autoridades imperiales españolas en América.

«¿Queréis saber cuál era nuestro futuro?» —preguntaba el líder revolucionario sudamericano Simón Bolívar—. «Éramos meros consumidores, confinados al cultivo de añil, café, azúcar, cacao y algodón; a la cría de ganado en planicies vacías; a cazar animales salvajes en los bosques; a cavar en las minas produciendo oro para la insaciable codicia de España.»

La dependencia colonial de Sudamérica se había intensificado a finales del siglo XVIII. La política de libre comercio había eliminado las restricciones y había abierto los mercados coloniales a los comerciantes españoles. Las colonias se habían visto inundadas de productos importados y los comerciantes de las colonias se habían arruinado, mientras que el flujo de riquezas y ganancias de América a España se había multiplicado.

Los metales preciosos y los impuestos de sus colonias eran utilizados por los españoles para apuntalar sus ambiciones como gran potencia en Europa. El oro peruano, la plata mexicana y los beneficios de las plantaciones de café en el Orinoco y de los ranchos ganaderos en el Río de la Plata servían para pagar los ejércitos españoles.

No importaba apenas quiénes gobernaran en Madrid, monopolistas o liberalizadores: unos y otros eran imperialistas contumaces; pero a partir de 1808 aquellos imperialistas habían perdido los dientes. La administración colonial española en Sudamérica se vio pronto acosada y sin apoyo desde la metrópoli.

A principios del siglo XIX vivían en la América española alrededor de 17 millones de personas, de las que solo unas 150.000 eran peninsulares, esto es, inmigrantes llegados de España. Otros 3 millones eran criollos, descendientes de los colonos españoles nacidos en América. Las relaciones de los criollos con España en 1808 eran muy similares a las de los colonos norteamericanos con Gran Bretaña en 1776.

Los puestos de gobierno solían reservarse para funcionarios españoles. Las oportunidades comerciales quedaban limitadas por los monopolios españoles. El privilegio de casta racial era una característica habitual de la vida cotidiana.

En 1806 y 1807 unidades milicianas criollas derrotaron dos ataques británicos contra Buenos Aires. Aquel núcleo se desarrolló convirtiéndose en alternativa revolucionaria criolla al dominio español una vez que llegó la noticia del golpe napoleónico en Madrid. En mayo de 1810 la milicia criolla local se hizo con el poder en Buenos Aires.

Aquel movimiento revolucionario se extendió rápidamente al resto de las colonias españolas en América. En 1814, cuando los franceses fueron finalmente expulsados de España, la mayoría de las colonias del imperio español en el Nuevo Mundo se habían independizado. La principal excepción era Perú, el mayor bastión de reacción realista en Sudamérica, donde la revolución criolla había sido aplastada.

En 1815 la monarquía española restaurada envió al mayor ejército que se había visto nunca en el Nuevo Mundo, que inmediatamente emprendió una guerra de terror contrarrevolucionario. El movimiento patriótico criollo en Venezuela se vio golpeado con ejecuciones y confiscaciones. En 1816 la revolución parecía a punto de ser derrotada.

Pero aquel no fue el primer retroceso importante. Muchos de sus alzamientos iniciales en 1810 habían sido derrotados, algo de lo que el movimiento había aprendido lecciones, y más tarde se había recuperado y contraatacado. En el sur, José de San Martín había superado el provincialismo de las milicias locales y había puesto en pie un ejército revolucionario centralizado —el Ejército de los Andes

— capaz de operar en casi toda Sudamérica. Al norte, Simón Bolívar había comprendido también la necesidad de organización y liderazgo, y mientras que San Martín era relativamente conservador, Bolívar era un resuelto revolucionario.

«Solo la mayoría es soberana», proclamó. «Quien se apropia del lugar del pueblo es un tirano y su poder es una usurpación.» Analizando las recientes derrotas, concluía que «es nuestra desunión, no el ejército español, lo que nos ha devuelto a la esclavitud». Para derrotar a los realistas se necesitaba unidad, centralización y una guerra sin cuartel, o como él decía, «un poder terrible».

No podía haber compromiso ni contemporización con un enemigo tan despiadado. «Nuestra tolerancia se ha acabado, y como nuestros opresores nos obligan a una guerra mortal, desaparecerán de América y nuestra tierra quedará purgada de los monstruos que la infestan. Nuestro odio será implacable. La guerra será a muerte.»

Bolívar mantuvo unido el movimiento revolucionario durante la larga noche de la contrarrevolución en Venezuela. Impuso una autoridad centralizada y reconstruyó el ejército. A continuación, en 1819, en una campaña espectacular que incluyó marchas épicas cruzando los Andes llevó la revolución a la victoria en Colombia, Ecuador y Venezuela. El Perú realista sucumbió finalmente en 1824.

Pero la lucha había sido más dura, más larga y más costosa de lo necesario, y la victoria final era superficial. Bolívar tuvo que exiliarse decepcionado poco antes de su muerte en 1830.

Sus aspiraciones más radicales a la reforma agraria, poniendo fin a la pobreza de los campesinos, y a unos «Estados Unidos» de Sudamérica capaces de rivalizar con los del norte, murieron antes de nacer. En sus propias palabras, «me avergüenza admitirlo, pero la independencia es el único objetivo que hemos alcanzado, a costa de todos los demás».

La gran extensión de Sudamérica y la desproporción entre el enorme espacio geográfico y la exigua logística político-militar; la dispersión de la población hispanoamericana; las diferencias económicas y sociales entre regiones; las innumerables querellas de

intereses creados rivales, etc., impidieron la formación de un movimiento unificado y coherente a escala continental.

El resultado fue una miríada de querellas variadas: españoles contra criollos, realistas contra patriotas, conservadores contra liberales, centralistas contra regionalistas, monopolistas contra librecambistas... A veces esos conflictos acababan en un enfrentamiento directo entre revolucionarios y reaccionarios, pero otras veces las múltiples complejidades y enredos imposibilitaban una acción eficaz.

En lugar de fundirse en unos Estados Unidos como los del norte, Sudamérica se fragmentó en un mosaico de distintas naciones: Argentina, Uruguay, Paraguay, Chile, Bolivia, Perú, Ecuador, Colombia y Venezuela.

Peor aún fue el embotamiento de la revolución burguesa latinoamericana por la debilidad de sus movimientos populares. Más del 80 por 100 de la población era indígena o de color. La mayoría eran indios nativos, esclavos negros o distintos tipos de mestizos (pardos, mulatos, zambos...), que eran las bestias de carga latinoamericanas. Muchos trabajaban como peones de campo (campesinos sin tierra) o gauchos (jinetes a cargo del ganado) en los ranchos o haciendas de los criollos; otros trabajaban en las minas y otros se ganaban la vida como pequeños granjeros en tierras marginales o como pequeños comerciantes en las poblaciones mayores.

Innumerables comentaristas de la época informaron de las obscenas desigualdades sociales en Hispanoamérica y de la miseria desesperada de las masas. El obispo de Michoacán, en México, solo distinguía dos grupos sociales: «los que no tienen nada y los que lo tienen todo [...] No hay grados intermedios: o se es rico o se es pobre».

Los propietarios criollos de las haciendas sentían un miedo cerval a los pobres, por lo que la mayoría de ellos eran realistas allí donde los realistas eran fuertes, y patriotas donde lo eran los patriotas; lo que les importaba era la fuerza armada para mantener a los pobres en su lugar, fuera quien fuera quien la ejerciera.

Bolívar, el mayor revolucionario criollo, encarnaba y personificaba esa contradicción. Por un lado, condenaba a sus pares que «hablan de libertad y constituciones» pero «prefieren considerar a las clases bajas como sus siervos perpetuos y hereditarios». Pero el idealismo de Bolívar era desmentido por su apreciación de que Sudamérica era un volcán de contradicciones sociales racializadas que «solo se podía mantener en orden y prosperidad mediante el poder absoluto». Remiso a dirigir una rebelión elemental de las masas que podría haber transformado Latinoamérica, se convirtió en colaborador involuntario del aborto de la incipiente revolución social.

Las revoluciones hispanoamericanas crearon estados independientes gobernados por aristócratas criollos; pero a medida que los banqueros, comerciantes y armadores británicos sustituían a los españoles, se estableció una nueva forma de dependencia semicolonial y Latinoamérica siguió siendo un continente subdesarrollado de productores de materias primas para la exportación.

Los propietarios conservadores de las grandes haciendas seguían conservando sus latifundios. Las haciendas se convirtieron en el centro de gravedad de la sociedad. Oligarquías regionales asumieron el control de los nuevos estados independientes. La política se convirtió en una oscilación entre facciones conservadoras y liberales de la misma clase dominante. La Iglesia Católica —rica, poderosa y omnipresente— siguió ejerciendo una gran influencia. Los ejércitos protegían los intereses creados, protagonizando abundantes golpes militares.

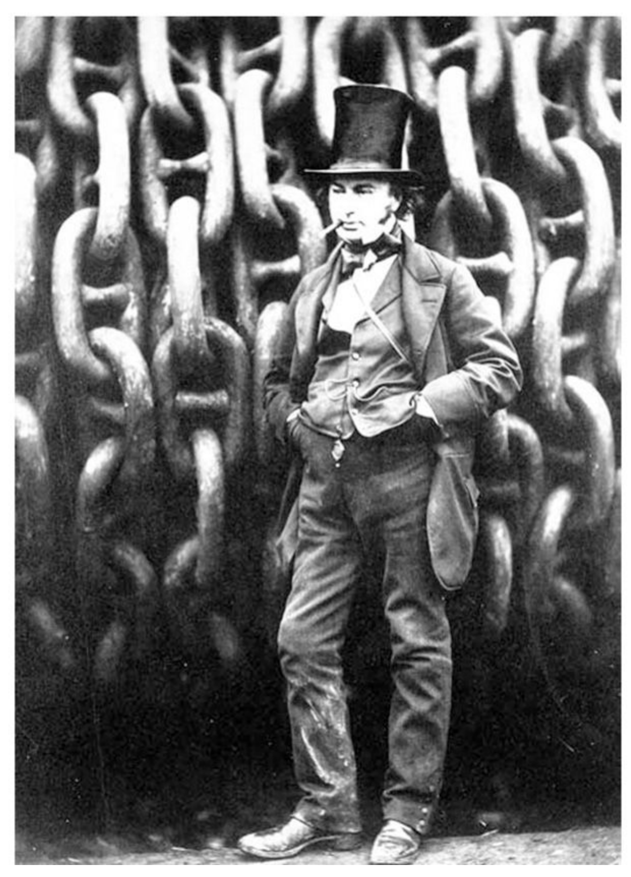
Para la mayoría, la vida no cambió en absoluto. La fatiga ininterrumpida seguía siendo pagada con pobreza, hambre y enfermedades. La tragedia de Latinoamérica fue que el dominio imperial español estaba tan hueco que nunca fue necesario recurrir a movilizar las masas para derribarlo. La revolución política desde arriba no era posible sin la revolución social desde abajo.

Pero sin el impulso de la rebelión popular, dos décadas de golpes, decretos y batallas dejaron inalterados el atraso económico, la desigualdad social y el letargo cultural de Latinoamérica. Durante

todo el siglo XIX siguió siendo una de las regiones más conservadoras del planeta. Como decían los campesinos mexicanos con respecto al orden posrevolucionario: «son los mismos perros con distintos collares».

9

LA EXPANSIÓN DEL CAPITALISMO INDUSTRIAL
c. 1750-1850



Agente de la revolución: Isambard Kingdom Brunel, importante ingeniero y empresario británico del siglo XIX.

La segunda oleada de revoluciones burguesas aceleró la difusión del capitalismo mercantil en toda Europa y el mundo entero. Coincidiendo con ello se inició una transformación radical del capitalismo en su patria de origen: la revolución industrial.

El capitalismo mercantil había protagonizado frenéticos aumentos en el intercambio de mercancías, la circulación del dinero y la acumulación de capital, pero sin que se diera una transformación significativa de la producción. La demanda de artículos aumentó exponencialmente durante el siglo XVIII, pero la forma en que se producían apenas había cambiado: la economía estaba todavía dominada por explotaciones agropecuarias en las que trabajaba poca gente sin apenas máquinas, y pequeños talleres en los que trabajaban artesanos independientes.

Entre 1750 y 1800 comenzó a implantarse en Gran Bretaña un nuevo sistema de producción, la fábrica. Entre 1800 y 1850 este sistema comenzó a transformar la economía global más radicalmente que nunca desde la revolución agrícola, y al hacerlo creó una nueva clase social —el proletariado industrial— que pronto mostró una capacidad sin precedentes para la organización y la resistencia colectiva.

Dos jóvenes intelectuales renanos, Karl Marx y Friedrich Engels, combinaron su comprensión de esas nuevas realidades sociales con las tradiciones teóricas representadas por la filosofía alemana, el socialismo francés y la economía británica. Su síntesis —el materialismo histórico que solemos llamar marxismo— no era solo una explicación del mundo: era nada menos que una guía para la

revolución mundial y la emancipación de la humanidad de todo tipo de explotación, violencia y opresión.

En 1814, un año antes de la batalla de Waterloo, un visitante alemán describía una ciudad donde había visto «cientos de fábricas [...] de hasta cinco o seis pisos de altura. Enormes chimeneas al lado de esos edificios lanzan humaradas de carbón que nos revelan las poderosas máquinas de vapor que se utilizan en ellas». Se trataba de Manchester, la primera ciudad industrial del mundo.

Entre 1773 y 1801 la población de la ciudad se había triplicado, pasando de 23.000 a 70.000 habitantes. En 1799 contaba con 33 fábricas textiles; en 1816 eran 86. Medio siglo después, su población era de 300.000 habitantes y estaban ya en funcionamiento la mayoría de las 172 fábricas con que llegaría a contar la ciudad. Su producción de tejidos de algodón era tan copiosa que, cuando se vendían al otro extremo del mundo, eran conocidos simplemente como «artículos de Manchester».

Tres ríos convergían en la ciudad abasteciéndola de energía y líneas de transporte. Una red de canales, embarcaderos y almacenes facilitaron la primera fase de la revolución industrial de Manchester. Luego vinieron la máquina de vapor y los ferrocarriles para subrayar la segunda fase del desarrollo. La primera fábrica que funcionaba con máquinas de vapor estaba ya en marcha en 1789, y la primera línea férrea hasta Liverpool se completó en 1830.

La velocidad de la innovación y los enormes incrementos de la producción carecían de precedentes. Manchester representaba una revolución económica que iba a transformar la experiencia humana más profundamente que ninguna otra cosa desde la revolución agrícola diez mil años antes.

¿Por qué ahora, y por qué aquí? Durante el siglo XVII la Revolución inglesa había acabado con el dominio de un monarca que se pretendía absoluto y de los señores y obispos que lo apoyaban, sustituyéndolo por una monarquía constitucional controlada por una asamblea parlamentaria dominada por terratenientes y comerciantes.

La «revolución burguesa» inglesa posibilitó una rápida expansión de la agricultura y la ganadería comercial, el comercio marítimo con

ultramar y la construcción de un imperio. La riqueza fluía hacia las grandes ciudades portuarias de Londres, Bristol y Liverpool.

De particular importancia era, como hemos visto, el comercio triangular: se exportaban mercancías a África occidental donde se adquirían a cambio de esclavos que eran transportados cruzando el Atlántico para trabajar en las plantaciones de azúcar, tabaco y algodón en las Américas; y el producto de las plantaciones era enviado para su venta en Gran Bretaña y Europa. En 1750 Bristol era la segunda ciudad de Inglaterra, con una población de 45.000 habitantes. Estaba llena de muelles, almacenes y terrazas de prósperas casas urbanas pertenecientes a la burguesía mercantil. Bristol había crecido y engordado con la trata de esclavos.

La acumulación de capital comercial no solo enriqueció a los terratenientes, comerciantes y banqueros de la nueva clase dominante británica, sino que también fomentó la creación de comunidades de científicos e ingenieros cuya inventiva comenzó a abrir nuevas posibilidades para un mayor enriquecimiento. Los antiguos griegos habían imaginado el principio de la máquina de vapor, pero nunca se había construido una; la idea había quedado en mera curiosidad. No bastaba el ingenio; se necesitaba un proceso de acumulación competitiva de capital para transformar una luminosa idea en un dispositivo productivo que se pudiera fabricar y utilizar. Eso es lo que sucedió en Gran Bretaña durante el siglo XVIII. Un goteo continuo de cambios cuantitativos —que aumentaban la riqueza comercial— acabó generando una nueva dinámica de crecimiento industrial impulsada por la innovación y la inversión.

Ya en 1698 el inventor y empresario inglés Thomas Savery había construido y patentado una máquina de vapor bastante simple, a la que siguieron rápidamente otras más eficientes. La de Thomas Newcomen, inventada alrededor de 1710, se utilizó para hacer funcionar bombas de extracción en las minas de carbón. Cuando James Watt construyó una máquina de vapor aún más eficiente en 1763-75, reduciendo el consumo de carbón un 75 por 100, posibilitó un uso industrial más amplio. Watt colaboró con el fabricante metalúrgico de Birmingham Matthew Boulton para desarrollar, patentar y vender una serie de máquinas de vapor.

Poco más o menos en la misma época Richard Arkwright, pionero en el uso del vapor en la industria textil, estaba realizando el primer uso experimental de una máquina de vapor en Manchester. Había inventado la hiladora mecánica y una máquina cardadora y su ingeniosa combinación de energía, maquinaria y trabajo semiespecializado en la producción textil fue el origen del sistema fabril.

Anteriormente los magnates del algodón de Manchester se hacían ricos con el sistema de trabajo a domicilio (*putting out system*) que hacía a hiladores y tejedores trabajar en su propia casa, principalmente en pequeños pueblos y aldeas cercanas a la ciudad. Pero a mediados del siglo XVIII había ya en ella grandes casas de comerciantes en edificios de tres pisos en los que el superior se utilizaba como taller. Una única ventana muy amplia maximizaba la luz de manera que un solo obrero hábil pudiera manejar un telar manual o una hiladora *jenny* (inventada en 1764 por James Hargreaves).

El sistema fabril, en cambio, ofrecía enormes economías de escala. La producción en masa se basaba en la energía mecánica, maquinaria que ahorraba mano de obra y una fuerza de trabajo barata de operarios semiespecializados, incluyendo mujeres y niños, lo que hacía posible enormes incrementos en la productividad del trabajo y en el volumen de la producción.

La presión competitiva impulsaba a la baja los salarios de los tejedores manuales y contrajo los beneficios de los comerciantes de algodón que todavía empleaban el sistema de trabajo a domicilio. Los obreros se vieron finalmente obligados a integrarse en las fábricas, mientras que los comerciantes invertían en máquinas de vapor e hiladoras mecánicas.

Manchester pasó de ser una ciudad de pequeños talleres, canales y embarcaderos a otra de bloques de viviendas de calle a calle, fábricas textiles y vías férreas, al tiempo que la vida para muchos de sus habitantes, en una población que crecía rápidamente, se hizo cada vez más opresiva.

Este lado oscuro de la revolución industrial ejerció un profundo impacto sobre un joven alemán de 22 años enviado por su padre

para trabajar en la firma de la familia, propietaria de una fábrica textil en Manchester. Observando la ciudad en 1844, concluía que «350.000 trabajadores de Manchester y sus alrededores viven, casi todos ellos, en chamizos miserables, húmedos y sucios. Las calles que los rodean suelen ofrecer una imagen mísera e infecta, arracimadas sin la menor preocupación por la higiene o la ventilación, atendiendo únicamente al beneficio obtenido por el arrendador».

El padre de aquel joven lo había enviado a Manchester con la esperanza de apartarlo de sus inclinaciones radicales, pero obtuvo el efecto opuesto. Friedrich Engels, que pronto se iba a convertir en amigo para toda la vida de Karl Marx, adoptó como credo el socialismo revolucionario, y no solo eso, sino que detectó en el nuevo proletariado industrial que tan bien describió en su estudio *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, algo más que mero infortunio. Los trabajadores, apiñados en fábricas y barrios bajos, eran ya una fuerza política.

Cuando Engels llegó a Inglaterra se vivían allí las primeras convulsiones de masas del proletariado industrial. Cientos de miles de trabajadores se unían a los cartistas. La potente combinación de pobreza y resistencia que Engels encontró en Manchester iba a alimentar su comprensión de la historia, el conflicto humano y la mecánica de la transformación social. El resultado iba a ser el marxismo: la teoría y la práctica de la revolución internacional de la clase obrera.

La Revolución francesa había sido impulsada por un movimiento popular de trabajadores. Había despertado esperanzas en una gran reforma democrática y social, pero tras el golpe de Termidor los radicales populares habían conocido el amargo sabor de la derrota.

Su movimiento era una alianza interclasista plagada de contradicciones. Los dirigentes jacobinos representaban una pequeña minoría radical de la burguesía. La mayoría de los activistas revolucionarios no eran en absoluto auténticos burgueses, sino miembros de la clase media urbana de abogados y otros profesionales o de la pequeña burguesía urbana de artesanos y pequeños comerciantes.

Los trabajadores asalariados, por otro lado, no habían constituido hasta entonces una clase social claramente definida con una identidad política propia. Casi todos ellos estaban empleados en pequeños talleres. Muchos aspiraban a convertirse en pequeños productores por cuenta propia. La mayoría había seguido la dirección de la pequeña burguesía con la que vivían y trabajaban. Los *sans-culottes* que formaban las multitudes revolucionarias eran por tanto una mezcla de pequeños propietarios y trabajadores asalariados.

El campesinado tenía una composición similar. Campesinos pobres y labradores asalariados habían seguido la dirección de campesinos más acomodados en la lucha contra el «feudalismo». La aldea revolucionaria se había unido contra los terratenientes y recaudadores de impuestos. Lo que después había hecho tan poderosos los ejércitos de la Revolución francesa y de Napoleón era el hecho de estar constituidos por campesinos-soldados que defendían las reivindicaciones de las aldeas frente a los *chateaux* y que combatían para evitar el regreso de los aristócratas.

Pero había límites a sus triunfos. La promesa de la Revolución había quedado incumplida porque no había pasado nunca de ser una revolución burguesa comprometida en la defensa de la propiedad privada, que es incompatible con la igualdad social o con una democracia genuina.

El movimiento popular se había visto obligado a retroceder por quienes gobernaban Francia después de Termidor, pero no había sido destruido. La Revolución había radicalizado a toda una generación y miles de activistas se inspiraban en sus ideales mucho después de 1794.

Las lecciones de la derrota eran vivamente debatidas. Las conclusiones extraídas eran a menudo equivocadas. «Graco» Babeuf y su Conspiración de los Iguales trataron de derrocar al Directorio en un golpe político en 1796; pero un complot activista no puede sustituir a un movimiento de masas. Un pequeño grupo de terroristas no puede derrotar al estado. Babeuf fue detenido, juzgado y ejecutado en 1797.

Pero sus ideas revolucionarias sobrevivieron. Tal como había declarado: «La naturaleza ha dado a cada ser humano el derecho a disfrutar de una parte igual en toda propiedad». Ahí estaba resumida la cuestión que iba a separar a los radicales pequeño-burgueses de la clase obrera socialista.

Las ideas sin un movimiento de masas son impotentes, pero un movimiento sin ideas carece de dirección. La esencia de lo que el historiador radical Eric Hobsbawm ha llamado «la revolución dual» —la combinación de la Revolución francesa con la revolución industrial— es que representaba una fusión entre ideas y movimiento que hacía posible una transformación social en todos los terrenos. Los cartistas fueron la primera expresión plena de esa fusión.

La Revolución francesa había ejercido un poderoso efecto de contagio en Gran Bretaña. De la defensa por Tom Payne de sus principios, *The Rights of Man* (Los derechos del hombre) (1791), se vendieron 100.000 ejemplares. Proliferaron redes radicales afines con la política jacobina como la Corresponding Society de Londres. En 1797 los motines paralizaron la armada real y en 1798 se produjeron levantamientos revolucionarios en Irlanda.

La represión aplastó la resistencia, pero tal como explica Edward P. Thompson en *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, la agitación de la década de 1790 generó una tradición radical que se entrelazó con la creciente oleada de luchas de clases a principios

del siglo XIX cuando la revolución industrial creó una clase social nueva: un proletariado de trabajadores asalariados concentrado en las fábricas y en las ciudades.

Tal como había escrito el líder radical John Thelwall en 1796:

> El monopolio y la horrible acumulación de capital en pocas manos arrastran en su propia enormidad las semillas de la curación [...] Cualquier cosa que haga unirse a los seres humanos [...] favorece la difusión del conocimiento y en último término promueve la libertad humana. De aquí que cada gran fábrica sea una especie de sociedad política, que ninguna ley del parlamento puede silenciar y ningún juez puede dispersar.

A diferencia de los *sans-culottes* propietarios o aspirantes a serlo de la Revolución francesa, el proletariado de la revolución industrial solo podía emanciparse mediante la propiedad colectiva. Máquinas de vapor, minas de carbón, barcazas fluviales y fábricas textiles no se podían subdividir. Si los obreros derrotaban a sus patronos, tendrían que dirigir y gestionar los lugares de trabajo como cooperativas. El proletariado era por tanto una clase colectiva en todos los sentidos. La lucha obrera tendía por tanto a la abolición de la propiedad privada, esto es, hacia la creación de las condiciones para la igualdad social y la democracia política que la Revolución francesa no había conseguido ofrecer.

Las primeras batallas del proletariado británico cobraron formas diversas. Hubo campañas luditas de destrucción de las máquinas para combatir la desespecialización, los recortes salariales y el desempleo. Hubo manifestaciones de masas para reivindicar reformas políticas, como la del Campo de San Pedro en Manchester («la batalla de Peterloo») en 1819, que fue atacada por una milicia a caballo con sables. Hubo oleadas de huelgas y sindicalización, en particular a mediados de la segunda mitad de la década de 1820, y de nuevo a mediados de la de 1830. Los sindicatos reclutaron medio millón de miembros en 1834. Y cuando seis labradores de Dorset (los mártires de Tolpuddle) fueron deportados a Australia por unirse a un sindicato aquel mismo año, se reunieron 800.000 firmas y 100.000 trabajadores y familiares acudieron a una manifestación de solidaridad en Kings Cross.

La creciente marea de luchas obreras alcanzó su apogeo en la agitación cartista de 1838-48. Aquel movimiento nació de un doble fracaso: en primer lugar, la Ley de Reforma de 1832 había dado el derecho de voto a la mayor parte de la clase media, pero había dejado sin él a la clase obrera. La alianza de clases que había hecho campaña por la reforma se rompió dejando tras de sí muchos rencores. En segundo lugar, el sindicalismo revolucionario de la Grand National Consolidated se había venido abajo tras la derrota de una oleada de luchas, cuando la organización se descompuso por las querellas internas. Ni la alianza con la clase media liberal ni el llamamiento a una huelga general habían servido para hacer avanzar la causa de la clase obrera. Pero la turbulencia de la década de 1830 evidenciaba un estado de ánimo radical muy generalizado.

En 1838 la recientemente formada Asociación de Trabajadores de Londres publicó una «Carta del Pueblo» con seis reivindicaciones: distritos electorales iguales; abolición de la exigencia de propiedades para los miembros del Parlamento; sufragio masculino universal; parlamentos anuales; voto en urnas; y paga para los miembros del Parlamento. La Carta fue respaldada por gigantescas asambleas al aire libre: 200.000 personas acudieron en Glasgow, 80.000 en Newcastle, 250.000 en Leeds, 300.000 en Manchester... Había nacido así un nuevo movimiento de masas.

La petición en apoyo de la Carta recogió 1.280.000 firmas y en 1839 se reunió en Londres una Convención Cartista para ratificarla. Pero el Parlamento rechazó la Carta y ordenó la represión del movimiento. Se produjeron detenciones en masa. La policía enviada desde Londres convirtió el mercado denominado Bull Ring de Birmingham en un campo de batalla. El 3 de noviembre una manifestación de miles de mineros cartistas en Newport, provistos de picas y estacas, fue rodeada y masacrada por soldados y policías frente al hotel Westgate.

Así y todo, el movimiento cartista se recuperó pronto y pudo presentar una nueva petición en 1842, esta vez con 3.315.000 firmas, que también fue empero rechazada. Una oleada de huelgas

contra los recortes salariales se convirtió en una huelga general política en defensa de la Carta, pero de nuevo la represión quebrantó el movimiento.

Se alzó por tercera vez en 1848, pero ahora era más débil. Solo se reunieron 1.975.000 firmas cuando se esperaban 5 millones, y la manifestación de masas planeada en Kennington Green también fue menor de lo esperado. Muchos, sin duda, se echaron atrás por la amenaza de violencia estatal implícita en los centenares de policías, auxiliares, soldados y hasta cañones desplegados contra los manifestantes; pero el mayor problema era la falta de voluntad política: los líderes cartistas no estaban dispuestos a desafiar directamente al gobierno.

No cabe duda de que el cartismo sufría una debilidad estructural. Sus momentos más potentes coincidieron con declives económicos. Las manifestaciones disminuían cuando el empleo y los salarios volvían a aumentar, y después de 1848 la economía británica entró en una larga expansión.

En la década de 1840 la clase obrera era todavía embrionaria. La mayoría de la gente seguía viviendo en el campo y muchos de los que vivían en las ciudades eran maestros de taller o artesanos autoempleados más que obreros de fábrica. Esta fue la razón para una división regional en el cartismo entre un movimiento más pequeño-burgués en Londres y otro más proletario en los nuevos distritos industriales del norte.

Pero la debilidad política era más importante. Algunos dirigentes eran defensores relativamente conservadores de la «fuerza moral» mientras que otros estaban a favor de la «fuerza física» —manifestaciones, huelgas e incluso la insurrección— aunque a menudo se mostraran incoherentes e indecisos. Se produjo una auténtica escisión entre los reformistas que querían trabajar dentro del marco político existente y los revolucionarios —unos más coherentes que otros— que creían que había que derrocar el estado.

Aun así, pese a sus faltas y errores, el cartismo representa la entrada explosiva de una clase nueva y revolucionaria en la escena

histórica mundial. El capitalismo había generado lo que Marx llamaba «sus propios sepultureros».

Las revoluciones de 1848

Pese a los esfuerzos de las grandes potencias europeas, la derrota de Napoleón en 1813-15 no pudo restaurar el *ancien régime*. La «revolución dual» —la revolución burguesa francesa y la revolución industrial británica— representaba una transformación irreversible de la sociedad humana a escala global.

Había dos barreras insuperables para una reacción a gran escala, esto es, para el regreso a un mundo en el que todo lo decidían reyes, obispos y aristócratas terratenientes. La primera era la fuerza de las nuevas clases propietarias: comerciantes enriquecidos por el auge del mercado y los intercambios con las colonias; granjeros capitalistas que habían adquirido las tierras de la iglesia; campesinos que se habían liberado de las cargas feudales... La segunda era la presión sobre los estados-nación para incrementar la recaudación de impuestos, mejorar las infraestructuras, desarrollar industrias modernas y fomentar la prosperidad necesaria para mantener a una población creciente. Esa presión adoptó la forma de rivalidad militar. La fortaleza de los ejércitos dependía del poder financiero e industrial de los estados.

Los regímenes del «trono y el altar» impuestos en Europa en 1815 eran totalmente reaccionarios en su forma, pero menos en su contenido. Alemania, por ejemplo, estaba dividida en trescientos miniestados en 1789; Napoleón creó en 1806 una Confederación del Rin en la que se abolió la servidumbre, se estableció la libertad de comercio y se introdujo un código legal uniforme. En el Congreso de Viena de 1815 las grandes potencias entregaron Renania a Prusia, pero las reformas liberales se mantuvieron y el número de estados alemanes semiindependientes se redujo a 39.

Así, el desarrollo político en Alemania no se invirtió, sino que simplemente se estancó durante otros treinta años. Por otra parte, el desarrollo económico prosiguió y la contradicción entre un estado absolutista policial dirigido por los *Junker* (aristócratas) prusianos y la riqueza y confianza en sí misma de la burguesía renana se afianzó.

Se podían detectar tensiones similares en toda Europa. La tormenta estalló finalmente en 1848. Como tantas otras veces en la historia europea, fue el gallo galo el que proclamó el nuevo amanecer. París había albergado una tradición revolucionaria ininterrumpida desde 1789, tradición que se había ejercido por última vez en julio de 1830 cuando Carlos X, el rey Borbón instalado en 1815, había sido derrocado en una insurrección urbana de cuatro días provocada por sus pretensiones absolutistas. Había sido sustituido por Luis Felipe, de la rama orleanista de la familia real, quien había prometido gobernar como monarca constitucional.

La revolución de 1830 había desplazado el poder de la vieja aristocracia terrateniente a la burguesía financiera. La monarquía de julio era una monarquía de banqueros: solo el 1 por 100 más rico de la población podía votar.

En febrero de 1848 las protestas republicanas de los estudiantes y la clase media fueron reprimidas por la policía. Aquella fue la señal para un levantamiento en masa de los pobres urbanos del este de París. Los *sans-culottes* volvieron a ponerse en marcha y derrocaron a otro rey.

La Revolución francesa de 1848 tuvo como eco insurrecciones victoriosas en Berlín, Budapest, Milán, Palermo, Praga, Roma, Venecia y muchas otras ciudades de Europa. Los únicos estados europeos importantes que no se vieron afectados por aquella «primavera de los pueblos» fueron Gran Bretaña y Rusia. En España se recrudeció la Segunda Guerra Carlista o *guerra dels matiners* con el intento frustrado del general Cabrera (el «Tigre del Maestrazgo») de organizar un Exèrcit Reial de Catalunya.

El *ancien régime* se derrumbó en casi todas partes. Los monarcas absolutos retiraron sus tropas, otorgaron constituciones liberales y permitieron que nuevas asambleas parlamentarias se instalaran en los edificios del gobierno.

La dinámica de las revoluciones de 1848 fue muy similar a la de 1789. La policía y las tropas del *ancien régime* fueron expulsadas de las calles por movilizaciones de masas de artesanos, pequeños comerciantes y trabajadores. Lo que activó a las masas fueron las reivindicaciones de reforma social potenciadas por el malestar

generalizado. Europa había caído en una aguda crisis económica desde 1845 y había millones de personas desempleadas y empobrecidas; pero el poder seguía en manos de los liberales burgueses. Ya fueran republicanos o monárquicos constitucionalistas, miraban en dos direcciones, temerosos tanto de la reacción absolutista como del radicalismo popular. El resultado era la vacilación y la parálisis, lo que es fatal en el momento de una revolución.

La contrarrevolución intentó aprovechar el momento. En junio el nuevo gobierno republicano de París anunció el cierre de los Talleres Nacionales que se habían creado en la capital en febrero para aliviar el desempleo. A los empleados se les dijo que regresaran a su pueblo o se incorporaran al ejército. El pueblo trabajador de París volvió a levantarse, pero los alrededor de 40.000 insurgentes se encontraron frente a 30.000 soldados y unos 100.000 milicianos. Durante cuatro días terribles, del 23 al 26 de junio, las fuerzas del general Cavaignac se fueron abriendo camino, derribando barricada tras barricada, hasta los barrios más orientales de la capital, y aplastaron la resistencia.

Las Jornadas de Junio actuaron como toque de clarín para la contrarrevolución en toda Europa. Durante el segundo semestre de 1848 y hasta bien avanzado 1849, los ejércitos del absolutismo arremetieron contra la revolución radical, mientras que los políticos liberales —como los abogados y terratenientes que formaron el parlamento de Frankfurt en Alemania— pronunciaban discursos y aprobaban resoluciones.

¿Por qué fueron derrotadas las revoluciones de 1848? Hay que tener en cuenta varios factores: los liberales de 1848 no eran más que un pálido reflejo de sus predecesores en las revoluciones inglesa y francesa. Mientras que Cromwell y Robespierre habían estado dispuestos a impulsar sus revoluciones hasta obtener una victoria decisiva sobre el absolutismo real, los dirigentes burgueses de 1848 carecían de arrestos para nada parecido.

En cada revolución victoriosa —los Países Bajos en 1566, Inglaterra en 1642, los Estados Unidos de América en 1775 y Francia en 1789— la fuerza impulsora había sido la acción de

masas de la pequeña burguesía, que había sido necesaria no solo para derrotar al *ancien régime*, sino también para superar el conservadurismo de los líderes burgueses; pero esas fuerzas no constituían la misma amenaza existencial para la propiedad privada que la representada por la clase obrera industrial, aun embrionaria, de 1848. La pequeña burguesía, aun en sus momentos más revolucionarios, solo pretendía una democracia radical de pequeños propietarios. El proletariado, en cambio, encarnaba la posibilidad del control obrero sobre las fábricas y la propiedad colectiva de la riqueza social.

En 1848 el proletariado (excepto en Gran Bretaña) era relativamente pequeño, desorganizado y carente de conciencia política; y las revoluciones de aquel año se desarrollaron demasiado rápidamente para que el naciente proletariado se convirtiera en un protagonista efectivo capaz de dirigir el curso de los acontecimientos. Pero la burguesía había abandonado la escena aterrorizada ante lo que Marx y Engels llamaron «el fantasma del comunismo».

En Francia la insurrección de febrero había hecho trizas el régimen monárquico, pero la contrarrevolución de junio aplastó el movimiento popular. Poco después, en diciembre de aquel mismo año, una elección presidencial otorgó una gran victoria a Luis Bonaparte, sobrino de Napoleón, que dos años después, en diciembre de 1851, asumió el poder dictatorial con un golpe militar y al año siguiente proclamó un Segundo Imperio y a sí mismo como emperador con el nombre de Napoleón III.

Una diferencia crucial entre 1789 y 1848 fue el papel del campesinado. En 1789 los campesinos estaban sometidos a diversas cargas feudales, por lo que la revolución se extendió rápidamente al campo. En 1848 el feudalismo había sido ya abolido, por lo que las aldeas permanecieron en calma y el París rojo pudo ser aislado y aplastado. Los soldados-campesinos primero dispararon contra los revolucionarios, y a continuación votaron por Luis Bonaparte.

Algo parecido sucedió en otros países de Europa. Los campesinos contrarrevolucionarios fueron utilizados para aplastar a

las ciudades revolucionarias. Pero del mismo modo que 1815 no pudo retrasar el reloj hasta 1789, tampoco las Jornadas de Junio pudieron borrar el impacto de las de febrero en 1848. En Prusia y Austria se abolió la servidumbre, y en gran parte de Europa se aprobaron constituciones más o menos limitadas. En Alemania e Italia ganaron fuerza los movimientos por la unificación, y en el imperio multilingüe de los Habsburgo austríacos iba a ser cada vez más difícil contener la pujanza de las aspiraciones nacionalistas.

También se habían abierto otras líneas de fractura. Desde Irlanda hasta Polonia y Macedonia, el nacionalismo y el descontento social iban fermentando en una poderosa mixtura, y durante el largo *boom* económico de 1848-73 iba a surgir una nueva fuerza con capacidad para convertir la siguiente «primavera de los pueblos» en un auténtico terremoto.

El marxismo se describe a veces como una combinación de la filosofía alemana, el socialismo francés y la economía británica. Esa descripción es correcta, pero incompleta, ya que trata el marxismo como una cuestión puramente teórica, divorciada de la práctica, y eso significa obviar su verdadera esencia.

Las ideas básicas del marxismo fueron formuladas por Karl Marx (1818-83) y Friedrich Engels (1820-95) en 1843-47. Su obra conjunta representaba una revolución teórica comparable a los logros científicos de Isaac Newton, Charles Darwin, Sigmund Freud y Albert Einstein. Crearon un paradigma radicalmente diferente para entender toda la sociedad humana.

Pero precisamente porque el tema de su revolución intelectual era la sociedad humana, su laboratorio tenía que ser el mundo social en el que vivían. El marxismo solo era posible porque Marx y Engels eran revolucionarios activos sumergidos en las luchas de masas de su época. En particular, pusieron a prueba y refinaron sus ideas en la caldera política de las revoluciones de 1848. Marx se puso primero al frente de la *Rheinische Zeitung*, un periódico revolucionario publicado en Colonia. Engels defendió el Palatinado renano contra la invasión prusiana, sirviendo como soldado en un ejército revolucionario. Ambos se vieron obligados a exiliarse por la derrota de la revolución en 1849.

Marx y Engels tomaron las ideas filosóficas, sociales y económicas de su época y las transformaron a partir de su experiencia directa de la realidad concreta. En ese sentido es correcto calificar al marxismo como «materialista» (frente a las teorías «idealistas» no basadas en la experiencia y nunca comprobadas con éxito en la práctica).

Ambos contaban con una buena formación en la filosofía alemana, dominada en la época por las ideas de Georg Wilhelm Friedrich Hegel (1770-1831), cuya dialéctica se convirtió en eje central del marxismo. Se basaba en dos conceptos: que «todas las cosas son contradictorias en sí mismas», y que «la contradicción está en la raíz de todos los movimientos y la vida, y cualquier cosa

se mueve y tiene impulso y actividad solo en la medida en que alberga una contradicción».

La dialéctica de Hegel era idealista. Su preocupación principal eran los cambios en el pensamiento humano y en particular concebía la historia como el despliegue de lo que llamaba Espíritu Absoluto, una gran idea que cambiaba el mundo mediante la contradicción entre ella misma y una realidad que no acababa de adecuarse a ella. Marx «le dio la vuelta a Hegel» transformando su dialéctica idealista en una dialéctica materialista. Su palanca era muy simple: las contradicciones que importan existen en el mundo real, no en la cabeza de la gente, y es por tanto el choque entre fuerzas sociales reales el que impulsa la historia. El papel del pensamiento consiste en entender esas fuerzas de modo que la intervención humana pueda estar mejor dirigida y ser más eficaz.

Hacer frente al mundo real exigía estudiar la nueva economía capitalista emergente. Los economistas británicos habían iniciado la tarea; la influencia más profunda sobre Marx y Engels a este respecto fue la de David Ricardo (1772-1823). Ricardo había realizado dos descubrimientos radicales sobre la naturaleza del capitalismo. Primero, que «el valor de una mercancía depende de la cantidad relativa de trabajo necesario para su producción»; con otras palabras, que la fuente de toda riqueza es el trabajo humano, no el capital. Segundo, constató que «no puede haber aumento del valor del trabajo sin una caída en los beneficios». Con otras palabras, las ganancias del trabajo son pérdidas para el capital y viceversa. Salarios y beneficios están en proporción inversa.

La consecuencia a deducir era que el conflicto sobre la distribución de los ingresos —la lucha de clases— era inherente al capitalismo. Ricardo había revelado así que el sistema era contradictorio y potencialmente explosivo. Debido a esto, su obra representaba el apogeo de la economía clásica. Sus sucesores renunciaron a las consecuencias revolucionarias de su propia disciplina y la economía burguesa degeneró lentamente para convertirse en justificación ideológica de la codicia y el caos del mercado libre que es hoy día.

Marx, en cambio, siguió ahondando en las percepciones científicas de la economía de Ricardo. Su mayor logro fue la publicación del primer volumen de *El Capital* en 1867 (los volúmenes segundo y tercero fueron publicados póstumamente por Engels a partir de sus esbozos, en 1885 y 1894 respectivamente). Esos textos siguen siendo el punto de partida esencial para cualquier análisis serio de la economía mundial moderna.

La tercera influencia intelectual determinante sobre Marx y Engels fue la del socialismo francés, nacido en la gran Revolución de 1789-94. Tras el incumplimiento de su promesa de liberación humana, el socialismo francés se había escindido en dos alas, la reformista-utópica y la revolucionaria-comunista. Los utópicos —como el conde de Saint-Simon, Charles Fourier, y en Gran Bretaña Robert Owen— creían que los argumentos racionales, los buenos ejemplos y la reforma gradual serían suficientes para lograr la transformación social. Los comunistas —representados por Gracchus Babeuf y Auguste Blanqui— no tenían tales ilusiones e insistían en que para derrocar a las clases explotadoras se necesitaba una insurrección armada. Su error fue suponer que la acción directa de un movimiento clandestino bastaría para desencadenar un levantamiento general de las masas.

Marx y Engels compartían el odio de los socialistas franceses a la explotación y la pobreza. Como los utópicos, podían imaginar un mundo mucho mejor, y como los comunistas, estaban convencidos de que para lograrlo era necesaria la acción revolucionaria. Pero tenían profundos desacuerdos con unos y otros. Criticaban a los utópicos por su ingenua creencia en que los ricos se rendirían entregando voluntariamente su riqueza y su poder, y a los comunistas por imaginar que el estado, con su ejército, su policía y sus prisiones, podía ser derrocado mediante un golpe conspirativo. Solo una revolución popular que movilizara a millones de personas podía derrotar al estado, desposeer a las clases propietarias y construir un nuevo orden basado en la democracia, la igualdad y la cooperación.

La gran Revolución francesa había alcanzado una magnitud suficiente, pero solo había servido para crear un nuevo tipo de

sociedad explotadora. Le había faltado una clase revolucionaria con intereses universales. La burguesía revolucionaria había querido el poder para sí misma. Los *sans-culottes* y los campesinos eran pequeños propietarios; hasta los más pobres aspiraban a poseer un taller o una granja propia. Pero la nueva clase obrera industrial de Manchester era muy diferente. No solo era una clase de obreros asalariados sin propiedades, sino que era una clase concentrada en las fábricas textiles y las crecientes metrópolis, cuyas circunstancias la obligaban a pensar la liberación humana en términos de soluciones *colectivas*, y el movimiento cartista en Inglaterra había mostrado que efectivamente era potencialmente revolucionaria.

Las lecciones de 1789, la experiencia de 1848 y el estudio realizado por Engels de la clase obrera en Manchester apuntaban en la misma dirección, hacia una solución del enredo de la historia.

Ese enredo consistía en que si bien el aumento continuo de la productividad del trabajo humano significaba una creciente capacidad para abolir las carencias, solo una minoría seguía disfrutando de una riqueza escandalosa mientras que millones de personas vivían en la pobreza. Acabó convirtiéndose en un problema de agente histórico: ¿Quién podría reordenar el mundo de forma que el trabajo sirviera para satisfacer las necesidades humanas?

La respuesta era: la clase obrera. En parte porque era una clase explotada, sin intereses creados en el sistema, sin «nada que perder salvo sus cadenas». Pero esto también era verdad en el caso de los esclavos de la antigua Roma y los siervos de la Europa medieval; había un segundo factor decisivo: los trabajadores no podían emanciparse a sí mismos mediante la apropiación *individual* de la propiedad privada. Formaban parte intrínseca de una división global del trabajo, vasta y creciente, tal que solo el control *colectivo* de los medios de producción, distribución e intercambio podía ofrecer una alternativa creíble al capitalismo. La clase obrera industrial era por tanto la primera clase de la historia con un *interés general en la emancipación de la totalidad de la humanidad*. Su entrada en la escena histórica hizo posible el marxismo. Reconocer el potencial revolucionario del proletariado fue el logro intelectual más

importante de Marx y Engels. El núcleo vivo del marxismo es, por tanto, la lucha de clases del pueblo trabajador contra el capitalismo.

Para captar la envergadura de la transformación social representada por el capitalismo, conviene recordar el impacto de la única revolución económica comparable en la historia de la humanidad: la revolución agrícola. Esta había acabado con el modo de vida anterior basado en la caza y la recolección en los bosques. Creó un mundo de granjeros en el que la gente producía sus propios alimentos, y la agricultura y la ganadería posibilitaban enormes incrementos en la productividad y el volumen de la producción.

Esto permitió a su vez la acumulación de excedentes con los que podían medrar clases sociales no productivas. Ese sobreproducto se empleaba para mantener ejércitos y una competencia político-militar. Pese a muchos cambios importantes había a este respecto una semejanza esencial entre, digamos, la civilización sumeria de alrededor de 2500 a. e. c., el imperio romano del siglo II de la e. c. y la Francia de Luis XIV en 1700. En todos esos casos, las clases dominantes se apropiaban de una forma u otra de los excedentes de los productores agrícolas y los utilizaban para financiar guerras, construir monumentos y consumir productos de lujo.

Como el militarismo y la ostentación eran competitivos, el sistema era dinámico, pero también conllevaba mucho despilfarro. Los carros de guerra y los templos, los caballeros armados y los castillos, los cañones y los palacios extraían riqueza de la economía productiva. Los excedentes no se invertían, en su mayor parte, en innovaciones y mejoras técnicas, por lo que, en la sociedad preindustrial, los aumentos en la productividad del trabajo humano se producían lentamente.

El contraste con el capitalismo industrial no podía ser mayor. Marx y Engels lo describían en un famoso pasaje del *Manifiesto Comunista*:

> La burguesía no puede existir sin revolucionar constantemente los instrumentos de producción, y por consiguiente las relaciones de producción y con ellas todas las relaciones sociales. La conservación del antiguo modo de producción era, por el contrario, la primera condición de existencia de todas las clases industriales precedentes. Una revolución continua en la producción, una incesante conmoción de

> todas las condiciones sociales, una inquietud y un movimiento constantes distinguen la época burguesa de todas las anteriores. Todas las relaciones estancadas y enmohecidas, con su cortejo de creencias y de ideas veneradas durante siglos, quedan rotas; las nuevas se hacen añejas antes de haber podido osificarse. Todo lo estamental y estancado se esfuma; todo lo sagrado es profanado, y los hombres, al fin, se ven forzados a considerar serenamente sus condiciones de existencia y sus relaciones mutuas.

La población mundial totalizaba unos 200 millones de personas hace 2.500 años. No alcanzó los mil millones hasta hace unos doscientos años. Desde entonces ha aumentado hasta siete mil millones. Eso significa que el aumento de la población ha sido 18 veces más rápido desde la revolución industrial.

Se estima que en el imperio romano se fabricaban alrededor de 85.000 toneladas de hierro al año. En 1900 los cinco principales países productores fabricaban esa cantidad *cada día*, y hoy día ese es el volumen producido *por hora* en el conjunto de esos cinco países.

¿Cómo se puede explicar esa transformación? La respuesta viene dada en el primer volumen de *El Capital*. Marx comienza por la mercancía —el bloque básico de una economía capitalista— y explica que es a la vez «valor de uso» y «valor de cambio». El valor de uso de una mercancía se basa en la necesidad que satisface, de modo que el de una banana, por ejemplo, es inherente a su contenido nutricional. El valor de cambio de una mercancía se basa en lo que tiene en común con todas las demás, que es el trabajo requerido para producirla, y ese valor viene representado por su precio de mercado. Existe evidentemente una contradicción potencial entre el valor de uso y valor de cambio de una mercancía. Puede que las bananas sean necesarias y estén disponibles, pero no al alcance de los hambrientos.

El valor de uso era dominante en el intercambio precapitalista. El mercader era simplemente un intermediario entre el productor que vendía un excedente y el consumidor que podía necesitarlo. Un agricultor podía vender el grano que le sobraba a fin de comprar un nuevo arado. Un gran señor podía comprar el grano para alimentar a sus sirvientes. El mercader obtenía un beneficio, pero su papel

social era simplemente el de un intermediario económico entre otras clases sociales.

Bajo el capitalismo domina el valor de cambio. Los comerciantes solo compran para vender obteniendo una ganancia: su principio es el intercambio en sí mismo. Cuando el principio comercial se convirtió en principio general de la sociedad, se había realizado la transición al capitalismo.

El capitalismo comercial del siglo XVII en los Países Bajos y del siglo XVIII en Inglaterra era el de los mercaderes que acumulaban capital mediante el comercio. Pero la acumulación de capital mercantil podía servir entonces para financiar la inversión en los canales, máquinas y fábricas de la revolución industrial, y la industrialización posibilitó a su vez mayor acumulación de capital.

Hacia 1800 el capitalismo había emprendido un proceso de autoalimentación con crecimiento exponencial. Lo que lo impulsaba era la competencia: no la rivalidad político-militar de las antiguas ciudades-estado y los reinos medievales, sino la competencia económica de los capitalistas rivales.

Con la hiladora jenny un trabajador podía producir tanto hilo como ocho trabajando a mano. El telar mecánico posibilitaba a un operador realizar el trabajo de seis tejedores a mano. Los capitalistas que no invertían en la nueva tecnología eran rápidamente expulsados del mercado por competidores de bajo coste con maquinaria que ahorraba trabajo. Descubrieron la ley de hierro del mercado: la presión de la competencia económica obligaba a todos y cada uno a reducir costes, aumentar la producción y bajar los precios. La medida del éxito era el beneficio. Los capitalistas con más éxito obtenían una proporción mayor del mercado y mayores beneficios, que luego eran reinvertidos en el negocio para mejorar aún más la competitividad.

El capitalismo es pues un sistema de acumulación competitiva de capital. Es el resultado de la fusión dinámica de tres elementos: el principio comercial de comprar para luego vender con un beneficio; el incremento de la productividad del trabajo posibilitado por la innovación industrial; y la división de la economía en unidades de capital en competencia.

La materia prima de ese proceso es, por supuesto, la fuerza de trabajo, que ahora se convierte en una mercancía de pleno derecho, con la característica única de que es rutinariamente comprada a un precio de mercado *por debajo* de su verdadero valor para el consumidor. La diferencia entre ambos —entre los salarios pagados por los capitalistas y el valor de los productos que obtiene a cambio — es la fuente del beneficio.

Fue Marx el primero en explicar esto claramente. Su contribución a la «teoría del valor-trabajo» de Ricardo consistió en captar que los salarios de los trabajadores eran el pago, no por su *trabajo* —el que realmente hacían— sino por su *fuerza de trabajo*, esto es su capacidad de trabajar. Esa diferencia era el secreto interno del sistema: en el primero de los casos, los trabajadores recibirían todo el valor de lo que producen y no habría beneficio; en el segundo, se les puede pagar el precio de mercado de su fuerza de trabajo, para exigirles a continuación que lleven a cabo un trabajo de mayor valor.

Esa es toda la cuestión. Bajo el capitalismo, el trabajo produce la riqueza representada *tanto* por los salarios *como* por el beneficio. Así pues, los salarios no pueden representar todo el valor del trabajo empleado en el proceso de producción. Lo que los capitalistas compran a cambio de los salarios es la capacidad del obrero para trabajar con cierto nivel de habilidad durante determinado periodo de tiempo. Lo que esperan ganar es el valor añadido en la producción por encima del valor pagado en salarios. La diferencia entre ambos es el «plusvalor» o beneficio.

Bajo el capitalismo los trabajadores son pues explotados y alienados. Su alienación deriva de su falta de control sobre el proceso de trabajo, y su explotación del hecho de que no reciben el valor pleno de su trabajo. La consecuencia es un conflicto de clases permanente. Capitalistas y trabajadores están inmersos en una lucha sin fin sobre el proceso de producción y la retribución acordada.

El capitalismo es también contradictorio en otros sentidos. La competencia económica es ciega y anárquica. Las grandes inversiones llevan a la superproducción, artículos que no pueden ser vendidos y oleadas de quiebras. Las expansiones se convierten en

recesiones. Estallan las burbujas y se convierten en agujeros negros de deuda incobrable. La riqueza se desperdicia y la creación de riqueza colapsa.

El capitalismo ha multiplicado la productividad del trabajo humano y ha creado tal abundancia de riqueza material que ha hecho prácticamente posible una solución de los muchos problemas de la humanidad. Sin embargo, esa promesa queda negada por el sistema. Por un lado, la competencia y la anarquía del mercado libre dan lugar a una economía muy contradictoria sometida a crisis, estancamientos y empobrecimiento de masas. Por otro, la alienación y explotación en el lugar de trabajo arruinan la vida de la mayoría de la gente sometiéndola a fatigas, pobreza y tensión.

La formación de la clase obrera

En las sociedades precapitalistas las clases trabajadoras solían disfrutar de cierto grado de control sobre los medios de producción. Los campesinos medievales, a veces como propietarios individuales y otras como miembros de un colectivo aldeano, tenían acceso directo a los campos, pastizales, bosques y arados de los que dependía su sustento. Los artesanos medievales realizaban sus tareas en talleres en los que utilizaban sus propios instrumentos y disponían de gremios autogobernados.

El capitalismo surgió de los niveles más altos de ese sustrato social medieval. Los campesinos ricos se convirtieron en empresarios agrícolas y los maestros artesanos más afortunados en grandes comerciantes. Tanto el capitalismo como la revolución burguesa fueron impulsados por quienes en la Inglaterra del siglo XVII recibían el calificativo de «tipo medio» (*middling sort*). La creciente producción y los mercados en expansión incrementaron las oportunidades de hacerse rico. Los más capaces de invertir en la mejora de sus haciendas o en nuevos talleres obtuvieron una ventaja competitiva. La brecha entre los comerciantes y granjeros más ricos y los trabajadores más pobres se amplió enormemente.

A medida que se acrecentaba la acumulación de capital, especialmente desde finales del siglo XVII, se fue consolidando un nuevo modo de producción, primero bajo la forma del capitalismo mercantil y el sistema de trabajo a domicilio, en el que los artesanos seguían trabajando en dependencias de su propio hogar, aunque ahora produjeran para un capitalista mercantil y no por su propia cuenta.

El sistema fabril cambió todo esto. Desde finales del siglo XVIII la industrialización permitió acrecentar la acumulación de capital, con lo que el «tipo medio» se fragmentó en una minoría de maestros acomodados y una mayoría de trabajadores asalariados. Estos últimos, al fusionarse con la masa de labradores venidos del campo, constituyeron una nueva clase social: el proletariado (Marx y Engels decidieron emplear el término con el que se conocía a los pobres urbanos de la antigua Roma).

Ese proceso de formación de la clase obrera —proletarización— fue notablemente violento. Los campesinos se aferraban tenazmente a su tierra. Los artesanos añoraban la libertad y dignidad del trabajo independiente. Para crear un proletariado fue necesario arrebatar a los productores los medios de producción. La historia del capitalismo es por tanto una historia de pérdida de derechos, desposesión y empobrecimiento.

La ruina del campesinado inglés comenzó en la Edad Media, intensificándose durante los siglos XVI y XVII y culminando en los siglos XVIII y XIX. El principal mecanismo en ese proceso fue el de los cercamientos.

La agricultura medieval se basaba en los campos abiertos. Dos o tres grandes campos eran divididos en bandas, asignando cada una de ellas a una familia campesina, pero entre esas bandas no había vallas de división ya que gran parte del trabajo agrícola se hacía colectivamente. Cada familia disfrutaba de varios derechos comunes, como el uso de los bosques para recoger combustible y cazar, y de los prados comunes para que su ganado pastara.

Los cercamientos dieron a algunos grandes granjeros el derecho a cercar la tierra y tratarla como propiedad privada. Significaban por tanto una desposesión del campesinado, razón por la cual, durante varios siglos, fueron el foco de una encarnizada guerra de clases en el campo inglés.

Unos versos anónimos de la época lo dicen todo:

La ley castiga al hombre o la mujer
Que roban gansos de los [bienes] comunes;
Pero dejan libre al mayor villano:
El que roba los comunes a los gansos.

Con esta variante aún más explícita:

Los pobres y miserables no escapan
Si conspiran para quebrantar la ley.
Así debe ser, pero se acepta
A los que conspiran para hacer la ley.

Los acaparadores de tierras solían estar respaldados por el estado. A finales del siglo XVIII y principios del XIX, los cercamientos fueron respaldados por una serie de leyes parlamentarias. El Parlamento era en esa época una asamblea de grandes terratenientes.

Al mismo tiempo, los señores de las Tierras Altas escocesas expulsaban a sus arrendatarios de sus fincas en una oleada de desocupación destinada a crear pastos rentables para las ovejas. Entre 1814 y 1820 la duquesa de Sutherland recurrió a soldados británicos para expulsar a 15.000 campesinos, quemar sus aldeas y repoblar 800.000 acres de tierra con 130.000 ovejas.

La resistencia de otros fue quebrantada por la pobreza. El telar mecánico dejó sin trabajo a 800.000 tejedores a mano, aunque esto no sucedió de un día para otro: la creciente competencia de la producción fabril provocó una continua espiral a la baja de la retribución del trabajo por piezas.

Los tejedores manuales no lo aceptaron sin protestas. Emprendieron una desesperada acción de respuesta, constituyendo un movimiento clandestino dirigido por el mítico «General Ned Ludd» que se dedicaba a destruir las máquinas en las fábricas. Los luditas fueron derrotados por la represión estatal. Un juicio-farsa de masas en York en 1812 dio lugar a decenas de ejecuciones y deportaciones. Los tejedores manuales fueron finalmente vencidos por el hambre y empujados a las ciudades industriales de rápido crecimiento en busca de trabajo.

La proletarización de los irlandeses fue aún más violenta. Irlanda era una colonia británica en la que el campesinado católico irlandés estaba dominado por señores protestantes anglo-irlandeses. Los irlandeses combatieron con gran tenacidad, pero sus rebeliones fueron reprimidas una y otra vez por la superior capacidad militar y la represión asesina.

Entre 1845 y 1852 el cultivo principal del campesinado irlandés, la patata, fue devastado por una enfermedad. Mientras los nobles terratenientes seguían exportándolas en busca de beneficio, el hambre mató a un millón de irlandeses y obligó a otro millón a emigrar, reduciendo alrededor de un 25 por 100 la población total.

El proletariado de Manchester, Glasgow y una docena de ciudades industriales del norte se creó mediante los cercamientos ingleses, las desocupaciones de las Tierras Altas, la hambruna irlandesa y el empobrecimiento de los tejedores manuales y otros trabajadores artesanales.

Así pues, lo que Marx llamaba «acumulación originaria de capital» conllevaba necesariamente la expropiación más o menos por la fuerza de los campesinos y artesanos, arrebatándoles el control de los medios de producción. Solo entonces pudieron ser inducidos a trabajar para el capital. Tal como explicaba Marx, «esa historia está escrita en los anales de la humanidad con letras de sangre y fuego».

El dinamismo del capitalismo global durante los últimos tres siglos ha significado que cada vez más campesinos y artesanos han sido desposeídos, empobrecidos y convertidos en trabajadores asalariados. Ese proceso se puede ver todavía hoy en China, India y Brasil, pero sigue afectando a la clase obrera en el mundo entero. Las viejas industrias entran en decadencia y surgen otras nuevas. Hoy día hay en Glasgow tantos trabajadores en centros de llamadas telefónicas como en la industria mecánica hace un siglo.

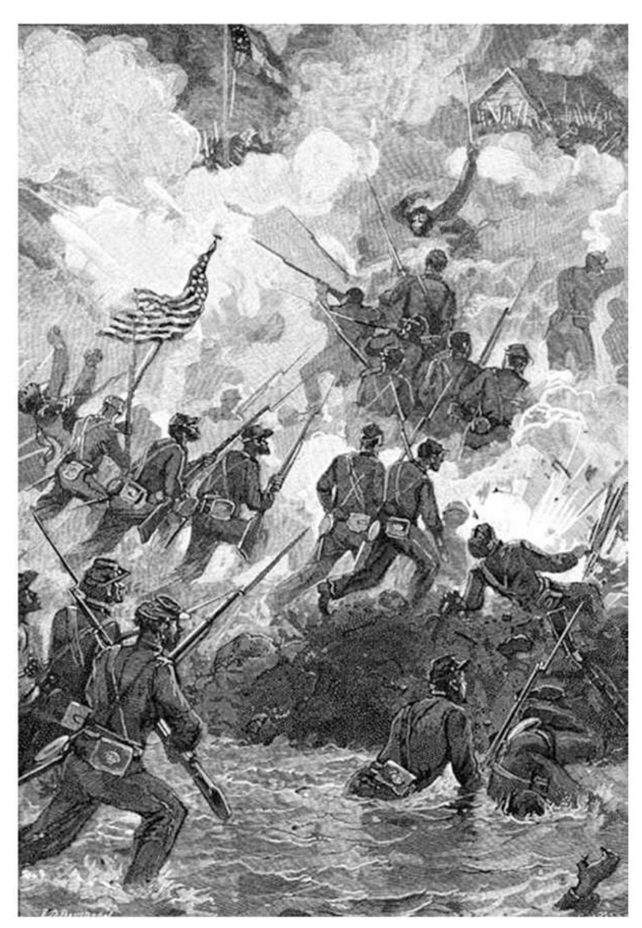
Al cambiar el carácter y la composición de la clase obrera, viéndose repetidamente reconfigurada por la acumulación competitiva de capital, debe igualmente renovarse el proceso de construcción de la identidad de clase, la solidaridad y la organización. Cuando Marx se ocupó de esto, contraponía los conceptos de «clase frente al capital» y «clase para sí misma». El primer concepto se refería a la simple realidad de la clase como una relación social y un proceso económico, tuvieran o no conciencia los trabajadores de su situación, y el segundo al desarrollo de la conciencia de clase, la organización y la resistencia activa.

El primero es un hecho objetivo, y el segundo el resultado de una decisión subjetiva. Los trabajadores pueden permanecer ignorantes, fragmentados y pasivos, como víctimas de la historia, o pueden tratar de entender su situación, unirse con sus compañeros y emprender una lucha para cambiar el mundo, convirtiéndose en agentes protagonistas de la historia.

De esa distinción entre «clase en sí» y «clase para sí» depende el futuro de la humanidad.

10

LA ERA DE SANGRE Y HIERRO
1848-1896



La revolución burguesa «desde arriba»: soldados negros de la Unión asaltan Fort Wagner el 18 de julio de 1863.

Tras la derrota del cartismo en Inglaterra y de las revoluciones de 1848 en toda Europa, el capitalismo entró en una larga fase de expansión que duró hasta 1873, cuando el sistema entró en una fase de depresión igualmente larga. El *boom* tuvo como punta de lanza la construcción de vías férreas que permitían el transporte de gente y de mercancías y que generaron un mercado de masas para el carbón, el hierro, la ingeniería y el sector de la construcción y se erigieron en símbolo muy visible de la nueva «era del capital».

El capitalismo en expansión desestabilizó no obstante el orden social y geopolítico, dando aliento a una tercera oleada de revoluciones burguesas, aunque esta vez lo fueron desde arriba más que impulsadas por la acción de masas desde abajo. El *Risorgimento* italiano, la guerra civil estadounidense, la Restauración Meiji en Japón y la Unificación Alemana pueden entenderse mejor como revoluciones burguesas desde arriba.

Pero el periodo se inició y acabó con acontecimientos dramáticos que anunciaban por vías diferentes y cada uno a su modo las grandes batallas del siglo XX: la sublevación india de 1857 fue una rebelión antiimperialista en lo que más tarde se llamaría el Tercer Mundo, y la Comuna de París, en 1871, fue el primer ejemplo de revolución proletaria en la historia.

La revolución agrícola y la industrial son las únicas transformaciones integrales de la experiencia humana, pero entre ellas hubo una importante diferencia.

La revolución agrícola se extendió lentamente durante miles de años y las comunidades agrarias tradicionales que generó eran profundamente conservadoras, cambiando solo imperceptiblemente durante siglos. La revolución industrial, en cambio, fue una vorágine socioeconómica que supuso, como dijeron Marx y Engels, la «constante revolucionarización de la producción» y la «perturbación ininterrumpida de todas las condiciones sociales». Incluso antes de la revolución industrial, cuando el capitalismo europeo era todavía embrionario dentro del antiguo régimen feudal-absolutista, el capitalismo ya se estaba extendiendo por todo el globo y sus exploradores, marinos, comerciantes y tratantes de esclavos irrumpían en continentes lejanos en busca de botín y beneficio.

Desde mediados del siglo XVIII el proceso de acumulación de capital se disparó y el impulso del sistema hacia la «globalización» se intensificó. El capital necesitaba materias primas para alimentar las crecientes industrias, mercados para los productos manufacturados y nuevas oportunidades de inversión para el capital excedente. Los imperios se convirtieron en una necesidad, y el capitalismo proporcionó a los europeos el arma que necesitaban para adquirirlos.

La tecnología y la organización hicieron posible que pequeños grupos de soldados europeos subyugaran a las entidades políticas indígenas en América, África y Asia, a menudo corruptas, opresivas y plagadas de divisiones y descontento. Ejércitos de decenas de miles de guerreros huyeron a veces a la desbandada cuando se enfrentaban a cientos o incluso unas pocas docenas de soldados europeos.

India fue una de las conquistas más preciadas. Varios estados europeos establecieron puestos comerciales en la costa india durante el siglo XVII. A mediados del siglo siguiente la rivalidad colonial entre británicos y franceses se había intensificado

convirtiéndose en una serie de guerras a pequeña escala en Bengala y Madrás (actual Tamil Nadu).

En 1757 Robert Clive, un oficial al servicio de la Compañía Británica de las Indias Orientales, se apoderó de Calcuta y derrotó al ejército del nawab Siraj ud-Daulah de Bengala en la batalla de Plassey. El nawab era nominalmente virrey del emperador mogol de Delhi, aunque en la práctica fuera un gobernante independiente, uno de los muchos que en India solían guerrear entre sí, lo que facilitó su derrota a manos de los europeos provincia por provincia.

Un abismo separaba la opulencia de la corte de los nawabs de la pobreza de las aldeas. El campesinado bengalí consideraba a sus gobernantes como opresores; carecían de incentivos para luchar por ellos, y como la corte era esencialmente parásita, sin raíces reales en la sociedad bengalí, estaba plagada de facciones e intrigas.

No fue la mayor capacidad de fuego la que permitió a los 3.000 soldados del ejército de Clive derrotar a los 50.000 del ejército del nawab. De hecho, los bengalíes tenían muchos más mosquetes y cañones que la Compañia de las Indias Orientales. La clave de la victoria fue la traición de los principales comandantes de Siraj ud-Daulah, que ni siquiera participaron en el combate, y la efectividad de un nuevo tipo de guerra basado en la movilidad, la capacidad de fuego y la ofensiva.

Los ejércitos feudales combatían como conjunto de guerreros individuales, mientras que los ejércitos burgueses lo hacían como bloques altamente organizados. Las armas de fuego de la época eran de carga lenta, de alcance limitado y muy imprecisas, y su mayor efectividad se conseguía con descargas cerradas a una distancia de 50 m o menos, que podían disgregar una formación del enemigo y romper sus líneas en un punto decisivo. El ejército de Clive se enfrentó a solo una pequeña parte del bengalí en Plassey, que aun así era tres o cuatro veces mayor en el momento decisivo. Bengala fue por tanto conquistada gracias a una combinación de la división feudal y el método burgués, y lo mismo sucedió en la mayoría de las conquistas europeas en Asia, América y África.

La batalla de Plassey supuso un hito en la pugna por la hegemonía entre las potencias europeas. Los franceses quedaron

eclipsados y muchos gobernantes nativos buscaron un acomodo con el creciente poder de la Compañía de las Indias Orientales. Los marathas del centro de la india fueron derrotados en 1823, los sindhis (suroeste de Pakistán) en 1843, los sijs del Panyab (norte de Pakistán y noroeste de India) en 1849 y la provincia de Oudh (Centro-Norte de India) en 1856. A mediados del siglo XIX los británicos controlaban a 200 millones de personas con un ejército de solo 250.000, el 80 por 100 de los cuales eran cipayos bajo el mando de oficiales británicos. La Compañía gobernaba con la colaboración de nawabs (virreyes) y majarajás (príncipes) títeres. Esos gobernantes nativos vivían con gran lujo y mantenían una fachada pública de pompa real, pero eran los funcionarios de la Compañía los que ejercían realmente el poder.

Los zamindar (aristócratas terratenientes) y grandes comerciantes también prosperaron bajo el gobierno de la Compañía, compartiendo con sus funcionarios los beneficios de la explotación intensificada del campesinado. La pobreza en el campo aumentó. En 1769, doce años después de la batalla de Plassey, las malas cosechas provocaron hambrunas, epidemias y cerca de diez millones de muertes.

El imperialismo causó la recesión económica. El ejemplo más claro es el de la industria textil. Cuando despegó su industrialización en Gran Bretaña, el mercado indio cautivo se vio inundado de importaciones baratas. Los comerciantes y trabajadores artesanales nativos se arruinaron. La proporción de indios dependientes de la agricultura aumentó del 50 al 75 por 100 durante el siglo XIX. Bajo el dominio británico India se «des-desarrolló».

En 1857 la región centro-septentrional de Oudh o Awadh (actual Uttar Pradesh) estalló. Los cipayos hindúes, musulmanes y sijs se amotinaron al saber que utilizaban cartuchos lubricados con grasa de animales «impuros», violando así tabúes religiosos. Los amotinados, tomando por sorpresa a los oficiales británicos, se apoderaron de una amplia franja del norte de la India, pusieron bajo asedio las guarniciones de Cawnpore y Lucknow e instalaron un nuevo emperador mogol en la antigua capital de Delhi.

La campaña de reconquista británica fue muy severa e increíblemente salvaje. Se enviaron tropas desde Gran Bretaña y se desplegaron los cipayos de Madrás y Bombay, del sur de la India, contra los rebeldes del norte. Los amotinados capturados eran atados a la boca de los cañones y morían despedazados al dispararlos.

La «sublevación india» (1857-59) fue la primera guerra de independencia en el subcontinente, una lucha antiimperialista en la que indios de distintas etnias y religiones combatieron juntos superando la estrategia de «dividir y vencer» de los británicos; pero combatían con un pie en el pasado. La única alternativa que podían concebir al dominio británico era el regreso al pasado feudal. No había ningún cuestionamiento de la propiedad o del poder de los gobernantes tradicionales, y por tanto ninguna promesa de emancipación social que pudiera movilizar a la mayoría del campesinado.

Aun así, la amenaza al dominio británico era muy real y suscitó una remodelación total de la administración imperial después de la sublevación. La reina Victoria fue declarada emperatriz de la India, donde se estableció un nuevo gobierno, el Raj. Las relaciones con los gobernantes nativos se reforzaron, se desarrolló una nueva clase media de funcionarios, administradores y abogados, y los brahmines y jefes de los pueblos se convirtieron en recaudadores de impuestos y rentas. Las leyes británicas sustituyeron a la autoridad arbitraria de los funcionarios de la Compañía. La explotación y el empobrecimiento estaban ahora a cargo de una burocracia estrechamente controlada y un ejército anglo-indio reformado. La jerarquía de privilegios y el fomento deliberado de divisiones étnicas, religiosas y de casta fueron los mecanismos con los que los gobernantes imperiales de India fragmentaron la resistencia nativa al Raj.

Los indios pagaron cara su subyugación: el 25 por 100 de la recaudación de impuestos se gastaba en el ejército, frente a un 1 por 100 en sanidad, educación y agricultura. Las hambrunas mataron a un millón de indios en la década de 1860, 3,5 millones en la de 1870 y 10 millones en la de 1890, en lo que el historiador

radical estadounidense Mike Davis ha llamado «holocaustos victorianos [que] configuraron el Tercer Mundo».

La afirmación tan repetida de que India se benefició económicamente del Raj no es más que una mentira. La agricultura se empobreció, las industrias nativas fueron destruidas y la riqueza fue succionada por el capital extranjero. Esta realidad daría lugar con el tiempo a una reanudación de la lucha por la independencia india.

El «Risorgimento» italiano

Cuando los voluntarios nacionalistas desembarcaron en Sicilia en 1860 decididos a derrocar la monarquía absoluta corrupta que gobernaba la isla y unirla al resto de Italia, los campesinos locales suponían que el grito ¡Viva Italia! se refería a la reina de los insurgentes. Italia, en el sentido de un estado-nación moderno, unificado y burgués, fue una creación *ex novo*.

La península se había visto políticamente sacudida desde la revolución burguesa incompleta de 1796-1814, una revolución desde arriba en la que el principal agente del cambio había sido el ejército conquistador de Napoleón. Los franceses derrocaron los antiguos regímenes e instalaron gobiernos republicanos dirigidos por liberales italianos. Más tarde, cuando la República francesa se convirtió en el imperio napoleónico, los sustituyeron por regímenes dinásticos gobernados por miembros de la familia Bonaparte. El feudalismo fue abolido y se abrieron oportunidades a las clases medias, pero la combinación del dominio extranjero y la ausencia de reforma agraria limitó el atractivo de los nuevos regímenes.

En 1814 se restauraron los gobiernos absolutistas, pero no pudieron devolver la sociedad a su estado anterior y tuvieron que afrontar la oposición de las nuevas fuerzas sociales desencadenadas por la Revolución francesa. La política italiana se vio así dominada durante el siglo XIX por los estertores de la revolución burguesa inacabada.

Había cuatro cuestiones principales: en primer lugar, Italia estaba dividida en varios estados separados y el desarrollo económico se veía obstaculizado por la ausencia de un mercado nacional unificado bajo una autoridad estatal única.

Segundo, en parte debido a la división nacional y a la debilidad consiguiente, Italia seguía estando dominada por potencias extranjeras: durante la primera mitad del siglo XIX, por la Austria de los Habsburgo.

Tercero, la burguesía estaba casi totalmente excluida del poder por regímenes basados en monarquías absolutas, la Iglesia Católica y los aristócratas terratenientes. La reivindicación de una reforma

constitucional liberal suponía la aspiración de la burguesía al poder político.

Cuarto, a diferencia de Francia, en Italia no había habido una revolución campesina. La abolición formal del feudalismo no había llevado a una redistribución de la tierra a gran escala. Italia seguía siendo una sociedad tradicional de grandes terratenientes y campesinos en la que la inmensa mayoría del pueblo era desesperadamente pobre, tanto física como intelectual y culturalmente.

Debido a esas tensiones, Italia experimentó cuatro revoluciones en cuarenta años: en 1820, 1831, 1848 y 1860. Las tres primeras fueron derrotadas pero en la última se logró la unidad nacional y la independencia, aunque no resolviera la cuestión social.

El *Risorgimento* del que nació el estado italiano moderno tuvo lugar entre 1859 y 1870. Lo posibilitó la combinación de la ambición piamontesa, la rivalidad franco-austríaca y una insurrección revolucionaria en el sur de Italia, de modo que se puede hablar de una revolución burguesa *tanto desde arriba como desde abajo*.

El reino semiconstitucional de Piamonte-Cerdeña, bajo el monarca Víctor Manuel II y su primer ministro liberal Camillo Benso, conde de Cavour, se había convertido en un centro de desarrollo económico muy dinámico, y sobre esa base la clase dominante piamontesa había reclamado en su propio interés un liderazgo político más amplio, poniéndose al frente de la causa nacional italiana.

Los piamonteses, aliados con el Segundo Imperio francés, derrotaron a los austríacos en el norte de Italia en 1859, lo que alteró todo el equilibrio de poder en la región. Los gobernantes absolutistas de otros estados italianos menores, respaldados por los austríacos, cayeron como fichas de dominó. Los nuevos gobiernos liberales de Lombardía, Parma y Módena en Emilia, la Romagna y Toscana votaron por unirse al Piamonte.

En mayo del año siguiente el veterano revolucionario Giuseppe Garibaldi desembarcó en Sicilia a la cabeza de un millar de «camisas rojas» voluntarios. Su objetivo era fomentar la rebelión contra el régimen absolutista que gobernaba Nápoles y Sicilia. Antes

de que acabara el año, el Reino de las Dos Sicilias (tal como se le conocía) había dejado de existir y todo el sur de Italia entró a formar parte del nuevo estado unificado.

En 1866 la alianza del Piamonte con Prusia en la guerra austro-prusiana permitió recuperar para Italia Venecia y el Véneto. En 1870 la derrota de Napoleón III en Sedan privó al Papa de su principal protector y las tropas italianas entraron en los Estados Papales y los anexionaron al reino de Italia.

Pero no hubo una revolución social. Ya en agosto de 1860, en un esfuerzo por ganarse a los aristócratas terratenientes del sur, algunos de los hombres de Garibaldi habían disparado contra los campesinos rebeldes y pronto hubo una guerra a gran escala en buena parte del sur cuando los campesinos intentaron poner fin a su pobreza apoderándose de pastizales no cultivados, a lo que los terratenientes respondieron reclutando ejércitos privados para expulsarlos, que pronto se convertirían en la Mafia.

El terror de la Mafia respaldada por el estado iba a mantener al campesinado en la pobreza otros cien años. A finales del siglo XIX tres cuartas partes de los ingresos de los hogares campesinos italianos se gastaban en alimentos, a pesar de lo cual muchos seguían hambrientos. Cada año caían enfermas de malaria dos millones de personas. La mayoría de los aldeanos italianos seguían siendo analfabetos y vivían en la ignorancia fomentada por los curas católicos.

Pero la unificación nacional precipitó una revolución industrial. Entre 1861 y 1870 la longitud de las vías férreas italianas casi se triplicó. Entre 1896 y 1913 la industria creció anualmente un 5 por 100, la tasa más alta de la época en Europa. Milán, Turín, Génova y otras ciudades del noroeste del país se convirtieron en importantes centros industriales. El norte en expansión atrajo la mano de obra del interior rural de la Italia más pobre, y así fue como campesinos hambrientos se convirtieron en obreros industriales, en un proceso de proletarización que iba a explotar en oleadas de una encarnizada lucha de clases antes, durante y después de la Primera Guerra Mundial.

Cuando los cañones abrieron fuego contra Fort Sumter el 12 de abril de 1861, la mayoría de los estadounidenses pensaban que la guerra habría acabado antes de que terminara el verano. El presidente Lincoln llamó a 75.000 milicianos para servir durante 90 días, periodo que en su opinión sería suficiente; pero cuando la guerra concluyó cuatro años después habían muerto 620.000 estadounidenses, más que en todas las demás guerras de la historia de Estados Unidos juntas. Lo que elevó tanto el coste humano de la guerra fue la importancia de lo que estaba en cuestión.

La guerra civil fue el acontecimiento decisivo de la historia de Estados Unidos: una segunda guerra revolucionaria para completar la obra de la primera y determinar cuál de los dos sistemas sociales incompatibles iba a dominar el continente norteamericano. Once estados del sur se habían escindido de la Unión cuando Lincoln —un republicano «negro»— fue elegido presidente. Los dirigentes del sur tenían muy clara la razón: «la oposición a la esclavitud en Estados Unidos significa la guerra», explicaba el presidente confederado Jefferson Davis. Su vicepresidente, Alexander Stephens, definía la *raison d'être* del nuevo país como sigue: «Sus cimientos y su piedra angular no son otros que la verdad incontestable de que el hombre negro no es igual al blanco; que la esclavitud, la subordinación a la raza superior, es su condición natural y moral». La esclavitud era la cuestión clave por la que combatieron y murieron tantos hombres durante cuatro años sangrientos de guerra civil encarnizada.

Había también razones militares para la intensidad y duración de la guerra: la vastedad del país, las extensas zonas boscosas en gran parte de él, las comunicaciones primitivas, la capacidad letal del armamento moderno y la capacidad de la industria de producción en masa para equipar y abastecer ejércitos enormes; pero la razón principal es que se trataba de una guerra revolucionaria para decidir qué tipo de sociedad iba a prevalecer desde entonces en los Estados Unidos de América.

Las elecciones presidenciales de 1860 habían sido de las más polarizadas de la historia estadounidense. El programa republicano expresaba la aspiración de la economía capitalista del Norte y de las comunidades pioneras del Oeste, rápidamente crecientes tanto una como las otras. Las cuestiones centrales eran la subida de los aranceles para proteger la incipiente industria, tierra libre para los nuevos colonos y subvenciones gubernamentales para la construcción de vías férreas.

El eslogan de los republicanos era: «Tierra libre, palabra libre, trabajo libre, hombres libres». Tal como explicaba Lincoln, «el sistema de trabajo libre abre la vía para todos, da esperanza a todos y aporta energía, progreso y mejora de la situación para todos». Esta era la retórica de una burguesía joven, que miraba hacia el futuro confiada en sí misma y que si era preciso estaba dispuesta también a ser revolucionaria.

El sur era una sociedad agrícola conservadora muy dependiente del rendimiento de las exportaciones de un solo artículo: el algodón. Su economía, como la del norte, se estaba expandiendo rápidamente. Al dilatarse la industria textil en Nueva Inglaterra, Gran Bretaña, Francia y otros lugares, la demanda de algodón aumentó vertiginosamente, y también lo hizo su precio. En 1800 las exportaciones de algodón habían supuesto un total de 5 millones de dólares, representando el 7 por 100 de las exportaciones totales estadounidenses; en 1860 su valor había sido de 191 millones de dólares, representando el 57 por 100 de las exportaciones. Mientras que los propietarios de fábricas, de minas y de las compañías ferroviarias se enriquecían en el norte, la aristocracia tradicional de las plantaciones se enriquecía en el sur.

Había muchas diferencias entre ellos: los aranceles aduaneros significaban protección para la industria del norte, pero también precios más altos para los consumidores del sur. La expansión hacia el oeste se alimentaba principalmente de pioneros del norte, lo que amenazaba el equilibrio de poder entre los estados sin y con esclavos dentro de la Unión. Las subvenciones al ferrocarril enriquecían a los capitalistas del norte, no a los plantadores del sur

Dos sistemas económicos, dos regímenes sociales, dos tipos de clase dominante con diferentes necesidades y exigencias rivales estaban involucrados en una única entidad política. ¿Qué intereses debía representar el estado?

La cuestión en la que se concentraba el creciente antagonismo y que lo convirtió en una conflagración armada era la esclavitud.

La riqueza de las plantaciones del sur dependía del trabajo de 4 millones de esclavos negros. El partido republicano contenía un ala radicalmente abolicionista; pero fue Lincoln, relativamente moderado, quien dijo: «Una casa partida por la mitad no puede mantenerse en pie. Creo que este gobierno no puede seguir siendo permanentemente medio esclavo y medio libre».

Lincoln solo obtuvo el 40 por 100 del voto popular en las elecciones presidenciales de 1860, pero venció en casi todos los condados norteños y obtuvo una clara mayoría del 54 por 100 en la totalidad del norte. En el sur, en cambio, su voto fue mínimo, restringido en gran medida a enclaves unionistas como Virginia occidental y Tennessee oriental. Los abolicionistas del norte no tenían dudas sobre la importancia de lo que había sucedido; como escribía Charles Francis Adams: «Se ha producido una gran revolución. El país se ha deshecho de una vez y para siempre del dominio de los propietarios de esclavos».

La guerra resultante fue larga y sangrienta porque era una guerra revolucionaria entre sistemas rivales e ideologías políticas opuestas; para los estadounidenses no había compromiso ni posibilidad de acuerdo negociado a medio camino cuando se iniciaron las hostilidades en la primavera de 1861. Lo que estaba en juego era demasiado para ambos bandos: para el norte, la supervivencia de la Unión, de una economía nacional unificada y de una política destinada a favorecer el crecimiento industrial; para la elite del sur, el mantenimiento de la esclavitud, piedra angular de su orden social.

La intensidad y duración de la guerra la radicalizaron. Durante los primeros 18 meses la abolición no entraba entre los propósitos inmediatos de la Unión, pero bajo la cauta dirección de un general favorable a la esclavitud la guerra se había estancado en un empate

y la fatiga y el derrotismo infectaban los ejércitos del norte. Lincoln se vio obligado a darles nuevas energías proclamando la emancipación de los esclavos.

Había una importante razón práctica: el trabajo esclavo liberaba a los blancos para el servicio en el ejército confederado, mientras que los esclavos huidos podían ser reclutados como soldados para la Unión; pero la razón política era aún más importante: una guerra contra la esclavitud haría la guerra moralmente impecable para la Unión, bloqueando cualquier posibilidad de respaldo europeo al sur e introduciendo la pasión de los abolicionistas y de los propios esclavos en el «fogoso juicio» de la nación. Lincoln concluyó que «debemos liberar a los esclavos si no queremos vernos nosotros mismos sometidos». Implícita en la Proclamación de la Emancipación de septiembre de 1862 había una redefinición de la democracia estadounidense. «Del mismo modo que no querría ser un esclavo —dijo Lincoln— tampoco querría ser su amo. Esto expresa mi idea de la democracia.»

Muchos de los hombres y mujeres que permitieron a la Unión ganar la guerra civil estaban inspirados por la visión de Lincoln de «un nuevo nacimiento de la libertad». Entre ellos estaba Joshua Lawrence Chamberlain, un profesor de instituto de Nueva Inglaterra, decidido abolicionista y amigo de exiliados revolucionarios alemanes en contacto con Marx y Engels en Londres. Chamberlain iba a entrar en los libros de historia como el coronel al mando del 20º regimiento de infantería, «Maine», en su épica carga a la bayoneta de Little Round Top en el segundo día de la batalla de Gettysburg.

También estaba allí el coronel Robert Gould Shaw, un joven abolicionista de Boston que servía en el 54º de Massachusetts. El 18 de julio de 1863 su regimiento intentó asaltar las formidables defensas de Fort Wagner a la entrada del puerto de Charleston en Carolina del Sur. El ataque se desarrolló con gran valor, pero fue derrotado; Shaw murió de un disparo recibido en lo alto de las defensas del enemigo. Aquella refriega encarnaba la revolución abolicionista, ya que se desarrolló muy en el interior del territorio confederado y el regimiento de Shaw estaba formado por soldados negros, muchos de ellos antiguos esclavos. Al final de la guerra

200.000 soldados negros habían combatido en el ejército de la Unión.

En 1864 la guerra entró en su tercera fase. Los ejércitos de la Unión llevaban a cabo ahora una guerra total para aplastar al sur. Durante la Revolución francesa Danton había proclamado: «Guerra a los castillos, paz a las aldeas». Ahora, en el clímax de la segunda revolución estadounidense, el ejército del general Sherman marchaba hacia el corazón de la Confederación quemando mansiones y liberando esclavos.

La guerra concluyó en abril de 1865. La década siguiente estuvo dominada por la «reconstrucción». Gran parte del sur se mantuvo bajo ocupación militar. Inmediatamente llegaron empresarios oportunistas del norte —conocidos como *carpetbaggers* por ir provistos de bolsas hechas a partir de alfombras viejas— que querían hacerse ricos rápidamente. Los esclavos liberados obtuvieron el derecho de voto y lo utilizaron para elegir jueces, alcaldes y hasta congresistas negros.

Pero una vez vencido el poder de los plantadores aristócratas del sur y asegurado el dominio del capital del norte, el ejército de la Unión se retiró y los gobiernos de los estados del sur fueron recuperados por la vieja elite. Se volvió a privar del derecho de voto a los negros, que se vieron segregados y aterrorizados por los matones racistas del Ku Klux Klan, y a partir de entonces tuvieron que trabajar como sirvientes o aparceros pobres. La esclavitud fue sustituida por el *apartheid* social en todo el sur e iba a durar todavía todo un siglo.

Así pues, la guerra civil estadounidense, como todas las revoluciones burguesas, dio lugar a grandes avances y amargas decepciones. Hizo posible la enorme expansión geográfica e industrial de Estados Unidos que los iba a convertir en una superpotencia global, pero dejó las vidas de la mayoría de los estadounidenses menoscabadas por la explotación, la pobreza y el racismo.

El año 1848 fue un hito en la historia mundial, pero antes la burguesía había encabezado revoluciones populares para desmantelar el estado, derrocar a las viejas clases dominantes y remodelar la sociedad según líneas capitalistas. Esa había sido la esencia de las revoluciones neerlandesa, inglesa, americana y francesa; pero a partir de 1848 la burguesía nunca volvió a desempeñar ese papel. ¿Por qué?

La revolución industrial significaba que Europa se estaba transformando en una economía capitalista y una sociedad de empresarios fabriles y obreros. Con la excepción de Gran Bretaña, la transformación estaba todavía en una etapa embrionaria, pero lo bastante avanzada para hacer mucho más problemático para la burguesía el viejo mecanismo del cambio político, la revolución desde abajo. El incipiente movimiento obrero de la época constituía una amenaza para la propiedad privada. La propiedad había sido sacrosanta para los movimientos radicales de los siglos XVII y XVIII dominados por una pequeña burguesía de granjeros, comerciantes y maestros de taller, pero iba siendo cada vez más cuestionada por los nuevos movimientos radicales del siglo XIX que arrastraban a un número creciente de trabajadores asalariados, que «no tenían nada que perder salvo sus cadenas». La revolución se hizo más arriesgada para cualquier tipo de propietario.

Por otra parte, la presión competitiva de los países que ya se estaban desarrollando como economías capitalistas —especialmente Gran Bretaña— predisponía a los regímenes establecidos a conceder las reformas exigidas por capitalistas, liberales y nacionalistas. El estatus de gran potencia era una cuestión de ejércitos, cañones y buques de guerra que a su vez dependían de la infraestructura y la industria moderna. La reforma y la modernización se convirtieron en imperativos geopolíticos, debido a la capacidad transformadora de la globalización capitalista.

Aun así, a menudo se necesitaron luchas encarnizadas. El norte de Italia se había unido bajo el liderazgo del Piamonte tras la guerra entre Francia y Austria en 1859, pero el sur de Italia solo se unió al

norte como consecuencia de una insurrección de masas desencadenada por el desembarco en Sicilia de un pequeño ejército revolucionario en 1860.

Durante la guerra civil estadounidense, los capitalistas de los estados del norte se vieron obligados a movilizar a 2 millones de hombres, una décima parte de los cuales eran antiguos esclavos, para aplastar la resistencia armada de la aristocracia plantadora del sur. Lincoln había sido un dirigente revolucionario intransigente frente a la rebelión, dispuesto a radicalizar el enfrentamiento liberando los esclavos, y decidido a llevar una guerra sin cuartel hasta el final; pero el proceso había sido gestionado desde arriba utilizando el aparato del estado existente.

Un ejemplo todavía más extremo de revolución burguesa desde arriba es el de la Restauración Meiji en Japón en 1868, acontecimiento que iba a configurar toda la historia del Lejano Oriente hasta 1945.

Durante los siglos XV y XVI Japón se había visto desgarrado por guerras civiles feudales. Al igual que los señores de la guerra de la Europa medieval, los grandes terratenientes (*daimyo*) japoneses habían empleado bandas armadas de guerreros profesionales (*samurai*) para combatir en las luchas intestinas por el poder. A principios del siglo XVII el clan Tokugawa consiguió derrotar y someter a todos sus rivales, y su jefe, Tokugawa Ieyasu, estableció una nueva capital en Edo (la actual Tokio) y en 1603 se convirtió en *shogun*, gobernador militar y de hecho jefe del gobierno del país, mientras el emperador quedaba relegado a tareas ceremoniales.

Los *shogun* Tokugawa eran como los monarcas absolutos del siglo XVIII en Europa. Mantenían en la corte como rehenes a familiares de los *daimyo*; prohibieron las armas de fuego y los libros extranjeros, y el comercio exterior se restringió a un solo puerto. Los conversos al catolicismo fueron perseguidos. Japón se convirtió en una sociedad cerrada bajo una dictadura política muy suspicaz frente a nuevas ideas.

Pero el fin de la anarquía feudal permitió una recuperación de la agricultura y el comercio. Granjeros, artesanos y mercaderes prosperaron, y la economía se fue monetizando cada vez más.

Crecieron las ciudades y con ellas una cultura urbana de poesía, novelas y piezas teatrales. La prohibición de artículos extranjeros y su influencia era cada vez menos estricta. Las viejas clases declinaron. La larga paz significó la obsolescencia de muchos samurai, obligándolos a convertirse en granjeros o comerciantes. Los que siguieron siéndolo constituían una clase parásita, y su modo de vida era cada vez más anacrónico.

Esos cambios económicos y sociales fragilizaron el edificio político del shogunato Tokugawa, cuya debilidad se mostró a mediados del siglo XIX con la llegada en 1853 a la bahía de Edo de la escuadra naval estadounidense del comodoro Matthew C. Perry, con la misión de obtener concesiones comerciales para el capitalismo estadounidense. El resultado fue un «tratado desigual» que suponía abrir Japón a las importaciones del extranjero al mismo tiempo que aceptaba restricciones a las exportaciones japonesas. También significaba otorgar privilegios comerciales y «extraterritorialidad» (inmunidad frente a la jurisdicción japonesa) a los residentes extranjeros. Gran Bretaña, Francia, Rusia y los Países Bajos exigieron y lograron concesiones parecidas a las de Estados Unidos.

El shogunato Tokugawa había revelado así su debilidad político-militar: era incapaz de defender los intereses japoneses frente a los imperialistas extranjeros. Entre 1867 y 1869 una alianza de grandes señores, con apoyo samurai, forzó el derrocamiento del shogun Tokugawa Yoshinobu y la «restauración» del poder del emperador (cuyo nombre en aquel momento era Meiji).

La Restauración Meiji fue gestionada por las fuerzas más conservadoras de la sociedad japonesa. Sus lemas eran tradicionalistas, no pretendían obtener un apoyo de masas y los comerciantes, artesanos y campesinos desempeñaron papeles mínimos en los acontecimientos. Pero en una época de armas de retrocarga y acorazados, el nacionalismo ataviado con armadura samurai estaba condenado. El manifiesto de los restauracionistas declaraba que querían «una misma ley en todo el imperio», de manera que «el país sea capaz de tratar en pie de igualdad con las

demás naciones del mundo». Con otras palabras, necesitaban un estado-nación moderno y una industria capitalista desarrollada.

A partir de aquel momento el cambio fue rápido. Se barrieron las viejas distinciones y privilegios de clase, se estableció un nuevo sistema parlamentario, se construyeron vías férreas y fábricas y se introdujo el servicio militar obligatorio. El ejército fue remodelado siguiendo el modelo alemán, y la armada emulando a la británica.

La transformación de Japón fue combatida por fuerzas conservadoras y progresistas. Las rebeliones de los *ronin* descontentos —samurais desempleados que añoraban el pasado feudal— tuvieron que ser aplastadas por el nuevo ejército de soldados alistados obligatoriamente. Los campesinos —cuatro quintas partes de la población— también salieron perdiendo. La modernización se pagó mediante un fuerte impuesto sobre la tierra y bajos niveles de consumo. Durante la era Meiji hubo decenas de levantamientos agrarios locales. Los campesinos japoneses seguían viviendo en la pobreza hasta después de la Segunda Guerra Mundial.

El Japón moderno quedó configurado por esa combinación de rivalidad geopolítica, resistencia interna a la modernización y acumulación de capital, y una cultura guerrera heredada del pasado y ahora sublimada en nuevas instituciones militares. Evolucionó bajo esas presiones convirtiéndose en un estado represivo controlado por una elite militarista y volcado en la expansión nacional-imperial.

En 1894 los japoneses participaron en el desmembramiento imperial de China. Diez años después derrotaron a los rusos en una guerra por el control de Corea y Manchuria. Otros diez años después entraron en la Primera Guerra Mundial y engulleron las posesiones alemanas en China. Durante el medio siglo transcurrido tras la Restauración Meiji, los gobernantes de Japón se reconvirtieron en una clase de señores de la guerra imperialistas: samurais con navíos de guerra.

La unificación de Alemania

A mediados del siglo XIX Alemania estaba todavía dividida en 39 estados distintos. La unificación política para crear un mercado nacional único era la cuestión central en torno a la que giraba el futuro del capitalismo alemán.

El intento de resolver «la cuestión nacional» mediante la revolución desde abajo había fracasado en 1848. El Parlamento de Fráncfort, que había intentado unificar Alemania e imponer una constitución liberal pronunciando discursos y aprobando resoluciones, había sido disuelto por los ejércitos de los estados alemanes en la contrarrevolución de 1849.

El estado dominante en Alemania era Prusia y la clase dominante en Prusia era la de la aristocracia terrateniente *Junker*, descendiente de los caballeros cruzados de la Orden Teutónica que se habían asentado en las tierras eslavas y bálticas conquistadas en la parte oriental de la llanura alemana; su evolución social se había visto condicionada por tres factores: primero, como la fertilidad de aquella tierra no era muy alta, el rendimiento de sus haciendas era escaso y los *Junker* eran, en tanto que aristócratas, relativamente pobres. Marx los ridiculizaba como «*Junker* de colinabo».

En segundo lugar, su territorio era vulnerable frente a ataques armados. Alemania está en el centro de Europa y carece de fronteras naturales, especialmente en el este, donde la llanura alemana del Norte se funde con los grandes espacios abiertos de Polonia y la Rusia europea.

Tercero, Alemania estaba políticamente dividida —los 39 estados del siglo XIX habían llegado a ser hasta 300 en los siglos XVII y XVIII —, lo que la convertía en uno de los tres principales campos de batalla de las guerras europeas durante todo ese periodo (los otros dos eran Bélgica y el norte de Italia).

Prusia era pues el producto de esos tres factores. Durante el siglo XVIII Federico el Grande (1740-86) la había convertido en un campamento militar: la Esparta de Europa. Cinco sextos del gasto del estado se dedicaban a la guerra. Mediante el reclutamiento obligatorio se conseguía un ejército de 150.000 soldados, en el que

los *Junker* constituían la casta elitista de los oficiales, definida por la propiedad de tierras y el servicio al estado, profundamente leal a la monarquía absoluta que les garantizaba sus propiedades, sus privilegios y su poder. Los *Junker* prusianos constituían el núcleo más retrógrado de la contrarrevolución alemana que había aplastado a los «cuarentayochistas».

Pero el mundo estaba cambiando de un modo que los *Junker* no podían controlar. La revolución industrial estaba transformando la geografía económica, social y militar de Europa. Las primeras vías férreas se construyeron a mediados de la década de 1830 y en 1850 se habían tendido alrededor de 23.500 km. La importancia militar de la nueva tecnología era obvia: mediante el ferrocarril se podían desplazar las tropas de un campo de batalla a otro en una fracción del tiempo necesario para hacerlo a pie. Los *Junker* no necesitaban parlamentos, pero necesitaban vías férreas.

En 1815, como parte de la reordenación de Europa tras la derrota de Napoleón, a Prusia se le había concedido Renania, la región que se estaba convirtiendo rápidamente en centro energético de la industria alemana. Aunque los revolucionarios renanos —entre los que se encontraban Marx y Engels— habían sido derrotados en 1849, el poderío militar del estado *Junker* era cada vez más dependiente de las minas, acerías y plantas industriales de aquella región.

Una lección de 1848 era que las nuevas clases sociales de la era industrial —la burguesía, el proletariado y la clase media de profesionales, gestores y funcionarios civiles— no podían acomodarse con facilidad en una Alemania dividida gobernada por un puñado de potentados semifeudales. La cuestión era si se podía disponer desde arriba la unificación nacional-económica, como alternativa a la revolución popular desde abajo.

Cuando el destacado *Junker* Otto von Bismarck fue nombrado primer ministro de Prusia en 1862, la misión histórica que él mismo se atribuyó fue la de salvar a su clase poniendo las fuerzas dinámicas del incipiente capitalismo alemán al servicio de la monarquía militar prusiana. En lugar de que la revolución burguesa hiciera saltar su coraza medieval, Prusia se iba a reconstruir como

«un torreón feudal sobre un cimiento capitalista» (como diría Trotski más tarde). Las grandes cuestiones de la época no se iban a solucionar mediante «discursos y resoluciones», sino con «*Blut und Eisen*» (Sangre y Hierro), para usar las propias palabras de Bismarck. En lugar del modelo francés —insurrección armada, incendio de las mansiones y la sombra de la guillotina— se seguiría un modelo peculiar prusiano: la revolución desde arriba mediante los soldados y cañones de un ejército real.

El programa de Bismarck se completó en tres rápidas guerras. La de 1864 contra Dinamarca sobre el estatus de dos provincias fronterizas disputadas, Schleswig y Holstein, situaron al rey de Prusia a la cabeza del movimiento nacional alemán. La de 1865 contra Austria —la única posible potencia hegemónica alternativa— destruyó la influencia Habsburgo en Alemania y creó una nueva Confederación Alemana del Norte (Norddeutscher Bund) dominada por Prusia; y la de 1870-71 contra Francia —un enemigo tradicional — unió a los pequeños estados alemanes, de grado o por fuerza, en un nuevo imperio dominado por Prusia.

De hecho, durante aquellos siete años Prusia conquistó Alemania. El nuevo régimen quedó inaugurado en un deliberado acto de escenografía política. El rey de Prusia fue proclamado emperador de Alemania en una gran ceremonia en el palacio de Versalles el 18 de enero de 1871. El rey *Junker* se envolvió, en la capital conquistada del enemigo, en la bandera del nacionalismo alemán moderno.

El triunfo político-militar en 1871 fue seguido por cuarenta años de rápida industrialización. Entre 1870 y 1914 la producción de carbón en Alemania aumentó de 34 a 227 millones de toneladas, la de arrabio de 1,3 a 14,7 millones de toneladas, y la de acero de 0,3 a 14 millones de toneladas. El complejo Krupp de acerías y fábricas de armas en Essen, en el Ruhr, se convirtió en la mayor empresa industrial de Europa, y daba trabajo a 16.000 obreros en 1873, 45.000 en 1900 y 70.000 en 1912.

Aquella enorme expansión industrial fue posible gracias al crédito bancario, los contratos estatales y los aranceles protectores. Los depósitos totales de los principales bancos alemanes

aumentaron un 40 por 100 en los cinco años transcurridos entre 1907-08 y 1912-13. Los bancos prestaban el dinero para la inversión industrial y se convirtieron en los principales propietarios de bienes industriales.

El gasto del estado en ferrocarriles y armamento sostuvo el *boom* industrial. La mayor empresa estatal —la Administración Ferroviaria del Estado Prusiano— tenía el mismo tamaño que la mayor corporación privada, el Deutsche Bank. El gasto del gobierno en el ejército y la armada se decuplicó entre 1870 y 1914.

En 1879 Alemania introdujo el primero de una serie de nuevos aranceles, esencialmente impuestos sobre las importaciones destinados a elevar el precio de los productos extranjeros en el mercado nacional y proteger así la industria doméstica. En 1914 el estado alemán cargaba un promedio del 13 por 100 a las importaciones extranjeras.

Gran Bretaña, la potencia económica global dominante a mediados del siglo XIX, fue superada por Alemania a principios del siglo XX. La producción de carbón en Alemania casi alcanzó la de Gran Bretaña en 1914, mientras que la producción de fundición de hierro era una tercera parte más alta y la de acero el doble. El avance del capitalismo alemán en las nuevas industrias química y eléctrica era aún más pronunciado. En 1914 las empresas alemanas dominaban la producción mundial de tintes sintéticos y vendían alrededor de la mitad de los artículos eléctricos del mundo.

La revolución burguesa alemana desde arriba —emprendida por un monarca absoluto con la ayuda de oficiales aristocráticos y reclutas campesinos— había desencadenado una transformación industrial acelerada. Su efecto fue la desestabilización, tanto de la sociedad alemana como del sistema interestatal europeo.

Los *Junker* prusianos y los capitalistas renanos mantenían una difícil alianza política basada en la interdependencia mutua. Por otra parte, la clase obrera alemana, que crecía rápidamente, constituía una amenaza mortal para todo el orden social, mientras que la creciente necesidad para el capitalismo alemán de materias primas, nuevos mercados y oportunidades de inversión lo hicieron entrar en conflicto con otras potencias europeas, y sobre todo con Gran

Bretaña, la potencia militar dominante a escala global. Al cabo de un cuarto de siglo de la guerra franco-prusiana, esos dos conflictos —la lucha de clases interna y la brega interimperialista en el extranjero— impulsaban a la nueva Alemania hacia una crisis cataclísmica.

La Comuna de París

La unificación de Alemania no fue la única consecuencia de la guerra franco-prusiana; hubo otras dos: en primer lugar, puso fin a la dictadura de Luis-Napoleón Bonaparte, o como se rebautizó él mismo en 1852, Napoleón III; y en segundo dio lugar a la primera revolución proletaria de la historia y mostró al mundo qué aspecto podría tener un estado obrero. La Comuna de París solo duró dos meses, pero sus protagonistas, tal como dijo Marx, habían «asaltado el cielo», ofreciendo «un nuevo punto de partida de importancia mundial».

Luis-Napoleón («el pequeño Napoleón», como lo llamaba Marx para distinguirlo de su tío) fue alzado al poder por la tradición gala de la revolución dispareja, por la que París toma siempre la iniciativa pero el resto de Francia a menudo no la sigue. El levantamiento de marzo de 1848 había sido interrumpido en junio de aquel mismo año cuando su vanguardia revolucionaria, el pueblo trabajador del este de París, quedó aislado y fue cañoneado por los soldados del general Cavaignac. En las elecciones presidenciales de diciembre Luis-Napoleón Bonaparte salió de la nada y obtuvo una victoria arrolladora, con el 75 por 100 del voto popular en toda Francia. El secreto de su éxito era su vacuidad: al no ser nada para nadie, podía serlo todo para todos. Era el «hombre fuerte» con un apellido ilustre que parecía prometer el orden, la justicia y la prosperidad.

Gobernó como presidente durante tres años y en diciembre de 1852 se proclamó emperador, manteniéndose en el poder hasta su derrota en Sedan en septiembre de 1870.

El gobierno de Napoleón III fue una paradoja política. Representaba una fosilización burocrática de la inestabilidad revolucionaria. Una fachada de poder dictatorial enmascaraba un precario equilibrio. Tras las Jornadas de Junio de 1848 las fuerzas políticas activas de Francia, todavía concentradas en la capital, estaban parejamente divididas entre un bloque reaccionario de monárquicos, clericales y otros conservadores, y un bloque progresista de republicanos, liberales y demócratas. Las elecciones presidenciales de diciembre de 1848 habían apisonado esas

divisiones bajo el peso masivo de los votos campesinos, mayoría silenciosa pasiva que dio la victoria a Luis-Napoleón. A partir de entonces las facciones parisinas quedaron bajo el control del aparato burocrático del régimen del Segundo Imperio.

La función del estado bonapartista consistía, en opinión de Marx, en «imponer un armisticio en la lucha de clases», «quebrar el poder parlamentario de las clases propietarias», y «conceder [así] un respiro vital al orden existente». Pero cuando el estado se aleja de la sociedad civil, cuando la elite política puede evitar el escrutinio y la responsabilidad, entonces la corrupción se extiende por todo el aparato burocrático. Mientras que los especuladores y empresarios cercanos al emperador se enriquecían con los contratos gubernamentales, otros capitalistas se sentían agraviados por su exclusión del círculo encantado, al tiempo que las aventuras militares en Italia y México, destinadas en parte a apuntalar las pretensiones nacionales y dinásticas del régimen, tuvieron un efecto de retroceso; y aunque la economía crecía —la producción industrial se duplicó bajo Napoleón III—, la pobreza asolaba los suburbios de París y otras grandes ciudades y la policía y los soplones del dictador eran odiados por la mayoría.

A Bismarck no le resultó difícil provocar a Napoleón III e inducirlo a la guerra en junio de 1870. Sintiendo debilitarse las palancas de su poder dictatorial, el régimen no podía arriesgarse a quedar en evidencia cuando el canciller prusiano ideó una estratagema diplomática destinada a afrentar al emperador francés. La guerra puso de manifiesto la decadencia del régimen: su ejército fue derrotado vergonzosamente, el emperador fue capturado y depuesto, y un nuevo gobierno burgués-republicano se hizo cargo del poder en París.

Después de la victoria decisiva de Prusia, Bismarck exigió compensaciones de guerra abusivas: Francia debía ceder las provincias limítrofes orientales de Alsacia y Lorena y pagar una enorme indemnización. El gobierno republicano se negó y durante cinco meses París se vio asediada por el ejército prusiano. Aquella fue la fase democrática de la guerra. El ejército nacional había sido derrotado y su lugar fue ahora asumido por una milicia parisina. La

recién formada Guardia Nacional pronto llegó a contar con 300.000 soldados. La lucha se transformó, de una guerra entre estados-nación, en una guerra de defensa revolucionaria.

El espectro de la revolución popular estremecía ahora a la clase dominante francesa. Dos intentos de fuerzas más radicales de derrocar al gobierno republicano fueron derrotados, pero sus dirigentes sentían que el poder se les escapaba de las manos. Tal como escribió Marx, «París armado significaba la revolución armada». Había que elegir al parecer entre los prusianos y la revolución; los republicanos burgueses optaron por rendir la ciudad al enemigo nacional.

A finales de enero de 1871 acordaron un armisticio con el ejército prusiano y a continuación organizaron unas elecciones generales. Como en 1848, su intención era movilizar al electorado rural pasivo contra la capital revolucionaria. El resultado fue que 396 de los 675 diputados elegidos eran monárquicos (orleanistas o legitimistas). Auguste Thiers, un veterano político conservador, fue nombrado jefe de un nuevo gobierno.

El 18 de marzo envió tropas para desarmar a la Guardia Nacional parisina, pero los soldados se negaron a disparar contra la multitud que se congregó para hacerles frente. Aquella tarde, tras haber perdido el control, Thiers y su gobierno huyeron de la capital. El poder pasó primero al Comité Central de la Guardia Nacional, y diez días después fue transferido a una nueva Comuna elegida que representaba al pueblo revolucionario de París.

La Comuna fue una de las asambleas representativas más democráticas de la historia. Sus miembros, elegidos mediante sufragio universal masculino en cada distrito, estaban sometidos a una revocación inmediata por sus electores si se desviaban de su mandato, tenían responsabilidad personal por las decisiones colectivas, y su paga no era superior al salario medio de un obrero especializado. La Comuna reveló uno de los secretos de la historia: la forma que debía adoptar necesariamente un estado obrero.

Se trataba de un nuevo tipo de poder: no un estado represivo por encima de la sociedad, controlado por las clases dominantes y formado por cuerpos armados de policía y de soldados para reprimir

las protestas, sino un estado inserto en la propia sociedad, donde tanto las instituciones elegidas como la milicia armada eran expresiones de la democracia participativa de las masas desde abajo.

Poco después de su aplastamiento, Marx escribió al respecto, en el «Manifiesto del Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores»:

> El régimen comunal habría devuelto al organismo social todas las fuerzas que hasta entonces venía absorbiendo el estado parásito, que se nutre a expensas de la sociedad y entorpece su libre movimiento [...] La Comuna era, esencialmente, un gobierno de la clase obrera, fruto de la lucha de la clase productora contra la clase apropiadora, la forma política al fin descubierta que permitía realizar la emancipación económica del trabajo.

La Comuna no era perfecta: no dio derecho de voto a las mujeres, a pesar de que su papel en la contienda fue muy importante desde el principio hasta el final. Las mujeres habían encabezado la primera manifestación de la revolución el 18 de marzo, y las desafiantes palabras de la activista revolucionaria Louise Michel ante el tribunal tras la derrota de la Comuna pueden entenderse como su canto del cisne: «No me defenderé a mí misma ni nadie me defenderá. Pertenezco por entero a la revolución social. Si me dejáis vivir, no dejaré de reclamar venganza». El programa o la estrategia de la Comuna tampoco eran suficientemente audaces: en lugar de pasar a la ofensiva política y militar para llevar la revolución fuera de París, dio tiempo a la contrarrevolución para recuperarse y reunir sus fuerzas.

El 21 de mayo las tropas de Thiers entraron en la ciudad y durante la semana siguiente combatieron casa por casa para reconquistarla. La caída de los bastiones orientales del París revolucionario el 28 de mayo fue seguida por un frenesí asesino. Casi dos mil personas fueron fusiladas los dos primeros días, muchas de ellas sumariamente ejecutadas tras «juicios» en la calle que no duraban más de 30 segundos, simplemente porque eran pobres. En total fueron asesinadas entre 20.000 y 30.000 personas y otras 40.000 encarceladas en espera de juicio. La nueva

Asamblea Nacional decidió, en conmemoración de aquella «semana sangrienta» y como «expiación por los crímenes de los *communards*» y símbolo del nuevo Orden Moral, la edificación de la basílica del Sagrado Corazón en lo alto de la colina de Montmartre.

La Comuna de París abrió un nuevo capítulo de la historia mundial. La lucha entre la violencia capitalista y la revolución proletaria, entre la barbarie y el socialismo, data de 1871.

La Larga Depresión, 1873-1896

Entre 1848 y 1873 la economía europea experimentó un *boom* económico sin precedentes. Las exportaciones de productos británicos de algodón aumentaron durante la década 1850-60 en la misma proporción que durante las tres décadas anteriores. Las exportaciones de hierro belgas se duplicaron entre 1851 y 1857. En total el comercio mundial, que apenas se había duplicado entre 1800 y 1840, aumentó en más del 250 por 100 entre 1850 y 1870. Europa solo tenía 23.335 km de vías férreas en 1850, pero en 1870 eran 102.000. El tonelaje transportado en los buques de vapor británicos se multiplicó por 16 entre 1850 y 1880, mientras que el del resto del mundo se cuadruplicó.

Todos los índices se movían al alza. Tras la depresión comercial y la agitación revolucionaria de la década de 1840 parecía haberse iniciado una nueva época de confianza, crecimiento y oportunidades sin límite. Eric Hobsbawm ha llamado al periodo 1848-75 «la era del capital». El *crash*, cuando llegó, fue igualmente tremendo. En mayo de 1873 la Bolsa de Viena se vino abajo dando lugar a una serie de quiebras bancarias mientras la oferta de dinero se contraía. El pánico se extendió rápidamente. En Alemania fue el colapso del imperio ferroviario de Bethel Henry Strousberg el que hizo estallar la burbuja especulativa; durante los cuatro años siguientes las acciones de las empresas alemanas perdieron el 60 por 100 de su valor.

En septiembre de 1873 un importante banco estadounidense con grandes inversiones en los ferrocarriles, Jay Cooke & Company, fue también a la quiebra, desencadenando un pánico que tumbó 98 bancos, 89 compañías ferroviarias y otros 18.000 negocios. En 1876 uno de cada siete estadounidenses estaba desempleado.

¿Qué había sucedido? A esa pregunta se puede responder a dos niveles. La cuestión inmediata era que las economías en expansión de Europa y América rebosaban capital excedente, que se había dirigido hacia inversiones especulativas desencadenando una inflación en los precios de los activos en la que había desempeñado un notable papel la política.

La victoria de Bismarck en la guerra franco-prusiana, la creación del estado alemán unificado y las reparaciones de guerra de Francia habían estimulado un *boom* especulativo de «hazte-rico-cuanto-antes» en Alemania. La victoria de la Unión en la guerra civil estadounidense y el respaldo del gobierno al capitalismo durante la época de la Reconstrucción de 1865-77 tuvieron un efecto comparable en Estados Unidos. Tanto en Europa como en Estados Unidos, la unificación política y el *boom* ferroviario contribuyeron al frenesí del mercado.

Pero había factores más profundos que iban a convertir el *crash* financiero en una prolongada depresión. El capitalismo carece de planificación. Durante un *boom* los capitalistas se apresuran a invertir en empresas rentables, pero si demasiados optan por el mismo sector, el resultado es un exceso de capacidad y una oleada de quiebras cuando no pueden vender sus bienes y servicios.

Lo que desestabiliza además la expansión es la limitada capacidad de compra de la clase obrera. Dado que los capitalistas pretenden minimizar los salarios y maximizar los beneficios, los obreros carecen de ingresos suficientes para comprar todos los bienes y servicios que produce su trabajo. La sobreproducción y el subconsumo son características gemelas de toda crisis capitalista. Las burbujas y pinchazos de los mercados financieros siempre tienen lugar en el contexto de una disfunción más profunda de la totalidad del sistema económico.

Los beneficios y los precios se desplomaron a partir de 1873. En un mundo de muchas empresas pequeñas y de mediano tamaño, la intensificación de la competencia en mercados que se contraían llevó a drásticas reducciones de los precios y márgenes de beneficio. La Larga Depresión de 1873-96 se caracterizó por la deflación y no por la inflación. Comparando los años 1850-73 con el periodo 1873-90, las tasas de crecimiento cayeron abruptamente: del 4,3 al 2,9 por 100 en Alemania, del 6,2 al 4,7 por 100 en Estados Unidos y del 3,0 al 1,7 por 100 en Gran Bretaña. Esto significa que la Larga Depresión, a diferencia de la Gran Depresión de la década de 1930, fue relativamente lenta y leve. Muchas empresas prosperaron y muchos trabajadores disfrutaban de un nivel de vida

creciente, en parte porque los salarios no cayeron en la misma proporción que los precios. Nuevos sectores industriales, como el químico y eléctrico, crecieron notablemente. Nuevos centros de acumulación de capital se pusieron por delante de los antiguos «talleres del mundo». Pero los precios agrícolas permanecieron deprimidos durante una generación y el desempleo masivo se hizo endémico. El capitalismo mundial se estancó en lo que el economista liberal John Maynard Keynes iba a llamar más tarde «un equilibrio del subempleo». Resultó que el sistema no siempre crecía. El mercado no se autocorregía. Su «mano invisible» podía dar lugar tanto a un largo estancamiento como a una larga expansión.

Engels, ponderando la situación en 1886, concluía que el mundo estaba «hundido en una depresión permanente y crónica», cuya característica más notable eran las tribulaciones de los desempleados: «cada invierno se nos plantea de nuevo la gran pregunta: “¿qué hacer con los desempleados?”; pero aunque su número sigue aumentando un año tras otro, nadie parece capaz de responder a esa pregunta; y casi podemos prever el momento en que los parados, perdiendo la paciencia, tomarán en sus propias manos su destino».

¿Cómo respondió la burguesía a esa primera gran crisis del sistema capitalista? Podemos distinguir tres tendencias: primera, una rápida centralización y concentración de capital; las empresas pequeñas y medianas fueron a la quiebra y los mercados quedaron en manos de corporaciones gigantes que se organizaron en trusts o cárteles como forma de gestionar la competencia y de proteger sus precios y beneficios. Los gigantes industriales dependían en gran medida de los contratos gubernamentales y los créditos bancarios, con lo que se creó un estrecho vínculo entre el estado, el capital financiero y el capital industrial. El «capitalismo clásico» estaba dando paso a lo que los comentaristas marxistas de la época llamaron «capitalismo monopolista», «capitalismo de estado», o «capitalismo financiero»; de hecho era las tres cosas a la vez. El proceso estaba más avanzado en Alemania y Estados Unidos, los dos países que ahora competían con Gran Bretaña para convertirse en la principal superpotencia económica del mundo.

Un rasgo clave del nuevo capitalismo era el proteccionismo. Solo Gran Bretaña seguía comprometida con el libre comercio. Los aranceles medios cargados a las importaciones del extranjero en 1914 eran del 13 por 100 en Alemania, del 18 por 100 en Austria-Hungría, del 20 por 100 en Francia, del 38 por 100 en Rusia y del 30 por 100 en Estados Unidos (después de un pasmoso máximo del 57 por 100 en 1897).

La segunda tendencia era el colonialismo. Las grandes potencias en busca de materias primas baratas, mercados cautivos y nuevas oportunidades de inversión, se dirigieron en buena medida al mundo «subdesarrollado» convirtiéndolo en un campo de batalla geopolítico. Estallaron rivalidades coloniales en el Lejano Oriente, Asia central, Oriente Medio, África y los Balcanes. En 1876 solo el 10 por 100 de África estaba bajo dominio europeo, pero en 1900 más del 90 por 100 del territorio había sido colonizado.

Los ferrocarriles volvieron a situarse en primer plano. Con el mercado atascado en Europa, se construyeron nuevas vías férreas en todo el globo. La de Berlín a Bagdad, destinada a enlazar Alemania, Austria-Hungría, los Balcanes y el imperio otomano, es un ejemplo famoso. Era un desafío directo a los intereses británicos y franceses en Oriente Medio, cuyo peso económico crecía rápidamente.

El proteccionismo y el colonialismo eran competitivos, lo que explica la tercera consecuencia de la Larga Depresión: una creciente tensión entre las grandes potencias y un creciente gasto en armas, que tuvieron de por sí un gran efecto económico y se convirtieron en parte del nexo de poder reconfigurado en los principales países capitalistas: gobiernos, generales y fabricantes de armas se unieron en lo que más tarde se llamaría el «complejo militar-industrial». El gasto militar británico, por ejemplo, que había permanecido estable durante las décadas de 1870 y 1880, aumentó espectacularmente de 32 millones de libras en 1887 a 77 millones en 1914. Los gobernantes británicos respondían así a la carrera de armamentos europea, y en particular al desafío de la creciente armada alemana. El gasto naval alemán aumentó de 90 millones de marcos a mediados de la década de 1890 a 400 millones en 1914;

para mantener su ventaja sobre la flota alemana, que creció de siete navíos de guerra a 29, la británica aumentó de 29 en 1899 a 49 en 1914.

La Larga Depresión acabó, como lo haría más tarde la Gran Depresión, gracias al gasto militar. Los contratos de armamento del estado convirtieron empresas como Armstrong-Whitworth en Gran Bretaña en corporaciones gigantes. La empresa llegó a dominar absolutamente Tyneside, en torno a Newcastle, donde acabó empleando el 40 por 100 de los obreros industriales; su efecto multiplicador fue enorme: unas mil quinientas pequeñas empresas trabajaban como subcontratantes directos de Armstrong-Whitworth, y varios miles más suministraban los bienes y servicios requeridos por una creciente ciudad industrial con 200.000 habitantes.

La Larga Depresión creó una nueva forma de capitalismo imperialista, con el que comenzó la cuenta atrás hacia la Primera Guerra Mundial.

11

IMPERIALISMO Y GUERRA
1873-1918



La guerra moderna industrializada: soldados franceses manejan un lanzagranadas en las trincheras de la Primera Guerra Mundial.

Entre 1800 y 1875 el capitalismo mercantil se transformó en capitalismo industrial. La competencia entre capitalistas y entre estados-nación impulsó un proceso de crecimiento exponencial y de globalización que transformó las economías, las estructuras sociales y los sistemas políticos.

Pero nada de eso sucedió suavemente. El desarrollo capitalista carecía de planificación y era contradictorio, y a medida que el sistema se expandía, la escala y el impacto de sus crisis periódicas aumentaba. El mercado capitalista global, aunque creado por el trabajo humano, se convirtió en un mecanismo monstruoso con vida propia, que sin someterse a su control dominaba toda la actividad humana. Se demostró que el sistema no se autorregulaba —como habían asegurado las fantasías de la economía clásica— ni se sometía a la regulación humana; la lógica de la acumulación competitiva de capital se imponía como una ley de hierro sobre políticos, banqueros e industriales. Cada gran crisis del sistema conducía así a una alternativa simple entre la lógica del capital y las necesidades de la humanidad; entre la competencia implacable y la alimentación de los hambrientos; entre la guerra imperialista y la solidaridad internacional.

En este capítulo analizaremos cómo un sistema profundamente patológico dio lugar entre 1875 y 1918 al imperialismo, al gasto exponencial en armamento y a la guerra mundial, y el grado en que los movimientos masivos de resistencia hicieron frente a ese sistema durante aquel periodo, planteando una alternativa revolucionaria.

El 2 de septiembre de 1898 un ejército británico de 20.000 hombres se enfrentó con un ejército sudanés de 50.000 en Omdurman, cerca de Jartum, en el corazón de uno de los pocos estados todavía independientes de África.

Sudán era un país inclemente con zonas de desierto abrasador y bosques tropicales infestados de enfermedades. Esa era la opinión de los propios sudaneses, que decían: «cuando Alá creó el Sudán, se echó a reír». La vida era difícil en una tierra tan desapacible, pero los británicos habían decidido arrebatársela a la gente que vivía allí.

Los sudaneses, repartidos en unas seiscientas tribus, que hablaban un centenar de lenguas distintas y con una docena acaso de modos de vida diversos, hacía muy poco que se habían unido en una única entidad política, y lo que provocó esto a finales del siglo XIX, de una forma excepcionalmente violenta, fue el impacto del imperialismo.

La conquista turco-egipcia del Sudán había comenzado en la década de 1820 y seguía todavía en marcha sesenta años después. La ocupación era explotadora y opresiva. La recaudación de impuestos en las aldeas era una operación paramilitar, llevada a cabo con ayuda del *kourbash* (un látigo de cuero de rinoceronte). Entre los funcionarios reinaba la corrupción, de forma que a los impuestos se sumaban los sobornos y gratificaciones. A la dureza y pobreza del paisaje se añadía por tanto la amarga experiencia del matonismo de sicarios extranjeros. Pero entre 1881 y 1884 esto había dado lugar a una poderosa oleada de resistencia que expulsó a los extranjeros de Sudán y forjó un estado islámico independiente.

La resistencia recurrió al islam porque era la única religión que ofrecía un marco de liderazgo, activistas, organización e ideología capaz de superar la diversidad y fragmentación de Sudán; y como se forjó en una lucha contra el imperialismo, aquel estado era no solo islámico, sino también autoritario y militarizado.

En aquellos mismos años, concretamente en 1882, los egipcios habían hecho su propia revolución contra un régimen títere de Su Graciosa Majestad en El Cairo, pero había sido aplastada y los

británicos habían sustituido a los turcos como gobernantes reales de Egipto. Pero sus esfuerzos inmediatos por reconquistar Sudán habían fracasado, dejando al nuevo estado islámico el control pleno de su territorio desde 1885. Aquellos primeros esfuerzos de reconquista se habían efectuado en realidad sin demasiado entusiasmo: Sudán era un territorio desértico, difícil de controlar y de poco valor, y al gobierno británico le había faltado voluntad para combatir por él.

Pero durante la década siguiente las cosas cambiaron notablemente. Hasta 1876 la mayor parte de África había sido un «continente negro» desconocido para los europeos, cuya influencia se limitaba en gran medida a los puestos comerciales en la costa o cerca de ella, que databan en su mayoría del siglo XVII y reflejaban el carácter predominantemente mercantil del capitalismo europeo de la época. El resto de África seguía siendo un mosaico de entidades con muy diversos niveles de desarrollo. Egipto había estado gobernado durante gran parte del siglo XIX por regímenes nacionalistas modernizadores, pero el resto de África del Norte lo estaba por potentados islámicos tradicionales sometidos en cierta medida al imperio otomano. El reino de Abisinia (Etiopía) era un altiplano de tierras altas sin salida al mar con una antigua cultura cristiana. Había también reinos tribales guerreros, como el de los ashanti en África occidental y el de los zulúes en Sudáfrica, pero la mayor parte del resto del África subsahariana se parecía a Sudán, predominando pequeñas entidades tribales. La excepción más importante era Sudáfrica, donde los británicos gobernaban Natal y la colonia de El Cabo, mientras que los bóers (o afrikáners) —colonos blancos de origen neerlandés— controlaban el Transvaal y el Estado Libre de Orange en el interior.

El imperialismo británico, francés, belga, portugués, español, alemán e italiano trasformó completamente esa geografía política de África en las décadas posteriores a 1876. A mediados del siglo XIX la difusión del capitalismo industrial en gran parte de Europa había generado una demanda rápidamente creciente de materias primas, nuevos mercados y oportunidades de inversión para el capital excedente. El *crash* financiero de 1873 y el estancamiento global

que le siguió habían intensificado la competencia entre los capitalistas europeos. Como consecuencia, entre 1876 y 1914 prácticamente la totalidad de África se dividió en colonias de las potencias europeas, en lo que se conoció desde entonces como «la rebatiña por África».

En África había oro, diamantes, cobre, estaño, caucho, algodón, aceite de palma, cacao, té y muchas otras cosas aprovechables para las crecientes industrias y ciudades de Europa. Los habitantes del continente, incluido el creciente número de colonos blancos, suponían mercados para los productos europeos. Los proyectos de infraestructuras coloniales, tales como la construcción de vías férreas, enriquecían a los industriales y tenedores de bonos europeos.

Debido a esto, y también porque la tensión geopolítica entre las grandes potencias iba creciendo, el reparto de África se caracterizó por la competencia y la contienda, imprimiéndole una dinámica independiente del valor económico de cada territorio particular. Las grandes potencias se apoderaban de ellos, estableciendo colonias, para evitar que lo hicieran otras. Las utilizaban como barreras para bloquear la expansión de las potencias rivales y como plataformas para la proyección de poderío militar hacia sus «esferas de influencia», estableciendo alianzas para perjudicar a la que consideraban en cada momento más peligrosa.

Los franceses, que controlaban prácticamente la totalidad del Magreb (Marruecos, Argelia y Túnez) y África occidental, soñaban con un imperio que se extendiera por todo el continente desde el Atlántico hasta el Océano Índico. Los británicos, en cambio, pensaban en un imperio de norte a sur, «desde El Cairo hasta El Cabo», que enlazara sus posesiones en Egipto, África oriental y Sudáfrica. Pero los alemanes se apoderaron de Tanzania y se pusieron en medio del camino de unos y otros.

El coste de todo aquello para los pueblos africanos fue inmenso. La resistencia fue aplastada mediante la artillería, las ametralladoras y matanzas sin cuento. Los territorios eran conquistados a cañonazos para crear haciendas rentables para los blancos. Los granjeros y pastores nativos se vieron obligados a convertirse en

trabajadores asalariados mediante una combinación de desposesión, traslados forzosos, impuestos y matonismo convencional.

Sir Frederick Lugard, alto comisionado británico para el protectorado de Nigeria septentrional, decidió la «aniquilación» como respuesta a una rebelión campesina en 1906. Alrededor de dos mil aldeanos africanos armados con hachas y azadas fueron masacrados por soldados con rifles de repetición. Los prisioneros fueron decapitados y sus cabezas clavadas en picas. Aquella aldea rebelde fue arrasada hasta los cimientos. El general Lothar von Trotha, comandante alemán, era, como Lugard, partidario explícito de la «aniquilación» como forma de tratar con los africanos rebeldes. Decenas de miles de miembros de los pueblos herero y nama murieron de hambre y sed cuando los alemanes los expulsaron al desierto de Namibia entre 1904 y 1907. En el Congo belga murieron entre 1885 y 1908 millones de personas, quizá hasta la mitad de la población, debido a la guerra, el hambre y las enfermedades, cuando todo el territorio se transformó en un vasto campo de trabajos forzados. A los trabajadores nativos que no satisfacían la cuota impuesta de recolección de caucho se les cortaban las manos.

Fue la intensificación de la rebatiña por África entre 1885 y 1895 la que llevó de nuevo a los británicos a Sudán. El ejemplo de un estado africano independiente era lamentable; pero era sobre todo la posibilidad de una intervención francesa en el patio trasero británico lo que hacía más urgente la cuestión.

El general Herbert Kitchener pasó dos años subiendo el Nilo, al tiempo que construía una vía férrea para mantener abastecido su ejército mientras avanzaba. Sus hombres estaban equipados con rifles modernos, ametralladoras y artillería, mientras que las armas de los sudaneses eran lanzas, alfanjes y mosquetes. La batalla de Omdurman fue una carnicería. El ejército de Kitchener sufrió 429 bajas, mientras que entre los sudaneses hubo 10.000 muertos, 13.000 heridos y 5.000 prisioneros. Los británicos dejaron que los sudaneses heridos murieran allí donde habían caído en el campo de batalla.

Entretanto, una pequeña expedición militar francesa había llegado a Fashoda, en el alto Nilo, al sur de Sudán. Kitchener se desplazó río arriba para hacerle frente y la amenazó con destruirla si no se retiraba, cosa que acabó haciendo.

El «incidente de Fashoda» manifestaba la creciente tensión imperial entre las grandes potencias, no solo en África, sino también en el Lejano Oriente, Asia central, Oriente Medio, los Balcanes, Europa central y el mar del Norte. El capitalismo había generado no solo un colonialismo depredador de minas y plantaciones vigiladas con ametralladoras, sino que estaba empujando a la humanidad hacia la Primera Guerra Mundial moderna, industrializada.

La violación de China

El 14 de agosto de 1900 una fuerza expedicionaria internacional de 19.000 hombres se hizo con el control de la capital imperial china de Beijing. Tropas británicas, francesas, alemanas, rusas, italianas, japonesas y estadounidenses participaron en una operación militar cuyo propósito era reprimir una sublevación nacionalista contra el colonialismo. La rebelión estaba encabezada por miembros de una organización secreta denominada Sociedad de los Puños Armoniosos, popularmente conocidos en inglés como *boxers*. Disfrutaba del apoyo tácito del gobierno imperial de la emperatriz viuda Qing Cixi. Los rebeldes y las tropas imperiales lucharon codo con codo contra los invasores.

La rebelión Yihétuán o «de los bóxers» (1899-1901) no fue ni el primer levantamiento, ni siquiera el más decidido, contra el colonialismo del siglo XIX en China. Se estima que la rebelión Taiping de 1850-64 costó la vida de entre 20 y 30 millones de personas, convirtiéndola en el conflicto más sangriento de la historia antes de la Segunda Guerra Mundial.

Los mercaderes europeos habían codiciado las riquezas de China desde los viajes de Marco Polo en el siglo XIII, pero China era conservadora y autosuficiente; no necesitaba nada de lo que los europeos le pudieran ofrecer. La Compañía Británica de las Indias Orientales resolvió este problema a principios del siglo XIX dedicando grandes zonas de India al cultivo de una mercancía que crea su propia demanda: el opio. En 1810 la compañía vendía 350 toneladas de opio al año en China. Cuando el gobierno imperial chino intentó interrumpir el tráfico, los británicos fueron a la guerra en nombre de la libertad de comercio. Las dos guerras del Opio de 1839-42 y 1856-60 emprendidas por el imperio británico lo fueron en beneficio de los barones de la droga asociados en la Compañía.

La historia china había sido una «puerta giratoria» en la que las dinastías imperiales eran ocasionalmente derrocadas por la rebelión o la conquista, pero las estructuras esenciales del estado y la sociedad permanecían en pie. Los últimos en atravesar esa puerta habían sido los manchúes en 1644, cuando derrocaron a la dinastía

Ming en desintegración. Los emperadores Qing, originalmente invasores bárbaros desde Manchuria, en el nordeste de China, se habían acomodado finalmente a la cultura mandarín dominante en el estado chino. Los mandarines eran los burócratas instruidos, bien pagados y ultraconservadores que controlaban todo el funcionariado del imperio, y gobernaban China aliados con los grandes terratenientes locales y los comerciantes de las ciudades.

A mediados del siglo XIX la corrupción y la opresión habían llegado de nuevo a un momento crítico y el campesinado estaba a punto de estallar, pero esta vez la puerta dejó de girar debido a la intervención de los imperialistas europeos.

Las dos guerras del Opio habían puesto de manifiesto el retraso militar crónico del estado chino aislado. En la primera guerra los británicos utilizaron una flotilla de cañoneras y una fuerza expedicionaria de soldados y marinos para apoderarse de Guangzhou, Shanghai y otros puertos chinos. A continuación ascendieron por el río Yangtsé y amenazaron Nanjing, obligando al gobierno imperial a pedir la paz. El Tratado de Nanjing exigía a China entregar Hong Kong, la apertura al comercio británico de cuatro puertos, incluidos los de Guangzhou y Shanghai, y una cuantiosa indemnización de guerra.

Pero eso no era bastante. La resistencia del estado chino a nuevas demandas británicas llevó a una segunda guerra tan solo quince años después. Esta vez Francia, Rusia y Estados Unidos se unieron a Gran Bretaña en la violación de la soberanía china. La guerra culminó con la captura de los fuertes de Taku en Tianjin y el avance por tierra hasta Beijing de 18.000 soldados británicos y franceses. La capital imperial fue conquistada y los palacios de verano del emperador saqueados e incendiados.

Una consecuencia de las guerras del Opio fue un gran incremento del muy rentable negocio de las drogas. A finales del siglo XIX el consumo chino de opio se había centuplicado y una cuarta parte de los varones adultos eran adictos. Otra consecuencia fue el control europeo de los puertos y del comercio chinos. En la costa se estableció una cadena de enclaves extranjeros o minicolonias («concesiones»). Funcionarios europeos tenían el

control de las aduanas chinas y los residentes europeos disfrutaban del derecho de extraterritorialidad (inmunidad frente a la jurisdicción china). Los misioneros europeos tenían derecho a buscar conversos en el momento y lugar que les apeteciera.

Las guerras del Opio y las concesiones extranjeras ponían de manifiesto la decadencia de la dinastía Qing reinante y del antiguo estado imperial, lo que a su vez contribuyó a desencadenar la rebelión campesina que venía fermentando desde hacía tiempo en las aldeas de la China rural.

El movimiento comenzó entre los campesinos, labradores e intelectuales disidentes empobrecidos del sur de China. Su líder principal era un maestro de escuela y místico cristiano llamado Hong Xiuchuan. Aseguraba que tenía una misión divina consistente en destruir a los diablos y establecer un «reino celestial» de «gran paz», que se caracterizaría por la división igualitaria de la tierra, la propiedad común de los bienes y la abolición de las distinciones sociales: un mensaje inspirador de liberación social que dio lugar, en las circunstancias del momento, a un poderoso movimiento de masas.

Pero la extrema pobreza de China en el siglo XIX pronto borró el idealismo igualitario de los primeros años. La escasez significaba que solo unos pocos podían vivir bien, y los líderes de la rebelión Taiping aprovecharon sus posiciones para asegurar que esos pocos fueran ellos mismos y sus seguidores más próximos. La rebelión Taiping fue en eso muy fiel a su modelo: las anteriores revueltas campesinas habían dado lugar rápidamente a nuevas dinastías imperiales tan opresivas como las anteriores. En la China tradicional no existían condiciones económicas para una auténtica emancipación social; sin embargo, el movimiento Taiping mantuvo un tremendo apoyo e impulso. Lo que salvó a la dinastía Qing fue la intervención del imperialismo extranjero contra los rebeldes. Un ejército reorganizado, financiado por los comerciantes chinos y equipado con armas europeas bajo el mando, primero de un oficial estadounidense y luego de uno británico, consiguió aplastar finalmente la sublevación.

El éxito del «Ejército Siempre Victorioso» tuvo un profundo efecto en la historia china. La rebelión Taiping había representado la posibilidad de revigorizar el estado imperial y volcarlo en la reforma y la modernización como respuesta a la amenaza planteada por el imperialismo. Su derrota bloqueó esa vía y mantuvo renqueando la dinastía Qing, una reliquia política sostenida por el imperialismo, aun cuando, como en 1860 y 1900, fue decisivamente derrotada quedando su capital bajo la ocupación extranjera. Los gobernantes imperiales y los ejércitos extranjeros se necesitaban mutuamente como apoyo contra las masas chinas, ya que China no era como África: podía ser violada, pero no desmembrada.

Los chinos no solo eran numerosos —alrededor quizá de 350 millones a mediados del siglo XIX—, sino también un pueblo unido lingüística, cultural e históricamente. Cualquier intento de conquistar China habría agotado rápidamente el poderío militar del invasor hasta un punto de ruptura. Cualquier intento habría estado condenado a la derrota final. Este fue de hecho el sino de la ocupación japonesa de 1931-45: los japoneses consiguieron mantener las regiones costeras, pero nunca pudieron dominar el vasto interior de China, y la incesante contienda militar requería el despliegue permanente de cientos de miles de soldados.

La combinación del dominio manchú y las concesiones extranjeras impidió de hecho el desarrollo independiente de China durante el siglo XIX y a principios del siglo XX. Mientras Europa, América del Norte y Japón progresaban, China retrocedía. Esta contradicción dio lugar a una prolongada sucesión de levantamientos revolucionarios entre 1911 y 1949. Solo entonces pudo salir China de su atolladero político y comenzó a materializarse su potencial económico.

¿QUÉ ES EL IMPERIALISMO?

Entre enero y julio de 1916 el líder exiliado del partido bolchevique ruso Vladimir Ilich Ulianov (Lenin), escribió un panfleto popular titulado *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. Escrito para un público de activistas obreros, su propósito era explicar el carácter del capitalismo de la época y la guerra imperialista que había comenzado en 1914.

Lenin no pretendía ser original. Su propósito era resumir y popularizar la obra de importantes teóricos del sistema global, entre ellos el geoeconomista británico John A. Hobson en *Imperialismo* (1902), el austromarxista Rudolf Hilferding en *El capital financiero* (1910), la marxista polaco-alemana Rosa Luxemburg en *La acumulación del capital* (1913) y el marxista ruso Nikolai Bujarin en *La economía mundial y el imperialismo* (1915).

Esos estudios eran intentos de entender lo que Eric Hobsbawm definió como «la era del imperio» (1875-1914). Equivalían a una puesta al día radical de la teoría marxista del capitalismo. Frente a la ominosa militarización de Europa que se iba a consumar en la Primera Guerra Mundial, esos pensadores desarrollaron nuevas teorías para explicar la extraordinaria virulencia del sistema.

El rápido ritmo del crecimiento económico y la escala colosal de la inversión industrial habían transformado, creían, el carácter del capitalismo. En tiempos de Marx el sistema estaba dominado por empresas pequeñas y de mediano tamaño que competían principalmente dentro de los marcos nacionales y en los mercados coloniales; pero como había observado el propio Marx en *El Capital*, era patente la tendencia hacia la «concentración y centralización del capital».

La acumulación de capital es competitiva, y las grandes corporaciones que pueden conseguir mayores economías de escala tienden a expulsar del negocio a sus rivales más pequeños. La producción se concentra en grandes fábricas, cuya propiedad queda centralizada en grandes corporaciones. Las crisis aceleran esos procesos: al intensificar la presión competitiva, llevan a la quiebra a las empresas más débiles y permiten a las más fuertes comprar sus

activos a precios reducidos y ampliar su cuota de mercado. Los principales centros de desarrollo de la acumulación de capital disfrutan de una ventaja particular porque pueden adoptar las últimas tecnologías cuando establecen nuevas industrias.

La Larga Depresión tuvo ese efecto. Gran parte del capitalismo de finales del siglo XIX quedó en manos de unas pocas firmas colosales en cada sector. Al mismo tiempo, el poderío económico se desplazaba de Gran Bretaña, con sus industrias tradicionales anticuadas, a Alemania y Estados Unidos, cuya producción había superado la británica con el cambio de siglo.

Lenin ofreció una definición sucinta del imperialismo, señalando cinco características:

1. La concentración de la producción y del capital se desarrolla hasta el punto de crear monopolios que desempeñan un papel decisivo en la vida económica.
2. La fusión del capital bancario con el capital industrial y la creación, sobre la base de ese «capital financiero», de una oligarquía financiera.
3. La exportación de capital, que diferenciándose de la exportación de mercancías, adquiere una importancia excepcional.
4. La formación de asociaciones monopolistas internacionales que se reparten el mercado mundial.
5. Se completa la división territorial del mundo entre las mayores potencias capitalistas

Tal como había hecho Marx en su análisis del capitalismo a mediados del siglo XIX, Lenin y sus contemporáneos localizaron las tendencias clave concentrándose en los sectores más avanzados del sistema. Su análisis señalaba la vía que seguía el capitalismo global como totalidad, pero eran Alemania y Estados Unidos los que lideraban esa vía.

El puro tamaño de los gigantes empresariales de principios del siglo XX era decisivo: eran lo bastante grandes como para controlar la economía nacional y dominar el estado. Las empresas principales

de cada sector formaban cárteles o trusts, repartiéndose el mercado y fijando el volumen de producción, los precios y los beneficios.

Dos únicas firmas, Siemens y AEG, controlaban prácticamente la totalidad de la industria eléctrica alemana. Dos grupos, cada uno de ellos formado por tres empresas, controlaban la industria química. Un estudio estimaba que en 1905 alrededor de 12.000 empresas alemanas estaban organizadas en 385 cárteles. Tal como decía Lenin, «los cárteles se han convertido en uno de los fundamentos de toda la vida económica [...]. La competencia se ha transformado en monopolio».

Como el acceso al crédito era y es una condición para las inversiones a gran escala, en consonancia con el capital monopolista se desarrolló el capital financiero. Los depósitos totales de los grandes bancos alemanes aumentaron un 40 por 100 en los cinco años transcurridos entre 1907-08 y 1912-13. El capital financiero, como el industrial, estaba cada vez más centralizado. A finales de 1913 los nueve mayores bancos de Berlín, junto con sus filiales, controlaban alrededor del 83 por 100 de todo el capital bancario alemán. El mayor de ellos, el Deutsche Bank, controlaba por sí solo el 23 por 100.

La industria y los bancos eran ahora interdependientes. Tal como escribió Hilferding, «una proporción cada vez mayor del capital industrial deja de pertenecer a los industriales que lo emplean. Solo lo pueden usufructuar mediante los bancos, que representan en relación con ellos a los propietarios del capital. Por otro lado, los bancos están obligados a invertir una parte cada vez mayor de sus fondos en la industria». Así, mediante diversas formas de crédito —concesión de préstamos y compra de acciones y bonos— los bancos se convirtieron en propietarios y organizadores de la industria. «El capital financiero —concluía Hilferding— es el controlado por los bancos y empleado por los industriales.»

El poder de los cárteles industriales y de las asociaciones bancarias transformó el papel del estado, que a excepción de en Gran Bretaña —antes de la Primera Guerra Mundial— desempeñaba un papel directo en la acumulación de capital. En Alemania, por ejemplo, la única institución corporativa cuya

capitalización podía igualarse a la del Deutsche Bank —privado— era la de la Administración Ferroviaria Estatal Prusiana, de propiedad pública.

La inversión en ferrocarriles —que era de por sí una necesidad estratégica— se combinaba con el gasto en armamento para convertir al estado en el mayor cliente para la producción de la industria pesada. El gasto del gobierno alemán en el ejército y la armada se decuplicó entre 1870 y 1914. Los contratos de armas para el estado fueron casi totalmente responsables de la cuadruplicación de las fábricas del grupo Krupp en Essen durante los cuatro decenios anteriores a la Primera Guerra Mundial. El gobierno, además de invertir directamente y contratar encargos, también ofrecía protección frente a la competencia extranjera imponiendo aranceles a las importaciones, una política de «fastidiar al vecino» iniciada por Alemania en 1879 y seguida por todas las grandes potencias excepto Gran Bretaña.

A principios del siglo XX el desarrollo del capitalismo mundial se había hecho muy contradictorio. Por un lado, había globalización: rápido crecimiento económico, dominio de empresas gigantescas, búsqueda incesante de nuevos mercados y expansión continua del comercio internacional; por otro, había nacionalismo económico, expresado en la amalgama de cárteles industriales, uniones bancarias y estados militares en bloques nacional-capitalistas enfrentados.

Era el alemán, el más dinámico de esos bloques, el que experimentaba contradicciones más agudas. A medida que seguía ampliándose el volumen de capital alemán en busca de mercados, traspasaba los límites del territorio nacional existente, pero topaba entonces con diversas barreras: aranceles protectores, mercados coloniales cerrados y competencia de los capitalistas extranjeros. Ahí estaba la raíz más profunda de la Primera Guerra Mundial. El capitalismo financiero —el crecimiento de gigantescos monopolios y la fusión del capital industrial, bancario y estatal— había creado un mundo peligroso de nacionalismos en competencia.

Bujarin explicaba:

Cuando la competencia ha llegado al paroxismo, convirtiéndose en competencia entre trusts capitalistas nacionales, entonces el uso del poder estatal y de las posibilidades que de él se desprenden comienzan a desempeñar un papel preponderante [...] Cuanto más complicada y grave es la situación en la esfera mundial —y nuestra época se caracteriza precisamente por una tensión extrema de la competencia entre los grupos «nacionales» del capital financiero—, más frecuente es el recurso al puño de hierro del poder estatal.

La revolución de 1905: el gran ensayo general en Rusia

El 9 de enero de 1905 una enorme manifestación de quizá 200.000 personas se reunió ante el Palacio de Invierno del zar Nicolás II en San Petersburgo. Los obreros, dirigidos por el pope Gapón, llegaron vistiendo sus trajes dominicales, con sus familias, cantando himnos y llevando retratos del zar. Habían acudido a pedir a su «padrecito» la solución a sus aflicciones.

Frente al palacio se amontonaba un apretado gentío cuando de repente los cosacos que lo guardaban dispararon contra hombres, mujeres y niños y cargaron a caballo contra ellos, mientras la multitud aterrorizada huía por las calles circundantes. Probablemente murieron más de un millar de personas en aquel Domingo Sangriento. Al día siguiente 125.000 obreros de San Petersburgo se declararon en huelga como protesta por la masacre. Había comenzado la revolución rusa de 1905.

A partir de aquel momento se desarrolló, con altibajos, un gigantesco movimiento de huelgas y manifestaciones de masas, insurrecciones campesinas y motines militares. La revolución alcanzó su clímax aquel otoño, tras las catastróficas derrotas en el Lejano Oriente, donde el estado zarista había emprendido una guerra imperialista contra Japón por el control de Corea y Manchuria. Durante 50 días, desde mediados de octubre hasta primeros de diciembre, la capital fue prácticamente gobernada por el soviet de diputados obreros de San Petersburgo, una asamblea democrática de masas que representaba a 200.000 obreros. El estado policial se vio desbordado por una huelga general en San Petersburgo en octubre, otra en noviembre, y a continuación una insurrección armada en Moscú a primeros de diciembre.

Pero aquella movilización no fue suficiente, y al final los trabajadores retrocedieron exhaustos. El régimen contraatacó: 3.500 personas murieron en pogromos antisemitas organizados por la policía secreta y llevados a cabo por grupos paramilitares conocidos como las Centurias Negras, respaldados por el estado; el soviet de San Petersburgo fue disuelto y sus dirigentes detenidos; los

suburbios obreros de Moscú fueron bombardeados y muchos prisioneros fusilados a sangre fría.

A partir de entonces pequeños grupos de exiliados revolucionarios, muy disminuidos y dispersos, debatieron sobre lo que había ido mal. Quien mejor captó la dinámica interna de la turbulencia revolucionaria rusa fue el hombre que encarnaba más que ningún otro su espíritu vivo: el intelectual judío de 26 años Liev Davídovich Bronstein (León Trotski), dirigente del efímero soviet de San Petersburgo.

La «teoría de la revolución permanente» de Trotski —que más tarde se demostró correcta en los acontecimientos de 1917— resolvía el desafío que afrontaba la historia rusa: ¿Qué forma debía adoptar la revolución para alcanzar el triunfo?

Durante todo el siglo XIX los intelectuales radicales rusos habían combatido el zarismo, dictadura de un autócrata medieval, casi enteramente solos, discutiendo infinitamente y buscando siempre sin encontrarla una vía para llegar a las masas. Los intelectuales se consideraban «la voz del pueblo», pero su voz no pasaba de ser un eco descarnado.

La perspectiva de la mayoría de los *naródniki* (populistas) revolucionarios era una revolución campesina para derrocar al zar, los aristócratas terratenientes y los popes, y una utopía post-revolucionaria basada en las aldeas, granjas libres y producción local. Algunos populistas «iban al pueblo», viajando al campo y agitando en las aldeas la llama de la revolución. Otros creían en «la propaganda de los hechos», esperando detonar la revolución con actos de terrorismo como los asesinatos de grandes personajes. Los populistas, en resumen, intentaban derribar el zarismo con discursos y bombas, pero todo lo que consiguieron fue un estado policial que los destruyó. Las masas campesinas que pretendían azuzar permanecían aletargadas.

La vida campesina transcurría inmersa en la rutina agrícola y el aislamiento social. El límite de la ambición de un campesino era liberar su tierra de cargas y convertirse en un granjero independiente próspero. Los campesinos rusos eran, como Marx había descrito en una ocasión a los franceses, como «un saco de

patatas»; no un colectivo *per se*, sino una masa de individuos vinculados entre sí como clase por la esperanza de una pequeña propiedad.

La sublevación campesina era una condición necesaria para que tuviera éxito la revolución. Sin ella el ejército, formado abrumadoramente por reclutas campesinos, permanecería leal al zar y dispararía contra los revolucionarios. Pero tampoco era una condición suficiente, ya que los campesinos, una amalgama de pequeños propietarios dispersos, difícilmente podrían crear un partido propio y una dirección revolucionaria, que solo les podía llegar desde el exterior, esto es, desde las ciudades. Pero ¿qué clase urbana les proporcionaría esa dirección? Los intelectuales carecían de peso social, por lo que tendría que ser la burguesía o el proletariado.

Casi todos los socialdemócratas (que era como se denominaban en Rusia en aquella época los socialistas) creían que el atraso de Rusia significaba que solo era posible una revolución burguesa. Rechazaban como fantasía utópica la idea populista de que la aldea campesina pudiera transformarse por las buenas en una comuna agrícola. Los mencheviques («minoritarios», ya que así resultaron en una conferencia mantenida por los socialdemócratas rusos en Londres en 1903) argumentaban que la burguesía liberal encabezaría la lucha y que la tarea de los socialdemócratas era por tanto apoyarla, evitando cualquier «exceso» o «extremismo» que pudiera fracturar esa alianza de clases. Los bolcheviques («mayoritarios») insistían en que la burguesía rusa era demasiado pequeña y débil, demasiado dependiente del zarismo y del capital extranjero, y que como clase de grandes propietarios estaba demasiado aterrorizada por la perspectiva de un levantamiento revolucionario como para proporcionar el liderazgo necesario. La revolución, por consiguiente, aunque necesariamente «burguesa» en cuanto a su resultado histórico inmediato, tendría que ser dirigida por el proletariado en alianza con el campesinado.

Lenin, el principal dirigente de los bolcheviques, tenía razón en cuanto a la pusilanimidad de la burguesía. En 1905, a la primer descarga de fusilería, los liberales habían huido en busca de refugio,

dejando que fueran los obreros los que hicieran frente a las fuerzas represivas.

Pero Trotski veía más lejos en los acontecimientos de 1905: solo el proletariado tenía capacidad para dirigir la revolución. Solo las huelgas de masas y las manifestaciones insurreccionales en las ciudades podían detonar la rebelión campesina; y solo entonces se amotinaría el ejército y se desintegraría el estado. Pero entonces, para completar y consolidar la victoria de la democracia —para evitar que las fuerzas de la reacción se reagruparan y aplastaran la revolución— el proletariado tendría que establecer un estado obrero; y cualquier estado de ese género, basado en el proletariado, no podría ser otra cosa que un órgano de los intereses proletarios que defendiera el control obrero de las fábricas, las tomas de tierra por los campesinos y la desposesión de los ricos. Cualquier otra cosa, argumentaba Trotski, comprometería la victoria, dejando la propiedad y el poder en manos de las clases enemigas y desmoralizando a los obreros y campesinos de los que dependía la revolución.

Así pues, frente a la formulación leninista de la «dictadura democrática del proletariado y el campesinado» para llevar a cabo la «revolución burguesa», Trotski contraponía «la dictadura del proletariado» y una «revolución permanente» en la que la democratización de Rusia desencadenaría una lucha por la revolución socialista mundial.

La perspectiva presentada por Trotski era extraordinaria: Rusia era el más atrasado de los grandes países europeos; las ciudades eran escasas y con pocas comunicaciones entre sí en las vastas extensiones del territorio ruso. La mayoría de sus 150 millones de habitantes eran campesinos, generalmente muy pobres debido al suelo, el riguroso clima y las técnicas primitivas de cultivo. Alrededor de 25 millones eran jornaleros sin tierras arrendadas (contando sus familias), pero la mayoría de estos vivían en pueblos pequeños. El auténtico proletariado urbano comprendía alrededor de 3,5 millones de obreros empleados en fábricas y minas, de los que solo unos 2 millones estaban empleados en instalaciones lo bastante grandes como para quedar sometidas a la inspección gubernamental.

Pero ese pequeño proletariado estaba muy concentrado y estratégicamente situado en el corazón del poder económico y político zarista. La rápida industrialización patrocinada por el estado había forjado esa clase en el escaso lapso de una generación. En una era de ferrocarriles, obuses y ametralladoras, Rusia necesitaba minas de carbón, acerías y grandes plantas industriales si quería seguir siendo una gran potencia. Ese imperativo geopolítico había propiciado la acción del estado para crear una industria moderna.

La inversión gubernamental, financiada con altos impuestos y préstamos extranjeros, y protegida mediante aranceles aduaneros, mantenía una notable tasa de crecimiento del 8 por 100 anual, y las nuevas industrias eran del tipo más avanzado. Las grandes empresas con mil o más trabajadores empleaban solo al 18 por 100 de los trabajadores en Estados Unidos, pero más del 41 por 100 en Rusia. Además, dos tercios del proletariado ruso, estaban concentrados en solo tres regiones: San Petersburgo, Moscú y Ucrania.

El zarismo había creado a sus propios sepultureros. En 1905 los obreros no habían conseguido enterrar a la bestia, pero en 1917 sería diferente.

EL IMPERIO OTOMANO Y LA REVOLUCIÓN DE LOS «JÓVENES TURCOS» EN 1908

Las revoluciones son contagiosas, y la de Rusia en 1905 no fue una excepción. Desencadenó una oleada de revoluciones, en particular en Persia (1906), Turquía (1908), México (1910), y China (1911). La turca inició un proceso que iba a transformar el Próximo Oriente durante las dos décadas siguientes.

En 1908 la región estaba dominada por el imperio otomano, que gobernaba Turquía, Siria, Iraq y Arabia occidental; creado en Anatolia (Turquía) en el siglo XIV por un señor de la guerra turco de nombre Uzmán, se había consolidado durante dos siglos de conquista imperial culminada en la primera mitad del siglo XVI. En 1453 el ejército otomano había conquistado la vieja capital bizantina, Constantinopla, irrumpiendo a partir de entonces en los Balcanes y en Europa central, llegando hasta las puertas de Viena; hacia el este su imperio dominaba la costa meridional del mar Caspio y el golfo Pérsico, y hacia el sur y el oeste ambas riberas del mar Rojo, que se convirtió en un lago otomano, y toda la costa del norte de África, haciendo de Egipto, Libia, Túnez y Argelia provincias otomanas.

El imperio estaba gobernado por un sultán absolutista y un gran aparato de soldados y funcionarios. Su ejército, equipado con modernos cañones y mosquetes, comprendía tanto soldados profesionales pagados como terratenientes a los que se exigía realizar un servicio militar a cambio de conservar sus posesiones.

La sociedad civil otomana —terratenientes y campesinos en el campo, comerciantes y artesanos en las ciudades— estaba dividida con propósitos administrativos en «milletes» etno-religiosos controlados por dirigentes comunales conservadores. La principal preocupación interna del estado otomano era mantener el orden y recaudar impuestos. La sociedad civil solo existía en beneficio del estado imperial. La economía estaba al servicio de la política. El libre desarrollo de las fuerzas económicas y sociales estaba bloqueado por elites militar-burocráticas, feudales y tribales decididas a defender sus poderes y privilegios tradicionales. Debido

a esto, durante el siglo XVIII el poder geopolítico en la región pasó del estancado imperio otomano a sus rivales europeos más dinámicos.

Al irse desmoronando el poder central, se hizo evidente la debilidad intrínseca del imperio, su falta de coherencia geográfica nacional. A principios del siglo XIX el comandante de las tropas albanesas enviadas por la Sublime Puerta para restaurar el orden tras la invasión francesa de Egipto, Mehmet (Muhammad) Ali, se autoproclamó jedive, independizando de hecho Egipto y Sudán del dominio otomano y fundando una dinastía que se iba a mantener en el poder hasta 1952. Grecia, por su parte, conquistó su independencia mediante una insurrección armada y una guerra contra el ejército de ocupación turco-egipcio (1821-30). El imperio otomano se convirtió en el «hombre enfermo de Europa», pero pese a la creciente amenaza de fragmentación, la clase dominante se opuso a la reforma y la modernización, ahogando los sucesivos intentos de emprender una «revolución burguesa desde arriba».

Lo que salvó de la descomposición al imperio otomano durante el siglo XIX fue la rivalidad entre las grandes potencias y el aflujo de créditos e inversiones extranjeras. Gran Bretaña y Francia apoyaron a los turcos en la guerra de Crimea (1853-56) como baluarte frente a la expansión rusa hacia el sur. A continuación los banqueros británicos y franceses concedieron créditos para financiar la construcción de vías férreas y la fabricación de armamento. A finales del siglo XIX la modernización había convertido al imperio otomano en una especie de semicolonia. El régimen del sultán Abdulhamid II (1876-1909) gastaba el 60 por 100 de los ingresos del estado en el ejército y la administración, y un 30 por 100 en el pago de intereses a los banqueros extranjeros.

En 1905-07 el pueblo armenio del nordeste de Turquía, inspirado por el ejemplo ruso, se alzó en rebelión contra nuevos impuestos y el reclutamiento militar. El régimen otomano fue incapaz de aplastar la rebelión. Los impuestos fueron anulados y se concedió una amnistía, pero ya era demasiado tarde y la rebelión se había extendido a otras regiones del imperio.

Entre los jóvenes oficiales que servían en los Balcanes se había formado una red clandestina de oposición, el Comité por la Unión y

el Progreso (*Ittihat ve Terakki Cemiyeti*, ITC); el centro de ese movimiento de «jóvenes turcos» estaba en Salónica (ahora Tesalónica en Grecia). El ITC era un partido de nacionalistas de clase media indignados por la debilidad y corrupción del régimen. Estaba decidido a imponer una constitución liberal y la reforma y modernización necesarias para mantener el estatus de gran potencia.

El 3 de julio de 1908 un comandante disidente del ejército emprendió una acción unilateral dando a conocer un manifiesto revolucionario. El 23 de julio el dirigente del ITC Enver Pashá, presionado a actuar, proclamó la restauración de la constitución otomana, otorgada en diciembre de 1876 para ser anulada tres meses después. La rebelión se extendió inmediatamente a la totalidad de los ejércitos otomanos en los Balcanes. El día después de la proclamación de Enver Pashá, el sultán Abdulhamid II anunció elecciones parlamentarias. Ante la rebelión del ejército, la dictadura había capitulado.

¿Se trataba de un golpe militar o de una revolución popular? Ambas cosas. La revolución estaba encabezada por oficiales del ejército. La disciplina militar había funcionado a la inversa: los reclutas de base no se amotinaron, sino que simplemente obedecieron las órdenes de sus oficiales para actuar contra el gobierno; pero en general estaban muy descontentos por el retraso en la paga y la corrupción endémica, y la revolución desencadenó una oleada de huelgas, registrándose 111 entre agosto y diciembre de 1908, lo que dio lugar a aumentos salariales de un 15 por 100 como media. La revolución también prosiguió en el campo, donde había comenzado como una rebelión campesina contra los impuestos y el servicio militar obligatorio. La habían iniciado los armenios, pero turcos y árabes se unieron pronto a ella.

Así pues, era una revolución popular dirigida por oficiales del ejército de clase media. ¿Por que cobró esa forma particular la revolución de los Jóvenes Turcos?

La industria estaba subdesarrollada y dependía del capital extranjero, por lo que tanto la burguesía como el proletariado eran excepcionalmente débiles. Fuera de las grandes ciudades la

sociedad otomana estaba geográficamente dispersa, socialmente fragmentada y culturalmente dividida. La clase media al servicio del estado, y en particular los oficiales del ejército, constituía el único grupo social con la cohesión, organización y visión necesarias para encabezar una revolución. El estado otomano era un estado militar, por lo que la revolución otomana tuvo un liderazgo militar. En un imperio tradicional en decadencia, amenazado por las fuerzas de la modernidad, se manifestó así una forma peculiar de revolución burguesa, combinación de la francesa (desde abajo) y la prusiana (desde arriba).

La dictadura se había desmoronado, pero el sultán seguía en su puesto. El ITC estaba a la cabeza de la revolución, pero excluido del poder estatal. Entre julio de 1908 y abril de 1909 el imperio otomano fue gobernado por un doble poder inestable, en el que el palacio y los cuarteles se disputaban la autoridad política.

A mediados de abril de 1909 estalló la crisis. Conservadores islamistas, con el apoyo tácito del sultán, organizaron manifestaciones de masas contra el nuevo gobierno reformista de Estambul, y paramilitares leales al régimen masacraron a 17.000 armenios en el distrito de Adana. El ITC tomó la iniciativa para aplastar lo que era, de hecho, un intento de contrarrevolución. El 22 de abril tropas llegadas de los Balcanes entraron en Estambul y restauraron la constitución. Una semana después ocuparon el palacio de Yildiz y obligaron al sultán Abdulhamid a abdicar.

La segunda revolución puso el poder del estado en manos de la dirección del ITC, pero las contradicciones acumuladas en el imperio otomano resultaron insolubles para el nuevo régimen. Los años 1909-14 constituyeron un periodo de crisis política continua.

La revolución había desencadenado poderosas fuerzas. El levantamiento proletario y campesino en la propia Turquía tenía que ser contenido para que el ITC pudiera construir un estado-nación capitalista moderno, y las aspiraciones nacionales de los pueblos sometidos del imperio —serbios, griegos, búlgaros, armenios y árabes— tenían que ser suprimidas.

La revolución se iba a ver transformada por la guerra. Turquía se vio inmersa en una sucesión de guerras entre 1911 y 1923, cuyo

efecto fue destruir el viejo imperio y crear una nueva República turca. Los otomanos perdieron el control de Libia en 1912 y el de Macedonia en 1913. Los dirigentes del ITC se volvieron cada vez más autoritarios y dependientes de los créditos y la experiencia extranjera para construir vías férreas y modernizar las fuerzas armadas. En enero de 1913 el gobierno constitucional fue derrocado por un golpe militar y sustituido por una dictadura de tres dirigentes del ITC. La creciente dependencia del capital y de los asesores militares alemanes condujo a principios de agosto de 1914 a una alianza militar secreta con Berlín.

Los dirigentes del ITC optaron ahora por un nacionalismo panturco que amenazaba a los pueblos sometidos del imperio, la mitad de los cuales no eran turcos, y los intereses rusos en Asia central, donde muchos turcos vivían bajo el dominio zarista. La intensificación de la opresión de las minorías nacionales quedó vinculada con las guerras en el Cáucaso y la transformación del imperio otomano en un puesto avanzado del imperialismo alemán.

La revolución de los Jóvenes Turcos en 1908-09 fue dirigida por un partido de clase media con propósitos nacionalistas burgueses. La revolución popular de obreros, campesinos, soldados y minorías nacionales fue reprimida. Los pueblos del antiguo imperio otomano iban a pagar un precio terrible por ello cuando sus dirigentes los llevaran al infierno de la guerra industrializada moderna en la Primera Guerra Mundial.

1914: CAÍDA EN LA BARBARIE

El 28 de junio de 1914 un estudiante nacionalista serbio, Gavrilo Princip, asesinó al archiduque Francisco Fernando, heredero del trono austro-húngaro, durante una visita de estado a Sarajevo, en Bosnia. Cinco semanas después Austria, Rusia, Alemania, Francia y Gran Bretaña estaban en guerra. Diez millones de personas iban a morir durante los cuatro años de carnicería industrializada que siguieron. ¿Qué había sucedido?

Los grandes acontecimientos tienen múltiples causas. Con mayor precisión, sucesos específicos desencadenan una serie de contradicciones relacionadas entre sí como un conjunto de muñecas rusas: la militar envuelve a la diplomática, la diplomática a la geopolítica y la geopolítica a la económica. Por eso el historiador A. J. P. Taylor pudo asegurar que la guerra mundial estalló en julio-agosto de 1914 debido a los horarios de los ferrocarriles. Se refería al hecho de que las potencias beligerantes creían que la guerra sería rápida y corta, y que la velocidad con que los ejércitos se podían movilizar y desplegar por ferrocarril determinaría el resultado; por eso, una vez que un país comenzaba a movilizarse, los otros tendrían que hacerlo igualmente.

Pero eso era solo el aspecto más inmediato —y menos importante— de la crisis. Y un error habitual entre los historiadores cuando tratan con acontecimientos complejos es apegarse a un solo aspecto. La ocurrencia de A. J. P. Taylor sobre los horarios de los ferrocarriles refleja el hecho de que las grandes guerras pueden estallar por pequeños motivos, aunque en realidad siempre tengan grandes causas. La teoría «de las casualidades» en la historia explica relativamente poco. La Primera Guerra Mundial era una guerra imperialista que llevaba décadas preparándose. Entremos en el análisis de las causas subyacentes.

Aunque la tensión en Europa era elevada, el atentado de Sarajevo no causó al principio gran alarma: parecía ser una cuestión exclusivamente austro-húngara. Austria-Hungría era un imperio dinástico en el corazón de Europa, gobernado por los Habsburgo de habla alemana. Entre sus 79 millones de habitantes había 12

millones de austríacos, 10 millones de húngaros, 6,6 millones de checos, 5 millones de polacos, 4 millones de ucranianos, 3,2 millones de croatas, 2,9 millones de rumanos, 2 millones de eslovacos, 2 millones de serbios, 1,3 millones de eslovenos y 700.000 italianos. Las clases dominantes austríacas y húngaras gobernaban conjuntamente el imperio. El provecto autócrata Habsburgo Francisco José era a la vez emperador de Austria y rey de Hungría.

El régimen Habsburgo estaba amenazado por la militancia de una pujante clase obrera y la creciente agitación nacionalista entre los pueblos sometidos, a las que respondía con una difícil combinación de represión y reformas. En 1914 el gobierno constitucional se había venido abajo y halcones como el general Conrad von Hötzendorf habían tomado el control. En su opinión, «solo una política agresiva [...] puede salvar a este estado de la destrucción». Había que aterrorizar a la oposición y reafirmar la autoridad del estado mediante una acción militar decisiva.

El blanco elegido era Serbia, un estado balcánico independiente que actuaba como ejemplo de resistencia para los serbios que vivían bajo el dominio austríaco. Hötzendorf presionó en favor de la guerra contra Serbia —«esa víbora»— 25 veces en el consejo supremo de estado entre 1906 y 1914. El asesinato de Sarajevo era la gran oportunidad para los halcones Habsburgo.

El 23 de julio el gobierno austríaco envió un ultimátum a Serbia, acusándola de complicidad en el asesinato del archiduque Francisco Fernando y amenazando con la guerra si no cooperaba plenamente en su investigación y en la represión de la agitación antiaustríaca en su territorio. Insatisfecho con la respuesta serbia, el 28 de julio el gobierno austríaco ordenó la movilización general para la guerra y disparó sus cañones contra Belgrado (al otro lado del Danubio). Aquellos fueron los primeros cañonazos de la Primera Guerra Mundial.

Serbia era aliada de Rusia. Los rusos y los austríacos eran rivales geopolíticos en los Balcanes. Rusia estaba también al borde de la revolución. Se habían levantado barricadas en el distrito de

Vyborg en San Petersburgo y los obreros batallaban en las calles contra los soldados zaristas.

El 30 de julio el zar ordenó la movilización de su ejército. Los halcones tenían el control en San Petersburgo, al igual que en Viena. Los ministros y generales de la línea dura argumentaban que era necesario defender los intereses rusos en los Balcanes y que la previsible oleada de nacionalismo cauterizaría el estado de ánimo revolucionario.

Pero la movilización rusa constituía una amenaza mortal para Alemania. La unificación nacional y la rápida industrialización la habían convertido en la mayor potencia de Europa, propiciando asimismo una alianza hostil: la Triple Entente formada por Rusia, Francia y Gran Bretaña. A Alemania solo le quedaba un aliado importante, Austria-Hungría, por lo que afrontaba la perspectiva de una guerra en dos frentes contra fuerzas superiores.

El plan de guerra alemán era una respuesta cuidadosamente elaborada a ese peligro. El plan Schlieffen (llamado así por el jefe de Estado Mayor que lo diseñó) se basaba en una guerra relámpago de seis semanas para derrotar a Francia en el oeste mientras que el grueso del ejército alemán hacía frente en el este a la «apisonadora rusa». El factor principal era el tiempo. Cuando los rusos ordenaron su movilización el 30 de julio se puso en marcha el reloj del plan Schlieffen: el gobierno alemán declaró la guerra a Rusia el 1 de agosto y a Francia el 3 de agosto.

Los británicos vacilaron por un instante; temían tanto la dominación alemana de Europa como la amenaza que supondría para la seguridad del imperio británico. La crisis reveló inmediatamente su entramado subyacente: la rivalidad interimperialista entre Alemania y Gran Bretaña.

A mediados del siglo XIX Gran Bretaña, el «primer taller del mundo», era la única superpotencia industrial, que producía el 50 por 100 del algodón, el 60 por 100 del carbón y el 70 por 100 del acero mundial. En 1914 la proporción británica en esos tres sectores había caído al 20 por 100 en el algodón, el 20 por 100 en el carbón y el 10 por 100 en el acero. Tanto Alemania como Estados Unidos habían superado a Gran Bretaña como potencias industriales. Gran

Bretaña tenía todavía el mayor imperio, que llegó a su apogeo a principios del siglo XX cuando ejercía su autoridad sobre una quinta parte de la superficie terrestre y una cuarta parte de su población. Pero la potencia industrial necesaria para mantener aquella hegemonía global se estaba desvaneciendo.

Al mismo tiempo, las tensiones interimperialistas se iban agravando. Las economías nacionales estaban cada vez más dominadas por un puñado de monopolios gigantes en cada sector. Esas empresas estaban dedicadas a una búsqueda incesante de materias primas y nuevos mercados, que las llevaban al conflicto con los rivales extranjeros a escala global. El conflicto geopolítico tradicional entre estados-nación se entrelazó así con la competencia económica entre bloques de capital. Las grandes potencias se lanzaron a una carrera armamentística impulsadas por su rivalidad imperialista.

En vísperas de la guerra, por tanto, el tamaño de los ejércitos reclutados en Europa carecía de precedentes. Los abastecimientos industrializados de alimentos, ropa, armas, equipos y municiones significaban que unos 6 millones de hombres en activo de los ejércitos europeos podían entrar inmediatamente en batalla, mientras que 10 millones de reservistas aguardaban en la retaguardia.

Entre 1906 y 1912 los gobiernos alemanes habían elaborado una *Weltpolitik* (política mundial) que constituía una aserción de su creciente imperialismo frente a los imperios establecidos de Gran Bretaña y Francia. Su expresión primordial era la carrera naval con Gran Bretaña. La *Weltpolitik* alemana desafiaba dos principios de la política exterior británica: la necesidad de mantener un equilibrio de poder en el continente y la de evitar que los puertos del Canal cayeran en manos de una potencia hostil. Ambos principios estaban basados en la situación insular de Gran Bretaña, sus intereses comerciales y su tradicional supremacía marítima.

Gran Bretaña y sus vías marítimas estaban bien protegidas por una gran armada. Una Europa dividida dejaba a la clase dominante británica gran margen de maniobra para explotar su imperio y aprovechar el comercio de ultramar. Una Europa unida bajo la

hegemonía de una única potencia, especialmente si disponía del control de los puertos del Canal, era una amenaza. Ahí residía la importancia de la carrera armamentística naval. Para mantener su supremacía sobre Alemania, Gran Bretaña había aumentado su flota de 29 buques de guerra en 1899 a 49 en 1914. También había salido de su «espléndido aislamiento» y había establecido una alianza, la Triple Entente, con Francia y Rusia.

Esto había impuesto una carga militar insostenible a Alemania. Los ejércitos francés y ruso habían ido creciendo al mismo tiempo que la flota británica. Alemania era una potencia continental con enemigos a ambos lados, por lo que tuvo que abandonar la carrera armamentística naval y concentrar su principal esfuerzo en una expansión del ejército de tierra. Alemania no podía defenderse en Europa y desafiar a Gran Bretaña en el mar simultáneamente.

A finales de 1912 los dirigentes alemanes estaban convencidos de que estaban perdiendo la carrera armamentística en Europa y de que el equilibrio de fuerzas se estaba inclinando en su contra, por lo que preveían una guerra preventiva más pronto o más tarde. El dirigente máximo del ejército alemán, Helmuth von Moltke, argumentaba que «una guerra entre las naciones» era inevitable.

La Primera Guerra Mundial tuvo por tanto como causa inmediata la competencia militar entre alianzas opuestas de estados-nación, que representaban los intereses de bloques rivales del capital imperialista.

La centralización y concentración del capital —un largo proceso que se había acelerado rápidamente desde mediados de la década de 1870— había creado un mundo de rivales globales. La difusión de la industrialización había creado también importantes centros nuevos de la industria capitalista. Los conflictos tradicionales entre las grandes potencias europeas se habían reconfigurado así, cobrando nuevas energías debido a la acumulación competitiva de capital. Esas eran las profundas contradicciones reflejadas en la carrera armamentística, las alianzas y los planes bélicos que enmarcaban la cuenta atrás hacia la guerra, y eran también las tensiones subyacentes desencadenadas por la crisis de julio-agosto.

Pero el imperialismo industrializado no solo había dado lugar a conflictos que iban a sumergir a Europa en la guerra, sino que también había creado medios de destrucción que harían esa guerra la más terrible de la historia. En 1914 el capitalismo iba a hundir a la humanidad en un abismo de barbarie.

Todo esto, por sorprendente que fuera para muchos cuando acabó sucediendo, había sido anticipado empero por algunos autores de la izquierda. Lo que ninguno de ellos podía prever era la connivencia activa en la preparación de la guerra de los líderes de los diversos partidos socialistas europeos.

El 4 de agosto de 1914 el partido socialdemócrata alemán (SPD), el mayor partido socialista de Europa, votó unánimemente los créditos de guerra en el Reichstag (el parlamento alemán), aunque Karl Liebknecht y otros 13 diputados socialdemócratas se opusieron. El SPD otorgó así su apoyo a una guerra imperialista en la que iban a morir diez millones de personas. Aquella decisión resquebrajó a la izquierda europea; tal como dijo el revolucionario ruso Nikolai Bujarin, fue «la mayor tragedia de nuestra vida». Trotski recordaba: «la capitulación de la socialdemocracia alemana me trastornó aún más que la declaración de guerra». Lenin pensó al principio que el periódico en el que venía la noticia estaba falsificado.

El movimiento obrero alemán quedó petrificado. Una joven activista del SPD, Toni Sender, decía: «Todo parecía derrumbarse». Se encontraba en un tren de mercancías lleno de soldados que se encaminaban al frente. La mayoría de ellos eran hombres casados, con el rostro sombrío y muy poco entusiasmo por lo que estaba por llegar. Pocos días antes, el 28 de julio, se habían manifestado en Berlín más de 100.000 personas contra la guerra. En toda Alemania se habían producido durante los cuatro últimos días de paz más de 288 manifestaciones en las que habían participado más de 750.000 personas. Aquel movimiento de masas se había ido construyendo desde 1911, teniendo al SPD a la cabeza. El 4 de agosto el voto de los parlamentarios del partido desnucó aquel movimiento y entregó a la clase obrera alemana en manos de la casta de oficiales *Junker* y su máquina de guerra.

Durante la tarde del 4 de agosto un puñado de revolucionarios se reunieron en el piso de Rosa Luxemburg en Berlín. Redactaron una declaración antiimperialista e invitaron a otros 300 dirigentes socialistas a firmarla. Clara Zetkin fue la única que envió inmediatamente su apoyo. Los socialistas alemanes antibelicistas se habían convertido de repente en una diminuta minoría.

El modelo alemán se repitió en toda Europa: los partidos socialistas abandonaron el internacionalismo para apoyar a sus propios gobiernos burgueses en una guerra mundial imperialista. La

Segunda Internacional (federación mundial de partidos socialistas) se hundió en la vergüenza. En lugar de mantener el internacionalismo implícito en la solidaridad proletaria, se desintegró tan pronto como comenzaron a batir los tambores de guerra del chovinismo nacional.

En 1914 había en Europa dos posibilidades: revolución socialista o guerra imperialista. Si los dirigentes del socialismo europeo, a la cabeza de decenas de millones de obreros organizados y disciplinados, hubieran optado por la primera, puede que la carnicería de la Primera Guerra Mundial nunca se hubiera producido. ¿Qué es lo que había salido mal? ¿Por qué se habían desvanecido en el aire todos los discursos y resoluciones que proclamaban la solidaridad internacional y la oposición a la guerra? ¿Por qué, de hecho, han vuelto a traicionar una y otra vez durante el último siglo los dirigentes socialistas los intereses de la clase obrera, sometiéndose al dictado del capitalismo?

El descomunal crecimiento del capitalismo europeo durante la segunda mitad del siglo XIX había creado un proletariado industrial que contaba con decenas de millones de trabajadores en 1914. Las huelgas generales habían convertido esa clase obrera en un combativo movimiento obrero en gran parte de Europa, lo que a su vez había creado una base electoral de masas para partidos como el SPD, que en 1912, con un millón de miembros y 90 diarios, era la mayor organización obrera del mundo. Contaba además con una sección femenina, una sección juvenil, varios sindicatos y cooperativas y numerosos clubs deportivos y sociedades culturales. Aquel año el SPD realizó un espectacular avance electoral, obteniendo la tercera parte de los votos y convirtiéndose, con 110 escaños, en el mayor partido en el Reichstag. Pero su transformación de una pequeña minoría proscrita en una máquina electoral de masas había transformado también la naturaleza social y política del partido.

Esto se reflejó en el ascenso del revisionismo, o lo que más tarde se llamaría reformismo. Su principal artífice era Eduard Bernstein (1850-1932), quien argumentaba que en el capitalismo estaban disminuyendo las tendencias a la crisis, que la prosperidad

crecía sin cesar, y que por eso, a partir de entonces, la situación de la clase obrera iría mejorando mediante reformas graduales. Bernstein pretendía redefinir el SPD como un partido reformista socialista-democrático, diferenciándolo de lo que había sido hasta entonces, un partido de la revolución social.

Bernstein y los reformistas nunca dominaron totalmente el SPD, pero lo llevaron muy a la derecha. Karl Kautsky (1854-1938), más representativo de la mayoría, no era tan revisionista, sino más bien centrista: seguía creyendo que el capitalismo era explotador y violento y que el socialismo era racional y necesario, pero también creía que el sistema estaba tan plagado de contradicciones que acabaría hundiéndose por sí mismo, sin necesidad de una acción revolucionaria de la clase obrera. Era por tanto revolucionario en la teoría pero reformista en la práctica, lo que le permitió mantener una posición intermedia entre el reformismo declarado de Bernstein y la política de los socialistas revolucionarios como Rosa Luxemburg. Las tres tendencias permanecieron no obstante dentro del SPD en lugar de constituir partidos separados.

El reformismo refleja tanto la limitada conciencia del conjunto de la clase como los intereses materiales reales de un grupo social. Bajo el capitalismo la mayoría de los trabajadores tienen una «conciencia mixta» que surge de la interacción de tres factores: primero, como el sistema se basa en la explotación, la opresión y la violencia, engendra resentimiento y resistencia en sus víctimas. La lucha de clases es intrínseca al capitalismo. Por otro lado, las ideas dominantes en una sociedad son las de la clase dominante y la mayoría de los trabajadores aceptan al menos parte de esas ideas durante casi todo el tiempo. Lo que refuerza esas ideas es un tercer factor: el hecho de que los trabajadores suelen carecer de confianza en la lucha porque la relación de fuerzas entre las clases les parece desfavorable.

Lenin distinguía entre la «conciencia sindicalista» y la «conciencia revolucionaria». La primera es la actitud habitual de la mayoría de los trabajadores; no les gustan determinados aspectos del sistema y a veces luchan por determinadas reformas específicas, pero no se comprometen a una lucha decidida para

derrocarlo. El reformismo es la forma política de la conciencia sindicalista. Expresa las limitadas aspiraciones de los trabajadores a un cambio político dentro del sistema, sin reflejar los intereses de los trabajadores como clase, que consisten en el derrocamiento del capitalismo y su sustitución por un sistema basado en la democracia, la propiedad colectiva y la satisfacción de las necesidades humanas. Refleja en cambio los intereses de una capa social específica dentro del movimiento obrero: los dirigentes sindicales, políticos socialistas y sus respectivas burocracias de funcionarios, asesores y expertos a tiempo completo.

El papel político de la burocracia obrera consiste en negociar los términos de explotación en el lugar de trabajo u obtener reformas sociales en el parlamento. En su desempeño de ese papel mediador entre el capital y el trabajo, trabajan junto a los representantes de la clase dominante. La situación social de la burocracia obrera es privilegiada comparada con la de los trabajadores ordinarios: funcionarios sindicales y políticos disfrutan de altos salarios, trabajos más agradables y mejores condiciones laborales. Habitan en un medio relativamente confortable y conservador. La burocracia obrera encarna la conciencia reformista normal, cotidiana, de los trabajadores: el mínimo común denominador de la política de izquierdas.

Esa conciencia reformista incluye el nacionalismo. Si el objetivo es obtener reformas dentro del sistema, el estado-nación burgués se convierte en marco para la acción política más que blanco para su derrocamiento revolucionario. El «interés nacional» impone pues un límite a las posibles reformas.

Hasta 1914 nada de esto estaba claro. Rosa Luxemburg estaba en la primera línea de la lucha contra el revisionismo. Desempeñó un papel central en la defensa de la tradición socialista revolucionaria contra el creciente conservadurismo burocrático de los dirigentes del SPD. Dos folletos sobre este particular —*Reforma o revolución* (1899) y *Huelga de masas, partido y sindicatos* (1906)— son hitos en el desarrollo de la tradición marxista. Pero ni siquiera Luxemburg pudo anticipar la traición del 4 de agosto de 1914, un

acontecimiento que iba a descuartizar el movimiento socialista mundial.

La Primera Guerra Mundial acabó en revolución, primero en Rusia en 1917, luego en Alemania en 1918. Cuando esto sucedió los ministros «socialistas» se encontraban en lados opuestos de las barricadas levantadas por los obreros revolucionarios. Después de haberlos llevado a la carnicería de la guerra imperialista, ahora hicieron cuanto pudieron por entregarlos en manos de la contrarrevolución fascista. Tal es el papel histórico del reformismo en los momentos de mayor crisis capitalista.

Al principio de la Primera Guerra Mundial, los soldados de infantería francesa, con lucidas guerreras azules y pantalones rojos, cargaban ametralladoras y artillería moderna. El ejército francés perdió una cuarta parte de sus hombres en un solo mes.

Tres años después el aspecto de la guerra había cambiado para siempre. Las batallas duraban meses y se extendían sobre docenas de kilómetros cuadrados. El terreno quedaba reducido a un desierto de cascotes, tocones, agujeros causados por las bombas, alambre de espino y cadáveres. Durante la mayor parte del tiempo no se podía ver a nadie. Los soldados permanecían en complejos subterráneos de trincheras y túneles. Cuando atacaban, avanzaban en pequeños grupos con la mayor cobertura posible.

Aun así, el número de bajas era horrendo. En la batalla de Verdún (febrero-diciembre de 1916) murieron o fueron heridos alrededor de un millón de hombres, y otro millón en la batalla del Somme (junio-noviembre de 1916). En uno y en otro caso solo se ganaron unos pocos kilómetros de terreno; ninguna de esas dos batallas cambió decisivamente la guerra, que continuaba como antes. Otro millón de soldados fueron muertos o heridos en la batalla de Passchendaele (julio-noviembre de 1917). Llovía incesantemente, convirtiendo el campo de batalla en un barro semilíquido. Miles de hombres heridos se ahogaban allí donde caían. Tampoco allí se movió el frente más allá de unos pocos kilómetros y la guerra siguió como antes.

La Primera Guerra Mundial provocó carnicerías, destrucción y estragos sin precedentes. La capacidad de la sociedad industrial para satisfacer las capacidades humanas mediante la producción en masa se había convertido en lo contrario: una carnicería industrializada. La guerra era la expresión extrema de la competencia entre bloques capitalistas-nacionales. Todo el poderío industrial de los bloques rivales se dedicaba a construir, armar y mantener ejércitos enormes. El resultado era un empate.

El reclutamiento en masa había creado ejércitos de millones de hombres. En la batalla de Waterloo en 1815 el ejército prusiano era

de 60.000 soldados; en Sedán, en 1870, de 200.000; pero el ejército alemán en el frente occidental reunía en 1914 a un millón y medio de hombres. La producción en masa proporcionaba los cañones, municiones y suministros para mantener combates de masas tan enormes. En 1815, en Waterloo, los británicos tenían 156 cañones, que dispararon en total unos pocos miles de cañonazos. En la batalla del Somme en 1916 tenían 1.400 cañones y dispararon alrededor de dos millones de proyectiles en pocos días.

La capacidad de fuego moderna creó una «tormenta de acero» impenetrable y un «campo de batalla vacío». Los soldados se arrastraban de un agujero a otro, cobijándose tras los cascotes de edificios derruidos, o abrían túneles bajo tierra. El empate y la guerra de desgaste configuraron todo el conflicto. La producción industrial era decisiva: crecía indefinidamente la demanda de más cañones, más proyectiles, más explosivos. Había millones de trabajadores movilizados en la industria de guerra. La retaguardia se convirtió en blanco para los bombardeos y el bloqueo.

Las trincheras de la Primera Guerra Mundial se convirtieron en símbolo de aquella carnicería, pero no la provocaron: de hecho, ofrecían protección frente a la tormenta de acero en los campos de batalla dominados por la capacidad de fuego.

El empate es tan solo la mitad de la historia. La dinámica del militarismo industrializado también produjo medios de destrucción cada vez más letales. Puso en marcha una carrera tecnológica de armamentos mientras científicos e ingenieros rivales competían por aumentar la capacidad letal de sus países respectivos. En 1914 había decenas de miles de soldados de caballería ligera; en 1918 había miles de tanques. En agosto de 1914 los británicos tenían tan solo 30 aeroplanos militares en todo el frente occidental; en agosto de 1918 desplegaron 800 en una sola batalla.

Aquello hizo cambiar, necesariamente, el carácter de la guerra. La guerra de movimientos de agosto y septiembre de 1914 se transformó en una guerra de posiciones estancadas en octubre y noviembre. Los intentos de romper el estancamiento lanzando ataques frontales para hacerse con la tierra de nadie durante 1915 fueron sangrientamente rechazados. Los políticos y generales

concluyeron que necesitaban más hombres y municiones. Fue en la tercera fase de la guerra, durante 1916 y 1917, cuando se desarrollaron durante meses las asesinas batallas de Verdún, el Somme y Passchendaele, como amargo fruto del reclutamiento y la producción en masa de *matériel* por economías totalmente movilizadas en función de la guerra.

La guerra de trincheras prevalecía en todos los frentes. La experiencia del frente occidental se repetía en el frente oriental, en los Balcanes y en Oriente Medio. Las líneas eran a menudo más débiles y más fácilmente rotas en los frentes más extendidos del este, pero la precariedad de las líneas de comunicaciones a gran distancia frenaba a los ejércitos victoriosos y permitía a los derrotados construir nuevas líneas de trincheras retrocediendo unos kilómetros.

El callejón sin salida se rompió finalmente mediante una combinación revolucionaria de nuevas tácticas de infantería basadas en el «fuego y movimiento» y el apoyo de enormes tanques y fuerza aérea; pero eso no puso fin a la carnicería. La nueva guerra de movimientos se demostró aún más asesina que el empate de la guerra de trincheras. El tamaño de la lista de bajas no estaba determinado por la naturaleza del combate, sino por su escala. Era producto del capitalismo industrial.

Dos factores eran decisivos: primero, las grandes potencias estaban enfrentadas por la rivalidad imperial que hacía a sus industrias expandirse y competir; y segundo, cuando estalló el conflicto, esas mismas industrias podían producir masivamente los medios de destrucción *ad hoc*. Esa es una de las razones por las que la Segunda Guerra Mundial iba a ser más larga y sangrienta que la Primera. Duró seis años y en ella murieron 60 millones de personas, frente a los cuatro años y 10 millones de muertos en la Primera Guerra Mundial. La capacidad industrial global era mucho mayor veinte años después. Es muy probable que una guerra mundial fuera ahora mucho más letal.

Las sociedades se vieron despedazadas por las matanzas y las privaciones inherentes a la guerra industrializada moderna. Para mantener el respaldo para la guerra, la clase dominante demonizaba

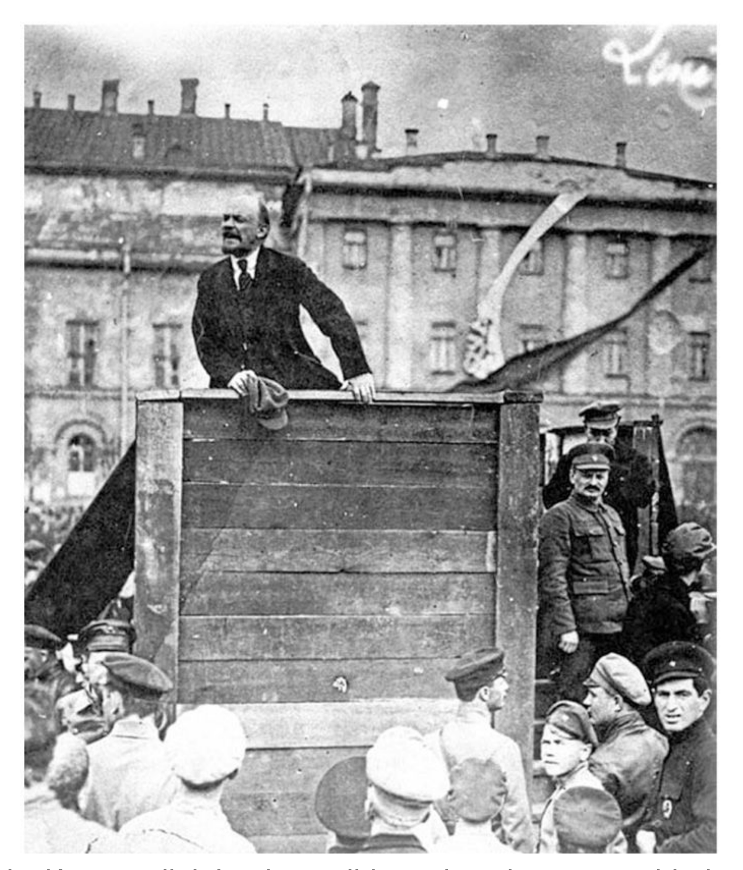
al «enemigo» y vilipendiaba a los «traidores» y «espías», lo que a veces daba lugar a un racismo genocida. Los turcos otomanos mataron un millón y medio de armenios en una «guerra contra el terror» interna durante 1915, empleando fusiles, garrotes y hambrunas. Una generación después se llegó a industrializar incluso el genocidio: los nazis mataron a 6 millones de judíos y otros 6 millones de gitanos, homosexuales e infrahumanos (*Untermenschen*) en centros de exterminio construidos al efecto.

El peligro para la clase dominante era que los soldados y trabajadores se rebelaran contra una guerra asesina de desgaste. En lugar de sustentar la guerra de sus jefes por el imperio y el beneficio, podían poner los intereses de clase por encima de los odios nacionales y hacer causa común con los soldados y trabajadores de los países «enemigos».

La Primera Guerra Mundial acabó precisamente por una sublevación desde abajo de ese tipo. Una oleada de motines y revoluciones barrió Europa a partir de 1917. Primero Rusia se retiró de la guerra, cerrando el frente oriental; luego Alemania puso fin a la guerra en el frente occidental. A continuación, durante varios años, la revolución amenazó con hacerse global. El asco popular contra la guerra estuvo a punto de derribar a las clases dominantes en todas partes. El capitalismo sobrevivió por bien poco, casi por casualidad. Dedicaremos ahora el siguiente capítulo a aquella marea revolucionaria en todo el mundo.

12

LA OLEADA REVOLUCIONARIA
1917-1928



La voz de la revolución mundial: Lenin se dirige a los obreros y soldados de Petrogrado en 1920, mientras Trotski permanece junto a la improvisada tribuna.

La Primera Guerra Mundial fue una guerra imperialista entre bloques capitalistas-nacionales rivales, que pretendían una redistribución del poder y los recursos globales en beneficio de unas clases dominantes a expensas de otras. La gran mayoría de la gente solo era víctima de la guerra, sin nada que ganar en la victoria y mucho que perder entre las matanzas, la destrucción y las privaciones.

Debido a esto, y a la agitación de una minoría tenaz y creciente contra la guerra, fueron reanudándose poco a poco las luchas de masas, abruptamente interrumpidas por el estallido de la guerra en agosto de 1914, convirtiéndose finalmente en la mayor oleada revolucionaria de la historia protagonizada por la clase obrera, capaz de detener las batallas primero en el frente oriental y luego en el frente occidental, llegando a amenazar la propia supervivencia del capitalismo europeo.

Los acontecimientos de 1917-23, iniciados con el estallido de la revolución rusa y que concluyeron con la derrota de la revolución alemana, representan para los activistas actuales nuestro acervo más rico de experiencias históricas. ¿Cómo se construyó aquel movimiento, qué formas adoptó, y por qué fracasó?

En Viena, San Petersburgo, Berlín, París y Londres, el estallido de la guerra había caldeado los ánimos llevando a la calle a multitudes de patriotas. Las huelgas se interrumpieron, se detuvieron las protestas y desaparecieron las barricadas en los suburbios obreros. Trotski habló del «patriótico entusiasmo de las masas en Austria-Hungría», Arthur Ransome del «momento en que la nación se unificó sin fisuras» en Rusia, y Rosa Luxemburg del «delirio enloquecido» en Alemania.

Pero no todos se dejaron arrastrar por la histeria colectiva. Aquellas multitudes enfervorecidas eran sobre todo de clase media. El estado de ánimo en las fábricas y en los distritos obreros era bastante menos entusiasta. Pero la política se desplazó bruscamente hacia la derecha, los dirigentes del movimiento obrero capitularon frente al chovinismo, y las escasas voces que se manifestaban contra la guerra no encontraban al principio gran audiencia. Decenas de millones de personas respaldaban la guerra y otras decenas de millones no tenían otra opción que apoyar a sus propias tropas. El capitalismo no solo había hundido al mundo en la barbarie, sino que también había enloquecido a la humanidad con la fiebre belicista.

Casi todos esperaban una guerra corta del estilo de la guerra franco-prusiana de 1870. Los alemanes esperaban estar en París en seis semanas, mientras que los soldados franceses gritaban «*À Berlin!*» al subir a sus trenes hacia el frente. Los políticos británicos anunciaron que «la guerra se habría acabado antes de Navidad»; pero no iba a ser así. Se prolongó con una ferocidad sin precedentes, ya que las industrias avanzadas del capitalismo moderno eran capaces de producir en masa medios de destrucción, a una escala hasta entonces desconocida en la historia de la humanidad.

A medida que se incrementaba la inversión en la matanza, los objetivos de guerra se ampliaron para ponerse a la altura del gasto y del esfuerzo. Los dirigentes alemanes planeaban dominar toda la Europa central, anexionarse las regiones industriales de Bélgica y

del este de Francia, y crear una esfera de influencia que se extendería hasta los Balcanes, Turquía y Oriente Medio. Los británicos se apoderaron de las colonias alemanas en África y planeaban repartirse Oriente Medio con los franceses y los rusos. Los franceses querían recuperar Alsacia y Lorena, que habían perdido frente a Alemania en 1871, y codiciaban la Renania industrial. La fuerza militar había sustituido a la rivalidad económica como mecanismo primario para la expansión del capital, y la hemorragia de sangre y dinero tenía que posibilitar la obtención de un beneficio.

El precio pagado por los soldados, obreros y campesinos de Europa fue astronómico. Alemania perdió a uno de cada ocho varones en edad de combatir, y Francia uno de cada cinco. Millones de personas quedaron inválidas para siempre. Ciudades enteras perdieron a todos sus hombres, enviados sin mayor consideración a servir al frente.

En el frente interno hubo reducciones salariales, aumentos de precios y escasez de alimentos al destinar los recursos existentes a la producción de guerra. En 1917 los obreros alemanes disponían en promedio de solo 2/3 de las calorías que necesitaban. Alrededor de 750.000 murieron de hambre antes de que concluyera la guerra.

La sociedad estaba cabeza abajo. Campesinos que no habían dejado nunca hasta entonces sus aldeas fueron enviados a morir en campos de batalla muy distantes. Jóvenes trabajadores fueron reclutados en los suburbios urbanos y enviados a la vorágine de la guerra industrializada moderna. Mujeres que hasta entonces solo habían sido amas de casa sustituían a los hombres en las fábricas de municiones y se unían a los sindicatos.

Las tensiones de clase se incrementaron. En las trincheras anegadas y convertidas en lodazales bajo el fuego enemigo crecía el resentimiento de los soldados subalimentados contra los oficiales alojados en casas de campo en la retaguardia. A los obreros se les prohibió la huelga mientras el nivel de vida caía y los banqueros y grandes empresarios se hacían ricos con los beneficios de la guerra. En el invierno de 1916-17 el estado de ánimo en las trincheras y en

la retaguardia era pavoroso en toda Europa. Estaba fermentando una tormenta perfecta. ¿Pero dónde iba a descargar?

En una conferencia ante un grupo de jóvenes trabajadores de Zurich, Lenin decía en enero de 1917: «Puede que nosotros, los de la vieja generación, no vivamos lo bastante para ver las batallas decisivas de la próxima revolución»; pero el retraso de Rusia la convertía en uno de los eslabones más débiles de la cadena europea. La participación de Rusia en la sangrienta batalla por la dominación mundial estaba más allá de sus capacidades. Estaba condenada por las enormes distancias, la agricultura primitiva, una red ferroviaria escasa y una base industrial demasiado precaria para mantener ejércitos de millones de soldados en una guerra de desgaste. Tal como escribía Trotski:

> Durante los primeros meses los soldados caían bajo el fuego enemigo sin pensar en ello o pensando muy poco; pero cada día que pasaba iba dejando en ellos un nuevo poso de experiencia, esa experiencia amarga de los soldados rasos que no tienen quien les sepa conducir. Los soldados valoraban la confusión de sus generales por el número de maniobras y marchas sin sentido, sin suelas en las botas y con los estómagos vacíos. Y de aquella papilla sangrienta de gente y cosas fue emergiendo y extendiéndose por todas partes una palabra: «el caos».

El hambre y la desesperación se apoderaban de la infantería campesina en las trincheras. La indisciplina y las deserciones se convirtieron en una epidemia. El frente solo se podía mantener mediante castigos y fusilamientos. El hambre azotaba también los distritos obreros. Sin embargo, en la mañana del 23 de febrero de 1917, el zar Nicolás II parecía tan seguro en el poder como siempre. Nadie tenía la menor idea de que una manifestación aquel domingo —Día Internacional de la Mujer— iba a detonar la revolución rusa.

Los revolucionarios clandestinos solo pretendían marcar el día con asambleas, discursos y panfletos. No se había convocado ninguna huelga ni manifestación, pero eso no importaba. El ambiente estaba cargado de electricidad; las masas no podían aguantar más. Las trabajadoras del sector textil se pusieron en huelga y desfilaron por las calles gritando: «¡Abajo los precios de hambre! ¡Pan para los trabajadores!». Al pasar por delante de otras

fábricas hacían gestos, arrojaban bolas de nieve y gritaban para que los trabajadores que había dentro se les unieran: «¡Salid! ¡Dejad de trabajar!». La movilización creció hasta convertirse en una huelga espontánea a medida que la energía de las protestas en la calle impelía a un grupo de trabajadores tras otro.

Al día siguiente la mitad de los 400.000 obreros de Petrogrado (nuevo nombre de la ciudad desde agosto de 1914) se unieron al movimiento y ahora las demandas de pan barato iban intercaladas con algo mucho más desafiante: «¡Abajo la autocracia! ¡Abajo la guerra!».

Aquel día, y durante los que siguieron, hubo enfrentamientos con la policía, los soldados y los cosacos, pero no todos fueron sangrientos. Cuando se les ordenó a los cosacos cargar contra 2.500 obreros de la fábrica textil de Erikson, los oficiales se abrieron paso con sus caballos pero los cosacos que les seguían se deslizaron cautamente por el estrecho corredor abierto por los oficiales y algunos sonreían a los obreros cuando pasaban. Como comentó Trotski, «de la disciplina solo quedaba una delgada capa transparente que amenazaba romperse en cualquier momento».

Durante cinco días, del 23 al 27 de febrero de 1917, la revolución dependía de la correlación de fuerzas entre las masas de obreros y las fuerzas armadas del estado en las calles de la capital. Trotski proseguía: «Es indudable que, al llegar determinado momento, el destino de una revolución se decide por el cambio operado en la moral del ejército». Cualesquiera que fueran sus propios agravios y descontento, por grande que fuera su simpatía tácita hacia el pueblo, cuando se le ordena disparar, el soldado corre un riesgo terrible si se insubordina. Para encontrar la confianza necesaria para hacerlo debe estar seguro de que las masas ante él tienen la fuerza y la determinación necesarias para vencer.

Esa cuestión se decidió en centenares de enfrentamientos, grandes y pequeños, en las calles de Petrogrado durante aquellos cinco días. Se decidió por una mirada, una sonrisa, un grito resonante; por la apelación de una madre hambrienta contra la orden de un oficial brutal; por la presión de la humanidad común en una calle atestada; por la microbiología de la revolución.

Durante el cuarto día una oleada de amotinamientos recorrió los cuarteles. Obreros y soldados se mezclaban en las calles y desfilaban juntos con fusiles y banderas rojas. Nuevos regimientos que llegaban del frente para restaurar el orden se unieron a la marea revolucionaria. Los generales habían perdido el control del ejército. Informaron al zar de que no había posibilidad de recuperarlo sin su abdicación. El imperio de los zares había quedado destruido en cinco días de revolución proletaria. Rusia se convirtió en una república.

¿Pero qué tipo de república? ¿Cómo iba a ser gobernada? ¿Quién gobernaría ahora? ¿Obtendría el pueblo el pan, la paz y la tierra que exigía? Esas preguntas estaban todavía por responder. La revolución rusa no había hecho más que comenzar.

Había sido la mayor rebelión proletaria de la historia. Se había combatido y se había vencido mediante la acción de masas del pueblo trabajador. Ni la burguesía ni la clase media habían desempeñado ningún papel en ella. Sin embargo el poder no había pasado a los trabajadores, sino a los políticos liberal-burgueses del partido cadete (KDT: Konstitutsionnaia Demokraticheskaia Partia) en la Duma zarista, una institución parlamentaria elegida con voto censitario y con poderes muy limitados. Los cadetes formaban un partido de terratenientes, industriales e intelectuales liberales. Parecía que la montaña de los trabajadores había parido un ratón. Trotski hablaba de «la paradoja de la revolución de febrero». ¿Qué había sucedido?

Las masas obreras no estaban todavía organizadas como fuerza política capaz de gobernar la sociedad, ni tenían confianza en sí mismas ni en su capacidad de hacerlo. Pero la política aborrece el vacío y el poder fluye siguiendo la línea de menor resistencia, por lo que los asientos vacíos a la mesa del gobierno ruso fueron inmediatamente ocupados por un grupo organizado de políticos «de oposición» liberal-burgueses.

Mucha gente corriente confiaba todavía en la retórica y las promesas de aquellos políticos educados, experimentados y que sabían hablar apaciblemente. Tendrían que aprender en amargas experiencias que los cadetes eran enemigos de clase que representaban a los ricos.

Aquella confusión se combinaba con la existente entre los dirigentes de los partidos de izquierda. El PSR (Partia Sotsialistov Revolutsionerov, a cuyos miembros se conocía simplemente como *eseristas*) era un partido de intelectuales radicales formado a partir de la fusión de viejas facciones populistas (*naródniki*). Seguían concentrándose en el campesinado y durante la revolución acabaron convirtiéndose en un amplio movimiento de masas que recogía la mayoría de los votos campesinos; pero en realidad englobaban bajo un solo partido el conservadurismo de los campesinos ricos, las vacilaciones de los campesinos medios y la

pasividad de los campesinos pobres. Aquella base de clase fracturada y atrasada impedía a los eseristas constituir un liderazgo revolucionario decisivo. Pronto se escindieron. Los eseristas de derecha respaldaban al gobierno provisional mientras que los eseristas de izquierda se convirtieron en aliados de los bolcheviques.

Los mencheviques (socialistas reformistas) argumentaban que el papel de la socialdemocracia rusa consistía en apoyar los esfuerzos de la burguesía liberal por establecer una democracia parlamentaria y libertades civiles, no en hacer su propia revolución. Los bolcheviques (socialistas revolucionarios) adoptaron al principio una posición similar. Incluso después de romper con los mencheviques en 1903, seguían creyendo que la revolución rusa sería una «revolución burguesa» limitada. La lógica de esa posición parecía exigir que apoyaran al nuevo gobierno provisional en 1917.

El 3 de abril llegó a la estación de Finlandia en Petrogrado el líder del partido bolchevique, Vladimir Lenin. Su regreso del exilio fue saludado por una multitud de miles de obreros y soldados que ondeaban banderas rojas y cantaban la Marsellesa. Contradijo de inmediato la política de su partido, denunciando la guerra imperialista, exigiendo una paz inmediata y el derrocamiento del gobierno provisional, y proclamando «la revolución socialista mundial». El partido bolchevique era muy democrático —durante aquellos meses de 1917 era una olla de grillos en la que todo se debatía— y Lenin no pudo invertir su posición con un solo discurso, por lo que tuvo que desarrollar una dura lucha interna para cambiar una política fuertemente apoyada por dirigentes más conservadores como Iosip Stalin.

Tres asuntos se demostraron decisivos. Primero, Lenin encarnaba el estado de ánimo de los activistas de base del partido, que a su vez estaban inmersos en un movimiento obrero de masas que se desplazaba rápidamente hacia la izquierda como respuesta a la profundización de la crisis social y política.

Segundo, debido a las fuerzas de clase que representaba, el gobierno provisional era incapaz de satisfacer las reivindicaciones populares resumidas en el eslogan bolchevique «Paz, Pan y Tierra».

El gobierno estaba decidido a prolongar la guerra, no podía resolver la crisis económica y no estaba dispuesto a distribuir la tierra entre los campesinos.

Tercero, las masas se organizaron en una red de consejos («soviets») de obreros, soldados y campesinos. Los soviets permitían la expresión democrática de las reivindicaciones populares, organizaban protestas de masas para conseguirlas y representaban un gobierno popular alternativo embrionario.

Los bolcheviques pudieron cristalizar el potencial inherente a los soviets con dos lemas: «¡Abajo el gobierno provisional!» y «¡Todo el poder para los soviets!», de los que se deducía que el estado burgués debía ser derrocado y sustituido por un nuevo estado proletario.

La paradójica revolución de febrero había dado lugar a lo que Trotski denominaba «dualidad de poder»: la existencia simultánea de dos centros de autoridad política rivales y en competencia. El gobierno provisional, al mando del viejo aparato estatal y que representaba a las clases propietarias, era un polo de esa dualidad de poder, mientras que los soviets, asambleas democráticas de las masas revolucionarias, constituían el otro.

La dualidad de poder era muy inestable, y por tanto insostenible. O bien el gobierno provisional aplastaba a los soviets y restablecía el dominio incuestionable de la propiedad privada, o los soviets derrocaban el gobierno provisional y creaban un nuevo orden social.

La misión de Lenin consistía en equipar a su partido con esa idea y prepararlo para una segunda revolución. Su posición se reforzó en julio cuando Trotski y un pequeño grupo de seguidores se unieron al partido bolchevique; los dos líderes revolucionarios trabajaron desde entonces como estrechos aliados políticos.

Lenin escribió en agosto de 1917 el folleto *El Estado y la Revolución* como contribución a ese rearme ideológico del partido. Insistía en que el estado capitalista no era una fuerza neutral, sino que estaba comprometido con la defensa de los intereses de la clase dominante. Su polémica fue una reafirmación de la auténtica tradición marxista, ya que Marx, basándose sobre todo en la experiencia de la Comuna de París en 1871, había argumentado

que el estado capitalista debía ser destruido y sustituido por un nuevo tipo de estado basado en la democracia participativa de las masas.

Tal como escribía Lenin, «el estado es un producto y una manifestación de antagonismos irreconciliables entre las clases. El estado surge donde, cuando y en la medida en que los antagonismos de clase no pueden objetivamente reconciliarse. Y recíprocamente, la existencia del estado demuestra que los antagonismos de clase son irreconciliables». Dicho simplemente, «el estado es un órgano del dominio de clase, un órgano para la opresión de una clase por otra». Consiste en «grupos de hombres armados» para la represión de la resistencia popular a la explotación, la opresión y la violencia de la clase dominante. Los socialistas, argumentaba Lenin, pretenden la abolición de las clases, y por lo tanto la abolición del estado represivo. Pero el estado no se «marchitaría» hasta que se «marchitaran» los antagonismos de clase. En el horno de la revolución, con la lucha de clases al rojo blanco, los trabajadores tenían que crear su estado para proteger y defender sus intereses.

Esto era lo que Lenin, siguiendo a Marx, llamaba «la dictadura del proletariado». Puede que la frase no fuera muy afortunada, ya que solemos considerar la dictadura y la democracia como conceptos opuestos. Pero la idea es sólida. El estado es una institución represiva, sea cual sea la clase que lo controla. Pero mientras que un Estado burgués defiende la propiedad de los ricos, un estado obrero, en el que los delegados elegidos son responsables frente a las asambleas de masas y las milicias populares armadas están bajo control democrático, defiende los intereses de la gran mayoría.

Los soviets desempeñaron un papel creciente en la actividad social durante 1917. En la capital revolucionaria cada vez más obreros corrientes, soldados y marineros ignoraban las órdenes del gobierno provisional y solo obedecían las emitidas por los soviets. La conciencia de las masas se estaba desplazando rápidamente hacia la izquierda bajo el impacto de los acontecimientos y la

experiencia. El poder real iba pasando del viejo estado a la nueva democracia.

En determinado momento las cosas llegaron a un punto crítico. Las masas esperaban de los soviets una solución final de la crisis revolucionaria que satisficiera las reivindicaciones populares y materializara las promesas de la revolución. El factor tiempo iba a ser decisivo. Una insurrección prematura corría el riesgo de aislar a la vanguardia revolucionaria y permitir que la clase dominante la destruyera; pero el retraso de la insurrección podía también ser fatal: si los revolucionarios no ofrecían una dirección cuando las esperanzas de las masas más amplias se hallaban en su momento culminante, el pueblo retrocedería rápidamente, resignado y apático, volviendo a las viejas rutinas de la vida cotidiana. El entusiasmo y la energía que habían impulsado la revolución menguarían y la clase dominante tendría la oportunidad de reconstruir el aparato de poder descoyuntado. Lenin pretendía rearmar al partido bolchevique para una prueba suprema: la dirección y realización de una insurrección proletaria armada destinada a tomar el poder estatal.

De febrero a octubre: los ritmos de la revolución

La revolución rusa pasó por cinco crisis importantes en los vaivenes de la lucha de clases de febrero a octubre de 1917. Cuatro de esas crisis —las jornadas de febrero, las de abril, el golpe de Kornilov en agosto y la insurrección de octubre— supusieron una acción de masas acertada para impulsar hacia delante la revolución: debilitaron el antiguo régimen, reforzaron la organización popular, incrementaron la conciencia, confianza y combatividad de las masas y elevaron la plataforma desde la que había que realizar el siguiente avance. Pero una —las jornadas de julio— constituyó un retroceso parcial, que impuso una retirada, no un avance, del movimiento revolucionario. Aun así, obligó a sustituir al primer ministro del gobierno provisional y enseñó a las masas lecciones muy valiosas.

La primera crisis fue la insurrección durante cinco días que derribó la monarquía, llevó al poder a un gobierno provisional dominado por los liberales burgueses e hizo brotar una red rápidamente creciente de asambleas populares democráticas o «soviets».

La segunda crisis se desarrolló entre el 18 de abril y el 5 de mayo. Fue desencadenada por la decisión del nuevo ministro de Asuntos Exteriores Miliukov de proseguir la guerra imperialista en alianza con Gran Bretaña y Francia. Esto provocó manifestaciones de masas el 20 y 21 de abril, a las que muchos soldados acudieron con sus armas. Se pidió en ellas la caída del gobierno provisional, pero era demasiado pronto para una batalla decisiva. Lenin y los bolcheviques contuvieron el movimiento. Sin embargo, las jornadas de abril provocaron una crisis gubernamental y la renuncia de Miliukov el 2 de mayo, dando lugar a la creación de un gobierno de coalición el 5 de mayo en el que participaban Kerensky y otros cinco ministros «socialistas».

La crisis de las jornadas de julio (del 3 al 7 según el calendario juliano, 16 al 20 del gregoriano) consistió en una insurrección abortada que representaba un desafío mucho más decidido que el de abril al gobierno provisional, seguida por una oleada represiva que empujó a la clandestinidad al partido bolchevique. La causa del

fracaso fue el diferente grado de maduración entre Petrogrado, en cuyas fábricas y cuarteles se había creado un estado de ánimo insurreccional, y el resto del país. Existía el peligro de que una revolución en Petrogrado quedara aislada y fuera ahogada en sangre como la Comuna de París. Para hacerle frente habría sido necesaria una disciplina de hierro aún inexistente. Los bolcheviques participaron en las manifestaciones junto a las masas, pero argumentaron contra un intento prematuro de derrocar al gobierno. Muchos obreros los denunciaron como traidores y muchos de los propios bolcheviques y de sus seguidores se sentían decepcionados. Al retroceder el movimiento, cientos de ellos fueron detenidos, se cerraron los periódicos revolucionarios y Lenin y otros dirigentes bolcheviques se vieron obligados a ocultarse. En los distritos obreros reinaba un ambiente taciturno y el apoyo al partido disminuyó.

Pero las jornadas de julio no constituyeron una derrota decisiva. Provocaron la caída del gobierno del príncipe Lvov, el primer ministro cadete, y su sustitución por un gobierno mayoritariamente «socialista» dirigido por el eserista Kerensky. Los bolcheviques habían conseguido dirigir una retirada y evitar la decapitación de la revolución. El movimiento de masas en Petrogrado se vio provisionalmente debilitado, pero no derrotado. Aun así, aquella retirada bastó para alentar un intento de contrarrevolución zarista.

El 26 de agosto el general Kornilov pidió poderes dictatoriales a fin de restaurar el orden en el país y en el ejército. Cuando Kerensky, como jefe del gobierno provisional, se los negó, Kornilov marchó al frente de sus tropas hacia Petrogrado. Lenin argumentó entonces que la revolución estaba amenazada y que los revolucionarios tenían que defender a Kerensky frente a Kornilov, pese a las traiciones y a la represión emprendida por su gobierno, porque si el golpe triunfaba los soviets y los partidos de izquierda serían destruidos.

La intervención bolchevique fue decisiva: todo el movimiento revolucionario se movilizó contra el golpe y el ejército de Kornilov se retiró. Los soldados no estaban dispuestos a combatir por un general zarista. Tal como escribía Trotski, «la sublevación

retrocedía, se dispersaba, se la tragaba la tierra». Aquella crisis había durado cuatro días (27-30 de agosto).

El péndulo de la revolución osciló ahora violentamente. Las crecientes esperanzas de millones de personas se aproximaban a un nivel crítico. La pesadumbre de julio dio paso al alborozo de agosto. Nuevos militantes se inscribían a cientos en el partido bolchevique.

A principios de aquel año el partido bolchevique no era muy grande: a principios de marzo contaba con cerca de dos mil miembros en Petrogrado, pero se habían convertido en 16.000 a finales de abril y en 36.000 a finales de julio. Para entonces, más de uno de cada diez obreros industriales de Petrogrado era miembro del partido. Esto significaba una creciente influencia sobre la totalidad de la clase obrera. El voto a los bolcheviques en la capital aumentó del 20 por 100 en mayo al 33 por 100 en agosto y al 45 por 100 en noviembre. En el primer congreso de los soviets a principios de junio los bolcheviques tenían el 13 por 100 de los delegados, pero en el segundo congreso, a finales de octubre, tenían el 53 por 100, y sus aliados, los social-revolucionarios de izquierda, tenían el 21 por 100.

El giro hacia los bolcheviques tras la derrota de Kornilov coincidió con una profundización de la crisis económica, social y militar en Rusia. Los soldados se negaban a combatir, disparaban contra sus oficiales y desertaban en masa. Los campesinos se apoderaban de la tierra. Las minorías nacionales agitaban por la independencia. La industria estaba parada. Las ruedas y palancas del poder estatal se habían atascado. Los soviets se hacían con el control de la vida social. El gobierno provisional estaba de hecho paralizado.

En algún momento entre el 12 y el 14 de septiembre, Lenin, que estaba todavía oculto, escribió una carta con el epígrafe «Los bolcheviques deben tomar el poder». Estaba dirigida al Comité central y los comités del partido de Petrogrado y de Moscú, ciudades en cuyos soviets los bolcheviques contaban ya con la mayoría. Esto, argumentaba Lenin, demostraba que la crisis revolucionaria había madurado. El giro hacia la izquierda en la

conciencia de las masas era ahora suficiente para asegurar que si la vanguardia revolucionaria actuaba, las masas la seguirían. El peligro ahora era una posible demora.

Y las cosas se estaban efectivamente demorando. Los dirigentes bolcheviques vacilaban. Hasta el 10 de octubre no aprobó el Comité central una resolución propuesta por Lenin —que había llegado disfrazado a la reunión— en favor de una insurrección inmediata. Aun así, hubo nuevas vacilaciones y un desafío abierto cuando dos miembros disidentes del Comité central, Zinoviev y Kamenev, se opusieron abiertamente a la propuesta de Lenin. La misma víspera de la insurrección, el 24 de octubre, a Lenin le pareció necesario escribir al Comité central que «la situación es extremadamente crítica [...] Está ahora absolutamente claro que retrasar el levantamiento sería fatal [...] La historia no perdona a los revolucionarios una demora cuando podrían obtener la victoria [...]».

¿Por qué eran tan remisos a actuar los dirigentes bolcheviques? ¿Por qué estuvo a punto de fracasar la última prueba? Todos los partidos, incluso los más revolucionarios, dan pábulo a su propio conservadurismo organizativo. Sin precauciones y rutina no es posible el mantenimiento de una organización. El aventurerismo desmadrado es autodestructivo. El partido bolchevique, construido con tanto esfuerzo durante largos años de lucha, influido tan profundamente por su experiencia en el trabajo clandestino en un estado policial, era conservador como medida de autopreservación. Pero entonces llegó el momento —y sería muy breve— en que el equilibrio de fuerzas se inclinaba por fin en favor de los revolucionarios. Casi todo el tiempo, explicaba Tony Cliff en su biografía de Lenin, los trabajadores son más débiles que sus enemigos:

> Cualquier partido revolucionario que no controlara su impaciencia durante años a la luz de este hecho se condenaría al aventurerismo y a su propia destrucción. Pero el momento llega —y este es el significado de la revolución— cuando el hábito de considerar más fuerte al enemigo se convierte en el principal obstáculo en el camino hacia la victoria.

1917: LA INSURRECCIÓN DE OCTUBRE

Los historiadores de derechas suelen describir la insurrección de octubre como un «golpe» bolchevique posibilitado por la «anarquía» en la que había caído Rusia en el otoño de 1917. La equivocación es profunda. Su error básico es el de ver la historia desde arriba, no desde abajo. Lo que a ellos les parece anarquía era de hecho el desplazamiento de la autoridad estatal tradicional por nuevos órganos de poder popular. Lo que describen como un golpe fue en realidad una expresión de la voluntad democrática de millones de obreros, soldados, marineros y campesinos.

La monarquía zarista, al mando de un ejército de millones de soldados, fue derrocada en la revolución de febrero. El gobierno provisional había heredado aquel ejército, pero también él fue barrido por la insurrección de octubre. Acontecimientos históricos de esa magnitud no son el producto de meros «golpes». El propio éxito de la insurrección de octubre enmascara su auténtico carácter. La revolución estaba tan madura, la crisis social era tan profunda y la autoridad del gobierno tan hueca, y las masas estaban tan bien preparadas para la acción decisiva, que unas pocas decenas de miles de militantes fueron suficientes para ejecutar la voluntad popular.

El día de la insurrección, el 25 de octubre (7 de noviembre del calendario gregoriano) de 1917, toda la energía del poderoso pueblo ruso se concentró en manos de unos 25.000 hombres y mujeres armados: obreros, soldados y marineros. A su mando estaban Trotski, un triunvirato de organizadores militares y el Comité Militar Revolucionario del soviet de Petrogrado. No se produjeron grandes refriegas. La mayoría de los obreros se quedaron en casa y la mayoría de los soldados en sus cuarteles. Habían debatido, votado y dado a sus dirigentes un mandato. Ahora era simplemente cuestión de ejecutar la transferencia formal del poder de una clase a otra. No hubo saqueos ni disturbios. Teatros, cines y tiendas siguieron abiertos. Las bajas fueron mínimas, muchas menos que en las jornadas de febrero o julio.

El clímax fue un anticlímax. El Palacio de Invierno, sede del gobierno, era guardado por una surtida colección de oficiales zaristas, cosacos, veteranos de guerra y el «Batallón de la Muerte» formado exclusivamente por mujeres. Esas eran todas las fuerzas sociales dispuestas a luchar por Kerensky.

Las fuerzas de defensa, amenazadas desde el río Neva por los cañones del acorazado *Aurora* e incapaces de evitar que los obreros y marineros armados se adentraran en el laberinto de portones y pasillos del palacio, se vinieron abajo en escaramuzas frenéticas, aunque todo parecía mucho más impresionante en la película de Eisenstein de 1927 sobre la insurrección.

Durante la madrugada del 25 al 26 de octubre Lunacharski informó al II Congreso Panruso de los Soviets que el gobierno provisional había sido depuesto. Lenin, que había salido de su escondrijo, tomó la palabra en la siguiente sesión, pasadas las 9 de la noche del 26, para anunciar «una nueva era en la historia de Rusia» y añadir: «Tenemos la fuerza de una organización de masas que triunfará y llevará al proletariado a la revolución mundial [...] En Rusia debemos proceder inmediatamente a la construcción de un estado proletario socialista. ¡Larga vida a la revolución socialista mundial!».

El radicalismo del nuevo gobierno no tenía precedentes. Un decreto sobre la tierra transfería la propiedad de los terratenientes a millones de campesinos. Un decreto sobre la industria daba a los obreros el control de las fábricas. Un decreto sobre la autodeterminación daba a las naciones oprimidas del imperio ruso el derecho a la independencia. Las casas de los ricos fueron ocupadas para alojar a los pobres. El acceso igualitario a la educación y a los cuidados sanitarios se convirtió en el derecho de todos los ciudadanos. Se derogaron las leyes existentes sobre el matrimonio y el divorcio, se instituyó la igualdad entre los sexos y se despenalizaron el adulterio, la homosexualidad y el aborto.

Nada de eso había sucedido nunca antes. La mayoría de las revoluciones anteriores, incluso en sus fases más radicales, habían permanecido bajo el control burgués. La principal excepción, la Comuna de París de 1871, se había limitado a una sola ciudad y

solo había durado dos meses. Ahora, por primera vez en la historia, la clase obrera había tomado el poder en un estado-nación moderno.

Los ocho meses precedentes a la revolución habían constituido la preparación necesaria. Los vaivenes de la lucha —los ritmos de la revolución— habían constituido un proceso esencial de aprendizaje para las masas, para borrar las ilusiones, ganar confianza y desplazarse hacia la izquierda como consecuencia de los duros golpes de la experiencia política. La dualidad de poder —la dinámica de la revolución— había dado expresión organizativa a la confrontación cada vez más directa entre las fuerzas sociales, convirtiéndose el gobierno provisional en punto de encuentro para todas las fuerzas de la reacción, mientras que los soviets encarnaban la creciente conciencia y voluntad de las masas. Los bolcheviques —el partido de la revolución— habían proporcionado la red vital de activistas de base capaces de ofrecer una dirección a la lucha a todos los niveles.

Las relaciones entre las masas, los soviets y el partido eran como las que existen entre el vapor, el cilindro y el pistón de un motor. Era la energía de las masas (el vapor) lo que daba impulso a la revolución, pero eran los soviets (el cilindro) los que concentraban esa energía, y el partido (el pistón) el que dirigía su fuerza.

Sin embargo, el triunfo asombroso del Octubre Rojo se vio inmediatamente amenazado por el colapso económico, la resistencia campesina, la desintegración nacional y el desmembramiento militar-imperial.

De los 150 millones de habitantes que tenía Rusia en aquel momento, solo unos tres millones y medio eran obreros industriales. La mayoría eran campesinos, y la mayor parte de los doce millones de soldados movilizados durante la guerra habían sido reclutados en las aldeas. Las divisiones de clase entre oficiales y soldados en el ejército zarista reflejaban las divisiones de clase entre terratenientes y campesinos en el campo. Los campesinos-soldados habían apoyado la revolución porque odiaban a sus oficiales, estaban hartos de la guerra y querían tierra. Apoyaron a los bolcheviques porque les dieron la tierra; pero los habitantes de las ciudades

estaban pasando hambre y el colapso de la industria significaba que los obreros tenían poco que ofrecer a los campesinos a cambio de alimentos. La relación diaria de pan en Petrogrado cayó de 300 g en octubre a 150 g en enero y a solo 50 g en febrero, esto es, la vigésima parte de una hogaza ordinaria.

A aquella crisis se añadía la ofensiva alemana. Los alemanes se negaron a firmar la paz hasta que los bolcheviques les cedieran gran parte de Ucrania, rica en grano y en carbón. El ultimátum alemán dividió a la dirección bolchevique. Algunos proponían una «guerra revolucionaria» en defensa del territorio ruso. Lenin argumentó en favor de aceptar el ultimátum, ya que los bolcheviques no tenían fuerzas con las que luchar. Trotski argumentó que no había que optar ni por la guerra revolucionaria ni por la aceptación del ultimátum, confiando en el inminente estallido de la revolución en Alemania. Pero el ejército alemán invadió Ucrania sin encontrar apenas resistencia, por lo que se aceptó la propuesta de Lenin. El tratado de Brest-Litovsk entregó buena parte de Ucrania al imperialismo alemán. La escasez de alimentos se intensificó y la revolución comenzó a morir lentamente de hambre.

Pronto habría otros depredadores imperiales contra los que combatir: una legión checa en el ferrocarril transiberiano; tropas británicas en el norte y en los campos petrolíferos de Bakú en el sur; japoneses en Vladivostok en la costa del Pacífico... Y todos ellos alentaban y abastecían a los ejércitos «blancos» contrarrevolucionarios. Había comenzado una feroz guerra civil.

Los bolcheviques habían argumentado siempre que el socialismo solo se podía alcanzar a escala mundial. Habían vacilado sobre la revolución socialista en Rusia precisamente porque suponían que el retraso económico del país solo permitía una revolución burguesa para crear una democracia parlamentaria y facilitar el desarrollo capitalista. Ahora estaban atrapados por contradicciones económicas que no se podían resolver a escala nacional. A menos que pudieran aprovechar la capacidad industrial de Europa, la revolución proletaria sería aplastada por la pobreza primitiva de las aldeas o ahogada en sangre por los ejércitos extranjeros y zaristas.

Como dijo Lenin al Tercer Congreso de los soviets en enero de 1918, «el triunfo definitivo del socialismo en un solo país es imposible. Nuestro destacamento de obreros y campesinos, que apoya el poder soviético, no es más que uno de los destacamentos del gran ejército proletario fraccionado hoy por la guerra mundial». Dos meses después lo decía aún más claramente: «La verdad absoluta es que sin una revolución alemana, estamos condenados».

La revolución estaba en peligro. ¿Podría salvarse? ¿Se convertiría en una revolución mundial?

La revolución estalló en Rusia a principios de 1917 porque era la más débil de las grandes potencias, pero pronto se extendió: en el tercer invierno de la guerra, la presión de la guerra industrializada estaba imponiendo una tensión enorme a la totalidad de la sociedad europea.

Los desastres de 1917 derribaron gobiernos y sustituyeron generales. El general Nivelle reemplazó al general Joffre como jefe del ejército francés e inmediatamente lanzó una nueva ofensiva proclamando: «Tenemos una fórmula [...] La victoria es segura». Pero no lo era. Los franceses perdieron 120.000 hombres en cinco días. Un mes después también Nivelle fue sustituido. En aquel momento una oleada de amotinamientos se extendía por el ejército francés. Los *poilus* —los soldados rasos franceses— estaban hartos.

La rebelión comenzó a finales de abril de 1917, se extendió en mayo y llegó a su apogeo en junio. La deserción se hizo endémica: unidades enteras se negaban a regresar a primera línea y los soldados se manifestaban cantando himnos revolucionarios. Alrededor de 40.000 hombres participaron directamente en ellas y 68 divisiones se vieron afectadas. Durante un periodo de dos semanas la línea del frente careció prácticamente de soldados franceses. Los motines fueron reprimidos, pero solo se ejecutaron 49 de las 554 penas de muerte dictadas; las condiciones en las trincheras mejoraron y el ejército francés permaneció a la defensiva durante el año siguiente.

En octubre de 1917 fue el ejército italiano el que se derrumbó. Entre mayo de 1915 y septiembre de 1917 el general Cadorna había ordenado nada menos que 11 ofensivas en el río Isonzo en la frontera nororiental de Italia, y todas ellas habían fracasado. Las bajas italianas se elevaron a más de 300.000 tan solo en las dos ofensivas de 1917. Cuando los austríacos y alemanes contraatacaron a finales de octubre, el ejército italiano se desmoronó, retrocediendo 112 km. Desertaron el doble de soldados de los que se habían perdido en el campo de batalla. Decenas de

miles arrojaban sus fusiles y huían del frente cantando: «¡La guerra ha acabado! ¡Nos vamos a casa! ¡Viva Rusia!». Se improvisó una nueva línea del frente en el nordeste de Italia, Cadorna fue destituido, se mejoraron las condiciones de los soldados y no se intentó ninguna nueva ofensiva hasta el segundo semestre de 1918.

Al otro lado de la tierra de nadie —en Alemania, Austria-Hungría, Bulgaria y el imperio otomano— las condiciones eran aún peores. La guerra total significaba ofensivas asesinas y una «guerra de municiones» en el campo de batalla. También significaba un intento de someter al enemigo por hambre, mediante el bloqueo naval británico de los puertos alemanes y la ofensiva de los submarinos alemanes contra los navíos británicos.

Alemania perdió 1,8 millones de soldados en la Primera Guerra Mundial, pero en el propio país murieron de hambre casi un millón de personas. La producción de alimentos disminuyó al ser reclutados para la guerra quienes antes trabajaban la tierra. La producción de guerra era prioritaria por encima de las necesidades de consumo. El comercio alemán quedó paralizado por el bloqueo naval. Durante la segunda mitad de la guerra la dieta del trabajador alemán medio solo alcanzaba 2/3 de las calorías necesarias para la supervivencia a largo plazo.

Alrededor de 200.000 obreros industriales alemanes se pusieron en huelga contra las reducciones en las raciones alimenticias en abril de 1917. El descontento se extendía entre los marineros de la flota de alta mar en Kiel. El resentimiento por las condiciones de vida, la dura disciplina y los privilegios de los oficiales hervía cuando se reducían las raciones. Los marineros eligieron «comités de alimentación» y exigieron su reconocimiento por las autoridades, pero aquel movimiento fue aplastado. Dos de los líderes fueron ejecutados y otros condenados a trabajos forzados.

En enero de 1918 una nueva oleada de huelgas recorrió Alemania, con 500.000 huelguistas en Berlín y otra docena de centros industriales. Surgieron consejos obreros embrionarios para coordinar la acción. Los socialistas contrarios a la guerra desempeñaron en ellos un papel dirigente. Los activistas comparaban directamente los acontecimientos en Alemania con la

revolución en Rusia; pero las autoridades respondieron con una dura represión y el movimiento retrocedió.

A los gobernantes alemanes se les había dado una última oportunidad. La revolución rusa y el tratado de Brest-Litovsk habían puesto fin a la guerra en el frente oriental, con lo que era posible reforzar el frente occidental y pasar a la ofensiva contra británicos y franceses; pero Estados Unidos había entrado en la guerra y estaba transportando cientos de miles de soldados a través del Atlántico. La oportunidad de Alemania iba a ser muy breve.

En la primavera de 1918 el general Ludendorff lanzó cinco ofensivas distintas. La línea aliada casi se rompió. El comandante en jefe británico, general Douglas Haig, emitió una orden en la que decía: «Con la espalda contra el muro y creyendo en la justicia de nuestra causa, cada uno de nosotros debe combatir hasta el final». La línea del frente se mantuvo y cuando las ofensivas acabaron en julio, los alemanes habían perdido medio millón de hombres. Los aliados habían perdido más, pero cada mes llegaban 300.000 soldados norteamericanos.

Los aliados podían pasar ahora a la ofensiva, y comenzaron a obtener notables victorias. El combate en el frente occidental alcanzó una ferocidad sin precedentes. Los alemanes sufrieron una sucesión de derrotas y perdieron grandes franjas del territorio que habían conquistado en 1914.

La Primera Guerra Mundial era como un gigantesco asedio de las potencias centrales. En otoño de 1918 aumentó la presión en todos los frentes. Entre septiembre y noviembre se produjo el colapso de las cuatro potencias centrales.

La línea de los turcos otomanos en Palestina se rompió en la batalla de Megiddo el 19-21 de septiembre. Dos ejércitos completos se retiraron huyendo hacia el norte. Su retroceso prosiguió hasta la actual frontera entre Turquía y Siria. Las guerrillas nacionalistas árabes habían desempeñado un papel central en la victoria, liberando los territorios de lengua árabe al este del Jordán. La guerra en Oriente Medio acabó con el armisticio de Mudros el 30 de octubre.

La línea búlgara en Macedonia quedó rota por una ofensiva combinada de tropas británicas, francesas, serbias, griegas e italianas prolongada durante dos semanas a finales de septiembre. Bulgaria era un pequeño país subdesarrollado, que había perdido durante seis años de guerra, entre 1912 y 1918, una proporción mayor de su capacidad militar que cualquier otro estado beligerante. Su agricultura se había hundido, su industria incipiente se había visto sometida al yugo de la máquina bélica alemana. Los dirigentes búlgaros habían llevado a su pueblo al desastre nacional. En el momento en que se firmó un armisticio en el frente de Salónica el 29 de septiembre, la mayor parte de su ejército se había desintegrado y había estallado una revolución en el país.

La línea austro-húngara fue rota por las tropas italianas en la batalla de Vittorio Veneto (24 de octubre-4 de noviembre). El día después de que los italianos conquistaran el puerto adriático de Trieste se firmó un armisticio. La derrota militar destruyó el imperio austro-húngaro. El ejército se dividió en fragmentos nacionales y políticos liberales se hicieron con el poder en docenas de ciudades: checos y eslovacos en Praga, Brno y Bratislava; «eslavos del sur» o yugoslavos en Zagreb y Sarajevo; polacos en Cracovia... Las capitales gemelas de la «monarquía dual» de los Habsburgo —Viena, donde se hablaba alemán, y Budapest, donde se hablaba magiar— fueron también barridas por la marea revolucionaria. Una coalición dirigida por los socialdemócratas tomó el poder en Viena, y un aristócrata liberal en Budapest.

El 29 de septiembre los principales generales alemanes, Hindenburg y Ludendorff, informaron al káiser de que la guerra estaba perdida. Pidieron un armisticio, un compromiso de paz y un nuevo gobierno que debía incluir a los socialdemócratas, explicando que «es necesario evitar un levantamiento desde abajo mediante una revolución desde arriba».

El káiser era demasiado obstinado para aceptarlo e intentó prolongar la guerra. Se le ordenó a la flota de alta mar ponerse en marcha en un último intento desesperado de derrotar a la armada real británica. Los marineros alemanes iban a ser el último sacrificio al dios de la guerra.

Pero el 29 de octubre comenzaron a amotinarse. Esta vez, en lugar de inmovilizar simplemente sus barcos, pasaron a la ofensiva, organizando manifestaciones armadas para extender la rebelión en la flota y en los muelles. El 3 de noviembre la base naval alemana de Kiel quedaba bajo el control de un consejo revolucionario. Aquello fue el detonador: se produjeron enormes manifestaciones en toda Alemania, y en pocos días docenas de ciudades estaban controladas por consejos de obreros, soldados y marineros.

El 9 de noviembre la revolución llegó a Berlín. Había cientos de miles de manifestantes en las calles, ondeando banderas rojas y pancartas socialistas. El socialista revolucionario Karl Liebknecht, que desde el principio se había opuesto a la guerra, se dirigió a la multitud desde la balconada del palacio imperial y proclamó una «república socialista» y la «revolución mundial». Había comenzado la revolución alemana. Rusia había tenido sus jornadas de febrero, y ahora Alemania tuvo sus jornadas de noviembre. La película de 1917 comenzaba a proyectarse de nuevo en el corazón de Europa.

La Primera Guerra Mundial —la matanza más sangrienta de la historia de la humanidad hasta aquel momento— había terminado gracias a la acción revolucionaria de millones de obreros, soldados, marineros y campesinos de toda Europa.

Una vez que quedó claro que no podían ganar la guerra, las potencias centrales realizaron una serie de ofertas para un compromiso de paz, pero todas ellas fueron rechazadas. Las potencias de la Entente —Gran Bretaña, Francia, Italia y Estados Unidos— querían una victoria total y manos libres para dominar el mundo en su propio beneficio. A los dirigentes alemanes, austro-húngaros, otomanos y búlgaros no parecía quedarles otra opción en aquellas circunstancias que seguir combatiendo.

La codicia imperialista de las clases dominantes habría condenado a la humanidad a una matanza sin fin. Lo que la impidió fue la revolución, primero en Rusia y luego en Bulgaria, Austria-Hungría y Alemania. El contagio tampoco se interrumpió en las fronteras de las potencias centrales derrotadas, sino que pronto se extendió a Gran Bretaña, Francia e Italia. Tal como decía el primer ministro británico David Lloyd George en una carta a su homólogo francés Georges Benjamin Clemenceau en 1919, «la totalidad de Europa está impregnada del espíritu de la revolución. Todo el orden existente, en sus aspectos políticos, sociales y económicos, está siendo cuestionado por la masa de la población desde un extremo de Europa al otro».

Al final de la guerra el vórtice de la tormenta revolucionaria se desplazó de Petrogrado a Berlín, desde un extremo de Europa hasta su corazón. La historia posterior iba a depender del resultado de la revolución alemana. La victoria en Alemania habría puesto a la economía industrial más rica y a la clase obrera más numerosa de Europa del lado de la revolución socialista, aportando un auxilio inmediato al régimen bolchevique en Rusia, estableciendo el poder obrero desde el mar del Norte hasta el Pacífico, y muy probablemente asegurando que la revolución se haría planetaria.

De haber sucedido esto, el curso futuro de la historia de la humanidad habría sido diferente. No habría habido Gran Depresión, ni nazismo, ni estalinismo, ni Segunda Guerra Mundial ni Guerra Fría. Lo que estaba en juego en 1918-23 no podría haber sido más importante.

Durante las jornadas revolucionarias de noviembre se habían producido en Alemania grandes manifestaciones de masas, huelgas y motines, así como la rápida formación de una red de consejos de obreros, soldados y marineros. La revolución rusa había mostrado que ese tipo de red representaba una estructura estatal potencialmente alternativa, basada en la democracia directa; pero los consejos alemanes prefirieron entregar el poder a un gobierno del tipo parlamentario tradicional, el Rat der Volksbeauftragten (Consejo de diputados del pueblo) formado por el SPD (socialistas de derecha) y el USPD (Unabhängige Sozialdemokratische Partei Deutschlands, socialistas de izquierda), que recibió el respaldo de una asamblea de 1.500 delegados de los consejos de obreros y soldados. Esto revela a la vez la fuerza de los consejos —ya que se necesitaba su respaldo— y su debilidad política, al depositar su confianza en políticos profesionales.

Los socialistas alemanes se habían dividido en tres facciones. Los dirigentes del SPD, el partido socialdemócrata alemán, eran partidarios de la guerra y opuestos a la revolución. Su principal objetivo era salvar a Alemania para el capitalismo destruyendo el propio movimiento que los había llevado al poder. Su dirigente Friedrich Ebert se convirtió en canciller del Reich el mismo día que el káiser Guillermo huía a los Países Bajos, el 9-10 de noviembre. Inmediatamente tenía al teléfono al general Wilhelm Groener, jefe del Alto Estado Mayor, quien le ofreció reconocer al nuevo gobierno con tal de que apoyara «la estricta disciplina y el orden» en el ejército y se comprometiera a «luchar contra el bolchevismo». Ebert y Groener se convirtieron así en estrechos aliados.

Los dirigentes del USPD, el partido socialdemócrata independiente, eran centristas que vacilaban entre la izquierda y la derecha. Entre ellos había socialdemócratas revisionistas como Eduard Bernstein, socialistas parlamentarios más radicales como Karl Kaustky e intelectuales marxistas como el economista Rudolf Hilferding. Lo que los unía era su combinación, en diversas proporciones, de la retórica revolucionaria con la práctica reformista. En enero de 1919 el apoyo electoral del SPD quintuplicaba al del USPD (11,5 millones frente a 2,3 millones de votos); pero en junio

de 1920 los dos partidos estaban casi a la par. Eso muestra el espectacular desplazamiento hacia la izquierda de los obreros alemanes durante dos grandes años de revolución en Europa después de la Primera Guerra Mundial.

El tercer grupo era la Liga Espartaquista (Spartakusbund), convertida poco después, a partir del 1 de enero de 1919, en el KPD (partido comunista alemán). Era un grupo socialista revolucionario dirigido por Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg, de un carácter similar a los bolcheviques rusos. En noviembre de 1918 el USPD tenía probablemente diez veces más miembros que la Liga Espartaquista.

El SPD era el partido dominante en el gobierno y sus dirigentes colaboraban estrechamente con el alto mando del ejército. Dado que los soldados estaban infectados con «el espíritu de la revolución», el ministro socialdemócrata del Interior, Gustav Noske, autorizó a los generales la resurrección de una fuerza paramilitar ultraderechista, los *Freikorps* (Cuerpos Francos).

La combinación de la derrota militar, la crisis económica y la sublevación social habían desgarrado el viejo mundo. Muchos alemanes se desplazaban hacia la izquierda. Otros, entre ellos muchos oficiales y suboficiales, soldados de elite y especialistas militares, lo hacían hacia la derecha. Los *Freikorps* se reclutaron entre esos elementos de extrema derecha, ganándose inmediatamente una reputación de brutalidad, antisemitismo, nacionalismo extremo y violenta hostilidad hacia los consejos obreros, los sindicatos y la izquierda. Muchos de sus matones se incorporarían más tarde al partido nazi.

Berlín era la capital de la revolución y la base más sólida del recientemente formado KPD. El 4 de enero el gobierno dominado por el SPD destituyó al jefe de policía de Berlín, el miembro del USPD Emil Eichhorn, por negarse a reprimir las protestas obreras. Cientos de miles de trabajadores salieron a las calles, muchos de ellos armados. En el cuartel general de la policía se instaló un Comité Revolucionario Interino.

Pero la dirección vacilaba, las tropas locales seguían siendo hostiles y el apoyo a la acción fuera de Berlín era mínimo. Los

activistas de Berlín se habían visto arrastrados a ella antes de que la revolución hubiera madurado. La capital revolucionaria estaba aislada. No solo los *Freikorps* sino muchos soldados de fuera de Berlín estaban dispuestos a participar en la sangrienta represión del levantamiento. Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg fueron secuestrados y asesinados el 15 de enero. El cuerpo de esta última, después de aplastarle la cabeza a culatazos, fue arrojado al Landwehrkanal. La revolución alemana había sido decapitada.

El KPD era un partido de formación reciente y su apoyo fuera de Berlín era muy escaso; carecía de la autoridad que podría haber tenido una organización más arraigada y muchos de sus activistas eran inexpertos y proclives al aventurerismo. En julio de 1917 los bolcheviques habían frenado al proletariado de Petrogrado para evitar una toma prematura del poder en la capital; en enero de 1919 los espartaquistas no hicieron lo mismo en Berlín y pagaron por ello un precio terrible.

Sin embargo, la derrota no era necesariamente fatal. La crisis siguió madurando en toda Alemania. El apoyo de las masas pasó del SPD al USPD y al KPD. Los *Freikorps* chocaban con una resistencia cada vez más eficaz de los obreros armados y los soldados revolucionarios. En marzo de 1920 se estimaba que unas 20.000 personas habían muerto en una serie de enfrentamientos civiles regionales.

En aquel momento la clase dominante alemana organizó un golpe para la restauración de «la ley y el orden», enviando tropas a Berlín, derribando al gobierno del SPD y nombrando en su lugar a un burócrata conservador, Wolfgang Kapp.

Pero ahora era la derecha la que se había precipitado. La dirección de la principal confederación sindical convocó una huelga general. Millones de trabajadores no solo se pusieron en huelga, sino que también eligieron nuevos consejos y tomaron las armas. El Ejército Rojo del Ruhr liberó la mayor región industrial de Alemania de todas las tropas de derechas. El «putsch de Kapp» fracasó en pocos días y los ministros del SPD volvieron a sus puestos. Aquel golpe había expuesto la auténtica naturaleza de la clase dominante y los obreros alemanes se desplazaron notablemente hacia la

izquierda. Su derrota había mostrado también la fuerza de la izquierda y la confianza en ella aumentó.

Pero aquel potencial no se materializó. El KPD renunció a preparar una insurrección proletaria. A diferencia del golpe de Kornilov en agosto de 1917, el putsch de Kapp no abrió la vía para la revolución socialista. Los dirigentes del KPD, demasiado temerarios en enero de 1919, habían aprendido bien aquella lección, y ahora, en circunstancias totalmente diferentes, se mostraron demasiado timoratos.

En el arte de la revolución, la apreciación del momento lo es todo. El verano de 1920 fue casi con seguridad un momento en que los revolucionarios podían haber dirigido a la clase obrera a la victoria en el corazón de Europa. El precio de su fracaso fue incalculable.

El «bienio rojo» en Italia

Italia, como Alemania, estaba al borde de la revolución en el verano de 1920, después de que las tensiones de la guerra imperialista hubieran abierto profundas grietas en un orden social inestable. Durante el *Biennio Rosso* italiano (1919-20) el país estuvo a punto de resolver sus tensiones mediante una revolución socialista, y que esto no llegara a suceder iba a tener penosas consecuencias. El fracaso de la izquierda se convirtió en oportunidad para la derecha: los fascistas de Benito Mussolini tomaron el poder en 1922.

Las raíces de la crisis de posguerra residían en la endeblez de la revolución burguesa en el país, larga, vacilante y nunca completada. Incluso después de las reformas antifeudales de 1796-1814 impuestas bajo el dominio francés, y las sucesivas insurrecciones de 1820, 1831, 1848 y 1860, Italia solo había experimentado una modernización a medias. El país era un espectacular ejemplo de lo que Trotski llamaba «desarrollo desigual y combinado». En mayo de 1915, cuando entró en la Primera Guerra Mundial, tenía una industria capitalista avanzada y una clase obrera moderna en ciudades del norte como Milán y Turín, pero también un sur rural de campesinos desesperadamente pobres dominado por terratenientes, curas y mafiosos.

Antes de la guerra, la creciente militancia y radicalización de la clase obrera del norte había comenzado a penetrar en el interior rural y a agitar y poner en movimiento las aldeas. Esto se había contrarrestado mediante una dura represión y un giro a la retórica nacionalista por parte de una elite política que si destacaba por algo era principalmente por su corrupción. El imperialismo, como en otros países de Europa, se aprovechó para sabotear el atractivo del socialismo. Italia se embarcó en guerras coloniales en Etiopía en 1896 y en Libia en 1911-12, y a continuación entró en la guerra mundial con el objetivo primordial de asegurarse parte del territorio en los Balcanes a expensas de Austria-Hungría.

Pese a su reciente desarrollo económico, Italia carecía de una base industrial suficiente para sostener esas ambiciones imperiales. Como observó en cierta ocasión Bismarck, Italia tenía mucho apetito

pero los dientes podridos. La guerra impuso tensiones enormes a la sociedad italiana y llevó esas tensiones sociales profundamente enraizadas hasta el nivel de una crisis general.

La mayoría de los italianos estaban contra la guerra desde el principio y siguieron oponiéndose a ella mientras duró. Desgraciadamente el Partido Socialista, en el que había tantos reformistas como revolucionarios, no ofreció una clara dirección contra la guerra. Su lema era: «Ni apoyo ni sabotaje», cuando el de Lenin había sido: «¡Abajo la guerra imperialista!».

Italia perdió medio millón de soldados en la guerra y la miseria de las trincheras tenía como contrapartida la escasez de pan y el hambre en la retaguardia. En agosto de 1917 estallaron grandes huelgas en las fábricas de Turín y hubo grandes deserciones del ejército en octubre y noviembre.

La pobreza secular de las aldeas, la nueva explotación de las fábricas y las matanzas y privaciones de la guerra se combinaron para dar lugar al Bienio Rojo.

Durante el verano de 1919 se produjo una huelga general durante tres días en solidaridad con la revolución rusa. En la primavera de 1920 fueron los obreros metalúrgicos de Turín los que se pusieron en huelga exigiendo el reconocimiento de sus *camere del lavoro* (consejos de fábrica), en las que el dirigente revolucionario Antonio Gramsci veía un equivalente italiano de los soviets rusos. Aquel movimiento llegó a su apogeo en agosto de 1920. Los obreros industriales de Milán ocuparon sus fábricas como respuesta a un cierre patronal. Una oleada de ocupaciones recorrió el «triángulo industrial» del noroeste de Italia. Alrededor de 400.000 metalúrgicos y 100.000 trabajadores de otros sectores participaron en ella. Las fábricas ocupadas servían como bases militares: se defendían frente a la policía y se almacenaban en ellas gran cantidad de armas. La clase obrera italiana estaba harta; entre los obreros reinaba un ambiente insurreccional.

El gobierno estaba paralizado. El primer ministro, Giovanni Giolitti, admitió ante el Senado que no disponía de fuerzas suficientes para poner fin a la movilización, por lo que realizó algunas concesiones y llegó a un acuerdo con los dirigentes

sindicales. El Partido Socialista no estaba preparado para desafiar esa decisión; el aparato, tanto de los sindicatos como del partido, estaba dominado por los reformistas. Si un partido revolucionario, suficientemente grande y arraigado hubiera dirigido una insurrección en agosto de 1920, es probable que la clase obrera italiana hubiera tomado el poder estatal arrastrando tras de sí a la masa de campesinos y de pobres rurales y urbanos. La razón fundamental por la que esto no sucedió fue la falta de claridad, organización y dirección revolucionaria.

El precio que se pagó fue muy alto: el movimiento proletario en retirada iba pronto a ser derrotado y aplastado por el fascista.

REVOLUCIÓN MUNDIAL

El capitalismo es un sistema mundial. Mucho de lo que se ha hablado recientemente sobre la «globalización» parte de la idea de que no ha cobrado esa forma hasta hace muy poco, pero he aquí lo que Marx y Engels decían del desarrollo del sistema en 1848, en el *Manifiesto Comunista*:

> El descubrimiento de América y la circunnavegación de África ofrecieron a la burguesía en ascenso un nuevo campo de actividad. Los mercados de las Indias y de China, la colonización de América, el intercambio comercial con las colonias, la multiplicación de los medios de cambio y de las mercancías en general imprimieron al comercio, a la navegación y a la industria un impulso hasta entonces desconocido y aceleraron con ello el desarrollo del elemento revolucionario de la sociedad feudal en descomposición.

Para Marx, «el establecimiento de la industria moderna y del mercado mundial» iban de la mano. La globalización es tan antigua como el capitalismo, muy anterior a la tecnología digital de principios del siglo XXI, las comunicaciones por radio del siglo XX o el telégrafo del siglo XIX. Es muy anterior a la trata de esclavos del siglo XVIII y a las primeras colonias en el siglo XVII. Se remonta a los primeros vagidos del sistema en las redes comerciales de los siglos XV y XVI.

El capitalismo no s0lo es global, sino también muy infeccioso. Una vez que aparece en un lugar, se contagia rápidamente. Esto se debe al carácter competitivo de un mundo dividido en corporaciones y estados rivales. Los que no consiguen desarrollarse económicamente y permanecen atrapados en sistemas sociales preindustriales, están condenados a la derrota. El acero y las armas de fuego de los conquistadores españoles triunfaron sobre las armas de piedra de los aztecas y los incas. Los europeos conquistaron la India con fusiles de chispa y una disciplina de hierro. Los británicos derrotaron a los zulúes y los derviches con ametralladoras y artillería. Esta es la razón primordial por la que las revoluciones burguesas desde abajo —en los Países Bajos, Gran Bretaña, las Trece Colonias británicas en América y Francia— fueron pronto seguidas por revoluciones burguesas desde arriba en Italia, Alemania, Japón, Turquía y muchos otros países. Dado que el

capitalismo desencadena una revolución industrial, las clases dominantes de otros lugares están obligadas a asumir el cambio o quedar atrás en la rivalidad geopolítica. Por eso los imperativos de la competencia económica y político-militar aseguran que la industrialización, una vez que se pone en movimiento, se extiende a todo el mundo. La globalización del comercio se convierte en la globalización de la industria.

Si el capitalismo es un sistema mundial, de ello se deduce que la clase obrera es una clase internacional. Los trabajadores se ven divididos por el nacionalismo, pero eso no refleja sus auténticos intereses. Para vencer a los patronos, que operan globalmente, tienen que unirse por encima de las fronteras nacionales. Para lograr la emancipación social tienen que destruir el estado-nación y crear otro auténticamente democrático. Para defender sus conquistas frente a la contrarrevolución del capital internacional, tienen que extender su lucha al mundo entero.

No se puede construir «el socialismo en un solo país». Marx, Engels, Lenin, Trotski y muchos otros pensadores marxistas habían insistido siempre en que la revolución proletaria tenía que ser mundial o fracasaría. Una «economía asediada» socialista solo puede sobrevivir durante un tiempo. Al final, o bien la pobreza y la inseguridad obligan a la revolución a replegarse sobre sí misma y crear nuevas formas de explotación y militarización para sobrevivir, o el estado obrero sucumbe frente a la combinación hostil del boicot económico, la guerra civil y la agresión militar extranjera. Esa convicción era fundamental en el pensamiento de los dirigentes bolcheviques después de la Revolución de Octubre y por eso dieron prioridad a la creación de la Internacional Comunista (la Comintern o Tercera Internacional) en 1919.

Los bolcheviques querían crear una internacional revolucionaria para sustituir a la Segunda Internacional de los partidos socialdemócratas que se habían derrumbado cuando sus respectivas fracciones parlamentarias votaron por respaldar a sus propios gobiernos tras el estallido de la Primera Guerra Mundial. La nueva internacional debía ser el alto mando de la revolución mundial. Sus cuatro primeros congresos fueron asambleas

auténticamente revolucionarias de creciente tamaño e importancia. El primero, en marzo de 1919, recibió 51 delegados de 33 países; el cuarto, en noviembre-diciembre de 1922, 408 delegados de 61 países.

¿Hasta qué punto era realista el objetivo de la revolución mundial?

La revolución es contagiosa. Como el capitalismo es un sistema mundial, sus grandes crisis son siempre internacionales. Situaciones similares provocan respuestas semejantes, y las noticias de la revolución en otros lugares pueden sacudir rápidamente la delgada capa de conformismo y obediencia. La Revolución americana inspiró la Revolución francesa. Las revoluciones de 1848 se extendieron por toda Europa. La Revolución rusa de 1917 desencadenó la oleada de revoluciones más poderosa de la historia de la humanidad. Aquellas convulsiones no se restringieron a Alemania e Italia, sino que se dejaron sentir en toda Europa y más allá.

A finales de 1918 el gobierno nacionalista-liberal de Hungría se derrumbó y fue sustituido por un gobierno «soviético» radical de comunistas y socialdemócratas dirigido por Béla Kun. En abril de 1919 se estableció en Munich una «república soviética» y aquel mismo mes los revolucionarios intentaron tomar el poder en Viena. Por un momento se entrevió así un posible futuro alternativo: Budapest, Munich y Viena podrían haber formado un bloque revolucionario en el corazón de Europa.

Pero no fue así. En cada uno de aquellos casos, los revolucionarios no eran lo bastante fuertes como para impedir que los reformistas hicieran descarrilar la revolución. Uno de los líderes revolucionarios bávaros, Eugen Leviné, resumió así la experiencia de su trabajo con los «aliados» socialdemócratas y socialistas independientes pocos días antes de ser fusilado tras la derrota de la República de los Consejos bávara: «Los socialdemócratas comienzan, luego se echan atrás y nos traicionan. Los independientes aceptan el reto, se nos unen y luego nos dejan caer. Y nosotros, los comunistas, quedamos contra el muro. No tenemos ante nosotros otra cosa que una muerte aplazada». La cuestión es simple: la revolución era posible. Lo que la frustró una y otra vez fue

la confianza depositada por los trabajadores en dirigentes reformistas comprometidos en la defensa del capitalismo y el estado.

El fermento revolucionario tampoco se limitó a los países derrotados como Austria-Hungría o Alemania, ni a los más débiles como Rusia e Italia. En Gran Bretaña, Francia y España también se contagiaron de la fiebre revolucionaria.

Soldados británicos se amotinaron debido al retraso en repatriarlos desde Francia y se negaron a entrar en batalla contra las fuerzas bolcheviques cuando los enviaron a Rusia. Las huelgas en las empresas de Glasgow generaron duros choques con la policía y obligaron al despliegue de soldados en 1919. La formación de una «triple alianza» de los sindicatos de la minería, el transporte y los ferrocarriles aterrorizó al gobierno a principios de 1920.

España tuvo su propio trienio bolchevique en 1918-20, años durante los que la CNT estuvo vinculada a la Comintern, con disturbios por el precio y la escasez de pan, huelgas de masas, ocupaciones de tierras por los campesinos, violentos enfrentamientos en las calles y la proclamación de repúblicas bolcheviques en algunas ciudades. Tal como escribió el novelista estadounidense John Dos Passos, «aquí, como en cualquier otro lugar, Rusia ha sido el faro que guiaba la movilización».

El contagio saltó de un continente a otro. En Australia, Canadá y Estados Unidos se produjeron huelgas generales cuando los trabajadores trataban de construir sindicatos, obtener mejores salarios y mejorar sus condiciones de vida. También pasó de los principales países metropolitanos a la periferia colonial. Los republicanos irlandeses emprendieron una guerra de guerrillas para obtener la independencia. En Egipto las multitudes pedían el fin del dominio británico. En India se multiplicaron las huelgas, manifestaciones y disturbios. Los estudiantes chinos encabezaron un movimiento de masas contra el colonialismo.

Entre 1918 y 1923 el futuro de la humanidad estuvo en la balanza. Los historiadores académicos niegan aquel potencial y prefieren comentar el periodo con cerriles y desdeñosas referencias a la anarquía. Se sienten más a gusto con las maniobras de los

generales y los paseos de los hombres de estado que con los movimientos de masas de la gente común y corriente, lo bastante poderosos como para convertir la revolución mundial en una posibilidad real.

La primera revolución china (Xinhai)

Entre 1911 y 1949 un proceso prolongado y complejo de guerra y revolución acabó transformando China. La primera fase de aquel proceso, acelerada por el impacto de la Primera Guerra Mundial y la Revolución rusa, acabó en la contrarrevolución de 1927. La segunda fase, desencadenada por la Segunda Guerra Mundial, acabó con la victoria del Partido Comunista chino y el establecimiento de la República Popular de China en 1949. En la primera fase se pretendió organizar una insurrección proletaria siguiendo el modelo ruso; su derrota en 1927 iba a configurar toda la historia subsiguiente del país.

La crisis revolucionaria en China fue desencadenada por el imperialismo. Durante el siglo XIX las principales potencias extranjeras habían obtenido una serie de concesiones (colonias y privilegios comerciales asociados) en la costa china, mediante una combinación de sobornos, amenazas y acciones militares. La resistencia nacionalista china había sido aplastada y la decadente dinastía Qing había sido respaldada por las potencias extranjeras como escudo para las concesiones.

Pero en octubre de 1911 los gobernantes manchúes, desacreditados sin remedio por su incapacidad para defender el territorio nacional, fueron derrocados por una sublevación militar. Se proclamó una República y el líder nacionalista Sun Yatsen, que regresó de su exilio, se convirtió en presidente.

Sun Yatsen fue pronto desplazado por el general Yuan Shikai, quien disolvió el parlamento y se convirtió en dictador. La burguesía nacionalista era demasiado débil para llevar a cabo sus tareas históricas —constituir un gobierno estable, unificar el país y llevar a cabo reformas modernizadoras—, por lo que su lugar fue asumido por oficiales del ejército; pero estos también carecían de medios para superar los conflictos que desgarraban la sociedad china.

Sun Yatsen y su Partido Nacional Popular (Guomindang) establecieron una nueva base política en la ciudad portuaria meridional de Guangzhou; pero la mayor parte de China no estaba gobernada ni por el dictador de Beijing ni por los liberales de

Guangzhou, sino bajo la égida de uno u otro de más de un millar de señores de la guerra regionales.

La burguesía china era débil por tres razones: primera, solo uno de cada cinco de los 350 millones de habitantes de China vivía en ciudades de cierto tamaño; era un país esencialmente agrícola de terratenientes y campesinos con pocos ferrocarriles, malas carreteras y escasa industria de consideración.

Segunda, la burguesía estaba dividida por sus relaciones contradictorias con el imperialismo. Algunos capitalistas chinos querían construir industrias propias y aborrecían las concesiones a los extranjeros, mientras que otros tenían estrechos lazos económicos con el capitalismo extranjero.

Tercera, la burguesía temía a las masas. Incluso a los que propugnaban la independencia nacional les preocupaba perder el control de los acontecimientos frente a fuerzas más radicales. Recordaban con terror las rebeliones Taiping y de los bóxers.

La debilidad de la burguesía de Guangzhou y de la dictadura de Beijing dejaba un vacío político, que fue ocupado por los señores de la guerra, jefes militares regionales que construyeron bases de poder estableciendo alianzas con los terratenientes, hombres de negocios, oficiales del ejército y bandas criminales en las áreas que controlaban. El colapso de la autoridad central del estado significaba una quiebra del orden y una amenaza a la propiedad. El resultado fue un mosaico inestable de pequeños estados-bandidos. El derrocamiento de la dinastía Qing tuvo por tanto el efecto de hacer a China más vulnerable frente a la depredación del imperialismo extranjero. La principal amenaza venía de Japón.

Los japoneses habían obtenido un control real efectivo de Corea tras la guerra chino-japonesa de 1894-95, y luego de Manchuria tras la guerra ruso-japonesa de 1904-05. Esos dos conflictos convirtieron a Japón en la potencia imperial dominante en China. Durante la Primera Guerra Mundial los japoneses se apoderaron de las colonias alemanas en China e hicieron pública una lista de 21 demandas que equivalían a la proclamación de un protectorado japonés sobre todo el país. Al finalizar la guerra Japón, con la tercera mayor armada del mundo, era una gran potencia, y su

apropiación de las colonias alemanas fue reconocida por las otras potencias vencedoras en la conferencia de paz de Versalles de 1919.

Como consecuencia, los delegados chinos se negaron a firmar el Tratado de Versalles, y cuando la noticia llegó a Beijing detonó un nuevo alzamiento revolucionario. Las protestas contra el imperialismo encabezadas por los estudiantes desencadenaron una oleada de acciones en las que participaron millones de chinos, con asambleas masivas, manifestaciones, boicot a los artículos japoneses y una huelga general en Shanghai.

El «movimiento del 4 de mayo» (*Wusì Yùndòng*) de 1919 fue mucho más poderoso que el de 1911. La producción de guerra había incrementado el tamaño y la confianza de la incipiente clase obrera en los principales puertos y centros de producción como Shanghai. La revolución rusa había mostrado que la clase obrera podía encabezar una revolución socialista en un país predominantemente campesino. En 1918 había comenzado a reunirse en la Universidad de Beijing un círculo de estudios marxistas y en 1921 se fundó en Shanghai el Partido Comunista chino (*Gòngchandang*). Al año siguiente se produjeron grandes huelgas en varias ciudades, en las que los trabajadores chinos se enfrentaban a los matones de las empresas, a los policías extranjeros y a los ejércitos de los señores de la guerra. El PC chino se convirtió pronto en un partido de masas.

Las luchas nacionales y sociales comenzaron a reforzarse mutuamente. La independencia nacional no se podía lograr sin movilizar a las masas para derrotar al imperialismo y a los señores de la guerra; y los trabajadores no podían poner punto final a su pobreza sin enfrentarse a los capitalistas y a la policía extranjera.

Entre 1924 y 1927 el Guomingdang y el Gòngchandang establecieron una alianza. Los soviéticos crearon una academia militar en Whampoa, cerca de Guangzhou, para entrenar a los oficiales del ejército del Guomindang y se alentó a los comunistas chinos a seguir la dirección política de los nacionalistas.

Cuando el general Chiang Kaishek (Jiang Jieshi en mandarín), sucesor de Sun Yatsen al frente del Guomindang, organizó la

Expedición al Norte en 1926, se produjeron levantamientos de obreros y campesinos contra los señores de la guerra locales a medida que se aproximaba el ejército nacionalista. Una marea de revolución nacional y social recorrió el sur de China.

Terratenientes, comerciantes y usureros huyeron. Se crearon cooperativas en los pueblos. Los obreros urbanos tomaron sus fábricas. El vendaje de los pies femeninos, la prostitución infantil, la adicción al opio y otras antiguas opresiones desaparecieron. Parecía estar amaneciendo una nueva era de liberación social.

Shanghai fue el Petrogrado de la revolución china. En marzo de 1927, mientras Chiang Kaishek se aproximaba a la ciudad, 600.000 obreros participaron en una huelga general que duró 12 días. Milicias sindicales armadas se hicieron con el control de la ciudad. Un gobierno en el que prevalecían los dirigentes obreros tomó el poder. Cuando llegó el ejército del Guomindang, los obreros recibieron instrucciones de sus dirigentes para entregar sus armas y recibir a los soldados nacionalistas como liberadores; pero tan pronto lo hubieron hecho, el 12 de abril de 1927, Chiang Kaishek ordenó tras su entrada en Shanghai, en colaboración con la «Banda Verde» que controlaba las redes de prostitución y opio de la ciudad, una purga contrarrevolucionaria en la que murieron decenas de miles de obreros; los sindicatos fueron disueltos y las redes de activistas liquidadas. El movimiento revolucionario de la clase obrera en Shanghai quedó destruido en cuestión de días.

El terror contrarrevolucionario se extendió desde Shanghai a otras ciudades y provincias. Al final del verano los nacionalistas —ahora en alianza con terratenientes, capitalistas, bandas criminales y potencias extranjeras— habían aplastado la primera revolución china, con lo que frustraron cualquier posibilidad de movilizar las fuerzas necesarias para obtener y consolidar la independencia nacional.

El Guomindang era un partido nacionalista burgués. Sus dirigentes y los oficiales de su ejército provenían de las clases propietarias, por lo que veían la revolución proletaria y campesina de 1926-27 como una amenaza todavía mayor que los señores de la guerra y los imperialistas.

¿Pero por qué habían entregado sus armas los obreros de Shanghai? ¿Por qué habían entregado el poder a la burguesía nacionalista? ¿Cómo pudo cometer un error tan catastrófico la dirección comunista de la clase obrera?

Trotski había argumentado con vehemencia contra una alianza con el Guomindang. Los obreros chinos tenían que mantener una organización independiente, insistía, incluida una milicia revolucionaria armada, y emprender una revolución socialista. Pero se vio derrotado y apartado. Lenin había muerto, Trotski quedó marginado y Stalin era ahora la figura política dominante en la Unión Soviética.

Los comunistas chinos habían sido conducidos al desastre por sus asesores de la Comintern porque la Unión Soviética, aislada y acosada, se estaba convirtiendo en una dictadura burocrática hostil a la revolución internacional de la clase obrera.

La distancia desde Ciudad de México hasta Cuernavaca, la capital del estado de Morelos, es de menos de 80 km; pero en 1914 ese viaje lo llevaba a uno de un universo social a otro. La capital federal estaba controlada entonces por una burguesía liberal de terratenientes, hombres de negocios y políticos, mientras que Cuernavaca estaba controlada por los zapatistas.

En Cuernavaca todos los varones vestían la camisola blanca, sarape, sombrero charro y huaraches (sandalias) típicos de los peones mexicanos; todos se parecían entre sí y era imposible decir quiénes eran los jefes y quiénes no. Todos hablaban el lenguaje sencillo del pueblo. Prácticamente todos eran indios o mestizos, y muy pocos sabían leer o escribir.

Los ricos habían huido de aquella ciudad controlada por los campesinos revolucionarios, cuyo líder era un modesto granjero convertido en comandante guerrillero llamado Emiliano Zapata.

Zapata personificaba la revolución de los campesinos mexicanos. Nunca llegó a superar del todo la ingenuidad y rusticidad del pueblo. Odiaba la ciudad y desconfiaba de los hombres vestidos con trajes y zapatos. De la elite de políticos que gobernaba México, dijo en una ocasión: «¡Solo son unos hijos de la chingada!». Por eso rehuía Ciudad de México, la política nacional y los intentos de sobornarlo con ofertas de altos puestos en la administración.

Personalmente incorruptible, seguía leal al cabo de una década de revolución a la causa de los campesinos, por lo que los pobres del sur de México lo idolatraban. Cuando le preguntaron a una anciana de un pueblecito aislado qué pensaba de él, respondió: «Nosotros, los pobres indios de las montañas, iríamos atados a la cola del caballo del jefe Zapata».

La piedra de toque de la política de Zapata y de la reforma agraria que emprendió era el Plan de Ayala de 1911; la sexta cláusula exigía la devolución de los campos, bosques y vías fluviales que los ricos habían arrebatado a los pueblos; la séptima, la expropiación de un tercio de los latifundios y que fueran distribuidos entre los campesinos sin tierra; y la octava, la

nacionalización de todas las propiedades de los contrarrevolucionarios y que dos terceras partes de lo obtenido en su subasta sirviera para pagar pensiones de guerra e indemnizaciones a los pobres.

El Plan de Ayala era una respuesta a la traición de las esperanzas revolucionarias con las que muchos pobres se habían unido a la lucha armada contra la dictadura de Porfirio Díaz en 1910.

Cuando comenzó aquella revolución, México estaba dominado por una elite terrateniente de origen colonial español. La política estaba en manos de camarillas egoístas y las elecciones se decidían mediante componendas en la trastienda y pucherazos. Sucediera lo que sucediera, los grandes hacendados seguían gobernando.

Eso no significa que no cambiara nada; simplemente significaba que el cambio siempre beneficiaba a los mismos. De hecho, las cosas estaban cambiando: la demanda global de exportaciones de materias primas desde México aumentaba, especialmente desde mediados de la década de 1890, y los hacendados se estaban beneficiando de ello, ampliando sus propiedades, emprendiendo obras de irrigación e instalando nueva maquinaria en los molinos.

Un obstáculo para esos beneficios podía ser el pueblo, pero los hacendados tenían dinero y el estado estaba corrompido, por lo que podían abrirse paso fácilmente contratando a sus propios matones y sobornando a los jueces y a la policía local. Si los campesinos acudían a la ciudad para defender sus antiguas reivindicaciones, los tribunales siempre las rechazaban como basura.

Así era México durante la dictadura de Porfirio Díaz; pero su régimen —el de una facción acaparadora agrupada en torno a un autócrata envejecido— era demasiado exclusivista e inflexible. Cuando Francisco Madero, un político liberal, desafió la dictadura de Díaz en 1910, obtuvo un amplio apoyo de la clase media, y lo que es más importante, cuando Díaz se resistió los pueblos estallaron.

Pero, una vez en el poder, Madero pidió a los guerrilleros que se desarmaran y se olvidó de sus promesas de reforma agraria. Cuando los campesinos protestaron, el campo se llenó de policías

armados y soldados federales. La guerra de clases en el campo mexicano se reanudó inmediatamente.

La principal contradicción de la sociedad mexicana era la que existía entre las haciendas y los pueblos, entre los terratenientes de origen español y los campesinos indios, entre los pocos ricos y la mayoría que no lo eran. La diferencia entre los conservadores partidarios de Díaz y los liberales seguidores de Madero era secundaria.

En Latinoamérica los políticos conservadores solían preferir en general la dictadura y contaban con el apoyo del ejército y la iglesia, así como de los sectores más tradicionales de la clase dominante como las viejas familias terratenientes. Los liberales preferían gobiernos parlamentarios, querían mayor independencia frente a la influencia extranjera (especialmente la de Estados Unidos), y obtenían apoyo de algunos hombres de negocios y de la clase media. Pero era mucho más lo que los unía que lo que los separaba: eran dos alas de una única elite propietaria de origen español. Por eso los liberales les dieron la espalda a los campesinos en cuanto se hubieron deshecho de Díaz.

El principal jefe guerrillero en el norte era el antiguo bandolero Pancho Villa. Un *bandolero* era alguien fuera de la ley que robaba a los ricos y contaba con el apoyo de la gente humilde de la que provenía. En periodos de crisis el bandolerismo podía crecer hasta convertirse en un movimiento campesino revolucionario, transformando una figura como Pancho Villa en un líder nacional. Pero Villa era políticamente simple y un tanto oportunista. Aunque nunca rompió con los campesinos del norte de México, tampoco les proporcionó un liderazgo revolucionario claro y coherente.

En el sur fue Emiliano Zapata quien se convirtió en el principal jefe guerrillero. Siendo él mismo un pequeño granjero, estaba más firmemente enraizado en el pueblo que Villa, y su política era un reflejo más fiel de las aspiraciones de los campesinos pobres que deseaban tierra, agua y seguridad.

La resistencia de Villa, Zapata y otros jefes populares paralizó el aparato estatal en gran parte del México rural, dejando a sus fuerzas de policía y sus soldados aislados en las principales ciudades,

mientras que el campo circundante quedaba en manos de los rebeldes.

La historia se repitió así a un nivel más alto. Madero fue asesinado el 22 de febrero de 1913 por uno de sus generales, Victoriano Huerta, pero otro político liberal, Venustiano Carranza, formó rápidamente un ejército «constitucionalista» para renovar la alianza con el campesinado y reanudar la lucha contra la dictadura.

Tras la Convención de Aguascalientes Pancho Villa y Emiliano Zapata entraron en Ciudad de México el 6 de diciembre de 1914 al frente de un ejército de 60,000 campesinos armados, mientras Carranza y sus seguidores se trasladaban a Veracruz; pero en lugar de tomar el poder estatal, Villa y Zapata se lo devolvieron a la burguesía liberal.

La encarnación por Zapata de la revolución social agraria de los pueblos mexicanos era demasiado completa. Odiaba a los ricos y a los liberales, tras su larga experiencia de mentiras y traiciones. El Plan de Ayala, que exudaba amargura, denunciaba a Madero por su intento de «acallar y ahogar en sangre con la fuerza bruta de las bayonetas a los pueblos que piden, solicitan o demandan de él el cumplimiento de las promesas de la revolución». Aun así, en diciembre de 1914, en su momento de mayor poder, Zapata entregó la autoridad estatal a los constitucionalistas de Carranza, los sucesores liberales de Madero, y prefirió retirarse a Morelos y actuar como guardián de la reforma agraria local.

Incapaz de imaginar, y menos aún de construir, un estado democrático de obreros y campesinos, Zapata permitió que el espacio que él y sus seguidores habían ocupado en la cúspide de la sociedad mexicana volviera a ser ocupado por los enemigos de clase del pueblo. Al cabo de poco tiempo, cuando se completaron los preparativos y se juzgó que había llegado el momento adecuado, esos enemigos iban a contraatacar para erradicar el peligroso ejemplo del zapatismo: revolución desde abajo por la gente humilde del campo.

Les llevó seis años. La campaña militar en el norte contó con la ayuda de tropas estadounidenses desde el otro lado de la frontera y pronto hicieron huir a Villa. Aunque la resistencia guerrillera se

prolongó, el movimiento revolucionario del norte nunca se llegó a recuperar del todo. Villa fue finalmente asesinado en julio de 1923.

La resistencia en el sur fue más tenaz, pero al final, como consecuencia de la devastación y la despoblación, la revolución zapatista se redujo a poco más que pequeñas bandas guerrilleras; pero incluso entonces la vieja «hermandad» de jefes revolucionarios del sur constituida en 1910 se mantuvo firme. Algunos aceptaron la amnistía, pero ninguno se volvió contra sus antiguos camaradas que seguían combatiendo; y la gente del pueblo, despreciando recompensas y amenazas, seguía dando apoyo a los rebeldes fugitivos.

El propio Zapata había muerto ya; el 10 de abril de 1919 cayó en una trampa y al entrar en una hacienda los soldados escondidos en las azoteas abrieron fuego contra él; el coronel al mando fue ascendido a general y recibió un premio en metálico de 50.000 pesos en monedas de oro «por haber cumplido satisfactoriamente la difícil misión que le fue encomendada». El comandante militar del gobierno en Morelos proclamó: «Tras la desaparición de Zapata, el zapatismo ha muerto. Zapata era simplemente un bandido».

Pero las cosas no eran tan simples. Los jefes zapatistas establecieron una alianza con Álvaro Obregón y volvieron a entrar en Ciudad de México como parte de un ejército victorioso en 1920. Carranza fue derrocado y asesinado. Esta vez, decididos a mantener el poder, los liberales dejaron solos a los campesinos de Morelos. Hacía tiempo que Zapata había muerto y México estaba a salvo en su totalidad para el capitalismo.

Para vencer, una revolución debe avanzar, arrastrando cada vez más masas a la lucha, haciéndose con el poder estatal cuando ello se hace posible y utilizándolo como palanca para extender la revolución internacionalmente. Interrumpirla o retroceder equivale a dar a los enemigos de clase la oportunidad para reagruparse, recuperar fuerzas y preparar un contraataque.

La extraordinaria resistencia de los zapatistas durante diez años de revolución sirvió al menos para obtener ciertos beneficios duraderos para los pueblos de México; pero su provincialismo —su creencia en que bastaba hacer la revolución en su propia aldea o

distrito— condenó su visión más amplia de un mundo transformado permanente y radicalmente.

Rebeliones contra el colonialismo

La revolución china fue la rebelión más importante en los países coloniales y semicoloniales del mundo tras la Primera Guerra Mundial, pero hubo muchas otras de un tipo muy parecido.

Las sublevaciones anticoloniales durante el siglo XIX habían solido adoptar una forma tradicional. Sus dirigentes solían ser jefes tribales y potentados dinásticos, y en ellas se habían empleado armas viejas y tácticas anticuadas contra la capacidad de fuego moderna. Su objetivo no pasaba de ser, en la mayoría de los casos, la restauración del antiguo régimen previo a la dominación europea.

Los levantamientos anticoloniales de principios del siglo XX fueron muy diferentes. Encabezados por nuevos movimientos de resistencia y por los sectores más avanzados de la sociedad colonial, se inspiraban en la Revolución rusa y las ideas más radicales del periodo, lo que se vio posibilitado por la transformación de las sociedades tradicionales por el imperialismo. El rápido desarrollo de la infraestructura y la industria por el capital extranjero había creado una nueva clase obrera. Shanghai y Guangzhou, Bombay y Calcuta, Belfast y Dublín se convirtieron en ciudades industriales modernas. El mercado penetró hasta las aldeas más distantes y puso su economía en crisis. Los obreros textiles indios quedaron arruinados por la importación de artículos fabricados a máquina en Manchester. Los precios a la baja de sus productos llevaron a los campesinos latinoamericanos a la miseria.

La guerra aceleró tanto la industrialización como el empobrecimiento. Nuevas industrias de guerra absorbían trabajadores del campo. Millones de asiáticos y africanos fueron movilizados como soldados o trabajadores. Pero el reclutamiento obligatorio, los impuestos de guerra y la escasez de alimentos también significaban miseria en los suburbios y las aldeas. El capitalismo y la guerra estaban desgarrando las sociedades tradicionales, al tiempo que creaban nuevas fuerzas sociales —una clase media instruida y una clase obrera industrial— capaces de protagonizar movimientos remozados de resistencia de masas.

Trotski describió el «desarrollo desigual y combinado» que caracterizaba el capitalismo mundial de la época. La tecnología avanzada, la industria a gran escala y las ciudades modernas coexistían con aldeas donde campesinos analfabetos seguían utilizando arados a mano. Estudiantes universitarios participaban en círculos de estudios comunistas en ciudades dominadas por señores de la guerra feudales y sus esbirros armados. Piquetes de obreros en huelga se enfrentaban a matones que blandían espadas medievales.

Como el desarrollo desigual y combinado cobró una forma extrema en las colonias y semicolonias de la periferia, la lucha de clases solía ser en ellas explosiva. Los acontecimientos sucedidos en Irlanda e India ofrecen ejemplos contrastados de ello.

Entre 1916 y 1923 se desarrolló en Irlanda una escena similar a la de China o México. El país era la colonia más antigua de Gran Bretaña y tenía una larga historia de pobreza, opresión y resistencia. Durante la Pascua de 1916 ochocientos republicanos armados se apoderaron de los principales edificios públicos del centro de Dublín, en particular la Oficina Central de Correos, y se produjo una batalla campal contra las fuerzas de seguridad. En Belfast y Dublín se habían producido encarnizadas luchas de clase inmediatamente antes de la Primera Guerra Mundial e Irlanda parecía estar a punto de conseguir una especie de estatuto de autonomía (Home Rule) en 1914, pero el levantamiento de Pascua fue prematuro, el apoyo popular fue limitado y la participación prevista de los Voluntarios Irlandeses (*Óglaigh na hÉireann*) fue cancelada en el último minuto. El resultado fue que la vanguardia republicana quedó aislada y fue derrotada.

Pero la subsiguiente ejecución de los líderes capturados indignó a la opinión pública irlandesa y contribuyó a un brusco giro hacia la izquierda que dio al Sinn Féin, el principal partido republicano, una victoria abrumadora en las elecciones generales de finales de 1918 (73 escaños de 105). Los candidatos elegidos del Sinn Féin se negaron a ocupar sus escaños en el Parlamento Imperial de Londres y en su lugar constituyeron una Asamblea Irlandesa (Dáil Éireann) que proclamó unilateralmente la independencia. Michael

Collins se encargó de organizar el IRA (Ejército Republicano Irlandés) a partir de los Voluntarios Irlandeses con el fin de desarrollar una campaña militar para destruir el aparato de seguridad británico en la isla.

Entre 1919 y 1921 los británicos desarrollaron una brutal guerra colonial contra los irlandeses. La victoria total parecía imposible, pero consiguieron dividir a la resistencia ofreciendo la independencia al sur de Irlanda a cambio del reconocimiento del dominio británico sobre la «provincia» del Ulster en el norte. La guerra de independencia degeneró entonces en una guerra civil. Los británicos respaldaban a los partidarios del «Estado Libre» incluido en la Comunidad Británica de Naciones que aceptaban la partición, como Michael Collins, contra los «republicanos» que la rechazaban como Eamon De Valera.

El socialista revolucionario irlandés James Connolly, ejecutado por su participación en el Levantamiento de Pascua, había predicho que la partición conduciría a «una desmesura reaccionaria a ambos lados de la frontera», y estaba en lo cierto. La población principalmente campesina del sur quedó dominada por una elite política «verde» de republicanos católicos irlandeses, mientras que en el norte más industrializado lo era por una elite política «naranja» de leales protestantes anglo-irlandeses. La frontera convirtió las grietas sectarias en abismos, dejando a la clase obrera irlandesa profundamente dividida e impotente.

Si Irlanda era la colonia británica más antigua, India era la mayor, con unos 250 millones de habitantes. La mano de obra, los recursos y las finanzas habían afluido a los frentes de batalla en Europa y en Oriente Medio durante la guerra. Cuando esta concluyó, las manifestaciones, huelgas y disturbios por los alimentos se extendieron por todo el país.

El 16 de abril de 1919 el general Dyer ordenó a cincuenta fusileros abrir fuego contra una multitud de alrededor de 20.000 manifestantes reunidos dentro de un recinto amurallado en Amritsar. Siguieron disparando durante diez minutos y mataron a más de mil personas. Cuando se extendió la noticia de la matanza, la resistencia alcanzó nuevos niveles. Millones de campesinos,

obreros y pobres urbanos participaron en acciones de masas. Hindúes y musulmanes combatieron juntos contra sus jefes, los terratenientes y la policía. El gobernador de Bombay admitió más tarde que el movimiento «nos aterrorizó» y «estuvo a dos dedos de vencer».

Su fracaso no tuvo nada que ver con los británicos. La movilización fue desconvocada por Mahatma Gandhi y los dirigentes del Congreso, el principal partido nacionalista indio. Gandhi había convertido la «no violencia» (*ahimsa*) en un principio inconmovible. Pese a la violencia de la reciente guerra imperialista, que él mismo había apoyado, y pese a la violencia de un ejército extranjero de ocupación dispuesto a utilizar una fuerza letal contra los manifestantes, Gandhi se opuso al uso de la autodefensa armada por el movimiento nacional indio en su lucha por la independencia.

Para Gandhi —un nacionalista moderado con aires místicos— puede que la *ahimsa* fuera una cuestión de principios, pero su consecuencia política fue limitar la lucha por la independencia a la agitación nacionalista e impedir que se convirtiera en una lucha de clase contra la explotación, lo que habría amenazado los intereses de la burguesía india representada por el Partido del Congreso. Bajo una dirección revolucionaria decidida, el movimiento nacional indio podría haber acabado con el dominio británico a principios de la década de 1920; bajo su dirección liberal vacilante, permitió que el dominio extranjero se prolongara durante otro cuarto de siglo, y cuando acabó fue inmediatamente seguido por la violencia sectaria, la limpieza étnica y un genocidio de ferocidad sin precedentes.

¿Por qué fracasaron las revoluciones coloniales? La teoría de la revolución permanente de Trotski, desarrollada en un principio para explicar el carácter de la Revolución rusa, ofrece una respuesta. La burguesía nacionalista vacilaba porque estaba ligada por fuertes lazos a un orden social basado en la propiedad privada de la tierra y el capital. Allí donde los movimientos de masas de obreros y campesinos se hacían lo bastante poderosos como para amenazar el dominio colonial, amenazaban también la propiedad y el poder de los terratenientes y capitalistas nativos. El instinto de clase aseguraba entonces que los dirigentes nacionalistas, o bien

frenaban el movimiento o se unían a la contrarrevolución para aplastarlo. La lección no era nueva: la emancipación de las masas tendría que ser obra de las propias masas. La libertad nunca sería un regalo, sino que había que conquistarla.

El estalinismo, amargo fruto de la derrota revolucionaria

A finales de 1923 la gran oleada revolucionaria impulsada por la Primera Guerra Mundial retrocedía en toda Europa. La revolución alemana había sido derrotada y la República de Weimar, un régimen parlamentario liberal, había alcanzado cierta estabilidad. La insurrección de octubre de 1917 no había detonado la revolución socialista mundial como pretendían los bolcheviques. El propio Lenin se convirtió en símbolo llamativo de la decepción de las esperanzas revolucionarias: cada vez más incapacitado por una serie de derrames cerebrales, murió en 1924. La Unión Soviética quedó aislada, rodeada de enemigos, devastada por la guerra y empobrecida por el colapso económico. El régimen bolchevique, debatiéndose por sobrevivir en una situación desesperada, se replegó sobre sí mismo y con el tiempo degeneró en una caricatura espantosa de sus antiguos ideales socialistas.

La gran falacia de la historia política del siglo XX es que aquel resultado era inevitable y que el estalinismo era la consecuencia indefectible de la revolución bolchevique. La realidad es muy diferente. En 1924-28 la burocracia del partido-estado que había emergido en la Unión Soviética bajo la dirección de Stalin llevó a cabo una contrarrevolución. Había venido acumulando poder durante años y cuando actuó decisivamente a finales de la década de 1920 pudo destruir los maltrechos vestigios que quedaban de la democracia obrera. Se suprimieron las asambleas, se acalló a los portavoces y los oposicionistas fueron purgados y deportados por la maquinaria del partido-estado ahora dominada por funcionarios que se habían unido al partido comunista después de la revolución. La oposición de izquierdas, dirigida por Trotski, fue desmantelada.

Durante la década de 1930 la burocracia se consolidó liquidando prácticamente todo el viejo partido bolchevique. Los veteranos de la insurrección de octubre fueron detenidos, torturados, sometidos a juicios-farsa, denunciados como «saboteadores» y «agentes encubiertos del enemigo» y ejecutados por la policía secreta de Stalin

De los siete miembros titulares y cuatro suplentes del politburó bolchevique en 1923, solo Stalin, Molotov y Kalinin (suplentes estos dos últimos) seguían todavía vivos a mediados de la década de 1940. Lenin había muerto por causas naturales, Tomski se suicidó temiendo ser detenido y ejecutado, y Kamenev, Zinoviev, Bujarin, Rikov, Rudzutak y Trotski habían sido asesinados.

¿Cómo fue esto posible? Los dirigentes bolcheviques habían repetido insistentemente que la Rusia atrasada no podía alcanzar por sí sola el socialismo. El 11 de enero de 1918 Lenin explicaba: «La victoria final del socialismo en un solo país es por supuesto imposible. Nuestro contingente de obreros y campesinos que sostiene el poder soviético no es más que uno de los contingentes del gran ejército mundial». Lo que los dirigentes bolcheviques no habían podido predecir era la forma de la contrarrevolución que acabaría destruyéndolos. Tres fueron los aplastantes factores materiales acumulados sobre la revolución rusa: el peso social del campesinado, el colapso económico provocado por la guerra y la desintegración de la clase obrera.

La alianza entre obreros y campesinos había posibilitado la revolución, pero los campesinos eran diez veces más que los obreros. Si estos últimos no se hubieran ganado a los campesinos, habrían sido aplastados por los campesinos-soldados leales al zar; pero los bolcheviques les habían prometido «pan, paz y tierra», y por eso apoyaron la insurrección de octubre.

Pero los intereses de obreros y campesinos divergieron luego: la clase obrera es colectiva porque su trabajo es colectivo. Los obreros no pueden repartirse las minas, fábricas y ferrocarriles en unidades individuales; tienen que dirigir la economía como un todo integrado. Los campesinos, en cambio, son individualistas, porque cada uno de ellos aspira a ser un campesino independiente próspero. Los campesinos apoyarán a los revolucionarios urbanos que les permitan apoderarse de la tierra; pero la cooperación posterior depende de la capacidad de las ciudades para producir artículos que puedan intercambiar con los trabajadores del campo. Si no consiguen hacerlo, los campesinos no les suministrarán sus productos y las ciudades morirán de hambre. Aunque los

bolcheviques entendían esto muy bien, su problema era que la producción industrial se había paralizado. La combinación de guerra mundial, revolución y guerra civil provocó un trastorno tan enorme que la producción industrial cayó a una quinta parte de su nivel en 1914.

La escasez de alimentos, combustible y otros recursos básicos provocó que entre finales de 1918 y finales de 1920 alrededor de nueve millones de rusos murieran de hambre, enfermedades y frío, más del doble de los que murieron en la guerra mundial. Esto provocó el tercer factor. La clase obrera se desintegró físicamente cuando millones de obreros abandonaron las ciudades y regresaron a las aldeas donde tenían familiares. La población urbana de Rusia se redujo en más de la mitad.

Pero ni siquiera los obreros que permanecieron en las ciudades eran ya los mismos. El gobierno revolucionario tenía que administrar un vasto territorio, regenerar una economía destrozada y combatir en una guerra civil contra los ejércitos blancos respaldados por 14 fuerzas expedicionarias extranjeras. El proletariado revolucionario de 1917 se transformó así en el Ejército Rojo de 1920. Además, para volver a poner en marcha un sector tras otro de la economía, se reclutó a nuevos obreros del campo, de modo que la clase obrera rusa de 1920 no solo era mucho más escuálida que la de 1917, sino que su composición era también muy diferente.

Al finalizar la guerra civil, la clase obrera revolucionaria se había disuelto, el campesinado tenía el control de la tierra y las clases terrateniente y capitalista habían sido vencidas. La única fuerza social organizada que funcionaba a nivel nacional era la administración del partido-estado.

De haberse restaurado una democracia plena, el país podría haberse visto desgarrado por la contradicción entre los intereses de la clase obrera internacional y los del campesinado ruso. Los bolcheviques no tenían otra opción que intentar mantener el poder con la esperanza de ser rescatados por la revolución mundial. Durante unos años la propia tradición revolucionaria pudo actuar como una fuerza histórica, aunque ahora encarnada en un aparato revolucionario más que en una clase revolucionaria.

Pero los bolcheviques no podían contrarrestar la ley de la gravedad, y acabaron sucumbiendo frente a las fuerzas sociales hostiles que los rodeaban. Lenin parecía preverlo cuando decía en 1920: «el nuestro no es de hecho un estado obrero, sino un estado de obreros y campesinos [...] Pero eso no es todo. Nuestro programa muestra que es un estado obrero con distorsiones burocráticas». Más tarde, alarmado por la influencia en la administración de los antiguos funcionarios zaristas y carreristas recientemente reclutados, planteó la pregunta: «Toda esta masa de burócratas... ¿quién está dirigiendo a quién?».

La Nueva Política Económica (NEP) de 1921-28, que permitía el desarrollo de la producción privada y un mercado libre junto a las empresas estatales, fue un intento de resolver las contradicciones económicas y ganar un margen de respiro antes del siguiente levantamiento revolucionario global. Pero su efecto fue fomentar el desarrollo de una nueva clase de empresarios, los «*NEPmani*», y una clase de campesinos ricos, los *kulaki*. Al mismo tiempo, los «industriales rojos» que dirigían las empresas del estado se comportaban cada vez más como capitalistas convencionales en relación con sus propios trabajadores. Los imperativos de dirigir una economía atrasada en un estado acosado estaban transformando el carácter político del régimen existente.

En 1928 la pregunta de Lenin «¿quién está dirigiendo a quién?» recibió una respuesta definitiva: la fracción centrista de Stalin, tras aplastar tanto a la derecha (que representaba a los *NEPmani*), como a la izquierda (que representaba la tradición bolchevique), emergió de la trastienda del Partido Comunista como expresión política de una nueva clase dominante burocrática.

13

LA GRAN DEPRESIÓN Y EL ASCENSO DEL FASCISMO
1929-1939



Socialismo o barbarie: una miliciana revolucionaria, tal como aparecía en un cartel de la guerra civil española.

La derrota de la revolución mundial y el aislamiento y degradación de la revolución rusa abrieron un breve periodo de estabilidad relativa. El sistema capitalista se recuperó, los dueños del mundo dormían con más tranquilidad y los millones de personas zarandeadas por los movimientos de masas revolucionarios de 1917-23 se hundieron de nuevo en la apatía de la vida cotidiana. Pero aquel respiro fue muy breve.

El *boom* económico desde mediados a finales de la década de 1920 tenía sus cimientos asentados sobre las arenas movedizas de la especulación financiera. Cuando la burbuja estalló en 1929, el sistema se precipitó en otra severa crisis, más profunda que ninguna de las anteriormente experimentadas. La situación social en lo que se acabó conociendo como la Gran Depresión era tan desesperada que millones de personas se vieron arrastradas de nuevo a la lucha de masas para decidir el curso de la historia europea y mundial.

Aquellas batallas cristalizaron en una implacable confrontación entre la contrarrevolución fascista y la revolución socialista. El fascismo salió victorioso en gran parte del continente europeo, y el resultado fue otra guerra mundial aún más larga, sangrienta y bárbara que la primera.

Los felices años veinte

La oleada de luchas y radicalización de la posguerra tuvo muy corta duración en Estados Unidos. A partir de 1920 la economía experimentó una gran expansión y se aposentó una nueva cultura individualista. El nivel de producción en 1928 era el doble que el de 1914. Los economistas proclamaban que las «enfermedades infantiles» del capitalismo eran cosa del pasado y que «la situación económica del mundo parece a punto de dar un gran paso adelante».

El mercado estadounidense se inundó de bienes de consumo que anteriormente solo estaban a disposición de una pequeña minoría. Se suministraba energía eléctrica a millones de hogares. Las familias de clase media adquirían teléfonos, radios, gramófonos, aspiradoras y frigoríficos. Millones de ellas iban al cine todas las semanas. Los automóviles dejaron de ser un lujo y se convirtieron en bienes de uso generalizado. El «sueño americano» parecía haberse convertido en una realidad cotidiana. Tal como anunció John J. Raskob, director de General Motors y presidente del Comité Nacional del Partido Demócrata, «todos deberían ser ricos». La inmensa mayoría de los estadounidenses estaban de acuerdo con él.

Europa fue más lenta en unirse a los «rugientes», «felices» o «locos» años veinte. El impacto económico de la guerra, la dislocación social, el gran levantamiento revolucionario, habían sido mucho más poderosos en Europa que en Estados Unidos; pero a partir de 1923 los europeos también se incorporaron a la «era del jazz».

El plan Dawes, que ofrecía un flujo aparentemente ilimitado de créditos estadounidenses, contribuyó a resucitar el capitalismo alemán y a estabilizar la República de Weimar a finales de los años 20. Gran Bretaña se embarcó en una nueva revolución industrial en los sectores de alta tecnología como la fabricación de automóviles, aviones y bienes de consumo duraderos en las Midlands y el Sureste, construyéndose nuevos barrios en torno a los viejos centros urbanos.

Al igual que en Estados Unidos, la reestabilización del capitalismo fomentó predicciones optimistas de prosperidad y armonía permanentes. El canciller socialdemócrata alemán Hermann Müller proclamaba en 1928: «Nuestra economía es sólida, nuestro sistema de bienestar social es sólido, y pronto veréis que tanto los comunistas como los nazis serán absorbidos por los partidos tradicionales». Los principales economistas alemanes estaban de acuerdo: «Vemos una clara tendencia en la vida económica europea a que las tensiones antagónicas se compensen, disminuyan y acaben desapareciendo».

Pero las contradicciones del capitalismo no habían sido abolidas. Igualmente importantes —aunque mucho menos comentados— eran los claros límites a la recuperación económica. El gasto estatal en armamento había mantenido la economía mundial en funcionamiento hasta y durante la Primera Guerra Mundial. Había sido la carrera armamentística la que había puesto fin a la Larga Depresión de 1873-96, y ya a finales del siglo XIX había claras señales de que el sistema había caído en una profunda adicción a las armas. La reducción del gasto en armamento a partir de 1918 con respecto a su nivel durante la guerra tuvo como consecuencia un considerable desempleo. El sistema se demostró así incapaz de una reanudación ordenada de la producción civil. Resultó que los mercados no se «autorregulaban».

Durante toda la década de 1920 el crecimiento fue irregular y modesto. Por cada éxito había un fracaso. Durante el periodo de entreguerras el desempleo nunca disminuyó por debajo de un millón de parados en Gran Bretaña. Las reducciones salariales en los pozos provocaron una huelga minera de seis meses y una huelga general durante nueve días en 1926. Las compensaciones de guerra pusieron de rodillas a la economía alemana a principios de la década, y en 1923 la hiperinflación redujo a la nada el valor de los ahorros.

La economía francesa se vio impulsada por las compensaciones de guerra alemanas, y la estadounidense por la devolución de los créditos de guerra y una política de «dinero fácil» (crédito barato con bajos tipos de interés). Fue eso lo que permitió la gran expansión de

la economía estadounidense durante una década, pero si algunos capitalistas «rugían» era solo porque otros gemían. El «sueño americano» era efectivamente un sueño, una ilusión.

Una contradicción irresoluble del capitalismo es su tendencia a reducir los salarios en el lugar de trabajo al tiempo que requiere un elevado gasto en el mercado. A largo plazo no se pueden tener ambas cosas. Cuando se recortan los salarios para reducir los costes y elevar los beneficios, los trabajadores no se pueden permitir comprar los artículos que su trabajo ha producido. Pero si aumentan los salarios y se reducen los beneficios, los capitalistas pierden incentivos para invertir. Es la búsqueda de beneficios la que impulsa y alimenta el sistema.

En los «rugientes años veinte» en Estados Unidos, los ingresos de los agricultores y ganaderos disminuían y los salarios no aumentaban, por lo que se redujo la demanda en la «economía real». La inversión industrial era por tanto demasiado escasa para absorber el capital excedente que desbordaba del sistema, por lo que este se volcó en la especulación. En concreto, infló una burbuja especulativa autoalimentada en el mercado de valores de Wall Street.

La novela de F. Scott Fitzgerald *El Gran Gatsby* (1926) captaba la vacuidad del periodo. La futilidad de las vidas de sus personajes —miembros obscenamente ricos de la gran burguesía estadounidense— refleja su carencia de función social. Sus mentes vacías —salvo de autocompasión— reflejan la burbuja económica del parasitismo financiero.

Las burbujas financieras son tan antiguas como el capitalismo. A principios del siglo XVII hubo en los Países Bajos una burbuja especulativa en torno a la comercialización de los tulipanes (la «tulipanomanía»), y otra en Inglaterra a principios del siglo XVIII relacionada con las inversiones coloniales (la «burbuja del Mar del Sur»). La Larga Depresión de 1873-96 también empezó con un *crash* financiero tras una burbuja especulativa.

El mecanismo de inflado de una burbuja es muy simple: si la demanda de unos valores es suficientemente alta, su precio aumenta. Cuanto más aumenta el precio de los títulos, más

inversores querrán comprarlos, esperando beneficiarse de nuevos aumentos cuando los vendan. Si hay suficiente capital excedente, y si los activos en papel siguen aumentando de precio debido a la elevada demanda, se produce el despegue: las cotizaciones siguen subiendo, simplemente porque son cada vez más los inversores que quieren comprarlos, *sea cual sea* la relación entre su precio y el valor real de los bienes o servicios que representan.

Los activos financieros son esencialmente títulos de propiedad o apuntes contables cuyo comprador adquiere, a cambio de un crédito en dinero, el derecho a recibir un ingreso futuro de parte del vendedor. Pueden cobrar formas muy diversas: acciones empresariales, bonos del Tesoro, pólizas de seguros, depósitos de divisas, lotes de hipotecas, compras por adelantado de mercancías, o muchas otras; el «sector de los servicios financieros» es muy imaginativo a este respecto. El rendimiento «normal» del capital es una participación en los beneficios de la economía real; pero cuando se distiende o se rompe el vínculo entre el precio de los títulos en papel y el valor de las mercancías reales a las que están asociados, surge un rendimiento «especulativo». Los aumentos de las cotizaciones se autoalimentan y suben vertiginosamente hasta la estratosfera en un frenesí de compras y ventas para enriquecerse rápidamente.

La deuda global aumentó en torno al 50 por 100 durante la década de 1920, lo que permite estimar la creación de capital ficticio. Surgieron gran cantidad de empresas y sociedades de inversión que no producían nada y que simplemente comerciaban con los recursos de otras compañías, que con frecuencia eran a su vez otras sociedades de inversión, llegándose a veces hasta cinco o incluso diez capas de profundidad del capital ficticio.

La Goldman Sachs Trading Corporation es un ejemplo modélico. Se constituyó el 4 de diciembre de 1928 emitiendo inicialmente acciones por valor de 100 millones de dólares, de las que el 90 por 100 se vendieron directamente al público. Con ese capital invirtió en los recursos o reservas de otras compañías. En febrero de 1929 Goldman Sachs se fusionó con otra sociedad de inversión; sus activos se valoraban entonces en 235 millones de dólares. En julio

la empresa conjunta creó la corporación Shenandoah y cuando ofreció a la venta títulos por valor de 102 millones de dólares, la emisión no solo fue cubierta, sino que se multiplicó por siete: nadie quería perderse aquel milagro de dinero por nada. La compañía, como cabía esperar, emitió aún más acciones.

Al intensificarse al frenesí, succionó el capital de créditos extranjeros, inversiones industriales y proyectos infraestructurales. Nada era tan rentable como la especulación en Wall Street. El dinero fácil y una economía débil dieron lugar a un desequilibrio enorme entre los precios de los títulos y el valor real de las mercancías supuestamente representadas.

La burbuja era una trampa. Algunos observadores trataron de dar la alarma. Roger Babson declaró el 5 de septiembre de 1929 en la Conferencia Anual de Negocios: «antes o después se producirá un *crash* y puede ser terrible». Pero los profetas del desastre no eran bien recibidos en aquel jolgorio. Mucha gente rica había invertido una fortuna en hacerse aún más rica, respaldando plenamente la optimista valoración del presidente Coolidge en su discurso sobre el estado de la Unión el mes de diciembre anterior: «Ningún Congreso de los Estados Unidos ha encontrado antes una perspectiva más complaciente que la que se nos presenta en el momento actual [...] Hay tranquilidad y satisfacción [...] y el récord más alto de años de prosperidad».

Cuando poco después sonó la alarma en la Bolsa de Wall Street, el secretario del Tesoro Andrew Mellon intentó tranquilizar a los inversores: «No hay razón para preocuparse. La marea alta de prosperidad se mantendrá». El *Wall Street Journal* afirmaba en la misma onda: «Los movimientos de precios experimentados ayer en la mayoría de las acciones seguían mostrando las características de un importante avance, temporalmente frenado por un reajuste técnico».

El 29 de octubre de 1929 la bolsa de valores de Wall Street se precipitó al vacío. El colapso financiero empujó a Estados Unidos y al resto del mundo a la Gran Depresión y desencadenó la sucesión de acontecimientos que iban a conducir a Stalingrado, Auschwitz y

Hiroshima. La mayor tragedia de la historia de la humanidad no había hecho sino comenzar.

Aquel «jueves negro» la Bolsa de Wall Street cayó alrededor de un 30 por 100. Miles de capitalistas financieros quedaron eliminados del negocio. Millones de personas corrientes perdieron sus ahorros. El *crash*, como la burbuja que le precedió, se autoalimentaba. Del mismo modo que las cotizaciones al alza habían atraído capital especulativo a su vórtice, su caída en picado generaba ahora una estampida por vender, por «liquidar» el capital, por retirarse del mercado antes de que las cotizaciones cayeran aún más. Cuando los inversores se vieron excesivamente expuestos, además, intentaron cobrar deudas para pagar otras deudas, propulsando el frenesí inverso de pánico vendedor y caída en picado. Todo el complejo de obligaciones financieras se vio de repente a la intemperie.

El valor de las acciones de la corporación Shenandoah, que había alcanzado un máximo de 36 dólares, cayó hasta 0,50 dólares. Las acciones de la Goldman Sachs Trading Corporation habían llegado a cotizarse a 222,50 dólares y dos años después se podían comprar por un par de dólares.

El *crash* no cayó del cielo. La agricultura estaba deprimida desde 1927 y la industria se veía afectada por una recesión cíclica clásica debido a la superexpansión y al subconsumo durante la primavera y el verano de 1929. Las crisis de la agricultura y la industria desencadenaron el *crash* financiero, que repercutió a su vez sobre la economía real colapsando el crédito, estrangulando los préstamos e inversiones y contrayendo la demanda.

La centralización y concentración del capital multiplicaron la escala de la crisis. Cuando una empresa de pequeño o mediano tamaño va a la quiebra, el impacto general es limitado: muchas otras siguen funcionando sin verse afectadas; pero cuando un banco o empresa industrial importante va a la quiebra, arrastra consigo a muchos otros, propagándose una onda deflacionaria en toda la economía. Eso es lo que sucedió en aquel momento. En 1933 nueve mil bancos estadounidenses habían quebrado, la producción industrial había bajado casi a la mitad y uno de cada tres obreros

estaba desempleado. Tampoco había ni asomo de recuperación. El capitalismo estadounidense parecía hallarse en la agonía.

Un sistema mundial tiene crisis mundiales. El *crash* de Wall Street desencadenó una depresión global. El valor del comercio mundial cayó a un tercio de su nivel en 1929. El desempleo pasó de 10 millones de personas en todo el mundo a 40 millones en 1932. Aquel año estaba desempleado en Alemania uno de cada tres obreros, y en Gran Bretaña uno de cada cinco.

Lo que agravó el desastre de la Gran Depresión fue la política emprendida por los dirigentes mundiales. Los recortes drásticos no fueron la respuesta inmediata al *crash*, pero cuando la economía global siguió cayendo en 1931, los políticos se aterrorizaron. El presidente estadounidense Hoover estaba obsesionado por la «solidez del dinero» y por el «equilibrio presupuestario». Rechazó los programas de gasto a gran escala, y a finales de año encarecía a su sucesor elegido, Franklin Delano Roosevelt, las virtudes de lo que hoy llamaríamos «reducción del déficit». El remedio propuesto por su secretario del Tesoro era «liquidar el trabajo, liquidar los depósitos, liquidar las granjas».

La democracia, además, sufrió pronto el ataque de los regímenes de extrema derecha empeñados en los recortes frente a la resistencia de las masas. La respuesta del canciller conservador alemán Heinrich Brüning al *crash* fue una reducción de los salarios y los precios, elevando los impuestos. En un momento en que uno de cada cuatro trabajadores alemanes estaba desempleado, la consecuencia fue elevar esa proporción a uno de cada tres.

Brüning no duró mucho. La profundidad de la crisis económica y la polarización de la sociedad alemana paralizaron el sistema político. Tras la dimisión de Brüning, el presidente Hindenburg nombró en rápida sucesión tres cancilleres: von Papen, von Schleicher, y a continuación Adolf Hitler. Ninguno de ellos contaba con una mayoría parlamentaria, por lo que gobernaban mediante decretos de emergencia. La democracia dejó de funcionar en Alemania a partir de 1930, y en enero de 1933 su propia posibilidad quedó destruida por la dictadura nazi invitada al poder por

Hindenburg, quien actuaba en nombre de los dueños tradicionales de Alemania.

En Gran Bretaña un gobierno laborista minoritario elegido en 1929 se vio bajo el acoso del capital financiero. Mientras aumentaba el desempleo, el subsidio de paro fue reducido para satisfacer «la necesidad vital de asegurar el equilibrio presupuestario». Un ministro del gabinete recordaba más tarde:

> Uno de los recuerdos que más me atormentan [...] es el de veinte hombres y una mujer, que constituían el gobierno del país, durante la tarde de un domingo negro en el jardín de Downing Street, esperando un telegrama de Nueva York sobre si había que salvar o no la libra y si se insistiría en la condición de que el subsidio de desempleo se redujera un 10 por 100.

Se insistió efectivamente en esa condición. Los banqueros querían el empobrecimiento de los desempleados como señal de la sumisión total del gobierno laborista. También querían unanimidad: todo el gabinete debía votar por el plan; de otro modo el gobierno debía dimitir. «Así pues, son los financieros británicos y estadounidenses los que determinan la composición y la política del gobierno británico», escribió en su diario la dirigente fabiana Beatrice Webb. «¡La dictadura de la clase capitalista corregida y aumentada!»

El gabinete se dividió y el gobierno dimitió. El anterior primer ministro laborista Ramsay MacDonald se convirtió en jefe de un gobierno «nacional» reaccionario, empeñado en reducir el déficit.

Otros gobiernos devaluaron también sus monedas para hacer sus exportaciones más baratas, al tiempo que imponían aranceles a las importaciones para hacerlas más caras. Pero el proteccionismo es un proceso competitivo. Cuando estados rivales hacen lo mismo, su efecto no es sino apresurar la «carrera hacia el abismo», con precios a la baja y mercados contraídos que provocan un colapso catastrófico del comercio internacional.

La deflación y el proteccionismo, sumándose a la recesión económica y al *crash* financiero, destruyeron cualquier posibilidad de recuperación y arrojaron al mundo a una década de depresión económica y empobrecimiento de masas. Dieron lugar a lo que el

economista liberal y crítico de la política estatal John Maynard Keynes llamó «un equilibrio del subempleo», esto es, un desempleo permanente de masas.

La economía de la Gran Depresión era un manicomio. El objetivo de cualquier sistema económico debería ser producir los bienes y servicios que la gente necesita para vivir una vida plena y feliz; pero ese no es el propósito del capitalismo.

El capitalismo es un sistema de acumulación competitiva de capital impulsada por el beneficio y el enriquecimiento de unos pocos. El ansia de beneficio —tanto como sea posible, tan rápidamente como sea posible, no importa cómo— había generado la burbuja especulativa de finales de la década de 1920. Ahora, tras el *crash*, salvar los beneficios significaba reducir los salarios, los servicios y el comercio, arrojando así al mundo a una prolongada depresión.

Cientos de millones de vidas quedaron deshechas. Los granjeros se arruinaron mientras los mercados desaparecían y los precios de las mercancías caían vertiginosamente. Los obreros perdieron sus empleos y vivían de la caridad y de las sopas de beneficencia. Los que todavía tenían trabajo vivían con temor a ser despedidos, y los patrones pasaron a la ofensiva con respecto a los salarios, las condiciones y la carga de trabajo.

En toda Europa, el apoyo a los principales partidos asociados con la austeridad se vino abajo y la política se polarizó entre movimientos radicales de la clase obrera y movimientos fascistas de la clase media. En las calles de Berlín, Viena, París, Barcelona y Londres, las fuerzas de la esperanza y la desesperación, de la revolución y la contrarrevolución, chocaron repetidamente durante la década de 1930 en una lucha por el corazón y el alma de Europa.

1933: LA TOMA DEL PODER POR LOS NAZIS

El 31 de enero de 1933 Adolf Hitler, líder del partido nacionalsocialista (nazi) alemán (Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei, NSDAP), se convirtió en canciller del país. Un mes después el partido comunista fue prohibido, sus periódicos cerrados y 10.000 de sus miembros enviados a campos de concentración. Poco después los dirigentes del partido socialdemócrata y de los sindicatos alemanes siguieron el mismo camino. En cuestión de meses, los nazis habían destruido el movimiento obrero más poderoso del mundo.

Los sindicatos y los partidos socialistas son la base de la democracia. Sin una organización obrera de masas, el capital y el estado gobiernan a sus anchas. Por consiguiente, a finales de 1933, los partidos conservadores y liberales también habían sido destruidos. Alemania se había convertido en un estado policial totalitario.

El coste final del nazismo resultaría astronómico. Durante la Segunda Guerra Mundial iban a morir siete millones de alemanes y otros catorce millones se iban a quedar en la calle. Millones de hombres serían fusilados y millares de mujeres violadas cuando el ejército ruso avanzó en 1945, adentrándose en Alemania sediento de venganza. En todo el planeta la guerra desencadenada por los nazis iba a matar a 60 millones de personas. Entre 1939 y 1945, los mitos racistas del siglo X se iban a fusionar con la tecnología del siglo XX para dar lugar al mayor desastre de la historia de la humanidad. ¿Cómo y por qué fue esto posible?

La Gran Depresión golpeó a Alemania más duramente que a ningún otro país europeo. Los banqueros estadounidenses exigían el pago de los créditos del plan Dawes que habían impulsado la economía a mediados de la década de 1920. Los banqueros exigían medidas drásticas para cuadrar sus cuentas. Los gobiernos alemanes se plegaron, reduciendo el empleo, los salarios y los subsidios. La economía cayó en la depresión y un tercio de los trabajadores quedaron sin empleo. Las granjas y pequeños comercios quedaron arruinados. Oficinistas, profesionales y

trabajadores de la administración se encontraron sin trabajo junto a los mineros y metalúrgicos.

La crisis capitalista sacudió el tejido social y polarizó la política. Cuando la cólera de la gente se dirige contra los banqueros, los políticos y el sistema, se desplaza hacia la izquierda, hacia la lucha de clases y el cambio revolucionario; pero cuando los enfrentamientos son mutuos, entre los propios trabajadores, entonces se desplaza hacia la derecha, hacia la política del odio. La Gran Depresión generó una drástica polaridad entre los partidos socialistas de la esperanza revolucionaria y los partidos fascistas de la desesperación contrarrevolucionaria.

El fascismo era un nuevo tipo de movimiento político, nacido en Italia inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial; el propio término es italiano. Benito Mussolini —un político aventurero y paranoide que había abandonado el partido socialista porque no apoyaba la guerra imperialista— comenzó a reclutar a nacionalistas de extrema derecha tras el *Bienio Rosso* de 1919-20.

El fascismo era esencialmente un movimiento de clase media formado por veteranos del ejército, profesionales, estudiantes, pequeños terratenientes y propietarios. Las *squadre d'azione* paramilitares de los camisas negras llevaban a cabo represalias contra las ocupaciones de fábrica, piquetes, oficinas sindicales, imprentas socialistas y activistas individuales. Pero mientras el movimiento obrero se mantuvo a la ofensiva su influencia era muy limitada; solo tras la derrota de las ocupaciones de fábrica en el verano de 1920 se convirtieron en una fuerza importante. El número de *squadristi* activos aumentó de 190 en octubre de 1920 a 2.300 en noviembre de 1921.

El fracaso de la izquierda les añadió atractivo para muchos de los desempleados y jóvenes obreros en los suburbios y pueblos que carecían de una tradición socialista. También los hizo aparecer más creíbles para sus seguidores de clase media. Pero la izquierda era todavía una amenaza, y esto le aseguró a Mussolini el apoyo de empresarios industriales y políticos liberales. A partir de entonces los *squadristi* fueron financiados por importantes capitalistas y la policía les dejaba campo libre. Los matones fascistas fueron un

instrumento de la clase dominante italiana para aplastar al movimiento obrero en retirada.

En octubre de 1922 Mussolini se sentía lo bastante fuerte como para exigir su entrada en el gobierno. La *Marcia su Roma* [Marcha sobre Roma] fascista no encontró oposición y el rey Víctor Manuel nombró a Mussolini primer ministro. A partir de entonces los *camicie nere* y la policía trabajaron juntos para destruir el movimiento obrero y establecer un estado totalitario.

Mussolini era muy admirado entre los círculos de la clase dominante europea como «hombre fuerte» que había puesto orden en el caos. Los camisas negras italianos ofrecían un modelo político que podían seguir otros. Entre los que intentaron hacerlo estaba Hitler, un pintor fracasado y marginado, veterano de guerra y virulento antisemita; pero el putsch de la Cervecería (intento de golpe de estado de derechas en Munich en noviembre de 1923) del incipiente partido nazi fue reprimido por la policía.

El partido de Hitler permaneció casi en la sombra durante seis años, pero sus votos aumentaron de 800.000 (3 por 100) en 1928 hasta 6 millones (18 por 100) en 1930 y casi 14 millones (37 por 100) en julio de 1932. Su brazo paramilitar, los camisas pardas de las S.A. [*Sturmabteilung*], se cuadruplicaron pasando de 100.000 a finales de 1930 a 400.000 a mediados de 1932.

La lucha de los nazis por el poder tenía tres ejes: asambleas de masas y desfiles daban la impresión de fuerza y determinación frente a la crisis social; los camisas pardas emprendieron una lucha sin descanso en las calles para destruir las organizaciones obreras; y Hitler buscó entre los grandes empresarios y dirigentes del estado apoyo, financiación y una cuota de poder.

El núcleo del apoyo a los nazis, como en el caso de los fascistas italianos, era la clase media. Hitler expresaba el rencor de los desesperados en un mundo que se estaba viniendo abajo y que frustraba sus aspiraciones sociales. Los pequeños propietarios, los ejecutivos de bajo rango, los profesionales de las pequeñas ciudades, odiaban en igual medida a los capitalistas y políticos que habían provocado la crisis y a los sindicatos y partidos de izquierda

que representaban a los trabajadores. Su impotencia los encolerizaba.

El concepto de «conspiración judía internacional» que vinculaba Moscú con Wall Street, comunistas y capitalistas, obreros y super-ricos, era la expresión suprema de la irracional visión del mundo de los nazis. Se convirtió en la horrible ideología de quienes fueron descritos por Trotski como «polvo humano», sirviéndoles como engrudo para unir a los individuos atomizados que constituían el movimiento de masas fascista. Los nazis también se apropiaron de la causa nacional alemana. El Tratado de Versalles se había incautado de zonas del territorio alemán, había restringido el tamaño de sus fuerzas armadas y había impuesto enormes compensaciones de guerra. Los políticos de Weimar no habían sabido hacer frente a aquella pérdida de poder nacional, mientras que Hitler prometía una acción redentora.

A finales de 1932 la clase dominante alemana estaba decidida a emplear a los nazis para resolver a su modo la crisis económica. Hitler iba a rechazar el Tratado de Versalles, a poner fin a las paralizantes reparaciones de guerra y a reconstruir el poderío alemán en Europa. Los camisas pardas se encargarían de destruir a la izquierda en el país, pondrían fin a la deriva y unirían de nuevo a la nación. Darían asimismo seguridad a las inversiones alemanas en el extranjero. Por todas esas razones Fritz Thyssen, uno de los principales industriales del Ruhr, se convirtió en un «seguidor entusiasta de los nazis»; por eso el canciller von Papen dijo que «sería un desastre si el movimiento de Hitler se desintegrara o fuera aplastado»; y por eso el presidente Paul von Hindenburg, mariscal de campo en la Primera Guerra Mundial, invitó a Hitler, que solo había llegado a cabo en aquella guerra, a constituir un gobierno en enero de 1933, en el mismo momento en que el apoyo a los nazis comenzaba a disminuir.

La victoria fascista en Alemania no era inevitable. En julio de 1932 el voto conjunto del SPD (socialdemócrata) y el KPD (comunista) estaba ligeramente por encima de los 13 millones de votos (36 por 100), casi tantos como los nazis (37 por 100). Tanto el SPD como el KPD tenían sus propios grupos de autodefensa

armados. Las marchas nazis en las zonas obreras habían sido con frecuencia detenidas y rechazadas. En la propia tarde-noche del 30 de enero de 1933 se habían formado espontáneamente manifestaciones de masas contra Hitler en toda Alemania. Millones de trabajadores entendían el peligro y estaban dispuestos a combatirlo.

Pero los dirigentes del SPD se desentendían tanto de la depresión como del peligro nazi. Argumentaban en favor de la «tolerancia» frente a los recortes de austeridad y de la «legalidad» como respuesta a la violencia de los camisas pardas. Cuando Hitler tomó el poder, su principal periódico proclamó que el partido «defendería firmemente la Constitución y la legalidad».

El reproche que cabe hacer a los dirigentes comunistas es igualmente severo. Deberían haber llamado a los trabajadores socialdemócratas a formar un frente unido contra la violencia fascista, pero su estrategia fue, por el contrario, estúpidamente sectaria y aislacionista. Minusvaloraron el peligro fascista, denunciaron a los socialdemócratas como «socialfascistas» y se negaron a unirse con ellos argumentando que suponían una amenaza mayor para la clase obrera que el propio Hitler.

¿Por qué siguieron esa línea los dirigentes comunistas? Cierto es que el SPD había urdido la derrota de la revolución alemana entre 1918 y 1923, pero el KPD no solo había sido siempre proclive al «ultraizquierdismo» y profundamente hostil a los dirigentes reformistas, negando incluso la posibilidad de formar un frente unido con ellos en busca de objetivos comunes, sino que veía reforzados esos instintos sectarios por la línea que provenía de Moscú.

La Comintern [Internacional Comunista] estaba ahora bajo el control de Stalin y la nueva clase burocrática rusa que gobernaba en Moscú. El sectarismo ultraizquierdista se había convertido en la política oficial soviética como cobertura del carácter contrarrevolucionario de los dramáticos cambios que estaban teniendo lugar en Rusia.

En 1923 el joven partido comunista alemán había perdido su oportunidad de dirigir una revolución socialista. En 1933 el mismo partido comunista —ahora más viejo, pero no más sabio, y muy

deformado por el estalinismo— no supo evitar un golpe fascista. Nunca había estado más clara la importancia histórica de la dirección revolucionaria.

Primero el *crash* de Wall Street hundió al mundo en la Gran Depresión y dejó sin trabajo a 40 millones de personas. A continuación los nazis, el movimiento político más bárbaro de la época moderna, tomó el poder en Alemania. No es de extrañar que millones de activistas desesperados buscaran una alternativa, ni tampoco que se aferraran a Stalin como autoproclamado portaestandarte del mundo contra el capitalismo y el fascismo. El desempleo de masas y la amenaza del fascismo les habían arrebatado la capacidad de crítica. ¿Por qué tenían que creer los informes difundidos en Occidente sobre las atrocidades e injusticias en la Unión Soviética? ¿No era inevitable que la prensa capitalista denigrara la patria de la revolución socialista?

Después de todo, la economía soviética se estaba expandiendo rápidamente, mientras que la del resto del mundo estaba encenagada en la depresión. El éxito de los planes quinquenales de Stalin parecía prodigioso. Entre 1927/28 y 1937 la producción industrial de la Unión Soviética se quintuplicó. Mientras que en 1929 solo representaba el 4 por 100 de la mundial, esa proporción había aumentado hasta el 12 por 100 en 1939.

Pero aquello no presentaba el triunfo del socialismo, sino que por el contrario todos los vestigios del control obrero sobre la producción habían desaparecido. En su lugar se estaba poniendo en pie un nuevo modelo de desarrollo capitalista de estado, en el que la clase dominante estaba constituida por los burócratas del gobierno, la economía nacional era dirigida como una única corporación gigante y cualquier forma de disidencia o de resistencia era tratada como un crimen contra el estado.

Aquella transformación —de la democracia obrera a una nueva forma de sociedad de clases— fue el resultado del aislamiento y la decadencia del movimiento de masas revolucionario.

Lenin había detectado el peligro: «La política proletaria del partido está determinada en el momento actual, no por sus militantes de base, sino por la inmensa e indivisa autoridad de sectores diminutos de lo que se podría llamar su “vieja guardia”». El

partido se había llenado de arribistas después de la revolución, porque la pertenencia a él se había convertido en salvoconducto para obtener un puesto pagado en el gobierno, el ejército o la industria. Ya en 1922 solo uno de cada cuarenta miembros pertenecía al partido desde antes de la revolución de febrero.

Lenin también había señalado a Stalin como líder potencial de la burocracia emergente del estado-partido. En un «testamento secreto» escrito poco antes de su muerte, Lenin había advertido a los dirigentes del partido que Stalin, su secretario general, había «concentrado en sus manos una autoridad sin límites», y que era demasiado rudo y burócrata para ejercer ese poder, por lo que deberían considerar la posibilidad de «apartar a Stalin de ese puesto y nombrar a otro en su lugar». Los dirigentes del partido decidieron no hacer público aquel «testamento», y dado el vaciamiento de la sociedad civil por la guerra y el colapso económico, el aparato del estado-partido llenó el vacío. La Secretaría General que Stalin ocupaba desde 1922 le dio el control de ese aparato, y a finales de la década de 1920 era la fuerza dominante en la sociedad.

La aniquilación de las corrientes de oposición en el partido fue llevada fácilmente a cabo por los agentes policiales de la burocracia en 1928: tanto la derecha dirigida por Bujarin, que representaba los intereses capitalistas privados que se habían desarrollado bajo la Nueva Política Económica, como la izquierda dirigida por Trotski que representaba la tradición socialista revolucionaria de los bolcheviques, resultaron pulverizadas.

Contra Trotski estaba toda la inercia de un país campesino exhausto y empobrecido. Sin la revolución mundial para reforzarlo, la atrasada Rusia, destrozada por la guerra, había consumido a sus propios revolucionarios, hasta que fueron tan pocos que podían ser barridos fácilmente y enviados al olvido en los campos del Gulag (*Glávnoie upravlenie ispravítelno-trudovyj lageréi i koloniy*, Dirección General de Campos y Colonias de Trabajo).

Aun así, el idealismo y la autoemancipación de los años revolucionarios sobrevivió en la memoria popular y servía como acusación contra quienes ahora ejercían el poder, y por eso los revolucionarios supervivientes fueron perseguidos hasta la muerte

durante la década de 1930. En 1939 solo uno de cada 14 miembros del partido bolchevique en 1917 seguía perteneciendo al Partido Comunista de la Unión Soviética; prácticamente todos los demás habían muerto.

La burocracia había actuado en 1928 porque disponía del poder para hacerlo y porque debía afrontar la aguda «crisis de las tijeras»: los campesinos se negaban a suministrar grano suficiente a las ciudades, mientras que los gobiernos extranjeros interrumpían las relaciones diplomáticas, prohibían los lazos comerciales y promovían una auténtica escasez de guerra. La respuesta de la dirección del partido fue requisar el grano, reducir los salarios e imponer una rápida industrialización. Tal como anunció Stalin, «reducir el ritmo de la industrialización significaría quedarse atrás, y los que se quedan atrás son vencidos [...] Estamos entre cincuenta y cien años por detrás de los países avanzados. Debemos cubrir ese retraso en diez años o nos aplastarán».

La Unión Soviética había sobrevivido a la guerra civil y a la invasión extranjera: el nuevo régimen no había sido destruido por la fuerza militar, pero la derrota de la revolución mundial había dejado a Rusia aislada y empobrecida en una economía global dominada por el capitalismo. Por eso la contrarrevolución no cobró la forma de un derrocamiento violento, sino que se llevó a cabo mediante la presión externa incesante de la competencia económica y militar. La Unión Soviética necesitaba exportar grano para pagar la máquina-herramienta que necesitaba para construir industrias modernas, y necesitaba la industria moderna para producir cañones, tanques y aviones con los que defenderse en un sistema global depredador de estados-nación en competencia.

La acumulación privada de capital era demasiado lenta. Lo que Bujarin llamó en la década de 1920 «la construcción del socialismo a paso de tortuga» habría dejado a la Unión Soviética postrada y expuesta al desmembramiento por las potencias hostiles. Solo el estado tenía la capacidad de concentrar recursos, imponer un plan, hacer caso omiso de la oposición e impulsar una rápida industrialización forzada.

La política de Stalin reflejaba tendencias más amplias en la economía mundial. Bajo el impacto de la Gran Depresión se produjo un giro global hacia el capitalismo gestionado por el estado, con más gasto público e intervención estatal en la economía para compensar la falta de inversión del capital privado. El sistema soviético representaba el extremo del espectro. El propósito de Stalin era la producción en masa para apuntalar el poder estatal. Los gobernantes soviéticos se convirtieron así en la personificación de la acumulación capitalista del estado.

Pero también aprovecharon su poder para obtener enormes ventajas, al mismo tiempo que saqueaban al campesinado, reducían los salarios, incrementaban la presión sobre los trabajadores y llenaban los campos del Gulag con semi esclavos. En 1937 los directores de fábricas recibían un sueldo de 2.000 rublos al mes, los obreros especializados entre 200 y 300 rublos y los no especializados un salario mínimo de entre 110 y 115 rublos. Las diferencias en el ejército eran aún más extremadas: durante la Segunda Guerra Mundial la paga de los coroneles era de 2.400 rublos al mes y la de los soldados rasos de 10 rublos al mes. Pero los ingresos de los directores de fábrica y de los coroneles del ejército eran modestos comparados con los de los principales miembros de la *nomenklatura* (la nueva clase dirigente), que podían ganar hasta 25.000 rublos al mes, más de 200 veces el salario mínimo.

La burocracia se convirtió así en una clase privilegiada con un claro interés material en la lealtad a Stalin y al sistema capitalista de estado. Se mostró implacable en la imposición a la sociedad de la industrialización forzada, con un coste colosal en sufrimiento humano. El consumo se sacrificó a la inversión en la industria pesada. La proporción de la inversión dedicada a las plantas fabriles, maquinaria y materias primas, frente a los bienes de consumo, pasó del 33 por 100 en 1927-28 al 53 por 100 en 1932 y al 69 por 100 en 1950. El resultado fue la escasez y las colas, aunque menores de lo que podrían haber sido, dado que al mismo tiempo los salarios se redujeron alrededor del 50 por 100 en seis años.

A los campesinos se les expropiaba el grano para alimentar a la creciente población urbana y para pagar las importaciones de maquinaria extranjera. Debido a esto, cuando su precio cayó en el mercado mundial en 1929, más de tres millones de campesinos murieron de hambre.

Pero no era suficiente. El estado decretó la «colectivización (control estatal) de la agricultura». Millones de campesinos, denunciados como *kulaki* (campesinos ricos que producían para el mercado), fueron expropiados y deportados. Muchos de ellos murieron y otros se convirtieron en trabajadores esclavos en los campos del Gulag.

Los campos siberianos se convirtieron en un vasto imperio de esclavos gestionado por el aparato de seguridad de Stalin. Los 30.000 prisioneros de 1928 se habían convertido en 2 millones en 1931, 5 millones en 1935, y probablemente más de 10 millones al final de la década. Otros millones de personas fueron simplemente asesinadas por la policía, pasando la tasa anual de 20.000 en 1930 a 350.000 en 1937.

El terror estatal a esa tremenda escala reflejaba el atraso de la economía, la velocidad de la acumulación capitalista de estado y los niveles de explotación necesarios para conseguirla. La clase obrera, el campesinado y las minorías nacionales tenían que ser pulverizadas y sometidas.

El daño no se limitó a la Unión Soviética. El contenido revolucionario del marxismo fue abandonado, aunque se mantuvieran sus fórmulas verbales como justificación de la política de la burocracia. La Comintern se convirtió en un instrumento para imponer la ideología y la política del estado soviético a los demás partidos comunistas.

En 1927, tras haber abandonado la revolución mundial en favor del «socialismo en un solo país», Stalin trató de romper el aislamiento de la Unión Soviética buscando aliados respetables en el extranjero, por lo que se instruyó al PC chino, por ejemplo, para que se subordinara al general nacionalista Chiang Kaishek, ordenando a los obreros de Shanghai que entregaran sus armas. El resultado fue una matanza contrarrevolucionaria.

Al año siguiente la política soviética giró bruscamente al sectarismo y el aventurerismo. Durante el desastroso «tercer periodo» de la Comintern, Stalin proclamó un nuevo avance revolucionario: los comunistas debían romper todos los lazos con los socialdemócratas y prepararse para una toma del poder inmediata. Esto reflejaba y ayudaba a justificar la política interna en la Unión Soviética. El ataque a los *kulaki* se presentó como una ofensiva contra el capitalismo privado (lo que era cierto) y como un gran avance hacia el socialismo (lo que no lo era). En la Unión Soviética, el giro de ultraizquierda durante el *tercer periodo* proporcionó una cortina de humo para el poder burocrático y la industrialización forzada; en el extranjero fomentó un sectarismo desastroso, sobre todo en Alemania, donde la división del movimiento obrero permitió a Hitler tomar el poder en 1933.

Pero los nazis amenazaban con un resurgimiento del imperialismo alemán agresivo, y Stalin comenzó a buscar otros aliados en Europa. La Comintern giró así de la locura ultraizquierdista al «frentismo popular»: ahora los comunistas debían establecer alianzas con la burguesía liberal, pero frenando la clase obrera para aplacar a los potenciales aliados del estado soviético. Así, en lugar de promover la revolución mundial, la Comintern de Stalin se había vuelto, a mediados de la década de 1930, activamente contrarrevolucionaria. Esto iba a generar otro desastre catastrófico equivalente a los de 1927 y 1933.

Junio de 1936: la huelga general y las ocupaciones de fábricas en Francia

La toma del poder por los nazis repercutió en toda Europa. Hitler ofrecía una solución a la crisis económica basada en la dictadura en el país y el imperialismo en el extranjero. Era un modelo que otras clases dominantes podían seguir.

La destrucción de las organizaciones obreras mediante la represión estatal y el terror fascista permitía a los capitalistas elevar la tasa de explotación en el lugar de trabajo, y también eliminaba cualquier posibilidad de una alternativa socialista. Tal como explicaba Trotski, «la función histórica del fascismo consiste en aplastar a la clase obrera, destruir sus organizaciones y sofocar las libertades políticas cuando los capitalistas se ven incapaces de gobernar y dominar mediante la maquinaria democrática».

El primer intento con éxito de reproducir el modelo tuvo lugar en Austria. La oleada revolucionaria tras la Primera Guerra Mundial había creado un poderoso partido socialdemócrata con 600.000 miembros, el 40 por 100 del voto popular y su propia fuerza de defensa paramilitar. La clase dominante austríaca quería aplastar aquel movimiento.

En marzo de 1933 el canciller federal Engelbert Dollfuss llevó a cabo un golpe de estado, disolviendo el parlamento, imponiendo el gobierno por decreto y reprimiendo a las organizaciones obreras. Los dirigentes socialdemócratas aconsejaron a sus seguidores paciencia, ya que preferían apoyar al fascista procatólico Dollfuss frente a sus rivales fascistas pronazis. El 12 de febrero de 1934 el régimen de Dollfuss lanzó un ataque policial a gran escala contra los socialdemócratas, que resistieron durante cuatro días pero fueron finalmente aplastados. Once activistas fueron ahorcados y el movimiento obrero austríaco tuvo que pasar a la clandestinidad.

Al menos los obreros austríacos habían resistido, a diferencia de los alemanes el año antes. «Mejor Viena que Berlín» se convirtió en un lema de la izquierda europea que se iba a oír con frecuencia a mediados de la década de 1930.

Viena no fue la única capital en la que los fascistas pretendieron entonces hacerse con el poder. El 6 de febrero de 1934 una gran manifestación de derechas en París había exigido la dimisión del gobierno liberal recientemente formado por Édouard Daladier. Tras una noche de encarnizados combates en las calles entre los manifestantes y la policía que dejó 15 muertos, Daladier, temiendo no poder mantener el orden, renunció. Los fascistas parecían capaces al menos de derribar a un gobierno por la fuerza.

Pero la federación sindical CGT convocó una huelga general el 12 de febrero. El Partido Socialista (SFIO: *Section Française de l'Internationale Ouvrière*) y el Partido Comunista (PCF) organizaron manifestaciones de masas. Cuando en París convergieron las manifestaciones separadas de la SFIO y del PCF hubo una explosión de aplausos, con gritos de «¡Unidad! ¡Unidad!». Los dirigentes del PCF habían pretendido mantener separadas las dos manifestaciones, ya que todavía estaba vigente el delirio del *tercer periodo* de que los socialistas eran «socialfascistas»; pero la clase obrera había impuesto la unidad a sus dirigentes sectarios.

Stalin, aislado en Europa y amenazado por Hitler, buscaba ahora desesperadamente aliados entre las potencias occidentales, por lo que dio un salto brusco a una estrategia de alianzas políticas, no solo con los socialdemócratas, sino también con los liberales. En Francia esto significó un pacto electoral —el Frente Popular— entre comunistas, socialistas y radicales (como se conocía a los liberales franceses de la época). El Frente Popular venció en las elecciones generales de mayo de 1936 con el 57 por 100 de los votos (386 escaños de 610) y el dirigente socialista francés Léon Blum formó un nuevo gobierno.

Los trabajadores, animados por la victoria de «sus» partidos, pasaron inmediatamente a la ofensiva. Desde el 26 de mayo aquel movimiento creció imparablemente convirtiéndose en una enorme huelga general en la que participaron 2 millones de obreros. Más de tres cuartas partes de las huelgas adoptaron la forma de ocupaciones de fábrica. El embajador británico comparó la situación con la de Rusia en 1917.

Los patronos y la policía se veían impotentes. La clase dominante acudió en busca de ayuda al primer ministro socialista, quien exigió el mantenimiento de la «seguridad pública» y convocó una reunión de patronos y representantes de los sindicatos en el Hotel Matignon para negociar un acuerdo. A los patronos aquella reunión les pilló con el pie cambiado y hubo grandes concesiones: aumentos salariales de entre el 7 y el 15 por 100, reducción de la semana laboral de 48 a 40 horas sin pérdida de salario, dos semanas de vacaciones pagadas y un acuerdo de principio para la negociación colectiva.

Todos los partidos del Frente Popular recomendaron la aceptación del acuerdo de Matignon y una vuelta inmediata al trabajo, incluido el Partido Comunista, cuyo dirigente Maurice Thorez declaró: «¿Qué debe pasar a continuación? [...] Debemos saber cómo terminar una huelga cuando se ha ganado. Debemos incluso saber aceptar un compromiso aun cuando no se han obtenido todas las reivindicaciones [...]».

Aunque las mejoras económicas de los trabajadores estaban condenadas a perderse en cuanto los patronos retomaran la iniciativa, como solía suceder durante una recesión, Thorez no dijo nada de crear una red de consejos obreros para proteger las mejoras obtenidas y organizar acciones futuras; no vio la movilización de junio como una oportunidad para establecer órganos permanentes de democracia de masas, sino que hizo retroceder a sus seguidores en lugar de aprovechar las ocupaciones de fábricas como plataforma para nuevos avances.

Puede que la mayoría de los trabajadores no estuvieran dispuestos a seguir luchando en junio de 1936, pero su estado de ánimo se estaba desplazando rápidamente hacia la izquierda. El número de miembros del Partido Comunista pasó de 90.000 a 290.000 en el curso de aquel año. Se estaba convirtiendo rápidamente en la fuerza dominante en el Frente Popular.

Pero la dirección del PCF era incondicionalmente fiel a Stalin y siguió a rajatabla la línea de Frente Popular, lo que significaba no hacer nada que pudiera enojar a los políticos liberales. También significaba minimizar las reivindicaciones políticas y oponerse a las

huelgas y manifestaciones. Los disidentes que cuestionaban ese planteamiento eran expulsados. El resultado fue subordinar los intereses de la clase obrera a los de la clase dominante.

Tal como escribía Trotski:

> El «Frente Popular» representa la alianza del proletariado con la burguesía imperialista [...] La coalición se extiende tanto a la esfera parlamentaria como a la extraparlamentaria. En ambas esferas el partido radical, reservándose para sí mismo una total libertad de acción, impone implacables restricciones a la libertad de acción del proletariado.

Cuando el movimiento obrero relajó su presión, el gobierno giró a la derecha. Blum abandonó su política de recuperación económica y reforma social en favor de la deflación y el rearme. El Frente Popular optó por los cañones en lugar de la mantequilla, pero eso no lo salvó. La fuga de capitales dio lugar a una crisis financiera que obligó a Blum a dimitir en junio de 1937. El siguiente gobierno del Frente Popular era una administración de centro dirigida por el republicano moderado Camille Chautemps, y no por un socialista. En abril de 1938 volvió a situarse a la cabeza del gobierno Édouard Daladier, un radical de derechas, pero aunque nominalmente seguía siendo un gobierno del Frente Popular, en él ya no había ministros socialistas.

El 12 de noviembre de 1938 el recién nombrado ministro de Finanzas Paul Reynaud declaraba: «Vivimos en un sistema capitalista cuyas leyes hay que obedecer. Son las leyes del beneficio, del riesgo individual, del mercado libre, del incentivo de la competencia [...]». El gobierno aprobó a continuación una serie de decretos reduciendo los salarios, alargando la semana laboral y socavando los términos y condiciones de empleo. La inflación se había comido ya los aumentos salariales obtenidos en junio de 1936, y aquellas medidas representaban una contraofensiva a gran escala contra los obreros franceses.

La CGT convocó una huelga general, pero su seguimiento fue irregular y la policía atacó con excepcional violencia a los huelguistas que se manifestaban. Los obreros de la colosal fábrica de Renault en Billancourt, a las afueras de París, se enfrentaron

durante 24 horas contra 1.500 policías antidisturbios. Tras su derrota se vieron obligados a salir de la fábrica haciendo el saludo fascista y gritando: «*Vive la police!*».

La derrota en aquella huelga desmanteló el gran movimiento obrero iniciado por los acontecimientos de febrero de 1934 y mayo-junio de 1936. La afiliación a los sindicatos bajó de un máximo de 4 millones a solo 1 millón. Una de cada seis agrupaciones locales de la CGT tuvo que cerrar. Miles de sindicalistas sufrieron represalias en el lugar de trabajo.

En 1934 Trotski había escrito:

> Quienquiera que se consuele diciéndose «Francia no es Alemania» está muy equivocado. En todos los países operan las mismas leyes históricas, las leyes del declive capitalista [...] La burguesía está arrastrando su sociedad a una bancarrota total. No es capaz de ofrecer al pueblo ni pan ni paz, y es precisamente por eso por lo que no puede seguir tolerando el orden democrático.

La única alternativa existente era, concluía Trotski, o revolución socialista o barbarie fascista.

La derrota, desintegración y desmoralización del movimiento obrero francés sentó las bases para la capitulación militar de Francia en 1940, la ocupación de más de la mitad del país por los nazis y el establecimiento, en la otra mitad, del régimen colaboracionista de Vichy bajo el mando del mariscal Pétain. El análisis de Trotski quedaba así confirmado.

En su *Homenaje a Cataluña*, George Orwell describía así el ambiente que encontró en Barcelona en noviembre de 1936:

> Por primera vez en mi vida me encontraba en una ciudad donde la clase trabajadora llevaba las riendas. Casi todos los edificios, cualquiera que fuera su tamaño, estaban en manos de los trabajadores y cubiertos con banderas rojas o con la bandera roja y negra de los anarquistas [...]. En todas las tiendas y en todos los cafés se veían letreros que proclamaban su nueva condición de servicios socializados [...] No quedaban automóviles privados, pues habían sido requisados, y los tranvías y taxis, además de buena parte del transporte restante, ostentaban los colores rojo y negro. [...] Parecía una ciudad en la que las clases adineradas habían dejado de existir. [...] Por encima de todo, existía fe en la revolución y en el futuro, un sentimiento de haber entrado de pronto en una era de igualdad y libertad. Los seres humanos trataban de comportarse como seres humanos y no como engranajes de la máquina capitalista.

España se había dividido en dos campos armados. El 17-18 de julio un grupo de generales encabezados por Francisco Franco había dado un golpe militar en un intento de arrebatar el control al gobierno democráticamente elegido del Frente Popular. El golpe contaba con el respaldo de la mayoría de los militares, la iglesia, los grandes terratenientes, los principales capitalistas y todos los partidos de derechas: además de la ultracatólica CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas, antes Acción Popular), representante de los grandes terratenientes, había carlistas, monárquicos alfonsinos (Renovación Española) y falangistas (fascistas). La rebelión militar triunfó en general fácilmente en las regiones más atrasadas y rurales de España, pero el 19-20 de julio obreros armados habían rodeado los cuarteles en Barcelona y Madrid y habían obligado a los soldados a rendirse; su acción había desencadenado la sublevación popular de la clase obrera española.

El tamaño de la clase obrera española casi se había duplicado entre 1910 y 1930, y ahora constituía alrededor de una cuarta parte de la población. En julio de 1936 hubo levantamientos revolucionarios en 5 zonas principales: el País Vasco, que contaba con el 70 por 100 de la producción de hierro y acero y de la

construcción naval; la región minera de Asturias; Madrid, la capital; Andalucía, donde 800.000 jornaleros trabajaban en grandes latifundios; y Cataluña, donde se concentraba más de la mitad de la clase obrera.

La tensión entre las clases había sido elevada desde finales del siglo XIX. La industrialización, por limitada y dispersa que fuera, había generado una clase obrera bien organizada con tradición combativa, especialmente en Cataluña, pero estaba políticamente dividida. La Unión General de Trabajadores (UGT), dominante en Madrid y en gran parte del País Vasco, estaba dirigida por el Partido Socialista (PSOE). La Confederación Nacional del Trabajo (CNT), dominante en Cataluña, era en cambio desde la década de 1920 una poderosa organización anarcosindicalista, con más de 500.000 miembros, con la que estaba vinculada la Federación Anarquista Ibérica (FAI). Había también partidos de izquierda más reducidos como el Partido Comunista de España (PCE), el Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), y el Partido Socialista Unificado de Cataluña (PSUC), constituidos estos dos últimos a partir de la fusión, en septiembre de 1935 y en julio de 1936, de pequeños grupos comunistas.

El 14 de abril de 1931 se había proclamado la República. El rey Alfonso XIII se había visto obligado a exiliarse y se había constituido un gobierno liberal-republicano, que sin embargo no cumplió sus promesas, en particular la reforma agraria, y que por el contrario reprimió duramente las ocupaciones de tierras y las huelgas, en particular en Castilblanco y Arnedo en 1932 y en Casas Viejas en 1933, donde la Guardia Civil y la Guardia de Asalto causaron numerosas víctimas.

Aunque la *Sanjurjada* (intento de golpe del general José Sanjurjo el 10 de agosto de 1932) fracasó estrepitosamente, la debilidad del gobierno obligó a nuevas elecciones generales el 19 de noviembre de 1933, en las que salió triunfante una coalición de partidos de derecha (Unión de Derechas y Agrarios) encabezada por la CEDA. El nuevo gobierno formado por Alejandro Lerroux (del Partido Republicano Radical), con el apoyo externo de la CEDA, emprendió inmediatamente el desmantelamiento de las tibias medidas

adoptadas por la coalición liberal-republicana durante los dos años anteriores. En octubre de 1934, cuando la semifascista CEDA se incorporó al gabinete, se produjo una huelga general con especial incidencia en Madrid, el País Vasco y Cataluña, donde el gobierno de la Generalitat presidido por Lluís Companys anunció el 6 de octubre la proclamación del Estado Catalán «en la República Federal Española», pero sobre todo en Asturias, donde se sublevaron 20.000 mineros. Aunque se hicieron con el control de Gijón, Avilés y Mieres y llegaron a las puertas de Oviedo, fueron aplastados en dos semanas de encarnizada batalla por las tropas marroquíes y de la Legión bajo las órdenes del general Franco. Más de mil obreros fueron asesinados después de rendirse, y 30.000 activistas fueron encarcelados durante aquel *bienio negro* en toda España.

Pero el 16 de febrero de 1936 un Frente Popular de partidos socialistas, liberales y separatistas ganó las elecciones generales. Aquella victoria indujo a la acción a millones de obreros y campesinos, que asaltaron las prisiones para liberar a los activistas encarcelados, iniciaron huelgas por sus reivindicaciones económicas y políticas y tomaron las tierras de los latifundistas en Andalucía y Extremadura. El golpe militar de la derecha, que se había venido preparando con mayor o menor discreción desde los primeros días de la República, fue finalmente detonado por aquella movilización de masas desde abajo.

La derrota del golpe militar en media España no tenía nada que ver con el gobierno del Frente Popular. La recomendación oficial era «garantizar la normalidad de la vida cotidiana, a fin de dar un alto ejemplo de serenidad y confianza en los medios de fuerza militar del estado». Dado que «los medios de fuerza militar del estado» estaban llevando a cabo un golpe, aquella recomendación del gobierno equivalía a capitular ante Franco. Además, los dirigentes socialistas y comunistas repetían el mensaje: «Es un momento difícil, pero no desesperado. El gobierno está seguro de contar con suficientes medios para superar el intento criminal...».

Los trabajadores lo ignoraron. La revolución desde abajo permitió derrotar el golpe militar en la mayor parte del norte y el este

de la península, donde los obreros tomaron el control de las fábricas, los campesinos se apoderaron de las tierras y se crearon milicias populares, cuyos oficiales eran elegidos y no ostentaban privilegios, y la táctica militar era debatida entre todos. Hubo que improvisar mucho, mientras que los «nacionales» comenzaron la guerra con la mayoría de las armas y el apoyo inmediato de la Alemania nazi y la Italia fascista. Pero los republicanos tenían una ventaja potencial decisiva: el atractivo de su mensaje revolucionario para los soldados rasos del ejército de Franco obligados a luchar por los intereses de militares, terratenientes y curas.

Tal como explicaba Trotski doce días después del golpe militar:

> Como nadie ignora, en una guerra civil no se emplean únicamente medios militares, sino también armas políticas. Desde un punto de vista puramente militar, la Revolución Española es mucho más débil que su enemigo. Su fortaleza reside en su capacidad para inducir a las grandes masas a la acción. Hasta le puede arrebatar el ejército [de Franco] a sus oficiales reaccionarios. Para lograr esto solo es necesario presentar, de manera seria y valiente, el programa de la revolución socialista. Es imprescindible proclamar que desde ahora en adelante las tierras, las fábricas, y los talleres pasarán de las manos de los capitalistas a las del pueblo. Es necesario avanzar rápidamente hacia la realización de este programa en las provincias donde los obreros tienen el poder. El ejército fascista no podría resistir los efectos de ese programa ni veinticuatro horas.

Pero no iba a ser así. Los dirigentes de la CNT cedieron el poder en Barcelona al gobierno nacionalista-liberal de la Generalitat y los del POUM no rompieron con la CNT ni ofrecieron un liderazgo revolucionario independiente y decisivo. Barcelona fue el Petrogrado de la revolución española, pero sin soviets ni bolcheviques. No había una red de consejos democráticos capaces de dar expresión organizada a la voluntad de las masas, ni un partido revolucionario volcado en una lucha decisiva por el poder y la creación de un estado obrero. Existía el vapor de la revolución, pero no había cilindro ni pistón.

En Madrid el PCE iba ganando cada vez más poder, en parte porque los trabajadores se sentían atraídos por su retórica radical y en parte porque Stalin era la única fuente de aeroplanos, armas y material de guerra para un gobierno republicano abandonado por las

democracias parlamentarias occidentales. El que paga la fiesta decide la orquesta, y las armas de los comunistas les proporcionaban influencia. Pero el papel que desempeñaba el PCE era activamente contrarrevolucionario. Su lema «primero ganar la guerra, y luego hacer la revolución» les dio a los trabajadores falsas esperanzas, al tiempo que justificaba el encuadramiento de las milicias en el ejército regular y la devolución de las fábricas a los capitalistas y de las tierras a sus propietarios. En homenaje a la línea frentepopulista de Moscú, en octubre de 1936 el PCE aprovechó su control de las armas rusas para ayudar a la burguesía republicana a crear un «Ejército Popular» convencional controlado desde arriba y capaz de defender la propiedad privada.

En abril de 1937 Orwell pudo ver la diferencia en Barcelona:

> Los mejores restaurantes y hoteles estaban llenos de gente rica que devoraba comida cara, mientras los precios de los alimentos para la clase trabajadora habían subido muchísimo sin un aumento compensatorio en los salarios. [...] Los restaurantes y los hoteles no parecían tener ninguna dificultad en conseguir lo que quisieran; pero en los barrios obreros se hacían colas de cientos de metros para adquirir pan, aceite de oliva y otros artículos indispensables.

Un mes después, la burguesía liberal que controlaba la Generalitat de Cataluña y sus aliados estalinistas del PSUC se sintieron lo bastante fuertes como para pasar a la ofensiva. Utilizaron tres camiones de guardias de asalto para expulsar a la CNT de la Telefónica en Barcelona, uno de los primeros edificios puestos bajo control obrero un año antes. Como respuesta se levantaron barricadas en el centro de la ciudad. Incluso en aquel momento, si los dirigentes de la CNT y el POUM hubieran actuado con decisión, organizando una insurrección para hacerse con el poder estatal en Cataluña y lanzando un llamamiento general para la toma de tierras, el control obrero de las fábricas y el transporte y la independencia para Marruecos (25.000 de los mejores soldados de Franco eran marroquíes), quizá podrían haber vencido.

Pero no lo hicieron. Hicieron lo contrario. Pidieron a sus seguidores que entregaran sus armas. Después de cinco días de luchas callejeras en las que había habido alrededor de trescientos

muertos, la mayoría de las barricadas cayeron, tras lo que se produjo una represión salvaje. La ciudad fue ocupada por cinco mil guardias de asalto, de seguridad y carabineros. El POUM fue ilegalizado y sus dirigentes detenidos, torturados y asesinados. En junio, el dirigente del POUM Andreu Nin fue secuestrado y asesinado por los estalinistas; nunca se encontró su cuerpo. Las milicias de la CNT y del POUM fueron incorporadas por la fuerza al ejército republicano y sometidas a la disciplina militar. Los disidentes eran denunciados como «trotskofascistas». Haciendas y fábricas fueron devueltas a sus antiguos propietarios.

La contrarrevolución de mayo de 1937 asesinó a la revolución de julio de 1936. La guerra civil española se transformó de una guerra revolucionaria entre clases a una guerra convencional entre facciones rivales de la misma clase, una liberal y la otra fascista. El resultado dependía ahora de la capacidad de fuego, no de la política, lo que significaba la victoria para Franco, apoyado por la Italia fascista y la Alemania nazi.

Barcelona cayó ante el fascismo en enero de 1939 y Madrid en marzo, confirmando la verdad del epitafio de Trotski para la revolución española: «Exigirle que no se salga de los límites de la democracia burguesa es, de hecho, no solo no hacer la revolución democrática, sino incluso renunciar a ella» (*Última advertencia*, diciembre de 1937). Esa renuncia significó un régimen fascista en España de casi 40 años.

Las causas de la Segunda Guerra Mundial

A finales de 1939 el movimiento obrero había sido derrotado y demolido en la mayor parte de Europa. Dominaban el estalinismo y el fascismo. La dictadura había triunfado sobre la democracia; las esperanzas revolucionarias habían dado paso a la desesperación contrarrevolucionaria.

En los campos del Gulag soviético había 10 millones de prisioneros y 150.000 en los campos de concentración de Hitler. Los «nacionales» de Franco habían matado a 250.000 personas durante e inmediatamente después de la guerra civil española. Otras 450.000 habían sido expulsadas a Francia. La afiliación a los sindicatos en Francia había caído en tres cuartas partes. Gobiernos autoritarios o fascistas en diverso grado se habían instalado en prácticamente toda Europa: en Turquía, Hungría, Italia, Polonia y Portugal durante la década de 1920 y en Yugoslavia, Alemania, Austria, Bulgaria, los países bálticos, Grecia y España durante la de 1930.

El totalitarismo no era, sin embargo, un fenómeno uniforme. El estalinismo y el nazismo eran igualmente brutales, pero con distinto carácter y propósito. El atraso económico de Rusia significaba que la rápida acumulación de capital para crear infraestructuras, industria pesada y armamento únicamente era posible con altos niveles de explotación, que requería el terror estatal para erradicar cualquier posibilidad de resistencia. Pero Alemania no era en modo alguno atrasada: era la mayor potencia industrial de la época en Europa. Aun así, el colapso económico había desgarrado la sociedad alemana, había empujado las clases medias a la desesperación y había hecho resurgir el espectro de la revolución socialista. El nazismo era una respuesta de extrema derecha a la crisis.

El régimen nazi tenía tres características básicas: primera, era un movimiento de masas de la clase media y los sectores más atrasados de la clase obrera. Lo que mantenía unido aquel «polvo humano» eran el partido y su misión: la destrucción de los enemigos internos y la restauración del poderío alemán.

Segundo, el nazismo era un instrumento de la contrarrevolución. Antes de llegar al poder, su ejército paramilitar de 400.000 camisas pardas se había empleado para atacar a los sindicatos, partidos de izquierda y las protestas obreras. A partir de enero de 1933 los paramilitares nazis se fusionaron con el estado alemán y se convirtieron en un monstruoso aparato policial que liquidó toda oposición.

Tercero, el nazismo era una expresión del imperialismo alemán. Las exigencias hitlerianas de *Lebensraum* a expensas de los *Untermenschen* («infrahumanos») eslavos se hacían eco de las tradicionales ambiciones imperialistas del capitalismo alemán en Europa central y oriental.

Durante la Primera Guerra Mundial los dirigentes alemanes habían soñado con un vasto dominio imperial desde el Báltico hasta el Bósforo —*Mitteleuropa* (Europa central)— y una esfera de influencia hasta el golfo Pérsico. Hitler resucitó y amplió esas ambiciones durante la década de 1930. Era un psicópata racista y un dictador totalitario, pero lo que lo empujaba a la guerra mundial no era la pura ambición de poder personal, sino que su política exterior era un reflejo de los intereses a largo plazo del capitalismo alemán.

Las tensiones entre las grandes potencias no se habían resuelto en 1918; en muchos sentidos, se habían intensificado. El Tratado de Versalles había desmembrado Alemania, había reforzado estados rivales en sus fronteras y le había impuesto reparaciones de guerra paralizantes y limitaciones a su ejército, pero eso no puso fin al conflicto, sino que simplemente creó el contexto para su siguiente fase.

Bajo las crecientes tensiones de la década de 1930 estaba el efecto de la Gran Depresión. A medida que se contraía el comercio, cada estado devaluaba su moneda para hacer más baratos en el mercado mundial los artículos que producía e imponía aranceles protectores a los productos importados del extranjero. El mundo se dividió en bloques capitalistas autárquicos (económicamente autosuficientes) rivales.

También se empleó el poder estatal para estimular el crecimiento mediante la inversión pública. La Unión Soviética, donde toda la actividad económica estaba controlada por el estado, era el ejemplo más extremo, pero el estado alemán también se endeudó para invertir en infraestructuras —en particular la construcción de autopistas— y en el rearme.

Los lucrativos contratos con el estado, combinados con reducciones salariales en torno al 25 por 100, propulsaron una enorme expansión de la inversión industrial alemana. El desempleo cayó de 6 millones de parados en 1933 a prácticamente ninguno en 1939. Pero aquella economía capitalista en expansión corría el riesgo de verse paralizada por la escasez de materias primas y el cierre de los mercados. No se podía lograr una nueva acumulación de capital dentro de las fronteras nacionales existentes. Alemania necesitaba la siderurgia de Alsacia y Lorena, devueltas a Francia en 1919, las industrias de armamento de Checoslovaquia, las minas de carbón de Polonia y los campos petrolíferos de Rumanía; quizá incluso las regiones productoras de grano de Ucrania y los campos petrolíferos del distante Cáucaso o de Oriente Medio.

El desafío de Hitler al Tratado de Versalles se incrementó a medida que crecía la fuerza económica y militar de Alemania. En marzo de 1936 la Renania desmilitarizada, que debía proteger como amortiguador la frontera oriental de Francia, fue reocupada por las tropas alemanas. Entre 1936 y 1939 Alemania suministró cañones, tanques, bombarderos y «fuerzas voluntarias» a los «nacionales» españoles, utilizando la guerra civil española como campo de entrenamiento para sus crecientes fuerzas armadas. En mayo de 1938 Hitler anexionó Austria al *Reich*. El *Anschluss* (Unión) no fue cuestionado por las autoridades austríacas y fue en cambio saludado con entusiasmo por los nazis austríacos. El Acuerdo de Munich firmado por Alemania, Italia, Gran Bretaña y Francia el 30 de septiembre de aquel mismo año posibilitó la anexión inmediata de los Sudetes, región de habla alemana de la vecina Checoslovaquia, a la que arrebató su barrera fronteriza montañosa dejándola indefensa frente a la posibilidad de nuevas agresiones. En marzo de

1939 el resto de Checoslovaquia fue efectivamentre absorbido en el creciente imperio nazi.

En aquel momento Europa estaba ya claramente dividida en dos bloques: Alemania e Italia habían constituido el Eje en noviembre de 1936; ambas eran potencias expansionistas con ambiciones que amenazaban los intereses de Gran Bretaña y Francia.

Pero el gobierno británico deseaba evitar la guerra y los gobernantes franceses no podían desafiar al Eje por sí solos. El «apaciguamiento» se convirtió en la política oficial de las potencias occidentales, lo que significaba la negativa a abastecer a la República española, aceptar las anexiones de Hitler en Europa e ignorar la conquista por Italia de Etiopía en el nordeste de África.

La clase dominante británica estaba cada vez más dividida, pero el «apaciguamiento» reflejaba los intereses de la mayoría, al menos hasta septiembre de 1939. Los gobernantes británicos deseaban defender lo esencial del reparto de 1919; en su «gran juego» los estados europeos más pequeños eran prescindibles. Confiaban en contener a Hitler y preservar el equilibrio de poder, simpatizaban con el fascismo como martillo con el que machacar a la clase obrera, y veían a Alemania como un baluarte contra la Rusia soviética. La guerra mundial, además, podría acabar en otra ronda de disturbios revolucionarios. El «apaciguamiento» no era, por tanto, una estupidez caprichosa, sino que reflejaba los intereses del capitalismo británico de la época.

Lo que lo hizo insostenible fue la continua expansión del capital alemán, tratando de desbordar sus límites en el sistema geopolítico europeo. El peligro para el imperialismo británico (y para el francés) era que se alcanzara un punto de no retorno cuando el poderío económico y militar alemán se hiciera abrumador.

Se suponía que Polonia sería ese punto de no retorno. El resultado fue frenético, una diplomacia del último minuto. El 31 de marzo de 1939 Gran Bretaña y Francia garantizaron su apoyo militar a Polonia en caso de ser invadida, pero siguieron tratando de encontrar una solución diplomática a las exigencias territoriales alemanas y se negaron a llegar a ningún tipo de acuerdo con la Unión Soviética.

Stalin, incapaz de alcanzar una alianza con Gran Bretaña y Francia, optó por un pacto de no agresión con Hitler y un acuerdo para repartirse Polonia (el pacto Molotov-Ribbentrop del 23 de agosto de 1939). Tan solo una semana después, el 1 de septiembre de 1939, los alemanes invadieron Polonia desde el oeste, y los rusos siguieron su ejemplo invadiéndola desde el este dos semanas después, el 17 de septiembre. En el plazo de tres semanas Polonia había sido derrotada y pese a algunas bolsas de resistencia dejó de existir como estado-nación independiente. Aunque Gran Bretaña y Francia habían declarado la guerra a Alemania el 3 de septiembre, no suministraron ninguna ayuda militar a Polonia. Así comenzó la Segunda Guerra Mundial.

La derrota de la revolución socialista durante el periodo de entreguerras significó la victoria del fascismo, victoria que a su vez significaba que la crisis de la década de 1930 se resolvía, no mediante el derrocamiento del capitalismo, sino mediante una nueva guerra interimperialista. El coste de la derrota de la clase obrera en la Europa de entreguerras fue la confrontación más sangrienta y bárbara de la historia de la humanidad.

14

GUERRA MUNDIAL Y GUERRA FRÍA
1939-1967



Un mundo enloquecido: víctimas del Holocausto nazi.

El periodo de 1914 a 1945 se puede considerar como el de una única crisis global centrada en Europa y desarrollada en dos dimensiones.

Por un lado fue una crisis geopolítica debida a la rivalidad entre bloques nacional-capitalistas opuestos, en forma de carrera armamentística, guerras imperialistas y nuevas divisiones del mundo por la fuerza. El eje del conflicto fue la rivalidad anglo-germana y las principales batallas se dieron en Europa.

Por otro lado fue una crisis social recurrente en la que sucesivos movimientos de masas desde abajo, que tenían como núcleo a la clase obrera organizada, desafiaron el dominio de la burguesía imperialista y situaron en la agenda histórica la revolución socialista. Entre 1917 y 1936 prácticamente todos los países europeos experimentaron en un momento u otro una intensificación de las movilizaciones obreras con potencial revolucionario. Europa afrontó una clara alternativa entre el socialismo y la barbarie durante todo aquel periodo.

La derrota de la clase obrera significó el triunfo del fascismo, la Segunda Guerra Mundial y una nueva división del mundo, esta vez entre dos bloques geopolíticos reconfigurados, centrados en Estados Unidos y la Unión Soviética. En este capítulo analizaremos la guerra y el mundo de posguerra al que dio lugar, un mundo definido sobre todo por un largo *boom* económico en Occidente, un antagonismo nuclearmente neutralizado entre las dos superpotencias, y una oleada de luchas de liberación nacional anticoloniales en el Tercer Mundo.

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL: IMPERIALISMO

La Segunda Guerra Mundial fue la mayor tragedia de la historia de la humanidad. Duró seis años, murieron en ella 60 millones de personas y destrozó la vida de cientos de millones. Al igual que la Primera Guerra Mundial, transformó el potencial productivo liberador de la economía moderna en su opuesto: un mecanismo industrializado de muerte y destrucción. Reveló la alienación en el mismísimo núcleo del sistema capitalista cuando convirtió los productos del trabajo humano en instrumentos de carnicería a una escala sin precedentes.

El despilfarro de vidas y riqueza fue tremendo. Entre septiembre de 1939 y agosto de 1945 perecieron violentamente en promedio 27.000 personas cada día. En 1942 las fábricas soviéticas producían 24.000 tanques y y 22.000 aviones cada año. El primer día del asalto final a Berlín en abril de 1945, casi 9.000 cañones soviéticos dispararon más de 1.200.000 proyectiles. El bombardeo era tan intenso que las paredes vibraban a 60 km de distancia.

¿Qué es lo que motivó aquel escandaloso desperdicio de sangre y recursos? No fue, como proclamaban las clases dominantes en Gran Bretaña, Estados Unidos y la Unión Soviética, el deseo de derrotar al fascismo y de salvar al mundo para la democracia. Los motivos de los dirigentes aliados no eran más nobles que los del Eje. Consideremos las pruebas.

Alemania intentaba restaurar su posición dominante en Europa y asegurarse el acceso a las materias primas, reservas de mano de obra, fábricas y mercados necesarios para una prolongada expansión del capitalismo alemán. Italia entró en la guerra cuando le pareció que Alemania podía salir victoriosa. Siendo una potencia de segundo orden, la Italia fascista necesitaba un aliado poderoso porque ambicionaba construir un imperio en el norte de África y los Balcanes y convertir el Mediterráneo en un lago italiano.

El gigantesco tamaño de la Unión Soviética, su riqueza en recursos y su afán en la industrialización básica la volcó más hacia el interior. La principal preocupación de Stalin era la seguridad nacional; pero para conseguirla estaba dispuesto a atacar Finlandia,

anexionarse los países bálticos y dividirse Polonia con la Alemania nazi.

La incompetencia y brutalidad del régimen estalinista eran tales que casi se desmoronó frente a la invasión alemana en junio de 1941. Las purgas masivas habían destruido prácticamente el cuerpo de oficiales del Ejército Rojo. Durante los primeros meses de guerra se perdieron millones de hombres. Pero la vastedad rusa —en términos de territorio, mano de obra y recursos— absorbió el choque y se tragó al ejército alemán. A continuación la Unión Soviética, totalmente movilizada, le dio la vuelta a la tortilla en la batalla de Stalingrado (agosto de 1942-enero de 1943). A partir de entonces, a medida que iba avanzando el Ejército Rojo crecían las ambiciones imperiales de Stalin.

Los «Tres Grandes» —Stalin, el presidente estadounidense Roosevelt y el primer ministro británico Churchill— mantuvieron una serie de reuniones durante los dos últimos años de guerra para discutir la futura situación de posguerra. En uno de esos encuentros —en Moscú en octubre de 1944— Churchill escribió la siguiente nota y se la pasó a Stalin:

> Rumanía: Rusia 90 por 100, los demás el 10 por 100.
> Grecia: Gran Bretaña (junto con Estados Unidos) 90 por 100, Rusia 10 por 100.
> Yugoslavia: 50 por 100, 50 por 100.
> Hungría: 50 por 100, 50 por 100.
> Bulgaria: Rusia 75 por 100, los demás 25 por 100.

Stalin examinó la nota, cambió la proporción rusa de Bulgaria al 90 por 100, marcó la esquina superior izquierda con un lápiz azul, y a continuación se la devolvió a Churchill. Así era como los Conquistadores del Último Día decidían el destino de decenas de millones de europeos.

La guerra en Europa se ganó en el frente del este. Los soviéticos mataron alrededor de 4,5 millones de soldados alemanes, mientras que la cifra correspondiente a británicos y estadounidenses rondaba los 500.000. Esa disparidad se debía en parte a que Gran Bretaña era mucho más débil, y en parte a que tanto Gran Bretaña como

Estados Unidos estaban desarrollando simultáneamente una guerra a gran escala contra Japón en el Lejano Oriente.

El principal objetivo de Churchill era mantener el imperio británico. Optó por la guerra en cuanto quedó claro que Alemania podía alcanzar la hegemonía en Europa. Los gobernantes británicos siempre habían temido una amenaza a su supremacía y comercio marítimo por una potencia hostil que controlara el noroeste de Europa. Esa amenaza se materializó cuando la nueva estrategia alemana de la *Blitzkrieg* («guerra relámpago») mediante divisiones acorazadas provocó el colapso de Francia en seis semanas en mayo-junio de 1940. La propia Gran Bretaña no fue invadida, pero sus comunicaciones con su imperio de ultramar quedaron inmediatamente en peligro. Por eso, hasta muy avanzada la guerra, Churchill priorizó las operaciones del Mediterráneo, Oriente Medio y el Lejano Oriente por encima de la apertura de un segundo frente en Europa noroccidental. Quería defender Egipto, el canal de Suez e India; tal como declaró él mismo: «No me he convertido en primer ministro del rey para supervisar el desmantelamiento del imperio británico».

Eso hizo la guerra más dura, más larga y más sanguinaria de lo que podría haber sido. En 1942 los británicos tenían más soldados defendiendo la India que combatiendo contra los japoneses. Las manifestaciones nacionalistas allí fueron brutalmente reprimidas con fusilamientos, flagelaciones y secuestros de los manifestantes; 30.000 opositores fueron encarcelados. Un año después, 3 millones de personas murieron de hambre en Bengala porque las autoridades británicas no habían organizado el abastecimiento de víveres. No cabe pues extrañarse de que algunos indios prefirieran ponerse de parte de los japoneses en el Ejército Nacional Indio.

Gran Bretaña era una potencia industrial e imperial en declive; si se salvó de la ocupación nazi fue gracias a su insularidad, que a la vez significaba que podía convertirse, como efectivamente sucedió a partir de 1942, en plataforma para la proyección del poderío militar estadounidense. Los bombarderos estadounidenses atacaron Alemania desde los aeropuertos británicos; los soldados estadounidenses invadieron Francia desde los puertos británicos.

Gran Bretaña, incapaz de mantener por sí sola el peso financiero, económico y militar de la guerra mundial, necesitaba que Estados Unidos se convirtiera en «el arsenal de la democracia», abasteciéndola de alimentos, combustible y armamento a crédito. Pero esto no tenía nada que ver con la solidaridad entre clases dominantes «democráticas». Estados Unidos tenía sus propias ambiciones imperialistas. Esperaba salir de la guerra como superpotencia global, lo que significaba abrir los mercados protegidos de los viejos imperios europeos al comercio estadounidense. Sus créditos estaban destinados a promover los intereses estadounidenses a expensas del imperio británico. Sus términos requerían que los británicos liquidaran prácticamente todas sus reservas financieras y posesiones en ultramar. La alternativa para la clase dominante británica era la rendición y perder su imperio o convertirse en subordinada económica y militar de Estados Unidos, y fue esto último lo que prefirió. La «relación especial» que se forjó durante la Segunda Guerra Mundial sigue todavía en pie.

Británicos y estadounidenses estaban de hecho manteniendo dos guerras imperialistas, una en Europa y el Mediterráneo, contra Alemania e Italia, y otra en el Lejano Oriente, contra Japón.

Japón se había convertido en las guerras chino-japonesa, ruso-japonesa y Primera Guerra Mundial en una de las principales potencias imperialistas. Se estaba industrializando rápidamente, pero carecía de recursos vitales. Los sindicatos eran débiles, la democracia no había arraigado y desde 1927 la política japonesa estaba cada vez más dominada por el ala militarista de la clase dominante. Los militaristas japoneses deseaban sustituir los imperios británico, francés, neerlandés y estadounidense en el Lejano Oriente por un imperio propio. En 1931 ocuparon Manchuria, en 1937 lanzaron una guerra a gran escala contra China, y en 1940 anunciaron su intención de crear una «gran esfera de coprosperidad en Asia oriental».

La guerra contra Gran Bretaña y Estados Unidos comenzó en diciembre de 1941 con ataques simultáneos contra Malasia, ocupada por los británicos, y la flota estadounidense del Pacífico

estacionada en Pearl Harbor. Al cabo de seis meses los japoneses habían dominado prácticamente la totalidad del sureste de Asia y el Pacífico occidental. Los británicos hacían grandes esfuerzos para mantener la India y defender su frontera contra los japoneses. Estados Unidos dedicó grandes recursos navales para derrotar al imperio japonés. En la batalla del golfo de Leyte (Filipinas), en octubre de 1944, la flota estadounidense comprendía 225 buques de guerra, 34 de los cuales eran portaviones, y alrededor de 1.500 aviones.

En una larga guerra de desgaste, la potencia industrial conjunta de la Unión Soviética y Estados Unidos fue decisiva. La contribución de los demás estados a la victoria fue secundaria. Debido a esto la guerra no solo significó el final de los imperios alemán, italiano y japonés, sino también el eclipse de los imperios británico y francés. Los británicos se abrieron camino hacia Alemania conduciendo tanques y camiones estadounidenses, y así llegaron asimismo a París los soldados del Ejército Francés de Liberación. Berlín fue conquistada por el ejército soviético que avanzaba desde el este.

La Segunda Guerra Mundial fue una guerra imperialista para volver a dividirse el mundo entre bloques capitalistas en competencia. Entre los vencedores sobresalían las clases dominantes de Estados Unidos y la Unión Soviética. La guerra mundial imperialista había dado lugar a una nueva división del planeta, ahora bipolar.

La Alemania nazi, la Unión Soviética estalinista y el Japón militarista tenían al menos tres cosas en común: la práctica inexistencia de un movimiento obrero independiente, un estado policial autoritario y una estrategia bélica caracterizada por el salvajismo más primitivo. Esas tres cosas estaban ligadas entre sí. Una clase obrera fuerte es la base de la democracia; una clase obrera atomizada es la condición para la dictadura. La derrota de los movimientos revolucionarios durante la década de 1930 significó el dominio del nacionalismo, el racismo y el militarismo; significó una caída precipitada en la barbarie.

El antisemitismo proporcionó al nazismo su marco ideológico. La fantasía de una conspiración judía internacional que enlazaba Wall Street con Moscú expresaba la irracionalidad de una clase media encolerizada que se veía arruinada por la crisis económica y que vivía aterrorizada ante la posibilidad del triunfo de la clase obrera. El racismo antieslavo se hacía eco de mitos raciales milenarios como justificación para nuevas guerras imperiales: los *Untermenschen* de Europa oriental —polacos y rusos— debían ser esclavizados o sometidos a la limpieza étnica para crear el *Lebensraum* («espacio vital») que supuestamente precisaba una raza aria dominante que tomaba como modelo a los caballeros medievales de la Orden Teutónica. La lógica dual del racismo nazi y el imperialismo alemán llevó al genocidio al ocupar Polonia, Bielorrusia y Ucrania, genocidio que se intensificó cuando la marea de la guerra se volvió contra los invasores; los judíos, en particular, se convirtieron en chivos expiatorios de la derrota.

Alrededor de 6 millones de polacos (el 16 por 100 de la población total) fueron asesinados. La mitad eran judíos, encerrados por la fuerza en guetos y luego, a partir de 1942, transportados a campos de exterminio diseñados al efecto. El mayor de ellos, en Auschwitz-Birkenau, era un complejo industrial construido con el único propósito de matar tanta gente y tan rápidamente como fuera posible. Tres millones de personas murieron en el campo, dos

millones y medio de ellas en sus cámaras de gas y las demás de hambre y enfermedades.

En total los nazis asesinaron a seis millones de judíos y otros seis millones de «infrahumanos» durante el genocidio que conocemos como Holocausto; pero muchos más millones murieron como consecuencia del hambre, la desatención y fusilamientos aleatorios. La guerra en el frente del este le costó a la Unión Soviética 27 millones de vidas (el 16 por 100 de la población total). La mayoría de ellos eran prisioneros de guerra civiles en la zona ocupada.

La conducción de la guerra por Stalin fue casi tan brutal como la de los nazis. No ordenó un genocidio racial ni la construcción de campos de exterminio, pero utilizó sus ejércitos como instrumento de conquista, empleó a millones de personas como esclavos y manejó el terror policial tan implacablemente como Hitler su Gestapo y sus SS (*Schutzstaffeln*).

En 1918 los bolcheviques habían inundado las trincheras alemanas de octavillas que llamaban a los soldados alemanes a volver sus fusiles contra sus oficiales y a unirse a la revolución mundial. En 1941 Stalin calificó la guerra contra Hitler como «Gran Guerra Patriótica», ensalzando las victorias de los generales zaristas durante el siglo XIX. Cuando el ejército soviético entró en territorio alemán en 1944, comenzó una vesania de asesinatos, violaciones y destrucción aprobada por el estado y totalmente indiscriminada. Se estima que dos millones de mujeres fueron violadas, muchas de ellas repetidamente. El terror era tal que 14 millones de civiles abandonaron sus hogares y se dirigieron hacia el oeste en la mayor migración de masas de la historia.

La ocupación de China por los japoneses fue tan brutal como la ocupación nazi de Polonia o la ocupación estalinista de Alemania Oriental. Más de 15 millones de chinos fueron asesinados durante la Segunda Guerra Mundial, entre ellos millones de jóvenes utilizadas como prostitutas-esclavas, prisioneros sometidos a experimentos médicos y ensayo de armas y gente utilizada como ganado humano para alimentar a los soldados japoneses aislados de sus bases de aprovisionamiento.

La barbarie no era privativa de los regímenes totalitarios. Las «democracias» eran también potencias imperialistas decididas a subyugar a la población nativa: los británicos en India, los franceses en Indochina, los estadounidenses en Filipinas. Las «democracias» también cometieron terribles crímenes de guerra. El bombardeo «en alfombra» de las ciudades alemanas por las fuerzas aéreas británicas y estadounidenses a menudo no tenía ningún propósito militar. El bombardeo de Hamburgo el 27 de julio de 1943 dio lugar a un incendio incontrolable. Las casas estallaban; la gente oculta en los sótanos se asfixiaba o moría entre llamas; el asfalto hervía y la gente se quedaba pegada a él como a un papel atrapamoscas. Su cabello ardía, sus ojos se licuaban y la carne se carbonizaba. En una sola noche murieron 40.000 personas, dos veces más que en todos los bombardeos del Blitz sobre Londres durante ocho meses. Prácticamente todos ellos eran civiles.

El mariscal jefe del ejército del aire británico Arthur Harris, al mando de los bombarderos de la RAF, era un partidario ferviente de los bombardeos de venganza y terror. Su propósito era destruir todas las ciudades importantes de Alemania. Sus incursiones nocturnas, en las que participaban hasta mil aviones, mataron a 600.000 civiles alemanes y destruyeron 3,4 millones de hogares en 64 ciudades.

Pero el destino más terrible era el que esperaba a las ciudades de Hiroshima y Nagasaki en Japón. El 6 de agosto de 1945 el bombardero B-29 estadounidense *Enola Gay* arrojó sobre la primera una bomba atómica a la que habían puesto el apodo de *Little Boy*, que mató a más de 45.000 personas instantáneamente y otras tantas por heridas y enfermedades más tarde, la mayoría en una lenta agonía. Tres días después se arrojó sobre Nagasaki otra bomba atómica, *Fat Man*, matando a más de 30.000 personas en las primeras horas y otras tantas posteriormente.

Ninguna de esas dos ciudades tenía gran importancia militar. La guerra estaba casi terminada. Una demostración de la existencia y potencia del arma habría bastado muy probablemente para asegurar la rendición japonesa. Pero el gobierno estadounidense quería mostrar su nuevo músculo militar y el dominio global que le

proporcionaba. También quería probar los efectos del arma sobre seres vivos. Las poblaciones de Hiroshima y Nagasaki fueron, en cierto sentido, las primeras víctimas de lo que se acabaría llamando Guerra Fría.

El carácter imperialista de la Segunda Guerra Mundial sumergió a los pueblos del mundo en una guerra de desgaste industrializada y genocida. Lo que la hizo posible fue la derrota de la gran oleada revolucionaria de 1917-23.

Tras la Primera Guerra Mundial, la humanidad se había visto ante una clara alternativa: la revolución socialista o el desempleo, el fascismo y la guerra. El resultado se decidió en gran medida por el déficit de organización y liderazgo revolucionario. Su precio se siguió pagando hasta el final de la guerra y después, ya que la destrucción del movimiento obrero en la mayor parte de Europa durante el periodo de entreguerras impidió una erupción revolucionaria similar a la que había tenido lugar en 1917. En su lugar, al final de la guerra los nazis provocaron un crescendo apocalíptico de ferocidad homicida.

Mientras Hitler, oculto en su búnker de Berlín, fantaseaba sobre ejércitos inexistentes, emitía órdenes disparatadas de «combatir hasta la muerte» y despotricaba contra judíos, bolcheviques y traidores, su policía secreta reclutaba adolescentes y ancianos para combatir contra los tanques rusos y ahorcaba a miles de «desertores» a lo largo de las carreteras. El terror estalinista también llegó a su apogeo en 1944-45: se estima que tres millones de prisioneros de guerra liberados de los campos nazis fueron enviados a los del Gulag acusados de rendirse o colaborar con el enemigo; otros 135.000 soldados fueron detenidos por «crímenes contrarrevolucionarios».

El desguace y reconstrucción del mundo a partir de 1945 solo afrontaba desafíos dispersos, confusos y en gran medida derrotados de antemano.

La Segunda Guerra Mundial: resistencia

Las potencias del Eje arrostraban una creciente oposición a sus brutales regímenes durante la Segunda Guerra Mundial. Cuando los militaristas japoneses atacaron China en 1967, esperaban una rápida conquista antes de embarcarse en una guerra más amplia, pero su ferocidad provocó una resistencia tenaz y prolongada de los movimientos nacionalista y comunista que les obligó a mantener unos 650.000 soldados en China hasta el final de la guerra. Los alemanes, pese al terror policial que imponían en la Europa ocupada, también se vieron obligados a desplegar enormes ejércitos para aquietar a las poblaciones sometidas. Hasta el mismísimo fin de la guerra, mientras el propio Berlín estaba siendo bombardeado, Hitler todavía mantenía 400.000 soldados en Noruega.

Muchos países ocupados se liberaron por sí mismos. Yugoslavia fue liberada no por los ejércitos aliados, sino por los *Partizani*, un movimiento de masas dirigido por los comunistas encabezados por Josip Broz, *Tito*. Los partisanos expulsaron a los alemanes, aplastaron a sus aliados fascistas croatas de la Ustacha y marginaron al ineficaz movimiento monárquico *chetnik*. Los partisanos constituían un movimiento de masas auténticamente multiétnico en el que participaban al final de la guerra casi un millón de yugoslavos, lo que le dio a Tito una fuerte base independiente. Durante la subsiguiente Guerra Fría, Yugoslavia no se alineó ni con el oeste ni con el este.

En Polonia también había un vigoroso movimiento de resistencia. Se estima que en su momento culminante el ejército del país (*Armia Krajowa*) tenía hasta 400.000 miembros. Cuando el ejército soviético se aproximaba a Varsovia, Radio Moscú anunció que había llegado «la hora de la acción» y pidió a los polacos que «se unieran a la lucha contra los alemanes». Alrededor de unos 50.000 polacos respondieron al llamamiento, entre ellos muchos comunistas y judíos que salieron de sus escondrijos y se adueñaron del centro de Varsovia. El campo de concentración construido donde antes estaba el gueto judío fue liberado. Se apoderaron de arsenales y se

improvisaron talleres para la fabricación de armas así como cantinas y hospitales.

Pero Stalin ordenó detener el avance soviético, permitiendo que los nazis concentraran sus fuerzas en aplastar el levantamiento. Les llevó dos meses. La ciudad fue bombardeada hasta arrasarla, y luego sometida al terror. Los combatientes heridos eran quemados vivos con lanzallamas. Las enfermeras eran violadas, azotadas y asesinadas. Los niños polacos eran fusilados como entretenimiento. Más de 30.000 de ellos murieron en la Ciudad Vieja.

La resistencia polaca fue decapitada. Los nazis la ejecutaron, pero los estalinistas habían erigido el cadalso. La Unión Soviética era una potencia imperialista que llevaba a cabo una guerra de conquista. No quería rivales autóctonos para los regímenes títere que planeaba imponer, y por ello fue activamente contrarrevolucionaria. La política de Stalin en el este se equiparaba a la de los británicos y estadounidenses en el oeste, y su papel fue de nuevo decisivo.

La Segunda Guerra Mundial encontró a las clases dominantes británica y francesa profundamente divididas. Se debatían entre el temor a la revolución socialista y el temor al imperialismo alemán. Churchill se había opuesto al «apaciguamiento» porque creía que la amenaza de la revolución estaba menguando y la de los nazis incrementándose. Su propósito era defender el imperio británico y mantener el mundo seguro para los grandes negocios y los ricos, lo que significaba aplastar los movimientos revolucionarios en Europa y en las colonias.

El acuerdo alcanzado por los Tres Grandes en sus conferencias durante la guerra consistía en dividir Europa en esferas de influencia. Stalin consiguió manos libres en el este, y Churchill y Roosevelt en el oeste; pero estos últimos debían superar tres desafíos importantes, en Francia, Italia y Grecia.

Tras la derrota militar de mayo-junio de 1940, la clase dominante francesa se había escindido irrevocablemente en un ala colaboracionista que apoyaba al régimen de Vichy del mariscal Pétain en el sur de Francia y un ala nacionalista exiliada, con base en Gran Bretaña, dirigida por el general Charles de Gaulle, quien,

con ayuda estadounidense, estaba organizando el Ejército Francés de Liberación.

Sus soldados participaron en las campañas aliadas en el norte de África y el noroeste de Europa, pero la resistencia clandestina dirigida por los comunistas en la propia Francia cobró mucha más fuerza. Durante la liberación en junio-noviembre de 1944, los trabajadores realizaban sabotajes y la *Résistance* derrotó a unidades alemanas locales y creó comités de liberación y tribunales populares.

Pero cuando el dirigente exiliado del partido comunista francés Maurice Thorez volvió de Moscú a París, pidió a la clase obrera francesa que se subordinara a los gaullistas, con el lema «un estado, un ejército, una fuerza de policía».

En Italia Mussolini había sido depuesto por el Gran Consejo Fascista el 25 de julio de 1943. El mariscal Badoglio, un general conservador, había formado un nuevo gobierno y había firmado la paz con los aliados; pero los alemanes enviaron nuevas divisiones a Italia y reinstalaron a Mussolini como jefe de un régimen fascista títere en el norte (la *Repubblica Sociale Italiana* de Saló). La ocupación nazi desencadenó la insurgencia dirigida por los comunistas que creció rápidamente, de 10.000 partisanos rurales organizados a finales de 1943 a 100.000 o más al final de la guerra.

También crearon grupos de resistencia clandestina en las ciudades, y cientos de miles de trabajadores emprendieron huelgas y sabotajes. Las ciudades industriales del norte, Génova, Turín y Milán, fueron liberadas por insurrecciones armadas en la primavera de 1945. El Partido Comunista Italiano pasó de tener 5.000 miembros a 400.000.

Pero cuando el dirigente comunista italiano Palmiro Togliatti regresó de su exilio en Rusia, anunció que su partido se unía al gobierno de Badoglio. Los *partigiani* debían entregar sus armas y los trabajadores volver a su puesto de trabajo.

En Grecia los nazis habían tenido que hacer frente a una creciente insurgencia guerrillera. Su evacuación a finales de 1944 había dejado el país bajo el control prácticamente total del Frente de Liberación Nacional-Ejército Popular de Liberación Nacional (EAM-

EELAS, *Ethnikó Apeleftherotikó Métopo-Ellinikós Ethnikós Laikós Apeleftherotikós Stratós*), un movimiento de resistencia dominado por los comunistas. En Francia e Italia los partidos comunistas locales obedecieron las órdenes de Stalin y se desarmaron, y en Grecia intentaron hacer lo mismo: explicando tras el Pacto de Varkiza del 12 de febrero de 1945 que «el principal deber nacional de todo el mundo es asegurar el orden», pidieron a sus seguidores que respaldaran al «gobierno de unidad nacional». Pero Churchill, que había viajado a Atenas para coordinar la ayuda británica, estaba decidido a utilizar la fuerza para restaurar la monarquía y aplastar a la izquierda, y telegrafió poco después al comandante británico en el país: «No vacile en actuar como si estuviera en una ciudad conquistada en la que se produce una rebelión local». El resultado fue una guerra civil prolongada hasta 1949, respaldada por británicos y estadounidenses, para destruir el movimiento de resistencia que había liberado a Grecia de los nazis. Una vez más, la acción de los dirigentes occidentales fue apoyada por Stalin, quien le dijo a Churchill: «tengo toda mi confianza en la política británica en Grecia».

Buena parte de la Europa ocupada fue liberada de los nazis por las organizaciones locales de resistencia durante los dos últimos años de guerra. Al derrumbarse el poder nazi, esas organizaciones habían pasado de ser pequeñas unidades clandestinas a convertirse en grandes movimientos de masas con millones de personas, la mayoría dominadas por los comunistas.

Pero el potencial para una transformación revolucionaria general de la sociedad europea fue abortado. Las viejas clases dominantes, incluidos los antiguos fascistas y colaboracionistas, volvieron al poder, tanto en la metrópoli como en las colonias. En el este y en el oeste el principal agente de esa contrarrevolución fue el estalinismo: en el este debido a la capacidad del ejército soviético para aplastar todas las fuerzas políticas independientes; en el oeste porque millones de trabajadores buscaban liderazgo en los partidos comunistas que recibían órdenes de Moscú.

El historiador militar Max Hastings describía el bombardeo nuclear de Hiroshima como «el hongo que cambió el mundo».

Causó heridas como nunca antes se habían visto:

> Un caballo rosado al que le había desaparecido la grupa; gente con la ropa pegada a la carne; una hilera de colegialas con tiras de piel que les colgaban de la cara; supervivientes horriblemente quemados, sin esperanza de un alivio médico eficaz; un montón de cadáveres descarnados y carbonizados.

La primera bomba tenía una potencia equivalente a 12.500 toneladas de TNT. La temperatura al nivel del suelo alcanzó los 4.000º C. Más del 90 por 100 de los edificios de la ciudad fueron destruidos por la explosión o el fuego. Alrededor de una cuarta parte de la población murió inmediatamente, y otra cuarta parte comenzó a morir lentamente a causa de sus heridas.

Pese al horror demencial de tales armas, en 1952 los estadounidenses estaban probando bombas de hidrógeno 100 veces más poderosas que la bomba atómica lanzada en Hiroshima, mientras los soviéticos no se quedaban muy atrás en la carrera armamentística nuclear, testando su primera bomba atómica en 1949 y su primera bomba de hidrógeno en 1955.

El gasto militar alcanzó niveles sin precedentes en tiempo de paz: Estados Unidos gastaba el 20 por 100 de su PIB en armamentos, mientras que la Unión Soviética, con una economía mucho más pequeña, llegaba al 40 por 100. A finales de la década de 1960 el megatonelaje total de capacidad destructiva almacenado por las superpotencias rivales rondaba un millón de veces la bomba de Hiroshima. Los gobernantes de Estados Unidos y la Unión Soviética tenían la capacidad de destruir varias veces la civilización humana.

La expresión acertadamente aplicada al equilibrio del terror entre los dos bloques imperialistas era «destrucción mutua asegurada» (MAD). Los arsenales nucleares disuadían de una guerra a gran escala, pero las sospechas y la rivalidad hacían que nunca fuera una perspectiva descartable, y llegó a estar cerca de materializarse

durante la «crisis de los misiles» en octubre de 1962. Los soviéticos estaban instalando en secreto misiles nucleares en Cuba, a 170 kilómetros de Estados Unidos; el gobierno estadounidense exigió que fueran retirados y se preparó para una guerra nuclear.

Puso en alerta sus misiles balísticos intercontinentales, sus misiles transportados en submarinos y sus bombarderos aéreos. También reunió una fuerza invasora de 100.000 hombres. El fiscal general estadounidense Robert Kennedy recordaba: «Todos pensábamos que si los rusos estaban dispuestos a ir a la guerra por Cuba, también estarían dispuestos a ir a la guerra nuclear, y que la hora de la verdad podría llegar antes de seis meses». Los soviéticos se echaron atrás, pero durante dos semanas el mundo contuvo la respiración, sabiendo que la humanidad se hallaba al borde de la última locura, una aniquilación total por orden de un diminuto grupo de faraones con armas nucleares.

De hecho, la «destrucción mutua asegurada» evitó una guerra total entre las superpotencias, pero no innumerables guerras por delegación en la periferia de los imperios rivales. La primera estalló cinco años después del final de la Segunda Guerra Mundial.

En 1945 Corea había quedado dividida por el paralelo 38 en dos zonas de ocupación soviética y estadounidense, respectivamente. Al intensificarse la Guerra Fría aquella división se consolidó, constituyéndose dos estados enfrentados en 1948. La subsiguiente guerra durante tres años (1950-53) por reunificar el país arrastró a las grandes potencias, con la República Popular China respaldada por los soviéticos de parte del norte, y Estados Unidos y sus aliados de parte del sur. En aquella guerra murieron 2 millones de coreanos y 2 millones de chinos y soldados occidentales. La mitad de los habitantes del sur perdieron sus hogares. Tanto el norte como el sur quedaron económicamente postrados; pero la guerra terminó en un empate manteniendo la frontera original sin ningún acuerdo de paz formal, y el conflicto ha permanecido latente durante más de medio siglo, con una línea fronteriza definida con alambre de espino, torres de vigilancia y una confrontación militar ritualizada. Aquella guerra fue infinitamente inútil.

¿Qué había tras aquella prolongada confrontación militar?

La Segunda Guerra Mundial había creado un mundo dividido entre dos superpotencias, que al final de la guerra disponían del control efectivo de «esferas de influencia» globales en las que eran económicamente dominantes. Esas dos esferas eran, en un grado excepcional, independientes una de otra. Formaban bloques imperialistas en gran medida autosuficientes.

Stalin había favorecido al principio en Europa oriental gobiernos que incluían tanto nacionalistas, liberales y socialdemócratas como comunistas. Pero el inicio de la Guerra Fría declarada por el presidente Truman en su comparecencia ante el Congreso el 12 de marzo de 1947 tuvo como consecuencia un endurecimiento del control soviético y los no comunistas fueron expulsados del poder. También había, por otra parte, comunistas demasiado independientes. En 1948 habían quedado establecidas en toda Europa oriental dictaduras estalinistas prosoviéticas, nacionalizando las principales industrias e introduciendo en ellas la planificación estatal. El modelo estato-capitalista de desarrollo económico ensayado en Rusia se implantó en toda Europa oriental, pero ahora en un marco imperialista. Las economías de Alemania oriental, Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Rumanía y Bulgaria quedaron subordinadas a la de la Unión Soviética.

Tal como explicaba Tony Cliff en su estudio *State Capitalism in Russia*:

> Los países imperialistas tradicionales explotaban a sus colonias de tres formas: comprando sus productos a bajo precio; vendiéndoles los productos de la «madre patria» a precios elevados; y creando empresas cuya propiedad quedaba en manos de capitalistas de la metrópoli y que empleaban como trabajadores mal pagados a los «nativos». El estato-capitalismo soviético utilizaba esos mismos tres métodos para explotar sus colonias.

La Unión Soviética tenía todavía una economía relativamente atrasada. Sus gobernantes querían por tanto crear un mercado imperial cerrado. Estados Unidos, en cambio, tenía la economía más avanzada del mundo, generaba alrededor del 50 por 100 de la producción global y dominaba el mercado mundial, por lo que sus gobernantes querían mercados abiertos. Esto significaba romper los

viejos imperios coloniales de las potencias europeas y limitar el alcance del nuevo imperio soviético.

El plan Marshall (1948-52) fue un mecanismo primordial para conseguirlo. A los países europeos se les ofrecieron grandes préstamos estadounidenses en términos generalmente generosos para ayudarles a reconstruir sus economías destruidas. A cambio tenían que promover el libre comercio y marginar a los comunistas. La idea, como explicaba un economista estadounidense que trabajó en el plan, era «reforzar el área que había quedado fuera del alcance de Stalin».

Winston Churchill, dirigiéndose a una audiencia estadounidense en marzo de 1946, dijo: «un telón de acero ha descendido en el continente [europeo]». Aquella frase tuvo éxito. El «telón de acero» se convirtió en la expresión para describir la principal línea de fractura económica, política e ideológica durante la larga Guerra Fría entre 1947 y 1989.

En el este los disidentes eran denunciados como «agentes imperialistas» y «fascistas» y enviados a los campos del Gulag. En el oeste los comunistas eran incluidos en listas negras y se les decía que «se fueran a Rusia». Algunos sindicatos británicos proscribieron a los comunistas de los puestos dirigentes. El Comité de Actividades Antiamericanas promovido por el senador estadounidense Joe McCarthy emprendió una caza de brujas sistemática de «simpatizantes comunistas». Radicales de todos los matices fueron despedidos de su empleo y se les impidió trabajar. Algunos se vieron empujados al suicidio. Dos de ellos, Julius y Ethel Rosenberg, fueron ejecutados en la silla eléctrica en 1953 por pasar supuestamente secretos atómicos a la Unión Soviética.

Los disidentes a menudo cometían el error de identificarse con fuerzas imperialistas al otro lado de la barricada. En el este los antiestalinistas idealizaban la democracia capitalista occidental; en el oeste los comunistas seguían considerando a la Unión Soviética como una «patria socialista». Los trabajadores del bloque del este eran explotados por el capitalismo de estado y los del oeste por el capitalismo de mercado, pero unos y otros resultaban engañados

por la ideología de la Guerra Fría y una falsa dicotomía entre «sistemas» rivales.

Algunos activistas, no obstante, entendían que ni la «democracia» occidental ni el «comunismo» oriental ofrecían una alternativa real para la humanidad. Algunos mantenían una visión mucho más radical de la revolución, del poder popular y de una sociedad igualitaria volcada en las necesidades humanas, y no en el beneficio y la guerra. Cuando estallaban luchas de masas contra la explotación, la opresión y la violencia de los sistemas rivales de la Guerra Fría, esos activistas, portadores de la antigua tradición de la lucha desde abajo, volvían a conectarse con nuevas fuerzas de masas.

EL GRAN «BOOM»

El capitalismo es un sistema irracional y disfuncional. La crisis nunca está demasiado lejos. La expansión y la recesión constituyen su ciclo natural.

La Larga Depresión de finales del siglo XIX solo acabó gracias al imperialismo, el rearme y la guerra mundial. El aletargamiento del sistema durante la década de 1920 generó una burbuja especulativa cuando el capital optó por los negocios financieros en lugar de la industria. Cuando estalló la burbuja en 1929, el sistema se precipitó en la Gran Depresión. De nuevo precisó el imperialismo, el rearme y la guerra mundial para poner fin a la depresión. En ese contexto resulta sobremanera notable el gran *boom* que duró desde 1948 hasta 1973.

Las tasas de crecimiento eran fenomenales y sin precedentes. La producción económica estadounidense total era tres veces mayor en 1970 que en 1940. La producción industrial alemana se quintuplicó entre 1948 y 1970, mientras que la francesa se cuadruplicó. Se ampliaron viejos sectores y aparecieron otros nuevos, con plantas fabriles gigantescas que empleaban a cientos, miles e incluso decenas de miles de trabajadores. Las fábricas de automóviles en particular, con la producción en cadena para un mercado de masas creciente, simbolizaba una nueva economía del consumidor. Estados Unidos llegó a tener 70 millones de trabajadores empleados en la industria.

El desempleo disminuyó en todo el mundo desarrollado, al 3 por 100 en Estados Unidos, al 1,5 por 100 en Gran Bretaña, al 1 por 100 en Alemania. Nuevos trabajadores se incorporaron a los lugares de trabajo. Los afroamericanos emigraron de las explotaciones agrícolas del Sur a las fábricas del Norte. Los campesinos italianos abandonaban los campos empobrecidos de Sicilia para trabajar en Turín o en Milán. Decenas de miles de turcos encontraron trabajo en las fábricas de automóviles de Colonia, argelinos en los hoteles de París, panyabíes en las fábricas textiles británicas. La demanda de mano de obra era tan grande que también las mujeres se incorporaron a la fuerza de trabajo en una proporción sin

precedentes en tiempos de paz. En 1950 solo trabajaba en Gran Bretaña una de cada cinco mujeres casadas; a partir de entonces la proporción fue creciendo continuamente, pasando a dos de cada cinco en 1970 y tres de cada cinco en 2000. Aumentaron los salarios y el nivel de vida. Las familias obreras compraban aspiradoras, lavadoras, frigoríficos, televisores y automóviles de segunda mano.

Se construyeron estados del bienestar «desde la cuna hasta la tumba». Los gobiernos invertían grandes cantidades en empleos en el sector público, alojamientos sociales, hospitales públicos, nuevas escuelas y asistencia para los pobres. Nació la cultura joven, porque por primera vez los jóvenes disponían de suficiente independencia, ingresos y libertad para no trabajar que les permitían cultivar su propia forma de vestir, su música y sus aficiones.

Las altas tasas de crecimiento, el rápido aumento del nivel de vida, un ciclo económico cuyas ocasionales recesiones eran tan leves como para apenas notarse, todas esas cosas les hicieron creer a muchos que el capitalismo había resuelto sus problemas y ahora podía ofrecer una prosperidad sin fin y creciente para todos. El político socialdemócrata Tony Crosland, varias veces ministro en gobiernos laboristas, captó el ambiente en su muy alabado libro de 1956 *The Future of Socialism*:

> El estado del bienestar del pleno empleo [...] les habría parecido un paraíso a muchos de los primeros socialistas. La pobreza y la inseguridad están desapareciendo. El nivel de vida aumenta rápidamente; el temor al desempleo desaparece; y los trabajadores jóvenes tienen esperanzas que nunca habrían cabido en la cabeza de su padre [...] En Gran Bretaña nos encontramos en el umbral de la abundancia de masas.

Los académicos daban lustre intelectual a la nueva era de «abundancia de masas». Los sociólogos hablaban del «aburguesamiento» del «obrero enriquecido», cómodo, seguro, satisfecho y a quien por tanto ya no le interesaba la política de clase, sino solo el estilo de vida. Otros presentaron modelos sociales que insistían en la cohesión y el consenso, o proclamaban «el fin de las ideologías» sobre la base de que estas eran ya irrelevantes en una era de gestión tecnocrática e ingeniería social.

Los políticos llegaron a un amplio consenso: la mayoría se mostraban partidarios de la planificación estatal y el gasto público, al tiempo que alababan la reforma, la modernización y lo que el dirigente del partido laborista británico Harold Wilson llamaba «el rojo vivo de la revolución tecnológica».

El optimismo de la época era como el reestreno de una vieja película. Anteriores *booms* —entre 1848 y 1873, y de nuevo entre 1896 y 1914— habían sido también saludados con predicciones eufóricas de una nueva sociedad cada vez más opulenta. El revisionismo de Crosland recordaba el del teórico socialdemócrata alemán Eduard Bernstein antes de la Primera Guerra Mundial.

Pero las contradicciones del capitalismo no habían sido abolidas. El *boom* descansaba sobre unos cimientos inestables y era insostenible a largo plazo. De hecho era producto de tres factores, todos ellos derivados de la Segunda Guerra Mundial: gasto en armamento, gestión pública y militancia de la clase obrera.

El gasto en armamento, aunque disminuyó después de 1945, seguía siendo excepcionalmente alto debido a la Guerra Fría. Los contratos estatales proporcionaban a un montón de grandes corporaciones del sector ventas y beneficios garantizados. Una vez que se firmaba un contrato, la inversión en la producción de armas, incluida la investigación y desarrollo, carecía prácticamente de riesgos. Su efecto multiplicador significaba que el *boom* en la producción de armas estimulaba el conjunto de la economía, ya que sus fabricantes compraban materias primas, componentes, energía y diversos servicios a otros capitalistas, y los trabajadores de la industria armamentística gastaban sus salarios en una amplia variedad de bienes de consumo. Y lo que es más, como la producción de armas es gasto improductivo, filtraba riqueza excedente fuera del sistema, reduciendo la tendencia de la acumulación de capital a sobrecalentar la economía y a ejercer una presión sobre los mercados, los precios y los beneficios que solía precipitar una recesión.

El segundo factor era el mayor papel económico en general del estado. Los estados de posguerra, además de comprar armas, nacionalizaron importantes industrias, construían infraestructuras,

ampliaban la mano de obra pública y redistribuían los ingresos en forma de subsidios, pensiones y el «salario social» representado por los hospitales, escuelas y otros servicios públicos. Esto también proporcionaba mercados y beneficios a los capitalistas, por ejemplo a las empresas que construían alojamientos sociales, las compañías farmacéuticas que suministraban medicinas a los hospitales públicos o las fábricas que construían vías férreas para las redes ferroviarias nacionalizadas. Ahí también funcionaba un efecto multiplicador.

Este factor estaba estrechamente relacionado con el tercero: la militancia de una clase obrera radicalizada por la depresión y la guerra.

La clase dominante sabía que la Primera Guerra Mundial había acabado con una oleada revolucionaria entre 1917 y 1923. Sabía que la depresión económica del periodo de entreguerras había estimulado nuevos levantamientos revolucionarios, como los de Francia y España en 1936. Sabían también que la clase obrera europea había salido de la Segunda Guerra Mundial amargada por el recuerdo de las colas del paro y la pobreza de entreguerras, pero también dotada de mayor poder por el pleno empleo en las economías de guerra de 1939-45. La amenaza comunista de posguerra podía haberse difuminado, pero las reivindicaciones de planificación y bienestar de la izquierda se habían universalizado en una clase obrera europea decidida a no regresar a las penalidades de la década de 1930.

Quentin Hogg, político conservador y miembro del parlamento británico, defendió así en 1943 la reforma de la Cámara de los Comunes: «Si no se le da a la gente la reforma social, les darán a ustedes la revolución social». El plan Marshall de posguerra tenía motivos similares: detener la expansión del comunismo aliviando el malestar social. El capitalismo europeo sobrevivió tras la Segunda Guerra Mundial gracias a los créditos estadounidenses para financiar la inversión, mantener el pleno empleo y construir estados del bienestar.

El efecto económico combinado de la «economía armamentística permanente» y el «consenso del estado del bienestar» fue un *boom*

alimentado desde el estado que permitió al capitalismo crecer a una velocidad sin precedentes durante toda una generación.

Pero aquello no podía durar y no duró. Las contradicciones del sistema se mitigaron durante un tiempo, pero no se habían resuelto y a finales de la década de 1960 el capitalismo occidental estaba entrando, como veremos, en una nueva fase de crisis.

La China maoísta

El 31 de enero de 1949 el Ejército de Liberación Popular (ELP) vertebrado por el Partido Comunista chino entró en Beijing y el 1 de octubre Mao Zedong, el líder máximo del partido, proclamó en la plaza de Tiananmen la fundación de una «república popular» en la que se iba a construir el «socialismo». El dirigente nacionalista Chiang Kaishek huyó a Taiwan el 10 de diciembre y su ejército se desintegró tras una guerra civil de cuatro años. En todo el mundo fueron muchos los que creyeron las afirmaciones de Mao y el maoísmo se convirtió en inspiración ideológica para toda una generación de activistas durante las décadas de 1960 y 1970.

Es incuestionable que los acontecimientos de 1949 culminaron una auténtica revolución. Un ejército de un millón de campesinos había derrocado a la vieja clase dominante, había quebrantado el poder del imperialismo occidental y había creado las bases para un nuevo orden social. Chiang Kaishek había representado a los terratenientes y capitalistas, a la cabeza de un ejército corrupto. Muchos de sus soldados habían saqueado despiadadamente al campesinado en las zonas que controlaban, y los nacionalistas habían fracasado en el deber primordial de cualquier estado: la defensa del territorio nacional frente a enemigos extranjeros.

Al final de la Segunda Guerra Mundial los nacionalistas parecían más fuertes que los comunistas: controlaban más territorio y su ejército estaba equipado y abastecido por Estados Unidos. Pero la autoridad nacionalista no era más que una fina capa, mientras que los comunistas estaban socialmente enraizados en sus zonas liberadas. El ELP era un ejército muy disciplinado y que no saqueaba al campesinado. El PC puso un límite a los arrendamientos que cobraban los terratenientes y combatió con éxito a los señores de la guerra, los nacionalistas y los japoneses.

El atractivo de Mao consistía en que era a la vez un nacionalista eficaz y un reformador social. Los comunistas consiguieron el apoyo de la clase media por su combate contra el imperialismo y el apoyo campesino porque protegían a las aldeas frente a los soldados, terratenientes y otros depredadores. El resultado fue que cientos de

miles de soldados nacionalistas se pasaron a los comunistas durante la guerra civil.

Pero esto no significaba que la de 1949 fuera una revolución socialista. Ni siquiera significaba que fuera una revolución desde abajo. No hubo en ella un movimiento de masas de los trabajadores democráticamente organizados y actuando autónomamente para conseguir su propia emancipación. Por el contrario, el PC no tenía prácticamente miembros de la clase obrera urbana. A finales de 1926 dos tercios de los miembros del partido eran obreros, pero esa proporción había disminuido al 10 por 100 en 1928, al 2 por 100 en 1930 y casi a cero a partir de entonces. En 1949 el PC chino era un partido con dirigentes de clase media y militantes campesinos.

¿Como había sucedido esto? En 1927 la primera revolución china había sido ahogada en sangre cuando los nacionalistas de Chiang Kaishek masacraron a 50.000 obreros de Shanghai y destruyeron el embrionario movimiento obrero chino. Mao y un grupo de unos mil comunistas consiguieron sobrevivir retirándose a una remota zona montañosa. Operaron como ejército guerrillero ampliando lentamente su «república soviética china», pero luego tuvieron que hacer frente a un prolongado acoso nacionalista.

El grupo de Mao, amenazado con la extinción, emprendió en octubre de 1934 su famosa Larga Marcha, introduciéndose profundamente en el interior rural de China. Fue una operación épica de indecible perseverancia. Entre 80.000 y 90.000 personas se pusieron en marcha, pero la mayoría de ellas murieron durante el camino; algunos se quedaban atrás para establecer nuevas «bases rojas» y solo unos 4.000 completaron aquel trayecto que duró un año. Mao era ya el líder indiscutido y el PC había dejado de ser un partido de la clase obrera urbana. Al restablecerse en una de las regiones más atrasadas de China, alejado de todas las ciudades importantes, el carácter del PC como movimiento de dirigentes de clase media y guerrilleros campesinos se convirtió de provisional en permanente.

Los dirigentes del PC no eran políticos egoístas; eran revolucionarios que hicieron enormes sacrificios por una causa en la que creían. Pero en ausencia de un movimiento obrero

revolucionario capaz de pedirle responsabilidades, no se puede decir que fueran revolucionarios *socialistas*. El PC chino estaba dominado por sus dirigentes de clase media, y aunque el consenso y el entusiasmo eran elevados, los campesinos de base no ejercían ningún control democrático sobre el partido. Mientras el ELP avanzaba hacia las principales ciudades, hizo público un llamamiento: «Se espera que los trabajadores y empleados de todos los sectores sigan trabajando y que los negocios sigan funcionando como de costumbre». También pidió a los funcionarios y policías del gobierno que siguieran en sus puestos. No iba a haber ninguna revolución urbana que pudiera desafiar su liderazgo.

En 1949 China era uno de los países más pobres del mundo. Era mucho más atrasado, comparado con los países capitalistas avanzados, que lo era Rusia en 1928, cuando Stalin asumió todo el control. China estaba también amenazada por el imperialismo. Estados Unidos había respaldado a los nacionalistas. La Guerra Fría no había hecho más que empezar. La victoria de Mao supuso una enorme conmoción para los dirigentes estadounidenses. Entonces estalló la guerra de Corea, justo un año después de la entrada del ELP en Beijing.

Para salvaguardar su independencia nacional, los dirigentes chinos tuvieron que industrializar y militarizar el país a toda prisa. Partiendo de una base económica muy baja, eso significaba altos niveles de explotación para generar el excedente necesario. El capitalismo privado era demasiado débil para realizar esto y el capitalismo extranjero era hostil. Solo el capitalismo de estado podía proporcionar un mecanismo para un desarrollo económico rápido de la nueva China. Esto significaba la transformación de la dirección del PC chino, de nacionalistas revolucionarios en una clase dominante burocrática. Tenían que convertirse en encarnación política de la acumulación de capital. Durante la década de 1950 alrededor del 25 por 100 de la producción nacional se invirtió en industria pesada y armamentos, mientras que apenas mejoró el nivel de vida.

Para construir bien hay que hacerlo sobre bases sólidas. El atraso de China obligaba a un proceso muy lento. Sus dirigentes querían un atajo hacia el poder industrial y militar. Carecían de

tecnología e infraestructura, pero tenían mano de obra en abundancia, y pensaron que quizá podrían sustituir las unas por la otra. Esta fue la génesis del desastroso «Gran Salto Adelante» (1958-61). Se fijaron objetivos inalcanzables para la agricultura y la industria. La tierra fue colectivizada por la fuerza agrupando hasta 25.000 campesinos en «comunas populares», que esencialmente eran empresas agrícolas dirigidas por el estado. Se crearon «altos hornos en el patio trasero» y se lanzaron campañas de masas para aumentar las horas de trabajo y reforzar la disciplina en el lugar de trabajo.

Pero los dirigentes de las fábricas mentían sobre el volumen de su producción y esto provocó el caos. Se descuidaba el mantenimiento y se estropeaba la maquinaria. Los «altos hornos en el patio trasero» simplemente desperdiciaban materias primas. Los trabajadores estaban exhaustos por los largos turnos de trabajo y la productividad campesina disminuyó.

En 1961 una hambruna asoló el norte de China, los campesinos huían desesperados de sus aldeas y estallaron rebeliones armadas al menos en dos provincias. Se estima que el Gran Salto Adelante hizo retroceder a China una década. Mao quedó marginado en la dirección por su papel en la promoción de aquella política.

En 1966 intentó regresar al mando supremo lanzando la Revolución Cultural, que suponía movilizar a las fuerzas populares —especialmente a los jóvenes encuadrados como Guardias Rojos— para atacar a los enemigos de Mao en la burocracia. Los intelectuales y funcionarios locales fueron denunciados como «partidarios de la vía capitalista» y «contrarrevolucionarios» y juzgados por sus «crímenes» en juicios-farsa. El culto a la personalidad de Mao se convirtió en un auténtico fanatismo; su *Pequeño Libro Rojo* era enarbolado como un texto sagrado.

Cuando los dictadores se atacan mutuamente en público, corren el riesgo de desencadenar fuerzas incontrolables. Al cabo de un año China se hallaba en un vertiginoso torbellino político. El sistema educativo estaba paralizado; muchas ciudades estaban divididas entre facciones armadas que apoyaban a funcionarios rivales; los

obreros hacían grandes huelgas; el aparato del estado-partido estaba cada vez más bloqueado.

El ELP intervino para contener el creciente desorden. Viejos funcionarios volvieron a sus puestos. Millones de personas —alrededor del 10 por 100 de la población urbana— fueron deportadas al campo. A veces la represión fue letal: se estima que en la provincia meridional de Guangxi murieron 100.000 personas y buena parte de la ciudad de Wuzhou quedó destruida.

Aun así, el PC chino no pudo restablecer su control hasta 1971. Para entonces la salud de Mao había empeorado y cuando murió finalmente en 1976 estalló la lucha por el poder en la dirección. Los maoístas de línea dura —encabezados por la «banda de los cuatro»— se vieron aislados y rápidamente marginados. Fueron purgados y el control pasó a manos de los modernizadores encabezados por Deng Xiaoping.

En 1978 los modernizadores lanzaron un ambicioso programa para transformar la economía china. Tenía dos características principales: abrir China a la inversión y la tecnología extranjeras y reducir el control estatal sobre la economía en favor de las fuerzas del mercado. El atraso chino había paralizado el capitalismo de estado maoísta. El gran experimento de acumulación de capital mediante la propaganda, la voluntad de poder y el «trabajo socialista» había fracasado. Los gobernantes chinos giraban ahora al neoliberalismo.

¿El fin del imperio?

La Segunda Guerra Mundial fue una guerra imperialista. Las potencias victoriosas habían combatido para mantener sus imperios, y mantenían esa intención cuando acabó la guerra. En algunos casos eso significaba restaurar la autoridad colonial que habían perdido. Los japoneses habían expulsado a los británicos de Malasia, a los franceses de Vietnam y a los neerlandeses de Indonesia. Todos ellos regresaron.

Pero las cosas habían cambiado mucho. No es solo que las potencias europeas se vieran eclipsadas por las dos superpotencias en lo que se había convertido en un mundo bipolar; también dependían financieramente de los créditos estadounidenses para reconstruir sus economías devastadas. Así era especialmente en el caso de Gran Bretaña, que se había sumergido plenamente en la guerra mundial durante seis años y que desde 1941 dependía estrechamente de la ayuda financiera y militar estadounidense.

Al mismo tiempo, la resistencia nacionalista al dominio británico en las colonias iba creciendo como reflejo de la creciente riqueza de la burguesía y la clase media nativa, el creciente tamaño de la clase obrera urbana, el reforzamiento de las organizaciones políticas y sindicales, la radicalización que se había ido incubando durante la guerra y ejemplos cada vez más frecuentes de éxitos en las luchas anticoloniales.

El dominio británico de la India se había visto sacudido por tres oleadas anteriores de agitación nacionalista, a principios de las décadas de 1920, 1930 y 1940. La campaña «Váyanse de India» de 1942 había sido especialmente vigorosa, desafiando el derecho de Gran Bretaña a declarar la guerra en nombre de 325 millones de indios. Para reprimir aquella movilización se había aplicado una violencia excepcional, pero lo sucedido desvaneció las ilusiones de algunos de los gobernantes británicos. El mariscal Archibald Wavell, virrey británico, le dijo a Churchill en 1943 que «la fuerza represiva necesaria para mantener India tras la guerra mundial excede la capacidad de los medios británicos».

La excesiva tensión imperial de posguerra suscitó tres tipos de respuesta: la represión, la aplicación de la regla «divide y vencerás», y el apoyo a gobernantes títeres. La represión desencadenó varias guerras coloniales a gran escala. Los franceses emprendieron una larga guerra contra los vietnamitas (1946-54) con un coste de medio millón de vidas, y otra larga guerra contra los argelinos (1954-62) con un millón de muertos. Los británicos emprendieron guerras coloniales en Malasia (1948-60), Kenia (1952-56), Chipre (1955-59) y Adén/Yemen (1963-67). Aquellas «guerras sucias» llevaron consigo matanzas, campos de concentración y el uso generalizado de la tortura.

Las guerras coloniales a gran distancia de la metrópoli contra guerrillas nacionalistas arraigadas imponían una pesada carga a las potencias imperiales en declive. En ningún caso estaba esto más claro que en el de Portugal, un pequeño país europeo con un viejo imperio en África. La carga de las guerras simultáneas en Guinea-Bissau (1956-74), Angola (1961-74) y Mozambique (1964-74) fue la causa directa de la revolución portuguesa de 1974-75, dirigida por oficiales del ejército descontentos.

El último en esta sucesión de conflictos de posguerra fue la guerra contra el régimen racista de la burguesía de Rhodesia (hoy Zimbabue) entre 1964 y 1979. En este caso la «madre patria» se negó a respaldar a los colonos blancos. El primer ministro conservador Harold Macmillan había resumido la opinión de los gobernantes británicos en una visita a Sudáfrica en 1960, cuando dijo: «soplan vientos de cambio en todo este continente. Nos guste o no, este crecimiento de la conciencia nacional es un hecho político». Para proteger los intereses imperiales se necesitaban formas más sutiles, como las que se emplearon con éxito en la «descolonización» de India en 1947.

La expresión principal del nacionalismo indio había estado durante mucho tiempo a cargo del Congreso Nacional fundado en 1885. Sus elementos más radicales eran partidarios de la unidad entre hindúes, musulmanes y sijs en un solo estado que abarcara todo el subcontinente, llevando a cabo una reforma agraria y apoyando los derechos de los trabajadores. Su gran potencial se

mostró en febrero de 1946 cuando se amotinaron los tripulantes indios de 78 buques británicos y 20 estaciones costeras. Los amotinados contaron con el apoyo de estudiantes y trabajadores. Hindúes y musulmanes desfilaban juntos en las manifestaciones.

Pero en el movimiento nacionalista dominaban elementos más derechistas hostiles a la lucha de clases que amenazaba los intereses de los terratenientes y capitalistas indios. El Congreso era un partido nacionalista-burgués, no revolucionario. Mahatma Gandhi, desde su ala derecha, se oponía a la rebelión e incluso Jawaharlal Nehru, más inclinado a la izquierda, se esforzó por contenerla. Esto debilitó al movimiento nacionalista permitiendo su instrumentalización por los chovinistas hindúes, los separatistas musulmanes y las autoridades imperiales británicas. La lucha de clases tiende a unir a los explotados contra sus explotadores y la ausencia de lucha de clases puede tener el efecto opuesto, dividiendo a la gente y haciéndola vulnerable a la política del odio.

Los británicos apoyaron activamente a la Liga Musulmana de Mohammed Ali Jinnah —partidaria de un estado musulmán separado— como contrapeso al Congreso. La consecuencia fue el desencadenamiento de un torrente de violencia en el que hindúes y musulmanes pobres se lanzaron unos contra otros.

Las poblaciones hindú, musulmana y sij estaban muy mezcladas, especialmente en la región del Panyab en el noroeste del subcontinente. Una vez que los dirigentes del Congreso y de la Liga Musulmana acordaron la partición —con la connivencia británica— matones de extrema derecha se pusieron en acción a ambos lados de la nueva frontera para llevar a cabo una limpieza étnica de «su» territorio. Cuando en 1947 les fue otorgada formalmente la independencia a India y Pakistán, en las matanzas que se produjeron murieron entre 250.000 y un millón de personas. Las divisiones creadas por la partición siguen sin haber sido resueltas. India y Pakistán siguen todavía enfrentados por la región de Cachemira y el chovinismo sectario sigue envenenando la política de la región.

Los británicos habían dividido a sus adversarios, habían marginado a los radicales del Congreso y se habían asegurado de

que los nuevos regímenes de Nueva Delhi y Karachi fueran favorables al capital extranjero. En otros lugares se emplearon los mismos métodos para gestionar la transición a un gobierno independiente.

En Malasia los británicos emprendieron una guerra de contrainsurgencia contra un movimiento guerrillero encabezado por los comunistas. Los guerrilleros eran en su mayoría étnicamente chinos, algo que los británicos explotaron fomentando la desconfianza malaya hacia la minoría china al tiempo que prometían la independencia a los políticos malayos moderados.

En Kenia los británicos derrotaron la rebelión del Mau Mau en 1956, pero pocos años después pusieron en libertad al principal líder nacionalista, el relativamente moderado Jomo Kenyatta, a fin de negociar con él una transición ordenada a la independencia en 1963.

Algo parecido sucedió en Chipre. Los británicos eran incapaces de erradicar el movimiento guerrillero nacionalista EOKA, por lo que acordaron un alto el fuego y negociaron una transferencia del poder al arzobispo Makarios, un dirigente nacionalista más conservador que el general Georgios Grivas que estaba al mando de la guerrilla.

El imperio formal —el gobierno colonial directo— acabó en una serie de conflictos, algunos de ellos muy sangrientos y otros menos, entre finales de la década de 1940 y la de 1970, pero esto no significó el fin del imperialismo. Los intereses extranjeros habían quedado en la mayoría de los casos bien protegidos en la transición. Un elevado grado de dependencia económica anquilosaba a muchos de los países recién independizados, y a pocos les iba a resultar fácil salir de la pobreza en un mundo dominado por gigantescas corporaciones y superpotencias militares. Los regímenes nacionalistas más radicales trataron a veces de romper esos lazos de dependencia, pero chocaban una y otra vez contra el poder económico y militar del imperialismo. El telón de fondo del poder global había cambiado de apariencia, pero el escenario en el que se movían los actores seguía siendo el mismo.

Una zona del mundo ha cobrado una importancia particular para las grandes potencias desde 1945: Oriente Medio. La razón es que guarda alrededor del 70 por 100 de las reservas mundiales de petróleo conocidas.

El petróleo es una de las mercancías más importantes de la economía global. Es combustible, calor y luz. Sin él el capitalismo se detendría. El petróleo es también inmensamente rentable. Cinco de las diez corporaciones más importantes del mundo son compañías petrolíferas. El crecimiento económico estadounidense desde 1945 superó rápidamente la producción de petróleo doméstica. Durante la década de 1950 Estados Unidos importaba solo el 10 por 100 de su petróleo, pero a finales de la década de 1980 esa proporción había aumentado hasta más de la mitad. Al mismo tiempo, nuevos países industrializados como China e India están ejerciendo una gran presión sobre las reservas de petróleo. La proporción de China en la producción global, con tasas anuales de crecimiento en torno al 8 por 100, ha aumentado desde un 5 por 100 en 1978 al 20 por 100 actual.

El petróleo es una mercancía vital y su demanda aumenta sin cesar, pero es un recurso finito. Esta es la razón principal por la que Oriente Medio se ha convertido en un campo de batalla.

A finales del siglo XIX los británicos se apoderaron de Egipto y del canal de Suez, principalmente para asegurar sus comunicaciones con India y Australia. Poco antes de la Primera Guerra Mundial apareció una segunda razón igualmente importante para el dominio de Oriente Medio: la Armada Real británica estaba reconvirtiendo su flota, pasando de utilizar carbón como combustible al petróleo. El control de los campos petrolíferos del sur de Iraq se convirtió en una prioridad estratégica.

El Oriente Medio moderno se creó tras la Primera Guerra Mundial. En 1918 se desplegaron medio millón de soldados británicos para expulsar a los turcos otomanos de Iraq y Siria. El Tratado Sykes-Picot de 1916, mantenido en secreto hasta la

Conferencia de Paz de París en 1919, preveía su reparto entre Gran Bretaña y Francia, y así se hizo.

Pero los británicos también habían firmado otros dos acuerdos durante la guerra: habían prometido la independencia a los dirigentes hachemíes de la rebelión nativa árabe contra el dominio turco, así como su apoyo al asentamiento sionista en Palestina, que debía convertirse en hogar nacional para el pueblo judío. Mientras que la primera de esas promesas fue olvidada, la segunda se mantuvo, haciéndose pública en 1917 la Declaración Balfour que apoyaba la creación de una «Patria Judía» en el Mandato Británico de Palestina.

El sionismo era un movimiento nacionalista de derechas fundado a finales del siglo XIX por el periodista austro-húngaro Theodor Herzl y apoyado por una minoría de judíos europeos en los años anteriores a la Primera Guerra Mundial. La mayoría de los judíos políticamente activos durante aquel periodo se situaban en la izquierda. El judaísmo es una convicción religiosa, no una raza y ni siquiera una nacionalidad. La gran mayoría de los judíos europeos eran descendientes de conversos al judaísmo durante la Edad Media. Su única «patria» real era Europa. Pero los sionistas aseguraban que el antisemitismo era inevitable, que los judíos constituían una «nación» diferenciada y que todos ellos debían por tanto asentarse en un único lugar y vivir juntos. En aquel momento era secundario dónde; uno de los lugares sugeridos fue Madagascar.

La mayoría de los judíos consideraban una fantasía aquel plan. Tenían empleos, hogares y negocios allí donde vivían. Se habían integrado en las comunidades locales. El antisemitismo era una amenaza real, pero la respuesta más práctica era a su juicio luchar contra él en alianza con socialistas y sindicalistas, y no la ensoñación de escapar a una «Tierra Prometida» idealizada.

Lo que dio impulso al sionismo fue el imperialismo y los líderes sionistas lo entendían muy bien. Trabajaron duramente para obtener respaldos a alto nivel, entre otros del káiser alemán, del zar ruso y del sultán otomano; pero fueron los políticos británicos los que más atención les prestaron. Querían que los sionistas animaran a los

judíos a hacer el servicio militar durante la guerra, y veían la ventaja de disponer de un enclave sionista probritánico en la Palestina de posguerra. Un dirigente sionista había escrito en 1914: «Podemos desarrollar el país, devolverlo a la civilización y constituir una guardia muy efectiva para el canal de Suez».

El problema era que Palestina ya estaba habitada, y que de sus 700.000 habitantes en 1918 solo 60.000 eran judíos. El resto eran árabes, la mayoría de ellos campesinos arrendatarios; pero en 1947, cuando los británicos renunciaron a su «mandato» para gobernar Palestina, el número de judíos se había más que decuplicado hasta 650.000, mientras que el de los árabes no había llegado ni a triplicarse, llegando a 2 millones. La diferencia se explica por la inmigración judía a gran escala permitida bajo el dominio británico.

Los sionistas estaban bien financiados por sus benefactores europeos y estadounidenses, de modo que pudieron comprar tierras ofreciendo precios atractivos a los terratenientes árabes absentistas. A continuación expulsaron a los campesinos árabes cuyas familias habían trabajado aquella tierra durante siglos. La compra de tierras por los sionistas y la represión británica de las protestas desencadenaron la Gran Revuelta Árabe de 1936-39, aplastada por 20.000 soldados británicos con la colaboración de unidades paramilitares sionistas de la organización Irgún. En ella murieron alrededor de 5.000 palestinos.

Los británicos trataron a continuación de limitar la tasa de inmigración judía para aliviar las tensiones. Esto los llevó a un conflicto armado durante la década de 1940 con las milicias sionistas, cada vez más osadas. El 22 de julio de 1946 el Irgún voló con una bomba la sede de la administración británica en Palestina alojada en el Hotel Rey David de Jerusalén, causando 91 muertos. El movimiento sionista que habían alimentado los británicos tenía ahora vida propia.

La *shoah* (el Holocausto) le dio al sionismo un nuevo ímpetu masivo. El descubrimiento de que 6 millones de judíos habían sido asesinados en un programa de exterminio sistemático horrorizó al mundo. Parecía corroborar las afirmaciones sionistas de que el antisemitismo estaba tan arraigado que la única solución era una

patria judía separada. A muchos les hizo pensar que la comunidad mundial estaba moralmente obligada a apoyar las demandas sionistas.

En 1947, cuando la retirada británica era inminente, las Naciones Unidas amañaron un plan de paz internacional. Palestina iba a ser dividida, concediendo el 55 por 100 del territorio a los sionistas, que solo representaban el 30 por 100 de la población, siendo la gran mayoría de ellos colonos inmigrantes. Los árabes rechazaron el plan y se produjeron grandes manifestaciones antiimperialistas en las capitales árabes. Los palestinos se organizaron para la autodefensa y esperaban un respaldo árabe más amplio, pero los sionistas eran ahora demasiado numerosos, estaban demasiado bien organizados y demasiado armados para poder detenerlos. Pasaron a la ofensiva y se apoderaron del 80 por 100 del territorio histórico de Palestina.

El terrorismo fue un instrumento esencial de su conquista. Después de que el Irgún masacrara a 200 palestinos en Deir Yassin el 9 de abril de 1948, camiones de milicianos sionistas recorrieron los alrededores gritando «Deir Yassin! Deir Yassin!» como advertencia para los demás. Más de 700.000 palestinos huyeron en la *Nakba* (Desastre) de 1948. Los monarcas árabes prepararon sus pequeños ejércitos para la guerra. Fueron rápidamente derrotados, pero se apoderaron de un pequeño territorio para sí mismos, dividiendo los restos del territorio palestino entre Egipto y Jordania.

El 14 de mayo de 1948 se proclamó la independencia del estado de Israel. Desde entonces ha combatido contra sus vecinos en 1956, 1967, 1973 y 1982. En 1967 le arrebató las alturas del Golán a Siria, Cisjordania a Jordania y la franja de Gaza y el desierto del Sinaí a Egipto. Aquel año otros 350.000 palestinos protagonizaron un segundo éxodo. Buena parte del territorio adicional ocupado en 1967 ha sido retenido. Israel sigue anexionándose tierras, construyendo colonias y alentando la inmigración judía. También mantiene niveles extraordinariamente altos de represión interna contra los palestinos, que alcanzaron máximos durante la Primera Intifada (1987-93), la Segunda Intifada (2000-05) y la «Operación Plomo Fundido» en Gaza (2008-09).

Israel es un país intrínsecamente militarizado y expansionista porque es un estado de colonos basado en la desposesión. Nunca podrá vivir en paz con sus vecinos porque les ha arrebatado la tierra. La inseguridad impone una presión permanente para aumentar su territorio y su mano de obra.

Israel es también un puesto avanzado del imperialismo. Recibe regularmente más del 25 por 100 de la ayuda militar estadounidense al extranjero. El estado sionista es el perro de presa pagado por el imperialismo occidental en Oriente Medio.

El sionismo y el imperialismo estadounidense son fuentes permanentes de opresión, violencia e inestabilidad en Oriente Medio. Solo una revolución árabe desde abajo con poder suficiente para reconfigurar toda la estructura geopolítica de la región puede ofrecer la esperanza de una paz duradera. El camino hacia Jerusalén pasa por El Cairo.

1956: HUNGRÍA Y SUEZ

1956 fue un año de guerra, revolución y decepción, un año después del cual nada volvería a ser exactamente lo mismo.

La guerra de 1948 y la creación de Israel habían sido derrotas catastróficas para el nacionalismo árabe. Su efecto se dejó sentir en todo Oriente Medio en forma de intensa presión desde abajo sobre reyes títeres corruptos y reaccionarios. Los oficiales y suboficiales de los ejércitos árabes ofrecieron la expresión más efectiva de ese descontento popular. Habían estado en la primera línea del fracaso militar en 1948. Tenían buenas razones para respaldar la reforma y la modernización; y debido a su papel profesional, estaban organizados como una fuerza nacional.

Entre crecientes protestas de masas, el 23 de julio de 1952 el Movimiento de Oficiales Libres protagonizó un golpe militar en Egipto y destronó al rey Faruk. La figura más importante de aquel movimiento era el coronel Gamal Abdul Nasser.

Nasser se convirtió en dictador, pero su programa de reforma agraria, desarrollo capitalista de estado y estridentes ataques al sionismo y al imperialismo occidental le dieron popularidad en su país y lo convirtieron en un faro para el nacionalismo árabe en todo Oriente Medio. Tres años después de tomar el poder, Nasser nacionalizó el canal de Suez. En noviembre de 1956 los gobiernos británico y francés respondieron invadiendo Egipto en alianza con Israel.

Aquella invasión fue un desastre político para las potencias imperialistas. Provocó una tormenta de cólera en el mundo árabe y protestas masivas en Francia y Gran Bretaña. Una manifestación convocada por el partido laborista y el congreso de los sindicatos fue la mayor que se había visto en Londres desde la Segunda Guerra Mundial y acabó en choques entre los manifestantes y la policía cerca del número 10 de Downing Street. Estados Unidos aprovechó aquella reacción hostil para sabotear la operación amenazando con cortar la financiación de la que dependía la economía británica. Su propósito era desplazar a Gran Bretaña como principal potencia imperial en Oriente Medio, tan rico en

petróleo. La crisis de Suez desvaneció así cualquier ilusión sobre el imperio británico: estaba claramente en declive terminal; no podía volver a desempeñar en el mundo un papel independiente de Estados Unidos. El prestigio de Nasser en el mundo árabe, por el contrario, creció vertiginosamente.

Al mismo tiempo se estaban produciendo acontecimientos aún más dramáticos al otro lado del telón de acero. Stalin había muerto en marzo de 1953. Su dictadura había provocado víctimas a los niveles más altos; ahora la clase dominante soviética tenía la oportunidad de desmantelar el aparato del terror. Lavrenti Beria, jefe de la policía y del servicio secreto (NKVD) desde 1938, fue juzgado y ejecutado antes de que acabara el año.

En febrero de 1956 estalló públicamente la lucha por el poder en el seno de la burocracia cuando el nuevo dirigente soviético Nikita Jruschov denunció a Stalin en el 20º Congreso del partido, diciendo que había asesinado a millares de personas, había deportado a millones y se había comportado cobarde e incompetentemente en el momento de la invasión alemana en junio de 1941. El terremoto fue inmenso. La máquina de propaganda estalinista había silenciado el menor susurro disidente durante un cuarto de siglo. De repente todo se cuestionaba. Quizá no todo iba tan bien en la «patria socialista»; quizá algunas de las críticas no eran solo «mentiras capitalistas».

El descontento venía creciendo en el imperio soviético desde 1953. En junio de aquel mismo año los obreros que construían un gran edificio en Berlín Este habían abandonado el trabajo cuando se les dijo que tenían que trabajar más horas por el mismo salario. Cuando se manifestaron por la ciudad, se les unieron decenas de miles de personas. Al día siguiente toda la República Democrática Alemana estaba en huelga general. En algunas ciudades los manifestantes asaltaron las oficinas del partido, atacaron las comisarías de policía y abrieron las prisiones. En julio también se produjo un levantamiento en el enorme campo de trabajo esclavo de Vorkutá en el extremo norte de la URSS. Al cabo de cinco días 50 pozos habían dejado de trabajar y 250.000 mineros estaban en huelga. Ambos levantamientos fueron aplastados por el ejército, pero la necesidad de reforma estaba clara y al cabo de dos años el

90 por 100 de los millones de prisioneros en los campos del Gulag habían sido liberados. El discurso de Jruschov en el 20º Congreso del partido tuvo lugar en ese contexto.

La reapertura del debate y el primer intento de reforma son siempre momentos de peligro para los regímenes dictatoriales. El deseo reprimido de cambio puede aflorar de repente hasta convertirse en un torrente.

En Polonia todavía estaba fresco el recuerdo de la larga ocupación nazi y de la gran esperanza de libertad y prosperidad al final de la guerra. La muerte y subsiguiente denuncia del dictador soviético había vuelto a encender esas esperanzas. En julio de 1956, al igual que los trabajadores de Berlín Este tres años antes, los obreros de Poznan dejaron de trabajar, se manifestaron por la ciudad y pronto estaban enfrentándose a la policía, liberando a los prisioneros y apoderándose de armas. La insurrección fue contenida, pero en lugar de aplastar directamente el movimiento, parte de la burocracia, partidaria de una reforma limitada, maniobró para hacerse con el poder. Un dirigente comunista relativamente independiente encarcelado por Stalin, Wladyslaw Gomulka, fue liberado de prisión y formó un nuevo gobierno.

Los soviéticos amenazaron con una invasión, pero se les persuadió para que no lo hicieran y Gomulka habló ante una concentración de masas de 250.000 seguidores entusiastas. Lo que había comenzado como una rebelión obrera se había convertido en un golpe burocrático. La «Primavera en Octubre» polaca —como se la llamó— no hizo más que entregar el poder al ala reformista de la clase dominante estato-capitalista polaca.

Los acontecimientos en Hungría se desarrollaron de modo muy diferente. Los disturbios de Poznan y la Primavera en Octubre polaca detonaron una gran revolución obrera en el corazón de Europa. El 22 de octubre de 1956 estudiantes del Instituto Politécnico de Budapest dieron a conocer un Manifiesto de 14 puntos pidiendo democracia, libertad de palabra, la liberación de los presos, la retirada de las tropas soviéticas y el fin de las exacciones fiscales sobre los productos de los campesinos. Al día siguiente los estudiantes se manifestaron para presentar sus reivindicaciones y

se les unieron decenas de miles de obreros. Al anochecer se dirigieron a la emisora de radio estatal, desde la que la policía les disparó.

Los obreros tomaron las armas de los clubs deportivos. Los soldados entregaron sus armas a los manifestantes. En toda la ciudad y en todo el país, comités populares y milicias armadas se hacían con el poder.

Peter Fryer, cubriendo los acontecimientos para el diario del partido comunista británico *The Daily Worker*, informaba que las nuevas instituciones democráticas eran como

> los consejos de obreros, campesinos y soldados que se crearon en Rusia en la revolución de 1905 y en la de febrero de 1917 [...] Eran a la vez órganos de la insurrección —agrupamiento de delegados elegidos en las fábricas, las universidades, las minas y las unidades del ejército— y órganos de autogobierno popular en los que confiaba el pueblo armado.

Un sector de la clase dominante húngara, encabezado por Imre Nagy, intentó retomar el control del mismo modo que lo había hecho Gomulka en Polonia, cabalgando el tigre de la rebelión popular; pero aquella movilización era demasiado poderosa. Los acontecimientos no permitían una simple remodelación del gobierno.

El 4 de noviembre los tanques rusos irrumpieron en Budapest. La ciudad se convirtió en una zona de guerra mientras los suburbios obreros eran reducidos a escombros y miles de húngaros morían combatiendo contra los invasores calle por calle. El Consejo Central Obrero del gran Budapest, desempeñando el mismo papel que el soviet de Petrogrado en 1905 y 1917, convocó una huelga general que paralizó la ciudad durante dos semanas.

Aquel mes de noviembre Budapest conoció íntimamente la dualidad de poder. El Consejo Central Obrero organizaba los abastecimientos esenciales, distribuía el pan, mantenía los servicios sanitarios y fabricaba armas. La autoridad del nuevo gobierno de János Kádár, en cambio, se basaba en los tanques rusos.

Pero los obreros no podían vencer contra 30.000 tanques y 200.000 soldados, no al menos sin que la revolución se extendiera a otros países de Europa Oriental. La huelga fue derrotada, el

Consejo Central Obrero suprimido y 350 opositores, incluido Imre Nagy, fueron ejecutados. Aun así, el régimen colaboracionista de Kádár seguía siendo frágil. En su esfuerzo por retomar el control, se vio obligado a elevar los salarios un 22 por 100 en promedio y prometer «elecciones democráticas [...] en todas las instituciones administrativas existentes».

Los acontecimientos de 1956 resquebrajaron el monolito estalinista. La tradición marxista real de la revolución desde abajo y de la autoemancipación obrera había renacido en las calles de Budapest. Decenas de miles de activistas de izquierda en todo el mundo se vieron obligados a reconsiderar sus lealtades políticas.

En la República Democrática Alemana el 68 por 100 de los expulsados del Partido Socialista Unificado (nombre que habían adoptado allí los estalinistas) en 1953 pertenecían a él antes de 1933. Los viejos revolucionarios habían combatido con su clase. Los *apparátchiki* bien vestidos de la nueva clase dominante habían permanecido en sus puestos.

Los reportajes de Peter Fryer desde Budapest fueron censurados. Renunció a su puesto en el *Daily Worker* y a continuación fue expulsado del Partido Comunista; pero no estaba solo: inmediatamente después de la revolución húngara el partido comunista británico perdió 7.000 de sus miembros, una quinta parte del total, entre ellos importantes intelectuales y sindicalistas.

Al agrietarse el estalinismo comenzó a formarse una Nueva Izquierda, y a medida que los activistas se organizaban en nuevos grupos apelaban a diversas tradiciones políticas «antiestalinistas» en competencia, muchas de ellas tan engañosas como el propio estalinismo. Durante un tiempo pareció prosperar el maoísmo, pero al mismo tiempo se estaba configurando en una remota cordillera de una distante isla del Caribe una alternativa que iba a generar una figura que parecía encarnar el idealismo revolucionario en un mundo desgarrado por la explotación y la injusticia: su nombre era Ernesto, «Che», Guevara.

En diciembre de 1956 un grupo de 82 revolucionarios desembarcaron en la costa cubana con la intención de derrocar la dictadura corrupta y brutal de Fulgencio Batista, respaldada por Estados Unidos. Habían adoptado el nombre de Movimiento 26 de Julio como recuerdo de un asalto fracasado al cuartel Moncada en 1953. El líder principal de la expedición era Fidel Castro y le acompañaban, entre otros, el hermano de Fidel, Raúl, y un médico argentino, Ernesto «Che» Guevara.

Solo doce de ellos sobrevivieron para emprender una guerra de guerrillas en las remotas montañas de Sierra Maestra, a pesar de lo cual el grupo se mantuvo unido y atrajo a nuevos reclutas. En el verano de 1958 el grupo contaba con 200 miembros; seis meses después, en enero de 1959, entraron en La Habana, la capital cubana, habiendo vencido en una guerra revolucionaria.

Fue un acontecimiento asombroso. En el momento de la victoria eran solo 800 guerrilleros, pero habían derrotado a las fuerzas armadas de Batista y habían tomado el control de una isla del Caribe con 7 millones de habitantes.

Estados Unidos consideraba Centroamérica y el Caribe como su «patio trasero». Estados nominalmente independientes eran gobernados por regímenes clientes de Estados Unidos formados por diversos generales, terratenientes, industriales y gángsters. El sistema, destinado a proteger los intereses estadounidenses en la región, era vigilado por las agencias de inteligencia norteamericanos. Cuando en Guatemala llegó al poder en 1954 el gobierno suavemente reformista de Jacobo Arbenz, por ejemplo, el presidente estadounidense Eisenhower consideró un atropello que intentara expropiar las tierras ociosas de la United Fruit pagándole como indemnización el valor que la propia empresa les había atribuido; le acusó de «comunista» y encargó a la CIA la organización de un golpe de estado que derrocó a Arbenz.

Pero el régimen de Batista se había hecho tan impopular que Estados Unidos había decidido dejarlo caer en el último minuto, creyendo que podría llegar a un acuerdo con Castro. ¿Y por qué

no? La revolución rusa había sido encabezada por obreros; la revolución china había sido protagonizada por campesinos; pero en la revolución cubana apenas había habido movilización de unos ni de otros: en el Movimiento 26 de Julio predominaban los intelectuales de clase media.

Castro había realizado una serie de declaraciones indicando su deseo de reformas liberales pero poco más. Todavía en mayo de 1959 declaró: «No nos oponemos a la inversión privada [...] Creemos en la utilidad, en la experiencia y el entusiasmo de los inversores privados [...] Las empresas con inversiones internacionales tendrán las mismas garantías y los mismos derechos que las nacionales».

Aquellos revolucionarios eran muy ingenuos. Lo que había posibilitado su victoria era el apoyo de los campesinos y peones rurales cubanos, que no eran más que las bestias de carga del capital estadounidense. Sus vidas no podían mejorar sin desafiar los intereses de los grandes negocios.

Las contradicciones del subdesarrollo económico cubano enfrentaron a Castro con una alternativa muy simple: podía acabar dirigiendo un régimen clientelar como el de Batista, o llevar a cabo una reforma agraria y aprovechar la riqueza de la isla para financiar escuelas, hospitales y bienestar.

Castro actuó muy cautelosamente al principio, pero aun así se anunciaban feroces represalias contra cualquier supuesta amenaza a los intereses estadounidenses. Aquella situación, cada vez más tensa, acabó con la total nacionalización de los negocios estadounidenses en la isla, el desarrollo de fuertes vínculos comerciales con la Unión Soviética y una tardía declaración de que la revolución cubana había sido «socialista». La CIA organizó entonces un asalto armado a la isla por ricos exiliados cubanos en abril de 1961. Pero los cubanos humildes que habían abandonado a Batista a su destino, ahora se unieron en defensa del régimen castrista. La invasión de Bahía de Cochinos fue un fiasco. La Crisis de los Misiles Cubanos en octubre del año siguiente, que casi llegó a desencadenar una guerra nuclear cuando la Unión Soviética

instaló (temporalmente) armas nucleares en la isla, selló la ruptura entre Estados Unidos y Cuba.

Los obreros urbanos no habían desempeñado apenas ningún papel en la revolución ni ejercieron el poder después de ella. Los campesinos y peones rurales habían aplaudido la revolución desde sus bohíos pero muy pocos se habían convertido en guerrilleros. La revolución fue casi en su totalidad obra de idealistas de clase media y un pequeño número de campesinos reclutados a lo largo de su marcha hacia La Habana. La revolución cubana no fue por tanto un ejemplo de «autoemancipación de la clase obrera», y en consecuencia el «socialismo» cubano no era otra cosa que un capitalismo de estado pobre y dependiente económicamente de la Unión Soviética en una isla azucarera del Caribe sometida al boicot estadounidense. Las reformas fueron reales, pero aplicadas desde arriba y agarrotadas por la pobreza.

Che Guevara generalizó sin embargo la experiencia cubana convirtiéndola en una teoría de la guerra de guerrillas revolucionaria susceptible de aplicarse en todo el mundo subdesarrollado. Señalaba tres características clave:

1. Un ejército guerrillero popular puede derrotar a las fuerzas regulares del gobierno.
2. El campo, y no la ciudad, es el terreno natural de lucha en el mundo subdesarrollado.
3. Los revolucionarios no necesitan esperar hasta que hayan madurado las condiciones; pueden crearlas ellos mismos formando un grupo guerrillero y actuando como catalizador.

Pequeños grupos de revolucionarios decididos y con gran movilidad, argumentaba el Che, podían crear *focos* insurreccionales detonando guerras de guerrilla revolucionarias en África, Asia y las Américas y derrotando a los dictadores respaldados por Estados Unidos.

El Che hablaba en serio y era fiel a sus promesas. Podría haberse convertido en un funcionario acomodado de alto rango en Cuba, pero pronto se desilusionó de la economía y la diplomacia de

estilo soviético adoptadas por la dirección cubana. Seguía siendo de corazón lo que siempre había sido: un combatiente revolucionario valiente, idealista y decidido, por lo que desapareció de la escena pública y viajó en secreto, primero al Congo en 1965, y luego a Bolivia en 1966, en un intento de hacer realidad su teoría *foquista* de la revolución.

Pero aquella teoría resultó ser falsa. La revolución no puede desencadenarse por meros actos de dinamismo y voluntad de poder. La historia no puede forzarse con el voluntarismo. Los factores subjetivos —liderazgo, organización, ideas— son decisivos en las situaciones revolucionarias; pero tienen que darse también condiciones objetivas. Que la revolución sea o no posible depende también de la correlación de fuerzas de clase, la cohesión del estado y la conciencia y confianza de las masas.

Y tiene que haber una relación adecuada entre unas y otras: la organización revolucionaria tiene que estar inserta en la sociedad, en sus luchas de clase y en los movimientos de masas, de forma que los revolucionarios puedan responder a su estado de ánimo y adecuar las reivindicaciones y llamamientos a la acción a lo que pueden asumir.

En Cuba, antes de la revolución, todas las fuerzas sociales eran débiles: las elites sociales, el régimen de Batista, la clase media, el movimiento obrero, el campesinado, los peones rurales... La corrupción y la explotación eran endémicas. La vida era amarga, pero la alienación y la letargia lo impregnaban todo. Al irrumpir en aquella sociedad hueca, los guerrilleros llenaban con su pequeñez aquel vacío donde no había nada.

Pero en otros lugares las cosas eran diferentes. El Che fue derrotado en el Congo por la corrupción y el faccionalismo de señores de la guerra rivales y por su propia mala salud; pero fue mucho peor en Bolivia. Su guerrilla de unos 50 hombres, en una remota región montañosa, se encontró aislada entre la indiferencia y el temor de la población local. Los guerrilleros fueron de desastre en desastre, y luego, a principios de octubre de 1967, los pocos que quedaban se vieron rodeados y superados abrumadoramente en número por 1.800 soldados bolivianos.

El Che fue capturado y sumariamente ejecutado. Sin embargo, se convirtió en un emblema de la resistencia revolucionaria debido a su heroísmo e idealismo en un mundo agobiado por el sufrimiento. El suyo es quizá desde entonces el rostro más famoso del planeta, pero para cambiar el mundo en la forma en que él deseaba debemos aprender de sus errores.

15

EL NUEVO DESORDEN MUNDIAL
1968-presente



La historia del futuro que se nos viene encima: activista discapacitada contra los recortes en Londres en agosto de 2012. Imagen: Terry Conway.

Durante el periodo entre 1956 y 1968 existió un consenso político relativo en gran parte del mundo desarrollado. Las guerras coloniales seguían devastando países del Tercer Mundo, pero la disidencia en el bloque del este y las manifestaciones y huelgas en el del oeste parecían ejercer escasa influencia más allá de las minorías que participaban en ellas. Sin embargo, en 1968 estalló en todo el mundo una oleada de protestas masivas.

Los movimientos radicales nacidos en 1968 se fusionaron pronto con la creciente resistencia de los trabajadores frente a los ataques contra el empleo, los salarios y las condiciones de trabajo. El gran *boom* económico de posguerra estaba perdiendo impulso hasta que finalmente se detuvo en 1973. Entonces se reanudó la lucha de clases en todo el mundo capitalista.

Pero la clase dominante pasó a la ofensiva contra los sindicatos y los movimientos de masas, una ofensiva que culminó en una feroz guerra de clases, especialmente en Gran Bretaña, durante la década de 1980. Una sucesión de importantes derrotas inclinó la correlación de fuerzas en favor de los ricos y los grandes negocios. El resultado fue una remodelación radical del capitalismo basada en la debilidad de los sindicatos, la privatización de servicios, la precarización del trabajo y una redistribución general de la riqueza desde el trabajo hacia el capital.

A esa nueva forma de capitalismo la llamamos «neoliberalismo»; va acompañada por una reafirmación del poder imperial y un uso agresivo de la guerra para salvar los intereses globales de Estados

Unidos y sus aliados, en lo que conocemos como «guerra contra el terror».

Pero el capitalismo neoliberal ha demostrado no ser más que un apaño a corto plazo basado en la deuda. Durante la primera década del siglo XXI la «financiarización» creó una enorme burbuja especulativa, que culminó en el mayor *crash* bancario de la historia del sistema. Al mismo tiempo las guerras imperialistas, emprendidas con hipócrita arrogancia, solo han dado lugar a carnicerías, un caos sectario y una insurgencia irreductible.

Este es el nuevo desorden mundial, nuestro mundo de hoy. La historia de este periodo —de nuestra época— comienza realmente con la más terrible de las guerras coloniales después de 1945, la de Vietnam.

El napalm es gasolina gelatinizada de lenta combustión, destinada a adherirse a la carne y quemar hasta el hueso; se utilizó por primera vez con fines militares en los bombardeos sobre Dresde y Japón al final de la Segunda Guerra Mundial. La reportera estadounidense Martha Gellhorn contempló sus efectos sobre niños en una visita a un hospital en Vietnam del Sur en 1966:

> La carne se deshace desde sus caras hasta el pecho y se queda y crece allí [...] Esos niños no pueden girar la cabeza por lo mucho que les ha engrosado el cuello [...] Y cuando aparece la gangrena les cortan las manos o los dedos de los pies; lo único que no les pueden cortar es la cabeza.

Durante su guerra en Indochina contra los pueblos de Vietnam, Laos y Camboya, el ejército estadounidense lanzó más de 8 millones de toneladas de explosivos, esto es, el triple del tonelaje total arrojado por todos los beligerantes durante la Segunda Guerra Mundial.

En aquella guerra murieron más de 5 millones de personas, 58.000 de las cuales eran soldados estadounidenses. El resto eran en su mayoría vietnamitas, un millón de ellos soldados de un tipo u otro, pero muchos más civiles, víctimas sobre todo de los bombardeos aéreos. La razón era muy simple: Estados Unidos había emprendido una guerra contra toda la población, por lo que lo más fácil —y lo más seguro— para aniquilar al enemigo era bombardearlo desde el aire. En aquellas circunstancias parecía la forma más efectiva de detener «la expansión del comunismo».

El problema para los invasores era que el *vietcong* —nombre que daban los colaboracionistas al Frente Nacional de Liberación dirigido por los comunistas— tenía mucho arraigo en las aldeas; eran los hijos e hijas de sus habitantes. Eran el brazo armado del campesinado vietnamita.

Los gobernantes estadounidenses estimaban que si se hubieran celebrado elecciones los comunistas habrían obtenido el 80 por 100 de los votos, por lo que no hubo elecciones, sino que se decidió desplegar medio millón de soldados estadounidenses para sostener

una dictadura corrupta en beneficio de los terratenientes y usureros. Todos los demás eran enemigos. Por eso, después de destruir la aldea vietnamita de Ben Tre, un comandante del ejército estadounidense podía afirmar que «había que destruir la aldea para salvarla». He ahí la lógica de la guerra de «contrainsurgencia».

Aunque parezca increíble los vietnamitas se negaron a rendirse, y cuanto más criminales eran los bombardeos y los incendios, mayor era su determinación y mayor la afluencia de jóvenes vietnamitas a la resistencia. La creciente violencia del imperialismo estadounidense no hacía más que arrojar gasolina al fuego.

Vietnam era un país pobre. Los guerrilleros combatían con armas anticuadas, bombas artesanales y trampas en la jungla. Pasaban la mayor parte del tiempo ocultos en complejos túneles subterráneos; pero eran adversarios formidables, porque estaban muy bien organizados en el Frente Nacional de Liberación dirigido por los comunistas. Otra razón es que constituían un pueblo étnica y culturalmente homogéneo con una larga historia de resistencia frente a invasores extranjeros. En tiempos recientes habían combatido con éxito contra los japoneses y después contra los franceses.

Al final de la Segunda Guerra Mundial, tras la derrota de los japoneses, Ho Chi Minh, el máximo dirigente del Vietminh (Liga para la Independencia de Vietnam), había proclamado la independencia del país; pero el gobierno francés estaba decidido a restablecer el dominio colonial, por lo que el Vietminh tuvo que seguir combatiendo a los franceses durante ocho años. Al final obtuvieron una victoria decisiva en la batalla de Dien Bien Phu en 1954.

Después de aquello los dirigentes vietnamitas fueron convencidos por sus aliados soviéticos y chinos de que debían aceptar la partición del país hasta unas próximas elecciones, lo que fue un serio error. No había ninguna base histórica para la división de Vietnam, del mismo modo que no la había habido para la división de Alemania, Corea o Palestina. La partición era consecuencia política de la Guerra Fría.

Se estableció una dictadura respaldada por Estados Unidos en Saigón, que se convirtió en la capital de Vietnam del Sur. Ningún

vietnamita tuvo la posibilidad de votar sobre aquello. La partición del país entre un régimen nacionalista en el norte y un régimen clientelar en el sur parecía abocada a hacerse permanente. El problema para Estados Unidos eran los antiguos combatientes del Vietminh en el sur, que constituían una extensa red clandestina, capaz de organizar la resistencia frente a los terratenientes, los recaudadores de impuestos y la policía. Pronto hubo una insurgencia guerrillera de bajo nivel en determinadas zonas.

El presidente Kennedy intensificó el conflicto enviando apoyo militar a la dictadura de Saigón: 400 «asesores» en 1960 que se convirtieron en 18.000 dos años después. Parecía pura rutina. El fiscal general estadounidense Robert Kennedy le dijo a un periodista en aquella época: «Tenemos 30 Vietnams».

Pero Vietnam era diferente. La guerra se incrementó rápidamente. A finales de 1965 había 200.000 soldados estadounidenses sobre el terreno; en 1968 ya eran 500.000; y sobre Vietnam del Norte caían desde 1965 toneladas de bombas casi cada día en implacables operaciones aéreas.

Lo mismo sucedió en Camboya a partir de 1970. En 1973, en solo seis meses, los bombarderos estadounidenses arrojaron sobre Camboya una vez y media el tonelaje de bombas que habían lanzado sobre Japón en la Segunda Guerra Mundial. Varios cientos de miles de personas murieron bajo el terror aéreo. Se contuvo al Jmer Rojo (los comunistas camboyanos); pero estaban llenos de odio hacia el régimen colaboracionista de Phnom Penh, que había aprobado los bombardeos sobre su propio pueblo con el fin de erradicar la resistencia popular. Cuando acabó la guerra en 1975, la cólera del ejército campesino fue convertida por sus dirigentes estalinistas en genocidio político, desurbanización e imposición del trabajo rural esclavo. Millones de camboyanos perecieron en los «campos de la muerte» de Pol Pot, pero las semillas de aquella hecatombe habían sido sembradas por los bombarderos B-52: la violencia desencadenada sobre un país empobrecido había destruido su economía, su tejido social, y en muy alto grado, su salud mental.

A finales de 1967 la opinión pública estadounidense había comenzado a cuestionar la guerra. El gobierno del presidente Johnson respondió afirmando que estaba a punto de obtener la victoria final. El general Westmoreland, comandante en jefe estadounidense en Vietnam, aseguraba que los comunistas eran «incapaces de realizar una ofensiva importante», y proseguía: «estoy absolutamente convencido de que si bien en 1965 el enemigo estaba venciendo, ahora está ciertamente perdiendo [...] Hemos alcanzado un punto importante desde el que comienza a verse el final de la guerra».

A primeras horas del 31 de enero de 1968 el Frente Nacional de Liberación lanzó la ofensiva del Tet (Año Nuevo lunar). En todo Vietnam del Sur unidades guerrilleras del FNL, apoyadas por soldados norvietnamitas, lanzaron ataques coordinados sobre unos cien objetivos, entre ellos la mayoría de las capitales de provincia, importantes bases militares estadounidenses e incluso la muy bien defendida embajada estadounidense en el centro de Saigón. Un comando de 19 hombres se abrió camino hasta el complejo de la embajada y se apoderó del principal edificio durante varias horas.

Los espectadores estadounidenses no podían creer las imágenes que aparecían aquella noche en televisión. Justo cuando se suponía que la guerra estaba prácticamente acabada, se habían iniciado batallas en todas las ciudades importantes de Vietnam del Sur. El general Westmoreland pidió otros 200.000 soldados.

Pero tres semanas después el presidente Johnson anunció que no se iba a presentar a las elecciones para un segundo mandato. Había comenzado el lento repliegue del compromiso militar estadounidense en Vietnam, aunque todavía iba a durar cinco años; culminaría con el final de la ocupación estadounidense de Vietnam del Sur (1973), el derrocamiento de la dictadura de Saigón (28-30 de abril de 1975), y la reunificación del país como República Socialista de Vietnam el 2 de julio de 1976.

Un ejército de guerrilleros campesinos había derrotado al imperialismo estadounidense en una guerra a gran escala. No habían combatido solos. Durante la guerra el pueblo estadounidense se había convertido en su aliado, y también lo

habían hecho millones de personas en todo el planeta. En 1968 la guerra había llegado a casa. En las ciudadelas del capitalismo mundial reventaban llamaradas de rebelión.

1968

La ofensiva del Tet fue el comienzo de un año de rebelión en todo el mundo. Una oleada de manifestaciones combativas, huelgas generales y disturbios urbanos recorrió las principales ciudades del sistema capitalista. A muchos les pareció un año tan revolucionario como lo habían sido 1848 o 1919. En todas partes se sentía la expectación y la esperanza. Una nueva generación de posguerra —los hijos del *boom*, criados a la sombra de la Bomba— se habían hecho mayores e irrumpían en la escena histórica mundial.

La rebelión contra el conjunto del sistema fue un rasgo común de los acontecimientos de 1968, como también lo fue el papel central de los jóvenes, ya fueran estudiantes o trabajadores. Los participantes se veían a sí mismos como parte de un único movimiento. Las acciones en un lugar inspiraban acciones en otros. Pero los acontecimientos de 1968 fueron también muy diversos. La lucha emergía a través de líneas de fractura muy diferentes de un país a otro.

En Gran Bretaña el foco principal fue la guerra de Vietnam. En marzo hubo una manifestación con miles de participantes ante la embajada estadounidense en Grosvenor Square, que llegaban tomados de los brazos, portando banderas vietnamitas y cantando «A ver, Johnson, ¿cuántos niños has matado hoy?». Hubo enfrentamientos violentos con la policía. En octubre la campaña de solidaridad con Vietnam convocó una segunda manifestación en la que participaron alrededor de 100.000 personas, tres o cuatro veces más que en marzo. En aquella época era una multitud que no se había visto en mucho tiempo en una manifestación política. Junto con miles de estudiantes de las principales universidades, había gran número de trabajadores tras los estandartes sindicales.

También en Estados Unidos la guerra fue uno de los motivos principales de movilización. Cuando el alcalde de Chicago Richard J. Daley lanzó a la policía y la Guardia Nacional contra una manifestación pacífica a las puertas de la convención del Partido Demócrata en agosto de 1968, a la vista de las cámaras de televisión de todo el mundo, millones de espectadores contemplaron

horrorizados las imágenes de la violencia con que el estado capitalista trataba una protesta democrática.

Pero fue en los guetos urbanos de los afroamericanos donde la movilización fue más intensa. Cuando el líder de los derechos civiles Martin Luther King fue asesinado en Memphis en abril de 1968, la América negra estalló en una tormenta de cólera. Ya antes había habido grandes disturbios y enfrentamientos con la policía, en Harlem en 1964, en Watts en 1965 y en una docena de lugares entre 1966 y 1967; pero esta vez ardieron en Estados Unidos un centenar de ciudades, en una noche inimaginable de destrucción, saqueo e incendios.

En Checoslovaquia se desarrolló una lucha diferente. El debate entre los intelectuales y estudiantes había derribado la censura estalinista al abrir grietas en la burocracia gobernante. Los estudiantes organizaron un sindicato libre. Los trabajadores hacían dimitir a los dirigentes de los sindicatos paraestatales nombrados por el gobierno. Los medios de comunicación hervían. En agosto de 1968 los tanques soviéticos aplastaron la «primavera de Praga»; los líderes reformistas fueron detenidos y deportados, pero a los soviéticos les costó nueve meses derrotar la resistencia pasiva que encontraban.

En muchos otros lugares del mundo desarrollado se vivieron aquel año manifestaciones, huelgas y ocupaciones. Desde Derry hasta Nueva York, desde Berlín Oeste a Ciudad de México o desde Varsovia hasta Roma, hubo manifestaciones de masas; pero fue en Francia donde, en mayo-junio de 1968, la movilización estuvo más cerca de la revolución. Además de hacer campaña contra la guerra, el movimiento estudiantil francés protestaba por las condiciones de ingreso en las universidades, el carácter de la educación y la totalidad del sistema autoritario en Francia bajo el gobierno durante diez años del presidente Charles de Gaulle.

Las autoridades se excedieron en la respuesta: cerraron la Universidad de París y enviaron a la policía. La violencia ejercida provocó una resistencia masiva. Durante la «noche de las barricadas» (10/11 de mayo), estudiantes y jóvenes trabajadores se

enfrentaron a la policía durante varias horas y acabaron expulsándola del distrito universitario en la Rive Gauche.

Los trabajadores escuchaban informes en directo de la batalla en sus aparatos de radio o contemplaban los acontecimientos en la televisión. Ellos también odiaban a la policía de De Gaulle, y también le habían hecho frente con sus piquetes, alguno de cuyos participantes había caído víctima de la violencia policial. Los dirigentes sindicales, bajo la presión desde abajo, convocaron una jornada de huelga general en apoyo a los estudiantes. La respuesta superó todas las expectativas. El 13 de mayo cientos de miles de trabajadores se manifestaron junto a decenas de miles de estudiantes. Sus gritos eran amenazadores: «*Adieu*, de Gaulle! ¡Diez años ya es demasiado!». Al día siguiente jóvenes trabajadores de la planta de Sud Aviation en Nantes iniciaron una ocupación. Su ejemplo fue contagioso. Al cabo de dos semanas Francia estaba parada, estimándose en 10 millones el número de trabajadores en huelga y en cientos de miles los que ocupaban sus lugares de trabajo.

Era una repetición de 1936 pero a mayor escala. Francia estaba cerca de la revolución. El 29 de mayo De Gaulle voló a Baden-Baden para consultar al general Massu, comandante en jefe de las Fuerzas Francesas en Alemania: ¿ejercerían los militares la fuerza para defender al gobierno si era necesario? Al día siguiente disolvió la Asamblea Nacional. Pero todo iba a acabar como en 1936: el partido comunista, que todavía tenía un inmenso prestigio entre la clase obrera, pidió el regreso al trabajo con una promesa de incrementos salariales y de unas elecciones generales. Fueron los dirigentes reformistas —no los generales reaccionarios— quienes pusieron fin a la huelga revolucionaria y salvaron al capitalismo francés.

Los acontecimientos de 1968 en Francia y otros lugares del mundo eran el tumultuoso comienzo de una crisis política que iba a durar hasta 1975. ¿Qué es lo que la había causado? ¿Qué es lo que había puesto fin al largo letargo de las décadas de 1950 y 1960?

Para la feminista británica Sheila Rowbotham, «Vietnam fue la España de mi generación y el sufrimiento del pueblo quedó impreso

en nuestra psique». Vietnam, con su monstruoso uso de la fuerza militar contra un pueblo campesino, parecía concentrar todo lo que iba mal en el mundo: imperialismo, violencia, injusticia, pobreza... Pero era el catalizador más que la causa de la crisis que sacudió el capitalismo mundial entre 1968 y 1975.

El mayor impacto de la guerra se dio, naturalmente, en Estados Unidos. Los estadounidenses salieron a las calles porque su propio país era el agresor y porque se estaba reclutando a sus jóvenes para ir a la guerra. Pero incluso allí la guerra estaba ligada a otras cuestiones. El campeón de los pesos pesados Muhammad Alí, antes Cassius Clay, dijo: «Ningún vietcong me ha llamado nunca "negrata"». El auténtico enemigo estaba por supuesto en el propio país.

En realidad todo aquello había empezado en 1955, el día en que Rosa Park decidió que ya estaba harta y se sentó en un asiento «solo para blancos» en el autobús. Su decisión suscitó un boicot a los autobuses que sacudió la estructura racista del poder en Montgomery, Alabama, y a partir de aquello una movilización masiva de los afroamericanos que iba a sacudir la estructura de poder racista de todo el sur. La lucha durante una década del Movimiento por los Derechos Civiles transformó los Estados Unidos, radicalizando a toda una generación de jóvenes activistas, negros y blancos. Y cuando llegó la guerra, sabían qué hacer.

Lo que vigorizó aquellas movilizaciones fue la transformación social originada por el gran *boom* . Los afroamericanos no estaban dispuestos a seguir aguantando tras haber salido del aislamiento y el miedo en las granjas agrícolas para empezar a trabajar en las grandes ciudades. Lo mismo sucedía en todo el mundo. El *boom* atrajo a millones de trabajadores a las fábricas, de los países pobres a los ricos, de las áreas rurales a las urbanas y del hogar a lugares de trabajo colectivo. También creó industrias, barriadas y concentraciones humanas totalmente nuevas. Y no era ninguna fruslería la transformación de la educación superior, que había pasado de ser privativa de unos pocos privilegiados a convertirse en una oportunidad para buena parte de los jóvenes. En Gran Bretaña, por ejemplo, entre 1939 y 1964, el número de estudiantes

universitarios pasó de 69.000 a 300.000. En 1968 había en París 200.000 estudiantes, de los que alrededor de 30.000 participaron en las manifestaciones de aquel año.

Al cambiar el mundo, las viejas opresiones se hacían intolerables y la nueva explotación provocaba gran rechazo. Y como suele suceder, los que primero entraban en acción —los negros, los estudiantes, los manifestantes contra la guerra— señalaban el camino a la totalidad de la clase obrera. La vanguardia animaba a otros a reflexionar sobre su situación y sus injusticias y a organizarse para responder. Tanto el movimiento feminista como el movimiento por los derechos de las minorías sexuales se vieron alentados por la radicalización de masas de finales de la década de 1960. Pero fue cuando se movilizaron también los trabajadores —como en Francia en 1968, y en Italia, Gran Bretaña y Portugal poco después— cuando el sistema se vio sacudido hasta sus cimientos.

1968-1975: LA REBELIÓN OBRERA

Los acontecimientos vividos en Francia en mayo de 1968 eran una expresión concentrada de una crisis política general del capitalismo mundial. Las manifestaciones estudiantiles, extraordinariamente combativas, desencadenaron una huelga general de 10 millones de trabajadores que planteó de inmediato la cuestión del poder estatal.

A primeros de mayo las autoridades habían cerrado la Universidad de París y la policía atacó violentamente las manifestaciones estudiantiles. A fin de mes Francia estaba al borde de una revolución obrera. Los acontecimientos en otros lugares siguieron a veces una trayectoria similar, aunque con diferencias, y siempre más lentamente.

En la República Federal Alemana las universidades siguieron siendo centros del radicalismo y de protestas combativas durante la primera mitad de la década de 1970; pero la clase obrera, en la que era la economía europea más dinámica de la posguerra, seguía en gran medida pasiva, dejando a los activistas estudiantiles aislados de la mayor parte de la sociedad alemana y por tanto proclives al ultraizquierdismo e incluso, en casos extremos, al terrorismo. Tampoco en Estados Unidos desempeñaron los obreros más que un papel limitado. El movimiento estaba dominado en todas partes por los estudiantes, los activistas afroamericanos y jóvenes radicales dedicados a una variedad de campañas, desde las protestas contra la guerra hasta los derechos de las minorías sexuales. Esto se debía en parte a la debilidad de las organizaciones obreras, pero también a que la guerra, el reclutamiento obligatorio y el racismo eran cuestiones centrales. Las mayores protestas se produjeron en mayo de 1970, cuando la Guardia Nacional disparó y mató a cuatro estudiantes que protestaban contra la guerra e hirió a otros nueve en el campus de la Universidad estatal de Kent, en Ohio. Las facultades fueron ocupadas en todas las universidades estadounidenses como respuesta a aquella atrocidad.

También se produjeron violentos enfrentamientos en Irlanda del Norte, donde la minoría católica había tenido que sufrir una discriminación sistemática desde la partición de la isla en 1921.

Repetidamente golpeada por la política sectaria y las bandas de extrema derecha cuando se manifestaba por los derechos civiles, la población católica de Derry se alzó en rebelión en agosto de 1969 y convirtió el distrito de Bogside en una zona protegida bajo el control popular.

En otros lugares la clase obrera pasó a primer plano. En el «otoño caliente» italiano de 1969, a las huelgas se añadió una oleada de ocupaciones de fábrica por obreros metalúrgicos que actuaban fuera de los canales oficiales de los sindicatos. Los huelguistas pedían el reconocimiento de nuevas estructuras democráticas en el lugar de trabajo, negociación local de los contratos, menos horas de trabajo y mejoras de los seguros, pensiones y subsidios sociales en paridad con los trabajadores de cuello blanco.

En Gran Bretaña, las restricciones salariales del gobierno y las leyes antisindicales fueron eliminadas por las huelgas y los piquetes de masas en 1972. El gobierno conservador de Edward Heath fue derrotado en las elecciones generales de 1974 cuando los mineros se pusieron en huelga como respuesta a nuevos intentos de reducirles el salario.

En el momento en que el vetusto dictador español Francisco Franco murió en 1975, su régimen se estaba viendo sacudido por una serie de huelgas generales, en particular en el País Vasco. Las reivindicaciones salariales solían ir acompañadas por demandas de libertad democrática, autonomía regional y amnistía para los presos políticos.

La evolución de los acontecimientos en España se vio muy influida por los aún más espectaculares vividos en Portugal a partir del 25 de abril de 1974, cuando el dictador Marcelo Caetano fue derrocado por el Movimento das Forças Armadas (MFA) en la llamada «Revolución de los Claveles». Su sustituto, el general conservador Antonio de Spínola, fue incapaz de contener la subsiguiente oleada de huelgas. Los oficiales más radicales del MFA, que querían poner fin inmediatamente a las guerras coloniales en África, se apoyaron en las huelgas obreras en los astilleros de Lisboa y Setnave (al sur de Setúbal) y en otros sectores. Los

intentos de contragolpe de derechas fueron derrotados y Spínola tuvo que dimitir. Como en Francia en 1968 y en Chile en 1972-73 [véase el siguiente apartado], Portugal estaba en 1974-75 al borde de una revolución obrera. En marzo de 1975 el MFA anunció que se había iniciado la transición al socialismo; pero en las elecciones a la Asamblea Constituyente celebradas el 25 de abril resultó vencedor el partido del socialdemócrata Mario Soares, quien constituyó un gobierno de esa tendencia, y el 25 de noviembre los militares «constitucionalistas» dieron un golpe que puso fin a la influencia de la izquierda radical en el aparato estatal.

En realidad, la crisis política global de 1968-75 —lo que el teórico marxista Chris Harman llamó veinte años después «el último incendio»— no dio lugar a una auténtica revolución en ninguna parte: ni en Francia, ni en Chile ni en Portugal, y menos aún en Alemania, Estados Unidos o Gran Bretaña.

La crisis se resolvió, bien mediante una represión brutal, o más a menudo mediante una desmovilización cuidadosamente organizada. En ambos casos la confusión política y los errores de la izquierda proporcionaron a la clase dominante la oportunidad que precisaba para derrotar al movimiento y restaurar la estabilidad del sistema.

En Latinoamérica lo más frecuente era la represión, tal como se ensayó primero en Ciudad de México el 2 de octubre de 1968. A diez días de la inauguración de los Juegos Olímpicos, el régimen autoritario del Partido Revolucionario Institucional, que llevaba gobernando en solitario desde 1929, estaba decidido a que nada pudiera distraer del espectáculo patrocinado por el estado y también a destruir los movimientos de protesta de los estudiantes mexicanos antes de que pudieran tener un efecto radicalizador sobre otros sectores. Aquel día una gran manifestación estudiantil fue acorralada en la Plaza de las Tres Culturas o de Tlatelolco por 5.000 soldados a los que se ordenó abrir fuego matando a más de un centenar, además de los centenares de heridos o detenidos. Todo el movimiento de protesta quedó desbaratado en un solo día de terror estatal.

La represión formaba siempre parte del menú. En todas partes los manifestantes y huelguistas eran atacados por la policía y

condenados por los tribunales; a veces eran asesinados directamente, como sucedió con los 13 manifestantes por los derechos civiles asesinados por los soldados británicos en Derry el 30 de enero de 1972, en lo que se conoció desde entonces como «Domingo Sangriento».

Pero la represión pura y dura no era siempre la mejor solución. El Domingo Sangriento fue un error. Lo que se pretendía era aplastar el movimiento de protesta, pero tuvo el efecto opuesto: lo convirtió en una lucha armada al incorporarse cientos de jóvenes católicos al Ejército Republicano Irlandés (IRA). El Movimiento por los Derechos Civiles siguió la misma trayectoria en Estados Unidos, cuando la violencia estatal contra las protestas de los afroamericanos, que culminó en el asesinato de Martin Luther King, dio lugar a respuestas armadas de los Weathermen y los Black Panthers. El gabinete británico se negó a utilizar soldados contra los mineros en huelga en 1972, precisamente porque temía la respuesta de la clase obrera si se mataba a piqueteros. Al final, la supervivencia del sistema dependía menos de la policía y los soldados que de los políticos reformistas y los dirigentes de los sindicatos.

Francia sirvió de modelo. La CGT dominada por los comunistas había decidido la vuelta al trabajo a principios de junio de 1968 a partir del acuerdo de Grenelle en el que los patronos y el estado ofrecieron concesiones económicas limitadas. El restablecimiento político del capitalismo europeo siguió en general esa pauta: los dirigentes sindicales y los políticos socialdemócratas o comunistas aprovechaban la fuerza del movimiento de masas para obtener algunas concesiones, pero a continuación ejercían su influencia sobre los trabajadores para desmovilizarlos y conjurar su amenaza. En Italia esa política se denominó «compromiso histórico», con lo que indicaba la disposición del partido comunista a gobernar conjuntamente con la democracia cristiana de derechas; en Gran Bretaña, «contrato social», es decir recortes salariales aprobados por los sindicatos y supresión de las huelgas a cambio de promesas de reforma; en España, «pactos de la Moncloa»: contención de salarios, reducción del gasto público y oposición sindical a las

huelgas, lo que proporcionaba a los políticos liberales el margen de respiro que necesitaban para efectuar la «transición» desde el fascismo de Franco.

Quizá la evolución más llamativa fue la que tuvo lugar en Portugal, donde el partido comunista salió de su existencia clandestina bajo la dictadura con un enorme prestigio, pero se dedicó no a la revolución obrera, sino a intentar establecer un régimen estalinista mediante su influencia sobre oficiales radicales del ejército. Al final todo acabó en una enorme frustración cuando los oficiales de derechas decidieron apartar a los de izquierdas con la bendición de una amplia coalición de partidos políticos moderados, de los que el que salió más beneficiado fue el Partido Socialista, comprometido con el gobierno parlamentario y una reforma social limitada. La revolución acabó así entre gimoteos por lo que podía haber sido y no fue.

Se hiciera como se hiciera —ya fuera con derramamiento de sangre o mediante maniobras burocráticas— la derrota de los movimientos de masas en 1968-75 iba a tener consecuencias graves e imprevistas, ya que el gran *boom* se había acabado. El capitalismo afrontaba ahora una crisis económica y otra política. A mediados de la década de 1970, mientras la crisis se profundizaba, la clase dominante estaba en mucho mejor situación para resolverla a expensas de la clase obrera que si el movimiento de masas se hubiera mantenido a la ofensiva.

Pero si la crisis de 1968-75 fue global, la lucha de clases no fue en ningún país más intensa que en Chile entre octubre de 1972 y septiembre de 1973. Durante aquel año tumultuoso se desarrolló un drama trágico de revolución y contrarrevolución. Las lecciones —en particular, con respecto a la vaciedad del compromiso de nuestros gobernantes con la democracia, la naturaleza del estado capitalista y el peligro inherente a la confusión entre reforma y revolución— merecen una atención detallada.

«No se puede hacer una revolución jugando a las canicas»: así concluía un activista obrero de una fábrica chilena en octubre de 1972. «Cuando hay un problema, los trabajadores tenemos que situarnos en primera línea. Hemos aprendido más en estos pocos días que durante los dos últimos años.»

La burguesía chilena había pasado a la ofensiva contra el gobierno de la unidad popular (UP) de Salvador Allende. En un largo y estrecho país muy dependiente del transporte por carretera de todo tipo de mercancías, los propietarios de camiones se habían puesto en huelga.

Eran la punta de lanza de un intento más amplio de desestabilizar el gobierno de izquierdas y derrotar la creciente movilización popular de los obreros industriales, los trabajadores agrícolas y los pobres de los suburbios. Los tenderos también se pusieron en huelga y los patronos de las fábricas saboteaban la producción. Chile se veía amenazado por la parálisis económica.

Salvador Allende había sido elegido presidente a finales de 1970 a la cabeza de una coalición de izquierdas dominada por los partidos socialista y comunista. La UP había obtenido el 36 por 100 de los votos a escala nacional tras una larga oleada de huelgas, ocupaciones de tierras y radicalización durante la década de 1960.

Los propósitos de Allende eran muy moderados. Quería reanudar una reforma agraria bloqueada, nacionalizar las industrias clave, reanimar una economía estancada, aumentar los salarios y reducir el desempleo. Creía que todo esto se podía hacer mediante leyes aprobadas en el parlamento. Dispuesto a tranquilizar a los ricos, los grandes negocios y la clase media, expresó su firme apoyo a la propiedad privada y al estado existente. Empleó a la policía contra las protestas populares y los grupos de izquierda. Denunció la «acción divisoria cuyo efecto es socavar la homogeneidad de la UP».

Pero aquello no sirvió para aplacar a la burguesía, que temía al movimiento de masas desde abajo sobre el que descansaba el gobierno. La moderación de Allende dividió y desalentó a sus

propios seguidores al tiempo que daba confianza a sus enemigos. La huelga de la Agrupación de Dueños de Camiones en octubre de 1972 fue el resultado. Era todo un intento de derribar el gobierno.

El resultado no dependía de Allende; dependía de los *cordones industriales*, que eran organizaciones democráticas de «poder popular» que vinculaban a los trabajadores de las fábricas con las barriadas populares. Actuaban independientemente del gobierno y de los partidos que formaban la UP y ahora se pusieron al frente de la acción de masas directa para derrotar la huelga de los patronos.

Se incautaron de medios de transporte para alimentos y otros artículos esenciales. Se reabrieron las tiendas y los obreros tomaron las fábricas. Se establecieron sistemas de distribución en los suburbios, incluidas cocinas colectivas para los niños de los pobres. También se crearon comités de defensa y vigilancia para oponerse a la violencia fascista. Los cordones industriales proliferaron formando una red a escala nacional.

Los acontecimientos de octubre de 1972 dieron lugar a una crisis revolucionaria. Los cordones agrupaban a obreros sindicalizados, otros no organizados, trabajadores rurales y pobres urbanos. Encarnaban el liderazgo desde abajo no cohibido por el conservadurismo de los políticos de la UP. Percibieron su propio poder en la pugna contra los propietarios de camiones. Eran el embrión de una auténtica democracia popular.

El surgimiento y coordinación de los cordones industriales elevó las apuestas. La respuesta del gobierno fue un giro a la derecha: Allende declaró el estado de emergencia nacional e invitó a tres generales a formar parte de su gobierno, como ministros del Interior, de Obras Públicas y de Minería. La Agrupación de Dueños de Camiones desconvocó inmediatamente su huelga: el gobierno reconstituido representaba, al menos para ella, una importante victoria. El ejército procedió a «restaurar el orden», tomando medidas para desmovilizar el movimiento popular y devolver el control de las fábricas a sus antiguos propietarios.

El gobierno de la UP era cada vez menos protagonista y más espectador en la confrontación de clases entre la burguesía chilena, representada por el ejército, y el movimiento popular representado

por los cordones. Entre los generales se hablaba cada vez más de la preparación de un golpe militar, mientras que en los cordones se constataba una carencia fatal de liderazgo.

La mayor parte de la izquierda chilena estaba integrada en la UP. Muchos activistas expresaban críticas hacia Allende y los ministros más derechistas de su gobierno, pero ninguno pensaba en términos de una ruptura abierta para crear una nueva organización. El objetivo era transformar la UP, una coalición reformista, en un partido revolucionario. Hasta los grupos a la izquierda de la UP como el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) estaban demasiado confusos para proporcionar un liderazgo efectivo al movimiento. El periódico del MIR interpretó la invitación de Allende a los generales a unirse a su gobierno indicando que «las Fuerzas Armadas tienen un papel patriótico y democrático que desempeñar en [...] el apoyo a los trabajadores en su lucha contra la explotación». Más tarde, en julio de 1973, ese mismo periódico proponía una «dictadura conjunta del pueblo y las Fuerzas Armadas».

Toda la izquierda chilena permanecía desastrosamente muda sobre la naturaleza del estado, la dualidad de poder y la diferencia entre reforma y revolución. El estado existente, que representaba a los ricos y los grandes negocios, era intrínsecamente hostil al movimiento popular. Por otro lado, los cordones tenían la posibilidad de convertirse en un estado alternativo basado en la democracia participativa de masas. Esas dos fuerzas políticas constituían la «dualidad de poder» que existió en Chile entre octubre de 1972 y septiembre de 1973.

La dualidad de poder es intrínsecamente inestable, y por eso la revolución no puede detenerse. O bien avanza hacia nuevas victorias o acaba con la derrota del movimiento de masas. A finales de 1972 la polarización social y política en Chile era de tal magnitud que el compromiso se había hecho imposible: no había «salida intermedia» a la crisis. O bien el ejército, actuando por cuenta de la burguesía, derrocaba el gobierno reformista de la UP y aplastaba el movimiento popular, o había que dejar de lado al gobierno, darle la

vuelta al estado y establecer un régimen revolucionario basado en la democracia de masas.

La izquierda chilena no entendió esto hasta que fue demasiado tarde. En consecuencia, el potencial de los cordones quedó sin materializar; nunca se constituyó como un movimiento insurreccional unido para la toma del poder estatal, la desposesión de los ricos y la transformación socialista de la sociedad chilena.

Un intento de golpe precipitado el 29 de junio de 1973 (el «Tanquetazo») suscitó una respuesta de Allende similar a la de la crisis de octubre: declaró el estado de emergencia, introdujo una segunda tanda de generales en su gobierno y ordenó al ejército restaurar el orden.

Durante los meses de julio y agosto la crisis fue *in crescendo*. La economía estaba paralizada por una segunda huelga de los propietarios de camiones y el parlamento por sucesivas mociones para destituir a Allende; pero los ministros de la UP reservaban su veneno para sus propios seguidores, denunciando a la izquierda mientras alababan el «patriotismo y lealtad» de las Fuerzas Armadas.

Incluso entonces, los acontecimientos podrían haber acabado de un modo diferente. En las elecciones parlamentarias de marzo el voto a la UP había aumentado hasta el 44 por 100. Los cordones habían extendido su influencia. Nuevos sectores de la clase obrera se habían incorporado a la batalla. La resistencia popular a la represión militar durante el segundo estado de emergencia había sido generalizada y combativa. Muchos obreros se habían negado a devolver las fábricas a sus antiguos propietarios y habían exigido en su lugar que se nacionalizara toda la industria.

Pero faltaba coordinación nacional y liderazgo revolucionario mientras la crisis se aproximaba al clímax. El ejército era cada vez más capaz de desmantelar y desarmar un movimiento de masas fragmentado, preparando el terreno para el golpe que planeaba en colusión con los terratenientes y patronos chilenos, las corporaciones multinacionales estadounidenses, la Consejería Nacional de Seguridad a cargo de Henry Kissinger y la CIA.

A las nueve de la mañana del 11 de septiembre de 1973 el palacio presidencial de La Moneda en Santiago de Chile fue rodeado por los tanques. Allende se suicidó. Miles de sus seguidores fueron detenidos y encarcelados en bases militares o campos improvisados, incluido el estadio nacional de fútbol. Muchos fueron más tarde violados, torturados y asesinados. Se estima en 30.000 el número de detenidos y en más de 5.000 los asesinados en los años posteriores al golpe.

El movimiento revolucionario chileno quedó así decapitado. La gente humilde se hundió en la resignación y la apatía, la dictadura militar de Augusto Pinochet consolidó su poder y los siniestros gurúes de la economía «monetarista» salieron de sus cubiles en el Departamento de Economía de la Universidad de Chicago para poner en práctica sus planes una vez que se había partido el espinazo de la democracia chilena.

Algo similar sucedió en Argentina: la movilización de masas fue desviada hacia los canales constitucionales y el subsiguiente golpe militar en 1974 llevó a la muerte o «desaparición» de decenas de miles de activistas de izquierda.

El gran *boom* tuvo un final abrupto en el otoño de 1973. A finales de la década de 1960 ya habían surgido problemas en algunos sectores de la economía mundial, frenando la tasa de crecimiento, pero la repentina zambullida en la recesión global supuso toda una conmoción. Se suponía que las crisis eran cosa del pasado. Los defensores del capitalismo, desde los socialdemócratas hasta los conservadores de derechas, argumentaban que el ciclo de expansión y recesión había sido abolido y que el sistema garantizaba ahora un crecimiento continuo, pleno empleo y aumento del nivel de vida. Pero durante el declive de 1974-76 el desempleo se duplicó, y sin haber llegado a recuperarse, volvió a duplicarse de nuevo durante el segundo declive de 1980-82. A partir de entonces se mantuvieron altas tasas de desempleo y durante la década de 1980 las de crecimiento solo llegaban a la mitad de lo que habían sido durante la de 1960.

La crisis nunca llegó a ser tan severa como durante la década de 1930, pero era crónica: un largo periodo de estancamiento y lento crecimiento, que quizá quede mejor descrita como «la Larga Recesión». Las palancas de la gestión estatal de la economía que habían funcionado razonablemente durante el gran *boom*, dejaron de hacerlo. El gasto público para contrarrestar los declives inyectando demanda en la economía parecían no tener apenas efecto, excepto para avivar la inflación.

Los políticos respondieron girando rápidamente a la derecha. El primer ministro británico James Callaghan dijo en la conferencia del partido laborista en septiembre de 1976: «Nos habíamos acostumbrado a pensar que se podía salir de la recesión reduciendo los impuestos y aumentando el endeudamiento público; ahora les digo con toda sinceridad que esa opción ha dejado de existir; y que en la medida en que existió, funcionaba inyectando inflación en la economía. Y cada vez que eso ha sucedido, el nivel medio de desempleo ha aumentado». De hecho, el desempleo aumentaba hicieran lo que hicieran los gobiernos. Las contradicciones del capitalismo —la irracionalidad de un sistema económico basado en

la competencia y el beneficio— estaban desafiando de nuevo la capacidad gestora de sus representantes políticos. ¿Qué es lo que había ido mal?

El gran *boom* —que en aquella época se consideraba lo normal— era de hecho una anomalía. El único periodo comparable de crecimiento prolongado fue el de 1838 a 1873. Desde el inicio de la Larga Depresión en 1873, lo normal habían sido crisis de un tipo u otro. El capitalismo se había convertido en un sistema altamente patológico solo sostenido por su adicción al gasto en armamento, el imperialismo y la guerra.

Lo que evitó nuevas recesiones notables después de 1945 fue una variante de esa adicción: niveles inauditos en tiempos de paz en el gasto en armamentos, infraestructura y servicios públicos. Esto había sido impulsado por tres factores: las exigencias de la reconstrucción de posguerra; la presión en pro de reformas sociales por parte de una clase obrera radicalizada; y la militarización de las relaciones internacionales durante la Guerra Fría. El gran *boom*, en resumen, dependía de la intervención económica a fondo del estado. Esto era obviamente cierto en el caso de las economías plenamente estato-capitalistas como la de la Unión Soviética, pero también lo era en economías supuestamente de libre mercado como la estadounidense. En el apogeo de la Segunda Guerra Mundial el gasto militar del gobierno había supuesto alrededor del 50 por 100 de la producción económica estadounidense; diez años después todavía rondaba el 15 por 100. Su efecto era mantener y estabilizar el *boom*.

Pero la adicción del capitalismo a los armamentos solo representaba un apaño temporal. El gran *boom* arrastraba tres problemas insolubles, que se hicieron más agudos a medida que la economía global se expandía durante las décadas de 1950 y 1960. En primer lugar, las economías con altos niveles de gasto en armamento solo podían mantener el *boom* sacrificando su competitividad. El gasto en armamento es gasto improductivo: a diferencia del gasto en maquinaria que ahorra trabajo, no contribuye en absoluto a elevar la productividad del trabajo, a reducir los costes unitarios o a impulsar la competitividad de la industria. Por eso los

países derrotados en la Segunda Guerra Mundial, Alemania y Japón, se convirtieron en motores fundamentales del desarrollo económico de posguerra: la República Federal Alemana gastaba el 3 o 4 por 100 de su PIB en armas, una proporción sustancialmente más baja que la de Gran Bretaña, y mucho más baja que la de Estados Unidos, mientras que Japón gastaba aún menos, solo el 1 por 100. Ambas economías, en consecuencia, podían invertir grandes sumas en nuevas tecnologías y alcanzar niveles extraordinariamente altos de crecimiento desde principios de la década de 1950. Las tasas de crecimiento alemana y japonesa fueron aproximadamente el triple de las de Estados Unidos durante las dos décadas siguientes.

Se abrió así una brecha entre las economías perezosas, basadas en la carrera armamentística, y las más dinámicas, volcadas en la exportación. Durante el gran *boom* la proporción de Alemania Occidental en la producción conjunta de las economías avanzadas se duplicó y la de Japón más que se cuadruplicó, mientras que la de Estados Unidos cayó de más de dos tercios a menos de la mitad.

Por eso había que reducir la carga del gasto en armamento. La proporción de la producción estadounidense dedicada a él bajó a la mitad entre principios de la década de 1950 y mediados de la de 1970. Como explicaba Chris Harman: «La dinámica de la competencia en el mercado estaba reduciendo incesantemente la dinámica de la competencia militar». Pero su efecto fue reducir los estímulos y los efectos estabilizadores del gasto en armamento en la economía global.

El segundo problema era aún más difícil de resolver. Mientras que Estados Unidos y la Unión Soviética podían practicar una política de distensión para reducir su carga armamentística respectiva, conseguir la aceptación de la clase obrera propia para reducir los salarios y el bienestar, algo considerado también muy necesario, era mucho más arduo.

Bajo el capitalismo el desempleo es una necesidad económica. Lo que Marx denominaba «ejército industrial de reserva» reduce el precio de la fuerza de trabajo obligando a los trabajadores a aceptar

menores salarios por el miedo al desempleo. Pero el gran *boom* trajo consigo prácticamente el pleno empleo durante toda una generación. La oferta de fuerza de trabajo era relativamente escasa y los patronos competían por el personal, el temor al desempleo se mitigó mucho y los trabajadores podían construir poderosas organizaciones sindicales en los centros de trabajo para reivindicar un mejor trato.

Los gobiernos se veían también bajo presión para proporcionar viviendas accesibles, nuevos hospitales, mejores escuelas y subsidios de bienestar. El «salario social» aumentó en la misma proporción que los salarios directos. En Gran Bretaña, por ejemplo, la parte correspondiente a la clase obrera en la riqueza nacional aumentó durante el gran *boom* desde cerca de la mitad hasta unos dos tercios del PIB.

Los aumentos de salarios y del gasto público creaban demanda y contribuían a mantener el *boom*; pero también significaban que los capitalistas tenían que afrontar mayores costes, una competitividad reducida y una contracción de sus beneficios, lo que suponía un problema serio allí donde el movimiento obrero era fuerte. Por esa razón los capitalistas británicos, por ejemplo, perdieron terreno frente a los capitalistas alemanes y japoneses.

El tercer problema era consecuencia de la tendencia subyacente a la centralización y concentración del capital, esto es, a que la economía mundial estuviera cada vez más dominada por cada vez menos corporaciones gigantes. El aumento de tamaño de las multinacionales durante el gran *boom* significó el ascenso de un poder económico fuera del control de los gobiernos, y por lo tanto fuera del marco del capitalismo gestionado desde el estado. En Gran Bretaña, mientras que en 1949 las 100 empresas principales suponían el 21 por 100 de la producción industrial, esa proporción había aumentado hasta el 46 por 100 en 1970. Las empresas más avanzadas en sectores clave como el armamento, los automóviles, la industria farmacéutica y la electrónica dependían cada vez más del acceso globalizado a las finanzas, la tecnología, las materias primas, las instalaciones productivas y los mercados.

Las multinacionales dominaban la mayoría de las economías nacionales. Las operaciones globalizadas les permitían evitar las regulaciones y los impuestos, evadir los controles de capitales y asegurarse subvenciones y otras concesiones. Para obtener acceso a la tecnología, la inversión y los mercados, los estados-nación se vieron obligados a ofrecer términos de negociación cada vez más generosos a las empresas privadas. La acumulación competitiva de capital estaba derribando las fronteras entre las economías nacionales y dejando obsoletos los mecanismos de la fase anterior del desarrollo capitalista.

A mediados de la década de 1970 no solo había quedado atrás el gran *boom*, sino que el capitalismo gestionado desde el estado que lo había hecho posible se estaba agrietando entre crisis y conflictos. Lo que emergió para sustituirlo era una nueva forma de capitalismo «neoliberal» globalizado.

¿Qué es el neoliberalismo?

El neoliberalismo (anteriormente llamado «monetarismo» y en Gran Bretaña «thatcherismo») es a veces minusvalorado como poco más que una aberración ideológica, pero esto es un serio error. Es cierto que la teoría del «libre mercado» defendida por los académicos, periodistas, políticos, banqueros y empresarios neoliberales es absolutamente incapaz de explicar cómo funciona actualmente la economía capitalista; en su lugar ofrece una justificación pseudocientífica para la codicia, la pobreza y el caos endémico del sistema, así como para la obscena riqueza de la elite política y empresarial. En ese sentido, el neoliberalismo es simplemente la autojustificación ideológica de la clase dominante.

Pero hasta la década de 1970 el neoliberalismo estaba confinado a una oscura zona de la derecha. Los teóricos del libre mercado sin restricciones como Friedrich Hayek y Milton Friedman eran considerados poco más que carcamales pasados de moda. La gran mayoría de los economistas y gobernantes eran partidarios de una economía mixta, con altos niveles de intervención estatal y gasto público.

Lo que cambió en la década de 1970 fue que la acumulación de contradicciones del capitalismo gestionado desde el estado precipitó una crisis que acabó con el gran *boom* y llevó al mundo a la Larga Recesión. El neoliberalismo es una respuesta a esa crisis. Esencialmente es una guerra de clases de los ricos globales contra todos los demás. Su objetivo es destruir las mejoras obtenidas por la clase obrera desde 1945, aumentar las tasas de explotación y de beneficio y redistribuir la riqueza desde el trabajo hacia el capital.

Su impulso inicial fue la intensificación de la competencia entre los capitalistas durante la Larga Recesión. La contracción de los mercados inducía a los patronos a reducir costes despidiendo obreros y reduciendo los salarios de los que mantenían. Una vez iniciado el proceso, se convirtió en una «carrera hacia el abismo» global y una característica permanente del nuevo orden económico surgido de la crisis. La era de las economías nacionales, los bloques autárquicos y el capitalismo gestionado desde el estado estaba

quedando atrás y amanecía una nueva era en la que la economía global estaba dominada por bancos internacionales y corporaciones multinacionales fuera del control de los estados-nación.

El ascenso de las megacorporaciones financieras e industriales del capitalismo neoliberal puede seguirse atendiendo a muy variados índices. La inversión directa extranjera de Estados Unidos, por ejemplo, pasó de 11 millardos de dólares en 1950 a 133 millardos en 1976. El endeudamiento a largo plazo de las corporaciones estadounidenses pasó del 87 por 100 de su valor de mercado en 1955 al 181 por 100 en 1970.

Por dar otros ejemplos, el valor de las operaciones en divisas de los bancos de Europa occidental aumentó de 25 millardos de dólares en 1968 a 200 millardos en 1974; la deuda conjunta de los 74 países menos desarrollados aumentó de 39 millardos de dólares en 1965 a 119 millardos en 1974.

El goteo continuo de esos cambios cuantitativos durante el gran *boom* alcanzó un punto crítico en la década de 1970. Las corporaciones globales habían llegado por aquel entonces a eclipsar a los estados-nación. Comentando la Larga Recesión en 1984, Chris Harman decía:

> Es como si estuviéramos volviendo a ver la película de la crisis de preguerra, pero con una diferencia: las empresas individuales en competencia que solicitaban préstamos a los bancos en una economía nacional han dado paso a capitalismos de estado y empresas multinacionales que piden créditos a los bancos internacionales en una economía mundializada.

Todo eso imponía una presión incesante sobre las clases dominantes nacionales obligándolas a aumentar la explotación de «su propia» clase obrera. Los salarios altos podían desalentar nuevas inversiones, al igual que los impuestos sobre el capital para mantener servicios públicos o subsidios de bienestar, y lo mismo podía pasar con las leyes destinadas a mejorar la seguridad en los lugares de trabajo, limitar la jornada laboral o garantizar los permisos de maternidad.

La contraofensiva de la clase dominante se ensayó por primera vez en Chile tras el golpe militar de 1973, y pronto la pregonaba

igualmente Margaret Thatcher, elegida para dirigir el Partido Conservador británico en 1975. En 1979 se convirtió en primera ministra y ganó otras dos elecciones generales, permaneciendo en el puesto hasta 1990. Era una ferviente partidaria del neoliberalismo.

El anterior primer ministro conservador Edward Heath había sido zarandeado por las huelgas obreras en 1972 y derrotado en las urnas en 1974. Margaret Thatcher, a quien ya se conocía como «la Dama de Hierro», estaba decidida a organizar un contraataque a gran escala contra los sindicatos, el estado del bienestar y la clase obrera. El blanco más importante eran los mineros, que habían encabezado la lucha contra el gobierno de Heath.

Un dilatado programa de cierre de pozos indujo a los mineros a una batalla desesperada por salvar su sustento y su ámbito tradicional. Se convirtió en la mayor huelga de la historia en el sector: 150.000 hombres en huelga durante un año (1984-85). Los mineros tuvieron que afrontar la violencia policial de estilo paramilitar, montajes judiciales y un montón de mentiras en los medios. Al final se vieron obligados por el hambre a volver al trabajo. La derrota de los mineros rompió la espina dorsal del sindicalismo británico. A principios de la década de 1970 la clase obrera británica era todavía una de las mejor organizadas y más combativas del mundo; desde 1985 la afiliación a los sindicatos ha bajado a la mitad y durante los últimos veinte años la tasa de huelgas en Gran Bretaña ha sido más baja que en cualquier otro periodo de duración parecida desde el siglo XIX.

A estas alturas está muy claro que la derrota de los mineros tenía importancia global: fue el avance más importante en el proyecto internacional de la clase dominante de aplastar la resistencia de la clase obrera al neoliberalismo. Su resultado inmediato fue que permitió a Thatcher y sus sucesores poner en práctica un gran programa de recortes y privatizaciones.

La privatización de los sectores y servicios públicos nacionalizados fragmenta las grandes unidades de negociación de los trabajadores de los servicios públicos, bien organizados, y crea las condiciones que permiten reducir los salarios cuando determinados patronos tratan de derrotar a sus rivales en la

competencia por franquicias y contratos. Ese es el objetivo real de la mercantilización y la privatización: son mecanismos para debilitar la organización sindical, incrementar la inseguridad, reducir los salarios y redistribuir la riqueza desde los trabajadores hacia los grandes empresarios.

El capital privado sustituye al público como principal abastecedor de servicios públicos. En lugar de reciclar los ingresos provenientes de los impuestos como salario social en forma de alojamientos, hospitales, escuelas y bienestar, el estado paga a empresarios oportunistas para que se encarguen de ellos y reestructuren la oferta en función de la capacidad de pago. Los sindicatos se ven debilitados, los servicios racionados y se reducen los costes. Los principales beneficiarios son las megacorporaciones globales del capitalismo neoliberal

La empresa de seguridad G4S es un ejemplo paradigmático. Es el resultado de una serie de adquisiciones y fusiones, que ahora emplea a 650.000 personas en 125 países: el 39 por 100 de ellos en Asia, el 19 por 100 en Europa, el 17 por 100 en África, el 9 por 100 en Norteamérica, el 8 por 100 en Latinoamérica y el 8 por 100 en Oriente Medio. En Gran Bretaña gestiona las prisiones, los servicios de vigilancia y la seguridad en los acontecimientos públicos. Es uno de los principales beneficiarios de la privatización del sector público. Sus ingresos por operaciones en Gran Bretaña en 2011 fueron de 1.590 millones de libras, pero solo pagó 67 millones de libras (el 1,5 por 100) como impuesto sobre el capital.

El final del capitalismo gestionado por el estado no significa por tanto el final del estado. Su papel en la gestión económica, la inversión industrial y las dotaciones de bienestar se ha reducido, pero ha aumentado en otros aspectos.

El estado ha sido siempre un gran mercado para el capital, pero las oportunidades de negocio crecen enormemente cuando se liquidan los servicios públicos. El gobierno británico, por ejemplo, está privatizando actualmente el Servicio Nacional de Salud, cuyo presupuesto anual es de 125 millardos de libras. Un puñado de empresas privadas dominarán pronto la atención sanitaria en Gran Bretaña.

El estado —incluidas instituciones interestatales como la Unión Europea y el Fondo Monetario Internacional— sigue desempeñando un papel central en la gestión de la crisis económica. Desde 2008 ha funcionado como mecanismo para inyectar billones de dólares en los bancos quebrados a fin de sostener el capital financiero internacional.

Y conviene tener presente que el papel primordial y original del estado como fuerza armada a utilizar contra los enemigos de la clase dominante en el país y en el extranjero —manifestaciones anticapitalistas, obreros en huelga, insurgentes guerrilleros, potencias regionales independientes— se ha reforzado durante la era neoliberal. Recortes, privatizaciones y una desigualdad creciente han disgregado la sociedad y han debilitado el consenso. Para mantener en funcionamiento los hospitales se necesitan médicos y enfermeras, pero para cerrarlos se necesitan policías. La globalización, la privatización y la militarización son los rasgos característicos del capitalismo neoliberal. Nos han dado un nuevo orden mundial radicalmente diferente del que prevalecía bajo el capitalismo del gran *boom*, gestionado por el estado.

La ofensiva neoliberal iniciada en la década de 1980 bajo los gobiernos de Margaret Thatcher en Gran Bretaña y de Ronald Reagan en Estados Unidos tenía pues, además de aspectos socioeconómicos e ideológicos, otro bélico que se iba a manifestar en toda su crudeza asesina con decenas o centenares de miles de víctimas, casi todas ellas indígenas, en distintos países de Centroamérica, una de las regiones más pobres del planeta: Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua...

El 25 de febrero de 1990 el gobierno sandinista de Nicaragua fue derrotado en las elecciones generales. Solo obtuvo el 40 por 100 de los votos, frente al 54 por 100 de sus adversarios conservadores de la Unión Nacional Opositora dirigida por Violeta Chamorro, que representaba a la clase media, los grandes negocios, la iglesia y los *contras*, una milicia asesina financiada, armada y entrenada por Estados Unidos con el propósito expreso de desestabilizar Nicaragua.

Estados Unidos había suprimido toda ayuda a Nicaragua y en 1982 había emprendido una guerra por delegación contra el país, en la que murieron más de 50.000 personas, que destruyó el 15 por 100 de su capacidad productiva y que obligó a los sandinistas a dedicar más de la mitad del presupuesto nacional a la defensa. La guerra hundió el nivel de vida de los nicaragüenses pobres y saboteó los programas sociales del régimen sandinista. El valor real del salario medio cayó una tercera parte entre 1981 y 1984. Al final de la década, el desempleo estaba por encima del 25 por 100. Las escuelas y los hospitales tenían que cerrar por falta de fondos. La tasa de analfabetismo, reducida al 12 por 100 en 1981, volvió a subir hasta el 30 por 100. La tasa de mortalidad infantil, que venía cayendo desde hacía años, comenzó a subir de nuevo a partir de 1986.

El pueblo nicaragüense entendía las razones de su pobreza y no culpaba de ella a los sandinistas. En las elecciones generales de noviembre de 1984 el 67 por 100 de los votos habían sido para el Frente Sandinista; pero ya no podían más y en 1990 los efectos del acoso a su país por el imperialismo estadounidense y el capitalismo mundial —puesto que se trataba de eso, ni más ni menos— quebraron su voluntad y prefirieron poner fin al tormento. En cierto sentido, como explica el profesor Mike González de la Universidad de Glasgow, «los contras eran el puño de hierro y la UNO el guante de terciopelo».

¿Por qué odiaban tanto Nicaragua los dueños del mundo, especialmente los de Estados Unidos? Era uno de los países más

pequeños y más pobres de la tierra, con una población de 3 millones de habitantes en 1978 y de un poco más de 4 millones en 1990. El PIB per cápita anual estaba entonces alrededor de 750 dólares, y el país en su conjunto solo representaba el 0,2 por 100 de la producción mundial, mientras que en Estados Unidos el PIB per cápita anual rondaba los 18.000 dólares y su producción suponía el 27 por 100 del total mundial. Nicaragua no constituía ninguna amenaza económica ni militar para Estados Unidos.

El problema era político. En julio de 1979 el pueblo nicaragüense había derrocado la brutal dictadura militar de los Somoza y había llevado al poder a los combatientes guerrilleros del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN). Si eso se podía hacer en Nicaragua, quizá se podía hacer también en otros países de Centroamérica, en Guatemala, El Salvador, Honduras o Panamá, y acaso también en otros países de Latinoamérica; de hecho, quizá incluso más lejos, ya que el largo *boom* de posguerra había acabado, la economía mundial estaba de nuevo encenagada en la recesión, y los trabajadores y los pueblos del mundo volvían a luchar, ya fuera en Brasil, en Polonia o en Corea del Sur.

Al principio los gobernantes estadounidenses, todavía convalecientes de su derrota en Vietnam, habían ensayado durante la presidencia de Jimmy Carter un planteamiento de «poder blando» con respecto al dominio global, proclamando un nuevo compromiso con la democracia y los derechos humanos; pero aquello no duró. La presidencia de Ronald Reagan desde enero de 1981 había significado la vuelta a la retórica de la Guerra Fría, al aumento del gasto en armamento y a la agresión militar.

Nicaragua era un objetivo primordial. Allí, en el mismísimo «patio trasero» de Estados Unidos, brillaba el ejemplo de la resistencia armada, por lo que había que destruir el régimen sandinista y sofocar desde su nacimiento cualquier posibilidad de una revolución más amplia en Centroamérica. Los dictadores locales se rearmaron. Se enviaron escuadrones de la muerte a El Salvador. Se le concedió a la CIA un presupuesto inicial de 19 millones de dólares para operaciones encubiertas contra Nicaragua, y al poco tiempo agentes del gobierno estadounidense iban a financiar en secreto a la *contra*

nicaragüense con los beneficios de ventas de armas a Irán (sí: a Irán).

Los sandinistas se encontraban pues en primera línea de fuego en el intento de Reagan de invertir «el síndrome de Vietnam» y de reafirmar el poderío estadounidense en todo el globo. Durante la década de 1980 Estados Unidos emprendió una de sus guerras más sucias contra los revolucionarios centroamericanos. Los hombres que armaban y entrenaban eran a menudo terroristas sádicos. Dado que la resistencia estaba muy enraizada entre los pobres, prácticamente todo el mundo podía ser blanco de su vesania: quemaban las cosechas, destruían las aldeas, asesinaban a hombres, niños y ancianos y violaban a las mujeres. Lo peor se solía reservar para los combatientes sandinistas capturados. Un miliciano informaba más tarde: «A Rosa le cortaron las tetas y luego le abrieron el pecho y le sacaron el corazón. A los hombres les rompían los brazos y les cortaban los testículos. Los mataban abriéndoles la garganta y sacándoles la lengua por la hendidura abierta». Medio millón de personas huyeron del terror de la *contra* durante los primeros cuatro años de la guerra, reduciendo la capacidad productiva de la economía y creando una crisis de refugiados en las ciudades. El objetivo era destruir el régimen sandinista mediante un proceso de aislamiento, terror y lento estrangulamiento. El objetivo era borrar el ejemplo de julio de 1979: mostrar que la revolución era imposible.

Anastasio («Tachito») Somoza Debayle era el tercero de una dinastía de dictadores nicaragüenses que se habían hecho con el poder en 1937. La familia Somoza llegó así a ser la más opulenta de Nicaragua, acumulando riqueza mediante sus latifundios, las inversiones financieras y al final apropiándose los fondos de ayuda internacional donados tras el enorme terremoto que destruyó el 75 por 100 de Managua, la capital, en diciembre de 1972. Aquel capitalismo gangsteril estaba protegido por el control directo del dictador sobre la Guardia Nacional. Las protestas suscitaban siempre una represión brutal. Aquello funcionó durante más de 40 años, en particular conteniendo eficazmente la resistencia guerrillera

del FSLN en parte del país. Pero en septiembre de 1978 las cosas comenzaron a cambiar.

Los levantamientos de masas en varias ciudades fueron reprimidos con la violencia habitual, pero esta vez la gente estaba demasiado encolerizada para detenerse y la resistencia no se amilanó. Estados Unidos, percibiendo el cambio en la dirección del viento, interrumpió el suministro de armas a Somoza. El FSLN lanzó una nueva ofensiva y a principios de junio sus líderes se sentían lo bastante confiados como para llamar a un levantamiento general.

Las últimas semanas del régimen fueron excepcionalmente sangrientas. Las insurrecciones en los barrios fueron a veces aplastadas mediante bombardeos desde aviones y helicópteros. La Guardia Nacional los devastaba con saña, matando, violando y torturando sin distinción; pero cada asalto asesino hacia salir a nuevos combatientes a las calles de los barrios urbanos y a los campos de entrenamiento sandinistas en los montes y la selva. El 19 de julio Managua cayó en manos de las fuerzas revolucionarias. Cuatro de las siete ciudades principales de Nicaragua estaban en ruinas. Un país desesperadamente pobre despertaba aún más pobre. La herencia recibida por los sandinistas era tétrica.

El FSLN tomó su nombre de Augusto César Sandino, un luchador antiimperialista que se había negado a rendirse y entregar sus armas tras una rebelión liberal-constitucionalista en 1926, manteniendo la resistencia guerrillera frente a la Segunda Ocupación estadounidense de Nicaragua. Tras la retirada de los marines estadounidenses y la firma de un acuerdo de paz con el presidente Sacasa, Sandino fue detenido y asesinado el 21 de febrero de 1934 por orden de Anastasio («Tacho») Somoza García, el fundador de la dinastía. La elección de su nombre reflejaba la política de los sandinistas: eran antiimperialistas y reformistas radicales, pero no revolucionarios *socialistas*. La revolución cubana les había proporcionado su modelo primordial cuando se fundó el FSLN en 1961. La guerra de guerrillas rural fue desde entonces su principal *modus operandi*.

En 1979 Nicaragua no solo estaba empobrecida y devastada, sino que seguía siendo lo que siempre había sido: un país que se

alimentaba de la granjería de subsistencia y producía para la exportación artículos agrícolas como el café. Los sandinistas hicieron lo que pudieron para redistribuir cierta riqueza y proporcionar un mínimo básico para todos, pero ese proceso estaba muy condicionado: necesitaba ayuda extranjera, créditos extranjeros, inversión extranjera y mercados extranjeros. Los sandinistas necesitaban esas cosas tanto para hacer crecer su economía como para defender su estado, y eso exigía importantes concesiones a los capitalistas, tanto a los propios como a los extranjeros.

Dos terceras partes de la economía seguían en manos privadas. Los supermercados del dólar vendían bienes importados a los nicaragüenses que disponían de riqueza y moneda fuerte para comprarlos, mientras que en los comercios populares cercanos los anaqueles podían estar vacíos, a menudo de artículos tan esenciales como la pasta dentífrica y el papel higiénico, y a veces incluso de arroz o café.

La carga de la construcción de infraestructuras básicas e industrias y de mantener un considerable ejército caía principalmente sobre los obreros, los campesinos y los pobres. Las prioridades del régimen eran la austeridad, la producción y la defensa. El estado sandinista tenía sus propios intereses —la supervivencia nacional— que estaban en contradicción con las necesidades materiales del pueblo.

El régimen seguía siendo popular, con una gran base de masas: más de medio millón de nicaragüenses, el 15 por 100 de la población total, participaban en una u otra organización sandinista en 1982. Pero era una estructura «de mando» de arriba abajo para transmitir las prioridades de la dirección sandinista a la sociedad, no una democracia de abajo arriba capaz de formular y promover alternativas.

La revolución nicaragüense se vio atrapada por la pobreza y la guerra, y esas limitaciones la estaban deformando hasta convertirla en una caricatura de sus primitivas aspiraciones. La independencia nacional en un mundo de corporaciones gigantes y potencias imperiales se estaba demostrando un espejismo imposible. La única

solución habría sido la formación de una alianza con obreros, campesinos y pobres de los países vecinos, dando un apoyo pleno a sus luchas e intentando así extender la revolución, quizá primero a Centroamérica y luego a los grandes centros de la clase obrera latinoamericana como Ciudad de México, São Paulo, Buenos Aires y otros.

La lección clave del gobierno de Allende en Chile es que los logros del socialismo dependen del desmantelamiento del estado capitalista. La lección clave de la revolución nicaragüense es que también dependen de la solidaridad internacional. El capitalismo es un sistema global, por lo que no se puede construir «el socialismo en un solo país». El poder económico de los mercados globales y el poder militar del imperialismo destruirán antes o después cualquier intento de construir el socialismo aislándose del resto del mundo.

El nuevo orden mundial tiene aspectos económicos y geopolíticos. Dos acontecimientos —la caída del Muro de Berlín en 1989 y la destrucción del World Trade Center en 2001— han marcado el cambio del mundo bipolar de la Guerra Fría al mundo más fragmentado económica y geopolíticamente de la «guerra contra el terror». Vayamos con el primero.

Durante la noche del 9 de noviembre de 1989 la población de Berlín cambió el mundo. Una ciudad dividida desde 1945 por clases dominantes belicistas se reunificó gracias a la rebelión de la gente corriente. La noticia se extendió como un relámpago por toda la ciudad y cientos de miles de berlineses se dirigieron al Muro, símbolo supremo del telón de acero y de la Guerra Fría, y comenzaron a derribarlo. Se estima que desde su construcción en 1961 unas 5.000 personas habían intentado cruzar el Muro, y entre 100 y 200 habían muerto en el intento. De repente, en uno de los grandes momentos de insurrección revolucionaria de la historia, el Muro se vino abajo.

La caída del Muro de Berlín fue un acontecimiento cargado de significado en un año que estuvo lleno de ellos; pero las cosas se podrían haber desarrollado de modo muy diferente. Beijing había revelado el 3-4 de junio el repulsivo rostro de un posible futuro alternativo. En abril se habían producido en la enorme plaza de Tiananmen manifestaciones de protesta en favor de la democracia que habían reunido hasta 100.000 personas. Al cabo de un mes, el movimiento se había extendido por toda China con manifestaciones en 400 ciudades. Durante unas semanas las autoridades —provectos burócratas del partido único— parecían paralizadas por la indecisión; pero el movimiento seguía creciendo y los dirigentes chinos, temiendo perder el control y ser barridos, lanzaron un golpe militar contra su propio pueblo.

Los soldados acuartelados en la ciudad sabían demasiado bien lo que estaba sucediendo realmente y muchos de ellos simpatizaban con los manifestantes, por lo que el régimen llamó a otros soldados de acuartelamientos provinciales. Envenenaron su

mente con mentiras y los enviaron a la plaza de Tiananmen para disparar sobre manifestantes desarmados. Murieron alrededor de 3.000 y el movimiento de masas quedó decapitado.

Los chinos están viviendo todavía las consecuencias de aquella matanza contrarrevolucionaria. Tienen lo peor de ambos mundos: la fatiga, pobreza e inseguridad del capitalismo de libre mercado y el autoritarismo de un estado policial estalinista.

Pero 1989 funcionó de manera diferente en Europa oriental. La Larga Recesión de la década de 1970 había hundido los regímenes estato-capitalistas en una crisis económica y política y se habían ido multiplicando los signos de que había que hacer algo.

Polonia tenía una larga historia de resistencia al estalinismo. En 1956 y 1970 había habido importantes movilizaciones obreras. Los intelectuales disidentes y los activistas obreros habían mantenido una oposición clandestina —el Comité de Defensa Obrera y el periódico *Robotnik* (Trabajador)— durante la década de 1970. Cuando en el verano de 1980 el régimen intentó imponer aumentos de precios, los astilleros Lenin de Gdańsk fueron ocupados como protesta. Aquel era uno de los lugares de trabajo donde la oposición clandestina repartía regularmente sus octavillas.

Las huelgas y ocupaciones se extendieron rápidamente. Las protestas se fusionaron en un movimiento de masas unificado en una conferencia a la que asistieron delegados que representaban a 3.500 fábricas. Aquel movimiento, *Solidarność* (Solidaridad), era un híbrido entre sindicato y red de consejos obreros revolucionarios que acabó teniendo 10 millones de miembros e iba a durar 16 meses.

Pero sus líderes, paralizados por el temor a la intervención militar soviética, anunciaron una «revolución autolimitada»: no intentarían apoderarse del poder estatal y derrocar a la vieja clase dominante, sino que tratarían de llegar a un acuerdo con ella. El precio que tuvieron que pagar por ello fue muy alto: a mediados de diciembre de 1981, el general Jaruzelski declaró la ley marcial, detuvo a los dirigentes de Solidaridad y utilizó al ejército para aplastar el movimiento obrero.

Sin embargo, Jaruzelski no ejerció una represión sangrienta. La crisis económica y política era tal que una restauración completa del viejo orden era imposible. El golpe estaba destinado a ganar el tiempo y el espacio que la clase dominante necesitaba para realizar un proceso de reformas antes de verse obligados a ello de forma más imperativa e incierta.

El bloque del este había conseguido tasas de crecimiento más altas que las de Europa occidental durante las décadas de 1950 y 1960. Los regímenes estalinistas habían construido economías autárquicas en las que se había empleado el poder estatal para invertir directamente en la industria pesada y la producción de armas. La siguiente fase de la industrialización, no obstante, requería el uso de tecnología solo disponible en los mercados globales dominados por las multinacionales extranjeras. En la década de 1970 la autarquía se había estancado. Se precisaba una «apertura al mercado» si las economías estato-capitalistas no querían quedarse atrás. Los imperativos de la competencia de mercado se vieron reforzados por los de la competencia militar.

La Guerra Fría había impuesto tensiones enormes a la Unión Soviética. Con una economía que solo era la mitad de la estadounidense, los gobernantes soviéticos se habían visto obligados a mantener niveles relativamente mucho más altos de gasto en armamento para no verse irremisiblemente superados. Esa tensión se había aliviado relativamente durante la década de 1970, pero en 1983 el presidente estadounidense Reagan lanzó lo que era de hecho una segunda Guerra Fría con su Iniciativa de Defensa Estratégica. El gasto estadounidense en armas aumentó de 295 millardos de dólares en 1979 a 425 millardos en 1986. Se estacionaron en Europa nuevos misiles de crucero guiados por ordenador y se elaboró un programa para situar armas en módulos orbitales (denominado en los medios «guerra de las galaxias»). Al mismo tiempo aumentó la intervención militar estadounidense en Centroamérica, el Caribe, Oriente Medio y Asia central. A la entumecida economía soviética de la década de 1980 le resultó insostenible la tensión de la nueva carrera armamentística, pero la

indicación más clara del ocaso de su poderío militar fue la derrota en una guerra colonial en el patio trasero soviético de Asia central.

En diciembre de 1979 el ejército soviético había invadido Afganistán para sostener un régimen cliente acosado, nominalmente comunista, en Kabul. La invasión desencadenó una gran escalada de la resistencia guerrillera de los *muyahidines* islámicos con gran arraigo en las zonas rurales, que pronto dispusieron de armas proporcionadas por la CIA. Su financiación aumentó de 30 millones de dólares en 1981 a 280 millones en 1985. La combinación de la insurgencia islámica con las armas estadounidenses frustró la ocupación soviética. En mayo de 1988 comenzó la retirada de las tropas soviéticas y en febrero de 1989 se había completado.

El final de la guerra de Afganistán coincidió con el comienzo de la crisis terminal del estalinismo en la Unión Soviética y Europa oriental. Mijail Gorbachov se había convertido en secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética en 1985. En 1987-88 lanzó un plan de reforma desde arriba basado en la *glasnost* (transparencia) y la *perestroika* (reestructuración), a fin de resolver la crisis económica que ponía en peligro el poder de la burocracia dominante, tanto en la propia Unión Soviética como en su glacis, pero pronto perdió el control de los acontecimientos. Las profundas grietas del régimen dieron una oportunidad a protestas masivas que no se habían visto desde la década de 1920. A medida que el monolito se resquebrajaba, los burócratas más perspicaces se reinventaban como «reformadores» y «nacionalistas».

El más avispado de todos ellos fue Boris Yeltsin, un disidente político de quien nadie había sospechado antes que lo fuera, que rompió en 1987 con Gorbachov (quien lo había nombrado en diciembre de 1985 primer secretario del partido comunista en Moscú, lo que equivalía a la alcaldía de la capital) y con el propio partido en julio de 1990, ganando un año después las elecciones para la presidencia de la república rusa con el 57 por 100 de los votos emitidos. En aquel momento la Unión Soviética se estaba descomponiendo en distintas repúblicas. La crisis del centro hegemónico imperial hizo desaparecer la amenaza de intervención militar externa que había mantenido achantados a los pueblos de

Europa oriental. La combinación de la crisis económica, las vacilaciones de la *nomenklatura* y su parloteo sobre la reforma culminó en una explosión. El detonador, como tantas veces, fue un acontecimiento diminuto.

A finales de junio de 1989 se iba a celebrar un picnic paneuropeo en la frontera austrohúngara, por lo que un paso fronterizo cerrado desde 1948 se abrió para permitir el paso de una pequeña delegación. Cuando se difundió la noticia, miles de alemanes orientales se dirigieron al paso fronterizo y los guardias húngaros no intentaron detenerlos. Primero pasaron unos cientos y luego miles, hasta que finalmente 40.000 alemanes orientales habían «escapado» a Occidente en el plazo de seis semanas entre agosto y septiembre.

En octubre las masas movilizadas en Europa oriental se habían convertido en una gigantesca marea, pero ahora aquellos millones de personas en las calles ya no pretendían «escapar». El 4 de noviembre, cuando un millón de ellas se manifestaron en el centro de Berlín Este, el grito «queremos irnos» se había convertido en «queremos quedarnos» y la huida se había convertido en revolución.

Los viejos regímenes cayeron como fichas de dominó. Los dirigentes polacos habían mantenido largas discusiones con Solidaridad desde enero. El parlamento húngaro votó por convertir la república en una democracia parlamentaria el 7 de octubre y por poner fin al sistema estalinista el día 23. Berlín se reunificó el 9 de noviembre y el dictador búlgaro Todor Yivkov fue destituido el día 10. Los checos hicieron triunfar su «revolución de terciopelo» el 27 de noviembre. Solo en Rumanía parecía decidido el régimen a mantenerse en pie, pero la *Securitate*, la odiada policía secreta del estado, se vio desbordada y el dictador Nicolae Ceauşescu fue capturado cuando huía y fusilado sumariamente junto a su mujer Elena.

Las revoluciones de 1989 representaron impresionantes victorias para la acción de masas, pero tuvieron un efecto muy limitado. Las multitudes que se manifestaban en Moscú, Berlín, Budapest, Varsovia, Sofía, Praga y Bucarest querían libertad y prosperidad,

pero lo que consiguieron fue bastante menos. Los burócratas del estado se reciclaron como políticos parlamentarios, y el capitalismo de estado se reconfiguró como capitalismo neoliberal. Se descartó la ideología estalinista y se abrazó la «libertad» de estilo occidental, solo para descubrir que, al igual que su *alter ego* de la Guerra Fría, no era más que una quimera.

¿Qué es lo que había salido mal? ¿Por qué no habían cobrado aquellas revoluciones un impulso popular? ¿Cómo se habían desviado unas luchas de clase tan poderosas hacia la rutina de la política parlamentaria?

Al desaparecer el sostén clave del poder imperial soviético, los regímenes estato-capitalistas estaban tan huecos que bastó un pequeño empujón para derribarlos. Tanto la ideología de la Guerra Fría como el rápido avance de la globalización neoliberal inducían a pensar que la alternativa al «socialismo» (como se le había llamado siempre, añadiendo algunos el calificativo de «real») del bloque del este debía ser el capitalismo de libre mercado de estilo occidental acompañado de la democracia parlamentaria. A la vieja clase dominante le interesaba tanto gestionar la transición como promover esa supuesta «alternativa». Así fue cómo la mayoría de ellos mantuvieron sus propiedades, su poder y sus privilegios. Se evitó con éxito que las revoluciones políticas de 1989 se desarrollaran hasta convertirse en una revolución social.

Durante la madrugada del 11 al 12 de abril de 2002, los promotores de un golpe de derechas contra el presidente Hugo Chávez se felicitaban por su éxito. Unas 200.000 personas se habían concentrado en los alrededores del palacio presidencial de Miraflores en Caracas pocas horas antes; se había producido un tiroteo en el que murieron 19 personas y varias decenas resultaron heridas, la mayoría de ellas seguidores de Chávez. Algunos generales, implicados en el golpe, exigieron la dimisión del presidente, y este aceptó acudir a la base militar de Fuerte Tiuna aun sabiendo que corría el riesgo de ser inmediatamente detenido; desde allí lo trasladaron efectivamente en helicóptero a la base naval de Turiamo y más tarde a la pequeña isla de La Orchila.

Entretanto los dirigentes de la oposición que habían organizado el golpe celebraban su victoria con champán. Entre ellos estaban Pedro Carmona, presidente de la principal organización empresarial del país (Fedecámaras); Alberto Federico Ravel, director de la cadena de televisión Globovisión; Carlos Ortega, presidente de la federación sindical CTV (Confederación de Trabajadores de Venezuela); y varios ejecutivos de la empresa petrolífera estatal PDVSA.

Venezuela era y es un importante productor de petróleo, el quinto mayor del mundo. Aunque el petróleo venezolano fue nacionalizado en 1976, la compañía petrolífera estatal PDVSA trabajaba en estrecha cooperación con multinacionales extranjeras. El interés petrolífero era un estrecho nexo que unía a los burócratas del estado venezolano, ejecutivos de grandes empresas extranjeras y una capa privilegiada de dirigentes sindicales y técnicos especializados. Esa gente, especialmente los mejor situados, se habían hecho fantásticamente ricos. Caracas era una ciudad más cara y con más cadillacs por habitante que Chicago; pero solo el 2 por 100 de los venezolanos sacaban beneficios del petróleo, y la brecha entre ricos y pobres se iba ampliando.

La puesta en práctica de las reformas neoliberales recomendadas por el FMI por parte de Carlos Andrés Pérez (del

partido Acción Democrática, perteneciente a la Internacional Socialista) en cuanto asumió su segunda presidencia, el 2 de febrero de 1989, tuvo como consecuencia inmediata el *caracazo* de los días 27 y 28, durante el que los menesterosos tomaron el control de las calles; el gobierno, desbordado por los saqueos, declaró el toque de queda, militarizó las principales ciudades y aplastó las protestas con violencia inusitada, produciéndose centenares de muertos. A más largo plazo, el efecto del «paquete económico» de Pérez fue el mismo que en otros lugares: la proporción de la renta nacional en manos del decil más rico de la población pasó del 22 por 100 al 33 por 100 a finales de la década de 1990, mientras que la proporción de los que vivían por debajo del umbral de la pobreza aumentó del 36 al 66 por 100.

Fue para que las cosas siguieran así para lo que la burguesía venezolana promovió un golpe en abril de 2002; pero el champán era prematuro: en las calles estaba sucediendo algo, lenta pero inconfundiblemente: los alrededores del palacio de Miraflores se iban llenando de nuevo de gente, solo que ahora no eran los atildados manifestantes de clase media de la tarde anterior, sino gente humilde con camisetas y gorras de béisbol.

Habían tardado en llegar, pero es que venían de lejos, de los *ranchitos* en las laderas de las colinas situadas por encima de los grandes edificios y distritos residenciales de Caracas. Pronto las calles estaban atestadas de gente que se negaba a irse, y la guardia presidencial, leal al presidente depuesto, se negaba a echarlos de allí. Al cabo de 48 horas un helicóptero militar volvió a llevar al presidente Hugo Chávez al palacio de Miraflores. El golpe había sido derrotado por la movilización de masas de los pobres urbanos venezolanos.

El pueblo de Venezuela estaba en conflicto abierto con sus gobernantes desde 1989. Tres años después del *caracazo*, en febrero de 1992, el teniente coronel Hugo Chávez intentó un golpe de estado contra el gobierno de Pérez; el golpe fracasó y Chávez fue encarcelado.

Chávez había hecho carrera en el ejército, pero nunca se había identificado con el enchufismo y la corrupción de la mayoría de los

oficiales venezolanos. No había nacido en la elite venezolana; provenía de la clase media baja y sus rasgos mestizos revelaban sus antepasados nativos. A principios de la década de 1980 se había unido a otros oficiales de opiniones parecidas para crear el Movimiento Revolucionario Bolivariano (MRB-200), inspirado en el nacionalismo e idealismo de Simón Bolívar.

La crisis que vivía el país se agravó mientras Chávez estaba en prisión. Pérez fue depuesto por fraude y corrupción. La empresa petrolífera PDVSA cedía las rentas del petróleo venezolano a las corporaciones extranjeras. Los bancos se hundían y exigían rescates enormes del estado. Se negoció un crédito del FMI con las habituales condiciones de austeridad. La pobreza y el desempleo seguían creciendo.

La política burguesa estaba en bancarrota, pero también lo estaba la izquierda oficial. Vaciada por su colaboracionismo, era incapaz de ofrecer una alternativa creíble. Parte de ella acabó apoyando la candidatura presidencial de una reina de la belleza de extrema derecha. Por eso Chávez, a la cabeza del recientemente formado «Movimiento Quinta República» (MVR) se presentó a las elecciones presidenciales en 1998 y obtuvo el 56 por 100 de los votos.

La burguesía venezolana, sujeta como estaba al nexo petrolero, quedó asombrada y realizó una serie de intentos para recuperar el poder político, utilizando su control sobre la riqueza y los medios de comunicación para instigar a la población contra el gobierno de Chávez; cuando esto fracasó, organizó huelgas y manifestaciones de masas en un esfuerzo por derrocarlo mediante la acción directa.

Pero Chávez y su gobierno superaron todos aquellos desafíos, obteniendo el 71 por 100 de los votos en el referendo constitucional de 1999 y el 59 por 100 en unas segundas elecciones presidenciales en 2000. A continuación aceleraron reformas radicales de la economía y del sistema político, afrontando dos huelgas generales convocadas por la derecha como la de abril de 2002, que culminó en el fracasado intento de golpe, y otra desde diciembre de 2002 hasta febrero de 2003, frustrada por la

combatividad obrera y su decisión de mantener en funcionamiento la economía.

La derecha logró entonces la convocatoria de un referéndum sobre la presidencia en 2004, en el que Chávez volvió a vencer con el 59 por 100 de los votos. Fue reelegido en 2006 con el 63 por 100 y de nuevo en 2013, poco antes de su muerte, con el 54 por 100. Su único importante tropezón electoral fue una derrota por muy escaso margen en un referéndum constitucional en 2007 para reforzar los poderes presidenciales.

La hostilidad de la burguesía venezolana hacia Chávez y su popularidad entre los trabajadores venezolanos son fáciles de entender. Con su propuesta de lo que llamaba «socialismo del siglo XXI», era el más destacado de un grupo de gobernantes latinoamericanos que trataban de abrir una brecha en el orden global neoliberal. Parecía expresar las aspiraciones de los grandes movimientos de resistencia en todo el continente. Encarnaba la idea de una alternativa radical en la que las necesidades de la mayoría se situaban por encima de la codicia de unos pocos.

Las mejoras sociales impulsadas por el chavismo eran reales. La riqueza del petróleo se recicló para financiar escuelas, hospitales, redes de alimentación, grupos comunitarios y una reforma agraria. La actividad de base floreció en los barrios de ranchitos. Alrededor del 5 por 100 de la población participaba en alguna forma de organización popular impulsada por el gobierno.

Pero el movimiento chavista iba de arriba abajo, y no de abajo arriba. Era como un ejército de reserva del que se podía hacer uso cuando era necesario para apoyar al gobierno y sus iniciativas, pero no movimiento popular autónomo que se hubiera hecho con la dirección de la sociedad desde abajo, formulando y haciendo avanzar sus propias propuestas y desafiando cada vez más vigorosamente el control de la burguesía sobre las principales palancas de poder.

Tras el golpe de abril de 2002 la mayoría de los conspiradores quedaron en libertad. En los dos días que Chávez pasó secuestrado, las masas venezolanas se habían convertido en una fuerza revolucionaria independiente; pero en lugar de fomentar el

desarrollo de un poder popular alternativo, Chávez desmovilizó a sus seguidores y volvió a los métodos de «mando» para ir poniendo en práctica una reforma moderada de arriba abajo, combinada con el compromiso y la reconciliación con la burguesía.

Chávez no sufrió el destino de Allende en Chile —un golpe militar de un aparato estatal incólume—, ni tampoco la de los sandinistas en Nicaragua: el lento estrangulamiento por el imperialismo mundial. Pero tampoco infligió una derrota decisiva e irreversible a la burguesía venezolana y al nexo petrolero respaldado desde el exterior.

Debido a esto, el 50 por 100 de los venezolanos siguen viviendo en la pobreza y el 20 por 100 están desempleados, y las mejoras que se han obtenido podrían perderse en el futuro, ya que, como explicó Rosa Luxemburg hace un siglo, la lucha por las reformas es una labor de Sísifo, en la que lo ganado por fuerte movimiento en una generación puede perderse fácilmente en la siguiente.

Las reformas radicales de Hugo Chávez deben verse como lo que son: mejoras a defender contra un enemigo de clase hostil, y una plataforma para nuevos avances hacia una transformación revolucionaria de la sociedad.

El 11 de Septiembre, la «guerra contra el terror» y el Nuevo Imperialismo

El 11 de septiembre de 2001 un grupo de terroristas de Al Qaeda secuestró cuatro aviones estadounidenses para atacar las Torres Gemelas del World Trade Center de Nueva York, el edificio del Pentágono en Arlington (Virginia) y el edificio del Capitolio en Washington. Tres de aquellos ataques tuvieron éxito: el Pentágono sufrió importantes daños y las Torres Gemelas fueron derribadas, muriendo en los atentados alrededor de 3.000 personas.

El 11 de Septiembre fue un regalo para la clase dominante estadounidense: le permitió camuflar su propia agresión, que desde entonces ha sido mil veces más letal que la de Al Qaeda, como una «guerra contra el terror», y le ayudó a fabricar las «amenazas» y los «enemigos» que necesitaba para justificar nuevas guerras imperialistas.

La «guerra contra el terror» es el correlato geopolítico del capitalismo neoliberal. El neoliberalismo destroza las economías y destruye vidas. Desgarra sociedades y lleva a revoluciones y guerras. Las grandes potencias intervienen para salvaguardar los intereses del gran capital global. La «guerra contra el terror» les proporciona su marco actual para la intervención y también, desde que terminó la Guerra Fría, su justificación primordial para mantener altos niveles de gasto en armamento.

Mientras el capitalismo gestionado por el estado era desmantelado en Europa oriental y una vieja elite de burócratas del partido se convertía en la nueva elite de oligarcas neoliberales, sus economías se hundían. Diez años después de 1989 la economía rusa se había contraído un 40 por 100. La tasa de desempleo en Alemania oriental superaba el 20 por 100 y el nivel de vida en Yugoslavia había bajado a la mitad en solo dos años.

El descoyuntamiento económico y social no se limitaba a los antiguos regímenes comunistas. El modelo de gestión estatal fue descartado en todos los continentes. Desde Egipto hasta Latinoamérica, pasando por India, las empresas estatales fueron

liquidadas, los servicios públicos desmantelados y las ayudas al bienestar reducidas notablemente.

El Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (FMI), que representan al capital financiero global, se convirtieron en árbitro supremo de las virtudes neoliberales. Quienes se adherían a los «programas de ajuste estructural» (eufemismo para los recortes neoliberales) eran premiados con el acceso a las finanzas, la tecnología y la inversión, y los que no lo hacían eran relegados al olvido.

De 76 países sometidos al «ajuste estructural» en la década de 1980, casi ninguno de ellos consiguió recuperar las tasas de crecimiento de las décadas anteriores. Su efecto fue dejar al 55 por 100 de los africanos y al 45 por 100 de los latinoamericanos por debajo del umbral de la pobreza. Estallaron tensiones sociales en múltiples formas. Yugoslavia puede servir como caso ejemplar del caos neoliberal.

Cuando el estado yugoslavo, muy endeudado, se dividió en 1991, los bancos occidentales cerraron el acceso a la financiación y el «ajuste estructural» impuesto por el FMI hundió los fragmentos resultantes en la depresión. Los jefes del partido en las distintas repúblicas se redefinieron como políticos nacionalistas y reavivaron antiguas identidades. La región se vio desgarrada por horribles guerras civiles genocidas marcadas por una limpieza étnica que no se había vuelto a ver en Europa desde 1945, lo que ofreció un terreno de comprobación idóneo para un nuevo tipo de imperialismo occidental enmascarado como «intervención humanitaria» y «mantenimiento de la paz». La OTAN, alianza militar de la Guerra Fría dominada por Estados Unidos, se convirtió en custodio militar del «Nuevo Orden Mundial» posterior a 1989.

Serbia fue atacada por bombarderos de la OTAN durante la guerra de Bosnia (1992-95) y de nuevo durante la guerra de Kósovo (1999). El propósito de las potencias occidentales era gestionar la transición desde el capitalismo gestionado por el estado al capitalismo neoliberal y crear un orden político relativamente seguro para el capital extranjero. El primer ministro británico Tony Blair

proclamó la nueva doctrina imperial en una conferencia en el Club Económico de Chicago durante la guerra de Kósovo:

> Ahora todos somos internacionalistas [...] Si queremos prosperar no nos podemos negar a participar en los mercados globales [...] Si queremos seguridad no podemos dar la espalda a los conflictos y la violación de los derechos humanos en otros países. Estamos siendo testigos del comienzo de una nueva doctrina de la comunidad internacional [...] Ni los mercados financieros globales, ni el medio ambiente global, ni las cuestiones del desarme y la seguridad global se pueden resolver sin una intensa cooperación internacional.

Blair exudaba la arrogancia de los imperialistas durante toda la historia. Su «nosotros» significaba la burguesía neoliberal y su «comunidad internacional» se refería a a las grandes potencias, como quedó de manifiesto en la importante guerra que contribuyó a emprender contra Iraq en 2003 como puesta de largo del nuevo imperialismo.

La principal amenaza a la paz mundial hoy día son los Estados Unidos de América, porque aunque declinan económicamente, siguen siendo dominantes en el terreno militar.

La economía estadounidense crecía con una tasa superior al 15 por 100 anual durante la Segunda Guerra Mundial. En 1945 suponía más de la mitad de la producción mundial total. Esa proporción disminuyó hasta alrededor del 30 por 100 en 1980, y es quizá del 20 por 100 hoy día. Por otra parte, el gasto estadounidense en armamento ha seguido siendo relativamente alto durante todo el periodo posterior a 1945. Durante los últimos 20 años ha supuesto alrededor de una tercera parte del total mundial. En 1999 el gasto estadounidense en armamento era el triple del de China, ocho veces el de Rusia, 40 veces el de Irán y 200 veces el de Iraq. Es esa diferencia contradictoria —relativo declive económico y superioridad militar absoluta— la que explica la beligerancia de Estados Unidos. Se exhibe y ejerce el poderío militar para compensar la menor influencia económica

El control sobre el petróleo —que sigue siendo la mercancía más importante a nivel mundial— es el núcleo de los cálculos estratégicos estadounidenses. Por eso Oriente Medio, con alrededor

del 70 por 100 de las reservas conocidas de petróleo en el mundo, sigue siendo su foco central.

La «guerra contra el terror» no es una batalla entre el islam y Occidente. Es una pugna del capital imperialista por el control del petróleo y otros intereses vitales; pero su carácter ideológico deriva de acontecimientos políticos sucedidos en Oriente Medio desde 1979. El islam es una convicción religiosa que puede cobrar tantas formas como el cristianismo, el hinduismo o el budismo; puede expresar una amplia variedad de intereses de clase y actitudes políticas. El «islamismo» o «islam político» no es, por tanto, una única fuerza organizada y coherente. Esa etiqueta abarca tradiciones tan diversas como los toscos conservadores tribales del talibán afgano, el régimen actualmente gobernante en Irán, los Hermanos Musulmanes relativamente liberales de Egipto y organizaciones radicales de resistencia como Hezbollah en el Líbano y Hamas en los territorios palestinos. De hecho, la falta de definición política del islamismo es parte de su atractivo. Parece capaz de ofrecer cobijo político a quienquiera que se oponga al imperialismo, al sionismo y a la dictadura. Tiene la capacidad aparente de unir en un único movimiento de masas a jóvenes profesionales, titulados desempleados, vendedores callejeros, chabolistas de los barrios más pobres y mulás de las aldeas.

El atractivo del islamismo se ha visto reforzado por el fracaso de las corrientes políticas no religiosas. Los regímenes nacionalistas árabes fueron derrotados en las guerras contra los israelíes de 1956, 1967 y 1973, y más tarde se convirtieron en dictaduras brutales como las de Saddam Hussein en Iraq, Hosni Mubarak en Egipto y Bashar Al-Assad en Siria. Los viejos partidos comunistas árabes, siguiendo la línea estalinista, llevaron a sus seguidores a repetidas derrotas subordinando el movimiento obrero a traicioneros líderes nacionalistas burgueses. Los combatientes palestinos —superados abrumadoramente en número y armamento— lucharon heroicamente pero sin esperanzas contra el poderío del estado sionista.

La revolución iraní de 1979 parecía representar una salida hacia adelante. La movilización de millones de iraníes derrocó a un cruel

dictador respaldado por Estados Unidos, pese al gran ejército de que disponía, si bien es cierto que la izquierda fue a continuación aplastada por un movimiento islamista contrarrevolucionario. El islamismo reveló así su carácter profundamente contradictorio: podía unir a distintas fuerzas sociales en una lucha por el cambio, pero una vez en el poder se dividía en fragmentos de clase antagónicos.

En cualquier caso, el movimiento islamista iraní no representaba un regreso al antiguo régimen, sino que bajo la bandera verde del islam se convirtió en baluarte de la independencia nacional iraní desafiando el estado de cosas dispuesto por Estados Unidos en Oriente Medio. Por eso el gobierno iraquí, armado por Estados Unidos, emprendió la guerra contra Irán, la más sanguinaria de la década de 1980, con un millón de muertos en una guerra de trincheras empatada que de hecho sirvió para «contener» la revolución iraní. A continuación, después de haberlo convertido en hombre fuerte en la región, Estados Unidos derrocó al dictador iraquí cuando intentó apoderarse de los campos petrolíferos de Kuwait. La primera guerra del Golfo (1990-91) fue una ilustración práctica de la doctrina imperial estadounidense en Oriente Medio: mantener la región dividida y débil evitando que ningún estado de la región alcanzara la hegemonía.

El 11 de Septiembre proporcionó a los «neocons» (neo-conservadores: los halcones partidarios de un nuevo imperialismo más agresivo) estadounidenses su oportunidad para pasar a la ofensiva. El poderío militar estadounidense se iba a proyectar en Asia central y Oriente Medio para adelantarse a eventuales rivales imperiales, imponer una *Pax Americana* en la región y asegurarse una plataforma militar para la defensa indefinida del acceso estadounidense a las vitales reservas de gas y petróleo. Su coste iba a ser de un millón de muertos.

Pero las guerras de Afganistán y de Iraq se iban a descontrolar, despertando insurgencias guerrilleras invencibles en los países ocupados y un movimiento sin precedentes contra la guerra en los propios Estados Unidos. A partir de 2008, además, ese gran resurgimiento de las movilizaciones en las ciudadelas del viejo

capitalismo iba a auspiciar las protestas contra la austeridad mientras los bancos del mundo exigían su rescate a los gobiernos y la economía global se abocaba a una nueva Gran Depresión.

«He encontrado un error, y no sé lo significativo o permanente que es, pero me siento realmente consternado.» Así es cómo el principal arquitecto del capitalismo neoliberal —Alan Greenspan, presidente entre 1987 y 2006 de la Reserva Federal, el banco central estadounidense— describía el inicio del desastre económico global.

Quizá la más explosiva de las contribuciones de Greenspan a la mayor burbuja financiera de la historia fue la derogación en 1999 de la Ley Glass-Steagall de 1933, que impedía a los bancos especular con los ahorros de sus clientes. El economista de *Newsnight* en la BBC, Paul Mason, expuso crudamente las consecuencias de aquella decisión y de toda la «quema de regulaciones» que la acompañó: ha dado lugar a «la mayor catástrofe económica causada por el hombre en toda la historia».

En septiembre de 2007 la llamada «contracción del crédito» reveló sus amenazadoras consecuencias cuando la sociedad inmobiliaria británica Northern Rock se declaró en quiebra. En marzo de 2008 le tocó el turno a la sociedad de inversión Bear Stearns, y en septiembre fue el gigantesco banco de inversión estadounidense Lehman Brothers el que anunció pérdidas de 3,9 millardos de dólares y se declaró en bancarrota. El 18 de septiembre, temiendo una reacción en cadena de quiebras bancarias, Ben Bernanke, sucesor de Greenspan al frente de la Reserva Federal, y Henri Paulson, secretario del Tesoro estadounidense, anunciaron: «Nos encaminamos a la peor crisis financiera de la historia de la nación. Estamos hablando de una cuestión de días». Para evitarlo, los gobernantes del mundo olvidaron su porfiada doctrina sobre el mercado libre y llevaron a cabo una serie de nacionalizaciones y rescates colosales. Se inyectaron casi inmediatamente en los bancos alrededor de 2 billones de dólares de financiación estatal, dos tercios en gasto directo y un tercio como garantías. Nadie sabe exactamente cuántos billones de dólares más se les han regalado desde entonces.

La inyección de cantidades sin precedentes de capital público en los bancos privados estabilizó el sistema financiero global. Cubrió

las pérdidas inmediatas, y lo que es más importante, restauró la «confianza» demostrando a los capitalistas financieros que el estado no iba a permitir que los principales bancos quebraran. Los beneficios seguirán siendo privados, pero las pérdidas se convirtieron en públicas.

Nada de esto resolvió la crisis, sino que solo la reconfiguró. El *crash*, a una escala sin precedentes, ha contraído las reservas financieras de los estados, las empresas y los hogares y ha llevado a la economía mundial a una recesión. La economía real carga ahora con una enorme montaña de deuda. Se estima que los bancos han perdido 3,4 billones de dólares y cargan con más billones en deuda incobrable. Debido a esto, los fondos públicos inyectados en los bancos simplemente han desaparecido en un agujero negro, y lo que es peor, la deuda bancaria se ha convertido en deuda pública. El riesgo del colapso bancario se ha transformado en la posibilidad de una quiebra estatal.

La crisis —contracción del crédito, *crash* y recesión— hunde sus raíces en la década de 1970. Margaret Thatcher en Gran Bretaña y Ronald Reagan en Estados Unidos respondieron al problema de la caída de la tasa de beneficio y del bajo crecimiento lanzando un asalto frontal contra los sindicatos, los salarios y el estado del bienestar. Su propósito era redistribuir la riqueza desde el trabajo hacia el capital. Los beneficios más altos, argumentaban, alentarían a los empresarios a invertir y así se recuperaría el crecimiento.

Pero esa política tenía doble filo. Los capitalistas querían bajos salarios para sus propias empresas, pero altos salarios en las demás para que los trabajadores pudieran comprar los bienes y servicios que producían. La economía neoliberal de 1979-2007 podía descarrilar al incrementar la desigualdad de ingresos y hacer disminuir la demanda.

Las tasas de crecimiento anual lo resumen todo. El estímulo a la producción de armas durante la Segunda Guerra Mundial había elevado la tasa de crecimiento estadounidense al 5,9 por 100. En la cúspide del gran *boom*, en la década de 1960, seguía estando alrededor del 4,4 por 100. Pero durante las décadas de 1980 y 1990 cayó al 3,1 por 100, y en la de 2000 era solo del 2,6 por 100.

Y eso no era todo. La mayor parte del crecimiento durante la década de 1960 se producía en la economía real, esto es, en la producción de bienes y servicios para su uso real, mientras que la mayor parte del crecimiento registrado en la década de 2000 era ficticio, porque el problema de la caída de la demanda se había «resuelto» mediante un gran incremento de la deuda.

La demanda artificial se había generado mediante la «financiarización» de la economía. La desregulación de los mercados, los bajos tipos de interés («dinero barato»), las «innovaciones» financieras y el creciente endeudamiento de las familias dieron lugar a la mayor burbuja de la historia del sistema. La economía estaba inundada de dinero electrónico a crédito, por lo que la demanda estaba saturada, los precios subían y los especuladores se disputaban los trocitos del pastel. Todo aquello infló una burbuja gigantesca de riqueza ficticia.

Si la economía seguía creciendo era simplemente porque la gente gastaba un dinero que en realidad no existía. Los créditos tenían como garantía activos que aumentaban de valor gracias a la disponibilidad de crédito: un clásico frenesí especulativo autoalimentado. Los trabajadores de muchos países del mundo desarrollado se endeudaron enormemente debido al estancamiento de sus ingresos, al crédito fácil y al aumento del precio de la vivienda; y las compras a crédito de los trabajadores se convirtieron en la base de una enorme pirámide de derivados financieros, deuda no garantizada y valores inflados de los activos.

El endeudamiento de las familias en Estados Unidos se duplicó o más entre finales de la década de 1970 y 2006. La deuda total aumentó de alrededor de una vez y media el producto interior bruto (PIB) estadounidense a principios de la década de 1980 a cerca de 3,5 veces en 2007. La parte correspondiente al sector financiero en los beneficios aumentó desde alrededor del 15 por 100 a principios de la década de 1950 a casi el 50 por 100 en 2001.

En el clímax del frenesí, cualquier plan descabellado parecía bueno. Los bancos comenzaron a conceder hipotecas a gente que no podía en modo alguno pagarlas. El valor de esos créditos hipotecarios *subprime* aumentó un 230 por 100 entre 2000 y 2007.

Los créditos *subprime* se empaquetaron luego con otros de mejor calidad para vender esos derivados financieros al público. La idea de los derivados, considerados un gran invento del «sector de servicios financieros», consistía en disminuir el riesgo al difundirlo, pero sirvieron de hecho para contaminar todo el sistema bancario con deudas incobrables.

Fue en el mercado de las hipotecas *subprime* donde comenzó el pánico. Un frenazo de la demanda del consumidor y una bajada del precio de la vivienda hicieron que los créditos *subprime* comenzaran a parecer deudas incobrables. El pánico se contagió rápidamente extendiéndose a los mercados globales que desconocían en qué grado estaba infectado con «deuda tóxica» todo el sistema bancario, que se reveló de repente como un cúmulo de especulación, valores inflados y gigantescas montañas de títulos.

El *crash* fue causado por la financiarización, pero sin deuda bancaria no habría habido *boom*. El sistema, en resumen, era profundamente patológico. Acosado desde la década de 1970 por el descenso de la tasa de beneficio, el exceso de capacidad y el subconsumo, su único mecanismo para mantener la demanda había sido el creciente endeudamiento, y por eso la especulación financiera generó una burbuja gigantesca. La patología de una economía cada vez más endeudada era la realidad oculta tras la lustrosa fachada neoliberal.

El problema no son ahora los efectos colaterales del propio *crash*; es que el propio motor del *boom* neoliberal —la deuda y la especulación— ha reventado. Los banqueros se niegan a prestar porque sus bancos están técnicamente quebrados y no creen que los deudores puedan pagar. Los industriales no invierten porque los mercados y los beneficios se han hundido. Los consumidores gastan poco porque están profundamente endeudados y temen por sus empleos. Los gobiernos recortan y desinflan su gasto para evitar la bancarrota del estado.

La crisis financiera ha tenido como origen la especulación, la codicia y el frenesí del capitalismo de casino. Representa el final de una era en la que se dio rienda libre a esas fuerzas con la desregulación de los mercados, los bajos tipos de interés, las

«innovaciones» financieras y el creciente endeudamiento. Su efecto ha sido hundir a la humanidad en la Segunda Gran Depresión. Ahora afrontamos la que es casi con seguridad la mayor y más insoluble crisis de toda la historia del sistema.

Inyectar billones de dólares en el sistema bancario no puede resolver la crisis ni restaurar el crecimiento. Los rescates están simplemente apuntalando un sistema en bancarrota. Están destinados a evitar un colapso económico calamitoso del capitalismo neoliberal y a proteger la propiedad, el poder y los privilegios de la clase dominante internacional. Los rescates bancarios y los programas de austeridad son, de hecho, lo contrario de lo que se necesita para resolver la crisis y restaurar el crecimiento.

Los bancos siguen sin conceder créditos. Están empleando los fondos estatales para restañar sus deudas y recapitalizar sus libros de cuentas. La depresión económica les infunde temor a perder su dinero si lo prestan. Tampoco se ha conseguido ningún tipo de estabilidad financiera. Las deudas incobrables simplemente se han desplazado por el sistema, de forma que una crisis de solvencia bancaria se ha transformado en una crisis de solvencia estatal. El epicentro de esa crisis en el momento de escribir estas líneas (2012) es la Unión Europea.

El euro y la Unión Europea se hallan ahora en peligro de desintegración. Un ciclo de cumbres fracasadas y crisis de pánico ha expuesto un aparato político y económico desesperadamente mal equipado para frenar la implosión de la deuda que amenaza derrumbar todo el sistema bancario europeo. En octubre de 2009 una combinación de rescates bancarios y desequilibrios entre las economías basadas en la deuda del sur de Europa y la alemana, basada en la exportación, amenazaron a la Unión Europea con la licuefacción financiera. Desde entonces Grecia, Portugal, Irlanda, España e Italia (en orden de vulnerabilidad) se han tambaleado al borde del abismo.

Los esfuerzos durante los tres últimos años de la Unión Europea, el FMI y el Banco Central Europeo (la «troika») para resolver esa crisis han sido absolutamente estériles. No solo es inútil rescatar países muy endeudados simplemente para que puedan seguir pagando intereses a los bancos, sino que ha sido contraproducente

exigirles a cambio una durísima austeridad, que no arruina solo vidas, sino economías enteras. Los recortes impuestos por los gobiernos hacen contraerse los mercados, las empresas venden menos, se reducen los salarios y se despiden millones de trabajadores, con lo que la demanda sigue cayendo. Se pone así en marcha una espiral a la baja, mecanismo que impulsó el estancamiento de la década de 1930. Nuestros gobernantes están forjando la Segunda Gran Depresión.

Además, a medida que la economía se contrae bajo la apisonadora de la deflación impulsada por la austeridad, aumenta la carga de la deuda. Esto sucede de varias formas: en primer lugar, más deudas resultan incobrables a medida que quiebran nuevas empresas y familias; en segundo lugar, los gobiernos tienen que endeudarse más al caer sus ingresos por impuestos y aumentar los costes del bienestar; en tercer lugar, al paralizar la economía, la austeridad socava la confianza de los inversores y aumenta el coste del endeudamiento; finalmente, al contraerse la economía, el peso relativo de la carga de la deuda existente aumenta y se necesita más endeudamiento para pagar viejas deudas que no se pueden saldar. La deuda, en resumen, solo puede empeorar en una depresión. La reducción de la deuda exige crecimiento económico.

La demostración de esta verdad tan simple está a la vista. Grecia no es sino la muestra más evidente del fracaso de la troika. Los rescates permiten que sigan fluyendo los pagos a los acreedores de Grecia al mismo tiempo que la austeridad vacía su economía, haciendo necesarios nuevos rescates. A finales de 2009 la relación entre deuda y PIB en Grecia estaba alrededor de 130 por 100; después de dos años y medio de rescates y austeridad ha aumentado hasta el 190 por 100. ¿Por qué ha sucedido esto? Porque la economía griega ha sufrido un colapso inducido por la austeridad de alrededor del 20 por 100 de su PIB.

Pero Grecia no es la única. Irlanda fue golpeada duramente por el inicio de la crisis financiera en 2008, a la que se añadió una sucesión de presupuestos de austeridad, contrayéndose un 8,5 por 100 en 2009 y un 14 por 100 en 2010. Grecia e Irlanda, junto con Portugal, España e Italia, solo representan el extremo del espectro;

pero es la totalidad de Europa la que se está hundiendo más profundamente en la recesión, con un 10 por 100 como media de desempleo en todo el continente, que llega al 25 por 100 y más en Grecia y España. Millones de personas se ven condenadas a empleos mal pagados a tiempo parcial, porque no hay otra cosa (un rasgo particular de la crisis actual son los niveles enormes de subempleo oculto). El futuro para los jóvenes europeos es especialmente sombrío: en general, uno de cada cuatro de los que buscan un empleo no pueden encontrarlo, proporción que aumenta hasta uno de cada tres en Irlanda, Portugal e Italia y a uno de cada dos en Grecia y España. La cosecha del «Señor de la Guadaña» es un índice de la crisis social: la tasa de suicidios aumentó un 40 por 100 en Grecia en un solo año.

El *crash* bancario no era una catástrofe natural: era un desastre provocado por la especulación y la codicia humana en una economía de casino basada en la ideología neoliberal. La depresión en la que hemos entrado no es una catástrofe natural: es consecuencia directa de la austeridad impuesta por los gobiernos. Como explicaba el economista David Blanchflower, antiguo miembro del Comité de Política Monetaria del Banco de Inglaterra:

> La primera lección a recordar en una profunda recesión es que no se debe reducir el gasto público hasta que se vuelva a una fase de expansión. Fue Keynes quien nos enseñó eso. La consecuencia de recortar demasiado pronto el gasto es empujar a la economía a una depresión. Eso significa un desempleo rápidamente creciente, desorden social, aumento de la pobreza, caída del nivel de vida y hasta comedores de caridad.

El problema para la clase capitalista es que la estrategia keynesiana es también arriesgada. La deuda pública es una mercancía que se debe vender en los mercados financieros como cualquier otra. Si se recurre al déficit para financiar el gasto público, el riesgo de quiebra aumenta, los créditos se hacen más caros y en algún momento la «confianza» se evapora y la deuda del tesoro público se hace invendible. La quiebra del estado anunciará entonces la propia licuefacción económica y la rebelión social que

Blanchflower predice bajo el régimen de austeridad. Grecia es la encarnación más clara de ese dilema.

La elite neoliberal se ve así atrapada en las contradicciones del sistema del que depende su riqueza. La única salida de una depresión es invertir en nuevo crecimiento; ¿pero cómo se puede hacer eso con las restricciones impuestas por la propiedad privada del capital financiero?

Esto impulsa al mundo en otra dirección: hacia la barbarie del fascismo y la guerra. La democracia se ve ya atacada en toda Europa. El poder de la toma de decisiones se ha concentrado en manos de diminutas camarillas de políticos y banqueros neoliberales. Los desafíos a los programas de reestructuración de la deuda y austeridad son recibidos con aullidos de burla y predicciones de un Armagedón financiero. Los ejemplos de Grecia e Italia han mostrado que los gobiernos salidos de las urnas pueden ser sustituidos por regímenes de banqueros impuestos desde fuera cuando se considera necesario para restaurar la «confianza» del mercado.

Al mismo tiempo, mientras que las empresas compiten por el beneficio en mercados contraídos, las guerras se hacen más probables. A medida que el poderío económico estadounidense se desvanece en un mundo golpeado por la crisis y cada vez más competitivo, aumentará la tentación de utilizar su abrumador poderío militar antes de que sea demasiado tarde, antes de que se vea erosionado por el declive industrial y financiero.

La rivalidad entre Estados Unidos y China puede llevar a la mayor y más profunda fractura geopolítica del mundo. El crecimiento de China se ve impulsado por las exportaciones de bajo coste, que le permitían, según se estima, mantener reservas en divisas por valor de 2,3 billones de dólares a principios de 2009, de los que 1,7 billones estaban denominados expresamente en dólares. Esa «superabundancia de ahorro» de China se recicla para sostener la deuda estadounidense y financiar sus importaciones de artículos chinos. Ese importante desequilibrio —que refleja el desplazamiento de poder económico de una superpotencia imperialista en declive a

otra en ascenso— es muy desestabilizador; fue uno de los factores de la crisis financiera de 2008.

Al mismo tiempo, el capitalismo chino ha pasado a la ofensiva para asegurar su acceso a materias primas vitales en todo el mundo. Tal como explicaba el *New York Times*, «lo que está en juego tiene que ver en gran medida con la voluntad china de asegurarse recursos naturales como el petróleo para los próximos años». En una depresión, eso se puede convertir en la yesca de una guerra imperialista por una nueva división del mundo.

Para poner fin a la recesión es necesario cancelar la deuda, expropiar los bancos, aumentar los impuestos a los ricos e invertir en empleos, servicios y una transición verde. Para ello es necesario desmantelar el dominio del capital financiero y poner la economía bajo un control democrático. Como en la década de 1930 —cuando había que optar entre socialismo o barbarie— la política será decisiva.

CONCLUSIÓN

PREPARANDO EL FUTURO

La riqueza del mundo

Durante los últimos 5.000 años, desde que la revolución agrícola posibilitó por primera vez una acumulación sustancial de riqueza excedente, la humanidad ha ido evolucionando de forma desigual e incierta hacia la abolición de sus carencias, impulsada por los tres motores de la historia —el progreso tecnológico, la rivalidad entre facciones de la clase dominante y la lucha de clases—; esa evolución ha sido desigual e incierta porque el funcionamiento de esos mecanismos, especialmente combinados, es muy complejo.

Durante los últimos 250 años, desde el comienzo de la revolución industrial, la velocidad del cambio se ha acelerado notablemente. El sistema dinámico de acumulación competitiva de capital ha creado una economía global en la que la innovación es rápida e incesante. El ingenio y esfuerzo de la humanidad nos han traído al borde de la abundancia material para todos.

Pero el potencial inherente al desarrollo económico sigue sin materializarse, y se mantienen, en cambio, la explotación y la pobreza, el imperialismo y la guerra, el hambre y las enfermedades. Mientras escribo, las miserables ayudas para los incapacitados pobres en Gran Bretaña les están siendo retiradas para que los banqueros rescatados puedan seguir concediéndose a sí mismos primas por valor de millones de libras. Al mismo tiempo en Grecia el salario medio se ha reducido en un tercio para mantener los pagos a los especuladores milmillonarios domiciliados en paraísos fiscales. Más lejos, en África oriental, niños con la tripa hinchada se desgañitan de hambre porque los granjeros del medio oeste estadounidense cultivan soja como combustible para quemar en lugar de grano para comer; y en Asia central otros niños saltan hechos pedazos por bombas lanzadas por aviones no tripulados porque al otro extremo del mundo el Pentágono considera que su aldea constituye una amenaza terrorista.

Hemos creado recursos sin precedentes de conocimientos y riqueza, fruto de cinco milenios de trabajo humano colectivo, pero que permanecen cautivos de la codicia y violencia de una minúscula minoría que no realiza ningún trabajo productivo. Uno de los

propósitos de este libro era explicar por qué son así las cosas; otro era mostrar que podrían ser diferentes. Un argumento central es el hecho muy simple de que los seres humanos hacen su propia historia, pero no la hacen en circunstancias creadas por ellos mismos. Sus acciones se encuadran en el marco de las estructuras económicas, sociales y políticas de su época, y sometidos a esas restricciones —y de hecho debido a ellas—, los seres humanos afrontan diversas opciones. A veces prefieren no actuar sino resignarse, con lo que siguen siendo víctimas de la historia, sometidos a las decisiones de otros, sus gobernantes, árbitros autoelegidos del destino humano. Otras veces, quizá demasiado raramente, prefieren organizarse y combatir. Cuando son muchos los que toman esa decisión, se convierten en un movimiento de masas y en una fuerza histórica que sacude todo el planeta.

Hemos llegado a una coyuntura en la que hay que tomar decisiones trascendentales. O bien nos sometemos a la austeridad y la pobreza, a la injusticia social obscena y creciente, y muy posiblemente a una zambullida en las tinieblas del fascismo y la guerra, o decidimos que esta última crisis del capitalismo debe ser realmente la última, y que debemos derribar el dominio de los banqueros y los señores de la guerra y crear una nueva sociedad basada en la democracia, la igualdad y la producción para satisfacer las necesidades humanas y no para el lucro de unos pocos.

Para cambiar el mundo tenemos que entenderlo. Para matar a la bestia, hay que conocer su naturaleza. El capitalismo actual difiere del sistema analizado por Marx a mediados del siglo XIX o por Lenin a principios del siglo XX, pero también es el mismo. Siendo el sistema económico y social más dinámico de la historia, crece y se transforma, llegando hasta los rincones más distantes del globo, absorbiendo cada vez más materia prima humana, pisoteando cuanto encuentra a su paso o se cruza en el camino de su incesante expansión; pero sigue siendo lo que siempre ha sido: un sistema de acumulación competitiva de capital, de riqueza que genera incesantemente riqueza como fin en sí misma, sin otra finalidad ni objetivo. El corazón negro de la bestia es siempre el mismo: la búsqueda de beneficio.

En la historia de su desarrollo, el sistema capitalista ha pasado por cinco fases distintas. En cada caso, la transición de una fase a la siguiente se ha visto acompañada por agudas crisis económicas sociales y políticas, y el nuevo modo de funcionamiento del sistema se ha ensayado primero en un ámbito restringido de la economía global para extenderse luego al resto mediante la presión de la competencia. Cada transición ha preservado además, de forma reconfigurada, las principales características de la fase anterior. El desarrollo capitalista ha sido a la vez acumulativo y transformador; se puede resumir como sigue:

Capitalismo mercantil, c. 1450-1800

La mayor parte de la riqueza seguía siendo producida por clases precapitalistas, pero los mercaderes capitalistas acumulaban riqueza actuando como intermediarios, ya fuera en los mercados nacionales, en el comercio con ultramar o mediante el sistema de trabajo a domicilio, con el que organizaban y luego comercializaban la producción de artesanos independientes.

Las grandes revoluciones burguesas —la neerlandesa, la inglesa, la americana y la francesa— fueron impulsadas por las nuevas fuerzas sociales aparecidas durante ese periodo, como

también lo fueron las sucesivas guerras imperiales entre Gran Bretaña y Francia durante «el largo siglo XVIII» (1688-1815).

Capitalismo industrial, c. 1800-1875

Los capitalistas industriales crearon fábricas para la producción en masa aprovechando la máquina de vapor y otras para el ahorro de trabajo, lo que permitió la creación de una gran cantidad de empresas de pequeño o medio tamaño que competían en los mercados nacionales y coloniales.

La revolución industrial que dio lugar al sistema fabril tuvo lugar primeramente en Gran Bretaña. Suscitó luchas de clase feroces, primero cuando los artesanos independientes se resistían a su empobrecimiento, y luego cuando el nuevo proletariado fabril comenzó a organizarse.

La industrialización también creó el contexto para una segunda fase de revoluciones burguesas —el *Risorgimento* italiano, la guerra civil estadounidense, la restauración Meiji o la unificación alemana— cuando la presión competitiva obligó a la creación de los estados modernos y los mercados nacionales unificados.

Capitalismo imperial, c. 1875-1935

La larga depresión de 1873-96 dio lugar a una economía dominada por grandes empresas monopolistas organizadas en cárteles, financiadas por los bancos y que se expandían mediante los contratos con el estado, las ventas internacionales y la exportación de capital a las colonias y dominios de ultramar.

Se desarrollaron rápidamente nuevos centros de acumulación de capital. La producción alemana y estadounidense superó a la británica. Las tensiones imperialistas, especialmente entre Alemania y Gran Bretaña, estallaron en la Primera Guerra Mundial, la primera guerra industrializada moderna.

Durante ese periodo nacieron nuevos movimientos obreros —sindicatos y partidos socialistas— como producto de la rápida industrialización, que se convirtieron en la base organizativa para sucesivas oleadas de lucha de clases, en particular entre 1917 y 1923.

Capitalismo gestionado por el estado, c. 1935-1975

En la Unión Soviética, tras la derrota de la revolución, nació un nuevo modelo de desarrollo capitalista. La Unión Soviética estaba aislada, empobrecida y rodeada por enemigos, por lo que necesitaba industrializarse y militarizarse rápidamente; pero la debilidad del capitalismo privado incitó al propio estado a convertirse en una única empresa capitalista gigante.

Este modelo se reprodujo más tarde, en todo o en parte, en el mundo entero. Hubo tres factores decisivos: los imperativos de la permanente carrera armamentística durante la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría; la presión de una clase obrera radicalizada y combativa por el pleno empleo y las reformas del bienestar a partir de 1945; y el deseo de un rápido desarrollo económico en los países recién independizados del Tercer Mundo durante las décadas de 1950 y 1960.

El capitalismo gestionado por el estado fue la base del gran *boom* de 1948-73; pero el mundo estaba dividido en dos bloques armados con bombas nucleares y desgarrado por una sucesión de guerras coloniales y por delegación en el Tercer Mundo. Este era el contexto en el que tuvo lugar la descolonización formal y se crearon nuevos estados-nación independientes en África y Asia.

Pero la mayoría de la humanidad seguía viviendo en la pobreza, y el *boom* era insostenible porque se balanceaba sobre el extremo de los misiles nucleares

Capitalismo neoliberal, desde c. 1975

El capitalismo gestionado por el estado entró en crisis en la década de 1970. Durante aquella década comenzó a ganar apoyo entre los políticos y gobernantes un modelo neoliberal alternativo, especialmente en Gran Bretaña y Estados Unidos, donde se convirtió en cimiento de la política gubernamental de Margaret Thatcher y Ronald Reagan durante la década de 1980. Hacia el final de la década, especialmente a raíz de las revoluciones antiestalinistas de 1989 en Europa oriental, se reprodujo en todo el mundo.

Su objetivo esencial consistía en lograr una redistribución de la riqueza desde los salarios hacia el beneficio, desde el trabajo hacia el capital, de los trabajadores a los ricos, lo que se consiguió por diversas vías. La internacionalización del capital, programas de mercantilización y privatización, nuevas formas de apropiación del excedente y aumento del empleo precario se han combinado para posibilitar ese cambio. Definamos con un poco más de detalle las principales características del sistema:

Internacionalización: la centralización y concentración del capital se ha desarrollado hasta tal punto que la forma prevaleciente de empresa ha desbordado los límites nacionales y funciona ahora como corporación multinacional (o desnacionalizada) en un mercado mundial. Las finanzas, la inversión y el comercio, que en el pasado estaban ancladas más firmemente en los distintos estados-nación, se han globalizado, lo que ha intensificado la contradicción entre el capital internacional y el estado-nación. También ha intensificado los conflictos entre estados, a medida que se agrietaban los antiguos bloques autosuficientes, los alineamientos se disolvían y las viejas potencias declinaban mientras que surgían otras nuevas. Debido a esto, la creciente anarquía del mercado global coexiste con la creciente violencia de los estados imperiales.

Mercantilización y privatización: el papel económico directo del estado se ha reducido. Se han privatizado los sectores antes nacionalizados. La capacidad del estado para regular el capital privado se ha visto socavada por la globalización de las finanzas, la inversión y el comercio; el estado ha pasado en gran medida de ser gestor del capital a convertirse en su cliente, compitiendo por sus favores con otros estados. Esto ha contribuido a un vaciamiento de los regímenes parlamentarios, una erosión de las opciones alternativas democráticas y el desarrollo de formas políticas tecnocráticas y gerenciales. También ha reforzado la importancia de instituciones interestatales como la Unión Europea, el Banco Central Europeo y el Fondo Monetario Internacional, que asumen cada vez más las funciones de superestados capitalistas.

Financiarización: el capital financiero (o bancario) se ha ido desvinculando cada vez más del capital industrial y estatal, y ahora opera como un mecanismo cada vez más importante para la acumulación independiente (y parásita) de excedente. El ascenso del capital financiero está vinculado con la creciente explotación de los trabajadores en sus papeles como consumidores y contribuyentes. A las formas tradicionales de apropiación del excedente mediante la explotación en el lugar de producción se les ha añadido una expansión relativa de la apropiación del excedente en el punto de consumo. Funcionan así tres mecanismos de apropiación: los precios de monopolio, mediante los cuales las grandes empresas fijan por encima de su valor real el precio de las mercancías compradas por los trabajadores; el interés, con el que los bancos y otras instituciones financieras extraen beneficios del endeudamiento de la clase obrera; y los impuestos estatales, que se reciclan como pagos, subvenciones y rescates a los negocios privados.

Precariedad: el «ejército industrial de reserva» —la masa de los desempleados, subempleados y «precariamente» empleados— se ha ampliado si la comparamos con el periodo 1948-73. En las economías metropolitanas eso se ha conseguido, por un lado, mediante la mercantilización, privatización y fragmentación de las grandes masas obreras organizadas, y por otro mediante el desmantelamiento sistemático de las redes de seguridad y de bienestar características del capitalismo gestionado por el estado. Globalmente se ha conseguido mediante la internacionalización del capital, el crecimiento de nuevos centros de acumulación de capital y las mayores oportunidades para los capitalistas de deslocalizar la producción reubicándola en economías con bajos salarios. El enfrentamiento de unos grupos de trabajadores contra otros en una «carrera hacia el abismo» global ha cobrado así cada vez más importancia en el funcionamiento del sistema.

El estado represivo: la gestión económica y las funciones de bienestar del estado han declinado, mientras aumentaba su papel como mercado para el capital y como conducto para la transferencia del excedente desde los trabajadores hacia los capitalistas. Las crecientes desigualdades sociales, la erosión de la democracia y la imposición de programas de austeridad extrema han reforzado el papel del estado en la vigilancia y control de la clase obrera. El consenso sigue siendo la base del dominio capitalista, pero la correlación de fuerzas se ha desplazado hacia la mayor coerción. Esto es igualmente cierto en lo que se refiere a las relaciones entre estados, ahora definidas en gran medida en relación con la «guerra contra el terror», la forma ideológica del nuevo imperialismo en la que se conjura un enemigo fantasma para justificar altos niveles de gasto en armamento y agresiones militares.

Este sistema —el capitalismo neoliberal— afronta ahora una crisis sistémica y existencial, que tiene dimensiones económicas, imperiales, sociales y ecológicas.

Llevamos ya cinco años sumergidos en una segunda Gran Depresión, y parece ser la más profunda y más difícil de resolver de la historia del capitalismo.

La potencia imperial hegemónica en declive, pese a su enorme inversión militar, se ha demostrado incapaz de imponer su voluntad en Iraq y Afganistán, incapaz de impedir una oleada revolucionaria en Oriente Medio e incapaz de responder al desafío planteado por el surgimiento de nuevas superpotencias económicas como China.

El *crash* de 2008 y los programas de rescates y austeridad desarrollados desde entonces han provocado huelgas generales, manifestaciones de masas y batallas callejeras en los centros de las principales ciudades europeas mientras la sociedad se veía hecha jirones.

Al mismo tiempo, prosigue la cuenta atrás del calentamiento global y una catástrofe climática que podría destruir la civilización industrial.

La alienación humana nunca ha sido mayor. Por un lado, el trabajo colectivo humano ha creado fuerzas productivas con un potencial sin precedentes para abolir las carencias. Por otro, esas mismas fuerzas, operando fuera de nuestro control, se han transformado en monstruosas amenazas para nuestra salud, nuestro bienestar y hasta nuestra supervivencia.

¿Qué habría que hacer?

La elite global no puede seguir gobernando el mundo al viejo estilo; pero la única alternativa viable a la pobreza, la guerra y el calentamiento global consiste en desmantelar todo el sistema sobre el que se basa su riqueza y poder, ya que no es ella la que puede hacerlo. La clase dominante solo puede resolver la crisis cayendo en la barbarie. Su papel como señores del capitalismo neoliberal los convierte en una clase social parasitaria sin función histórica.

El progreso humano depende ahora del derrocamiento de la clase dominante neoliberal, la apropiación del poder estatal por los trabajadores y la reorganización de la vida económica y social bajo control democrático. La principal lección del siglo XX es que para que eso suceda debe hacerse globalmente, a escala mundial. La lección de los últimos treinta años es que «el socialismo en un solo país» es una ilusión más fantástica que nunca; ¿pero es realmente posible la revolución mundial en el siglo XXI?

Las revoluciones suelen presentarse por sorpresa, son muy contagiosas y contienen mecanismos de cambio inmensamente poderosos. La Revolución francesa de 1789 estalló cuando el pueblo de París se armó, tomó las calles y evitó un golpe militar realista. Después de aquello, entre 1789 y 1794, las masas intervinieron repetidamente en el proceso político para impulsar la revolución hacia adelante contra la resistencia de moderados tibios, contrarrevolucionarios y ejércitos invasores extranjeros.

El movimiento revolucionario remitió después de 1815, pero volvió a irrumpir en escena, primero en 1830 en Francia, y luego en 1848 como una marea de insurrecciones en París, Berlín, Viena, Budapest, Roma y otras ciudades europeas. Aunque los revolucionarios fueron derrotados, el impulso que dieron a la reforma era imparable. Los gobernantes europeos sabían que tenían que gestionar el cambio desde arriba o arriesgarse a nuevas explosiones desde abajo. Francia se convirtió en una república, Italia se unificó y Alemania se convirtió en un estado-nación moderno.

En febrero de 1917 la autocracia policial del zar ruso fue derrocada por una insurrección de la clase obrera. En octubre de 1917, bajo la dirección del partido bolchevique, la clase obrera rusa se hizo con el poder. Las fábricas eran gestionadas por consejos obreros, la tierra se repartió entre los campesinos y Rusia se retiró de la Primera Guerra Mundial. Durante unos pocos años, hasta que la revolución fue destruida por el colapso económico, la guerra civil y la invasión extranjera, Rusia fue el país más democrático del mundo. La revolución bolchevique inició una reacción en cadena de revoluciones desde Alemania hasta China. La movilización revolucionaria en Alemania y Austria-Hungría puso fin a la Primera Guerra Mundial. El movimiento revolucionario en su conjunto, entre 1917 y 1923, estuvo a punto de desmantelar todo el sistema capitalista mundial.

Ese sistema ha seguido preñado de revolución desde entonces. En 1936 la movilización revolucionaria en España bloqueó un golpe militar respaldado por los gobiernos fascistas europeos. En 1956 la revolución húngara suscitó una invasión soviética. En 1968 diez millones de trabajadores realizaron una huelga general en Francia, cientos de miles de ellos ocuparon sus fábricas y los estudiantes y trabajadores jóvenes se enfrentaron en batallas callejeras a la policía antidisturbios en el centro de París.

En 1979 la revolución derribó una dictadura cruel y muy bien armada y respaldada por Estados Unidos en Irán. En 1989 una oleada de revoluciones en Europa oriental derribó a los dictadores estalinistas pese a sus redes de confidentes, policía secreta y prisiones políticas. El 11 de febrero de 2011, después de 18 días de manifestaciones masivas, la dictadura militar del presidente egipcio Hosni Mubarak, que llevaba 30 años en el poder, se vino abajo en la victoria más espectacular hasta el momento en un proceso revolucionario que todavía sigue en marcha en Oriente Medio.

Antes de todas esas revoluciones, los opositores contemplaban los regímenes a los que se enfrentaban desesperados ante su poderío militar, su control policial monolítico de la sociedad y la aparente apatía de las masas populares.Y en cada ocasión la arrogancia de la clase dominante seguía aparentemente inalterable

hasta el momento mismo de la insurrección. Pero lo que Marx llamaba «el viejo topo» de la historia adora las sorpresas.

En 1924 el teórico marxista húngaro Georg Lukács, reflexionando sobre la gran época de guerra y revolución que acababa de concluir, escribía sobre «la actualidad de la revolución». Vale la pena recordar, en el contexto de su propia época de crisis, lo que Lukács tenía en mente. Tal como explicaba:

> En el materialismo histórico figura pues, como condición previa -ya en la teoría-, la actualidad histórico-universal de la revolución proletaria. En este sentido, como fundamento objetivo de toda la época y como clave para su entendimiento, constituye el núcleo de la doctrina marxista. [...] La actualidad de la revolución determina el tono fundamental de toda una época [...] Como actualidad de la revolución hay, pues, que entender: el estudio de todos y cada uno de los problemas particulares del momento en su concreta relación con la totalidad histórico-social; su consideración como momentos de la liberación del proletariado.

Para Lukács, la revolución internacional de la clase obrera era una posibilidad vital y siempre presente con la que había que contrastar toda acción política. No era inevitable, podría no haber sucedido jamás, podría estar todavía muy lejana. Pero lo que importa es que el viejo orden contenía en su seno la posibilidad siempre presente de la revolución y que esta era la única solución concebible para el creciente sufrimiento humano.

La derrota final de la oleada revolucionaria de 1917-23 no desmiente la validez esencial de las afirmaciones de Lukács, sino que por el contrario la confirma, ya que la alternativa fue la barbarie de Stalingrado, Auschwitz y Hiroshima.

¿Apocalipsis de quién y para quién?

Un mito bíblico asegura que el fin del mundo será anunciado por la aparición de los cuatro jinetes del apocalipsis, que representan la peste, la guerra, el hambre y la muerte.

La perspectiva que se presenta actualmente ante la humanidad puede parecer verdaderamente apocalíptica. El capitalismo neoliberal ha desarrollado las fuerzas productivas de la economía global hasta un nivel desconocido; pero esas fuerzas no están sometidas al control democrático y la planificación racional: se ven impulsadas por los imperativos económicos y militares de la acumulación competitiva de capital. En consecuencia, pese a su potencial para emancipar a toda la humanidad de las necesidades materiales, amenazan con lo contrario: destruir la propia civilización industrial.

La ignorancia, la codicia y la irresponsabilidad de nuestros gobernantes frente a esta crisis están insertas en la irracionalidad del sistema. La catástrofe climática, la depresión económica y la guerra imperialista tienen sus raíces en la locura del mercado: la ciega competencia económica y militar que impulsa a los estados-nación y las megacorporaciones del capitalismo neoliberal. El sistema es profundamente patológico y destructivo. Nos ha llevado a lo que es quizá la crisis más grave de la historia humana.

A veces se contraponía otro mito bíblico al de los cuatro jinetes del apocalipsis, el del jubileo como gran fiesta popular, acompañada por la cancelación de las deudas, la supresión de los impuestos y la liberación de los esclavos y los siervos. La tierra sería devuelta a la gente que la trabajaba y comenzaría una nueva edad dorada de libertad y plenitud.

Para convertir el apocalipsis en jubileo a principios del siglo XXI, se requieren tres cosas:

1. Tenemos que entender la necesidad de un cambio total del sistema. Solo vinculando las diversas campañas, protestas y luchas en un asalto general al sistema que está en la raíz de los problemas de la humanidad podemos esperar resolverlos.

2. Tenemos que entender la centralidad de la clase obrera para cualquier estrategia seria de cambio del sistema. Solo movilizando a la mayoría de los trabajadores ordinarios se podrá reunir poder suficiente para afrontar y derrotar al capital empresarial y a los estados-nación.
3. Los revolucionarios deben organizarse en redes de activistas capaces de dirigir y organizar la resistencia de masas desde abajo, avivando la cólera contra la austeridad hasta convertirla en una marea imparable de luchas de clase que acabe dando lugar a un nuevo movimiento revolucionario a escala mundial, comparable, pero mayor, a los de 1789, 1848, 1917, 1968 y 1989.

Un mundo distinto se ha convertido en una necesidad histórica absoluta. Otro mundo es posible. La revolución está, en ese sentido, de «actualidad», aunque no sea algo seguro. Hay que combatir por ella. Su realización depende de lo que todos hagamos. Los envites históricos nunca han sido más altos.

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes

Esta advertencia bibliográfica y la bibliografía que sigue constituyen una alternativa a las notas a pie de página. En una obra de teoría y síntesis radical, como está obligada a ser cualquier historia del mundo, las notas académicas convencionales se convierten en un estorbo incómodo. ¿Qué referencias hay que dar? ¿Las de hechos bien conocidos, o solo las de los poco conocidos? ¿Todas las ideas, o solo las más controvertidas? ¿Todas las fuentes consultadas, o solo las principales? Es mucho más fácil, y espero que más útil para el lector, el método adoptado aquí de ofrecer unas notas bibliográficas y una lista de fuentes. En las primeras señalo los debates historiográficos, sus fuentes más importantes y mi posición al respecto. La segunda aparece como una bibliografía convencional (las fechas suelen ser las de las ediciones que he consultado), pero con alguna información adicional. Ofrezco entre paréntesis los capítulos para los que las fuentes son particularmente relevantes, por ejemplo (1-3), un asterisco (*) para indicar los estudios más interesantes, tanto marxistas como no marxistas, dos (**) para los de importancia excepcional, habitualmente obras fundamentales de la historiografía marxista, e iconos sonrientes (☺) para obras notables por su elegancia y accesibilidad.

Ni las notas ni la bibliografía pretenden ser de autoridad incuestionable. Unas y otras son irregulares y reflejan, como explico en la introducción, mi formación, experiencia y lecturas. Conozco la historiografía de ciertos periodos y lugares mucho mejor que la de otros. Las fuentes citadas son simplemente las que conozco, he utilizado, y puedo por tanto recomendar. Una de las características de la bibliografía es que alertará a los especialistas sobre los huecos en mi conocimiento y les permitirá evaluar la fiabilidad de mis juicios sobre la base de lo que indico haber leído. En cualquier caso, las notas y la bibliografía pueden encaminar al lector hacia nuevas lecturas útiles.

Notas bibliográficas

El marxismo ha conformado la obra de varias generaciones de historiadores. Mucho de lo que sigue está naturalmente en deuda con esos precursores y los lectores los encontrarán reconocidos en la bibliografía. Dicho esto, los marxistas suelen discrepar entre sí, y yo ciertamente discrepo de muchas de las interpretaciones de otros marxistas y de otros que reclaman para sí esa calificación, quizá cuestionablemente. Debido a lo cual me veo obligado a decir algo sobre el lugar en que me sitúo en el espectro marxista.

La propia obra de Marx se puede leer de diferentes modos. ¿Hasta qué punto es restrictiva una estructura social? ¿En qué medida se ven los seres humanos socializados y manipulados por el orden social? O para darle la vuelta a la pregunta, ¿qué capacidad tenemos los humanos —la voluntad y acción colectiva del pueblo socialmente organizado— para cambiar el curso de los acontecimientos? ¿En qué medida está la historia determinada por la estructura? ¿O es contingente, abierta y configurada por lo que hacemos?

Desde finales del siglo XIX hasta mediados del XX prevalecieron en el marxismo enfoques deterministas, en conformidad con las agendas de los políticos reformistas y los burócratas estalinistas, no muy dispuestos ni unos ni otros a alentar la actividad autónoma de la clase obrera, aunque hubiera excepciones sobresalientes como Lenin, Trotski, Luxemburg, Gramsci y Lukács. Quienes trataban de promover la revolución insistían siempre en el poder de los agentes: para ellos, la propia esencia del marxismo era la conciencia, organización y actividad de la clase obrera.

La historiografía no dio un viraje notable hasta después de la Segunda Guerra Mundial, cuando una nueva generación de historiadores marxistas, principalmente británicos y franceses y muchos de ellos (al menos en un primer momento) miembros de sus respectivos partidos comunistas, elaboraron un conjunto de obras empíricas y teóricas que equivalía a un rechazo decisivo de las interpretaciones deterministas del marxismo. Su principal centro de interés eran las circunstancias materiales, mundos pensados y acciones colectivas de los hombres y mujeres ordinarios. Su objetivo era escribir «la historia desde abajo», aunque no en el sentido anodino de una mera descripción como se suele hacer hoy, sino en el sentido dinámico de revelar que los agentes impulsores de la historia son hombres y mujeres corrientes.

La formación de la clase obrera en Inglaterra, de Edward P. Thompson, es un estudio clásico de ese tipo, en el que el proletariado embrionario deja de ser una víctima sumergida e invisible para convertirse en una clase de hombres y mujeres reales que crean su propia identidad, cultura e historia. Rodney Hilton analizó de un modo muy parecido el campesinado medieval, Christopher Hill el «tipo medio» de la Revolución inglesa, y Albert Soboul los *sans-culottes* parisienses de la francesa. Ahí se halla, en mi opinión, la auténtica tradición marxista, que es la misma que inspira la que quizá sea la mayor obra histórica marxista nunca escrita, la *Historia de la Revolución rusa* de León Trotski. Trotski, organizador de la insurrección de Octubre en 1917 y comandante en jefe del Ejército Rojo durante la guerra civil, fue la encarnación suprema de la unidad entre teoría y práctica, lo que le permitió más tarde escribir una obra maestra sobre grandes acontecimientos que él mismo había protagonizado destacadamente, que yo recomendaría por encima de cualquier otro texto a quienes deseen leer historia marxista.

Entrando ahora al detalle, debo mencionar algunos textos generales de los que he hecho un amplio uso. La *Historia del mundo* de John Morris Roberts es una narración

voluminosa de ambición enciclopédica y en esa medida muy útil y relativamente poco cargada, creo que puedo decir, de lastre teórico. Muy diferente, y para nuestro propósito mucho más importante, es la *People's History of the World* (1999, 2008) de Chris Harman, una sobresaliente obra de historiografía marxista que alcanza un nivel muy alto de erudición e interpretación, aunque quepa apreciar en ella cierta tendencia al determinismo y la teleología (la idea de que los acontecimientos tienden hacia determinada meta) económica e incluso tecnológica; al leerla uno tiene la sensación de ir atravesando una sucesión de etapas inevitables, cada una más rica y desarrollada que la anterior, en una especie de progreso humano inexorable. Creo que esa visión es equivocada y que la historia es algo abierto, contingente y configurado por la acción humana; y aunque de ciertos pasajes de Marx se puedan deducir planteamientos un tanto deterministas, la esencia de su método implica lo contrario. Un estudio de valor particular a ese respecto es *Algebra of Revolution* (1998) de John Rees, y otra, muy diferente, *A History of Warfare* (1994) de John Keegan, una obra de profunda originalidad y perspicacia que nos obliga a reconocer que los historiadores de derechas pueden ocasionalmente escribir libros mejores que muchos marxistas «académicos» (expresión, dicho sea de paso, que considero un oxímoron).

La evolución del género *Homo* y sus especies ha sido tema de muchos trabajos durante los últimos veinte años, y entre los mejores resúmenes del pensamiento actual cabe destacar los de Chris Stringer y sus colegas (1993, 1996, 2006). Para la prehistoria posterior, hay una buena colección de ensayos sintéticos referidos a Europa recopilados por Barry Cunliffe (1994, en cast. 1998), y dos excelentes estudios escritos por él mismo, uno sobre la ribera atlántica (2001), y el otro sobre el ámbito mediterráneo (2008). Pero el marco marxista esencial sigue siendo el ofrecido por Vere Gordon Childe en *Qué sucedió en la historia* (1942, en cast. 2002), una obra arqueológica fundamental que cubre la totalidad del desarrollo social humano desde los primeros representantes del género hasta la caída del Imperio Romano, escrita por un brillante investigador estrechamente relacionado con el grupo de historiadores del Partido Comunista británico. La obra de Childe debería leerse junto con *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado* (1884) de Engels, que pese a las incesantes arremetidas académicas y polémicas sigue siendo fundamental para entender la prehistoria.

La obra de Childe sobre la serie de «revoluciones» socioeconómicas sucedidas en la prehistoria sigue siendo convincente y su presentación de los orígenes de la sociedad de clases parece incuestionable. Sin embargo, su marxismo me parece infectado por la teoría de las etapas a la que me he referido poco antes en relación con Harman, y lo mismo cabe decir de *La lucha de clases en el mundo griego antiguo* (1981, en cast. 1988) de Geoffrey de Ste Croix, que aun siendo esencial debe leerse críticamente, en particular por su esfuerzo tendencioso en redefinir a los siervos de finales del Imperio Romano como esclavos a fin de salvar el concepto —procedente de Marx y Engels— de un «modo de producción esclavista», que a mi entender es desesperadamente defectuoso, tanto empírica como teóricamente, y carece de valor analítico; forma parte del aparato interpretativo criticado antes como económicamente determinista y teleológico.

Si hubo realmente en Europa un modo de producción dominante durante los dos milenios transcurridos desde el año 500 a. e. c. hasta el 1500 de la e. c., fue el de la agricultura aldeana basada tecnológicamente en la utilización de utensilios de hierro. Durante ese largo periodo, las clases dominantes y los estados se organizaban y se apropiaban del sobreproducto excedente de formas muy distintas. La diferencia entre, por ejemplo, la clase dominante burocrática de un estado imperial centralizado que recaudaba

tributos en dinero (como el Imperio Romano) y la exacción feudal de los señores de la guerra germánicos que exigían una renta en leña y alimentos (como la Inglaterra anglosajona) es considerable; pero en ambos casos la base económica consiste en el trabajo de la tierra por campesinos obligados a entregar una parte de su excedente, sin que resulte tan relevante si se trata de esclavos, siervos, arrendatarios o campesinos libres, ni tampoco si la apropiación tiene lugar en forma de tributo, renta, diezmo, interés, trabajo asalariado o trabajo forzado.

Siendo así las cosas, tenemos que dedicar cierta atención a lo que algunos marxistas, junto con Fernand Braudel y la escuela francesa de los *Annales* tienden a minimizar (por ej. en *Las civilizaciones actuales*, 1993, en cast. 1966) como «espuma» de la historia: los acontecimientos. La idea de que las guerras y revoluciones son de importancia secundaria comparadas con la tecnología, la producción y los flujos del comercio es falsa: hay que entender todos esos fenómenos como parte de un orden social y proceso histórico común. La «superestructura» política no es simplemente un reflejo de la «base» económica, ni hay una pirámide de importancia que tenga en la cúspide su cultura de celebridades, el sistema de enseñanza a media altura y la tecnología industrial en la base.

La clave para el análisis histórico consiste en identificar la dinámica esencial de cada proceso social, que en las sociedades de clase precapitalistas tenía muy poco que ver con el «modo de producción». A cualquier efecto práctico, la técnica y la productividad eran invariables; la cuestión era cómo se distribuía el sobreproducto excedente, cuyo volumen tenía un tamaño más o menos constante. La forma más eficaz de aumentar la proporción de un grupo era mediante la fuerza militar, por lo que el mundo estaba dividido entre clases dominantes rivales dedicadas a la acumulación competitiva de recursos militares. La dinámica del Imperio Romano, por ejemplo, se puede definir como «imperialismo militar antiguo», o dicho más crudamente, como robo con violencia. Dentro del imperio funcionaba una economía dual: la producción de subsistencia de los campesinos proseguía tal como había sido durante siglos, si no milenios; pero se le sobreponía un sistema de saqueo militar y consumo de elite, que suponía una apropiación voluminosa (y creciente) de excedente por parte de la clase dominante.

El tipo de relaciones sociales entre los terratenientes y los productores agrícolas variaba según el momento y lugar, pero el carácter esencial del sistema no se veía afectado. Creo que mi libro sobre el Imperio Romano (*Rome: Empire of the eagles*, 2008), un intento de articular una narración histórica sobre la base de la teoría del «imperialismo militar antiguo» más que de un «modo de producción esclavista», demuestra tanto la capacidad explicativa del primero como la redundancia del segundo; y también que ese enfoque se puede aplicar igualmente a otras sociedades de clase precapitalistas.

El feudalismo ha sido objeto de un intenso y prolongado debate en la historiografía marxista, pero en este libro no se le dedica tanta atención ya que, por las razones ya explicadas, rechazo la idea de que se tratara de un modo de producción nuevo y más elevado, por lo que prefiero definiciones que dependen, no de las relaciones sociales entre explotadores y explotados, sino del modo en que la clase dominante se organizaba a sí misma, pasando por alto, en buena medida, la base socioeconómica del sistema. Por esta razón creo de gran valor el texto de Marc Bloch *La sociedad feudal* (1965, en cast. 2010). Por otro lado, no me resulta difícil integrar en la transición de la antigüedad al feudalismo la distinción vital de Chris Wickham (en *Una historia nueva de la Alta Edad Media. Europa y el mundo mediterráneo, 400-800*, 2005 y en cast. 2009) entre elites basadas en el impuesto dinerario o basadas en la propiedad de la tierra.

En cuanto a la segunda parte de la historia —el surgimiento del capitalismo desde el seno de la sociedad feudal—, mis deudas principales son las contraídas con Maurice Dobb (*Estudios en el desarrollo del capitalismo*, 1946, en cast. 1971), Rodney Hilton (1973, 1978, 1983), Robert Brenner (e.g. los artículos reproducidos en T. H. Aston y C. H. E. Philpin eds., *El debate Brenner*, 1985 y en cast. 1988), y Chris Dyer (2003, 2005). Rechazo en cambio los argumentos de Pirenne, Sweezy, Wallerstein, Hodges y otros que atribuyen al intercambio, el comercio y el beneficio mercantil papeles primordiales en los procesos de trasformación económica. La producción es decisiva. Por eso, cualquier análisis de la transición del feudalismo al capitalismo tiene que centrarse en las granjas, los talleres y las relaciones sociales que enmarcaban su funcionamiento.

La esencia revolucionaria de la Reforma protestante está adecuadamente presentada en una obra temprana y poco leída de F. Engels, *La guerra de los campesinos en Alemania* (1850). El mejor libro en inglés sobre la Revolución neerlandesa sigue siendo el de Geoffrey Parker *The Dutch Revolt* (1985, trad al cast. como *España y la rebelión de Flandes*, 1989). La literatura sobre la Revolución inglesa es muy vasta, pero gran parte de la producción reciente es basura revisionista, por lo que los lectores deben recurrir a los sólidos estudios marxistas de Christopher Hill (1961, 1972, 1975, 1986) y de su discípulo Brian Manning (1978, 1992, 1999, 2003). Creo que *English Revolution and English People* de Manning es una obra maestra del análisis marxista.

Debo decir que, en relación con las revoluciones burguesas, tiendo a subrayar el efecto de la actividad popular en el impulso del proceso. Conviene distinguir entre el radicalismo de las aspiraciones burguesas, o al menos de sus sectores más avanzados, y su comportamiento durante una crisis, que tiende a ser acongojado y timorato debido a su temor instintivo, como clase propietaria, al «desorden» y la «anarquía». Cromwell, Washington, Robespierre y Lincoln fueron auténticos revolucionarios, pero su voluntad de cambiar al mundo no era tan firme en cuanto a los métodos a emplear. En todos los casos fueron necesarias fuerzas populares masivas, tanto para impulsar hacia adelante a la burguesía radical como para derrotar los intentos contrarrevolucionarios.

La importancia de la contribución de Manning reside en el relieve que concede al papel esencial de la gente corriente en los acontecimientos de la década de 1640. Lo mismo se puede decir de *American Revolution* (1987) de Edward Countryman, *Los sans-culottes* (1958, en cast. 1987) de Albert Soboul, o *La multitud en la historia* (1964, en cast. 2009) de George Rudé. Lo que comparten esos y muchos otros buenos estudios marxistas del periodo es su decidido empeño en revelar, describir y fundamentar el movimiento revolucionario popular, a diferencia de historiadores como Mathiez (*La revolución francesa*, 1922-27, en cast. 1935) y Lefebvre (*La Révolution Française*, 1951 y 1957), que presentan el proceso revolucionario como algo «dirigido por la burguesía» en un sentido mucho más mecánico y literal. Debo mencionar también el soberbio relato de C. L. R. James *Los Jacobinos Negros* (1938, en cast. 2004) sobre la rebelión de los esclavos en Haití, y el más conciso de T. A. Jackson *Ireland Her Own* (1991) sobre la lucha de los irlandeses contra el dominio británico durante más de 800 años.

Para entender el desarrollo del capitalismo industrial, el punto de partida tiene que ser el propio Marx, especialmente el primer volumen de *El Capital* (1867), que contiene una buena dosis de análisis histórico, y el *Manifiesto Comunista* (1848), un resumen eficaz. El «largo siglo XIX» (1789-1914) ha sido brillantemente expuesto por la trilogía de Eric Hobsbawm (1962, 1985, 1994a; en cast. 1997 y 1998). Su secuela sobre el siglo XX (1994b) es útil como referencia pero teóricamente pobre; Hobsbawm parece incapaz de aplicar el método marxista a los acontecimientos de su propio periodo vital. Las

características de la clase obrera en sus comienzos y de los orígenes del movimiento obrero están bien expuestas en dos clásicos marxistas, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, de Engels (1845) y *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, de E. P. Thompson (1963, en cast. 1980).

Los textos de Marx y Engels son también valiosos por sus análisis de importantes acontecimientos políticos a mediados del siglo XIX, especialmente *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850* (1850), *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* (1852) y *La guerra civil en Francia* (1871). En cuanto a la historia diplomática sostenida por una sólida comprensión de las fuerzas sociales en presencia, siempre me han parecido muy útiles los muchos estudios de A. J. P. Taylor (1955, 1961, 1964a, 1971), así como la historia de la guerra civil americana de James McPherson (1990). Sobre la Comuna de París me parece muy buen informe el de Donny Gluckstein (2006).

A principios del siglo XX se publicaron un montón de estudios marxistas clásicos, en particular los de Hilferding (1910), Bujarin (1915) y Lenin (1916) sobre el imperialismo, los de Rosa Luxemburg sobre reformismo y lucha de clases (1900, 1906) el de Lenin sobre la naturaleza del estado (1917) y el de Trotski sobre la «revolución permanente» (1906). Los textos de Trotski (1922 y 1932) son también guías esenciales para entender las revoluciones rusas de 1905 y 1917. Sobre esta última son también de excepcional valor los de E. H. Carr (1966, en cast. 1972), un sólido estudio académico de los años 1917-23; el libro de Chamberlin (1965), comparable en muchos aspectos al de Trotski; y el de John Reed (1919, en cast. 2001), un vívido informe de un periodista radical, testigo de primera línea.

La revolución de los «Jóvenes Turcos» en 1908 está bien expuesta en el libro de Uzun (2004), la revolución alemana de 1918-23 en los de Broué (1971, en cast. 1973) y Harman (1982), y la revolución china en el de Isaacs (1938, 2009). Para ese periodo son también de gran valor dos volúmenes de textos de Trotski sobre los cinco primeros años de la Internacional Comunista. La degeneración de la revolución rusa se entiende bien en el texto de Trotski *La Revolución traicionada* (1937), al que cabe añadir las dos grandes biografías en cuatro volúmenes de Lenin (1975-79) y de Trotski (1989-93) escritas por Tony Cliff.

Cliff merece un comentario más extenso. Fue, en mi opinión, el mayor pensador revolucionario de la segunda mitad del siglo XX, y las teorías que contribuyó a desarrollar sobre el capitalismo de estado (1955/1974), la economía armamentística permanente (véanse Kidron, 1970 y Harman, 1984), y la revolución permanente desviada (1963) constituyen la base imprescindible para una comprensión real del periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial.

A diferencia de los estalinistas y trotskistas ortodoxos, y enfrentándose a ellos, Cliff mantuvo la auténtica tradición marxista de la lucha de clases desde abajo, basándose en las obras de Trotski durante la década de 1930, de las que se han publicado valiosos compendios que cubren los acontecimientos en China, Alemania, Francia y España. La literatura sobre la revolución española es especialmente rica. Broué y Témime ofrecen en *La revolución y la guerra de España* (1961, en cast. 1977) un excelente análisis marxista, y el *Homenaje a Cataluña* de George Orwell (1938) es el informe insuperable de un testigo directo de una revolución en marcha.

El mundo de posguerra ha sido bien cubierto por una serie de sólidos análisis marxistas, entre los que cabe destacar los de Birchall (1974 y 1986) y Harman (1988a) sobre el reformismo, el estalinismo y la Europa de la Guerra Fría; los de Cliff (véase Gluckstein, 1957), Harris (1978) y Hore (1991) sobre China; el de Marshall (1989) sobre

Oriente Medio, y el de González (2004) sobre el Che Guevara y Cuba. Para el periodo 1968-75 son excelentes el de Jonathan Neale (2001) sobre la guerra de Vietnam, y el de Chris Harman sobre la turbulencia política y la crisis económica. El volumen de Barker (1987) contiene valiosos ensayos sobre Francia, Chile y Portugal, y se ocupa también de la revolución iraní y el movimiento polaco *Solidaridad*. También cabe mencionar el de Marshall (1988) sobre Irán y el de Barker y Weber (1982) sobre *Solidaridad*. El de Rees (2006) es esencial tanto sobre el nuevo imperialismo como sobre las revoluciones más recientes, incluidas las antiestalinistas en Europa oriental en 1989. La crisis actual del capitalismo neoliberal es analizada en muchos comentarios y debates. Harris (1983) ofrece un claro análisis de la nueva forma de capitalismo; Bellamy Foster y Magdoff (2009), Elliott y Atkinson (2007), Harvey (2003 y 2005), y Mason (2009) también ofrecen análisis detallados de la «economía de la deuda permanente» que permiten entender el *crash* de 2008.

Muchas de las obras mencionadas se pueden encontrar ahora en línea y sugiero a los lectores el uso de la bibliografía como una ayuda para su búsqueda.

Bibliografía selecta

Aldred, C., 1987, *Los egipcios*, Madrid, Oberon (Grupo Anaya), 2005 (2).
Anderson, J. L., 1997, *Che Guevara: Una vida revolucionaria*, Barcelona, Anagrama, 2010 (14).
Arthur, A., *The Tailor-King: The rise and fall of the Anabaptist kingdom of Münster*, Nueva York, Thomas Dunne (7).
Aston, T. H. y Philpin, C. H. E. (eds.), 1985, *El debate Brenner. Estructura de clases agraria y desarrollo económico en la Europa preindustrial*, Barcelona, Crítica, 1988 (6).*
Barker, C. (ed.), 1987, *Revolutionary Rehearsals*, Londres, Bookmarks (15).*☺
Barker, C. y Weber, K., 1982, *Solidarnosc: From Gdansk to military repression*, Londres, International Socialism (15).*☺
Barraclough, G., 1979, *The Times Atlas of World History*, Londres, Times Books (todos).
Bellamy Foster, J. y Magdoff, F., 2009, *La gran crisis financiera: Causas y consecuencias*, México, FCE, 2009 (15).*
Birchall, I., 1974, *Workers Against the Monolith: The Communist Parties since 1943*, Londres, Pluto (14).*
—, 1986, *Bailing out the System: Reformist socialism in Western Europe, 1944-1985*, Londres, Bookmarks (14).*
Blackburn, R., 1988, *The Overthrow of Colonial Slavery, 1776-1848*, Londres, Verso (8).*
Bloch, M., 1965, *La sociedad feudal*, Madrid, Akal, 2010 (6).*
Brailsford, H., 1983, *The Levellers and the English Revolution*, Nottingham, Spokesman (7).*
Braudel, F., 1963, *Las civilizaciones actuales*, Madrid, Tecnos, 1966 (todos).*
Broué, P., 1971, *Revolución en Alemania (1917-1923)*, Barcelona, A. Redondo Editor, 1973 (12).*
Broué, P. y Témime, E., 1961, *La revolución y la guerra de España*, México, FCE, 1977, www.marxists.org (13).*
Brunt, P. A., 1971, *Social Conflicts in the Roman Republic*, Londres, Chatto & Windus (3).
Bujarin, N.I., 1915. *La economía mundial y el imperialismo*, París, Ruedo Ibérico, 1969, www.marxists.org (11).**
Burn, A. R., 1978, *The Pelican History of Greece*, Harmondsworth, Penguin (3).*
Carr, E. H., 1966, *La revolución bolchevique, 1917-1923* (3 vols.), Madrid, Alianza, 1972 (12).*
Chadwick, H., 1967, *The Early Church*, Londres, Penguin (4).
Chamberlin, W. H., 1965, *The Russian Revolution, 1917-1918: From the overthrow of the Czar to the assumption of power by the Bolsheviks*, Nueva York, Grosset & Dunlap (12).*
Childe, V. G., 1936, *Man Makes Himself*, Londres, NCLC Publishing Society (1, 2).*☺
—, 1942, *Qué sucedió en la historia*, Barcelona, Crítica, 2002 (1-3).**☺
Chomsky, N., 1999, *Fateful Triangle: The United States, Israel, and the Palestinians*, Londres, Pluto (14-15).
Clark, G. y Piggott, S., 1970, *Prehistoric Societies*, Harmondsworth, Penguin (1).
Clements, J., 2006, *The First Emperor of China*, Stroud, Sutton (3).
Cliff, T., 1955/1974, *State Capitalism in Russia*, www.marxists.org (12-14).**
—, 1963, *Deflected Permanent Revolution*, www.marxists.org (14).**
—, 1975-9, *Lenin* (4 vols.), www.marxists.org (11-12).*

—, 1989-93, *Trotsky* (4 vols.), www.marxists.org (11-13).*
Cohn, N., 1970, *En pos del milenio. Revolucionarios milenaristas y anarquistas místicos de la Edad Media*, Alianza, Madrid, 1997 (6).*
Cole, G. D. H., 1932, *A Short History of the British Working Class Movement, 1789-1927*, Londres, Allen & Unwin (9-13).*
Cole, G. D. H. y Postgate, R., 1946, *The Common People, 1746-1946*, Londres, Methuen (9-13).
Countryman, E., 1987, *The American Revolution*, Harmondsworth, Penguin (8).**☺
Crawford, M., 1992, *The Roman Republic*, Londres, Fontana (3).
Cunliffe, B. (ed.), 1994, *Prehistoria de Europa Oxford*, Barcelona, Crítica, 1998 (1-4).
—, 2001, *Facing the Ocean: The Atlantic and its peoples, 8000 bc-ad 1500*, Oxford, Oxford University Press (1-6).
—, 2008, *Europe Between the Oceans, 9000 bc-ad 1000*, Londres, Yale University Press (1-6).*
Darvill, T., 1987, *Prehistoric Britain*, Londres, Routledge (1).
De Ste. Croix, G. E. M., 1981, *La lucha de clases en el mundo griego antiguo*, Barcelona, Crítica, 1988 (3, 4).**
Diamond, J., 1999, *Armas, gérmenes y acero: breve historia de la humanidad en los últimos trece mil años*, Madrid, Debate, 2006 (5, 6).**☺
Dobb, M., 1946, *Estudios en el desarrollo del capitalismo*, México, Siglo XXI, 1971 (6).*
Dyer, C., 2003, *Making a Living in the Middle Ages: The people of Britain, 850-1520*, Londres, Penguin (6).
—, 2005, *An Age of Transition? Economy and society in England in the later Middle Ages*, Oxford, Oxford University Press (6).*
Elliott, L. y Atkinson, D., 2007, *Fantasy Island: Waking up to the incredible economic, political, and social illusions of the Blair legacy*, Londres, Constable (15).☺
Elton, G. R., 1955, *England under the Tudors*, Londres, Methuen (6, 7).
—, 1963, *Reformation Europe, 1517-1559*, Nueva York, Harper & Row; repr. en parte en *Historia del mundo moderno-Cambridge University Press-Tomo II-La Reforma 1520-1559*; Barcelona, Sopena, 1990 (6, 7).
Engels, F., 1845, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, en *Federico Engels, Antología*, epub, y en www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/situacion/ (9).**
—, 1850, *La guerra de los campesinos en Alemania*, www.marxists.org/espanol/m-e/1850s/guerracamp (7).*
—, 1880, *Del socialismo utópico al socialismo científico*, en *Federico Engels, Antología*, epub, y en www.marxists.org/espanol/m-e/1880s/dsusc/ (todos).**
—, 1884, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, en *Federico Engels, antología*, epub, y en www.marxists.org/espanol/m-e/1880s/origen/ (1). **
Fagan, B. (ed.), 2009, *The Complete Ice Age: How climate change shaped the world*, Londres, Thames & Hudson (1).☺
Faulkner, N., 2002, *Apocalypse: The great Jewish revolt against Rome, ad 66-73*, Stroud, Tempus (4).*
—, 2008, *Rome: Empire of the eagles*, Harlow, Pearson Education (3, 4).*
Finley, M. I., 1956, *El Mundo de Odiseo*, México, FCE, 1984 (2).
—, 1963, *Los griegos de la antiguedad*, Barcelona, Labor, 1985 (3).☺
—, 1985, *La economía de la Antigüedad*, México, FCE, 1975 (3).*
Fisk, R., 1991, *Pity the Nation: Lebanon at War*, Oxford, Oxford University Press (14-15).☺

Galbraith, J. K., 1975, *El crash de 1929*, Barcelona, Ariel, 2007 (13).☺
Glatter, P. (ed.), 2005, *The Russian Revolution of 1905: Change through struggle*, Londres, Socialist Platform (11).
Gluckstein, D., 2006, *The Paris Commune: A revolution in democracy*, Londres, Bookmarks (10).
Gluckstein, Y., 1957, *Mao's China: Economic and political survey*, Londres, Allen & Unwin (14).*
González, M., 1990, *Nicaragua: what went wrong?*, Londres, Bookmarks (15).*☺
—, 2004, *Che Guevara and the Cuban Revolution*, Londres, Bookmarks (14).*☺
Grant, M., 1973, *The Jews in the Roman World*, Londres, Weidenfeld & Nicolson (4).
—, 1984, *The History of Ancient Israel*, Londres, Weidenfeld & Nicolson (4).
Guillaume, A., 1956, *Islam*, Londres, Penguin (4).
Hale, J. R., 1971, *Renaissance Europe, 1480-1520*, Londres, Collins (6).
Hampson, N., 1968, *The Enlightenment*, Harmondsworth, Penguin (8).
Harman, C., 1982, *The Lost Revolution: Germany 1918 to 1923*, Londres, Bookmarks (12).*
—, 1984, *Explaining the Crisis: A Marxist reappraisal*, Londres, Bookmarks (13-15).*
—, 1988a, *Class Struggles in Eastern Europe, 1945-83*, Londres, Bookmarks (14).*☺
—, 1988b, *The Fire Last Time: 1968 and after*, Londres, Bookmarks (15).*☺
—, 1999, *A People's History of the World*, Londres, Bookmarks (todos).**☺
Harris, N., 1978, *The Mandate of Heaven: Marx and Mao in modern China*, Londres, Quartet (14).*
—, 1983, *Of Bread and Guns: The world economy in crisis*, Harmondsworth, Penguin (15).* ☺
Harvey, D., 2003, *El nuevo imperialismo*, Madrid, Akal, 2004 (15).*
—, 2005, *Breve Historia del Neoliberalismo*, Madrid, Akal, 2007 (15).*
Hastings, M., 2011, *Se desataron todos los infiernos. El mundo en guerra, 1939-1945*, Barcelona, Crítica, 2012 (14).*☺
Haynes, M., 2002, *Russia: Class and power, 1917-2000*, Londres, Bookmarks (12-15).*
Hilferding, R., 1910, *El Capital Financiero*, Madrid, Tecnos, 1973 (11).*
Hill, C., 1961, *El siglo de la revolución*, Madrid, Endymion, 1992 (7).
—, 1972, *God's Englishman: Oliver Cromwell and the English Revolution*, Harmondsworth, Penguin (7).*☺
—, 1975, *Mundo trastornado: el ideario popular extremista en la revolución inglesa*, Madrid, Siglo XXI, 1983 (7).*
—, 1986, *Society and Puritanism in Pre-Revolutionary England*, Harmondsworth, Penguin (7).*
Hilton, R., 1973, *Siervos liberados: Los movimientos campesinos medievales y el levantamiento inglés de 1381*, Madrid, Siglo XXI, 1978 (6).*
—, 1978, *La transición del feudalismo al capitalismo*, Barcelona, Crítica, 1977 (6).*
—, 1983, *Conflicto de clases y crisis feudal*, Barcelona, Crítica, 1988 (6).*
Hobsbawm, E., 1962, *La Era de la Revolución, 1789-1848*, Barcelona, Crítica, 1997 (8, 9).*
—, 1985, *La Era del Capital, 1848-1875*, Barcelona, Crítica, 1998 (9, 10).*
—, 1994a, *La Era del Imperio, 1875-1914*, Barcelona, Crítica, 1998 (10, 11).*
—, 1994b, *Historia del siglo XX* [*The age of extremes: The short twentieth century, 1914-1991*], Barcelona, Crítica, 1998 (11-15).
Hodges, R., 2012, *Dark Age Economics: A new audit*, Londres, Bristol Classical Press (6).

Holland, T., 2005, *Persian Fire: The first world empire and the battle for the West*, Londres, Little, Brown (3).☺
—, 2003, *Rubicon: The triumph and tragedy of the Roman Republic*, Londres, Little, Brown (3).☺
Hore, C., 1991, *The Road to Tiananmen Square*, Londres, Bookmarks (14-15).*☺
Hourani, A., 1991, *Historia de los pueblos árabes*, Barcelona, Ariel, 1992 (5).
Isaacs, H. R., 1938, *The Tragedy of the Chinese Revolution*, ed. rev. Haymarket, 2009 (12).**
Jackson, T. A., 1991, *Ireland Her Own*, Londres, Lawrence & Wishart (8, 12).*☺
James, C. L. R., 1938, *Los Jacobinos Negros: Toussaint L'Ouverture y la Revolución de Haití*, México, Fondo de Cultura Económica, 2004 (8).*☺
James, T. G. H., 2005, *Ancient Egypt*, Londres, British Museum Press (2).
Jones, A. H. M., 1966, *The Decline of the Ancient World*, Londres, Longmans (4).*
Kamen, H., 1971, *El Siglo de Hierro: cambio social en Europa*, Madrid, Alianza Editorial, 1972 (7).*
Keegan, J., 1994, *Historia de la guerra*, Madrid, Turner, 2014 (todos).*☺
Kidron, M., 1970, *Western Capitalism Since the War*, Harmondsworth, Penguin (14).*☺
Lane Fox, R., 1991, *La versión no autorizada: verdad y ficción en la Biblia*, Barcelona, Planeta, 1992 (4).*
Lapping, B., 1989, *End of Empire*, Londres, Paladin (14).
Leakey, R. E., 1981, *La formación de la humanidad*, Madrid, Aguazul, 2005 (1).☺
Lefebvre, G., 1951-57, *La Révolution Française*, Presses Universitaires de France (Vol. I, 1951 ; vol. II, 1957); en inglés: *The French Revolution, Volume I, from its origins to 1793*, Nueva York, Columbia University Press, 1962; *The French Revolution, Volume II, from 1793 to 1799*, Nueva York, Columbia University Press, 1964 (8).*
Lenin, V. I., 1916, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, en *Obras Escogidas en tres tomos*, vol. 1, Moscú, Progreso, 1970, y en *Obras Completas* vol. 27, *agosto de 1915-junio de 1916*, Moscú, Progreso, 1985, www.marxists.org/espanol/lenin/obras/oe3/lenin-obras-1-3.pdf, www.marxists.org/espanol/lenin/obras/oe12/lenin-obrasescogidas05-12.pdf y www.marx2mao.com/M2M(SP)/Lenin(SP)/IMP16s.html (11).**☺
—, 1917, *El Estado y la Revolución: la teoría marxista del Estado y las tareas del proletariado en la revolución*, en *Obras Escogidas en tres tomos*, vol. 2, Moscú, Progreso, 1970, y en *Obras Completas* vol. 33, *julio-septiembre de 1917*, Moscú, Progreso, 1986, www.fundacionfedericoengels.org/images/stories/PDF/02_lenin_estado_revolucion.pdf (10-15).**☺
Luxemburg, R., 1900, *Reforma o revolución*, Madrid, Fundación Federico Engels, 2002, www.fundacionfedericoengels.org/images/stories/PDF/06_Rosalux_reforma_revolucion_23.pdf (11).**
—, 1906, *Huelga de masas, partido y sindicatos,* Madrid, Fundación Federico Engels, 2003., www.fundacionfedericoengels.org/images/stories/PDF/07_RL_Huelga_masas_23.pdf (11).**
Lynch, J., 1973, *Las Revoluciones Hispanoamericanas 1808-1826*, Barcelona, Ariel, 2008 (8).*

Manning, B., 1978, *The English People and the English Revolution*, Londres, Peregrine (7).**
—, 1992, *1649: The crisis of the English Revolution*, Londres, Bookmarks (7).*
—, 1999, *The Far Left in the English Revolution*, Londres, Bookmarks (7).
—, 2003, *Revolution and Counter-Revolution in England, Ireland, and Scotland, 1658-1660*, Londres, Bookmarks (7).
Marshall, P., 1988, *Revolution and Counterrevolution in Iran*, Londres, Bookmarks (15).*☺
—, 1989, *Intifada: Zionism, imperialism, and Palestinian resistance*, Londres, Bookmarks (14-15).*☺
Marx, K., 1859, *Contribucion a la Crítica de la Economía Política*, Moscú, Progreso, 1989; http://www.moviments.net/espaimarx/docs/8d9a0adb7c204239c9635426f35c9522.pdf (9).**
—, 1850, *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, www.marxists.org/espanol/m-e/1850s/francia/ (9).*
—, 1852, *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, http://www.marxists.org/espanol/m-e/ (9-10).*
—, 1867, *El Capital*, Barcelona, Crítica, 1976 (9).**
—, 1871, *La guerra civil en Francia*, www.marxists.org/espanol/m-e/1870s/gcfran (10).**
Marx, K. y Engels, F., 1848. *Manifiesto del Partido Comunista*, Madrid, Akal, 2001, www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/48-manif.htm y www.ucm.es/info/bas/es/marx-eng/47mpc, (9). **
Mason, P., 2009, *Meltdown: The end of the age of greed*, Londres, Verso (15).☺
Mathiez, A., 1922-27, *La revolución francesa*, Barcelona, Labor, 1935 (8).*
McPherson, J. M., 1990, *Battle Cry of Freedom: The American Civil War*, Londres, Penguin (10).*
Morton, A. L., 1938, *A People's History of England*, Londres, Gollanz (5-13).☺
Neale, J., 2001, *La otra historia de la guerra de Vietnam*, Barcelona, El Viejo Topo, 2003 (15).*☺
Orwell, G., 1938, *Homenaje a Cataluña*, Barcelona, Virus, 2000 (13).*☺
Pakenham, T., 1992, *The Scramble for Africa, 1876-1912*, Londres, Abacus (11).☺
Parker, G., 1985, *España y la rebelión de Flandes*, Madrid, Nerea, 1989, (7).*
Pirenne, H., 1939, *Historia de Europa: desde las invasiones al siglo XVI*, México, FCE, 1942 (6).*
Pitts, M. and Roberts, M., 1997, *Fairweather Eden: Life in Britain half a million years ago as revealed by the excavations at Boxgrove*, Londres, Century (1).☺
Pocock, T., 1998, *Battle for Empire: The very first world war, 1756-63*, Londres, Michael O'Mara (7).☺
Pryor, F., 2003, *Britain bc: Life in Britain and Ireland before the Romans*, Londres, HarperCollins (2).☺
Reade, J., 1991, *Mesopotamia*, Londres, British Museum Press (2).
Reed, J., 1919, *Diez días que estremecieron el mundo*, Hondarribia, Hiru, 2001 (12).*☺
Rees, J., 1998, *The Algebra of Revolution: The dialectic and the classical Marxist tradition*, Londres, Routledge (todos).*
—, 2006, *Imperialism and Resistance*, Londres, Routledge (15).*☺
—, 2012, *Timelines: A political history of the modern world*, Londres, Routledge (15).*☺
Reynolds, P. J., *Iron-Age Farm: The Butser Experiment*, Londres, British Museum Publications (2).

Roberts, A., 2009, *The Incredible Human Journey*, Londres, Bloomsbury (1).☺
Roberts, J. M., 1976, *Historia del mundo*, Barcelona, Debate, 2010 (todos).
Rodzinkski, W., 1991, *The Walled Kingdom: A history of China from 2000 bc to the present*, Londres, Fontana (3,5).
Rostovtzeff, M., 1928, *A History of the Ancient World, Volume II, Rome*, Oxford, Clarendon (3).*
—, 1930, *A History of the Ancient World, Volume I, The Orient and Greece*, Oxford, Clarendon (3).*
Roux, G., 1980, *Ancient Iraq*, Londres, Penguin (2).
Rudé, G., 1964, 2005, *La multitud en la historia: Los disturbios populares en Francia e Inglaterra, 1730-1848*, Madrid, Siglo XXI, 2009 (8).*
Scarre, C., 1988, *Past Worlds: The Times atlas of archaeology*, Londres, Times Books (1-5).
Skidelsky, R., 2004, *John Maynard Keynes*, Barcelona, RBA, 2013 (13).*
—, 2010, *El regreso de Keynes*, Barcelona, Crítica, 2009(15).
Soboul, A., 1948, *La Révolution française, 1789-1799*, París, Éditions sociales; en inglés: *A Short History of the French Revolution, 1789*-1799. Berkeley y Los Angeles. University of California Press, 1977 (8).*☺
—, 1958, *Los sans-culottes. Movimiento popular y gobierno revolucionario*, Madrid, Alianza, 1987 (8).*
—, 1962, *Compendio de la Historia de la Revolución Francesa*, Madrid, Tecnos, 1966, 1994 (8).**
Stringer, C., 2006, *Homo Britannicus: The incredible story of human life in Britain*, Londres, Allen Lane (1).*☺
Stringer, C. y Gamble, C., 1993, *En busca de los neandertales*, Barcelona, Crítica, 1996 (1).*☺
Stringer, C. y McKie, R., 1996, *African Exodus: The origins of modern humanity*, Nueva York, Henry Holt (1).*
Sweezy, P., 1946, *Teoría Del Desarrollo Capitalista*, México, FCE, 4ª ed. 1964 (13-15).*
Sweezy, P. M. y Baran, P., 1966, *El capital monopolista*, México, Siglo XXI, 1968 (14-15).*
Taylor, A. J. P., 1955, *Bismarck: The man and the statesman*, Londres, Hamish Hamilton (10).
—, 1961, *The Course of German History: A survey of the development of German history since 1815*, Londres, Methuen (10-13).
—, 1964a, *The Habsburg Monarchy, 1809-1918: A history of the Austrian Empire and Austria-Hungary*, Londres, Peregrine (11).
—, 1964b, *The Origins of the Second World War*, Londres, Penguin (13).*
—, 1966, *The First World War*, Londres, Penguin (11).☺
—, 1971, *The Struggle for Mastery in Europe, 1848-1918*, Oxford, Oxford University Press (10, 11).*
Terraine, J., 1967, *The Great War, 1914-18*, Londres, Arrow (11).☺
Thapar, R., 1966, *A History of India, Volume 1*, Harmondsworth, Penguin (3, 5).
Thompson, E. A., 1948, *A History of Attila and the Huns*, Oxford, Clarendon (4).*
Thompson, E. P., 1963, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona, Crítica, 1989 (9).**
Thomson, G., 1965, *Studies in Ancient Greek Society: The prehistoric Aegean*, Nueva York, Citadel (1).*

Trotski, L., 1906, *Resultados y Perspectivas*, en *1905. Resultados y Perspectivas* tomo 2, París, Ruedo Ibérico, 1971, www.marxists.org/espanol/trotsky/ryp/ (11, 12).**
—, 1908-09/1922, *1905*, en *1905. Resultados y Perspectivas*, París. Ruedo Ibérico, 1971 (11).**☺
—, 1924, *The First Five Years of the Communist International* (2 vols.), Londres, New Park; www.marxists.org/archive/trotsky/1924/ffyci-1/ y www.marxists.org/archive/trotsky/1924/ffyci-2/ (12).**
—, 1932, *Historia de la Revolución Rusa*, París, Ruedo Ibérico (3 vols.), 1972. Madrid, Sarpe, 1985; www.marxists.org/espanol/trotsky/1932/histrev/ (12).**☺
—, 1933, *La lucha contra el fascismo. El proletariado y la revolución*, Barcelona, Fontamara, 1980 (13).**
—, 1931-39, *Escritos sobre España*, París, Ruedo Ibérico, 1972, www.marxists.org/espanol/trotsky/indice (13).**
—, 1936, *Où va la France?*, París, Librairie du Travail, 1936; www.marxists.org/espanol/trotsky (13).**
—, 1937, *La Revolución Traicionada. Qué es y adónde va la URSS.* Madrid, F. Federico Engels, 1991, www.marxists.org/espanol/trotsky/1936/rt 12, 13).*
—, 1938, *La segunda revolución china (notas y escritos de 1919 a 1938)*, Bogotá/Buenos Aires, Pluma, 1976; www.marxists.org/espanol/trotsky (12).**
Uzun, C., 2004, *Making the Turkish Revolution*, Istanbul, Antikapitalist (11).
Wedgwood, C. V., 1938, *The Thirty Years War*, Londres, Jonathan Cape (7).
Wells, C., 1992 (2ª ed.), *El imperio romano*, Ed. Taurus, 1986 (4).
Wheeler, R. E. M., 1966 *Civilisations of the Indus Valley and Beyond*, Londres, Thames & Hudson (2).☺
—, 1968, *Flames over Persepolis*, Londres, Weidenfeld & Nicolson (3).☺
Whitehead, P., 1985, *The Writing on the Wall: Britain in the Seventies*, Londres, Michael Joseph (15).☺
Wickham, C., 2005, *Una historia nueva de la Alta Edad Media. Europa y el mundo mediterráneo, 400-800*, Barcelona, Crítica, 2009 (4).*
Widgery, D., 1976, *The Left in Britain, 1956-1968*, Harmondsworth, Penguin (14-15).
Womack, J., 1972, *Zapata y la revolución mexicana*, Siglo XXI, 1985 (12).*
Wood, M., 1985, *In Search of the Trojan War*, Londres, Guild Publishing (2).*☺
Young, H., 1990, *Margaret Thatcher (la mujer de hierro)*, Buenos Aires, Javier Vergara Editor, 1992 (15).☺
Ziegler, P., 1969, *The Black Death*, Londres, Collins (5).



El título original de esta obra de Neil Faulkner es:
A Marxist History of the World. From Neanderthals to Neoliberals

Su primera edición en lengua inglesa fue publicada por Pluto Press en 2013

Pau Claris, 147, 4.º, 1.ª, 08010 Barcelona
ediciones@pasadopresente.com
www.pasadopresente.com

ISBN: 978-84-943-139-1-2